FARSA DE AMOR A LA española

Finjamos que me amas



ELENA ARMAS

AUTORA *BEST SELLER* DE *THE NEW YORK TIMES*

VeRa



UNA BODA.
UN VIAJE A ESPAÑA.
UNA MENTIRA Y
UN PLAN QUE HACE AGUAS.



Catalina está desesperada. Cuatro semanas no son demasiado para que encuentre a alguien dispuesto a acompañarla a la boda de su hermana al otro lado del Atlántico, y menos aún que finja que la ama. Pero lo más ridículo de todo es que sea Aaron Blackford, su compañero de trabajo al que no soporta, quien se ofrezca a hacerlo.

Ahora Lina deberá sopesar qué es peor: aguantar a Aaron, con su aire petulante y sus ojos de hielo, o admitirle a su familia que ha mentido y que es todo una farsa.

Como diría su abuela: que Dios nos pille confesados.

EL FENÓMENO DE TIKTOK CON MÁS
DE 100 MILLONES DE VISUALIZACIONES

Nuevos comienzos.

Primeras impresiones.

Volver a tus raíces.

Confiar de nuevo.

Abrir tu corazón
a un mundo de
posibilidades.

Tocar las estrellas.

Soñar con la luna.

Entregarse.

Un beso.

Un momento que
lo cambia todo.

Una historia que
nunca fue mentira.

Un amor que siempre
fue real.

Soy VeRa

ELENA ARMAS

Es española, ingeniera química y una romántica empedernida. Tras años devorando libros con finales felices, ha decidido escribir el suyo. *Farsa de amor a la española* es su primera novela, que empezó autopublicando, y se ha convertido en un éxito internacional y un fenómeno en redes. Además de ser autora *best seller* de *The New York Times*, Elena ha sido la primera española en ganar un premio Goodreads y su novela ha llegado a más de veinticinco países.

Visita su página web:
www.authorelenaarmas.com



vera.romantica



vera.romantica

FARSA DE AMOR A LA *española*

FARSA DE AMOR A LA *española*

ELENA ARMAS

Traducción: Leila Gamba

VeRa

Para quienes persiguen sus sueños, no se rindan nunca.
No somos de los que se dan por vencidos, ¿me escucharon?



Capítulo 1

—Iré contigo a la boda.

Nunca (ni en mis sueños más locos y, créanme, tengo una gran imaginación) pensé que escucharía esas palabras en ese tono firme y grave.

Bajé la mirada hacia mi café y entrecerré los ojos intentando detectar indicios de alguna sustancia alucinógena en el aire. Al menos, eso hubiera explicado lo que estaba sucediendo. Pero no.

No había nada. Solo lo que quedaba de mi americano.

–Si estás tan desesperada por conseguir a alguien, yo te acompañaré. –De nuevo esa voz.

Levanté la cabeza, con los ojos abiertos como platos. Abrí la boca y volví a cerrarla de golpe.

–Rosie… –logré decir. Las palabras salieron como un susurro–: ¿está aquí de verdad? ¿Puedes verlo? ¿O estoy alucinando?

Rosie (mi mejor amiga y compañera de trabajo en InTech, la consultora en ingeniería de Nueva York en la que nos conocimos y donde trabajábamos) asintió despacio con la cabeza. Vi cómo sus rizos castaños rebotaban con el movimiento y una expresión de desconcierto se apoderaba de sus facciones, que en general estaban bastante relajadas.

–Nop. Está aquí –confirmó en voz baja mientras estiraba el cuello para poder espiar a mis espaldas–. Hola. ¡Buenos días! –saludó, simpática, y volvió a mirarme–. Justo detrás de ti.

Boquiabierta, miré fijamente a mi amiga. Estábamos al final del pasillo del undécimo piso de las oficinas de InTech. Nuestros escritorios estaban bastante cerca, por lo que, en cuanto entré al edificio (ubicado en el corazón de Manhattan, frente al Central Park), fui directamente hacia ella.

En la recepción habían puesto unos sillones de madera para que los clientes se sentaran a esperar sus reuniones. Como siempre estaban vacíos por la mañana, mi plan era echarnos allí un

rato, pero solté la bomba antes de que pudiéramos sentarnos. Necesitaba sus consejos con urgencia. Y entonces…, él se materializó de la nada.

–¿Tengo que repetirlo por tercera vez? –Su pregunta me provocó una nueva ola de desconfianza y me congeló la sangre.

No podía creer lo que estaba pasando. Lo que estaba diciendo no tenía ningún sentido. No en nuestro mundo en el que…

–De acuerdo, bien. –Suspiró–. Puedo acompañarte. –Hizo una pausa y la aprensión volvió a dejarme helada–. A la boda de tu hermana.

Me quedé dura, con los hombros rígidos. Sentí como la blusa de satén que me había metido dentro de los pantalones beige se estiraba con el movimiento.

¿Se está autoinvitando a la boda de mi hermana? ¿Como mi acompañante? ¿Por qué?

Pestañeé. Sus palabras me retumbaban en la cabeza.

Entonces, algo se destrabó en mi interior. Lo absurdo de la situación y la broma perversa que se traía entre manos este hombre en el que sabía que no podía confiar hicieron que un sonido me trepara por la nariz y saliera fuerte y claro, como si no pudiera esperar ni un segundo más.

Sentí un gruñido detrás de mí.

–¿Qué es tan gracioso? –Su voz parecía más fría–. Lo digo en serio.

Volví a reprimir la carcajada. No le creí. Ni por un segundo.

–Las probabilidades de que esté hablando en serio –le dije a Rosie– son las mismas que tengo de que Chris Evans salga de la nada y me confiese que soy el amor de su vida. –Hice una mueca mirando a ambos lados–. Ninguna. Así que, Rosie, me estabas contando algo de… el señor Frenkel, ¿no?

El señor Frenkel no existía.

–Lina –Rosie esbozó una sonrisa falsa, mostrando todos los dientes, la que sabía que usaba cuando no quería ser maleducada–, parece que sí habla en serio. –Sin relajar la sonrisa de loca, inspeccionó al hombre a mi espalda.

–Nop. No puede ser. –Negué con la cabeza. Me resistía a darme la vuelta y ver que existía una remota posibilidad de que mi amiga tuviera razón.

No podía ser. Era imposible que Aaron Blackford, la persona con la que peor me llevaba en la oficina, propusiera algo semejante. De. Ninguna. Manera.

Un suspiro impaciente me llegó desde atrás.

–Estamos entrando en círculo vicioso, Catalina. –Una pausa larga. Otro suspiro ruidoso de su boca, mucho más largo. No me giré. Me quedé firme en mi lugar–. Por más que me ignores, no voy a desaparecer. Lo sabes muy bien.

Lo sabía.

–Pero eso no quiere decir que deje de intentarlo –murmuré.

Sin relajar la sonrisa, Rosie me fulminó con la mirada y volvió a espiar por encima de mi hombro:

–Lo siento, Aaron. No te estamos ignorando. –Su sonrisa seguía tensa–. Estamos… debatiendo.

–Sí que lo estamos ignorando. No tienes que cuidar sus sentimientos. No tiene.

–Gracias, Rosie. –Aaron se dirigió a mi amiga con un tono menos frío. ¿Estaba siendo amable? Pensé que no conocía la amabilidad. Ni siquiera creía que pudiera ser amistoso. Sin embargo, siempre había sido menos… severo con Rosie. Desde ya no conmigo–. ¿Podrías decirle a Catalina que se dé la vuelta? Me gustaría hablarle a la cara y no a la nuca. –Su tono descendió a temperaturas bajo cero–. Eso, claro, si no se trata de uno de esos chistes que nunca entiendo y que tampoco me causan gracia.

El calor me subió por el cuerpo hasta el rostro.

–Claro –respondió Rosie–. Creo… Creo que puedo hacerlo. –Desde ese punto a mi espalda, dirigió la mirada hacia mi cara y levantó las cejas–. Lina, ehm…, a Aaron le gustaría que te dieras la vuelta si es que no estás haciendo uno de tus chistes…

–Gracias, Rosie. Lo escuché –dije con los dientes apretados. Sentía un fuego en las mejillas y me resistía a enfrentarlo porque eso significaría dejarle ganar esta partida, sea cual sea el juego que estuviera jugando. Además, acababa de decir que no era graciosa. Él–. Si no te molesta, por favor dile que no creo que sea posible reírse y mucho menos entender un chiste si no se tiene sentido del humor. Gracias.

Rosie se rascó el costado de la cabeza y me miró pidiendo clemencia. Parecía que me gritaba con los ojos: *No me hagas esto*.

Abrí grandes los míos para ignorar su petición y rogarle que me siguiera la corriente.

Resopló y volvió a mirarlo, una vez más.

–Lina cree que…

–Gracias, Rosie. La escuché.

Estaba tan en sintonía con él, con esto, que percibí el ligero cambio en su tono: iba a usar la voz que solo usaba conmigo. Esa tan seca y fría, pero ahora sumaba una capa de desdén y distancia. Esa que pronto se convertiría en un ceño fruncido. No necesitaba ni mirarlo para saberlo. Siempre estaba presente cuando se trataba de mí y de esta… cosa que había entre nosotros.

–Aunque estoy seguro de que mis palabras le llegan a Catalina allí abajo, te agradecería que le dijeras que tengo que trabajar y que, por favor, no alargue esto mucho más.

¿Allí abajo? Este hombre es un imbécil, además de un armario empotrado.

Mi altura es promedio. Promedio para una española, claro, pero promedio al fin. Mido casi un metro sesenta y cinco. Rosie volvió a fijar sus ojos verdes en mí.

–Aaron tiene que trabajar y te agradecería…

–Si… –Me detuve al escuchar que la voz me salió aguda y chillona. Me aclaré la garganta y volví a intentarlo–. Si está tan ocupado, por favor dile que es libre de esfumarse. Puede volver a su oficina y seguir con su obsesión por el trabajo que, sorprendentemente, interrumpió para meter sus narices en donde no le incumbe.

Mi amiga abrió la boca, y antes de que pudiera pronunciar una palabra, el hombre a mis espaldas habló primero:

–Bueno, ya escuchaste lo que dije. Mi propuesta. Así que... –Una pausa. Lo maldije por

dentro–. ¿Cuál es tu respuesta?

El rostro de Rosie volvió a transformarse por la sorpresa. Seguí mirándola y me imaginé cómo mis ojos color café debían estar volviéndose rojos por la furia.

¿Mi respuesta? ¿Qué diablos quería lograr? ¿Era esta una nueva y creativa manera de jugar con mi mente, con mi cordura?

–No tengo ni idea de qué está hablando. No escuché nada –mentí–. Puedes decírselo.

Rosie se puso un rizo detrás de la oreja, alternando la mirada entre Aaron y yo.

–Creo que se refiere a cuando se ofreció a acompañarte a la boda de tu hermana –explicó con dulzura–. Ya sabes, después de que me contaste que las cosas habían cambiado y que tenías que encontrar a alguien (a cualquiera, creo que dijiste) para que te acompañara a España y fuera contigo a la boda porque, si no, te morirías de forma lenta y dolorosa y…

–Ya entendí. –Me apresuré a interrumpirla y sentí que me volvía a arder el rostro al darme cuenta de que Aaron lo había escuchado todo–. Gracias, Rosie, no hace falta que sigas con el resumen. –O me moriría de una forma lenta y dolorosa en ese preciso instante.

–Creo que usaste la palabra "desesperada" –aportó él.

Me ardieron hasta las orejas cuando lo escuché. Era probable que tuvieran cinco tonos de rojo radiactivo.

–No. –Exhalé–. No usé ese término.

–Tú… lo hiciste, cariño –confirmó mi mejor amiga (bueno, mi *ex* mejor amiga a partir de ese momento).

–¿Qué rayos, traidora? –murmuré con los ojos entrecerrados.

Pero ambos tenían razón.

–De acuerdo. Bien. Lo dije. Aunque eso no quiere decir que esté realmente desesperada.

–Es lo que diría una persona desamparada. Sin embargo, si duermes más tranquila pensando que no, Catalina…

–No es tu asunto, Blackford, y no estoy desamparada, ¿de acuerdo? –Lo insulté por dentro y perdí la cuenta de cuántas veces lo había hecho esa mañana. Entrecerré los ojos–. Y duermo muy bien. Es más, nunca he dormido mejor.

¿Qué le hacía una mentira más a todas las que ya había dicho, eh? La realidad era que en verdad estaba desamparada y desesperada por encontrar a alguien que me acompañase a esa boda. Pero eso no significaba que…

–Lo que tú digas.

Es irónico que, de todas las malditas palabras que le había dicho a mi nuca esa mañana, fueran esas las que quebraran mi falsa postura de indiferencia.

Ese "Lo que tú digas" condescendiente, presumido, despectivo, tan de Aaron Blackford.

"Lo que tú digas".

Me hervía la sangre.

Era una reacción tan impulsiva y desproporcionada para una frase de cuatro palabras (que dicha por cualquier otra persona hubiese sido insignificante) que no me di cuenta de que mi cuerpo estaba girándose, hasta que fue demasiado tarde.

Por su altura sobrenatural, me recibió un gran pecho cubierto por una camisa blanca y ajustada que me hizo desear apretar la tela en un puño y arrugarla porque, ¿quién va por la vida tan pulcro y planchado todo el maldito tiempo? La respuesta es Aaron Blackford.

Deslicé la mirada por los hombros definidos y el cuello fuerte que tenía hasta que llegué a su recta mandíbula. Los labios apretados formaban una línea, tal como lo había imaginado. Mis ojos siguieron subiendo y llegaron a los suyos (de un azul que me recordaba a las profundidades del océano, donde todo es frío y mortal) y me di cuenta de que me estaba mirando. Levantó una ceja.

–¿*Lo que tú digas*? –siseé.

–Sí. –Con esa cabeza, cubierta de pelo negro, asintió solo una vez sin dejar de mirarme–. No quiero perder más tiempo discutiendo algo que jamás admitirás porque eres demasiado testaruda. Así que, sí: *lo que tú digas*.

Este exasperante hombre de ojos azules que debe pasar más tiempo planchando la ropa que relacionándose con otros seres humanos no me haría perder la paciencia tan temprano en la mañana.

Mientras luchaba por mantener mi cuerpo bajo control, inhalé profundamente y me puse un mechón de cabello avellana detrás de la oreja.

–Si esto es una pérdida de tiempo, en verdad no entiendo qué sigues haciendo aquí. Por favor, sal de mi vista… y de la de Rosie.

Para no verse involucrada en esta decisión, la señorita Traidora lanzó un ruidito distraído.

–Lo haría –dijo Aaron en un tono más conciliador–, pero sigues sin responder a mi pregunta.

–No era una pregunta –negué. Las palabras me supieron amargas–. Lo que sea que hayas dicho, no era una pregunta. Pero eso no importa porque no te necesito, muchas gracias.

–Lo que tú digas –repitió y mi enojo subió otro escalón–. Aunque creo que sí me necesitas.

–Crees mal.

–Y, sin embargo, sonabas como si en verdad me necesitaras. –Alzó la ceja aún más.

–Debes sufrir un serio problema de audición porque, como ya te dije, escuchaste mal. No te necesito, Aaron Blackford. –Tragué con fuerza para intentar quitarme la sequedad de la boca–. Podría comunicártelo por escrito o enviarte un e-mail si lo necesitas. Lo que prefieras.

Lo pensó durante un segundo, sin ningún interés. Sabía que no iba a dejarlo pasar con tanta facilidad. Lo confirmó cuando volvió a abrir la boca:

–¿No dijiste que la boda es dentro de un mes y que no tienes con quién ir?

–Puede ser. No lo recuerdo con exactitud. –Presioné los labios en una línea recta. Era justo lo que había dicho. Palabra por palabra.

–¿Acaso Rosie no te ha respondido que si te sentabas en el fondo e intentabas no llamar la atención quizá nadie se daría cuenta de que habías ido sola?

La cabeza de mi amiga apareció de golpe en mi campo visual.

–Sí, dije eso. También le aconsejé que usara un color discreto y no el despampanante vestido rojo que…

–Rosie –la interrumpí–, no estás ayudando.

Los ojos de Aaron no vacilaron mientras continuaba su camino por los senderos de la

memoria.

–¿No le recordaste a Rosie que eras la “maldita” dama de honor (tus palabras) y que por lo tanto “todo el puto mundo” (de nuevo tus palabras) te iba a ver?

–Sí –confirmó la señorita Traidora. Giré la cabeza en su dirección–. ¿Qué? –Se encogió de hombros y firmó su sentencia de muerte–: Lo dijiste, cariño.

Necesito nuevos amigos. Lo antes posible.

–Lo dijo –corroboró Aaron y volvió a atraer mi atención y mi mirada–. ¿Y no dijiste que tu exnovio es el padrino y que querías arrancarte la piel de solo pensar que tendrás que estar cerca de él como una “triste y patética soltera” (de nuevo tus palabras)?

Sí. Lo dije. No pensé que estuviera escuchándome. De lo contrario, nunca lo hubiera admitido en voz alta.

Pero parece que estuvo ahí durante toda la conversación y recién ahora lo sabía. Me había escuchado admitir todo eso y acababa de echármelo en cara. Y por mucho que quisiera convencerme de que no me importaba (de que no debería importarme) el dolor seguía ahí. Me hacía sentir más sola, tonta y patética.

Tragué el nudo que tenía en la garganta y me concentré en su nuez de Adán. No quería ver qué expresaba su cara. Burla. Lástima. No me importaba. No era el primero que tenía ese concepto de mí. Podía vivir con ello.

Su garganta se movió. Lo supe porque era lo único que me permitía mirar.

–*Estás* desesperada.

Exhalé, dejando pasar el aire entre mis labios, que mantenía presionados. Asentí con la cabeza: eso fue todo lo que le concedí. Y no entendí por qué lo había hecho. Yo no era así. Siempre peleaba hasta que mi contrincante sangrara. Los dos lo hacíamos. No nos preocupaban los sentimientos del otro. Eso no era una novedad.

–Entonces llévame. Iré contigo a la boda, Catalina.

Alcé la mirada poco a poco y me invadió una extraña combinación de cautela y vergüenza. Que hubiera presenciado todo ya era bastante malo, ¿y encima intentaba usarlo a su favor? ¿Pretendía sacar lo peor de mí?

A menos que no fuera eso lo que buscara. A menos que hubiera otra respuesta, un motivo que explicara por qué estaba ofreciéndose para ser mi cita.

Le estudié el rostro y, a pesar de que analicé todas las opciones y posibles motivaciones, no logré llegar a ninguna conclusión razonable. No encontré ninguna respuesta que me ayudara a entender por qué estaba tan empecinado en acompañarme.

Solo la verdad, la realidad: no éramos amigos. Aaron Blackford y yo apenas nos tolerábamos. Éramos crueles con el otro, nos señalábamos los errores, criticábamos nuestras formas de trabajar, pensar y vivir. Acentuábamos las diferencias. Hace un tiempo hubiese sido capaz de arrojarle dardos a su foto. Y estaba casi segura de que él hubiera hecho lo mismo, porque yo no era la única que conducía por la Ruta del Rencor. Era una carretera de doble sentido. Aparte, fue él quien provocó la grieta entre nosotros. Yo no era la culpable de la

distancia. Entonces, ¿por qué fingía querer ayudarme y por qué debería darle el gusto de considerarlo?

–Puede que esté desesperada por encontrar una cita, pero no *tan* desesperada –repetí–. Como dije antes.

–Piénsalo. Sabes que no tienes otra opción. –Suspiró cansado. Impaciente. Enfurecido.

–No hay nada que pensar. –Sacudí la mano para cortar el aire entre nosotros. Después esbocé mi versión de la sonrisa falsa con dientes de Rosie–. Preferiría llevar a un chimpancé con traje antes que a ti.

Levantó las cejas. Pude ver en sus ojos que mi comentario le pareció ocurrente.

–Vamos, sabes muy bien que no. Aunque algún chimpancé podría estar a la altura de las circunstancias, tu ex estará allí. Tu familia. Dijiste que querías impresionarlos y yo causaría ese efecto. –Inclinó la cabeza–. Soy tu mejor opción.

–Tú no eres mi mejor nada, Blackford. –Lancé un bufido y aplaudí una vez. Era peor que un grano en el culo–. Y tengo muchas más opciones –contraataqué encogiéndome de hombros–. Puedo buscar a alguien en Tinder y hasta publicar un aviso en *The New York Times*. Sé que encontraré a alguien.

–¿Con tan poco tiempo? Lo veo casi imposible.

–Rosie tiene amigos. Seguro alguno podrá acompañarme.

Ese siempre había sido mi plan. Esa era la razón por la que había ido a hablarle a primera hora. Y ahora me daba cuenta de que había cometido un error de principiante. Debería haber esperado a salir del trabajo y llevarla un lugar seguro, lejos de Aaron, para contárselo. Pero después de la llamada de mi mamá… bueno, digamos que las cosas habían cambiado, o al menos mi situación. Necesitaba a alguien y no podía ser más sincera cuando decía que me conformaría con cualquiera. Con cualquiera menos con Aaron, claro. Rosie había nacido y crecido en esta ciudad, tenía que conocer a alguien.

–¿No, Rosie? Alguno de tus amigos debe estar disponible.

–¿Qué opinas de Marty? –propuso ella y su cabeza volvió a aparecer–. Le encantan las bodas.

–¿Marty no fue el que se emborrachó en la boda de tu primo, tomó el micrófono de la banda y cantó *My Heart Will Go On* hasta que tu hermano lo bajó del escenario a empujones? –La fulminé con la mirada.

–Ese mismo. –Hizo una mueca.

–Mejor no. –No podía llevar una persona así a la boda. Mi hermana se arrancaría el corazón y nos lo serviría de postre–. ¿Y Ryan?

–Felizmente comprometido.

–No me sorprende. Es un partidazo. –Se me escapó un suspiro.

–Lo sé. Por eso intenté que saliera contigo tantas veces, pero tú…

Me aclaré la garganta para interrumpirla.

–No estamos discutiendo por qué estoy soltera. –Le eché un vistazo a Aaron, que seguía mirándome con los ojos entrecerrados–. ¿Y… Terry?

–Se mudó a Chicago.

–Maldita sea. –Negué con la cabeza y cerré los ojos por un instante. Esto no estaba yendo hacia ningún lado–. Entonces contrataré a un actor. Le pagaré para que haga el papel de mi cita.

–Eso debe ser caro –intervino Aaron, sin expresión–. Y los actores no se la pasan mintiendo, esperando a que solteros los contraten para hacerse pasar por sus citas.

–Entonces contrataré un acompañante profesional. –Lo fulminé con una mirada exasperada.

–¿Preferirías llevar a un prostituto a la boda de tu hermana antes que ir conmigo? –Frunció los labios como suele hacer cuando está extremadamente fastidiado.

–Dije un acompañante, Blackford, *por Dios* –murmuré mientras veía cómo se le movían las cejas hasta formar un ceño fruncido–. No estoy buscando esa clase de servicio. Solo necesito a alguien que me acompañe. Y eso hacen. Te acompañan a lugares.

–No hacen eso, Catalina. –Su voz era profunda y helada. Me juzgaba.

–¿Nunca viste una comedia romántica? –Como respuesta, frunció el entrecejo aún más–. ¿Ni siquiera *Amores, enredos y una boda*? –Silencio de nuevo; solo sostuvo su mirada polar–. ¿Ves películas? ¿O solo… trabajas? –Existía la posibilidad de que ni siquiera tuviera televisión. Su expresión no cambió. *Dios, no tengo tiempo para esto. No tengo tiempo para él*–. ¿Sabes qué? No importa, no te preocupes. –Levanté las manos y las entrelacé–. Gracias por… esto. Lo que sea que haya sido. Gran aporte. Pero no te necesito.

–Creo que sí.

–Creo que eres molesto. –Pestañeé.

–Catalina –me miró fijamente y la forma en que dijo mi nombre aumentó mi irritación–, estás loca si crees que podrás encontrar a alguien en tan poco tiempo.

Una vez más, Aaron Blackford tenía razón.

Puede que estuviera un poco loca. Y él ni siquiera sabía de la mentira. Mi mentira. Aunque nunca fuera a enterarse, no cambiaba los hechos: necesitaba a alguien, a cualquiera, (pero no a él, no a Aaron) que viajara a España y fuera conmigo a la boda de Isabel. Porque (A), era la hermana de la novia y la dama de honor. (B), mi ex, Daniel, era el hermano y padrino del novio y me había enterado de que estaba felizmente comprometido, algo que mi familia me había estado ocultando. (C), sin contar algunas pocas y bastante fracasadas citas, llevaba casi seis años soltera. El mismo tiempo que pasó desde que dejé España y me mudé a Estados Unidos, poco después de que la única relación que había tenido me explotara en la cara. Todos los invitados estaban al tanto de eso (porque no hay secretos en familias como la mía, y mucho menos en los pueblitos como el que me había visto nacer) y les daba pena. Y (D), estaba mi mentira.

La mentira.

La que le di de comer a mi madre y por extensión a todo el clan Martín (porque, en lo que a nosotros respecta, no existen los límites ni la privacidad). Seguro que a estas alturas mi mentira ya había aparecido en el periódico local.

Catalina Martín ya no está soltera. Por fin. Su familia está feliz de anunciar que traerá a su novio estadounidense a la boda. Están todos invitados a venir y presenciar el milagro de la década.

Porque eso era lo que había hecho. Justo después de que la noticia del compromiso de Daniel se deslizara por los labios de mi madre y me llegara a los oídos, a través del auricular del teléfono, dije que yo también iría con alguien. No, no *con alguien* nada más. Dije (mentí, engañé, declaré en falso) que llevaría a *mi novio*.

Quien, técnicamente, no existía. Todavía.

De acuerdo, bien, puede que nunca exista. Porque Aaron tenía razón: era imposible que encontrara a alguien en tan poco tiempo. Creer que cualquier hombre aceptaría fingir ser mi novio era casi una locura. Pero ¿admitir que Aaron era mi única opción y aceptar su oferta? Eso era sin duda un completo delirio.

–Veo que empiezas a procesarlo. –Sus palabras me trajeron de vuelta al presente y vi que me observaba con esos ojos azules–. Te dejaré para que termines de entrar en razón. Avísame cuando lo hayas hecho.

Apreté los labios y volví a sentir calor en las mejillas. ¿Tanta pena le daba que se había ofrecido a acompañarme? Me crucé de brazos e intenté evitar su mirada implacablemente azul.

–Ah, y, ¿Catalina?

–¿Sí? –dije con suavidad. *Puaj, patética.*

–Intenta no llegar tarde a la reunión de las diez. Ya no es divertido.

Lo fulminé con la mirada, un bufido se me atascó en la garganta.

Imbécil.

Juré, en ese momento y en ese lugar, que algún día encontraría una escalera lo suficientemente alta como para subir y arrojarle un objeto contundente en el medio de su odiosa cara.

Un año y ocho meses. Ese era el tiempo que llevaba soportándolo. Llevaba la cuenta de mi condena.

Entonces, con un simple movimiento de cabeza, se dio la vuelta. Vi cómo se alejaba hasta próximo aviso.

–De acuerdo, eso fue… –Escuché la voz de Rosie, pero no terminó la oración.

–¿Una locura? ¿Insultante? ¿Bizarro? –arriesgué con las manos en la cara.

–Inesperado. E interesante.

La miré entre los dedos. Se le curvaban los labios en una sonrisa.

–Sus derechos de amistad fueron revocados, Rosalyn Graham.

–Sabes que eso es mentira –dijo entre risas.

Tenía razón. Jamás podría deshacerse de mí.

–Así que… –enroscó su brazo con el mío y me arrastró por el pasillo–, ¿qué vas a hacer?

–No… No tengo ni la más mínima idea –admití con la voz temblorosa, usando la poca energía que me quedaba.

Pero sí estaba segura de algo: no aceptaría la oferta de Aaron Blackford. No era mi única opción y sin duda tampoco era la mejor. De hecho, no era nada. Y menos que menos sería mi pareja en la boda de mi hermana.



Capítulo 2

No llegué tarde a la reunión.

Hacía un año y ocho meses que no llegaba tarde.

¿Por qué?

Aaron Blackford.

Una vez. Había llegado tarde una sola vez desde que lo conocía y, sin embargo, seguía echándomelo en cara cada vez que podía.

Nunca lo atribuyó a que fuera española o mujer, típicos estereotipos injustificados de impuntualidad.

Aaron no hacía esas cosas. Él señalaba los hechos; identificaba las verdades. Se debía a su formación, como era el caso de todos los ingenieros de la empresa de consultoría en la que trabajábamos, yo incluida. Así que, técnicamente, sí había llegado tarde. Una sola vez hacía muchos meses. Era verdad que me había perdido los primeros quince minutos de una presentación importante. Y que era él quien la estaba liderando durante su primera semana en InTech. Y quizá había entrado haciendo demasiado ruido y había volcado una jarra de café por accidente. Encima de las carpetas que Aaron había preparado para la presentación. De acuerdo, también en sus pantalones.

No es la mejor manera de presentarse con un compañero nuevo, pero qué más da. Son cosas que pasan. Los pequeños accidentes inesperados y sin querer son moneda corriente. Las personas los superan y siguen con sus vidas.

Pero no es su caso.

Al contrario. Semana tras semana y mes tras mes, no dejó de decirme cosas como: “Intenta no llegar tarde a la reunión. Ya no es divertido”.

Cada vez que entraba a una sala de reuniones y me veía allí, bien temprano, miraba el reloj y levantaba una ceja, sorprendido.

También ponía las jarras de café lejos de mí e inclinaba la cabeza en señal de advertencia.

Eso era lo que hacía en lugar de olvidarse del accidente.

–Buen día, Lina. –La voz de Héctor me llegó desde la puerta. Supe que estaba sonriendo mucho antes de girarme para verlo. Siempre estaba sonriendo.

–*Buenos días*, Héctor –lo saludé.

–¿Todo bien, *mija*? –El hombre que me había incluido en su círculo familiar y a quien consideraba un tío me apoyó una mano en el hombro y lo apretó con suavidad.

–No me quejo. –Le devolví la sonrisa.

–¿Vendrás al próximo almuerzo? Es el mes que viene. Lourdes no para de decirme que te lo recuerde. Preparará ceviche y tú serás la única dispuesta a comértelo –dijo entre risas.

Era verdad. No entendía por qué a nadie de la familia Díaz le gustaba ese plato tan típico de Perú.

–No hagas preguntas tontas, viejo. –Sacudí la mano en el aire con una carcajada–. Por supuesto que iré.

Héctor se sentó a mi derecha mientras el resto iba llegando, murmurando los buenos días.

Aparté la mirada de la sonrisa relajada de Héctor para fijarme en el hombre que estaba rodeando la mesa para unirse al grupo.

Frente a mí apareció Aaron con las cejas levantadas. Nos miramos por un instante. Lo vi curvar los labios hacia abajo en tanto corría una silla.

Puse los ojos en blanco y observé a Gerald: mientras se acomodaba en el asiento, la cabeza calva le brillaba bajo la luz fluorescente. Último, pero no menos importante, estaba Kabir, a quien hacía poco habían ascendido al puesto que teníamos todas las personas en esa sala: líder de equipo del departamento de soluciones, que prácticamente reúne todas las disciplinas excepto ingeniería civil, que es un mundo aparte.

–Buenos días a todos –comenzó Kabir con el entusiasmo que solo podía tener alguien que llevaba un mes en un trabajo–. Esta semana me toca liderar la reunión y ocuparme de las formalidades, así que, por favor, digan *presente* cuando los nombre.

Un gruñido exasperado que me era familiar invadió la sala. Miré al hombre de ojos azules que tenía delante y encontré la expresión irritada que siempre acompañaba ese sonido.

–Por supuesto, Kabir –sonreí, aunque estuviera de acuerdo con el señor del entrecejo fruncido–. Nómbranos nomás.

Esos ojos de océano me dispararon una mirada gélida.

Me topé con ella mientras escuchaba a Kabir repasar nuestros nombres, recibir la confirmación de Héctor y Gerald, un *presente* demasiado efusivo de mi parte y otro gruñido del señor Gruñidos.

–De acuerdo, gracias –dijo Kabir–. Lo primero que tenemos que hacer es actualizar el estado de los proyectos. ¿Quién quiere empezar?

Silencio. Esa fue la única respuesta que obtuvo.

InTech se ocupaba de dar servicio técnico a cualquier entidad que no tuviera los conocimientos o la capacidad para diseñar y ejecutar sus propios proyectos. A veces este requería una sola persona, pero muchas otras se necesitaba un equipo de cinco o seis ingenieros. Así que los cinco líderes de equipo en nuestra división siempre estábamos trabajando y supervisando varios proyectos a la vez para diferentes clientes, los cuales nunca dejaban de avanzar y alcanzar objetivos sopesando los problemas e imprevistos. Teníamos videoconferencias con clientes y accionistas todos los días. Los proyectos eran tan complejos y cambiaban tan rápido que era imposible que los otros líderes pudieran ponerse al corriente en pocos minutos. Por eso la pregunta de Kabir no tenía respuesta. En realidad, la reunión era bastante innecesaria.

–Ehm… –Kabir, nervioso, se acomodó en su asiento–. De acuerdo, empiezo yo. Sí, mejor empiezo yo. –Hojeó la carpeta que había traído–. Esta semana le presentaremos a Telekoor el nuevo presupuesto. Como saben, es una pequeña empresa que lleva tiempo desarrollando un servicio de almacenamiento remoto para mejorar la conexión en el transporte público. Bueno, los recursos disponibles son limitados y…

Mientras recorría la sala con la mirada, escuché a mi compañero de fondo. Héctor asentía con la cabeza, aunque sospecho que estaba prestando tanta atención como yo. Gerald, por su parte, usaba el teléfono sin disimulo. *Maleducado. Muy maleducado*. Pero no esperaba más de él.

Por último, Aaron Blackford, quien no había parado de observarme.

Estiró el brazo en mi dirección, sosteniéndome la mirada. Sabía lo que iba a hacer. *Lo sabía*. Envolvió el objeto que tenía delante con esos dedos largos y su enorme palma: la jarra de café. Entrecerré los ojos.

La arrastró por la mesa de roble.

Muy despacio. Después asintió con la cabeza.

Maldito rencoroso de ojos azules.

Le dediqué una sonrisa falsa porque la otra opción era atravesar la sala y tirarle encima todo el contenido de la jarra. De nuevo. Pero esta vez a propósito.

Para distraerme de esa idea, desvié la mirada y me concentré, con furia, en escribir una lista de tareas en mi agenda.

Preguntarle a Isa si el ramo que encargó para mamá es de peonías o de lirios.

Encargar un ramo de peonías o de lirios para la tía Carmen.

Si no, nos lo recordaría a mí, a mamá y a Isa (la novia y mi hermana) hasta el día de su muerte o de la nuestra.

Enviarle a papá los detalles del vuelo para que vaya a buscarme al aeropuerto.

Pedirle a Isa que le recuerde a papá que tiene los detalles del vuelo para que vaya a buscarme al aeropuerto.

Me llevé el bolígrafo a la boca con el horrible presentimiento de que me estaba olvidando de algo. Entonces, una voz que por desgracia jamás olvidaría me retumbó en la cabeza: “Estás loca si crees que podrás encontrar a alguien en tan poco tiempo”.

Volví a observar al hombre que tenía sentado enfrente y nuestras miradas se encontraron.

Como si me hubiera descubierto haciendo algo que no debía (como pensar en él), el calor me subió a las mejillas antes de volver a concentrarme en la lista.

Encontrar un novio.

Lo taché.

Encontrar un novio de mentira. No tiene que ser real.

–... y eso es todo lo que tengo para comunicarles. –En algún lugar en el fondo de mi cabeza, registré las palabras de Kabir.

Seguí haciendo mi lista.

Encontrar un novio de mentira. No tiene que ser real. Y QUE NO SEA ÉL.

Porque claro que tenía otras opciones. Contratar a un acompañante no era una de ellas. Una rápida búsqueda en internet demostró que Aaron tenía razón. Otra vez. Parece que Hollywood me había mentido y que Nueva York está llena de hombres y mujeres que ofrecen un amplio abanico de servicios que no se limitan a acompañar.

Hice una mueca y mordí el bolígrafo con más fuerza. Nunca admitiría que tenía razón. Antes prefería dejar de comer chocolate durante un año.

Pero estaba desesperada. También había acertado en eso. Necesitaba encontrar a alguien dispuesto a fingir que estaba locamente enamorado de mí delante de toda mi familia. Y no solo durante el día de la boda, sino también los dos días previos. Eso significaba que estaba perdida. Estaba…

–... y será Lina.

Mi nombre me interrumpió el diálogo interno e hizo que todo se desvaneciera. Dejé caer el bolígrafo y me aclaré la garganta.

–Sí, aquí. –Intenté reinsertarme en la conversación–. Escuchando. Estoy escuchando.

–Eso es exactamente lo que diría alguien que no estaba escuchando.

Mi mirada se disparó al otro lado de la sala y se cruzó con un par de ojos azules que parecían alegres, pero sabía que eso era imposible, su dueño era incapaz de sentir emociones humanas.

Enderecé la espalda y di vuelta la hoja de mi agenda.

–Lo siento, perdí el hilo de la conversación. Mañana tendré una reunión con un cliente y necesitaba apuntar una cosa –mentí–. Una cosa importante.

Aaron asintió con la cabeza. Por suerte, lo dejó pasar.

–Retrocedamos un poco, así todos tenemos presente dónde nos encontrábamos –ofreció Kabir con gentileza.

Mañana le regalaré un panecillo.

–Gracias, Kabir. –Esbocé una sonrisa que lo sonrojó y me devolvió una mueca insegura.

Un bufido impaciente me llegó desde la otra punta de la sala.

A él, en cambio, ni loca le doy uno.

–Entonces… –continuó por fin Kabir–, Jeff quería sumarse a la reunión de hoy para decírtelo en persona, pero, ya sabes, los jefes de departamento suelen tener la agenda bastante apretada. Muchas reuniones y todas juntas. Si bien te enviará la información que necesitarás, creí que era una buena idea anticipártelo.

–Muchas gracias, Kabir. –Pestañeé. ¿A qué diablos se refería?

–De nada, Lina. –Asintió–. Creo que la comunicación entre nosotros cinco es la clave para lograr…

–Kabir –intervino Aaron y su voz inundó la sala–, ve al grano.

La interrupción lo sobresaltó e hizo que se le disparan los ojos en su dirección.

–Sí, gracias, Aaron. –Tuvo que aclararse la garganta dos veces antes de poder continuar–. InTech organizará un Día de Puertas Abiertas dentro de algunas semanas. Vendrá mucha gente, sobre todo potenciales clientes que querrán saber qué podemos ofrecerles, pero también nuestros principales clientes ahora mismo. Jeff mencionó que asistirán las personas de más alto rango de las compañías. Y tiene sentido, porque es una iniciativa para expandir y fortalecer nuestra red. Quiere que InTech tenga proyección. Que sea atractiva, moderna. Que demostremos que estamos en sintonía con las tendencias del mercado, pero también que no todo se reduce al trabajo. –Se rio nervioso–. Por eso, el Día de Puertas Abiertas comenzará a las ocho de la mañana, cuando recibiremos a los invitados aquí, en nuestras oficinas, y durará hasta la medianoche.

–¿Medianoche? –murmuré, sin poder contener la sorpresa.

–Sí. –Asintió con entusiasmo–. ¿Verdad que suena fantástico? Será un gran evento. Organizaremos talleres sobre nuevas tecnologías, sesiones de intercambio de conocimiento, actividades para conocer mejor a nuestros clientes y sus necesidades. Y, por supuesto, serviremos desayuno, almuerzo y cena. Ah, y también habrá tragos. Ya saben, para alegrar un poco la cosa.

Mientras Kabir desplegaba su explicación, los ojos se me iban abriendo cada vez más.

–Eso… –comenzó Héctor–. Eso suena diferente a lo que acostumbramos.

Era verdad. Y también sonaba como un evento demasiado ambicioso para planificar en unas pocas semanas.

–Sí –respondió Gerald, sospechosamente orgulloso–. Sin duda hará que InTech avance varios casilleros.

–Esa es la idea. –Kabir asintió y me miró–. Y Jeff quiere que estés a cargo de todo, Lina. ¿Verdad que es genial?

–¿Quiere que lo organice yo? ¿Todo? –Parpadeé y me apoyé en el respaldo de la silla.

–Sí. –Me sonrió como si estuviera dándome una buena noticia–. Y que seas la anfitriona. Eres la opción más atractiva de los cinco.

Pestañeé muy despacio. Curvó los labios hacia abajo, seguro notó mi expresión.

“Atractiva”.

Respiré hondo e intenté calmarme.

–Me halaga que me consideren la opción más atractiva –mentí, intentando ignorar cómo me empezaba a hervir la sangre–. Pero no tengo ni el tiempo ni la experiencia necesaria para organizar algo así.

–Pero Jeff ha insistido en que quiere que tú lo hagas –contraatacó Kabir–. Y es importante para InTech que alguien como tú sea la cara de la compañía.

Debería haber preguntado a qué se refería con “alguien como tú”, pero sabía que la respuesta

no iba a gustarme. Se me hizo un nudo en la garganta, me costaba tragar.

–¿No podría obtener el mismo resultado cualquiera de nosotros? ¿No debería encargarse de un evento tan importante alguien con experiencia en Relaciones Públicas?

–Jeff dijo que no ibas a tener problema para organizarlo, que no hace falta gastar recursos contratando a alguien externo. –Kabir cambió de tema sin responder a mi pregunta–. Además, eres… –fue perdiendo énfasis, como si deseara que la tierra se lo tragara– sociable, desenvuelta.

–Claro –respondí entre dientes, apretando el puño debajo de la mesa para intentar ocultar el caos que estaba desatándose en mi interior. ¿A quién no le gusta que su jefe la califique como "desenvuelta"?–. Pero ya tengo mi propio trabajo. En algunos proyectos estamos trabajando a contrarreloj. ¿Cómo puede ser que este… evento sea más importante?

Me quedé en silencio, esperando el apoyo de mis compañeros.

Cualquier forma de apoyo.

Y… nada. Solo el silencio que normalmente seguía a estas conversaciones.

Me acomodé en la silla y sentí cómo la frustración me encendía las mejillas.

–Kabir –dije con tanta calma como pude–, aunque Jeff haya sugerido que me hiciera cargo de esto, entienden que no tiene sentido, ¿verdad? Yo… no sabría ni por dónde empezar.

No me habían contratado para organizar eventos. Sin embargo, nadie iba a admitirlo, porque eso sería reconocer la verdadera razón por la que me lo habían asignado.

–Ya estoy cubriendo a dos compañeras muy valiosas de mi equipo, Linda y Patricia. No me alcanzan las horas de la semana. –Odiaba quejarme y rogar por un poco de comprensión, pero ¿qué otra opción me quedaba?

Gerald bufó y captó mi atención.

–Eso pasa por contratar a mujeres treintañeras.

Tosí, incapaz de creer lo que acababa de decir. Pero lo había dicho. Abrí la boca y, antes de que pudiera decir algo, Héctor intervino:

–¿Y si te ayudamos? –sugirió. Lo miré y noté su expresión resignada–. Quizá todos podríamos aportar algo…

Valoré su propuesta, aunque su gran corazón y su tendencia a huir de los problemas no me estaban ayudando. Estaba andando de puntillas alrededor del verdadero problema.

–Esto no es la escuela secundaria, Héctor –estalló Gerald–. Somos profesionales y no aportaremos nada. –Lanzó otro bufido y negó con su grasienta y calva cabeza.

Héctor cerró la boca.

–Te reenviaré la lista de invitados que armó Jeff, Lina –insistió Kabir. Negué con la cabeza y sentí las mejillas todavía más calientes. Tuve que morderme la lengua para no decirle a mi compañero algo de lo que me arrepentiría–. Ah, y Jeff tiene algunas ideas para el cáterin –agregó–, te las reenviaré en otro e-mail. De todos modos, quiere que investigues un poco. Quizá hasta puedes pensar en una temática. Dijo que sabrías qué hacer.

Abrí la boca con un insulto mudo que haría que mi *abuela* me arrastrara a la iglesia de la oreja.

¿Que yo sabría qué hacer? ¿Cómo se supone que voy a saberlo?

Tomé el bolígrafo con las dos manos para liberar algo de frustración, que no paraba de crecer. Respiré hondo.

–Hablaré con Jeff –dije con los dientes apretados y una sonrisa rígida–. No suelo molestarlo, pero…

–¿Puedes dejar de hacernos perder el tiempo? –La pregunta de Gerald me dejó helada–. No hace falta que lo molestes. –Sacudió sus dedos regordetes en el aire–. Deja de poner excusas y hazlo. ¿Tanto te cuesta sonreír y ser más simpática por un día?

Las palabras "más" y "simpática" me resonaron en la cabeza. Lo miré con los ojos abiertos como platos.

Ese hombre sudoroso, apretado en una camisa de vestir diseñada para alguien con una elegancia que él nunca tendría, no desperdiciaría la oportunidad de pisotear a otra persona. Sobre todo si se trataba de una mujer. *Lo sabía*.

–Gerald –suavicé la voz y aumenté la presión en el bolígrafo, rezando para que no se rompiera y delatara la ira que sentía–, el objetivo de esta reunión es discutir cuestiones como esta. Así que, lo siento, tendrás que escucharme todo…

–*Cariño* –me interrumpió con un claro gesto de burla–, tómatelo como una fiesta. A las mujeres les encanta organizar fiestas, ¿no? Prepara algunas actividades, encarga algo de comida, ponte un vestido bonito y cuenta algunos chistes. Eres joven y guapa; ni siquiera tendrás que usar el cerebro. Los tendrás comiendo de la palma de tu mano. –Se rio entre dientes–. Estoy seguro de que sabes cómo hacerlo, ¿verdad?

Me atraganté con mis palabras. El aire se me había atascado en los pulmones.

Sin poder controlarlas, se me contrajeron las piernas para levantarme. Deslicé la silla hacia atrás con un chirrido. Golpeé el escritorio con ambas manos y se me quedó la mente en blanco por un segundo. Estaba ciega de ira. No exagero. En ese preciso momento, entendí de dónde venía esa reacción. *Mierda*, estaba ciega, como si tuviera un velo sobre los ojos.

A mi derecha, Héctor exhaló con fuerza y murmuró algo.

Después silencio. Solo el latido de mi corazón.

Ahí estaba. La verdad. La verdadera razón por la que, entre todas las personas sentadas en la sala, me habían elegido a mí para esta maldita tarea. Era mujer (la única en el departamento, la única que dirigía un equipo) y por eso tenía *encantos*, fuera curvilínea o no. Desenvuelta, bonita, femenina, era la "opción atractiva", aparentemente. Me harían desfilar delante de los clientes como la llave dorada que demostraba que InTech no se había quedado en el pasado.

–Lina. –Deseé mantener la voz calma y firme, y me odié al no conseguirlo. Odié el deseo que me invadía de darme la vuelta y abandonar la sala–. Nada de "cariño". Me llamo Lina. –Volví a sentarme muy despacio, me aclaré la garganta y me tomé un momento para procesar lo que iba a decir. *Puedo con esto. Tengo que poder*–. La próxima vez, asegúrate de llamarme por mi nombre, por favor. Y dirígete a mí con el mismo respeto y profesionalismo que usas con el resto. –El tono de mi voz no me gustó en lo absoluto, era débil, una versión de mí que no quería ser. Pero al menos conseguí desquitarme sin quebrarme o correr–. Gracias.

Se me llenaron los ojos de lágrimas producto de la ira y la frustración. Pestañeé varias veces

para que no lo notaran. Deseé que el nudo que tenía en la garganta no fuera por vergüenza, aunque sabía que sí lo era. ¿Cómo no me voy a avergonzar de haber estallado de ese modo? No era la primera vez que me sucedía algo así. ¿Todavía no sabía lidiar con esta mierda?

–No te lo tomes tan a pecho, *Lina*. –Gerald puso los ojos en blanco y me dedicó una mirada condescendiente–. Era una broma. ¿O no, chicos?

Miró a nuestros compañeros en busca de apoyo.

No lo encontró.

–Gerald… –Por el rabillo del ojo, vi a Héctor desplomarse en su silla–. Vamos, hombre.

Observé a Gerald e intenté que la impotencia no me oprimiera el pecho. Me resistí a mirar a Kabir y a Aaron, que seguían en silencio.

Seguro pensaron que no se estaban poniendo del lado de nadie, pero con su silencio estaban haciendo exactamente eso.

–¿Vamos qué? –resopló Gerald–. No dije nada que no fuera verdad. Esta chica no necesita…

Antes de que pudiera juntar el coraje para detenerlo, intercedió la persona menos esperada:

–Suficiente.

Giré la cabeza como un látigo en su dirección y vi cómo observaba a Gerald de un modo tan profundo y helado que hubiese jurado que la temperatura de la sala había descendido varios grados.

Negué con la cabeza y miré a Aaron. Podría haber dicho algo en los últimos diez minutos, pero había decidido no hacerlo. No era necesario que interviniera ahora.

–Sí, sin duda es suficiente –respondió Gerald, sin expresión, mientras juntaba sus cosas. Arrastró la silla y se levantó–. No tengo tiempo para esto. Igual ya sabe lo que tiene que hacer.

Con esa perla, se dirigió hacia la puerta y abandonó la sala.

El corazón me seguía galopando en el pecho y les daba una paliza a mis sienes.

Kabir también se puso de pie. Me miró como pidiendo disculpas y antes de retirarse aclaró:

–No estoy de su lado, ¿de acuerdo? –Alternó la mirada entre Aaron y yo–. Todo esto fue idea de Jeff; él quiere que lo hagas. No lo pienses demasiado. Tómatelo como un cumplido.

Ni me molesté en responderle.

El hombre que casi me había adoptado como una más del clan Díaz me miró y negó con la cabeza. Dijo "*qué pendejo*" entre dientes, lo que me provocó una pequeña sonrisa porque, aunque en España no solíamos usar esa expresión, sabía con exactitud a qué se refería.

Héctor tenía razón. Gerald era un completo *pendejo*.

Y después estaba Aaron, que no había vuelto a mirarme. Juntó sus cosas con cuidado y no pude evitar ver sus largos dedos y sus, todavía más largas, piernas, que empujaron la silla y le permitieron desplegar toda su altura.

Mientras lo examinaba intentando procesar todo lo que había pasado, noté que su mirada subía desde sus manos hacia mí. Me observó por un segundo, sus ojos ya se habían calmado y habían regresado a su indiferencia habitual.

Como siempre.

Alto y robusto, atravesó la puerta y se alejó por el pasillo. El corazón se me aceleró y se

detuvo, todo al mismo tiempo.

–Vamos, *mija* –dijo Héctor, que se había quedado mirándome–. Tengo una bolsa de *chicharrones* en la oficina. Ximena la escabulló en la funda de mi portátil el otro día y los estuve guardando para el momento indicado. –Me guiñó el ojo.

Yo también me levanté y me reí despacio. Cuando la viera, le iba a dar un abrazo de oso a su hijita.

–Tienes que aumentarle la mensualidad a esa niña. –Lo seguí e hice un esfuerzo para devolverle la sonrisa.

Pero no pude evitar que, a los pocos pasos, me temblaran las comisuras de los labios en un gesto que no pude descifrar.



Capítulo 3

Nunca me imaginé que iba a pasar la noche de ese modo.

Era tarde, las oficinas de InTech estaban casi vacías y por lo menos me quedaban cuatro o cinco horas más de trabajo. El estómago me rugía tan fuerte que sospeché que empezaría a comerse a sí mismo.

–*Estoy jodida* –murmuré, sabía que no estaba exagerando.

Primero, porque lo último que había ingerido había sido una triste ensalada verde. Grave error; pero en el momento parecía la opción más sensata, ya que solo faltaban cuatro semanas para la boda. Segundo, porque no tenía nada cerca para comer ni monedas para usar en la máquina expendedora de la planta baja. Tercero, el PowerPoint a medio hacer seguía mirándome fijamente.

Dejé caer las manos sobre el teclado y dudé durante un minuto entero.

La notificación de un mensaje de texto atrajo mi atención. Era de Rosie. Desbloqueé el teléfono y apareció una imagen.

La foto de un exuberante café con leche coronado con espumita. A su lado, un brownie de tres chocolates brillaba sin pudor.

Rosie

¿Estás?

No hacía falta que especificara el plan ni que me enviara la dirección. Ese festín solo podía ser de Around the Corner, nuestra cafetería favorita. Se me hizo agua la boca al pensar en ese oasis de cafeína en la avenida Madison.

Ahogando un gemido, respondí:

Me encantaría. Por desgracia estoy atrapada en la oficina.

Tres puntos en la pantalla.

¿Segura? Te guardé un lugar.

Antes de que pudiera volver a escribir, me mandó otro mensaje.

Es el último brownie, pero te compartiré
si llegas rápido. La carne es débil.

Suspiré. Aunque sin duda su invitación era un mejor plan que hacer horas extras un miércoles a la noche…

No puedo. Estoy trabajando
en lo del Día de Puertas Abiertas.
Y para que sepas, borraré esa foto.
No puedes tentarme así.

Ah, no. Solo me contaste que te lo habían
encajado, no mucho más. ¿Cuándo será?

Al volver de España. 👰💀

Sigo sin entender por qué tienes que hacerlo tú.
Como si no tuvieras suficiente trabajo…

Síp. Eso es exactamente lo que tendría que estar haciendo: el trabajo por el que me pagaban, no organizando un Día de Puertas Abiertas en el que tendría que alimentar, cuidar y ser "más simpática" con un grupo de hombres con traje. Lo que sea que eso signifique. Pero quejarme no me llevaría a ningún lado.

😑 Es lo que hay.

Ahora mismo, Jeff no me cae tan bien.

¿No habías dicho que era un madurito sexy? 😏

Es que, siendo objetiva, lo es. Sin embargo,
puede verse muy bien para un cincuentón
y ser un imbécil. Sabes que los de su tipo
me resultan particularmente atractivos.

Lo sé, amiga.
Ted era un completo idiota.
Me alegra que lo hayas dejado.
💩

Como no me llegaron más mensajes durante un rato, di la conversación por terminada. Bien. Necesitaba continuar con esta mierda de…

Mi teléfono volvió a sonar.

Lo siento, vino el esposo de la
dueña y me distraje #desmayada
Es tan apuesto. Le regala flores
una vez por semana. 😭

Rosalyn, estoy intentando trabajar.
Tómale una foto y me la muestras mañana.

Perdón, perdón. Por cierto, ¿hablaste con Aaron?
🤔 ¿Sigue esperando?

No me enorgullecía admitir que el estómago me había dado un vuelco ante la mención inesperada de un tema que quería evitar a toda costa.

Mentirosa.

Los últimos días se sintieron como la cuenta regresiva de una bomba a punto de estallar.

Desde el lunes, Aaron no había vuelto a mencionar la locura de acompañarme a la boda. Tampoco Rosie, porque estuvimos tan ocupadas que casi ni nos vimos.

No sé a qué te refieres. ¿Qué está esperando?

…

¿Un trasplante de corazón tal vez?
Porque creo que no tiene.

Ja, muy graciosa. Deberías guardarte los chistes para cuando conversen.

No lo haremos.

Tienes razón. Están demasiado ocupados mirándose en secreto. 🔥

Un rubor inesperado me invadió el rostro.

¿Qué quieres decir?

Ya sabes...

¿Que quiero quemarlo en una hoguera como a una bruja? Entonces sí.

Seguro también sigue ahí, trabajando.

¿Y?

Y… podrías ir a su oficina y mirarlo como siempre haces. Estoy segura de que le encanta.

Guau. ¿Qué demonios?

Me acomodé en la silla, incómoda, mientras miraba horrorizada la pantalla del teléfono.

¿Qué diablos dices? ¿Volviste a comer demasiado chocolate? Ya sabes que te hace alucinar. 😳

Cambia de tema todo lo que quieras.

No estoy cambiando de tema.
De verdad me preocupa tu salud.

😳

Esta locura que dice que ve entre nosotros era nueva. Mi amiga nunca me la había dicho de una manera tan directa. Solo deslizaba algunos comentarios aislados cada tanto.

"Tensa calma", dijo la última vez.

Y cuando la escuché, lancé un bufido tan fuerte que se me salió un poco de agua por la nariz.

Así de ridículas me parecían sus *observaciones*.

En mi humilde opinión, todas las telenovelas que miraba estaban empezando a alterarle la percepción de la realidad. Y eso que la española era yo. Yo era la que había crecido mirando telenovelas con mi abuela. Y sabía muy bien que no vivía en una. No había ninguna tensa calma entre Aaron Blackford y yo. Sabía que no le gustaba la forma en que lo miraba. A Aaron no le gustaba nada. Y claro, si no tenía corazón.

Tengo que trabajar. Te dejo seguir con tu café, pero aléjate del mostrador de pastelería.
Me preocupas.

Bueno. Pararé… por ahora. 🖤 ¡Buena suerte!

🖤🔥

Bloqueé el teléfono y lo dejé boca abajo sobre la mesa. Respiré profundo para recuperar la energía.

Que continúe el espectáculo.

Pero no podía parar de pensar en el brownie.

Me acosaba.

No, Lina.

Pensar en brownies (o en cualquier comida) no me permitía concentrarme. Necesitaba convencerme de que no tenía hambre.

–No tengo hambre –negué en voz alta mientras me recogía el cabello–. Tengo el estómago lleno. A rebosar de comida deliciosa. Tacos. Pizza. Brownies. Café…

Me rugió el estómago, ignorando mi ejercicio de visualización y llenándome la mente con el recuerdo de Around the Corner. El delicioso aroma de los granos de café recién tostados. El tremendo estímulo sensorial que es morder un brownie con tres tipos de chocolate. El sonido de la máquina de café al espumar la leche.

Otra queja de mi ruidoso estómago.

Suspiré e intenté quitarme esas imágenes de la cabeza arremangándome el cárdigan liviano que tenía que usar en el edificio porque, durante el verano, ponían el aire acondicionado a todo lo que daba.

–A ver, estómago, ayúdame un poco, por favor –murmuré, como si esas palabras fueran a cambiar algo–. Mañana iremos a Around the Corner. Ahora tienes que quedarte en silencio y dejarme trabajar, ¿sí?

–Sí.

Las palabras retumbaron en la oficina, como si mi estómago hubiese respondido.

Pero no tenía tanta suerte.

–Eso fue muy raro –dijo la misma voz profunda–, aunque supongo que es parte de tu personalidad.

No tuve que levantar la cabeza para saber de quién se trataba. Cerré los ojos.

Maldita seas, Rosalyn Graham. Invocaste a esta entidad diabólica y la atrajiste a mi oficina. Lo pagarás con chocolate.

Lo insulté por dentro (porque, por supuesto, de todas las personas que podrían haberme escuchado hablando sola, tenía que ser él). Puse una expresión neutra y alcé la vista del escritorio.

–¿Raro? Prefiero pensar que es adorable.

–No –respondió rápido, demasiado rápido–. Ya es perturbador si dices más de dos palabras. Y tú estabas teniendo una conversación entera sola…

Tomé la primera cosa que estaba a mi alcance (un rotulador fluorescente). Inhalé, exhalé.

–Lo siento, Blackford, en este momento no tengo tiempo para corregir mis imperfecciones. –Agité el rotulador en el aire–. ¿Qué necesitas?

Estaba en el umbral de la puerta, así que lo invité a pasar. Entró con la computadora portátil bajo el brazo y una ceja levantada.

–¿Qué es Around the Corner? –preguntó, estudiándome.

Exhalé despacio e ignoré su pregunta mientras lo veía acercarse con largos pasos hacia mi escritorio. Lo rodeó y se detuvo a mi izquierda.

Giré en la silla para mirarlo a la cara:

–Disculpa, ¿se te ofrece algo?

Miró la pantalla de mi computadora, con el cuerpo inclinado hacia delante.

Noté lo cerca que me quedaba su pecho de la cara y lo alto que parecía de cerca. Me apoyé contra el respaldo de la silla.

–¿Hola? ¿Qué haces? –farfullé más de lo que hubiese querido.

Apoyó la mano izquierda en el escritorio e hizo un sonido que resonó. Justo en mi cara.

–Blackford –lo llamé despacio mientras miraba cómo analizaba la diapositiva que contenía un borrador del itinerario que estaba planificando para el Día de Puertas Abiertas.

Sabía lo que estaba haciendo. Pero no sabía por qué. O por qué me ignoraba (más allá del hecho de que quería molestarme).

–Blackford, te estoy hablando.

Perdido en sus pensamientos, volvió a hacer ese maldito sonido grave y masculino.

Y molesto, me recordé.

Como por arte de magia, se me hizo un nudo en la garganta. Lo tragué con dificultad.

–¿Eso es todo lo que tienes? –dijo finalmente.

Sin inmutarse, apoyó su portátil en el escritorio. Justo al lado mío. Entrecerré los ojos.

–*Ocho de la mañana. Llegada de los invitados y bienvenida*. –Un brazo fornido entró en mi campo de visión y señaló la pantalla. Me pegué al respaldo de la silla y contemplé el modo en que sus bíceps se flexionaban bajo la camisa que llevaba puesta. Siguió leyendo y señalando cada uno de los puntos que había escrito–: *Nueve de la mañana. Introducción a las estrategias comerciales de InTech.* –Mis ojos viajaron hasta sus hombros–. *Diez de la mañana. Café*… hasta las once de la mañana. Vamos a necesitar muchos litros de café. *Once de la mañana. Actividades antes del almuerzo*. Sin especificar. –Me sorprendió cómo sus brazos rellenaban la manga a la perfección. Sus músculos se contraían bajo la fina tela sin dejar mucho lugar a la imaginación–. *Mediodía. Almuerzo*… hasta las dos de la tarde. Un banquete. Ah, y otro café a las tres de la tarde. –El brazo en el que me estaba concentrando se levantó y después se desplomó. Ruborizada, me recordé a mí misma que no estaba allí para mirarlo embobada. Ni a él ni a los músculos que tenía debajo de sus aburridas prendas–. Esto es peor de lo que pensaba. ¿Por qué no dijiste nada?

–Perdón, ¿qué? –Salí del trance y lo fulminé con la mirada.

Aaron torció la cabeza, como si algo le hubiese llamado la atención. Me fijé en su mano, que se movía por el escritorio.

–Un evento como este –dijo. Tomó uno de los bolígrafos que había desparramados sobre el escritorio–. Nunca organizaste algo así. Y parece que tampoco sabes cómo hacerlo. –Lo depositó

en mi lapicero con forma de cactus.

–He organizado un par de talleres –murmuré mientras veía cómo acomodaba el siguiente bolígrafo–. Pero siempre para compañeros, nunca para potenciales clientes. –Luego un tercero–. Discúlpame, ¿qué crees que estás haciendo?

–De acuerdo –respondió sin más. Tomó mi bolígrafo favorito, uno rosa con plumas en la punta, lo miró con extrañeza y arqueó las cejas–. No es el ideal, pero es un comienzo. –Me señaló con el bolígrafo–. ¿Y esto? ¿En serio?

–Me da alegría. –Se lo arrebaté y lo deposité en el lapicero–. ¿No está a la altura de sus estándares estéticos, señor Robot?

En lugar de responder, tomó unas carpetas que yo había apilado (de acuerdo, más bien tirado) a mi derecha.

–Yo sí tengo experiencia en eventos de este tipo –dijo acomodándolas en una esquina del escritorio–. Organicé algunos en mi trabajo anterior. –Siguió con mi agenda, que estaba boca abajo en algún lugar del desorden en el que (me estaba empezando a dar cuenta) se había convertido mi espacio de trabajo. La tomó con sus grandes manos–. Vamos a tener que organizarnos bien, no tenemos mucho tiempo.

Bueno, bueno, bueno.

–¿Tenemos? –Le arranqué la agenda de las manos–. No hay ningún "tenemos" aquí –me burlé–. ¿Y puedes, *por favor*, dejar mis cosas en paz? ¿Qué quieres conseguir?

Volvió a mover la mano furtiva, esta vez hacia el respaldo de mi silla. Me estaba acorralando entre el escritorio y la silla, y su cabeza flotaba sobre la mía, escaneando mis cosas.

Esperé a que respondiera mientras miraba su perfil y me esforzaba por ignorar el calor que irradiaba su cuerpo.

–Nunca podrás concentrarte en este escritorio. Está hecho un desastre –aseguró, como si fuera algo obvio–. Así que estoy intentando ordenarlo.

–Podía concentrarme sin problema antes de que llegaras –respondí. Me había dejado boquiabierta.

–¿Me muestras la lista de invitados que preparó Jeff? –Se inclinó hacia el teclado de mi computadora y abrió una ventana. Mientras tanto, mi temperatura corporal… subía. Me incomodaba. Pero al menos había dejado de tocar mis cosas–. Ah, aquí está. –Parecía que analizaba el documento como yo lo había hecho con su perfil hacía un segundo. La cercanía comenzó a abrumarme. Dios–. De acuerdo –continuó–, no son muchos. Eso al menos facilitará el cáterin. Respecto al… cronograma que preparaste, no va a servir.

Me apoyé las manos en el regazo. Sentí terror en el estómago porque no sabía cómo diablos iba a conseguir organizar todo.

–No te pedí opinión, pero gracias por dármela de todos modos –dije con debilidad mientras acercaba mi computadora–. Ahora, si no te importa, seguiré trabajando.

Bajó la vista justo cuando lo miré. Buscó mi rostro por un segundo que pareció extenderse por todo un (muy incómodo) minuto.

Se apartó, se apoyó sobre la mesa con sus fuertes antebrazos (que puede que haya

contemplado durante más tiempo del socialmente aceptable) y se concentró en su computadora.

–Aaron –esperaba que fuera la última vez que tuviera que mencionar su nombre esa noche–, no tienes que ayudarme. Si es que es eso lo que intentas hacer –agregué por lo bajo.

Acerqué la silla a mi escritorio mientras él escribía su contraseña. Tuve que esforzarme para no mirar sus hombros ridículamente anchos, que habían quedado justo en mi campo visual.

Por el amor de Dios. Tenía que dejar de… mirarlo.

Mi cerebro, agotado, estaba haciendo su mejor esfuerzo para comportarse con normalidad. Y todo por su culpa. Necesitaba que se fuera. Lo antes posible. A una distancia prudencial era molesto, pero ahora estaba… justo aquí. Y hacía todo mucho más difícil.

–Tengo algo que podríamos usar. –Buscó un documento en su computadora–. Mi jefe anterior me había hecho hacer una lista. Un manual de recursos. Debería estar por aquí. Espera.

Siguió tipeando y haciendo clic mientras mi irritación crecía segundo a segundo. Conmigo, con él. Con… todo.

–Aaron. –Un PDF ocupó toda la pantalla. Bajé la voz porque pensé que ser más amable de lo que solía ser con él podía ayudarme–. Es tarde, no tienes que hacerlo. Ya me has orientado. Ahora puedes irte. –Señalé la puerta–. Gracias.

Volvió a tipear con esos dedos que no podía dejar de mirar.

–Tiene un poco de todo: ejemplos de talleres, conceptos claves para actividades y dinámicas grupales y hasta objetivos que debes tener siempre en cuenta. Podemos repasarlo.

“Podemos”. De nuevo el plural.

–Puedo hacerlo sola, Blackford.

–Te ayudaré.

–Podrías, pero no tienes que hacerlo. No sé por qué sientes el impulso de volar con tu capa roja y salvar el día, como si fueras un Clark Kent *nerd*. Conmigo no hace falta, gracias. Aunque puede ser que te le parezcas un poco, yo no soy una damisela en apuros.

Lo peor era que sí necesitaba ayuda. Sin embargo, no quería aceptar que el único dispuesto a ofrecerse era él.

–¿Un Clark Kent *nerd*? –Se enderezó y frunció el entrecejo–. ¿Se supone que es un cumplido?

Cerré la boca.

–No. –Puse los ojos en blanco, pero puede que tuviera razón.

Se parecía un poco al hombre detrás de Superman. No al de la capa, sino al que usaba traje, tenía un empleo a tiempo completo y era demasiado… *sexy* para alguien que trabaja en una oficina. Jamás lo admitiría en voz alta. Ni siquiera a Rosie.

Aaron estudió mi expresión unos segundos.

–Creo que lo tomaré como un cumplido. –Esbozó una leve sonrisa.

Presumido doble de Clark Kent.

–Pues no lo es. –Tomé el *mouse* de mi computadora y abrí una carpeta al azar–. Si te hubiese dicho Thor o Capitán América, sí habría sido un cumplido. Pero no eres un Chris. Además, Superman ya no le importa a nadie, señor Kent.

–Pero parece que a ti sí –dijo después de reflexionar un poco sobre mis palabras.

Lo ignoré. Él siguió caminando a mis espaldas. Después se dirigió hacia el escritorio de uno de los chicos con el que compartía oficina y que, obviamente, hacía varias horas que se había ido. Tomó la silla con una mano y la giró en mi dirección.

Me crucé de brazos mientras se sentaba a mi lado. La silla chilló bajo su peso, parecía bastante frágil.

–¿Qué estás haciendo? –pregunté.

–Ya me hiciste esa pregunta. –Me atravesó con una mirada de aburrimiento–. ¿Qué te parece que estoy haciendo?

–No necesito tu ayuda, Blackford.

–Creo que estoy teniendo un *déjà vu*. –Suspiró.

–Tú… –tartamudeé–. Yo… uuugh.

–Catalina –en ese preciso momento, odié cómo sonaba mi nombre en sus labios–, necesitas ayuda. Estoy ahorrándonos tiempo. Los dos sabemos que nunca la pedirás.

No se equivocaba. Nunca le pediría nada porque siempre supe con exactitud lo que pensaba de mí tanto personal como profesionalmente. Aunque él no lo supiera, lo había escuchado hablar a mis espaldas. Así que, no, en la vida aceptaría algo de él. Por mucho que eso me convirtiera en una resentida, como él, podía soportarlo.

Aaron se apoyó en el respaldo y puso las manos en los apoyabrazos. La camisa se tensó con el movimiento y fui incapaz de ignorarlo.

Jesús. Cerré los ojos por un momento. Tenía hambre, estaba cansada de tener que lidiar con esta situación, los ojos me traicionaban y estaba confundida.

–Deja de ser tan testaruda.

“Testaruda”. ¿Por qué? ¿Por qué tenía que aceptar la ayuda que no le había pedido?

Me hizo enojar. Debe ser por eso que abrí la boca sin pensar:

–¿Por eso no hablaste en la reunión de hoy? ¿Porque no te pedí ayuda? ¿Porque soy demasiado testaruda como para aceptarla?

Inclinó la cabeza ligeramente hacia atrás; seguro estaba sorprendido por lo que acababa de admitir.

Enseguida me arrepentí de haberlo dicho. Mucho. Pero no pude contenerlo, era como si las palabras estuvieran desesperadas por salir.

–No me di cuenta de que querías que intercediera. –Algo perturbó su expresión.

Claro que no. Nadie lo había hecho. Ni siquiera Héctor, a quien consideraba familia. ¿No debería saberlo a estas alturas? Sí, tenía muy en claro que en estas situaciones hay dos tipos de personas: quienes creían que no decir nada los volvía imparciales, y quienes tomaban una posición. Y la mayoría de las veces la segunda era la opción incorrecta. Claro que no siempre se trataba de cuestiones tan inofensivas como los comentarios altaneros e irrespetuosos de Gerald. Por el contrario, solían ser cosas mucho mucho peores. Lo sabía. Lo había experimentado en carne propia hacía mucho tiempo. Negué con la cabeza para alejar los recuerdos.

–¿Eso hubiera cambiado algo, Aaron? ¿Si te hubiera pedido que intercedieras? –le pregunté,

como si tuviera la respuesta en sus manos, aunque bien sabía que no era así. Lo miré y sentí que se me aceleraba el corazón–. O si te hubiera dicho que estaba cansada de tener que pedirlo, ¿hubieras intervenido? –Me estudió en silencio, con cautela. Las mejillas me ardieron por el escrutinio. Cada vez me arrepentía más de haber hablado–. Olvídate de lo que acabo de decir, ¿de acuerdo? –Desvié la mirada. Me sentí decepcionada y furiosa conmigo misma por haberme ensañado con él cuando en verdad no me debía nada. Nada–. Voy a tener que cargar con esto. No importa cómo ni por qué. –Y no iba a ser la última vez.

Aaron se enderezó y se inclinó hacia mí. Quedamos solo a unos milímetros de distancia. Inhaló profundo y yo contuve la respiración, esperando a que dijera lo que se estaba cocinando en su cabeza.

–Nunca necesitaste que te defendieran, Catalina. Esa es una de las cosas que más respeto de ti.

Sus palabras me hicieron algo en el pecho. Algo que creó una presión que no me gustaba.

Él nunca había dicho algo así. Y menos a mí.

Abrí la boca para decirle que no importaba, que no *me* importaba, que podíamos dejarlo pasar, pero alzó una mano para detenerme.

–Además, nunca te he tenido como una persona que se acobardaría y no daría lo mejor de sí cuando se le presenta un desafío. Sea injusto o no –dijo, y volvió a concentrarse en su computadora–. ¿Cómo quieres hacerlo?

Cerré la boca. No… No me estaba acobardando. Esto no me daba miedo. Sabía que podía hacerlo. Solo que… diablos, estaba agotada. Era difícil encontrar motivación cuando la tarea era tan desalentadora.

–Yo no…

–¿Cómo quieres hacerlo, Catalina? –Movía los dedos con destreza sobre el teclado–. ¿Vas a quejarte o a trabajar?

–No me estoy quejando –bufé.

Estúpido doble de Clark Kent.

–Entonces, pongámonos manos a la obra –respondió.

Lo miré bien. Su mandíbula se tensó con determinación y quizá un poco de irritación.

–No somos un equipo. –Exhalé.

Negó con la cabeza y por un segundo vi que el fantasma de una sonrisa le atravesaba la boca.

–Lo juro por Dios… –Miró para arriba, como si le estuviera rogando paciencia al cielo–. Te ayudaré y punto. –Miró su reloj y suspiró–. No tengo todo el día para convencerte. –Volvió a fruncir el ceño, el Aaron que conocía estaba de regreso–. Ya hemos perdido bastante tiempo.

Me sentía más cómoda con este Aaron gruñón. Ya no decía estupideces como que me respetaba. Era mi turno de fruncir el ceño, me molestaba darme cuenta de que ya no intentaba echarlo.

–Soy tan testarudo como tú –murmuró mientras tipeaba algo en su portátil–. Y lo sabes.

Volví a concentrarme en la pantalla de mi computadora, decidida a permitir esta extraña tregua. Todo sea por la reputación de InTech. También por mi propia salud mental, porque esto

me estaba volviendo completamente loca. Éramos dos idiotas gruñones que habían decidido tolerarse por una noche.

–De acuerdo, ya que insistes, dejaré que me ayudes –le dije, intentando ignorar la gran pelota de emociones que se me formaba en el estómago y se parecía bastante a la gratitud.

–Tendremos que empezar de cero. Abre una presentación en blanco. –Me echó un vistazo rápido, con una mirada que no pude descifrar.

Desvié la vista e intenté centrarme en la computadora.

Después de unos minutos en silencio, percibí un movimiento por el rabillo del ojo. De inmediato, apoyó algo sobre el escritorio, justo entre los dos.

–Toma. –Lo escuché decir a mi lado.

Bajé la mirada y me encontré con un cuadrado de unos diez centímetros de lado envuelto en papel de aluminio.

–¿Qué es esto? –pregunté.

–Una barrita de granola –respondió sin mirarme y sin dejar de teclear–. Tienes hambre. Cómela.

Observé como mis manos se acercaban a la barrita en contra de mi voluntad. La desenvolví y la inspeccioné. Casera. Tenía que serlo por cómo estaban unidos los copos de avena, las frutas disecadas y las nueces. Escuché un largo suspiro.

–Si me preguntas si está envenenada, te juro que…

–No –murmuré.

Negué con la cabeza y volví a sentir esa extraña presión en el pecho. Le di un bocado y (*bendito Dios de la granola*) gemí de placer.

–Por el amor de Dios –murmuró el hombre a mi lado.

–Lo siento, ese bocado merecía un gemido. –Engullendo esa dulce y crujiente maravilla, me encogí de hombros.

Negó con la cabeza mientras leía el archivo que tenía abierto. Estudié su perfil y me invadió un sentimiento extraño e inédito. Y no tenía nada que ver con sus inesperadas habilidades culinarias. Había algo más, algo cálido y difuso que había percibido hacía unos minutos, y que ahora me hacía querer sonreír. Estaba agradecida.

Aaron Blackford, el doble gruñón de Clark Kent, estaba en mi oficina ayudándome y dándome snacks caseros, y yo estaba encantada. Incluso agradecida.

–Gracias. –Se me escapó de los labios, fugitiva.

Se giró para mirarme y lo vi relajarse antes de centrarse en mi pantalla.

–¿Todavía no abriste una presentación en blanco? –dijo, burlón.

–*Oye*. –Se me salió la española que llevaba dentro–. No tienes que ser tan mandón. No todos tenemos supervelocidad como usted, señor Kent.

–Todo lo contrario, algunos tienen el superpoder opuesto. –Levantó las cejas.

–Ja. –Puse los ojos en blanco–. Muy gracioso.

–Nueva presentación. Para hoy, si no es mucho pedir. –Volvió a la pantalla.

Esta iba a ser una noche muy larga.



Capítulo 4

–Mamá –dije por vez número cien–. *Mamá, escúchame, por favor*.

No importaba si se lo pedía mil veces más. Mi madre no era buena escuchando, y no se esforzaba nada en mejorar. Solo las personas que le daban un descanso a las cuerdas vocales eran capaces de escuchar.

Suspiré profundamente mientras la voz de mi madre llegaba como una catarata de español a través del teléfono celular.

–*Madre* –repetí.

–... así que, si vas a decidirte por el otro vestido… ¿Sabes de cuál hablo? –me preguntó sin darme tiempo a responder–. El de seda finita, largo hasta los tobillos. Bueno, como tu madre, tengo que decirte que no te sienta muy bien. Lo siento, Lina, pero eres bajita, y ese corte te hace ver todavía más pequeña. Y el verde tampoco es tu color. No creo que sea apropiado para la *madrina* de boda.

–Lo sé, mamá. Pero ya te dije…

–Parecerás… una rana con tacones.

Uf, gracias, mamá.

–No importa, porque me pondré el vestido rojo –respondí entre risas.

–*Ay*, –suspiró– ¿por qué no me lo has dicho antes? Llevo media hora hablando de vestidos.

–Te lo dije en cuanto empezaste, pero tú…

–Bueno, creo que me dejé llevar, *cariño*. –Abrí la boca para confirmarlo, aunque no me dio oportunidad de hacerlo–. Perfecto –continuó–. Es un vestido muy bonito, Lina. Clásico y sexy. –¿Sexy? ¿Qué quiere decir con eso?–. Tus senos entrarán al salón antes que tú. –Ah… *ah*. Eso

quería decir–. El color le sienta muy bien a tu tono de piel, a la forma de tu cuerpo y a tu rostro. No como el vestido de rana.

–Gracias –murmuré–. Creo que nunca volveré a llevar algo color verde.

–Mejor –dijo demasiado rápido como para poder tomarlo como un comentario bien intencionado–. ¿Y tu novio qué se pondrá? ¿Irán combinados? Papá consiguió una corbata del mismo azul que mi vestido.

–Mamá, sabes que Isa odia eso. Nos pidió específicamente que no fuéramos combinados. –Se me escapó un pequeño gruñido.

Mi hermana había sido muy insistente: nada de parejas combinadas. Hasta la tuve que convencer de que no lo pusiera en las invitaciones. Me llevó mucha energía y paciencia explicarle que no quería ser ese tipo de novia.

–Bueno, dado que yo fui quien parió a la novia y que ya le compré la corbata a papá, creo que tu hermana tendrá que hacer una excepción.

No me sorprende que mi madre sea testaruda. Yo lo era, mi hermana un poco más, ¿pero nuestra madre? Esa mujer había creado el término *cabeza dura* el mismísimo día de su nacimiento.

–Creo que no le quedará más remedio –admití entre dientes.

Tomé la agenda y agregué a la lista de tareas: *Llamar a Isa para advertirle*.

–Tengo un cupón online que puedes usar, creo –comentó mamá mientras yo abría la computadora para revisar mi correo–. Aunque puede que no funcione fuera de España. Pero debería, ¿no? Eres mi hija y tienes que poder usar mis cupones sin importar en qué parte del mundo estés. ¿El internet no se inventó para eso?

Abrí un e-mail que contenía la información de reuniones que me habían programado. Un rápido escaneo del mensaje hizo que me diera cuenta de que debería haber colgado con mi madre antes de abrirlo.

–Sí, claro.

–¿“Sí, claro” que internet es para eso o “sí, claro” que usarás el cupón? –inquirió mi madre. Me apoyé contra el respaldo para leer la información adjunta–. ¿Lina?

¿De qué diablos estamos hablando?

–Sí, mamá.

–Vas a tener que revisar el cupón; ya sabes que no soy buena con esto de internet.

–Claro –dije, sin saber bien a qué estaba accediendo.

–¿O ya tiene corbata? –¿Quién? Mi atención regresó a la conversación–. ¿Tiene? –insistió ante la falta de respuesta–. Tu nuevo novio.

Sentí que se me formaban pequeñas gotas de sudor en la frente ante la perspectiva de tener que discutir esto.

Él. El novio que no tenía pero mi familia creía que sí. Porque se los había dicho. Les había *mentido*.

De golpe me comieron la lengua los ratones. Esperé a que mi madre cambiara de tema con el estilo caótico y veloz que adoptaba cada vez que yo entraba en pánico.

¿Qué se supone que tengo que responder? "No, mamá. No tiene corbata porque no existe. Lo inventé, ¿entiendes? Todo para perecer un poco menos patética y sola".

También podría colgar. O decir que estaba ocupada y dar por terminada la conversación. Pero luego me arrepentiría y, la verdad, no creía poder soportar ni un gramo más de culpa. Aparte, mi madre no era estúpida. Se iba a dar cuenta de que pasaba algo. Había salido del útero de esa mujer.

Pasaron algunos segundo más sin que ninguna dijera nada. No podía creer que, por primera vez, la matriarca Martín estuviera esperando mi respuesta en silencio.

Mierda.

Más segundos.

Mierda, mierda, mierda.

Confiesa, decía una vocecita en mi mente. Pero negué con la cabeza y me concentré en las gotas de sudor que rodaban por mi pegajosa espalda.

–Lina –dijo finalmente, con la voz intranquila, preocupada–, ¿pasó algo?

Solo un ser humano horrible y mentiroso podía despertarle esa preocupación.

–No… –Me aclaré la garganta e ignoré la presión en el estómago, que se parecía bastante a la vergüenza–. Estoy bien.

La escuche suspirar. Uno de esos suspiros que te dan una bofetada. Me hizo sentir mal. Podía verla mirándome, negando con la cabeza, con decepción y un poco de tristeza. Lo odiaba.

–Lina, sabes que puedes contar conmigo si te pasa algo.

La culpa creció y me estrujó el estómago. Me sentía terrible. Y estúpida. Pero ¿qué podía hacer aparte de seguir mintiendo? ¿Decir la verdad era una opción?

–¿Se separaron? Eso tendría sentido porque nunca hablas de él. Lo mencionaste por primera vez el otro día. –Hizo una pausa y me aturdieron mis latidos–. Tu prima Charo hizo un comentario. –Claro que Charo sabía. Todo lo que supiera mamá lo sabía el resto de la familia. Como no le respondí, continuó–: Dijo que no habías subido ninguna foto con él a Facebook.

–Ya nadie sube cosas a Facebook, mamá –dije con los ojos cerrados y la voz débil por la lucha que estaba teniendo conmigo misma.

–¿Y *Prinstanam*? O lo que sea que usen los jóvenes ahora. Tampoco has publicado fotos ahí. –Me imaginé a Charo investigando todas mis redes sociales para ver a este hombre imaginario, y frotándose las manos al no haber encontrado nada–. Charo dijo que, si no lo oficializan en *Prinstanam*, entonces no es serio.

–Se llama *Instagram*. –El corazón me latió más fuerte.

–De acuerdo. –Volvió a suspirar–. Pero si terminaste con él o él contigo (no me importa quién haya sido) puedes decírnoslo. A papá y a mí. Sé lo mucho que te ha costado tener citas después de… ya sabes, después de Daniel.

Ese último comentario fue una puñalada en el pecho. Convirtió la opresión en algo feo y doloroso. Algo que me hizo preguntarme por qué había mentido, por qué me costaba pasar página (como había dicho mi madre) y por qué estaba en este aprieto.

–No has traído a nadie a casa en todos estos años. No nos has contado que habías conocido a

alguien. La primera vez que hablaste de él fue cuando nos contaste que ibas a traerlo a la boda. Así que, si estás soltera de nuevo … –un golpe familiar y filoso me atravesó el pecho–, está bien.

¿Está bien?

Si en verdad estuviera bien, podría decirle la verdad a mi madre. Tendría la oportunidad de terminar con este circo de mentiras, enterrar la culpa en algún lugar oscuro y profundo, y respirar. Podría decírselo, sí, que ya no estaba en una relación y, por lo tanto, no llevaría a mi (inexistente) novio a España. Que iría a la boda sola. Y que *estaba bien*. Ella misma lo había dicho. Y puede que tuviera razón. Solo necesitaba creérmelo. Respiré hondo, sentí una ola de coraje y me decidí: *iba a contarle la verdad.*

Ir sola no iba a ser divertido. La lástima y los susurros del pasado iban a ser una tortura. Y eso era poco decir. Pero no tenía otra opción.

El rostro gruñón de Aaron se me vino a la mente. Sin avisar. *Definitivamente* sin ser llamado. *No*. Me lo quité de la cabeza. No me había vuelto a mencionar el tema desde el lunes. Habían pasado cuatro días. Y aunque lo hubiera hecho, tampoco cambiaría nada. Estaba sola en esto. Además, no tenía motivos para creer que me lo había propuesto en serio.

Y estaba bien; mamá lo había dicho.

Abrí la boca para contestar, decidida a madurar y dejar de actuar como una mentirosa compulsiva, pero, como siempre, la suerte no estaba de mi lado. Porque las próximas palabras de mi madre mataron mis intenciones antes de que se materializaran.

–¿Sabes?, cada persona es diferente. –Su tono de voz debería haberme dado un indicio de lo que estaba por venir–. Cada uno tiene su propio ritmo para rehacer su vida después de algo como lo que tú tuviste que atravesar. Algunos necesitan más tiempo para recuperarse. Y si todavía no lo lograste, no tienes de que avergonzarte. Daniel está comprometido y tú no. Pero eso no importa. Puedes venir sola a la boda, Lina. –Se me retorció el estómago de solo pensarlo–. No digo que Daniel haya tenido que rehacer su vida porque, bueno, fue él quien abandonó el barco y salió ileso. –Que me echara esa verdad en la cara solo empeoraba las cosas. Había seguido con su vida alegremente, mientras que yo… yo… me había quedado estancada. Y todos lo sabían. Como si pudiera leerme la mente, continuó–: Todos lo saben, *cariño*. Y todos lo entienden. Tuviste que atravesar muchas cosas.

"¿Todos lo entienden?".

No, se equivocaba. Todos *creían* que entendían, pero nadie lo hacía. No se daban cuenta de que esos "pobrecita", "pobre Lina" acompañados por esas miradas de lástima y movimientos de cabeza, como si comprendieran el trauma, el ser incapaz de encontrar a alguien y tener que mentirle a mi familia al respecto. La mera idea de aparecer sola sabiendo que Daniel (mi primer amor, ex, hermano del novio y padrino) iba a ir con su prometida hacía que quisiera arrancarme la piel. Eso solo iba a darles la razón.

Soltera y sola después de haber huido del país con el corazón roto.

Estancada.

Lo había superado, de verdad. Pero, diablos, todo lo que había ocurrido… me destruyó. Y recién ahora me daba cuenta, no porque llevara años soltera, sino porque había mentido y, peor

aún, había decidido no retractarme.

“Todos lo entienden. Tuviste que atravesar muchas cosas”.

“Muchas cosas” era poco decir.

Nop. No podía. No lo haría. No sería esa Lina delante de toda mi familia, delante de todo el bendito pueblo. Delante de Daniel.

–Lina… –pronunció mi nombre de un modo en el que solo una madre puede hacerlo–, ¿sigues ahí?

–Por supuesto. –Me tembló la voz por todos los sentimientos que me estaban atravesando, y me odié por eso. Me enderecé en la silla–. No pasó nada con mi novio –mentí. Mentiras, mentiras y más mentiras. *Lina Martín, mentirosa profesional, impostora*–. Y lo llevaré, como dije que haría. –Me esforcé para reír, pero no sonó bien–. Te lo hubiera dicho si me hubieras dejado hablar antes de llegar a conclusiones precipitadas y darme sermones.

Silencio al otro lado de la llamada. Solo silencio. Mi madre no era estúpida. Ninguna madre lo era. Si alguna vez me parecía que estaba a salvo, era probable que estuviera equivocada.

–De acuerdo –dijo extrañamente bajo–. Entonces, ¿siguen juntos?

–Sí –mentí de nuevo.

–¿Y vendrá contigo a la boda? ¿A España?

–Correcto.

Una pausa. Las manos me sudaban tanto que, si no hubiera sujetado el teléfono con todas mis fuerzas, se me habría resbalado.

–¿Dijiste que él también vivía en Nueva York?

–Síp.

–¿Es estadounidense?

–Nacido y criado.

–¿Me repetirías su nombre?

Me quedé sin aire. *Mierda*. No les había dicho un nombre. ¿O sí? Creía que no, pero…

Repasé las opciones a toda velocidad. Desesperada. Necesitaba un nombre. Qué cosa tan sencilla y accesible. Un nombre. Un simple nombre. El nombre de un hombre que no existía, o al que todavía no había encontrado.

–Lina…, ¿estás ahí? –preguntó mi madre. Se rio, parecía nerviosa–. ¿Olvidaste el nombre de tu novio?

–No seas tonta. –Escuché la angustia en mi voz–. Yo…

Una sombra me distrajo. Miré hacia la puerta de mi oficina y, justo como había aparecido en mi vida hacía un año y ocho meses (en el peor momento posible), Aaron Blackford se materializó en el umbral y quedó justo en el ojo de la tormenta.

–¿Lina? –Me pareció escuchar a mi madre.

Con solo dos zancadas estaba frente a mí, del otro lado del escritorio, y apoyaba una gran pila de papeles. ¿Qué estaba haciendo? No íbamos a la oficina del otro. Nunca nos molestamos en hacerlo, ni lo necesitamos, ni lo quisimos. Esos ojos fríos y azules me miraron. Frunció el ceño, intentando descifrar la crisis existencial que yo estaba atravesando. Que te descubran una

mentira es mucho peor que mentir. Unos pocos segundos después, su expresión se tiñó de horror. Vi cómo me juzgaba. De todas las personas que podían entrar a mi oficina en ese momento, tenía que ser justo él.

¿Por qué, Dios? ¿Por qué?

–Aaron –me escuché decir, con dolor.

–¿Aaron? –repitió mi madre, yo estaba apenas consciente.

–*Sí* –murmuré y lo miré preguntándome qué diablos quería.

–De acuerdo –dijo mamá.

¿"De acuerdo"?

–¿¡*Qué*!? –Los ojos se me abrieron como platos.

Aaron, que había sumado dos más dos y había entendido perfectamente la conversación, tenía una calma que no debería haberme sorprendido viniendo de él.

–¿Llamadas personales en el trabajo? –acusó, negando la cabeza.

Mi madre, que seguía del otro lado, preguntó:

–¿La voz que se escucha es de él? ¿La de este tal Aaron con el que sales?

Me quedé helada. Tenía los ojos y la boca abiertos, lo miré fijamente mientras las palabras de mi madre me resonaban en el cráneo, sin duda vacío, porque ¿qué diablos acababa de hacer?

–¿Lina? –insistió.

Aaron frunció más el ceño y suspiró con resignación, aún de pie al otro lado del escritorio. No se iba. ¿Por qué no se iba?

–*Sí* –respondí, sin darme cuenta de que ella había tomado esa palabra como confirmación. Debería haberlo sabido, ¿no?–. No –agregué, queriendo retroceder.

Pero luego Aaron chistó, volvió a negar con la cabeza y detuvo lo que fuera que estaba por salir de mi boca.

–Yo… –Ay, Dios, ¿por qué hace tanto calor en mi oficina?–. *No sé, mamá.*

"¿*Tu madre*?", moduló Aaron, sin sonido.

–¿Cómo que no sabes? –preguntó mamá al mismo tiempo.

–Yo... yo... –tartamudeé sin saber a quién se lo decía. Si al hombre gruñón o a mi madre. Sentía que estaba volando en piloto automático un avión que caía en picada a toda velocidad y no podía hacer nada para evitar el impacto. Ninguno de los controles respondía.

–*Ay, hija* –se rio mi madre–. ¿Es Aaron? ¿Sí o no?

Quería gritar. De pronto tenía una necesidad incontenible de llorar o abrir la ventana y arrojar el teléfono hacia el despiadado tráfico de Nueva York. También quería romper algo. Con mis propias manos. Y caminar dando pisotones por la frustración. Todo junto. Quería hacer todo al mismo tiempo.

Los ojos azules de Aaron se llenaron de curiosidad. Inclinó la cabeza mientras me observaba entrar en pánico.

Cubrí el micrófono del teléfono con una mano y, con la voz abatida, me dirigí al hombre que estaba frente a mí:

–¿Qué quieres?

–No, por favor, no permitas que yo (o el trabajo) interrumpamos tu llamada personal. –Negó con una mano en el aire, se cruzó de brazos y se llevó un puño al mentón–. Esperaré a que termines.

Si fuera posible que saliera vapor de mis oídos, una nube negra ya estaría cubriéndome la cabeza.

–Te dejo tranquila, pareces ocupada –supuso mi madre, que seguía en la línea. Miré a Aaron y, antes de que pudiera procesar sus palabras, agregó–: Espera a que la *abuela* se entere de que sales con alguien del trabajo. ¿Sabes qué dirá?

–*Donde se come no se caga* –respondí sin dudar ni un segundo; mi cerebro seguía en piloto automático. Aaron frunció un poco los labios.

–*Eso es.* –Escuché la carcajada de mi madre–. Te dejaré volver al trabajo. Nos contarás más de él cuando vengan a la boda, ¿de acuerdo?

No, quería decirle. *Lo que haré será morirme ahogada en mis propias mentiras.*

–Por supuesto, mamá –dije en su lugar–. Te quiero. Dile a papá que también lo quiero.

–También te quiero, *cielo.* –Y por fin colgamos. Me llené los pulmones con el aire que tanto necesitaba, miré al hombre que acababa de complicarme la vida diez veces más y arrojé el teléfono sobre el escritorio como si estuviera quemándome la palma de la mano.

–Así que era tu madre.

Asentí con la cabeza, todavía no era capaz de hablar. Mejor así. Solo Dios sabía las cosas que podían salir de mi traicionera boca.

–¿Todo bien en tu casa?

Suspiré y volví a asentir.

–¿Eso qué significa? –preguntó con lo que parecía genuina curiosidad–. Lo que dijiste en español antes de colgar.

Seguía mareada por esa horrible y catastrófica llamada. Lo que había hecho y cuánto había arruinado todo. No tenía tiempo para jugar a la traductora con Aaron, quien, sobre todo, era la última persona con la que quería hablar ahora.

Jesús, ¿cómo lo consigue? Llegó y en solo unos segundos…

Negué con la cabeza.

–¿A ti qué te importa? –estallé.

Se estremeció. Apenas, pero estaba segura de que lo había hecho. Me sentí una idiota y me llevé las manos a la cara para intentar calmarme.

–Lo siento –susurré–. Estoy un poco… estresada. ¿Qué quieres, Aaron? –pregunté con la voz más suave y la mirada en el escritorio, fija en cualquier lugar que no fuera él. No quería darle la oportunidad de verme tan… desencajada. Odié la idea de que me viera tan mal. Si no fuera totalmente inapropiado, me tiraría al suelo, y me escondería debajo del escritorio.

–Imprimí algunos documentos que nos pueden ayudar con los talleres que pensamos. –Como me negaba a mirarlo, solo podía advertir la diferencia en el tono. *Su voz es casi amable. Al menos para alguien como* él–. Los dejé en tu escritorio.

Ah. Registré el escritorio, los encontré y me sentí todavía más imbécil. Se me revolvió el

estómago y experimenté algo demasiado cercano a la desesperación como para sentirme mejor.

–Gracias –murmuré, mientras me masajeaba las sienes con los dedos y cerraba los ojos–. Podrías habérmelos enviado por e-mail. –Si lo hubiera hecho, nos habríamos ahorrado todo esto.

–Siempre resaltas todo a mano.

Lo hacía. Cuando tenía que concentrarme mucho en algo, necesitaba imprimirlo y repasarlo con un rotulador fluorescente en la mano. Pero cómo… *ay, diablos*. No era la gran cosa que Aaron lo haya notado. Probablemente lo había hecho porque creía que era un desperdicio de papel o malo para el medioambiente. Y eso no cambiaba el hecho de que había sido una imbécil por hablarle así.

–Tienes razón, lo hago. Yo… –arrastré las palabras, seguía mirando el escritorio– te lo agradezco. Los leeré el fin de semana.

Sin levantar la vista, tomé la pila de papeles y me la acerqué. No hablamos durante un largo rato. Sabía que seguía parado ahí, como una estatua, sin moverse, solo me observaba. No dijo nada ni me dio un motivo para mirarlo. Seguí concentrada en los papeles que con tanta gentileza me había impreso.

Ese momento se sintió como una gran dolorosa e incómoda cantidad de tiempo, pero justo cuando estaba por perder la extraña batalla y levantar la vista, se fue. Esperé un tiempo prudencial para asegurarme de que se había alejado lo suficiente y… me desmoroné.

Mi cabeza se desplomó contra el escritorio con un golpe seco. No, para ser más precisa, cayó sobre la pila de papeles que me había traído (*muy amablemente*) justo antes de que arruinara todo y le dijera a mi madre que mi novio inventado se llamaba *Aaron*.

Gruñí. Todo era horrible y lamentable. Como yo. Golpeé con suavidad la cabeza contra el escritorio. *Estúpida*. Pum. *Idiota, tonta, boba y mentirosa*. Pum, pum, pum. Eso era lo peor de todo: no solo era una idiota, también era una mentirosa. Reconocerlo me hizo volver a gruñir.

–Guau. –Se escuchó desde la puerta. Era la voz de Rosie.

Bien. Necesitaba a alguien de confianza para salir un poco de esta locura en la que me había metido y para que me internara en la institución psiquiátrica más cercana. Era incapaz de… comportarme como una adulta.

–¿Todo bien, Lina?

Nop.

Nada de lo que había hecho estaba bien.



–Espera un momento. –Rosie sacudió las manos entre nosotras para que me detenga–. ¿Qué fue lo que le dijiste a tu madre?

Engullí el último bocado de mi sándwich de pastrami y la miré.

–*Yo to lo contó* –dije sin darme cuenta de que tenía la boca llena.

–Quiero escuchar de nuevo la última parte. –Se inclinó en la silla y sus ojos esmeraldas se abrieron bien grandes por la sorpresa–. ¿Sabes qué? ¿Por qué mejor no empiezas de cero? Me debo haber perdido algo. Todo esto me parece demasiado, incluso para ti.

Entrecerré los ojos y le dediqué una sonrisa falsa con dientes en la que estaba segura de que se había colado algún resto del panini. No me importaba que me vieran las personas que estaban en el espacio común del décimo quinto piso, donde estábamos almorzando. De todas formas, a esta hora no eran muchas. Era increíble que una empresa de Nueva York invirtiera todo ese espacio (y dinero, porque la decoración parecía salida de una revista) en hacer un área común de trabajo y recreación para un grupo de adictos al trabajo que no la usaban más que para almorzar. Solo estaban ocupadas un par de mesas a mi derecha, las que estaban más cerca de los ventanales, que iban desde el suelo hasta el techo, claro.

–No me mires así. –Mi amiga hizo pucheros–. Y, por favor, te quiero, pero eso no es algo lindo de ver. Te cuelga una lechuga de la boca.

Puse los ojos en blanco, terminé de masticar y finalmente tragué el bocado.

Por desgracia, el sándwich no me había levantado el ánimo como esperaba. La creciente bola de ansiedad seguía exigiendo comida.

–Tendría que haber ordenado uno más. –Si fuera cualquier otro día, lo hubiera hecho. Pero faltaba muy poco para la boda y estaba intentando cuidar lo que comía.

–Sí, ¿y sabes qué más deberías haber hecho? Contarme esto antes. –Su voz era amable, como siempre, pero sus palabras me erizaron la piel–. Desde el momento en que decidiste inventarte un novio.

Me lo merecía. Sabía que Rosie iba a patearme el trasero (con dulzura) cuando se enterara de que le había ocultado este asunto de decirle a mi familia que tenía novio.

–Lo siento. –Estiré la mano para tomar la de ella–. Lo siento mucho, Rosalyn Graham. No debí habértelo ocultado.

–No, no debiste –me reprochó.

–En mi defensa, el lunes iba a contártelo todo, con lujos de detalles, pero me interrumpió ya sabes quién. –No me atrevía a decir su nombre en voz alta porque parecía que eso lo hacía materializarse de la nada. Le apreté la mano–. Para compensarte, le pediré a mi *abuela* que le prenda una vela a su ejército de santos para que te concedan muchos hijos.

Rosie suspiró e hizo como si lo estuviera considerando.

–De acuerdo, acepto tus disculpas. –Me devolvió el apretón–. Pero, en lugar de muchos hijos, preferiría que me presentaras a alguno de tus primos, ¿podrá ser?

–¿Uno de mis *qué*? –Retrocedí por la sorpresa, que se reflejó en mi rostro.

–¿El que surfea y tiene un pastor belga? Parece sacado de un sueño. –Su respuesta solo hizo crecer mi sorpresa y el rubor en sus mejillas.

–¿Sacado de un sueño? –Ninguno de los salvajes que tengo por primos puede ser considerado “sacado de un sueño”. El color de las mejillas de Rosie pasó a bordo.

¿Cómo puede ser que mi amiga conociera a alguien del clan Martin? A menos que…

–¿Lucas? –farfullé mientras recordaba que le había mostrado algunas de sus historias de Instagram. Pero por Taco, su perro. No por él–. ¿Lucas? ¿El cabeza hueca? –Mi amiga asintió como quien no quiere la cosa y se encogió de hombros–. Eres demasiado buena para él –siseé–. Y Taco también.

–Taco –dijo entre risitas–. Qué nombre tan adorable.

–Rosie, no. –Quité la mano y tomé la botella de agua.

–¿No qué? –La sonrisa seguía fija en sus labios mientras pensaba en mi primo. Podía suponer las cosas que se imaginaba…

–No, *guácala*, qué asco, mujer. Es un bárbaro, un bruto. No tiene modales. Deja de soñar con mi primo. –Bebí un sorbo de agua para pasar el mal trago–. Detente o me veré obligada a contarte historias horribles de nuestra infancia y, cuando lo haga, puede que te arruine la imagen que tienes de los hombres en general.

–Si tienes que hacerlo… –Sus hombros se desplomaron–. Igual no va a ayudarme en nada. No necesito ayuda para eso. –Hizo una pausa y suspiró con tristeza. Quise volver a tomarle la mano y decirle que su príncipe azul llegaría algún día. Solo tenía que dejar de elegir imbéciles. Y eso incluía a mis parientes–. Pero antes ¿podemos hablar de tu historia de terror?

Ah. Eso.

–Ya te lo conté todo. –Me miré las manos, que jugueteaban con la etiqueta de la botella–. Te hice un repaso escena por escena. Desde que les dije a mis padres que estaba saliendo con alguien que no existe hasta cuando de algún modo me las ingenié para hacerle creer a mi madre que esa persona se llamaba Aaron, por culpa de una cierta persona de ojos azules que apareció en el momento más inoportuno. –Rasqué con más fuerza y arranqué por completo la etiqueta–. ¿Qué más quieres saber?

–Muy bien, esos son los hechos, pero ¿tú qué piensas?

–¿Ahora? –pregunté y ella asintió–. Que debería haber comprado algún postre.

–Lina… –Rosie apoyó los codos en la mesa y se recargó sobre ellos–. Sabes a lo que me refiero. –Me lanzó una mirada acusadora que, como se trataba de ella, solo era un poco menos amable que su expresión habitual. Sin sonrisa. O una más pequeña–. ¿Qué piensas hacer con todo esto?

¿Cómo rayos voy a saberlo?

Me encogí de hombros y recorrí el espacio común con la mirada: las mesas comunitarias de madera, estilo rústico, viejas y astilladas; los helechos colgantes que adornaban la pared de ladrillos a mi derecha.

–¿Ignorarlo hasta que mi avión toque el suelo español y tenga que explicar por qué mi novio no me acompaña?

–Cariño, ¿estás segura de que quieres hacer eso?

–No. –Negué con la cabeza–. Sí. –Masajeándome las sienes, intenté aliviar un incipiente dolor de cabeza–. No lo sé.

–¿Y si lo consideras? –preguntó, después de procesarlo durante algunos segundos.

–¿A quién? –Mis manos se desplomaron sobre la madera y se me retorció el estómago–. ¿A quién tengo que considerar?

Sabía exactamente *a quién*, solo que no podía creer que me lo estuviera sugiriendo.

–Aaron –me respondió con ánimo.

–Ah, ¿al hijo pródigo de Lucifer? No entiendo para qué debería considerarlo.

Rosie juntó las manos sobre la mesa, como si estuviera preparándose para una negociación, y yo entrecerré los ojos.

–No creo que sea tan malo –tuvo el coraje de decir. Le respondí con un soplido dramático. Puso los ojos en blanco–. De acuerdo, puede que sea… un poco parco, y que se tome las cosas demasiado en serio –señaló, como si la palabra "poco" fuera a mejorar el panorama–. Pero tiene sus cosas buenas.

–¿Cosas buenas? –bufé–. ¿Como qué? ¿El interior de acero inoxidable? –El chiste no causó efecto. Uf, esto iba en serio.

–¿Tan malo puede ser hablar con él sobre lo que te ofreció? Ya que, dicho sea de paso, fue él quien se ofreció.

Sí, muy malo. Porque seguía sin saber por qué lo había hecho.

–Ya sabes lo que opino de él, Rosie –dije con expresión incrédula–. Sabes lo que pasó. Lo que dijo.

–Eso fue hace mucho tiempo, Lina. –Suspiró.

–Sí –admití, desviando la mirada–, pero eso no quiere decir que lo haya olvidado. Que haya ocurrido hace algunos meses no significa que se haya borrado.

–Ya pasó más de un año.

–Veinte meses. –La corregí demasiado rápido como para poder ocultar que había llevado la cuenta–. Casi dos años –murmuré y bajé la mirada hacia el bollo de papel hecho con el envoltorio de mi almuerzo.

–Ese es el punto, Lina –enfatizó con suavidad–. Te he visto darles segundas, terceras y hasta cuartas oportunidades a personas que se equivocaron todavía más. Algunos hasta reincidieron.

Tenía razón, pero como digna hija de mi madre y, por lo tanto, más terca que una mula, le respondí:

–No es lo mismo.

–¿Por qué no?

–Porque no.

Su mirada se endureció; no se conformaría con eso. Mi amiga quería que lo dijera, me obligaría a hacerlo.

De acuerdo.

–¿Qué tal esto? Le dijo a nuestro jefe que prefería trabajar con cualquier otra persona de InTech. En su segundo día aquí. –El recuerdo me hirvió la sangre–. Es importante lo de "cualquiera". Eso incluye a Gerald, ¿entiendes? –No lo había escuchado nombrar a Gerald en particular, pero estaba segura de que sí había escuchado todo lo demás.

"Cualquiera excepto ella, Jeff. Ella no. No creo que pueda soportarlo. De hecho, ¿está capacitada para ocuparse de este proyecto? Parece joven e inexperta".

Eso le había dicho Aaron a nuestro jefe por teléfono justo cuando yo pasaba por la puerta de su oficina. Lo oí por casualidad y jamás lo olvidé. Estaba grabado a fuego en mi memoria.

–Hacía dos días que me conocía, Rosie. Dos. –Hice el gesto con el dedo índice y mayor–. Y era nuevo. Llegó y me desacreditó delante de mi jefe. Indirectamente, me echó del proyecto y

cuestionó mi profesionalismo. ¿Y por qué? ¿Porque no le caí bien en los dos minutos que hablamos? ¿Porque era joven? ¿Porque sonreía y me reía y no era un cyborg como él? Siempre trabajé duro. Trabajé como loca para llegar adonde estoy. Sabes bien el efecto que pueden tener ese tipo de comentarios. –La voz se me volvió cada vez más aguda a medida que se me subía la presión y comenzaban a palpitarme las sienes.

Todavía temblorosa, respiré hondo para intentar calmarme. Rosie asintió y me miró con la comprensión de la que solo son capaces los buenos amigos. Pero había algo más. Y me daba la impresión de que no iba a gustarme lo que tenía para decir.

–Lo entiendo. De verdad. Lo juro. –Sonrió. Eso era bueno. La necesitaba de mi lado. Y sabía que lo estaba. Rodeó la mesa, se sentó junto a mí y me enfrentó. *Oh, oh,* eso ya no era tan bueno–. Odio tener que recordártelo –me apoyó una mano en la espalda–, pero ni siquiera querías estar en el proyecto de Sol Verde. No parabas de quejarte de ese cliente. –¿Por qué me busqué una mejor amiga con memoria fotográfica? ¿Cómo podía recordar que me alegré de que me asignaran otro proyecto?–. Y, como dijiste, Aaron no te conocía.

Exactamente. Ni se había molestado en conocerme antes de identificarme como un obstáculo y hablar mal de mí con nuestro jefe. Me crucé de brazos.

–¿A dónde quieres llegar, Rosalyn?

–A que, sí, te juzgó precipitadamente. –Me dio palmaditas en la espalda–. Pero es verdad que puedes parecer un poco… informal, relajada, espontánea, a veces ruidosa.

–¿Disculpa? –Mi voz ofendida debió haberse escuchado hasta en España. Suspiré. *Mierda*.

–Te quiero –dijo con una sonrisa cálida–, pero es la verdad. –Aunque abrí la boca para responderle, no me dio oportunidad–. Eres una de las personas que más trabaja en esta empresa. Eres brillante en lo que haces y además te las ingenias para crear un ambiente de trabajo divertido y relajado. Por eso eres líder de equipo.

–Bueno, me gusta mucho más este abordaje –murmuré–. Continúa.

–Pero Aaron no tenía forma de saberlo.

–¿Lo estás defendiendo? –Abrí grandes los ojos–. ¿Tengo que recordarte que las amigas tienen que odiar a los enemigos de sus amigas? ¿Tengo que imprimirte una copia del código de la amistad?

–Lina –movió la cabeza con frustración–, hablemos en serio por un minuto.

–De acuerdo, está bien. Perdóname. Puedes continuar. –Desplomada en la silla, me serené de inmediato.

–Te hizo daño, lo entiendo. Y creo que la situación te molestó lo suficiente como para ignorarlo todo este tiempo.

Sí, me había hecho enfurecer y también me había lastimado. Siempre me molestó la gente que saca conclusiones basadas en apariencias, y eso era justamente lo que Aaron había hecho. Y encima me había esforzado por darle el mejor y más cálido recibimiento. No podía creer que me había aparecido en su oficina con un regalo de bienvenida (una taza con una frase graciosa sobre ingenieros). Hasta el día de hoy no entiendo por qué lo hice. Nunca había tenido ese gesto. ¿Y

cómo había reaccionado él? Me miró horrorizado, con la boca abierta, como si me hubiese crecido una segunda cabeza, mientras yo hacía chistes como una idiota.

Entonces, escucharlo decir eso sobre mí solo dos días después… me había hecho sentir insignificante y patética. Como si me hubieran apartado del proyecto por no comportarme como una adulta.

–Tomaré tu silencio como confirmación de lo que acabo de decir –dijo Rosie, apretándome el hombro–. Te lastimó y eso no está bien, cariño. ¿Pero vas a odiarlo toda la vida por eso?

Quería decir que sí, pero a esta altura ya no lo sabía, así que evadí su pregunta:

–Tampoco es que haya intentado ser mi amigo. No ha parado de molestarme en todo este tiempo.

Está bien, salvo por esa barra de granola salvadora. Y también por los papeles que imprimió, aunque no tenía por qué hacerlo. Y quizá por el hecho de que el miércoles se había quedado hasta tarde conmigo trabajando en el Día de Puertas Abiertas. De acuerdo, bien, salvo por esas tres ocasiones, no había parado de fastidiarme.

–Tú tampoco has parado –contraatacó–. Los dos son igual de malos. De hecho, hasta es tierno el modo en el que siempre encuentran excusas para tropezarse con el otro y…

–Ay, no. De ninguna manera –la interrumpí, y me giré para mirarla a la cara–. Déjame detenerte aquí antes de que te embarques en esa mierda de las miradas y no sé qué. –Tuvo el valor de reírse a carcajadas. La miré boquiabierta–. Te desconozco.

–Qué ciega estás, cariño –dijo cuando se recuperó.

–No lo estoy. Parece que necesitas que te refresque la memoria, así que déjame explicarte cómo son las cosas. –Levanté el dedo índice–. Desde que lo que escuché decir esas cosas horribles y prejuiciosas sobre mí, nada más y nada menos que a nuestro jefe, su nombre está en mi lista negra. Y sabes que me tomo esa lista muy en serio. Esa mierda está tallada en piedra. –Golpeé un puño sobre la otra palma para enfatizar–. ¿Perdoné a Zayn Malik por irse de One Direction?

–Ay, Dios sabe que no. –Rosie negó con la cabeza, riendo.

–Exacto. Tampoco he perdonado lo que nos hicieron David Benioff y D. B. Weiss el 19 de mayo de 2019. –Negué con el dedo índice entre nosotras–. ¿No se merecía algo mejor Daenerys de la Tormenta de la casa Targaryen, madre de dragones? –Hice una pausa para que aportara su opinión–. ¿No lo crees, Rosie?

–De acuerdo, estoy de tu lado en esto –admitió–, pero…

–Sin peros. –La detuve con una mano en el aire–. Aaron Blackford está en mi lista negra y allí se quedará. Punto final.

Mi amiga analizó mis palabras, analizando lo que acababa de decir. O de exponer con pasión… como sea. Después se desplomó con un suspiro.

–Solo quiero lo mejor para ti. –Me dedicó una de esas sonrisas tristes que me hacían sentir que la había decepcionado.

–Lo sé. –Como buena abrazadora que soy, me abalancé sobre ella y la envolví con los brazos para darle un buen apretón. A decir verdad, no era ella quien más lo necesitaba. Toda esta

situación me estaba consumiendo la vida–. Pero Aaron Blackford no es lo mejor para mí. –Disfruté el abrazo, cerré los ojos por uno o dos segundos.

Para sumar a mi angustia, cuando volví a abrirlos, me encontré con una figura que solo podía ser de un hombre.

–Maldita sea, Rosie –susurré con los brazos aún alrededor de su cuerpo mientras hacía contacto visual con el hombre que se acercaba–. Volvimos a invocarlo.

Dio un par de zancadas y se detuvo justo frente a nosotras. Seguíamos abrazadas, así que lo miré por encima del hombro de mi amiga. Aaron contempló nuestro abrazo entre pálido y absorto, no estaba segura porque había logrado ocultar lo que pensaba detrás de su infame ceño fruncido.

–¿Qué? ¿A quién invocamos? –La escuché decir a Rosie mientras nos desenredábamos bajo la mirada atenta de Aaron–. Ah, a él –susurró. Sin duda la había escuchado, pero no reaccionó y siguió parado frente a nosotras.

–Hola, Blackford. –Forcé una sonrisa de labios apretados–. Qué agradable verte por aquí.

–Catalina. Rosie. –Miró su reloj y luego a nosotras (en especial a mí) con una ceja levantada–. Veo que sigues en la hora de almuerzo.

–Llegó el policía de los almuerzos –murmuré. Su otra ceja se unió a la compañera, que casi llegaba al cuero cabelludo–. Si viniste a dar alguna de tus lecciones sobre cómo convertirse en un robot trabajador, no tengo tiempo.

–De acuerdo –respondió sin más, y se dirigió a mi amiga–. Pero vine a hablar con Rosie.

Ah. Fruncí el ceño. Se me estrujó el estómago.

–¿Sí? –replicó ella.

–Héctor te está buscando. Dijo algo acerca de que un proyecto se estaba por caer porque alguien, a quien llamó *Rompemanos*, tuvo un ataque –explicó–. Nunca lo había visto tan estresado.

–¿*Rompemanos* Oliver? –Mi amiga se sobresaltó–. Es uno de nuestros clientes. Él… te estrecha la mano con tanta fuerza que puedes sentir cómo se te amontonan los huesos. –Negó con la cabeza–. Pero eso no importa. Ay, mierda. –Juntó algunas cosas: la identificación de la empresa, las llaves de la oficina y su billetera–. Ay, no, no, no. –Una mirada de pánico se apoderó de su rostro–. Eso significa que terminó la reunión. Y me la perdí. Es que todo este desastre con Lina… –Le pellizqué el brazo para que no dijera nada más. Aaron reaccionó, si es que entrecerrar los ojos puede tomarse como reaccionar–. Los que tiene con su gato –continuó. Otro pellizco. No tenía un gato y ella lo sabía–. ¿El gato del vecino? –Rosie se sonrojó. No nos miraba ni a mí ni a Aaron–. Sí, su vecino Bryan. Sí, eso. El gato de Bryan. El Señor… Gato. –Negó con la cabeza. Aaron entrecerró los ojos aún más y me miró mientras Rosie seguía balbuceando su mentira–. Lina le está cuidando el gato a Bryan porque su abuela está enferma, entonces él tuvo que viajar esta semana. Y ya sabes que a Lina le encanta ayudar. –Asentí con la cabeza despacio, como si su palabrerío hubiera tenido algún sentido.

–¿No eras alérgica a los gatos? –preguntó Aaron.

–Sí. –Pestañeé, pasmada–. ¿Cómo lo…? –Me aclaré la garganta. *No me importaba*. Negué

con la cabeza–. Es un gato sin pelo.

–Un gato sin pelo. –Metió las manos en los bolsillos y puso cara de estar procesándolo.

–Como el de *Friends* –aclaré, intentando sonar relajada–. El gato de Rachel. Un Sphynx. –Lo miré a la cara. No mostraba señales de que entendiera a lo que me refería–. ¿Vives en Nueva York, eres estadounidense y nunca viste *Friends*? –Nada–. ¿Nunca? Ay, olvídalo.

Se quedó callado y fingí que no nos había atrapado en una mentira descarada.

–De acuerdo, uf –dijo Rosie y nos regaló una sonrisa amplia, con dientes. La falsa–. Tengo que ir a hablar con Héctor urgente.

Me miró como pidiendo disculpas. También me levanté. Me daba miedo quedarme y tener que dar más explicaciones sobre Señor Gato.

–Gracias, Aaron, por haber venido a buscarme. Eso ha sido muy –me echó un vistazo– *muy* amable de tu parte. –Puse los ojos en blanco. Rosie apenas se encogió de hombros–. ¿No, Lina?

Probablemente se creyó muy lista. Pero no.

–El más amable de todos –dije sin emoción.

–De acuerdo. Después hablamos.

Subió rápido las escaleras y nos dejó solos. Un silencio incómodo invadió la sala. Aaron se aclaró la garganta.

–Catalina… –dijo.

–¿Qué, Rosie? –lo interrumpí, simulando que mi amiga me estaba llamando. *Cobarde*, pensé. Pero, después de todo lo que había pasado hoy y de nuestro comienzo accidentado durante la conversación con Rosie, lo último que quería hacer era hablar con él–. Ah, ¿que me esperas en el elevador? –le grité a mi amiga sin prestar atención a cómo los labios de Aaron se apretaban en una línea mientras lo dejaba atrás–. ¡Ya voy! –Volví a girarme mirando por encima de mi hombro–. Lo siento, Blackford, me tengo que ir. ¿Me lo dices por correo? ¿Sí? De acuerdo, chau.

Cuando le di la espalda, vi a Rosie, que estaba presionando con insistencia el botón del ascensor.

–¡Rosalyn Graham! –grité, esforzándome para no darme la vuelta y ver el par de ojos azules que estaba segura de que tenía clavado en la espalda.



Capítulo 5

Te das cuenta de que no le caes bien al universo cuando, después de una semana laboral extenuante coronada con un viernes catastrófico, se larga a llover a cántaros justo en el momento en el que sales de la oficina.

–*Me cago en la leche* –maldije por lo bajo. A través del vidrio de la enorme puerta de entrada a InTech, se veían las nubes negras que tapaban el cielo y la lluvia que caía con violencia.

Tomé el móvil y consulté la aplicación del clima. La tormenta de verano seguiría sobre Manhattan durante algunas horas más. Perfecto, mejor imposible.

Ya eran más de las ocho de la noche, por lo que quedarme en la oficina a esperar a que parara no era una opción. Necesitaba mi cama. No, lo que de verdad necesitaba era un tubo de Pringles y un pote de Ben and Jerry's, pero hoy no iba a gozar de ese placer. Probablemente terminaría engañando a mi estómago con los restos de verduras que quedaban en mi refrigerador.

Un trueno rugió cerca y me devolvió al desagradable presente. La lluvia caía con más fuerza y se habían sumado ráfagas de viento que movían el agua de un lado a otro.

Todavía en la seguridad del lobby de InTech, tomé del bolso el abrigo liviano que usaba cuando ponía el aire acondicionado a todo lo que daba y me cubrí la cabeza con él, esperando que por arte de magia se convirtiera en una barrera que me protegiera de la lluvia. Por suerte, aunque el bolso que había elegido esa mañana no era el más lindo, era impermeable.

Bajé la vista y vi mis hermosos y nuevos mocasines de gamuza que, a diferencia del bolso, eran preciosos pero no resistentes al agua. Contemplé su estado impoluto por última vez. *Hasta la vista, zapatos de trescientos dólares*, les dije con la mirada.

Entonces, empujé la puerta de vidrio y me lancé a la noche oscura y mojada con el abrigo sobre la cabeza. Me llevó solo cinco segundos bajo la lluvia darme cuenta de que para cuando

llegara a la línea C, estaría mojada de pies a cabeza. *Fantástico*, pensé mientras caminaba deprisa bajo la catarata inclemente. *Tengo cuarenta y cinco minutos de viaje hasta la parte de Brooklyn en la que vivo, y los pasaré empapada.*

Doblé en la esquina del edificio y otro trueno retumbó sobre mí. Llovía cada vez más y, a medida que el agua se acumulaba en el inútil cárdigan-paraguas, mis pasos se volvían más lentos y torpes. Una ráfaga de viento me pegó el pelo contra la mejilla en una bofetada húmeda. Con el antebrazo, intenté quitarme los mechones mojados de la cara y seguí saltando; pronto me di cuenta de que todo era una pésima idea.

Pisé un charco con el pie derecho y me deslicé hacia delante mientras la otra pierna seguía firme en la acera. Agité las manos, que seguían sujetando el abrigo, para intentar mantener el equilibrio.

Por favor, por favor, por favor, universo. Cerré los ojos para no atestiguar mi propio destino. *Por favor, universo, no permitas que esta horrible semana termine así.*

Se me deslizó el pie un poco más y contuve la respiración mientras me detenía de manera milagrosa. Abrí los ojos. Estaba cerca de abrirme de piernas por completo, pero seguía de pie.

Antes de que pudiera enderezarme y reanudar mi camino bajo la lluvia, un vehículo se detuvo a pocos metros de mí. Conocía a alguien que tenía un auto de ese azul noche. *Sigue caminando, Catalina*, me dije mientras seguía con mis saltitos torpes. Por el rabillo del ojo vi que se bajaba la ventanilla del acompañante. Sin acercarme al automóvil, que sospechaba que pertenecía a alguien con quien no tenía ganas de interactuar, me giré hacia el conductor. Todavía sostenía sobre mí esa prenda estúpida y empapada. *Maldito-sea-Dios.*

Aaron estaba dentro, con el cuerpo inclinado sobre la puerta del acompañante y, aunque podía ver que movía los labios, no entendía lo que decía por el ruido del tránsito, el viento y la lluvia que golpeaba con todas sus fuerzas contra el pavimento.

–¿¡Qué!? –grité en su dirección, sin moverme.

Aaron sacudió una mano, probablemente quería que me acercara. Me quedé parada, con los ojos entrecerrados, mojada como si me acabara de dar un chapuzón. Sacudió el dedo índice con violencia. *Ay, por Dios, no.*

Vi cómo su expresión cambiaba al habitual ceño fruncido mientras decía palabras que no podía oír, pero se veían como “imposible” y “testaruda”.

–¡No te escucho! –aullé en medio de la lluvia, todavía quieta en mi lugar.

Sus labios dijeron algo que se veía como “maldita sea”, pero bien podía ser “quiero una pera”, lo que, a juzgar por su ceño, parecía poco probable.

Puse los ojos en blanco y me acerqué muy despacio, para no volver a resbalarme. De todas las personas en Nueva York, él era la última frente a quien quería caerme.

–Súbete al auto, Catalina. –Pude escuchar la exasperación en su voz, incluso con la furiosa e impiadosa tormenta. Tal como lo sospechaba, no quería una pera–. Catalina –dijo, con toda su mirada azul sobre mí–, entra.

–Soy Lina. –Después de casi dos años de que usara siempre mi nombre completo, sabía que no valía la pena corregirlo. Pero estaba frustrada. Irritada. Cansada. También empapada. Y

odiaba mi nombre completo. Papá (como *nerd* que era) había nombrado a sus hijas como dos monarcas españolas: Isabel y Catalina. Pero el nombre que me tocó a mí nunca se puso de moda en mi país–. ¿Por qué lo haría?

–¿Por qué? –repitió negando con la cabeza, con los ojos abiertos por el desconcierto–. Para un viaje improvisado a Disney. ¿Qué otra cosa podría ser? –Miré dentro del auto de Aaron Blackford con una expresión de genuina confusión–. Catalina –su rostro pasó de la irritación a algo parecido a la resignación–, te llevaré a tu casa. –Estiró los brazos y abrió la puerta del acompañante, como si yo ya hubiese aceptado–. Antes de que te pesques una neumonía o vuelvas a estar a punto de romperte el cuello –agregó la última parte muy despacio.

–Te agradezco. –La sangre se me acumuló en las mejillas. Me reí con dientes. Intenté alejar la vergüenza que sentía y taparla con una sonrisa falsa–. Pero no hace falta. –Me quedé parada delante de la puerta abierta. El pelo mojado se me había vuelto a pegar a la cara. Finalmente bajé mi estúpido abrigo y comencé a escurrirlo–. Me arreglo sola. Es un poco lluvia, nada más. He sobrevivido todo este tiempo sin romperme el cuello, creo que podré llegar a casa sin problema. Además, no tengo prisa. *–Aparte, te estoy evitando desde que te fuiste de mi oficina esta tarde.*

Mientras seguía inútilmente escurriendo agua del abrigo, arrugó las cejas y las regresó a su expresión anterior. Estaba procesando mis palabras.

–¿Y el gato?

–¿Qué gato?

–Señor Gato. –Torció la cabeza.

El agua me debió haber lavado el cerebro, porque me llevó unos segundos extra entender de qué estaba hablando.

–El gato sin pelo de tu vecino, al que no eres alérgica –dijo despacio mientras se me iban abriendo los ojos como platos–. De Ryan.

–Bryan. –Desvié la mirada–. El nombre de mi vecino es Bryan.

–No importa. –No escuché lo último que dijo, pero sí noté la fila de autos que se formaba detrás del de Aaron–. Súbete. Vamos.

–En serio, no hace falta. –Un auto más se sumó a la fila–. Señor Gato sobrevivirá un rato más sin mí.

Aaron abrió la boca, pero antes de que pudiera decir algo, el sonido repentino de un claxon me asustó, di un pequeño salto y casi caigo junto a él.

–¡Por el amor de Dios! –exclamé.

Giré la cabeza con el corazón en la boca y me di cuenta de que era uno de los infames taxis amarillos de Nueva York. Después de algunos años de vivir y trabajar en la ciudad, había aprendido la lección sobre los conductores enojados, o los neoyorquinos enojados en general: te dirán lo que sienten exactamente cuando lo sientan. Una ola de malas palabras arrojadas en nuestra dirección avaló mi teoría. Me di la vuelta justo a tiempo para ver a Aaron insultar por lo bajo. Se veía tan furioso como el conductor. Otra vez tocó el claxon (esta vez por mucho mucho más tiempo) me ensordeció y volvió a hacerme saltar.

–Catalina, ahora. –El tono de Aaron era serio. Pestañeé por un segundo demasiado largo,

estaba mareada por todo lo que sucedía a mi alrededor–. Por favor.

Y antes de que pudiera procesar sus palabras, una figura amarilla nos sobrepasó y nos regaló un furioso "¡Imbéciles!" acompañado por un último golpe de claxon. Esas palabras (el "por favor" de Aaron y el "imbéciles") hicieron que me metiera en el auto. Con una velocidad impresionante, me desplomé en el asiento de cuero, que hizo un chillido, y cerré fuerte la puerta.

El silencio nos envolvió de inmediato, solo se escuchaba el ruido ensordecedor de la lluvia contra el techo del auto y el rugido apagado del motor que nos llevaba a través del caos que era el tráfico de Nueva York.

–Gracias –murmuré y me abroché el cinturón. Me sentía muy incómoda.

–Gracias *a ti* –respondió Aaron con los ojos fijos en el camino–, por no hacerme bajar para meterte en el auto por la fuerza.

Me imaginé esa secuencia. Sus palabras me tomaron con la guardia baja. Abrí los ojos como platos y rápidamente los entrecerré.

–¿Y cómo se te ocurre que eso podría haber sido una buena idea?

–Tenía mis dudas, créeme.

Su respuesta no tenía sentido. Y, por algún motivo, hizo que el calor me subiera a las mejillas. De nuevo.

Aparté la mirada y me concentré en la dinámica anárquica de los autos. Intenté enderezarme en el asiento, incómoda, pero me detuve en seco al escuchar los ruidos extraños que hacía mi ropa mojada contra el cuero.

–Este… –comencé, mientras me acomodaba en el borde y estiraba el cinturón de seguridad, lo que solo provocó más ruidos–. Qué lindo auto. –Me aclaré la garganta–. ¿Tienes un aromatizante con olor a auto nuevo y cuero? –Sabía que no era así, el interior estaba impecable.

–No.

Seguí moviéndome hasta llegar casi al final del asiento y, por supuesto, hubo más ruidos extraños. Volví a aclararme la garganta. Enderecé la espalda y abrí la boca, pero no salió nada. Solo podía pensar en que mis prendas debían estar arruinando la tela más cara que hayan tocado jamás. Era una mala idea. No me debería haber subido a su auto. Tendría que haber caminado.

–Catalina –me llamó Aaron a mi izquierda–, ¿alguna vez anduviste en auto?

–¿Qué? Por supuesto. ¿Por qué lo preguntas? –Fruncí el entrecejo desde mi posición en el borde del asiento del copiloto, con las rodillas tocando el tablero. Analizó mi postura. *Ah*–. Bueno, para que lo sepas –agregué rápido–, siempre me siento así. Me encanta verlo todo de cerca. –Fingí estar concentrada en el tránsito–. Me encaaaanta la hora pico. Es tan…

Frenó de golpe y todo mi cuerpo se fue para delante tan de repente que cerré los ojos por acto reflejo. Ya me imaginaba el sabor del plástico que cubría las delicadas líneas del tablero y de los lujosos detalles de la madera. Pero algo me detuvo a mitad de camino.

–Jesús. –Escuché que murmuró.

Abrí un ojo y pude ver al camión de reparto que se nos había cruzado. Después abrí el otro ojo y, cuando bajé la mirada, descubrí el motivo por el que mi cara no estaba estampada en la superficie pulida del tablero. Una mano. Una grande. Con los cinco dedos abiertos sobre mis

clavículas y, bueno, mi pecho. Antes de que pudiera pestañear, me estaba empujando hacia atrás. Un concierto de chillidos acompañó el movimiento hasta que toda mi espalda estuvo contra el respaldo.

–Quédate ahí. –La orden llegó desde la izquierda mientras sus dedos me calentaban la piel a través de la fina blusa–. Si te preocupa el asiento, es solo agua. Se secará.

Sus palabras no me dieron seguridad porque sonaba tan enfadado como hacía unos minutos. O quizá más. Apartó la mano con un movimiento enérgico y firme.

Tragué con fuerza y tomé el cinturón de seguridad, en el sitio que había ocupado su mano.

–No quiero arruinarlo.

–No lo harás.

–De acuerdo. –Lo observé de costado. Tenía la mirada fija en el camino y le disparaba rayos al responsable de esa maniobra tan peligrosa–. Gracias.

Nos pusimos en marcha de nuevo. El silencio invadió el auto. Él seguía concentrado en su tarea y yo pude distraerme. Me sorprendí a mí misma cuando recordé lo que Rosie me había dicho más temprano: “No creo que Aaron sea tan malo”. Pero ¿por qué esa idea había esperado hasta ahora para aparecer y sonar fuerte y claro en mi cabeza? Tampoco era que el señor Simpatía estuviera siendo más agradable de lo que solía ser. Aunque acababa de salvarme de la lluvia. Y de un buen golpe en la cabeza. Suspiré en silencio y me maldije por lo que estaba por hacer.

–Por cierto, gracias por imprimirme esos papeles –dije despacio, luchando contra el impulso de retractarme de inmediato. No lo hice. Podía ser diplomática. Al menos por ahora–. Fue muy amable de tu parte, Aaron. –La última parte me estremeció, admitirlo me dejó un sabor raro en la boca. Me giré para mirarlo y me encontré con su perfil definido. Vi cómo relajaba un poco la dura línea de la mandíbula.

–De nada, Catalina. –Siguió mirando el camino.

Guau. Mírennos. Podemos ser… civilizados.

Antes de que pudiera continuar, un escalofrío me recorrió la espalda y me hizo temblar. Me abracé por la cintura con la esperanza de calentarme por debajo de la porquería empapada en la que se había convertido mi ropa.

Las manos de Aaron se dispararon hacia la consola para encender la calefacción de mi asiento. De inmediato sentí el placer del aire caliente que me acariciaba los brazos, las piernas y los tobillos, cada vez más cálidos.

–¿Mejor?

–Mucho mejor. Gracias. –Lo miré y le sonreí. Giró la cabeza y me miró a los ojos con una expresión escéptica, como si estuviera esperando a que agregara algo. Puse los ojos en blanco–. No dejes que todo este agradecimiento se te suba a la cabeza, Blackford.

–No me atrevería. –Soltó una mano del volante y juraría que percibí un rastro de humor en su voz–. No sé si debería disfrutarlo o si debería preguntarte si te sientes bien.

–Es una buena pregunta, pero no sé si puedo responderla. –Me encogí de hombros tratando de no responder lo primero que se me viniera a la cabeza. Suspiré–. Honestamente… Estoy

mojada hasta los huesos, hambrienta y cansada. Si fuera tú, lo disfrutaría.

–¿Tan malo fue tu día? –La pizca de humor se había esfumado.

–Más bien toda la semana fue mala. –Sentí el comienzo de otro escalofrío y me hundí más en el calor del asiento.

Aaron me respondió "mmhmm", un sonido profundo que retumbó.

–Puede que no te sorprenda, pero he estado cerca de matar a varias personas esta semana –confesé, aprovechando la tregua como una oportunidad para desahogarme con él–. Y tú ni siquiera has encabezado la lista.

Lanzó un bufido suave. Considerando la tregua, creo que estaba autorizada a admitir que me sentía más a gusto. Sonreí.

–Yo… –dijo como si estuviera considerando algo– tampoco sé cómo tomármelo. ¿Debería estar ofendido o agradecido?

–Pueden ser ambos, Blackford. Además, el día aún no ha acabado. Todavía puedes pelear por tu merecido puesto número uno en el ranking de las personas que más despiertan mi instinto asesino.

Nos detuvimos en un semáforo. Aaron giró la cabeza lentamente. Su expresión relajada, la más calma que le había visto hasta el momento, con los ojos de océano despejados, me tomó con la guardia baja. Nos observamos por dos o tres largos segundos. Otro escalofrío me recorrió el cuello. Culpé a la ropa mojada. Sin desconcentrarse y, como si tuviera ojos al costado de la cabeza, dobló la esquina cuando el semáforo se puso en verde.

–Voy a necesitar indicaciones a partir de ahora.

Confundida, giré la cabeza en la dirección contraria. Me concentré en la ancha avenida por la que estábamos transitando.

–Ah –murmuré–. Ya estamos en Brooklyn.

Había estado tan… distraída que me había olvidado de decirle dónde vivía. Aunque no estaba tan desorientado. Para nada.

–Vives por aquí, ¿no? En el norte de Brooklyn.

–Sí –balbuceé–. En Bed-Stuy –confirmé con un movimiento de cabeza–. Pero… ¿cómo sabías?

–Te vives quejando. –¿Qué? Parpadeé esperando la explicación–. ¿Por aquí vamos bien o tengo que doblar? –continuó.

Me aclaré la garganta y me tropecé con mis palabras:

–Sí, sigue por la calle Humboldt, yo te digo cuándo doblar.

–De acuerdo.

–¿Así que me quejo? –mascullé sujetándome fuerte de mi asiento. Entré en calor de golpe.

–Por el viaje al trabajo –respondió con calma. Abrí la boca, pero continuó–: Mencionaste que tienes cuarenta y cinco minutos de viaje para llegar hasta tu casa en Brooklyn. –Hizo una pausa a propósito–. Te quejas por eso casi todos los días. –Cerré los labios con firmeza. Me quejaba, sí, pero no con él. Lo hacía con todo el resto. Si bien puede que la mitad de las veces estuviera cerca, nunca pensé que pudiera interesarle lo que yo tenía para decir en cuestiones que no

tuvieran que ver con el trabajo. O que tuvieran que ver conmigo en general–. ¿Quiénes me robaron los primeros puestos? –Su pregunta me sorprendió–. En la lista de personas que has querido asesinar esta semana.

–Eh… –dudé, sorprendida de que le interesara tanto como para preguntar.

–Quiero saber contra quién compito –dijo, e hizo que mi cabeza girara de golpe en su dirección–. Es justo.

¿Eso fue un chiste? Ay, por Dios, sí lo fue, ¿no?

–Déjame ver… –Estudié su perfil y sonreí con cautela. Sabía jugar a este juego–. Bien. Jeff. –Empecé a contar con los dedos–. Mi prima Charo. –Otro dedo–. Y Gerald. Sí, definitivamente él también. –Dejé caer las manos en mi regazo. –Ey, mira eso; no llegaste ni a los primeros tres, Blackford. Felicitaciones. –Mi sorpresa era genuina. Vi cómo fruncía el ceño.

–¿Qué problema tienes con tu prima?

–Ah, nada. –Sacudí la mano en el aire, pensé en mi conversación con mi madre y en los comentarios que había hecho la aspirante a Sherlock cuando no encontró evidencia fotográfica de mi novio inventado–. Un poco de drama familiar.

Aaron se quedó pensando durante un largo rato. Conducía en silencio. Usé ese tiempo para mirar las borrosas calles de Brooklyn a través de las gotas que resbalaban por la ventanilla del acompañante.

–Gerald es un idiota –afirmó el hombre que estaba en el asiento del conductor. Lo miré con los ojos abiertos como platos. Su perfil era rígido, serio. Creo que nunca lo había escuchado insultar a alguien–. Un día le van a dar su merecido. Me sorprende que todavía no haya ocurrido, la verdad. Si fuera por mí… –Negó con la cabeza.

–Si fuera por ti, ¿qué? –Se le tensó la mandíbula. No respondió, así que desvié la mirada y observé el tránsito. Esta conversación no tenía sentido. Y tenía muy poca energía como para intentar seguir el hilo–. Está bien. No es la primera vez que me pasa algo así con él.

–¿Qué quieres decir? –dijo con un tono extraño que intenté ignorar.

–Que no ha sido muy amable ni amistoso desde que me ascendieron –respondí con tanta honestidad como pude, sin entrar en detalles. No quería que sintiera pena ni compasión. Me encogí de hombros y golpeé las palmas contra mi regazo–. Es como si no pudiera aceptar que alguien como yo tenga el mismo puesto que él.

–¿Alguien como tú?

–Sí. –Exhalé profundo y mi respiración empañó la ventanilla por un segundo–. Una mujer. Primero pensé que se comportaba así porque era la más joven y por eso desconfiaba. Eso hubiese tenido sentido. Después, se me ocurrió que podría tener algún problema con que fuera extranjera. Sé que algunos de los muchachos se burlan de mi acento. Una vez escuché a Tim llamarme Sofía Vergara como burla. Lo que, en realidad, me pareció un cumplido, sobre todo porque no tengo ni la mitad de las curvas y el carisma de esa mujer, así que no fue lo peor del mundo que me compararan con ella. No lo digo porque no me guste mi cuerpo. Estoy bien… como soy. –Normal. Sin gracia. Y era verdad. Todas mis características eran bastante estándar en el pueblo del que venía. Pelo castaño y ojos color café. Más bien baja. Ni gorda ni delgada. Caderas

anchas, busto relativamente pequeño. Éramos millones las mujeres a las que nos podían describir de ese modo. Era… una más–. No me molestaría perder algunos kilos para la boda, pero no creo que mis métodos estén funcionando.

Emitió un sonido que hizo que me diera cuenta de que no solo había hablado de más, sino que me había ido por completo de tema, y mi interlocutor era Aaron, que no entendía nada de conversaciones superficiales.

–En fin –me aclaré la garganta–, a Gerald no le gusta que ocupe el lugar que ocupo, y no tiene nada que ver con que sea joven ni con que sea española. Pero así funciona el mundo, y seguirá siendo así hasta que deje de girar.

Más silencio. Lo miré, me daba curiosidad saber en qué estaba tan concentrado que no intentaba corregirme ni me decía que dejara de quejarme o que no le importaba lo que tenía para decir. Parecía enojado. De nuevo. Tenía la mandíbula rígida y el ceño fruncido. Con el rabillo del ojo vi la intersección de mi calle.

–Ah, gira en la próxima, por favor –le indiqué y desvié la mirada de su rostro–. Es en esa esquina.

Siguió mis indicaciones en silencio. Todavía parecía molesto por algo de lo que había dicho. Por suerte vi mi edificio antes de que abriera mi bocota y se lo preguntara.

–Ahí. –Señalé con el dedo–. El edificio a la derecha. El que tiene la puerta bordó.

Aaron frenó y estacionó en un lugar que mágicamente estaba libre, justo en la puerta de mi edificio. Parecía que nos había estado esperando. Observé su mano derecha apagar el motor. El silencio inundó el vehículo.

Tragué con fuerza y miré a mi alrededor. Intenté concentrarme en las *brownstones*, esas casas características de este lado de Brooklyn; en los pocos árboles que había distribuidos en la acera; en la pizzería de la esquina, donde solía comprar comida cuando no tenía ganas de cocinar o tenía mucha hambre; me concentré en todo salvo en la forma en que el silencio me oprimía el pecho y en cómo esa opresión aumentaba a medida que pasaba más tiempo dentro del auto. Jugueteando con el cinturón de seguridad y sintiendo que el calor se me subía a las orejas sin razón, dije:

–De acuerdo, voy a…

–¿Has pensado en mi propuesta? –me interrumpió.

Mis dedos se quedaron congelados sobre el cinturón. Levanté la cabeza, muy despacio, hasta que quedamos cara a cara.

Por primera vez desde que había metido mi abatido trasero en su auto, lo miré de verdad. Lo estudié por completo. La luz tenue de mi calle iluminaba su perfil. La tormenta había parado, pero el cielo seguía oscuro y furioso, como si esto solo fuera la calma antes del huracán.

Estábamos bastante a oscuras, no podía saber si sus ojos tenían ese tono de azul profundo que me indicaba que hablaba en serio (esperaba que no fuera así) o del azul claro que anunciaba una batalla. Lo único que podía notar era que sus hombros estaban tensos. Un poco más anchos de lo habitual. Hacían que el coche pareciera demasiado pequeño. Todo su cuerpo se había expandido. Incluso la distancia entre su asiento y el volante era mayor de lo habitual, tanto que cabía otra

persona. Cuando empecé a preguntarme qué diría si le proponía sentarme en su regazo para comprobar mi teoría, Aaron se aclaró la garganta, creo que dos veces.

–Catalina. –Volvió a atraer mi atención.

–¿Quieres…? –Me fui apagando, un poco agitada por haberme imaginado sobre su regazo. *Soy una ridícula*–. ¿Necesitas hacer pis o algo?

Frunció el ceño, se acomodó en el asiento y se inclinó hacia mí.

–No. –Me miró con extrañeza–. Probablemente me arrepienta de preguntarlo, pero ¿por qué crees que lo necesito?

–Estás estacionado en mi cuadra. En la puerta de mi edificio. Creí que quizá necesitabas ir al baño. Y, para ser honesta, estaba deseando que no fuera para el número dos.

Inhaló hondo, infló el pecho y dejó salir el aire.

–No, no necesito ir al baño. –Me analizó como si no pudiera descifrar qué estaba haciendo ahí, en su auto. Y yo me preguntaba exactamente lo mismo–. ¿Cuál es tu respuesta?

–¿Mi respuesta? –Me quedé helada.

–A lo que te propuse. ¿Lo has pensado? Y, por favor, deja de fingir que no lo recuerdas.

Maldita sea, esas palabras de nuevo.

El corazón me dio un vuelco y se detuvo un segundo por el espanto.

–No estoy fingiendo –murmuré, haciendo lo que acababa de pedirme que no hiciera.

En mi defensa, tenía que ganar algo de tiempo para poder saber cómo… lidiar con esta situación. Y, todavía más importante, intentar entender *por qué*. ¿Por qué se ofrecía? ¿Por qué insistía? ¿Por qué se molestaba? ¿Por qué él creía que podía ayudarme? ¿Por qué sonaba honesto? ¿Por qué…? ¿Por qué?

Esperaba que hiciera algún comentario sarcástico o que pusiera sus ojos azules en blanco porque me estaba haciendo la tonta. Incluso esperaba que retirara la oferta porque era evidente que me estaba haciendo la difícil a propósito, y él no solía tener paciencia para esas cosas. Me quise convencer de alguna de esas cosas, pero de todo lo que pensaba que podía llegar a suceder, hizo lo único para la que no estaba preparada:

–Te acompañaré a la boda de tu hermana –dijo con un suspiró abatido. Parecía que estaba dispuesto a repetirlo las veces que fueran necesarias hasta que le diera una respuesta. Como si estuviera ofreciendo algo supersencillo, que se podía responder sin pensarlo demasiado. Como si me estuviera diciendo: “¿Vas a querer postre, Lina?”. “Sí, claro, quiero una porción de tarta de queso. Muchas gracias”. Por el contrario, su propuesta no era para nada sencilla y era lo más lejano a la tarta de queso que podía imaginar.

–Aaron –le lancé una mirada–, no puedes estar hablando en serio.

–¿Por qué no?

¿Qué tal por todo?

–Bueno, para empezar, tú eres tú. Y yo soy yo. Somos nosotros, Aaron. No puedes estar hablando en serio –repetí.

–Estoy hablando muy en serio, Catalina.

Pestañeé. De nuevo. Y me reí con amargura.

–¿Es un chiste, Blackford? Sé que el humor no es una de tus fortalezas, pero déjame decirte que no deberías aventurarte a hacer chistes si no tienes bien en claro qué cosas son graciosas y cuáles no. Así que voy a ayudarte: esto no es gracioso. –Lo miré directamente a los ojos.

–No estoy bromeando. –Frunció el ceño.

Me quedé mirándolo un buen rato. Nop. *No*. No podía no estar bromeando. No podía decirlo en serio. Me llevé las manos al pelo, enredado y húmedo. Me lo corrí hacia atrás con un movimiento enérgico. Estaba lista para irme y, sin embargo, no podía moverme de mi lugar.

–¿Tienes otra opción? ¿Una mejor que yo? –Sus preguntas dieron justo en el clavo al que asumo que había apuntado cuando vio el modo en el que se me cayeron los hombros, abatidos–. ¿Tienes alguna otra opción?

No, no la tenía. Y que estuviera siendo tan terminante no me hacía sentir mejor. Mis mejillas entraron en calor y me quedé en silencio.

–Lo tomaré como un no –dijo–. No tienes a nadie.

Eso se sintió bastante parecido a una patada en la boca del estómago. Intenté con todas mis fuerzas que el dolor no se me notara en el rostro… de verdad lo intenté. No quería que Aaron Blackford tuviera ni una pista de lo tonta y patética que me habían hecho sentir sus palabras. Qué sola debía estar para que mi única opción fuera un compañero de trabajo al que ni siquiera le caía demasiado bien. Pero no estaba equivocado. Y por mucho que me doliera admitirlo, era verdad que no tenía a nadie. Solo a Aaron. Él (y solo él) conformaba mi lista de opciones, en un mundo en el que consideraría llevarlo a él como mi novio falso.

A menos que…

Ay, por Dios. Mierda. ¿Se había dado cuenta de lo que había ocurrido en mi oficina? ¿Entendió que le había dicho a mi madre que el nombre de mi novio era Aaron? No. Negué con la cabeza. No había forma. *Imposible.*

–No entiendo por qué estás haciendo esto –le dije, creo que fue lo más honesto que le había dicho en toda mi vida. Suspiró y dejó escapar el aire muy de a poco.

–Y yo no entiendo por qué te cuesta tanto creer que puedo hacerlo.

–Aaron –dejé salir una risita sofocada–, no nos llevamos bien. Y está bien, porque no podríamos ser más… diferentes. Incompatibles. Y si a duras penas conseguimos compartir el espacio por más de unos pocos minutos sin ser sarcásticos o querer arrancarnos la cabeza, ¿por qué piensas que esto es una buena idea?

–Nos llevamos bien.

Tuve que contener una risa.

–De acuerdo, eso sí fue gracioso. Buen trabajo, Blackford.

–No estoy bromeando. –Frunció el ceño–. Y soy tu única opción –disparó otra vez. *Maldita sea.* Seguía teniendo razón. Apoyé la espalda contra la puerta cerrada del acompañante mientras él seguía resoplando–. ¿Quieres ir sola a la boda? Porque soy el único que puede evitarlo.

Uff, en verdad pensaba que estaba desesperada y que no tenía escapatoria. *Sí*, dijo una voz en mi cabeza, *porque estás desesperada y no tienes escapatoria*.

–De acuerdo –murmuré–. Digamos que te sigo el juego con esta idea ridícula. ¿Qué ganas si

acepto tu oferta? –Me crucé de brazos y me di cuenta de que la ropa, todavía mojada, se me había pegado al cuerpo–. Te conozco, y sé que no haces cosas solo por hacerlas. Debes tener alguna motivación. Una razón. Un objetivo. Tienes que querer algo a cambio; si no, jamás me ayudarías. No eres ese tipo de persona. Al menos no conmigo.

Aaron inclinó la cabeza hacia atrás de un modo casi imperceptible, pero yo sí pude notarlo. Se quedó en silencio por un largo momento, y casi pude escuchar cómo chirriaban los engranajes de su cerebro.

–Podrías hacer lo mismo por mí –dijo finalmente.

¿Lo mismo?

–Tendrás que ser más específico, Blackford. ¿Tu hermana también se casa? –Hice una pausa–. ¿Tienes hermanos? No tengo idea, pero bueno, supongo que eso no importa tanto ahora. ¿Quieres que sea tu cita en alguna boda?

–No –respondió. No sabía si se refería a los hermanos. Así que continuó–: No para una boda, pero necesito una pareja.

¿*Una pareja?* ¿Por qué sonaba tan… tan… diferente cuando me lo pedía él? ¿Por qué sonaba tan tremendamente diferente cuando era Aaron el que necesitaba a alguien y no yo?

–Yo… –Me detuve, me sentía mal por un motivo que no entendía–. ¿Necesitas una cita? –Lo señalé–. ¿Tú? ¿Una mujer que finja ser tu cita?

–No tengo intenciones de aparecer con un chimpancé, como sugeriste. Así que sí, una mujer. –Hizo una pausa, comenzaba a fruncir el entrecejo–. Tú.

Cerré la boca y volví a abrirla en un círculo, probablemente me veía como un pez.

–Entonces quieres que yo –me señalé– finja ser tu cita.

–No dije eso…

–¿No tienes novia? –lo interrumpí, la pregunta brotó de mi interior.

–No. –Cerró los ojos un instante y negó con la cabeza solo una vez.

–¿Ni siquiera alguien con quien sales? –Volvió a negar con la cabeza–. ¿Algo ocasional?

–No. –Suspiró.

–Déjame adivinar. No tienes tiempo para esas cosas…

Me arrepentí en cuanto lo dije, pero me daba mucha curiosidad. Así que, quizá si respondía, no me arrepentiría por completo.

Se encogió de hombros y relajó un poco la espalda, como aceptando que, o me respondía por las buenas, o le sacaría las palabras por las malas.

–Tengo tiempo, Catalina. Tengo mucho tiempo, de hecho. –Incluso en la oscuridad del auto pude verle los ojos azul océano, que me atravesaban con una honestidad para la que no estaba preparada–. Solo que lo estoy reservando para alguien que valga la pena.

De acuerdo, eso era increíblemente presumido. También algo engreído. Y, para mi sorpresa… sexy.

Guau. Negué con la cabeza. *Nop*. La única palabra con *s* con la que podría describir a Aaron Blackford era… sarcástico. Soberbio. Sospechoso. Serio. Quizá hasta seco. Pero no sexy. *Nop*.

–¿Por eso no tienes pareja? –Me esforcé por sonar fría e indiferente–. ¿Porque tus estándares

son tan altos como un rascacielos?

–¿Por eso tú no tienes con quién ir a la boda? –devolvió sin perder un segundo.

–Yo… –Ojalá ese fuera el motivo y no pura estupidez y ser una mentirosa compulsiva sin instinto de autopreservación–. Es complicado, pero tengo mis motivos. –Dejé caer las manos sobre mi regazo y mantuve la vista fija en el tablero.

–El que diga que hace las cosas sin motivo, miente.

–¿Entonces cuál es tu motivo? –pregunté sin quitar los ojos del plástico negro y suave que recubría el interior del auto–. ¿Qué te lleva a pedirme a mí en particular que finja ser tu pareja?

–Es una larga historia. –Aunque no lo estaba mirando, pude sentir que exhalaba. Parecía tan cansado como yo–. Es un compromiso social. No puedo prometerte que vaya a ser divertido, pero es por una buena causa. –Hizo una pausa. No hablé, me limité a procesar los escasos indicios que me había dado–. Te contaré todos los detalles si aceptas, claro.

Giré la cabeza en su dirección y noté que me observaba con esos ojos azules que tenía. Una parte me desafiaba, y otra se mantenía expectante. Que me ofrezca la posibilidad de saber algo sobre su desconocida (y posiblemente inexistente) vida personal era una buena carnada. Sabía muy bien que quería saber más. *Bien jugado, Blackford.*

–¿Por qué yo? –pregunté, como una estúpida polilla que se acerca demasiado a la luz–. ¿Por qué no otra persona?

–Porque, si algo he aprendido durante los meses que compartimos, es que eres la única mujer que conozco que está tan loca como para hacer algo así –respondió sin vacilar ni desviar la mirada–. Y puede que tú también seas mi única opción.

No lo tomé como un cumplido porque no lo fue. Acababa de llamarme “loca”. Pero, mierda, algo (algo en la manera en que lo dijo, algo en este día tan raro y en el modo inesperado en el que se habían desencadenado los hechos para dejarme en claro que, al igual que yo, él también necesitaba a alguien) me había hecho bajar la guardia.

–Sabes que tendrías que pasar todo un fin de semana en España conmigo, ¿no?

–Sí –asintió.

–¿Y a cambio solo quieres una noche? ¿Una sola noche de fingir que soy tu pareja?

Volvió a asentir y, esta vez, algo se endureció en su mirada. Cerró la mandíbula y sus labios formaron una línea firme. Conocía esa expresión, con la que tantas veces había discutido.

–¿Tenemos un trato? –dijo finalmente.

¿Nos habíamos vuelto locos? Nos miramos en silencio mientras yo masticaba una respuesta. Mis labios se movían sin emitir sonido, hasta que logré hablar:

–De acuerdo. –Sí, sin duda nos habíamos vuelto locos–. Trato hecho.

–Trato hecho –repitió y una sonrisa le atravesó el rostro.

Sí, locos de remate.

Este pacto era un territorio desconocido para nosotros. De pronto, el aire pareció tan espeso que me costaba respirar.

–Está bien. De acuerdo. Bueno. –Pasé un dedo por la superficie impecable del tablero–. Entonces tenemos un trato. –Sentí cómo mi ansiedad se multiplicaba a cada segundo que pasaba

dentro de ese auto, y me dediqué a inspeccionar una partícula de polvo imaginaria–. Tenemos que discutir un montón de detalles. –Para empezar, el hecho de que iba a tener que fingir ser mi novio y no solo mi acompañante. O el hecho de que iba a tener que fingir estar *enamorado* de mí–. Pero concentrémonos en tu asunto primero. ¿Cuándo es este compromiso con el que voy a ayudarte?

–Mañana. Pasaré a buscarte a las siete.

–¡¿Mañana?! –Me quedé helada.

–Sí. –Se acomodó en su asiento para alejarse de mí–. Tienes que estar lista a las siete. *En punto* –enfatizó. Estaba tan… sorprendida que ni siquiera puse los ojos en blanco cuando siguió dando órdenes–. Sería ideal que te pusieras un vestido de gala. –Encendió el auto con la mano derecha–. Ahora ve a descansar, Catalina. Es tarde y se nota que necesitas dormir un poco. –Su mano izquierda se desplomó sobre el volante–. Mañana hablaremos del resto.

Por algún motivo, sus palabras recién me llegaron al cerebro cuando cerré la puerta del edificio, y solo pude terminar de procesar su significado cuando escuché el motor de su auto acelerar y desaparecer de a poco.

Tenía una cita. Una cita falsa. Con Aaron Blackford. Y necesitaba un vestido de gala.



Capítulo 6

No iba a entrar en pánico. *Nop*.

Mi apartamento parecía un campo de batalla, pero yo estaba relajada. ¿La explosión que había ocurrido en mi armario? Prácticamente controlada.

Me miré en el gran espejo colocado contra una de las paredes de mi monoambiente. Este iba a ser el último vestido que me probara, me había prometido. No era que no tuviera nada para ponerme; mi problema era mucho más sencillo. El origen de la crisis (y hasta ahora, el mayor dolor de cabeza del mes, que teniendo en cuenta todo lo que me había ocurrido, era mucho decir) era que no sabía para qué me estaba vistiendo.

“Tienes que estar lista a las siete. En punto. Sería ideal que te pusieras un vestido de gala”.

No tenía ni la menor idea de por qué no había insistido para que me diera más detalles. Pero era un error al que ya estaba acostumbrada. Así era como solía abordar las cosas: me apresuraba. Ese era el motivo por el que había quedado atrapada entre nudos que no sabía cómo desatar.

Prueba número uno: la mentira.

Prueba número dos: lo que la mentira implicaba.

En otras palabras, el trato que había hecho con alguien a quien nunca, ni en mis sueños (mejor dicho, pesadillas) pensé que iba a necesitar ni que iba a necesitarme a mí: Aaron Blackford.

Loca, murmuré para mis adentros mientras me desabrochaba otro vestido. ¿Este entraba en la categoría “de gala”? *Me he vuelto loca. He perdido la maldita cabeza.*

Terminé de quitármelo, deslizándolo por las piernas y lo arrojé a la pila de vestidos descartados que crecía sobre la cama. Tomé mi bata, la de peluche rosa, porque necesitaba

contención y comodidad y ese era el mejor modo de conseguirlo. Era esto o darme un atracón de galletas.

Me masajeé las sienes mientras contemplaba el estado en que se encontraba mi apartamento. Normalmente me encantaba no tener paredes que dividieran la sala de estar, el dormitorio y la cocina. Veía como un beneficio vivir en un ambiente abierto; aunque fuera algo chico, no dejaba de estar en Brooklyn. Pero ahora que veía el desastre que había hecho, odié un poco no tener algo más de espacio, un lugar con paredes que limitaran el desastre a una *sola habitación*.

Había ropa, zapatos y bolsos desparramados por todos lados: en la cama, en el sofá, en las sillas, en el suelo, en la mesa de café; no se había salvado nada. El apartamento, que solía mantener tan ordenado y que con tanto esmero había decorado en tonos de blanco y crema con algunos detalles boho en sectores (como la hermosa alfombra tejida que me había costado más de lo que estaba dispuesta a admitir), ahora parecía una zona de guerra de la moda más que una casa. Quería gritar.

Ajusté el cinturón de la bata y tomé el móvil, que había apoyado sobre la cómoda. Faltaban dos horas para las siete *en punto*, y estaba desesperada. Por lo pronto iría desnuda. Porque no tenía ningún vestido que se pudiera considerar "de gala". Porque era una tonta. Porque no sabía para qué me estaba vistiendo y no había preguntado.

Ni siquiera tenía el número de teléfono de Aaron para pedirle auxilio y enviarle algunos emojis nada amistosos para que le quedara clara mi intención. No solía fraternizar con mis enemigos, así que nunca había necesitado su número. *Hasta ahora, aparentemente.*

Arrojé el teléfono sobre la pila de vestidos descartados y me dirigí hacia la calidez de la sala de estar. Tomé la computadora portátil, que estaba sobre la mesa de café redonda y blanca que había comprado en una tienda de antigüedades hacía algunas semanas, y me desplomé en el sofá. Acomodada en los suaves cojines, entré al correo de la empresa.

Era el último recurso. Con un poco de suerte, el muy adicto al trabajo estaría sentado frente a su computadora, aunque fuera sábado. ¿Este trato no era una suerte de… acuerdo de negocios? Tenía que ser así. No éramos amigos (ni nos llevábamos bien), por lo que solo podía ser un acuerdo de mutua conveniencia. Un favor entre colegas.

Sin más tiempo que perder, abrí un nuevo correo y comencé a tipear:

De: cmartin@InTech.com

Para: ablackford@InTech.com

Asunto: ¡Solicitud de información urgente!

Señor Blackford:

Estaba irritada (sí, conmigo misma, pero también con él) y no estaba de humor para llamarlo por su nombre.

En relación con nuestra última conversación, sigo a la espera de que me comunique los detalles de la próxima reunión. Me encuentro sin nada de información y, si la situación sigue así, eso constituiría un incumplimiento del contrato previamente discutido y acordado.

Había visto todas las temporadas de *Gossip Girl* y sabía las terribles consecuencias que podía traer no llevar la vestimenta adecuada a un "compromiso social" en la maldita ciudad de Nueva

York.

Como bien sabes, es de vital importancia que compartas la información solicitada tan pronto como te sea posible.

Quedo atenta a tu pronta respuesta.

Saludos cordiales,

Lina Martín

Sonriendo para mis adentros, presioné ENVIAR y vi cómo mi correo abandonaba el buzón de salida. Miré fijamente a la pantalla durante un largo minuto, esperando que apareciera su respuesta. Después de actualizar la web tres veces sin obtener resultados, se me había borrado la sonrisa. A la quinta vez, se me empezaron a formar pequeñas gotas de sudor en la nuca (puede que la bata de invierno que llevaba tuviera algo de culpa).

¿Y si no respondía? O, incluso peor, ¿si todo esto era una broma? Una forma malvada de fastidiarme y hacerme creer que iba a ayudarme. Como en *Carrie*. *No, Aaron nunca haría algo así*, decía una voz en mi cabeza.

¿Pero por qué no? Había juntado suficiente evidencia como para demostrar que Aaron era capaz de algo así. ¿Por qué creía que lo conocía? Por favor, era una persona que iba a "compromisos sociales" que tenían algo que ver con una "buena causa". No lo conocía.

Mierda. Necesitaba esas galletas. Me iba a dar el gusto.

Cuando regresé a mi computadora, con un paquete de galletas en la mano y la boca llena de consuelo dulce y mantecoso, la respuesta de Aaron me estaba esperando. Un pequeño suspiro de alivio abandonó mis labios. Di otro bocado y abrí el correo.

De: ablackford@InTech.com

Para: cmartin@InTech.com

Asunto: Re: ¡Solicitud de información urgente!

Estaré allí en una hora.

Saludos,

Aaron

–¿Qué caraj…? –Una galleta atragantada y la consecuente tos me impidieron terminar la frase.

Aaron vendría. A mi apartamento. En una hora. Una hora antes que lo que habíamos acordado.

Fui a buscar agua a la cocina, miré a mi alrededor e intenté procesar el desastre. *Mierda*.

No debería importarme; lo sabía muy bien. Pero ¿permitir que Aaron lo viera? De ninguna manera. Prefería atragantarme con otra galleta antes que darle motivos para criticarme. No podría soportarlo.

Apoyé el vaso en la encimera y, sin perder un solo segundo más, me puse manos a la obra. Una hora. Tenía sesenta minutos (conociendo a Aaron, ni uno más ni uno menos) para arreglar esta escena del crimen.

Y sí, me llevó toda la hora dejar el apartamento mínimamente presentable, por lo que, para cuando sonó el timbre, no había llegado a vestirme con algo que no me hiciera ver como un Furby de tamaño real, y mi frustración solo aumentó.

–Estúpido hombre puntual –murmuré mientras arrastraba los pies hacia la puerta–. Siempre a horario.

Le abrí con el portero electrónico e intenté arreglarme el pelo, que llevaba en un desordenado moño. Me esmeré en relajarme. *Te está ayudando. Sé amable*, me dije. *Lo necesitas*.

Llamaron a la puerta. Esperé dos segundos y respiré hondo, preparándome para ser tan amable como me fuera posible. Tomé el pomo de la puerta y cambié mi expresión a una neutral mientras la abría.

–Aaron –dije con un tono seco–. Yo… –Iba a decir… otra cosa, pero se desvaneció. Junto con mi expresión neutral. Mis labios se separaron y quedé boquiabierta–. Yo… –comencé de nuevo. No encontraba las palabras. Me aclaré la garganta–. Yo… Ey. Hola. Guau. De acuerdo.

Aaron se quedó mirándome, divertido; yo solo podía pestañear y desear no tener los ojos tan abiertos como los sentía.

Pero ¿cómo no iban a estarlo? Era imposible que no se abrieran como platos al contemplar lo que tenía delante de mí. Porque ese no era Aaron. No. No, no. Era un hombre al que nunca había visto. Una versión diferente a la única que conocía. Este Aaron era… guapísimo, demasiado. Y era elegante. Estaba bien vestido. Atractivo de un modo abrumador, del tipo "señoras y señores, tomen sus abanicos".

Mierda. ¿Por qué estaba vestido así? ¿Dónde había quedado el Aaron de pantalones aburridos y camisas abotonadas al que había sumado a mi lista negra con la etiqueta "no tocar"? ¿Cómo podía ser que me dejara sin palabras con solo una mirada?

Pestañeé y encontré la respuesta justo delante de mí. Ese cuerpo alto y esculpido al que no debería estarle prestando tanta atención llevaba un traje negro. No, no era un traje. Era un esmoquin. Un maldito esmoquin mucho más digno de una alfombra roja que del umbral de mi apartamento en Brooklyn.

Nada de él encajaba aquí, conmigo. Ni su pelo oscuro, ni la camisa de un blanco imposible, ni el moño, ni la mirada azul profundo que analizaba mi rostro y mi expresión, ni el esmoquin de estrella de cine, y definitivamente no esas cejas oscuras que se le fruncían en la frente.

–¿Qué diablos llevas puesto? –pregunté con una exhalación–. ¿Es una broma? ¿Qué hablamos de ser gracioso, Aaron?

–¿Qué llevo puesto *yo*? –Vi cómo se alejaban sus ojos de los míos y bajaban por mi cuello, mirándome de arriba abajo varias veces–. ¿Yo? –Algo cambió en su expresión, como si no pudiera creer lo que veía.

–Sí… –Me sentía extremadamente expuesta e incómoda. Esperé a que su mirada volviera a mi rostro, sin saber qué hacer ni qué decir–. ¿Qué es *eso*? –susurré en voz alta.

–Me veo obligado a hacer la misma pregunta. –Me señaló con uno de sus largos dedos–. Porque, puede que no haya sido muy específico, pero me imaginé que eras lo suficientemente inteligente como para no pensar que te llevaría a una pijamada.

Tragué, consciente de que se me estaban enrojeciendo las orejas. Pero negué con la cabeza. Era algo bueno. Sabía cómo manejarme con este Aaron. Podía hacerlo. Por el contrario, no tenía ni idea cómo abordar al que me había dejado sin palabras y sin aire.

–Ah, ¿crees que debería cambiarme? –Me encogí de hombros. Tomé el dobladillo de mi bata rosa e intenté no pensar en lo ridícula que me sentía e intentando ocultar esa emoción detrás de una aparente sagacidad–. No quería estar demasiado elegante para ir a la pijamada. ¿Crees que habrá bocadillos?

Se quedó pensando por un momento.

–¿No te estás cocinando dentro de esa cosa? Es mucho *velour* para una persona tan pequeña. –¿"Velour"?

–Y eso es mucho conocimiento sobre telas para una persona que tiene solo dos tipos de prendas en su armario.

Una emoción atravesó su rostro, pero no logré descifrarla a tiempo. Cerró los ojos un instante, irritado. Su paciencia lo estaba abandonando. Lo sabía. *No lo logrará. Estamos perdidos.*

–Primero –comenzó, recuperando la compostura–, me miraste alevosamente. –Una ola de calor me invadió las mejillas. *Atrapada*–. Segundo, me regañaste por lo que llevo puesto. Y ahora criticas mi estilo. ¿Me vas a dejar pasar o siempre recibes a tus invitados en el umbral y los insultas?

–¿Quién dijo que eras un invitado? –Sin ocultar mi fastidio, me di vuelta, me alejé y lo dejé en la puerta del apartamento–. Te invitaste solo –dije por encima de mi hombro–, así que supongo que no necesitas que te haga pasar, ya eres un niño grande. –¿Niño grande? Cerré los ojos, agradecida de estar dándole la espalda.

Sin poder creer que lo había llamado “niño grande”, fui hacia la cocina y abrí el refrigerador. El aire frío contra la piel me hizo sentir un poco mejor. Miré el interior un minuto completo y, finalmente, me di la vuelta con una sonrisa falsa.

Aaron Blackford (y su esmoquin) estaban apoyados contra la isla angosta que separaba el espacio de la cocina del de la sala de estar. Sus ojos azules estaban en algún lugar por encima de mis rodillas. Seguía analizando mi atuendo, parecía que lo encontraba escandalosamente intrigante.

Me di cuenta de que me molestaba. El modo en que me miraba me hacía sentir fuera de lugar pese a que yo estaba en mi casa y él era el intruso que había aparecido una hora antes de lo acordado. Era una estupidez, pero me hacía acordar a lo pequeña que me había sentido cuando lo escuché hablar con Jeff. O cuando, estando ahí presente, casi tiró a la basura la taza que le había regalado. O todas las observaciones y comentarios que siguieron y nunca dejaron de molestarme.

Rosie tenía razón: era incapaz de dejarlo pasar. Seguía aferrada al resentimiento como si mi vida dependiera de ello. Como si el resentimiento fuera una puerta que flotaba en el océano y yo no llevara puesto un chaleco salvavidas.

–Parece bastante inapropiado para el verano. –Aaron señaló mi bata con la cabeza.

Tenía razón. Me estaba cocinando, pero necesitaba el consuelo. Lo imité y me apoyé contra la encimera de la cocina.

–¿Puedo ofrecerte algo para tomar, *Anna Wintour*? ¿O quieres seguir enumerando los motivos por los que mi bata te escandaliza? –Movió los labios, reprimiendo una sonrisa. Por mi

parte, a mí no me daba risa nada de todo esto–. ¿Qué te parece un vaso de agua? –No movió ni un músculo; solo las comisuras, que seguían luchando contra una sonrisa–. Hubiese sido más fácil –dije mientras apoyaba una botella de agua delante de él y tomaba otra para mí– si solo respondías mi e-mail. No era necesario que vinieras tan temprano.

–Lo sé. –*Claro que lo sabía*–. Te hice un favor viniendo más temprano.

–¿Un *favor*? –Entrecerré los ojos–. Un favor hubiese sido si traías los bolsillos llenos de churros.

–Intentaré recordarlo. –Parecía que lo decía en serio. Justo cuando abría la boca para preguntarle a qué se refería, continuó–: ¿Por qué no me llamaste en lugar de mandar ese e-mail tan… rebuscado? Nos hubiera ahorrado tiempo a ambos, *señorita Martín.* –Frunció el ceño.

Ja, sabía que había dado en el blanco con lo de "señor Blackford".

–Mira, para empezar, no te pedí que vinieras. Eso corre por tu cuenta. –Abrí la botella y bebí un sorbo de agua–. En segundo lugar, ¿cómo iba a llamarte si no tengo tu número, sabelotodo? –Lo miré por encima de la botella y enarcó esas cejas oscuras que tenía.

–Deberías tenerlo. En el último evento de la gerencia nos pasamos los números personales. Yo tengo el tuyo. Tengo el de todos.

Muy despacio, bajé la botella y volví a enroscar la tapa.

–Bueno, yo no tengo el tuyo. –Me había rehusado a agendarlo porque, de nuevo, era una resentida. No me enorgullecía, pero esa era la verdad–. ¿Para qué iba a necesitarlo?

Analizó mis palabras durante un momento y luego negó con la cabeza lentamente. Se separó de la isla de la cocina y se enderezó.

–¿Qué era tan importante ahora entonces? –reencauzó la conversación–. ¿Cuál era esa "información solicitada" que tenía que enviarte con tanta urgencia?

–No puedo elegir un vestido si no sé a dónde vamos –señalé con el ceño fruncido–. Se aprende en *Vestimenta para dummies*.

–Pero sí te lo dije. –Levantó una ceja–. Vamos a un compromiso social.

–Eso fue lo que dijiste. –Apoyé la botella en la encimera y entrelacé las manos–. Pero no es *suficiente información*. Necesito más detalles.

–Una noche de gala –respondió el cabeza dura de ojos azules–. Esa tiene que ser información más que suficiente para elegir un vestido.

–¿Información suficiente? –repetí muy despacio y llevé la mano a mi pecho de peluche rosa, como si tomara un collar de perlas imaginario.

–Sí –asintió.

–Las respuestas de una o dos palabras no son información suficiente, Aaron –dije burlona. No podía creerlo, de verdad él creía que estaba siendo coherente.

Especialmente me costaba creerlo después de que se apareciera vestido como para ir a una gala del Upper East Side, de esas en las que la gente no se toca las mejillas cuando se saluda con dos besos y habla de sus vacaciones en los Hampton. En mi armario sin duda no tenía nada para un evento así.

–¿Cuál es la parte que te cuesta entender de las palabras "noche" y "gala"? –Metió las manos

en los bolsillos–. Existen prendas para asistir a eventos de gala por la noche: vestidos.

–¿De verdad me estás explicando eso? –Pestañeé. Una nueva ola de frustración se me subía a la cabeza–. Eres tan… –Sacudí los puños en el aire, estuve muy cerca de lanzarle algo–. *Ughh*.

Se metió las manos en los bolsillos mientras me miraba. Se veía tan… guapo y elegante en ese maldito esmoquin. Debió haber notado algo en mi expresión, porque sus ojos cambiaron.

–Es una gala de caridad. Un evento para recaudar fondos que se hace todos los años. –Me quedé boquiabierta cuando escuché ese detalle crucial–. Tendremos que ir a Manhattan. A Park Avenue para ser más específico. –*No, no, no, no*. Eso se oía lujoso–. Es un evento de etiqueta, así que tendrás que vestirte formal. Un vestido de gala. –Me miró de arriba abajo con desconfianza y finalmente se detuvo en mis ojos–. Como vengo diciendo.

–Aaron –murmuré–. *Mierda. Joder.* –Se me escapó la española que llevaba dentro–. ¿Una gala de caridad? ¿Recaudar fondos? Eso es muy… de ricos. –Negué con la cabeza, tanto que casi se me desarma el moño–. No, suena a "soy tan rico que me limpio el trasero con billetes". Y, no, no quiero prejuzgar, pero, por Dios –dije mientras daba vueltas por el estrecho espacio de mi cocina–. Me podrías haber avisado. Podrías habérmelo dicho ayer, ¿no? Hubiese ido de compras esta mañana, Aaron. Hubiese preparado, no sé, algunas opciones para que pudieras elegir. No tengo idea de lo que haré ahora. Tengo algunos vestidos formales, pero no son… adecuados. –Ya eran más de las seis de la tarde.

–¿Te hubieses tomado todas esas molestias para esto? –Abrió apenas la boca en una expresión que no estaba acostumbrada a ver en él. Después su boca volvió a la posición habitual–. ¿Para *mí*?

–Sí. –Me detuve en seco. ¿Por qué se sorprendía?–. Claro que sí. –Analicé su rostro y noté el extraño modo en que me miraba–. En primer lugar, hubiese odiado llegar a tu "evento de caridad" –hice comillas con los dedos– vestida como un payaso. Aunque no lo creas, me queda algo de vergüenza y amor propio. –Los ojos le seguían brillando; me ponían nerviosa–. Y, en segundo lugar, no quiero que cobres venganza y uses cualquier cosa en la boda de mi hermana solo para molestarme. Ni que me acuses de infringir la cláusula de etiqueta y dar por terminado nuestro acuerdo ahora que cuento con que me acompañes a España. Yo… –arrastré las palabras y perdí fuerza en la voz– te necesito, ¿sabes? –La última frase se me escapó y no fui consciente de lo que acababa de decir hasta que era demasiado tarde y ya no podía retractarme.

–Nunca haría eso. –La velocidad con la que respondió me tomó por sorpresa–. No te dejaré. Tenemos un trato.

Desvié la mirada. Lo que acababa de admitir me hacía sentir vulnerable. Me concentré en sus manos: las había quitado del bolsillo y ahora descansaban a ambos lados de su cuerpo.

–No lo haré, Catalina –lo escuché decir–. Ni aunque trates de que me arrepienta, y estoy muy consciente de que sabes cómo hacerlo.

Tenía la sensación de que había sido sarcástico a propósito. Solo un poco, para tentarme a responder. Pero, por alguna razón, no lo hice. Sus palabras se sentían sinceras. Aunque no podía saberlo con certeza. Era difícil para mí olvidarme de nuestra historia. De todos los golpes,

codazos y empujones. De todas las formas que habíamos descubierto para que nunca pudiéramos olvidar lo mal que nos caíamos.

–Lo que tú digas, Blackford. –No sonaba como si en verdad me lo creyera, pero no me quedaba otra opción–. No tengo tiempo para esto. –Ni siquiera estaba segura de qué era eso con exactitud. Me llevé las manos al costado del cuello y lo masajeé, intentando poner la mente en blanco–. Solo… ponte cómodo. Veré que puedo encontrar para este evento al que asistiremos.

Me dirigí hacia él, su complexión ancha me impedía pasar a la sala de estar. Me detuve a un paso de distancia, miré hacia arriba y levanté una ceja para pedirle que se apartara. Me observó desde su altura, primero la cara, y luego deslizó la mirada por mi garganta y el cuello, justo en el lugar que había masajeado hacía unos minutos. Cuando me miró a los ojos, noté en su mirada azul algo que no había visto antes.

Nos quedamos cerca. Mis pies descalzos casi le rozaban la punta de los zapatos. Sentí cómo se agitaba mi respiración al darme cuenta. Mi pecho se inflaba y desinflaba un poco más rápido por cada segundo que pasaba bajo su escrutinio.

Me resistí a desviar los ojos y le sostuve la mirada. Incliné la cabeza un poco hacia atrás, se veía más alto que nunca. Como si hubiera crecido algunos centímetros. Era imposible dejar de mirarlo enfundado en ese esmoquin que lo hacía parecer más alto y grande. Era imposible no querer perderse en cada detalle.

Se pasó la lengua por el labio superior y me hizo dirigir la vista hacia su boca. Le brillaron los labios carnosos bajo la luz de mi cocina.

Empezaba a sentir un calor que me recorría la piel debajo de esta estúpida bata. Estar tan cerca de él, verlo y tener que procesar tantas cosas al mismo tiempo hacía que ese calor se volviera insoportable.

Volví a mirarlo a los ojos, que me estaban estudiando. Había algo atrapado, escondido detrás de ellos. Aunque solo fue un segundo, lo vi inclinarse unos centímetros hacia mí. Quizá solo fue mi imaginación, tampoco importaba demasiado.

–Lo digo en serio. –Su voz me pareció un poco ronca, ahora que la escuchaba de cerca. Hacía rato había perdido la capacidad de pensar con claridad, pero sabía de qué hablaba. Claro que lo sabía. Exhaló con suavidad, y sentí un delicado aroma a menta–. No tomaré ningún tipo de represalia. Sé lo importante que es para ti la boda de tu hermana. –La sinceridad de sus palabras me impactó todavía más que la cercanía de nuestros cuerpos. Me quedé boquiabierta, se me estrujó el estómago–. No faltaré a mi palabra. Jamás lo hago.

¿Aaron Blackford intentaba tranquilizarme? ¿De verdad? ¿Me estaba prometiendo que, sin importar lo que hubiera pasado entre nosotros, nuestro acuerdo era algo seguro? ¿Que cumpliría su promesa, así sin más? ¿Que no se arrepentiría? ¿Lo decía en serio? Porque así era como sonaba. Y eso solo podía significar dos cosas: o leía mentes (y, para ser honesta, deseaba que no fuera así) o puede que Rosie no estuviera equivocada. Quizá Aaron no era tan malo.

Quizá era yo la equivocada. Yo… no sabía qué decirle. No sabía qué hacer. Y cuanto más tiempo pasara en silencio, con él abriéndose conmigo de este modo, más crecería el calor y la confusión, y más me costaría pensar con claridad.

–¿Me entiendes, Catalina? –insistió, la calidez me invadió todo el cuerpo.

No, quería decir, *no entiendo nada de lo que está pasando*. Pero, aunque mi garganta se movió, las cuerdas vocales no pudieron pronunciar ninguna palabras, solo emitieron un sonido extraño que hizo que necesitara aclararme la garganta.

–Tengo que darme prisa –conseguí decir–. Si no me cambio ahora, llegaremos tarde.

Con un movimiento sorpresivamente ágil para alguien de su tamaño, se apartó de mi camino y se acomodó en un rincón. Era demasiado alto y ancho para mi pequeño apartamento. Ocupaba demasiado espacio y me hacía sentir un incómodo hormigueo. Sobre todo, cuando pasé a su lado y mi hombro, cubierto por la bata, le rozó el pecho. Un pecho tremendamente sólido. Todo el calor que sentía en el cuerpo se agolpó en mi rostro.

Basta. Avancé a pesar de que tenía las piernas débiles y la piel pegajosa. *Solo necesito quitarme esta bata*, me dije confiada, jalando del cuello. *Esa es la razón por la que estoy ruborizada y tengo tanto calor*.

Me obligué a pensar en otra cosa. Como… en vestidos. No en Aaron. No en Aaron con esmoquin. O en su pecho. O en cualquier otra parte de su cuerpo. Tampoco en lo que había dicho. Pero mi cabeza comenzó a girar y quise mirar hacia atrás. Mirarlo.

No.

Llegué al armario y abrí las puertas. Recuperé la concentración y me puse a hurgar entre mis cosas en un intento por encontrar cualquier prenda que pudiera estar a la altura de las circunstancias.

Desde las profundidades del armario, rescaté *la única* prenda con el potencial para salvarme. Tomé un par de tacones que reservaba para ocasiones especiales, algunos accesorios y fui al baño.

De pasada miré a Aaron de reojo. Deambulaba cerca del sofá de terciopelo azul (que parecía ínfimo al lado de él) mientras miraba la pantalla de su teléfono. No levantó la cabeza cuando le pasé por delante. Bien. Era mejor eso a que husmeara en mi ropa o presumiera su imponente cuerpo. Tenía que ser el esmoquin. Este comportamiento (esta reacción que me causaba) no era normal en mí.

–Voy a… cambiarme aquí –le dije por encima de mi hombro al hombre que parecía ocupar todo el espacio disponible en mi pequeño apartamento–. Ponte… cómodo.

Una vez dentro del único ambiente separado del resto por paredes (el baño), me sentí más tranquila. Me bajó la temperatura de la piel. No tenía llave, así que solo cerré la puerta, colgué el vestido del barral de la bañadera y comencé a maquillarme y peinarme.

Después de lo que se sintió como una eternidad (y, al mismo tiempo, no suficiente tiempo), finalmente estaba conforme con el resultado. La mujer que me miraba desde el espejo de cuerpo entero (que con mucho tino había hecho instalar en el baño) llevaba un vestido sin mangas, largo hasta el suelo, de un color entre negro ónix y azul noche. El corte y la tela eran bastante sencillos (sin duda no muy “de gala”), pero el tajo que subía por la falda hasta la mitad del muslo le daba gracia y un toque de elegancia. Aunque la verdadera estrella del espectáculo era el escote, que, pese a que no dejaba ver ni un poco de piel porque se cerraba justo debajo del cuello, estaba

bordado con unas piedras blancas que parecían perlas. Era precioso. Por eso lo había comprado por impulso hacía algunos meses. Y no solo no había tenido oportunidad de usarlo, sino que también me había olvidado de que lo tenía.

Revisé los rizos castaños que me caían sobre los hombros. A pesar de que no estaban perfectos, estaban bien. Pensé en pintarme los labios de rojo, pero descarté la idea porque me pareció que sería demasiado. Prefería guardarme esa carta para cuando tuviera una cita real.

Suspiré despacio y sentí una puntada en el pecho. Hacía una eternidad que no salía con alguien. No porque sintiera que no merecía una pareja o porque no me creyera atractiva. Había salido con algunas personas desde que estaba en Nueva York, pero en algún momento había dejado de intentarlo. ¿Había un problema conmigo? Parecía como si al irme de España hubiera perdido mi *confianza* y mi voluntad de volver a enamorarme al otro lado del océano.

Mientras me miraba en el espejo, me di cuenta de que no recordaba la última vez que había puesto tanto esmero en mi vestimenta, peinado y maquillaje. Deseaba no haberlo recordado, porque hacía mucho tiempo que me había prometido dejar de sentir pena de mí misma. Juré que nunca tomaría esa ruta.

Entonces, ¿por qué me sentía así? ¿Cómo había llegado hasta este punto? Al punto en que por primera vez en meses prestaba atención a mi apariencia, y lo hacía por alguien que ni siquiera era real. Una cita falsa. Un trato. Una suerte de negocio. Dios, ¿cómo había llegado al punto de necesitar inventarme una pareja para no sentirme una completa fracasada? Mis miedos se hicieron más presentes que nunca. Estaba rota. Estaba…

Un golpe en la puerta me llevó de nuevo a la realidad y me recordó que había alguien esperándome al otro lado. Y, si los golpes en la puerta podían tomarse como una pista, estaba impaciente.

–¿Cuánto te falta, Catalina? –La voz grave de Aaron atravesó la puerta–. Llevas mucho tiempo ahí.

Miré el pequeño reloj que tenía en uno de los estantes del baño: siete menos cuarto. Todavía tenía quince minutos si consideraba el horario en el que habíamos acordado que pasaría a buscarme. Negué con la cabeza.

Otro golpe. Esta vez más fuerte. Más impaciente.

–¿Catalina?

Decidí responder con silencio a su falta de paciencia. Alguien tenía que demostrarle que no siempre podía salirse con la suya. Además, me había prometido quince (de acuerdo, catorce) minutos más.

Aún podía sentir la punzada en el pecho cuando deslicé un pie en el tacón y lo apoyé sobre el asiento del retrete para abrochármelo. Me tomé mi tiempo. Seguí con el izquierdo. Todavía me quedaban algunos minutos y planeaba…

El tercer golpe nunca llegó. Por el contrario, la puerta se abrió de par en par, me sobresalté y me topé con un hombre muy inquieto. Sus ojos de océano, agitados, se posaron sobre los míos.

–Catalina –vi una pizca de alivio en esos lagos de impaciencia–, ¿por qué no respondiste cuando te llamé? Llevas una hora aquí dentro.

Me estudió de arriba abajo, recorriendo todo el largo de mi vestido, y fue endureciendo la expresión a cada centímetro. Podía ver como la mandíbula se le tensaba mientras su mirada volvía a encontrarse con la mía.

¿Estaba… enojado?

Una vocecita en la cabeza me decía que, por la forma en que me observaba, seguramente estaba arrepintiéndose de haberme pedido que lo acompañara a esta cosa. Ignoré la molestia en la boca del estómago y me dejé atrapar por la primera emoción que me invadió, una que me era familiar cuando se trataba de él.

–Aaron Blackford –siseé intentando recuperar la voz–, ¡¿qué diablos sucede contigo?! –Inflé y desinflé el pecho–. ¿No sabes golpear la puerta?

–Golpeé. –Su tono era tan firme como su expresión–. Dos veces. –Esa estúpida voz grave retumbó en el baño.

–Podría haber estado desnuda, ¿sabes?

Se deslizó para quedar justo frente a mí, sin soltar el pomo de la puerta. Lo sostenía con tanta fuerza entre sus dedos largos que me pregunté si el metal iba a poder resistir la presión.

–Pero no lo estás –dijo, todavía firme–. Sin duda no estás desnuda.

Su expresión se despejó cuando nos miramos. Cuanto más tiempo pasaba, más me sudaban las palmas de las manos. *Dios, ¿qué está pasando?* Me latió más rápido el corazón mientras el aire se llenaba de una tensión que no llegaba a comprender. Era sofocante. Más de lo que lo había sido en la cocina. Tanto que pude sentir cómo caían mis defensas y todo tipo de pensamientos me azotaban la cabeza y no tenía nada para protegerme de los golpes.

–¿Hay…? –Rompí el silencio con la voz agitada–. ¿Hay algún problema?

Negó con la cabeza. Una sola vez. Y me recorrió el cuerpo con la mirada, muy rápidamente.

–Encontraste un vestido.

–Sí –admití, bajando la vista–. Hace tanto tiempo que no tengo una cita que me había olvidado de que lo tenía. –Vi cómo le cambiaba la expresión y me hizo sentir muy estúpida por lo que acababa de decir–. Bueno, eso no importa. Supongo que tampoco usaría esto para una cita. Es el único vestido de gala que tengo, así que espero que sirva. –Me pasé las manos sudorosas por la falda, y me detuve cuando me di cuenta de que podía ensuciar la tela.

–Servirá –dijo.

¿*Servirá?* No sé bien qué esperaba que dijera, pero mentiría si dijera que no me molestó un poquito.

–Mejor así –respondí y desvié la mirada, no quería dejar caer los hombros–. Entonces vamos. –Se quedó donde estaba, sin decir una palabra–. Vamos –insistí, haciendo un esfuerzo por sonreír–. No quieres llegar tarde, ¿no?

Unos segundos después, se apartó del camino sin buscar mi mirada, lo que agradecí, todavía no estaba lista para volver a mirarlo.

Salí del baño con solo dos cosas en mente. Uno: no volvería a rozarle el pecho con el hombro. Y dos: no había motivo para sentirme ofendida por lo que acababa de decir Aaron Blackford.



Capítulo 7

Habíamos pasado quince minutos en absoluto silencio dentro del auto cuando decidí que no podía seguir soportándolo. No estaba de humor para charlar de cualquier cosa y sabía que quedarme esperando a que Aaron dijera algo era como esperar a que saliera agua de las piedras. Iba a arrojarme del auto en movimiento si no rompía ese silencio.

–Con que recaudación de fondos… –Mis palabras resonaron muy altas en el pequeño espacio.

Aaron asintió, mantuvo la mirada en el camino y ambas manos en el volante.

–Imagino que para una buena causa.

Volvió a asentir.

–¿Y se hace todos los años?

Un gruñido afirmativo.

Si no comenzaba a hablar, si no decía *algo*, no iba a ser yo la que saltara del auto: lo empujaría a él.

–Y… –Necesitaba una pregunta que no se pudiera responder con sí o no–. ¿Cómo recaudarán los fondos?

Pareció pensarlo por un rato y casi me hizo creer que iba a tener que rogarle.

–Una subasta.

Al fin.

–¿Y qué subastarán? –Jugueteé con el sencillo brazalete de oro que llevaba en la muñeca, a la espera de una respuesta que nunca llegó–. ¿Arte? –Hice girar la delicada joya–. ¿Clases de golf? –Otro giro–. ¿Un yate? –Lo miré. Nada. Sin respuesta–. ¿La ropa interior de Elvis?

Con eso conseguí una reacción: me miró confundido y después volvió a concentrarse en el camino.

–¿Qué? –Encogí un hombro–. Te informo que alguien subastó la ropa interior que había usado Elvis durante un concierto que dio en los setenta. Sucia.

Aaron negó con la cabeza. El señor Correcto debía estar escandalizado, pero seguía sin hablar, así que tuve que volver a llenar el silencio.

–Tranquilo. Nadie la compró. –Estudié su perfil en busca de algún gesto. Nada–. Ni siquiera ofertaron –aclaré–. No sé nada de subastas. –Más silencio. *De acuerdo*–. Pero supongo que la conclusión es que nadie quería la ropa interior de Elvis. –Me reí–. Lo que, para ser honesta, renueva un poco mi fe en la humanidad. No todo está perdido, ¿no?

Movió un músculo de la mandíbula.

–¿Quién puede querer algo así? Y, todavía más desconcertante, ¿para qué? ¿Para enmarcarlo? –Curvé apenas los labios–. Imagina ir a la casa de alguien y encontrar ropa interior sucia enmarcada y colgada en la sala. O en el baño.

Aaron me lanzó una mirada rápida con algo parecido al asombro.

–Contigo nunca se sabe, ¿no? –dijo al fin. ¿Qué había sido eso?

–¿Qué cosa no se sabe? –Fruncí el ceño y vi cómo negó con la cabeza suavemente.

–Nunca sé qué vas a decir. –Su voz sonó seria–. Siempre encuentras el modo de tomarme desprevenido. No son muchas las personas que pueden hacerlo.

Ah… ¿Qué se suponía que debía pensar de esa afirmación? ¿Que era… un cumplido? Había estado divagando sobre la ropa interior de Elvis colgada en la sala de estar de alguien, así que no. No era un cumplido. Además, estábamos hablando de Aaron, así que sin duda no lo era.

–De hecho, tengo más datos curiosos para compartirte si eso es lo que quieres –ofrecí con una sonrisa–. De todo tipo, no solo relativos a ropa interior.

–Por supuesto que sí –murmuró.

–A menos que quieras usar este precioso tiempo para, no sé, comentarme un poco más sobre el evento al que estamos yendo. –Esperé uno, dos y tres segundos. Una vez más, se quedó en silencio–. Quizá puedes explicarme qué hago aquí, fingiendo ser tu pareja. Ese sería un buen comienzo.

Tomó el volante con más fuerza; fue fácil notarlo porque, bueno, había pasado los últimos minutos observándolo con detenimiento. Y seguía sin hablar.

–Dijiste que me contarías todo si accedía a venir. –Fruncí el ceño, esta frustración empezaba a molestarme.

–Dije eso, ¿no?

–Síp –respondí, no entendía por qué estaba siendo tan… misterioso. Aunque así era Aaron, ¿no? No sé de qué me sorprendía.

Recorrió el volante con las manos y la tela de su esmoquin se tensó con el movimiento. No pude evitar percatarme del modo en que sus brazos llenaron la manga. Dejé la mente en blanco por un instante, volví a sentir la extraña sensación que había experimentado en el apartamento. Me desestabilizaba. Él. Su presencia, su cercanía, su apariencia. Otra vez. Siendo objetiva, era

difícil no mirarlo y notar su enormidad, que hacía ver pequeño el asiento del auto (en especial porque no hablaba y entonces no me daba una buena excusa para dejar de mirarlo). Pero no había nada objetivo en la manera en que mis ojos recorrían contra mi voluntad sus brazos, sus hombros y subían hasta su rostro. Estoico. Tan serio y estoico. No sonreía (Aaron nunca sonreía) y nunca lo había notado tanto.

Me di cuenta de que no era solo el esmoquin. Hasta ahora había conseguido ignorar lo atractivo que era. Si bien sabía que era apuesto, recordar su antipática y amargada personalidad había sido suficiente para olvidarlo bastante rápido. Sin embargo, eso no cambiaba los hechos: Aaron tenía todo lo necesario para despertarme el deseo de mirar. Todas las cosas que no buscaba puntualmente, pero por algún motivo me atraían. Todas las cosas que yo no era. Alto (tan alto e imperturbable). Puro músculo y movimientos controlados. Gestos disciplinados y serenos. El modo en que su piel clara y el pelo oscuro hacían resaltar sus ojos de un profundo e intenso azul que no había visto nunca en otra persona.

Desvié la mirada con determinación y me maldije por permitirme siquiera pensarlo. *¿Qué diablos estoy haciendo?* Teníamos que hablar de cosas importantes. No tenía tiempo para pensar en su estúpido, enorme y aparentemente seductor cuerpo enfundado en un esmoquin. *Maldito esmoquin*.

–Te estás haciendo el difícil, Blackford. Pero está bien –dije. Seguía sin darme la explicación que quería–. Puedo adivinar qué hago aquí. *–Lo haré si eso me ayuda a dejar de pensar en hacer cosas locas y estúpidas contigo–*. ¿Quieres jugar?

Más silencio.

–Bueno, lo tomaré como un sí. Juguemos entonces. –Me acomodé en el asiento para girarme un poco hacia la izquierda–. ¿Por qué estoy aquí? Veamos… ¿Para protegerte de una exnovia loca? –Básico, pero estaba bien para empezar–. No me extrañaría que atrajeras locas.

–¿Qué significa eso? –Me miró de reojo y arrugó la frente. Negó con la cabeza y volvió a concentrarse en el camino–. ¿Sabes qué? No quiero saberlo.

–De acuerdo, bien. Supongo que no. No hay ex locas. –Me llevé el dedo índice a la barbilla–. Mmm… Si no necesitas protección, ¿quieres darle celos a alguien?

–No –respondió muy rápido.

–¿Seguro? –Arqueé las cejas–. ¿Ninguna chica de la que te quieras vengar? ¿Enseñarle lo que se ha perdido? ¿Volver a encender esa historia de amor?

–Dije que no tiene que ver con parejas anteriores. –Se le tensionaron los hombros.

–De acuerdo, bien. Ya entendí. Cálmate, Blackford. No te exasperes.

Movió los labios, pero no logré descifrar si fue por ira o por risa.

–No lo sé –continué, me estaba divirtiendo demasiado–. Si no es nada de eso entonces… ¡Ah! Amor no correspondido. Es eso, ¿no? –Junté las manos sobre el pecho–. Tiene que ser alguien que ignora tus ojos de perrito mojado. No, espera, no sé si sabes hacer ojos de perrito mojado. –Incliné la cabeza, se me acababa de ocurrir algo–. Sabes que no puedes hacerte el indiferente con una mujer en la que estás interesado, ¿no? Puede que los ojos de perrito mojado sean demasiado para ti, pero si hay alguien que consigue hacer latir tu corazón de piedra…

–No –me interrumpió–. No se trata de nada de eso. –Respiró profundo, su pecho se elevó y luego se desinfló en una gran exhalación–. No me gustan los juegos, Catalina.

–¿Los juegos en general o este en particular? –Me apoyé las manos sobre el regazo. Hice una pausa, no entendía de dónde había salido su reacción–. ¿O te refieres a los juegos sexuales? ¿Juegos de seducción?

Cuando escuché mis palabras, cerré la boca de golpe. No podía creer lo que acababa de decirle. A Aaron. Aparentemente tampoco él podía creerlo, porque hizo un… sonido, que interpreté como una risa, aunque estaba casi segura de que no era eso. Sonaba más… como si lo estuvieran estrangulando.

–Tú… –Movió la cabeza, consternado–. Por Dios, Catalina. –Con la frente arrugada, abrí la boca para decir algo, pero me ganó de mano–: Si una relación termina, termina. –Su voz sonó al menos una octava más aguda–. Y si alguien me interesa, le dejo claras mis intenciones. Busco la manera de que lo sepa. Tarde o temprano se lo hago saber. –No me miró ni una sola vez. Solo habló con la vista fija en la calle–. No te usaría ni a ti ni a nadie para algo así. Como dijiste en tu apartamento, soy un niño grande.

Un calor me subió por el rostro. Me ruboricé. Seguro que el maquillaje no estaba ayudándome a ocultar los círculos rojos que se apoderaban de mis mejillas. Miré hacia otro lado.

–Ah, de acuerdo. –Luché contra el impulso de tocarme la cara para ver si la tenía caliente–. Entiendo.

No entendía nada. Y para ser honesta, tampoco comprendía por qué sus palabras tenían ese efecto en mí. Ni, todavía más importante, por qué necesitaba mi ayuda si *no le gustaban los juegos* y era *un niño grande*. Pero últimamente me desconcertaba todo lo relacionado con este hombre. Sobre todo, en los momentos en que mi cuerpo decidía dejar de cooperar y se comportaba de ese modo estúpido que hacía que me ardiera la piel. Me quedé mirando las luces de la ciudad, que se achicaban a medida que avanzábamos.

–Dijiste que me contarías todo si aceptaba acompañarte. –Tragué, no quería que mi voz delatara cuánto me importaba–. Si hacíamos… esto el uno por el otro.

–Tienes razón. –Y no agregó nada más por un largo rato en el que no lo miré–. Jugaba al fútbol en la universidad –confesó, y me tomó por sorpresa.

Sujeté cinturón de seguridad para intentar reprimir el *por Dios* que peleaba por salir. De acuerdo, eso no explicaba nada, no era la respuesta que estaba esperando, pero era lo primero que sabía de él que no tuviera nada que ver con el trabajo. En casi dos años. Entonces, si mis oídos no me engañaban, Aaron acababa de abrirse… por primera vez. Porque esto contaba como *abrirse*. Solo un poco, era verdad, pero no dejaba de ser una grieta en su grueso caparazón, y de pronto, deseé tener un martillo para terminar de romperlo.

–¿Fútbol? ¿El de casco y pelota alargada? –Intenté mantener el tono lo menos alterado posible. No era que no supiera nada de deportes, pero era europea; tenía que asegurarme de que estuviéramos hablando del mismo juego.

–Sí, el de la pelota alargada –asintió–. Jugaba en mi ciudad, Seattle, donde fui a la universidad.

–Seattle –repetí, masticando esta nueva información. Más. Quería un poco más–. Eso es al norte de Washington, ¿no? Lo sé por *Crepúsculo*. Se supone que Forks está a unas horas de distancia. –Me arrepentí de mencionar a *Crepúsculo*, pero cualquier recurso me servía y, fuera de los pocos lugares en los que había estado, mi conocimiento de la geografía estadounidense se basaba en libros y películas.

–Ese mismo. –Relajó los hombros, solo un poco. En el lenguaje de Aaron eso significaba que tenía luz verde para seguir preguntando.

–Entonces, ¿lo que vamos a hacer hoy tiene que ver con tu vida de futbolista? –pregunté.

Aaron asintió.

–Todavía me invitan a algunos eventos. Porque jugué, pero sobre todo porque mi familia está involucrada en la NCAA –explicó mientras conducía por una de las avenidas más anchas de Manhattan–. Una vez al año organizan un evento en beneficio de los animales, aquí, en Nueva York, y asisten muchas personas importantes.

–¿Tú eres una de esas personas? –Después iba a tener que buscar en internet qué era la NCAA, pero presentía que había algo que no me estaba diciendo–. Ay, por Dios, Aaron, ¿me estás queriendo decir que vienes de una larga dinastía de nobleza futbolística?

–Catalina. –Frunció el ceño. Fiel a su estilo, esa fue toda la respuesta que conseguí.

–¿Tu familia estará allí?

–No. –Endureció un poco su expresión y confirmó mi sospecha. Supongo que también iba a tener que buscar eso en internet–. El evento de esta noche es para juntar fondos que se destinarán al refugio, rehabilitación y reubicación de los animales rescatados en Nueva York. Asisto siempre que puedo. Me agrada encontrarme con personas que conozco de toda la vida, y también me importa la causa.

Me olvidé de inmediato de lo que me estaba contando sobre su familia. ¿A Aaron le importaba el bienestar de los animales? ¿Le importaba su rescate y reubicación?

En ese momento una bola de calor y confusión me presionó el pecho. La sensación empeoró cuando me lo imaginé sosteniendo con sus brazos musculosos a adorables cachorritos que le importaban y para los que recaudaba fondos. Recostado sobre el césped. En su uniforme de fútbol. Con pantalones ajustados. Los hombros interminables. Algo de tierra en las mejillas. El calor aumentó y se volvió más difícil de ignorar.

–Eso es… genial –dije, intentando borrarme las imágenes de la cabeza–. Es muy admirable de tu parte. –Aaron se giró para mirarme y enarcó una ceja. El innegable rubor en mis mejillas debió haberlo confundido. *¿Por qué no puedo dejar de ruborizarme?*–. ¿Siempre llevas una cita falsa a estos eventos? –lancé sin pensar.

–No. –Apretó los labios en esa línea tan típica de él–. Siempre fui solo. Es la primera vez que voy en pareja.

En pareja. *¿En pareja?*

Alcé las cejas. Una pareja *falsa*, no una real. Estaba por corregirlo, pero habló antes de que pudiera hacerlo:

–Ya casi llegamos.

Me quedé sentada en silencio, intentando procesar todo lo que acababa de escuchar, este nuevo lado de Aaron que había descubierto, la pequeña grieta por la que me había dejado espiar su interior. Y todas esas imágenes mentales tan peligrosas que, por más que me resistiera, iban a acompañarme por mucho tiempo. También tenía que procesarlas.

–Espera –deslicé mientras giraba hacia la derecha–. No me dijiste qué se subastará. Ni por qué me pediste que te acompañara.

Detuvo el vehículo de a poco delante de uno de los muchos rascacielos de Park Avenue. Cuando levanté la vista, vi a un valet que esperaba en la acera para estacionar el auto.

Miré a Aaron con los ojos abiertos como platos. ¿Hay valet? Mierda. Me observó por última vez y juro que percibí algo lobuno y salvaje en sus ojos.

–Yo. –Inclinó la cabeza y me sostuvo la mirada–. Eso es lo que se subasta. –Su voz se correspondió con la mirada. Un escalofrío me recorrió los brazos–. Y por eso pujarás esta noche, Catalina. *Por mí.*

Abrí todavía más los ojos y mi mandíbula casi me tocó los pies. Solo pude pestañear mientras lo miraba abrir la puerta del conductor. Rodeó el auto y yo intenté (sin éxito) recuperar la compostura. Le hizo un gesto al aparcacoches para que no abriera mi puerta.

Aaron lo hizo.

La húmeda brisa de verano me rozó los brazos y las piernas mientras el hombre de ojos azules, del que empezaba a entender que sabía muy poco, me extendía la mano.

–Señorita Martín, si me permite.

Parpadeé, sentía el cuerpo paralizado por… motivos que todavía no podía reconocer ni clasificar.

Una de sus comisuras se curvó en lo que parecía el comienzo de una sonrisa; claramente estaba disfrutando mi desconcierto, lo dispersa que me debía ver. *Dios,* nunca lo había visto tan divertido.

–Para hoy, Catalina.

Ese comentario era tan propio de él, tan del Aaron que conocía, con el que estaba familiarizada y me sentía cómoda (el que era seco y exigente, no el que me llevaba a una gala de caridad para que ofertara por él en una subasta). Solo así estiré la mano sobre la suya. La mía se veía muy pequeña en comparación.

Me ayudó a salir del auto. La larga falda del vestido de gala, que no era tan de gala, cayó en cascada sobre mis piernas. Aaron me soltó la mano demasiado rápido, pero sentí el calor del contacto en mi palma durante un rato. Después abrió y sostuvo la enorme y suntuosa puerta del rascacielos de Park Avenue para que pudiera pasar.

Di un paso hacia delante, intentando controlar ritmo frenético de mi corazón.

Muy bien.

El otro pie siguió al primero.

Entonces, esta noche iba a hacer una falsa oferta por mi falsa cita, que pronto sería mi falso novio si nuestro trato se mantenía en pie después de este evento.

No es para tanto, ¿no?



Capítulo 8

Cuando Aaron dijo “evento de caridad” y luego “subasta”, me imaginé que se haría en una habitación lujosa y recargada, llena de millonarios viejos y estirados. No me pregunten por qué. Nunca me hubiera esperado la impactante terraza en la que nos habían recibido con una copa del más delicioso espumante que probé en mi vida. Y mucho menos a las modernas (y un poco extravagantes) personas de todas las edades y estilos que habían asistido. ¿Quién hubiera dicho que las altas esferas de la Gran Manzana podían ser tan… coloridas?

No llegué a conocerlos a todos. Nos centramos en las personas relacionadas con el mundo del fútbol, lo que no me extrañó teniendo en cuenta la revelación del pasado de Aaron y el vínculo de su familia con el deporte. Se pasó toda la hora presentándome a entrenadores, coordinadores de equipos, un cazatalentos y varias personas influyentes cuyos roles no conocía, pero asentí como si entendiera cada una de sus tareas. Fuera del ámbito deportivo, solo hablé con unos pocos emprendedores cuyas corporaciones, empresas o proyectos también desconocía.

Cada vez que nos cruzábamos con un nuevo grupo de personas, Aaron me presentaba como Catalina Martín, sin ninguna etiqueta antes o después de mi nombre. De algún modo, eso me ayudó a relajarme y a empezar a disfrutar de la noche. Era la primera vez que asistía a un evento como ese, lo mínimo que podía hacer era divertirme.

–Ya lo dije, pero me alegra mucho verte, Aaron. –Angela, una mujer de unos cincuenta años, enfundada en un vestido que debía valer el doble o el triple que el mío, sonrió–. Especialmente con alguien a tu lado.

Sentí calor en las mejillas e intenté distraerme bebiendo un sorbo de mi elegante copa. Llevábamos unos minutos hablando con ella y yo me los había pasado en silencio,

contemplándola con admiración. Su elegancia y su porte me impresionaban. Tenía ojos amables, a diferencia del resto de los invitados. El hecho de que fuera quien había planificado todo el evento era la cereza del postre.

–Entonces, dime, Aaron –Angela sonrió un poco más–, supongo que participarás de la subasta, ¿no? Todavía no he podido mirar la lista final.

–Sí, por supuesto –respondió Aaron, de pie a mi lado.

No habíamos tenido tiempo de discutir qué implicaba "ofertar por él". Cuando terminé de procesarlo, ya estábamos en el elevador, a punto de entrar en la fiesta. Desde entonces nos habíamos movido de un grupo a otro, así que no había tenido oportunidad de interrogarlo.

–Me alegro mucho. –Ángela le dio un sorbo a su bebida–. Para ser honesta, tenía mis dudas. –Inclinó la cabeza hacia delante–. La subasta del año pasado fue… intensa. Divertida, eso sí. –Aaron se movió en su sitio. Lo miré y, por cómo se le tensionaron los hombros, supe que le incomodaba el curso que estaba tomando la conversación. Me picó la curiosidad–. Qué bueno que trajiste a alguien hoy –continuó Angela–. Estoy segura de que eso encenderá las cosas. –Se giró hacia mí–. Catalina, querida, espero que estés preparada para una competencia feroz. –Sentí que Aaron volvía a moverse.

–¿Competencia feroz? –repetí mientras pensaba en las palabras de Aaron y terminaba de entender el verdadero motivo por el que estaba aquí: "por eso pujarás esta noche, Catalina. Por mí".

–Nada de que preocuparse. –Aaron sujetó su copa con un poco más de fuerza.

Lo miré algunos segundos. Eso solo había duplicado mi curiosidad. Y me giré hacia Angela, que sonreía traviesa.

–No me preocupa. –Sonreí también, de un modo bastante parecido al de ella–. Siempre estoy lista para una buena historia.

Escuché el suspiro resignado de Aaron a mi lado. Angela sonrió todavía más.

–Creo que le cederé a Aaron el honor de contártelo. –Después se inclinó hacia mí y susurró–: Seguro que su versión de la historia es más atrapante, en especial la parte que nadie vio. –¿Eh? Antes de que pudiera pedir los detalles que me moría de ganas de escuchar, algo (alguien) llamó la atención de Angela–. Ah, ahí está Michael. Si me disculpan, iré a saludarlo.

–Por supuesto –asintió Aaron. Seguía rígido, aunque debía alegrarse de que Angela se alejara–. Ha sido un placer verte, Angela.

–Sí. –Le dediqué una sonrisa amable–. Encantada conocerte, Angela.

–El placer es mío, Catalina. –Volvió a inclinarse y me saludó con un beso en al aire–. No permitas que se salga con la suya. –Me guiñó un ojo y se fue hacia un grupo de gente.

La terraza estaba amueblada con mesas altas, que parecían sacadas de una revista de decoración, y lámparas de pie hechas de mimbre, que eran la única fuente de iluminación.

Me giré para mirar a Aaron y descubrí que su par de ojos azules ya estaba sobre mí. Traté de detener el rubor que me subía por el cuello y me aclaré la garganta.

–Soy toda oídos, Blackford. –Me llevé la copa a los labios y finalmente terminé el vino espumante que había estado paseando desde que habíamos llegado–. Es hora de que me pongas

en tema.

Aaron meditó sus palabras un momento.

–Como supongo que ya habrás adivinado, la principal atracción de esta noche es una subasta de solteros.

–Una subasta de solteros –repetí por lo bajo–. Supongo que es plan de sábado a la noche muy común para ti. –Aaron bufó. Giré el dedo índice en el aire–. Continúa. Quiero saber más.

–Creo que no hay mucho más para decir. –Balanceó la copa que llevaba en la mano.

–Tendrás que disculparme, Blackford, pero yo creo que sí hay. Además, quiero asegurarme de entender bien el concepto de la principal atracción de la noche. –Me lanzó una mirada y yo reprimí la sonrisa–. Bien. Entonces, en esta subasta… se oferta por un soltero, ¿no?

–Correcto.

–Y asumo que quienes ofertan son mujeres y hombres solteros… –Asintió–. Y pagan una suma de dinero –señalé–. Todo por caridad, desde ya. –Volvió a asentir. Me di unos golpecitos con el dedo en el mentón–. Me pregunto… No, olvídalo. Es una estupidez.

–Ya dilo, Catalina –dijo, cansado.

–Si las personas ofertan (y compran) a estos solteros. –Lo vi entrecerrar los ojos, todo su rostro transmitía exasperación–. ¿Qué pasa después? ¿Para qué lo compran? –De nuevo esos labios apretados. Continué–: Me refiero a que no es como ofertar por un yate o un Porsche. Supongo que no puedes montarte en el soltero. –Bien, eso sonó… mal. Técnicamente uno se puede montar en una persona. Un cierto tipo de montura–. Me he expresado mal –me apresuré a aclarar, su expresión cambió–. No me refería a montar como a un caballo, quise decir que no puedes manejarlo para ir a dar un paseo, que es lo que la gente hace con los autos. Pero no con los hombres, no de ese modo. Al menos, yo nunca me monté a un hombre para que me llevara a dar una vuelta. –Negué con la cabeza. Lo estaba empeorando. Cuanto más hablaba, más empalidecía Aaron–. Sabes a qué me refiero.

–No –respondió y se llevó la copa a los labios–. Casi nunca sé a qué te refieres, Catalina. –Se masajeó la sien–. Quien gana la subasta gana una cita con el soltero en cuestión, y el dinero se dona a la causa. Para eso *compran* al soltero.

Perdón, ¡¿qué?!

–¿Una cita?

–Sí, una cita. –Frunció el ceño.

–¿Una cita cita?

–Una cita cita. Sí. Ya sabes, por lo general son dos personas que acuerdan un encuentro que suele incluir salir a comer y, a veces, otro tipo de actividades. –Me midió con la mirada–. Como montadas y paseos.

Separé los labios. No, mejor dicho, me quedé boquiabierta. ¿Estaba…? ¿Acababa de…?

–Ja, muy gracioso. –Me quemaban las mejillas, pero no tenía tiempo para ocuparme de eso. Porque lo que acaba de decir significaba…–. Entonces, ¿tendremos que…? ya sabes, ¿hacerlo?

–¿Qué cosa exactamente?

–Tener una cita –expliqué, bajando la voz para que nadie pudiera escucharnos–. Ya sé que

haré una oferta falsa, pero ¿tenemos que salir de todos modos? ¿También tendremos una falsa cita? Porque dijiste que estoy aquí para eso, entonces… ya sabes.

A juzgar por su expresión, algo de todo lo que dije le pareció especialmente desagradable. Su garganta se movió despacio, como si acabara de tragar algo amargo.

–No te preocupes. Lo vemos después. Supongo que no es tan importante. –Lo importante ahora era salir del pozo en el que me había metido–. ¿Y te subastan todos los años?

Miró hacia otro lado por un momento y volvió a fijarse en mí.

–Desde que me mudé a Nueva York. Esta es la tercera vez.

–Y… ¿tienes citas con quienes ganan la apuesta? –Bueno, puede que eso no fuera exactamente cambiar el tema, pero una parte de mí quería saberlo. O eso creía.

–Por supuesto. Es parte del trato.

–Y tú nunca faltas a tu palabra. –Recordé lo que había dicho antes.

–Exacto.

Esa confirmación, ese "es parte del trato", se sintió como un puñetazo en el estómago. En mi apartamento, había pensado que era sincero cuando dijo que nunca se arrepentiría de nuestro acuerdo. Y me sentí… sí, un poco escéptica, pero por más extraño que parezca, también me sentí *especial*, para decirlo de alguna manera. Como si estuviera haciéndolo por mí y como si pudiera contar con él. Quizá porque sabía lo importante que era, porque sabía cuánto lo necesitaba. Pero ahora creía que me había equivocado. Así era Aaron. No tenía nada que ver conmigo. Y eso tenía sentido. Había sido una estúpida por pensar de otra manera.

–¿Y qué hacen en esas citas? –pregunté sin pensarlo mucho, para que no pudiera ver ninguna emoción en mi rostro–. ¿A dónde las llevas?

–Nada especial –admitió con un suspiro–. El soltero suele organizar todo y elegir el plan. Las dos veces que participé, armé algo en un refugio de animales de la ciudad. Pasamos un rato ahí, ayudamos un poco, llevamos a pasear a algunos perros.

Eso era… tierno, generoso, amable y, si tenía en cuenta cómo se me había detenido el corazón por un instante, mucho más de lo que hubiera esperado de él.

Bajé la vista y noté que mis dedos de nuevo jugueteaban con el brazalete.

–¿Entonces eso hiciste con la ganadora del año pasado?

–Sí. –Podía sentirlo pidiéndome en silencio que no siguiera por ese camino. Que no preguntara sobre lo que había mencionado antes Angela.

–Ah –dije distraída–. Hablando del año pasado… –tenía que preguntar–, ¿qué fue lo que pasó durante la subasta?

–No mucho. –Me miró resignado, con los hombros tensos.

–Ah, ¿sí? –Fingí sorpresa–. ¿No te trae ningún recuerdo esa feroz competencia a la que Angela dijo que no debía temerle?

Dobló los labios hacia abajo, en una suerte de puchero. Un puchero. En los labios de Aaron.

–¿Ningún recuerdo? –insistí, tratando de acostumbrarme a esa imagen que veía por primera vez–. ¿En serio ninguno?

Aaron Blackford siguió haciendo puchero, lo que me hizo querer sonreír con todas mis

fuerzas. No lo hice. Contuve el impulso.

–Ya, de acuerdo. –Me encogí de hombros–. Supongo que debe ser normal para ti que te acosen postores feroces, Blackford. –bromeé. ¿Cómo podía no hacer un chiste cuando se veía todo… mortificado y lleno de ganas de salir corriendo? Además, él había empezado–. ¿Cómo ocurrió exactamente? ¿Se te arrojaron encima? ¿O fueron más sutiles? ¿Te arrojaron dinero a los pies? ¿Y luego su ropa interior?

Si este hombre tenía la habilidad de ruborizarse, hubiera apostado todo mi dinero a que en cualquier momento se le enrojecerían las mejillas.

–No hay nada de que avergonzarse. Eres un niño grande.

–Sí, ya nos hemos puesto de acuerdo en eso. –Las cejas casi se le salen de la frente. Se acercó un poco–. Puedo defenderme solo.

–No parece. –Mi voz sonó más temblorosa de lo que me hubiera gustado. Entonces dio un paso más y algo me revoloteó en el estómago.

–Por suerte, estás aquí esta noche –dijo inclinándose hacia mí y clavándome los ojos azules. El revoloteo creció, lo que no tenía sentido. Debía estar… ¿qué? ¿Qué era lo que tenía que estar sintiendo?–. Y la puja más alta será tuya y de nadie más.

Se me aceleró el corazón cuando lo miré. Su cercanía me abrumaba, y no en el mal sentido. Aaron no se alejó; por el contrario, siguió hablando. Su voz sonaba cada vez más cerca.

–El dinero correrá por mi cuenta. La donación saldrá de mi bolsillo, no del tuyo, así que no te contengas con la oferta. Lo que importa es que sea la más alta. Arroja dinero a mis pies si es lo que quieres. Solo asegúrate de que seas tú –se detuvo y sentí cómo se me secaba la garganta– quien *me compre*. ¿Entendido?

Sus últimas palabras me resonaron en la cabeza, se mezclaron con el revoloteo de mi estómago e hicieron que se me erizara la piel. Tuve que alejarme para poder procesar lo que acababa de decirme. No creía poder donar más que unos pocos cientos de dólares, así que me tranquilizaba que hubiese planificado esto con su plata y no con la mía. Lo que me llevaba a considerar dos posibilidades: o realmente le importaba la causa, o era tan rico que no le preocupaba cuánto tenía que invertir para ahorrarse una cita. Una *cita* a la que tendríamos que ir cuando todo esto terminara, si seguíamos las reglas. Pero no sería real. Porque esto no era real. Todo era una farsa.

–Bueno, un trato es un trato, Blackford. –Me encogí de hombros de un modo extraño. Intenté alejar el extraño y confuso pensamiento de tener una cita con él. En un refugio de animales. Y verlo jugar con unos perritos adorables. En su uniforme de fútbol, con…

Por el amor de Dios, tengo que acabar con estas imágenes mentales.

Aaron abrió la boca, pero antes de que pudiera decir algo, un hombre se acercó y le apoyó una mano en el hombro. Aaron se giró asustado por el contacto, y se relajó en cuanto vio quién era.

–No creo lo que veo. –Le palmeó la espalda a Aaron con firmeza–. ¿Aaron Blackford nos honra con su presencia esta noche? Debe ser mi día de suerte.

Aaron resopló, corto y por lo bajo, pero igual logré escucharlo.

–Sin duda no es el mío, ahora que te veo –murmuró. Movió la comisura derecha y dibujó el fantasma de una sonrisa torcida.

El hombre (que, por el modo en que reaccionó, era o había sido alguien cercano para Aaron en algún momento) negó con la cabeza.

–Diablos, eso dolió. –Se llevó una mano al pecho mientras se le arrugaba la oscura piel alrededor de los ojos–. ¿Hace cuánto que no veo tu horrorosa cara?

–Menos de lo que me gustaría, si me preguntas. –El rostro de Aaron, que solía permanecer inmutable, se relajó en presencia del hombre misterioso–. ¿Cómo estás, TJ? –Pude percibir la calidez en su voz, la familiaridad.

–Nunca he estado mejor. –TJ (como lo había llamado Aaron) asintió con la cabeza–. Feliz de estar de vuelta, aunque no lo creas. Diablos, jamás creí que podría extrañar la ciudad.

Se me escapó una carcajada de la garganta mientras contemplaba este intercambio que desplegaba frente a mí un Aaron totalmente nuevo y diferente. Uno relajado, lo suficiente como para casi sonreír… y casi… bromear con alguien que parecía ser un viejo amigo.

–Pero... ah, veo que tu solitario trasero tiene compañía esta noche. Hola. –TJ se enderezó y una sonrisa con dientes se apoderó de su rostro. Debía tener la edad de Aaron, años más, años menos. Era casi tan alto como él y tenía los hombros igual de anchos. Sus ojos color café me miraron con un interés que me tomó por sorpresa, aunque estaba segura de que ese interés no era por mí, nop. Más bien parecía reflejar la fascinación de ver a Aaron con alguien a su lado–. ¿No vas a presentarnos, grandote? ¿Dónde quedaron tus modales? –Le dio un codazo en las costillas a Aaron, quien ni se inmutó por el empujón, ya que era una sólida pared de ladrillos. Después de todo, era “grandote”, apodo con el que me aseguraría de molestarlo. Esos labios que había visto hacer pucheros algunos minutos atrás se separaron, pero ya era demasiado tarde–: De acuerdo. Me presentaré con la dama yo mismo –dijo, sin darle oportunidad–. Tyrod James. –Estiró la mano–. Un placer conocerte. –Aaron emitió un sonido parecido al resoplido anterior–. TJ, para los afortunados que pueden considerarme un amigo. –Se le ensanchó la sonrisa. Le estreché la mano y la agité riendo.

–Encantada de conocerte. Soy Catalina Martín, pero, por favor, llámame Lina.

Sentí la calidez de su palma.

–¿Y qué te trae por aquí, Lina? –preguntó inclinando la cabeza, sin soltarme la mano.

–Yo... mmm. –Sonreí, incómoda. No sabía qué decir. Miré a Aaron de reojo.

–TJ y yo éramos compañeros en Seattle –intervino Aaron. Se giró hacia su amigo–. Catalina ha venido conmigo.

TJ me miró y esperó, en silencio, a que profundizara la presentación. De acuerdo, lo de “Catalina ha venido conmigo” era vago y redundante, pero me servía como punto de partida.

–Sí –me aclaré la garganta–, vinimos juntos. Aaron y yo. –Agité una mano entre nosotros–. Él… me pasó a buscar y condujo hasta aquí. En su auto. Juntos. –Asentí con la cabeza. A TJ se le iluminaron los ojos, divertidos, lo que me hizo sentir incómoda y me empujó a querer llenar el silencio–. Si bien tengo licencia, el tráfico en Nueva York es aterrador. Así que jamás me atreví a conducir en la ciudad. *–Innecesario, Lina–*. Pero bueno… menos mal que Aaron me pasó a

buscar. A él no le asusta el tráfico. De hecho, es él quien puede resultar aterrador por momentos. –Solté una risa que murió rápidamente–. No es que a mí me asuste. Si no, no me hubiese subido a su auto. –*Cállate, Lina. Cállate. Ya.* Sentí que los rayos láser de los ojos de Aaron me atravesaban. También los de TJ, aunque de un modo mucho menos hostil y más absorto–. Así que, sí, palabras más, palabras menos, vinimos juntos.

Avergonzada, recordé que merecía esta humillación por la mentira que había originado todo esto.

El amigo de Aaron se rio entre dientes y guardó las manos en los bolsillos de su esmoquin color café. TJ nos miró alternadamente a Aaron y a mí varias veces. Lo que sea que hubiera percibido fue suficiente para que sacudiera la cabeza en un movimiento que solo podía significar que me había metido en un apuro.

–Mmm… –dijo y se encogió de hombros–. Bueno, Aaron puede ser aterrador. –Me guiñó un ojo–. Yo, por mi parte, soy puro encanto.

–Me di cuenta. –Sonreí, contenta de que se hubiera apoderado de la conversación.

–Como ya debes saberlo, habrá una subasta de solteros esta noche, y no solo estoy soltero –alzó ambas manos, con el rostro lleno de malicia. Después miró a Aaron y yo hice lo mismo, lo estaba fulminando con la mirada–, sino que también me inscribí en la subasta. Estoy seguro de que voy a ser caro, pero te prometo que valgo…

–TJ –lo interrumpió Aaron–, no será necesario. –Se acercó a mí, su brazo casi me rozaba los hombros. Esa semilla que había plantado en mi apartamento (la plena conciencia de su cuerpo y el modo en que su cercanía se había vuelto difícil de ignorar) floreció. Levanté la vista para mirarlo y él inclinó la cabeza hacia abajo, con los ojos fijos mí–. Puedes dejar de venderte –le dijo a su amigo sin despegar la mirada de la mía. El fantasma de una mano me tocó la cintura. O eso creí, porque todo parecía ir demasiado rápido como para estar segura–. Catalina va a ofertar por mí esta noche.

Parpadeé, cautivada por los ojos de Aaron y lo cerca que habían sonado sus palabras, casi acariciándome la sien izquierda.

–Te oyes muy seguro –dijo TJ, mis ojos seguían en Aaron– para ser alguien que ha descrito más como su chofer que como su cita.

Aaron apartó la mirada de la mía y la dirigió a su amigo. Hice lo mismo. Algo pasó entre esos hombres y, por un instante, sentí que debía intervenir. TJ inclinó la cabeza hacia atrás y se rio, rompiendo la tensión que se había formado entre nosotros.

–Es una broma, grandote. –Otra carcajada–. Tendrías que haberte visto la cara. Por un segundo creí que me ibas a empujar al suelo o algo así. Sabes que ese no es mi estilo. Nunca buscaría a la chica de un amigo.

–No… –Abrí la boca para corregir a TJ y decirle que no era la chica de Aaron, aunque las condiciones de nuestro acuerdo eran difusas, y no tenía idea de si iba a arrepentirme después. Era su cita falsa y haría una oferta falsa, pero ¿eso quería decir que también era su chica falsa? Diablos, tendríamos que aclarar estas cosas antes de ir a España. El simulacro estaba resultando mucho más difícil de lo que esperaba–. No te iba a empujar al suelo, TJ.

–Veo que hay cosas que nunca cambian –murmuró Aaron. Con un suspiro, relajó la postura y, de alguna manera, se inclinó hacia mí. Me rozó ligeramente el brazo con el pecho y me hizo sentir su calor–. Como lo gracioso que te crees.

–Vamos –intervine–, solo estaba bromeando. –Yo también hubiera hecho algún chiste si no fuera porque sentía un cosquilleo incómodo que solo me permitía concentrarme el punto en el que nuestros cuerpos se rozaban–. Un poco de sana diversión.

–¿Ves? Escucha a tu chica. Solo te estaba molestando. –TJ seguía sonriendo, con el rostro casi iluminado–. Como en los viejos tiempos.

Se me vino una pregunta a la cabeza: ¿por qué TJ lo había llevado hasta el límite? ¿Así eran siempre? Debía ser eso. De la nada y en cuestión de segundos, Aaron se había vuelto territorial.

–Ah, hablando de los viejos tiempos –comenzó a decir TJ y su expresión se tornó sombría–, me enteré de lo del entrenador y lo lamento, amigo. Sé que no se hablan, pero sigue siendo tu…

–No pasa nada –lo interrumpió Aaron. Pude sentir la tensión en su cuerpo. El cambio. Noté su incomodidad y cómo de pronto había subido la guardia–. Te agradezco, pero no hay nada que lamentar.

Alcé la vista hacia él, quien a su vez miraba fijamente a su amigo en señal de advertencia.

–De acuerdo –dijo TJ–, supongo que no hace falta que te lo diga porque lo viviste en carne propia, pero el reloj no se detendrá para que arreglen las cosas. El tiempo no espera a nadie. –Le habló a su amigo con un sentimiento que no logré identificar, pero quería entender de dónde venía, cómo afectaba a Aaron y qué tenía que ver con el hombre al que había llamado "entrenador"–. Convencí a mi papá de que viniera. Lo anoté en la subasta. –De vuelta esa sonrisa maliciosa–. Ya es hora de que salga un poco y vuelva a vivir su vida. Está muy entusiasmado. –Antes de que Aaron o yo pudiéramos responder (Aaron porque todavía estaba perdido en sus pensamientos y yo porque estaba tratando de entender por qué), TJ me habló–: Así que, Lina, si te cansas de esa aburrida cara, ya sabes que habrá no solo uno, sino dos James en el escenario.

–No lo olvidaré. –Le sonreí, intentando relajar la voz–. Aunque creo que este me tendrá bastante ocupada. –Sentí que Aaron me miraba, mis mejillas se encendieron.

¿Qué *acabo de decir?*

–Lo que me recuerda –dijo TJ– que la subasta está por empezar. De hecho, me mandaron a robarte a este feo. Así que, si no te importa, Lina, tenemos que irnos.

–Ah, por supuesto. –Miré a mi alrededor y noté que las personas se habían acercado al escenario, que estaba en una esquina de la terraza. Me recorrió una ola de nerviosismo–. Vayan, chicos. –Se me endureció la sonrisa–. Puedo prescindir de su compañía por un rato. –Bajé la voz–. Ya debes saber que es muy conversador. –Señalé a Aaron–. A mis oídos les hará bien el descanso.

TJ lanzó otra carcajada.

–¿Estás segura de que quieres gastar tu dinero en él, Lina? Te digo que…

–Termínala de una vez, ¿quieres? –Aaron lo fulminó con la mirada.

–Bueno, bueno. Solo decía, amigo. –TJ alzó las manos.

Me reí, pero la risa sonó un poco afligida porque Aaron había achicado la distancia que nos

separaba y ahora tenía el brazo completamente apoyado sobre su pecho, y de pronto no quería que se fuera.

Lo miré. Esos ojos azules me pedían disculpas. Debí haber sonado tan nerviosa como estaba si Aaron se sentía culpable por dejarme sola un rato. Negué con la cabeza, tenía que dejar de ser tan tonta.

–Sí, estoy segura, TJ –respondí a su pregunta mientras miraba a Aaron a la cara–. Ve. Estaré bien sola. –Dudó y no se movió de mi lado. Me sentí mal por haberle hecho creer que tenía que cuidarme–. No seas tonto, *grandote*. Estoy bien, tienes que irte. –Sin pensarlo, le di unos golpecitos en el pecho. Se me congeló la palma ahí, sobre su pecho.

Bajó la mirada hacia mi mano muy despacio. La electricidad me recorrió el brazo y la quité de inmediato. No tenía ni idea de por qué lo había hecho, me había salido de manera natural. Aaron se sentía mal por dejarme sola (probablemente porque lo había mirado como si alguien hubiera golpeado a mi cachorrito) y de inmediato quise consolarlo con contacto físico. Una palmada amistosa. Pero no éramos amigos, no tenía que olvidarme de eso.

Me aclaré la garganta.

–Ve, en serio. –Alcé la copa vacía y sentí que me ruborizaba por enésima vez en la noche–. Llenarla me mantendrá entretenida.

–Puedo quedarme un rato más y explicarte cómo funciona la subasta. –Su voz sonó extrañamente gentil. Me incomodó–. También puedo buscarte otra copa.

De nuevo la necesidad de tocarlo para asegurarle que iba a estar bien, pero me contuve.

–Me las apaño sola –le dije despacio, no podía ser tan complejo.

–¿Y si quiero hacerlo?

–Lo averiguaré. –La necesidad de pelearlo (de intentar devolvernos a la normalidad) me llevó a pararme de puntillas y acercarme a su oído para que pudiera escucharme bien–. Y, si no lo consigo, intentaré no gastar tu dinero en ninguna estupidez como un yate o ropa interior usada de Elvis; aunque no te prometo nada, Blackford.

Me alejé. Esperaba encontrarlo poniendo los ojos en blanco o bufando. Cualquier cosa que indicara que había conseguido lo que me proponía y que habíamos vuelto a la normalidad: a los Aaron y Lina con los que me sentía cómoda. Por el contrario, tenía los ojos azules llenos de… algo que me dejó inquieta y agitada. Lo ocultó con un parpadeo.

–De acuerdo –respondió sin más.

Ninguna respuesta sarcástica. Ningún regaño por haber insinuado que me gastaría su dinero en un yate. Ninguna mirada horrorizada por la mención de la ropa interior de Elvis. Nada más que “de acuerdo”. *De acuerdo, entonces.*

–Bien, vamos. –TJ lo arrastró lejos de mí–. Te veré luego, Lina. –Guiñó un ojo.

–Sí… –balbuceé. Negué con la cabeza e intenté parecer menos confundida de lo que en verdad estaba–. ¡Conquisten a ese público! –los alenté con un puño en el aire.

TJ soltó una carcajada y Aaron siguió mirándome de un modo particular, esperaba que no significara que se estaba arrepintiendo de haberme pedido que lo acompañara.

Dieron media vuelta y se alejaron caminando juntos. La vista era muy tentadora como para

dejar de mirarlos. TJ se acercó a mi falsa pareja para decirle algo que probablemente solo él podía escuchar. Aaron no se detuvo; su única reacción fue negar con la cabeza. Después apartó a TJ con una fuerza que hubiera hecho volar a cualquier persona. Otra carcajada de TJ retumbó en el aire.

Me quedé sonriendo mientras los veía alejarse con grandes zancadas. Pensé que ver a Aaron con estas personas, que pertenecían a una faceta de su vida que desconocía hasta este momento (una que tenía bien guardada, como todo lo demás), era tan extraño como fascinante.



Mi mano se levantó sola y me tomó por sorpresa.

–La chica en el hermoso vestido azul noche ofrece mil quinientos –Angela, que estaba a cargo de conducir la subasta, gritó en el micrófono con una sonrisa bastante escandalizada.

Se me secó la garganta y se me hizo imposible tragar mi atrevimiento. Me sentía un ser humano despreciable por ofertar una ridícula cantidad de dinero por alguien. Un hombre. Un soltero. Que no era Aaron.

El señor por el que acababa de ofertar, que parecía muy dulce, festejó desde el centro del escenario. El alivio invadió su rostro arrugado. Me hizo una reverencia. Por más que me sintiera mal, culpable y aterrada, no pude evitar devolverle la sonrisa.

Deseando que mis ojos se quedaran en su lugar (y no saltaran directo a Aaron, que estaba en la parte izquierda del escenario, esperando a que lo subastaran), intenté sacudirme el merecido sentimiento de culpa que se me había instalado sobre los hombros. Tranquila. Tenía que tranquilizarme. Alguien haría una oferta más alta. El señor solo necesitaba un empujón para entrar en confianza.

Y eso era lo que había hecho. O lo que quise hacer después de los cinco minutos de un silencio incómodo y desolador que siguieron a la presentación del pobre señor. Había reconocido esa sonrisa de inmediato. La había visto en el rostro de TJ.

–Damas y caballeros, mil seiscientos por Patrick James. –La voz de Angela llegó a través de los altavoces.

Ninguna mano se alzó. Ni una. *Diablos*.

Patrick, que tal como lo imaginaba, era el padre de TJ, seguía parado en el escenario con su cabello gris, tiradores y la espalda un poco encorvada por la edad. Quedaba completamente fuera de lugar comparado con los otros hombres que estaban a la venta (o en subasta, como sea). Sonrió, satisfecho con el resultado, con haber tenido una oferta, que había sido la mía. Y eso era muy muy malo. Estaba aquí para ofertar por Aaron. No por un hombre que, según la presentación de Angela, era un viudo que buscaba una segunda oportunidad no solo en el amor, sino en la vida en general.

Estaba dispuesta a tener una cita con él si tenía que hacerlo, pero no podía quedarme sin hacer nada cuando alguien que por alguna razón me recordaba a mi difunto *abuelo*, un hombre que sabía que era el padre de TJ, estaba en el escenario esperando que alguien, quien sea,

ofertara por él. Por Dios, esto era un evento de caridad. ¿No se suponía que veníamos a donar dinero? Eso era lo que había hecho. Solo que técnicamente había usado dinero que no era mío.

Hice una mueca. *No mires a Aaron, Lina. No lo hagas.* El dinero saldría de mi propio bolsillo. Pero la duda ahora era, ¿podía ofertar por dos solteros? *Mierda*. Esperaba que sí.

–Al señor James le gusta cenar a la luz de las velas y cree que cada uno tiene una misión en la vida. –Angela lo siguió vendiendo. Patrick asentía con la cabeza. Nadie levantaba la mano. *Mierda. Mierda. Mierda*. No podía mirar a Aaron. Seguro estaba echando humo. Luego me disculparía. Intentaría… explicárselo–. Es un navegante aficionado, una actividad que practica desde que su nieto le compró un hermoso velero, que espera aprovechar en su cita.

Por el rabillo del ojo detecté al menos a cinco mujeres que preparaban sus ofertas, con ganas de tener una cita en un velero. El alivio fue tan instantáneo que creí que había perdido cinco kilos de golpe.

Entonces busqué a Aaron con la mirada. No me costó encontrarlo. Parecía que mis ojos sabían exactamente dónde estaba. Contuve un segundo la respiración. *Estúpido estúpido esmoquin*. Estaba tan compenetrada con la subasta que verlo tan imponente y seguro sobre ese escenario me tomó con la guardia baja.

La puja por Patrick siguió de fondo en tanto buscaba los ojos de Aaron. Los tenía entrecerrados, probablemente intentando entender qué acababa de pasar. Por fuera de eso, se lo veía… bien. Estoico, neutral. Como estaba siempre. Excepto por el cautivante esmoquin que le calzaba como un guante. Encontré un poco de consuelo en el hecho de que no pareciera completamente furioso. Me encogí de hombros y articulé sin sonido: "Lo siento, ¿sí?".

Cerró los ojos un poco más y negó despacio con la cabeza. "No es cierto", dibujaron sus labios.

Resoplé. "Sí que lo es", respondí. Lo sentía mucho, y él…

"No". Volvió a negar con la cabeza. No me creía.

Ofendida por las palabras que acababa de modular (dos veces), aunque tenía toda la razón en estar enojado, alcé las dos manos, irritada. *Por Dios, este hombre…*

–Mil novecientos para la dama de azul noche. –Escuché decir a Angela.

Espera, ¿qué? No.

Me estremecí, dejé caer las manos a ambos lados y allí las dejé. Miré a Angela para confirmar lo que acababa de hacer, aunque esta vez hubiera sido por accidente. Vi que señalaba en mi dirección. *Mierda*.

Volví a mirar a Aaron, que ponía los ojos en blanco y tenía los labios apretados en esa línea que conocía tan bien. Hice una mueca y le dediqué una sonrisa apretada que esperaba que le diera a entender *cuánto* lo sentía y cuánto deseaba que Patrick tuviera otro velero, porque iba a necesitar que alguien hiciera otra oferta por el viudo.

Angela anunció la próxima suma y nadie respondió.

La culpa regresó con una pizca de vergüenza, lo que me llevó a enfrentar a Aaron con una mirada seria y modular, de nuevo, "lo siento", muy despacio y claro, para asegurarme de que lo entendiera.

Los ojos de Aaron se encontraron con los míos, su rostro no tenía expresión.

“Lo juro”. Formé las palabras en silencio, del modo más exagerado que pude. Después torcí la boca en una mueca triste y dejé quieto el resto del cuerpo, para no ofertar por ningún otro soltero sin querer. “Lo siento”, modulé como una idiota total. Y era verdad. Lo sentía. Aunque también era verdad que era idiota.

Algunas cabezas se giraron y me dispararon miradas incómodas, pero no dejé que me desalentaran y seguí con los labios curvados hacia abajo, diciéndole con los ojos a Aaron que lo sentía. Aunque, si me preguntan, la culpa había sido de él por elegirme a mí entre tanta gente para hacer algo para lo que claramente no estaba preparada.

Debí hacer algo porque, antes de que pudiera entender lo que estaba pasando, a Aaron le temblaron los hombros un par de veces, relajó la postura y se llevó una mano a la parte posterior del cuello mientras bajaba la cabeza. No le podía ver la cara, así que no tenía ni idea de lo que le pasaba. Seguramente estaba a punto de transformarse en Hulk de pura frustración. Justo cuando empezaba a preocuparme de verdad, levantó la cabeza y me dejó ver algo que nunca hubiera imaginado.

La más grande, ancha y hermosa sonrisa que hubiera visto jamás le invadía el rostro y hacía que se le entrecerraran los ojos. Era un hombre que no podía procesar. Que nunca había visto. Que se me hacía muy muy difícil odiar.

A mí también se me iluminó la cara por lo que veía. Sentí la tensión en las mejillas por la sonrisa con la que estaba respondiendo: una igual de grande, ancha e inesperada.

Y después comenzó a reírse. Inclinó la cabeza hacia atrás y sus hombros se agitaron por la risa. Todo esto sobre un escenario, delante de mí y de un montón de personas, como si no tuviera una sola preocupación.

Parecía que yo tampoco la tenía porque, en ese momento, solo me podía concentrar, solo podía pensar y solo me importaba su risa inesperada y gloriosa. Tanto que mis dedos quisieron escabullirse hasta el teléfono para tomarle una foto que me sirviera como prueba de que esto había sucedido: Aaron Blackford, alguien que tenía la capacidad de irritarme con solo una palabra, había iluminado la terraza entera con una sonrisa de la que me había privado todo este tiempo. Deseaba poder revivir ese momento cada vez que quisiera.

¿Qué me pasaba? ¿Qué problema tenía? ¿Tan grave era que ni siquiera me importaba que fuera un problema?

Antes de que pudiera recuperarme de los efectos de algo tan mundano como una sonrisa, pero tan extraño de ver en este hombre al que no podía dejar de mirar, comenzó a caminar hacia el centro del escenario.

–Maravilloso. Estoy segura de que Patrick y su afortunada acreedora, la dama del abanico azul, disfrutarán lo que tiene preparado. –Se escuchó la voz de Angela.

Estaba tan compenetrada con mi cita falsa que no me di cuenta de que otra persona había ofertado por Patrick.

–Y, último, pero no por eso menos importante, tenemos a Aaron Blackford. Damas y caballeros, vamos a empezar en mil quinientos y recuerden… –Abrió bien grandes los ojos y se

rio entre dientes–. Bien, supongo que no tengo que recordarles que por favor oferten por el último soltero de la noche solo si quieren contribuir a la causa. –Entendí a qué se refería cuando miré a mi alrededor: más de diez personas tenían las manos levantadas–. Me gusta verlos tan comprometidos –continuó Angela con una sonrisa traviesa–. Mil quinientos para la dama de rojo.

Recorrí el lugar con la mirada para identificar a quién se refería: estaba en primera fila y debía tener más o menos veinte años más que yo. No por juzgar o ser superficial, pero de solo verla podía imaginar qué tan generosa podía llegar a ser su donación.

Volví a mirar hacia el escenario y me encontré con Aaron. Había borrado la sonrisa. Ahora sus rasgos parecían duros y vacíos. Sentí una decepción punzante que no tuve tiempo de procesar. Tenía una misión, y estaba fracasando. Por segunda vez. Respiré profundamente para darme fuerzas. No podía permitir que me distrajera algo tan maravilloso pero insignificante como la habilidad de Aaron para reír o sonreír.

–¿Mil setecientos? –anunció Angela e hice un gesto con la mano para ofertar. Demasiado tarde–. Para la dama de rojo.

La Dama de Rojo (y otras cinco o seis manos) me había ganado… de nuevo.

Miré de reojo a Aaron. Lo tensos que tenía los hombros me indicaba que estaba tan infeliz como yo. Me enderecé, decidida a concentrarme solo en Angela y en sus próximas palabras.

–Maravilloso –dijo al micrófono–. Subamos un poco, damas y caballeros. Parece que el señor Blackford está muy solicitado. ¿Qué les parece mil novecie…?

Disparé la mano al aire, sin quitarle la mirada a la Dama de Rojo, quien había sido más veloz que yo. De nuevo.

Angela se rio y la señaló, reconociendo su oferta. Para mi sorpresa, la Dama de Rojo se dio la vuelta y me miró con un gesto presumido.

Entrecerré los ojos. Ay, diablos. Esto no tenía nada que ver con la caridad. Se había vuelto personal.

Angela anunció la siguiente suma y alcé la mano con una velocidad impresionante, tanto que casi me desgarro un músculo, pero lo que escuché a continuación hizo que valiera la pena:

–Para la bella dama de azul noche. –Me sonrió desde el atril.

Le devolví el gesto y un extraño fuego me quemó la boca del estómago, similar al de los hombros.

Anunció la siguiente oferta y también fue mía.

¡Ja! Toma eso, Dama de Rojo.

Giró la cabeza como si pudiera escuchar mis pensamientos. Entrecerró los ojos y frunció los labios. Se agitó el pelo rubio, con aires de grandeza.

En ese momento supe que estaba en lo cierto: era algo personal. Esta señora estaba al acecho. Y yo no iba a permitir que me robara a mi Aaron…

No, no a “mi”, me corregí. *A Aaron*. No dejaría que se robara a Aaron.

Antes de que Ángela anunciara la siguiente oferta, ya era mía. La Dama de Rojo me miró de un modo que podría haber congelado el sol en un día de verano en Nueva York, y me sentí

tentada de sacarle la lengua, pero cuando recordé los mil motivos por lo que eso sería inapropiado, me limité a sonreír.

Seguí luchando contra la Dama de Rojo unas cinco o seis rondas, cada una un poco más enérgica que la anterior: nuestros brazos se movían más rápido, las miradas que intercambiábamos eran más gélidas. Estaba agitada y sentía la piel de la cara como si hubiera corrido por el Central Park detrás del camión de los helados. Pero había valido la pena, porque Aaron seguía siendo mío. *No mío, sino… como sea.*

Estaba tan compenetrada en la batalla que me había olvidado de él. Casi no lo miré desde que había empezado a correr sangre con las ofertas. Justo cuando estaba por prestarle atención de nuevo, levanté la mano una vez más (tan alto como la ridícula cantidad de dinero que habíamos alcanzado). Esta vez, lo hice yo sola.

–A la una se va con la dama de azul noche –gritó Angela, señalándome.

El corazón me latió más fuerte. Vi a un hombre de pelo gris junto a la Dama de Rojo, tenía los labios apretados y estaba de brazos cruzados.

–A las dos –continuó Angela y el hombre le susurró algo al oído a la Dama de Rojo, que suspiró y asintió reacia.

Vamos, vamos, vamos. Aaron ya casi es mío.

–Vendido a la adorable y muy apasionada dama de azul noche. –Angela cerró la subasta con un guiño.

Sentí que un grito de alegría me trepaba por la garganta y me giré hacia Aaron. Quería hacer un bailecito de triunfo y agitar las manos en el aire. También sentí la necesidad de gritar groserías. Por suerte, me di cuenta a tiempo de que era una estupidez de la que me arrepentiría. Pero, cuando finalmente lo miré, esa efusividad tan grande se esfumó: ni siquiera sonreía, solo… me miraba.

Me decepcionó no haber encontrado esa sonrisa que había visto antes. Me pregunté si así iba a ser de ahora en más: yo buscando la sonrisa de Aaron y él negándomela.

Me tragué el sentimiento e intenté quitarme esos estúpidos pensamientos de la cabeza. Así que, curvé los labios e hice un pequeño festejo. Él solo asintió, se veía como si estuviera dándole vueltas a algo. Algo que lo preocupaba.

Fruncí el ceño. Lo miré bajarse del escenario y caminar hacia mí. No percibió cómo me hacía sentir que no estuviera celebrando conmigo, pero traté de ignorarlo y me concentré en mantener un gesto que esperaba que se viera como algo parecido a una sonrisa.

El hombre de ojos azules que acababa de *comprar* para una cita que nunca sucedería se detuvo delante de mí. Bajó la cabeza y la barbilla casi le tocó la clavícula. Esperé, pero no dijo nada. Pensé en decir algo, y no se me ocurrió qué, así que seguimos en silencio.

Esta novedad con la que me había familiarizado demasiado rápido como para sentirme bien y cómoda hizo que se me erizaran los pelos de los brazos. Entonces entendí lo raro e impactante que era en muchos aspectos que nos encontráramos en esta situación. A decir verdad, toda la noche parecía irreal.

Tragué y me moví incómoda por el peso de su mirada. Otra vez fui incapaz de soportar el

silencio que se había instalado entre nosotros:

–Espero que vengas con velero, Blackford –dije finalmente, con la voz débil–. Si no, me arrepentiré de no haberme quedado con Patrick.

Aaron no se inmutó. Me miró a los ojos y por un momento vi algo de calidez en ellos y unas pequeñas arrugas a los costados por la sonrisa que, ahora sabía, se rehusaba a regalarme. Algo se movió en mi pecho. Algo sutil y pequeño, que casi no percibí, pero no ayudó a que mi respiración (todavía alterada por la subasta) volviera a la normalidad.

Se acercó un poco.

–A veces estoy convencido de que disfrutas de hacerme sufrir. –Su voz, normalmente grave, sonó como un susurro y eso les dio un tono reflexivo a sus palabras.

–Ah. –Fruncí el ceño. Abrí la boca, pero me costó seguir–. De acuerdo, tienes derecho a estar molesto, aunque para ser justos, estamos a mano, porque deberías haberme advertido que iba a ser tan intenso. –Me reí incómoda–. De haberlo sabido, hubiese sumado una estrella ninja al atuendo. Me hubiese venido bien con la Dama de Rojo.

Aaron, quieto y taciturno, me miró desde su altura de un modo que volvió a inquietarme. El silencio entre nosotros me hizo notar que se había dispersado la multitud agrupada delante del escenario. Desde la otra punta de la terraza, nos llegó un murmullo y una melodía dulce. En ese momento rompió el silencio:

–Baila conmigo.



Capítulo 9

Estiró la mano en el pequeño espacio que nos separaba. Boquiabierta, dudé por un momento. No estaba segura de si tenía un motivo para desconfiar de su invitación o si ese era el modo en el que yo siempre reaccionaba con él.

–¿Es parte del trato? –pregunté y frunció el ceño–. Que bailemos. Me refiero a que es todo parte del espectáculo, ¿no? –expliqué.

No estaba ciega (ni era estúpida) y estaba bastante segura de que bailar no era algo que necesitáramos hacer. Pero una parte de mí seguía confundida, y la confusión crecía a cada segundo. Entonces, por decirlo de algún modo, me estaba aferrando a un chaleco salvavidas hasta aclarar el lío que tenía en la cabeza.

–Claro –respondió, con el ceño relajado. Su mano seguía esperando mi respuesta–. Parte del espectáculo.

Acepté la invitación y permití que su enorme mano sostuviera la mía, aunque no estaba muy segura de que fuera una buena idea. Amablemente, me condujo detrás de él; me temblaron las piernas con una extraña mezcla de entusiasmo e incertidumbre. Su mano, cálida y firme, me hacía sentir bien, pero me provocaba un cosquilleo que hundía el salvavidas del que intentaba aferrarme con uñas y dientes.

Seguía sin estar segura de que esto fuera una buena idea en tanto me guiaba con delicadeza hasta el lugar en el que un pequeño grupo de personas estaba bailando. Recién cuando se detuvo, se giró y se acercó (mucho) comprendí que era mala. Tan mala que evalué la posibilidad de salir corriendo o fingir un desmayo para no tener que enfrentar lo que estaba por suceder.

Bailar.

Juntos.

Aaron Blackford (el hombre con el que llevaba tanto tiempo de enemistad) y yo.

Ay, dulce niño Jesús.

Me rodeó la cintura con los brazos. Sentí que, desde sus manos, apoyadas sobre mi espalda, salió un impulso eléctrico que me recorrió todo el cuerpo. Se me cortó la respiración y el estómago me dio un vuelco.

Tragué con fuerza e incliné la cabeza hacia atrás. Creí haber visto en él una mirada desafiante pero cautelosa. Todo al mismo tiempo. Y eso me produjo una chispa de expectación.

Le apoyé las manos en el pecho, que sentí firme y tonificado bajo mis dedos, pero a diferencia de lo que había pasado más temprano cuando accidentalmente lo toqué, esta vez no las aparté y dejé que se relajaran ahí. Entonces me atrajo hacia él. Enseguida acomodé mi pequeño cuerpo en el suyo, mucho más grande.

Un momento después, comenzamos a movernos. Del pecho hacia abajo, casi todas las partes de nuestros cuerpos se tocaban. Aaron se movía seguro y lideraba, mientras que yo estaba rígida y descoordinada.

Exhalé por la nariz e intenté relajar las extremidades, concentrarme en la dinámica del baile y aplacar la alarma roja y caliente que se había disparado dentro de mí y no me permitía pensar en otra cosa.

Bailando. Estábamos bailando. Nos movíamos al mismo ritmo. Y eso era algo que no se suponía que hiciéramos. *Aaron y Lina, quienes apenas se soportan,* no deberían estar en una situación así porque era una actividad para personas que se caían bien.

Aaron me hizo dar una vuelta con un movimiento preciso y volvió a apretarme contra él, lo que hizo que se me acelerara el corazón de un modo inapropiado.

La música era lenta, perfecta para balancearse y olvidarse de todo lo que no fuera ese ritmo tranquilo. Ideal para perderse en la paz que generaba estar en los brazos de otra persona. Pero cuanto más nos balanceábamos, más lejos estaba de sentir algo parecido a la paz porque el Aaron que tenía delante era tan… grande y firme y cálido.

Es probable que ese haya sido el motivo por el que me tropecé. Antes de que pudiera entender lo que estaba pasando, mis pies perdieron el paso, se enredaron y, de no ser porque me sostuvo con uno de sus fuertes brazos y volvió a enderezarme, probablemente hubiese terminado en el suelo.

–Gracias –murmuré, con el rostro más caliente y el cuerpo más rígido–. Y perdón.

Dios. Nunca me había ruborizado tanto en una sola noche. No me reconocía.

Aaron me apretó un poco más entre sus brazos:

–Solo por precaución –dijo, y me acercó todavía más a él.

Cada uno de mis nervios se había convertido en un cable pelado. Tenía la piel erizada, el corazón fuera control y la cabeza me daba vueltas.

–Ah. De acuerdo. –La voz me salió estrangulada–. Gracias. –Sentí aún más calor en la cara.

Aaron asintió mientras me rozaba suavemente la espalda con el pulgar y dibujaba un círculo que me dejó la piel de gallina a su paso. Piel de gallina que se extendió hasta cada rincón y cada esquina de mi cuerpo.

Por mucho que intenté convencerme de que solo era una reacción física normal al estar junto a un cuerpo masculino, en los brazos de un hombre, la cuestión era que se trataba del cuerpo y los brazos de Aaron. Entonces, o llevaba demasiado tiempo sola o me estaba volviendo loca. Porque esto se sentía… bien. Muy bien.

Demasiado.

Con esos ojos azules que tenía me miró los labios. Lo hizo tan rápido que me convencí de que lo había imaginado. De todos modos, no importaba porque acercó el rostro más que nunca. Su cercanía me hizo olvidarme de todo y me permitió descubrir detalles que nunca había visto. Como lo gruesos que tenía los labios, que tantas veces había visto apretados en una línea. O lo largas y oscuras que tenía las pestañas, y lo bien que le enmarcaban los ojos. O las suaves líneas de expresión que le adornaban la frente, justo por encima del entrecejo, tanto más amable cuando no estaba fruncido.

Estaba tan perdida en su rostro que casi vuelvo a tropezarme, pero me rodeó la cintura con un poco más de seguridad y me preguntó al oído:

–¿No deberías ser buena en esto, Catalina? –El aire que salió de su boca me rozó la sien.

Me concentré en mis pies para no prestarle demasiada atención a lo cerca que estaba de sus labios.

–¿A qué te refieres? –respondí ausente.

Nos hizo girar de nuevo con un movimiento tranquilo y preciso.

–Creí que llevabas el ritmo en la sangre –explicó en voz baja, no alejó ni un poco la cabeza–. ¿O era la música en las venas?

–No es mi estilo –mentí. Esperaba no tener las mejillas rojas por la vergüenza. Nunca había bailado así de mal, pero nada tenía que ver con la música, era todo culpa del hombre que me hacía ruborizar–. O quizá la pareja es el problema.

Aaron se rio, corto y por lo bajo, pero me recordó al modo en el que se había reído antes, lo que me detuvo la respiración. Entonces inspiré profundo para recuperarla. Enseguida me arrepentí. Fue una pésima idea. *La peor de las ideas*. Solo había conseguido llenarme los pulmones con su muy embriagador y muy muy masculino perfume. *Universo, ¿podría desolerlo, por favor? Te lo suplico.*

–¿Estás admitiendo que no eres buena en algo? –preguntó, sacándome de mis pensamientos–. ¿Me lo admitiste a mí?

–Nunca me he jactado de ser una bailarina maravillosa. –No cuando mi pareja se esmera en distraerme tanto–. Además, todo eso del ritmo en la sangre es un estereotipo. La mayoría de los españoles no podrían coordinar tres pasos a ritmo ni porque su vida dependiera de ello.

–Apuesto a que sí. Entonces seguiré guiándote. –Su voz era grave y sonó un poco más cerca de mi oído que antes–. Por si te queda alguna duda, perteneces a esa mayoría.

–Por supuesto –murmuré, ¿qué sentido tenía negar algo tan obvio?–. No sabía que bailabas.

Justo cuando pensé que era físicamente imposible que su cuerpo estuviera más cerca del mío, que se inclinara más sobre mí acercó todavía más la cabeza. Una maniobra imposible que me dejó sus labios justo sobre la oreja.

–Hay muchas cosas que no sabes de mí, Catalina.

En respuesta, mi cuerpo se tensó aún más. El estómago se me llenó de mariposas. Me esforcé por recordar que estaba allí para fingir que tenía una cita con él… o algo por el estilo. Había hecho el numerito de pelear con la mujer de la subasta, así que, falsa o no, el resto de los invitados esperaba esta cercanía y no que saliera corriendo espantada.

Entonces, le apoyé las manos en el pecho con más determinación. Por desgracia, eso solo convirtió el revoloteo de mi estómago en un alboroto descontrolado.

–¿En qué estás pensando? –me preguntó con genuina curiosidad.

–Dijiste que esto no tenía nada que ver con una mujer –balbuceé lo primero que se me vino a la cabeza y deslicé la mano por su pecho; la pregunta y el interés me habían tomado con la guardia baja–. Pero me pareció todo lo contrario.

–Nunca había visto a la señora Archibald tan irritada –confesó.

Volví a acomodar la mano sobre su pecho, intentando no distraerme con la calidez de su piel, incluso con varias capas de tela encima.

–¿La conoces? –Asintió una vez con la cabeza, su mandíbula me acariciaba la sien–. Déjame adivinar. Esta no es la primera vez que desata una riña solidaria por ti.

–No.

–Aaron Blackford, encantador de fieras. –Me reí relajada, pero el sonido sonó un poco tembloroso. Un suspiro suave me golpeó la oreja y me provocó una ola de escalofríos.

–La señora Archibald no era la única compradora descontrolada, si mal no recuerdo.

–Presumido –murmuré. Pero tenía razón. Había muchas más personas (más jóvenes, más atractivas) que también estaban interesadas.

–¿Por eso me pediste que viniera? –No respondió de inmediato, así que continué–: Supongo que ahora todo tiene sentido. Lo que antes Angela dijo y luego TJ confirmó.

–¿Qué cosa?

–Que Aaron Blackford le teme a un puñado de señoras ricas y sobreexcitadas que quieren comprar su compañía.

–¿Te estás burlando de mí? –me dijo justo al oído. Movió la mano por mi espalda y cambiamos de ritmo con la nueva canción que acababa de empezar.

Sí, me estaba burlando, pero jamás lo admitiría en voz alta. Me relajé en sus brazos solo un poco.

–¿Te pasa muy seguido?

–¿Qué exactamente, Catalina? –preguntó muy bajito–. ¿Que casi me cambien por el dueño de un velero o tener una compañera de baile con dudosas habilidades?

–Ninguna de las dos. –Sintiendo cómo se me formaba una sonrisa, continué–: Que las mujeres se te tiren encima. Vi lo tenso que estabas en el escenario. Parecías listo para saltar y salir corriendo. –Me quedé recordando eso un segundo. El hecho de que me hubiera traído aquí… ahora tenía sentido–. ¿Te incomoda ese tipo de atención?

–No siempre. –Su mandíbula me acarició la mejilla. Ese simple y suave contacto me provocó una electricidad que me bajó por el cuello–. No me asusta que una mujer se interese en mí, si a

eso te refieres. No las alejo a todas.

–Ah, ya. –Suspiré, insegura.

Claro que no las alejaba a todas. Sabía que tenía *necesidades*. Pero me negaba a pensar en eso mientras sus brazos siguieran en mi cintura.

Bajó la mano derecha unos centímetros por mi espalda. La piel del rostro (no, la de todo mi maldito cuerpo) se me estaba prendiendo fuego. Volvió a asegurar el agarre.

–Gracias –dijo soplando una suave brisa en mi pelo.

–¿Por qué? –pregunté casi susurrando.

–Por no pisarme. –Abrí la boca para disculparme, pero continuó–: También por no rendirte con la señora Archibald. El año pasado las cosas se pusieron… un poco incómodas cuando descubrió que nuestra cita consistía en limpiar caniles y pasear perros durante un par de horas. –Sentí un suspiro contra la piel del cuello–. Aunque veo que eso no la hizo desistir este año.

Algo parecido al instinto protector me oprimió el pecho. Negué con la cabeza despacio, intentando entender qué me estaba ocurriendo.

Todos estos giros y este baile me estaban mareando, claramente.

–Bueno, lo siento por tu cuenta bancaria, considerando la suma que alcanzó la subasta, pero me alegró mucho ver la cara de fastidio que puso cuando le gané –confesé, sorprendida que me hubiese importado tanto–. También lo lamento por los perritos que tuvieron que soportarla el año pasado. ¿Qué clase de hipócrita dona para una fundación que se ocupa de refugiar animales y odia a los perros? Esos pobres cachorritos… Los adoptaría a todos si no viviera en un monoambiente diminuto. Diablos, encantada me ofrecería como voluntaria para pasar un rato con ellos cualquier día de estos.

–Puedes venir conmigo, si es lo que quieres. –Sus palabras quedaron flotando en el aire. Una parte de mí quería decir que sí. Sí a la oportunidad de conocer una nueva faceta de él. Quizá conseguir otra sonrisa–. Al fin y al cabo, acabas de comprar una cita.

–Con tu dinero.

–No importa –contraatacó–. Es parte del trato.

Esa punzada de dolor sin precedentes me recordó lo que era esto: “Parte del trato”. Así era Aaron, un hombre que cumplía su palabra.

Levantó la cabeza y me dejó mirarlo a la cara. Me analizaba.

–Yo… –vacilé. Me sentía estúpida por haber creído, aunque fuera por un instante, que me lo estaba ofreciendo porque de verdad quería ir conmigo–. Solo…

Mierda.

Todo lo que había pasado esta noche me daba vueltas en la cabeza. Aaron con esmoquin. Todas estas… nuevas y diferentes sensaciones que me provocaba su cercanía. La subasta. Su sonrisa. Su risa. Bailar. Mi cuerpo contra el suyo, muy juntos. Todo eso y el hecho de que nos iríamos a España en solo unas semanas.

Todo enredado en nudos que me hacían perder la cordura.

Aaron seguía mirándome con una extraña emoción detrás de los ojos azules. Probablemente esperaba que dijera algo que no fuera un balbuceo.

–Eso… –Negué con la cabeza–. No quisiera traerte problemas –dije finalmente–. Supongo que alguien verificará que se cumpla con las condiciones de la subasta, ¿no? –No sabía si había condiciones, y mucho menos si alguien iba a verificar algo–. Lo último que quiero es estropear todo lo que la fundación ha logrado esta noche –continué. Su expresión no cambiaba–. Nadie tiene por qué saber que la cita es falsa, ¿o no?

–No, nadie tiene por qué saberlo. –Siguió mirándome de ese modo analítico que no comprendía.

–Ni que somos amigos, ¿no? –Eso no sonó bien. ¿Éramos amigos?

–¿Eso es lo que quieres que seamos, Catalina? –respondió con calma–. ¿Amigos?

–Sí –respondí. ¿Eso quería? Nunca lo habíamos sido y yo no tenía la culpa. Yo no tenía nada que ver–. No –me corregí cuando recordé el gran obstáculo que había entre nosotros desde el comienzo. El que *él* había puesto. Yo le caía mal a él, no al revés. No era justo que me hiciera esa pregunta ahora–. No lo sé, Aaron. –Me sudaban las manos y tenía la garganta seca. Estaba… confundida–. ¿Qué clase de pregunta es esa?

–¿Sí o no? –insistió, reflexionando sobre mis palabras.

Abrí y cerré la boca. En algún momento habíamos dejado de bailar y dejé caer la mano que tenía sobre su pecho. Siguió el movimiento con la mirada. Algo quedó atrapado detrás de la máscara indescifrable que era su expresión.

–Olvídalo –dijo y dejó caer los brazos, que me rodeaban la cintura–. Fue una mala idea.

Me hizo estremecer, pero no entendí por qué había dicho eso o a qué se refería.

Nos quedamos parados uno frente al otro, sin movernos. Por muy distante y desdeñoso que hubiera sido en el pasado, nunca lo había visto tan… lejos, como si mis palabras lo hubieran herido.

La necesidad de acercarme y apoyarle la mano en el pecho volvió a aflorar. Y por mucho que me esforzara, no podía comprender por qué. Una pequeña voz en la cabeza (que asumía que debía ser el sentido común) me decía que debería estar feliz de que estuviéramos volviendo al camino que nunca deberíamos haber abandonado.

Últimamente me costaba mucho entrar en razón. Entonces, levanté el brazo, porque así era yo, incapaz de consolar a quienes me rodeaban sin abrazos o caricias o lo que fuera que necesitaban. Pero Aaron se alejó de mí. Y de verdad me dolió, me enojé conmigo por haber sido tan estúpida.

–¿Ves? –dije por lo bajo–. Por esto no sé si podremos ser amigos. Por esto nunca lo hemos sido.

Lo de esa noche solo había sido pura casualidad. Las cosas siempre se salían de control entre nosotros.

–Tienes razón. –Su voz no podía ser más inexpresiva–. Jamás pensé en ser tu amigo.

Nuestras palabras se sintieron como si estuviera parada bajo un granizo implacable. Como si estuviéramos los dos, uno frente al otro, y el granizo agujereara la pequeña burbuja en la que habíamos pasado las últimas horas. En la que habíamos estado cuando bailamos. Justo antes de que la tregua tácita que habíamos acordado nos explotara en la cara.

Como debería haberme imaginado.

Pestañeé sin saber qué decir.

–Si me disculpas –dijo–, volveré en unos minutos y te llevaré a tu casa.

Se dio media vuelta y me dejó donde estaba. Atornillada al suelo.

No confiaba en mis piernas ahora que sus brazos no me sostenían. El corazón me latía desaforado. El frío se me filtró en la sangre por su repentina ausencia y empecé a cuestionarme todo lo que había pasado esa noche, por más que intentara convencerme de que no había significado nada.

Nada de nada.

Nunca habíamos sido amigos.

Habíamos vuelto a ser los mismos Aaron y Lina de siempre, y no quería que eso cambiara.



Capítulo 10

Cuando entré a las oficinas de InTech el lunes siguiente, me sentía como si hubiera desayunado una bola de plomo con café. La sensación crecía con cada paso que daba, como si la bola se expandiera y ocupara cada vez más lugar en mi interior.

No me había sentido tan… *intranquila* desde esa horrible llamada hacía algunas semanas, cuando me enteré del compromiso de Daniel. La llamada que dio origen a la farsa.

Pero esto era diferente, ¿no?

La pesadez en la boca del estómago no tenía nada que ver con la mentira que había escupido en un rapto de desesperación y estupidez.

Aunque quizá sí.

Pero sin duda esto que sentía tenía que ver con cómo habían quedado las cosas con Aaron el sábado. Por mucho que me resistiera a admitirlo, tenía que hacerlo. Y por mucho que me resistiera a desperdiciar un solo segundo preocupándome por eso, de todos modos lo hacía.

Era ridículo porque ¿por qué permitiría que el sábado pasado (o él) me diera vueltas en la cabeza? No había motivos. Por lo menos no lógicos. No éramos amigos. No nos debíamos nada. Y lo que sea que dijera… (o hiciera, o cómo se viera, u oliera, o sonriera, o cómo me sostuviera entre sus brazos mientras bailábamos, o lo que sea que me hubiera susurrado al maldito oído) debería resbalarme.

Sin embargo, parecía que mi mente tenía otros planes.

“Jamás pensé en ser tu amigo”, había dicho. No podía ser más claro.

Por mí, todo bien. De todos modos, yo tampoco estaba buscando una amistad. Excepto quizá durante sus primeros días en InTech.

Pero ese tren ya había pasado. Estaba en mi lista negra por un motivo, y ahí tendría que haberse quedado: en la lista negra.

El único pequeñísimo problema era que lo necesitaba. Y… *Dios*. Me ocuparía de eso más tarde. Intenté olvidar el drama con Aaron y destruir esa semilla de intranquilidad para que no creciera y se convirtiera en otra cosa.

Acomodé el bolso en la silla, tomé mi agenda y me dirigí a la sala en la que una vez al mes hacíamos el Desayuno de Novedades al que asistía Jeff, nuestro jefe, y los cinco equipos que coordinaba. Y no, no desayunábamos y mirábamos las noticias. Por desgracia. Solo era una reunión que teníamos en la que se servía café feo y algo que no tenía derecho llamarse galletas mientras Jeff nos transmitía los últimos anuncios y novedades.

Fui una de las primeras en llegar. Ocupé mi lugar habitual y, con la agenda abierta, me puse a repasar algunas tareas que había dejado para esta semana. Poco a poco, la sala se fue llenando.

Sentí una caricia suave en el brazo y un ligero perfume a duraznos. Sabía a quién iba a encontrarme cuando me diera vuelta, y seguro estaría sonriendo.

–Ey, ¿quieres almorzar en Jim’s o en Greenie’s? –preguntó Rosie en voz baja.

–Vendería mi alma por un *bagel* de Jim’s, pero no debería. –Hoy definitivamente no era día de ensalada. Aunque mi humor se iba a desplomar todavía más, la boda estaba cada vez más cerca–. Así que Greenie’s.

–¿Segura? –Rosie miró las galletas servidas sobre la mesa angosta junto a la entrada de la sala–. Dios, se ven peores que nunca.

Me reí y, antes de que pudiera responder, me rugió el estómago.

–Me arrepiento de no haber desayunado –murmuré y le hice una mueca a mi amiga.

–Lina –frunció el ceño, su voz parecía un poco alarmada–, no eres así, cariño. La dieta que estás haciendo es una estupidez.

–No es una dieta. –Puse los ojos en blanco, ignorando la voz en mi cabeza que estaba de acuerdo con ella–. Solo me estoy cuidando.

–Iremos a Jim’s –me ordenó, dándome a entender con la mirada que no me creía.

–Mira, con el fin de semana que he tenido, iría encantada y arrasaría con todo, pero tendré que rechazar tu invitación.

–¿Qué hiciste? –Me analizó y debió haber detectado algo, porque alzó una ceja.

Apoyé la espalda en el respaldo de la silla y bufé.

–No hice… –Me detuve. Había hecho bastante–. Después te cuento, ¿sí?

–En Jim’s. –Asintió con la cabeza una vez, preocupada. Me pasó por al lado para sentarse en la silla junto a Héctor, su líder de equipo.

Cuando mis ojos se encontraron con los del viejo, lo saludé con la mano y le sonreí. Me respondió con un guiño.

Y después (tomándome con la guardia baja, cosa que no tendría que haber pasado), se encendió el radar interno que me alertaba de la presencia de Aaron.

Se me aceleró el corazón y lo aceché con la mirada.

No es tan guapo. Solo es alto, me dije.

Algo me golpeó la caja torácica.

Era el esmoquin, porque definitivamente mi cuerpo no está reaccionando igual a esa camisa ni a los pantalones ajustados, pensé mientras lo observaba dar largos pasos hasta la silla que sabía que iba a elegir, un par de filas más adelante y hacia mi izquierda.

Sí, su rostro no es para escribir poemas, me convencí mientras estudiaba su perfil, recto y masculino, desde la mandíbula hasta la línea de cabello tupido que limitaba con su frente.

¿Ven? Lo tenía bajo control. Mi cuerpo había vuelto a la normalidad. No necesitaba el consuelo de un *bagel* con salmón y queso crema.

Pero entonces Aaron se dio la vuelta. Recorrió la sala con la mirada y me encontró observándolo de un modo que debía ser bastante intenso para alguien que había jurado no prestarle atención hacía solo un par de minutos.

Sentí cómo se me ruborizaban las mejillas con un rojo profundo. Hubiese apostado a que mi rostro parecía en llamas.

Y, sin embargo, no fui la primera en apartar la vista. Fue él. Bajó la mirada y se concentró en otra cosa. Una cosa que no era yo.

Y me hizo sentir mal. Que me rechazara tan rápido me molestaba más que nunca.

–Buenos días a todos. –La voz de Jeff me quitó de mis pensamientos antes de que pudiera darle muchas más vueltas al asunto. El murmullo que había en la habitación se detuvo de pronto–. Este Desayuno de Novedades será relativamente corto. Tengo que asistir a una reunión de la que me he enterado hace solo treinta minutos, así que no se acomoden tanto, y ataquen las galletas cuando deseen –dijo entre risas.

Nadie se movió. Por supuesto.

–Como ya saben, estamos atravesando un momento de cambios importantes en la estructura de InTech. Entre otras cosas, reorganizaremos las responsabilidades. Todo repercutirá en la estructura de la compañía a la que estamos acostumbrados. Pero no hay de que para preocuparse. La mayoría de los cambios se incorporarán poco a poco durante los próximos meses.

La pantalla, colgada en una de las paredes de la sala de reuniones, mostró un organigrama con las cinco divisiones. El nombre de nuestro jefe (Jeff Foster) se encontraba bien destacado arriba y, justo debajo, el de los cinco líderes (Aaron Blackford, Gerald Simmons, Héctor Díaz, Kabir Pokrehl, y yo, Catalina Martín).

Se rumoreaba (típicos comentarios de pasillo) que iba a pasar algo grande en la empresa. Algo que sacudiría las cosas. Pero la verdad era que nadie sabía a ciencia cierta qué.

–Dicho esto –continuó el jefe después de aclararse la garganta–, me gustaría adelantarles algo hoy, antes de que se enteren por la circular oficial.

El hombre al que mi amiga Rosie, un poco borracha, se había referido como “madurito sexy” dudó por un momento. Se acomodó despacio el cuello de su camisa y presionó una tecla de la computadora y apareció una nueva diapositiva en la pantalla, con un diagrama muy similar al anterior. Casi un duplicado, esencialmente lo mismo, excepto por un detalle.

El nombre de Jeff ya no estaba en el recuadro azul encima de los cinco líderes de equipo.

La bola de plomo que llevaba desde la mañana se derrumbó a mis pies.

Nuestro jefe juntó las manos mientras mi mirada alternaba entre él y la pantalla.

–Me complace anunciar que Aaron Blackford será el nuevo jefe del Departamento de Soluciones de InTech. –Las palabras de Jeff me entraron por los oídos y se me quedaron rebotando en la cabeza, como si mi cerebro no pudiera procesarlas–. Aaron es una de las personas más responsables y eficientes que tuve el gusto de supervisar, y ha demostrado que se merece este ascenso una y otra vez, así que no tengo dudas de que hará un gran trabajo.

Todos estaban mudos por la sorpresa. Yo incluida.

–Todavía no está decidido cuándo asumirá todas mis responsabilidades mientras yo paso a un rol de asesoría, pero quería darle a la *familia de soluciones* la primicia antes del anuncio oficial.

Jeff siguió hablando, probablemente repasó los temas que estaban en la agenda de este Desayuno de Novedades. O quizá no… no lo sabía. No estaba escuchándolo. Su anuncio seguía girándome en la cabeza y no me permitía pensar en otra cosa.

Aaron Blackford será mi jefe.

La mirada se me disparó hacia Aaron, que tenía la espalda apoyada contra el respaldo de la silla. Miraba fijamente para delante, su expresión seguía inmutable. Más de lo habitual.

Hubo una pausa y algunos aplausos a los que mis manos se unieron de un modo automático.

Aaron Blackford será el jefe de departamento y yo tuve una cita con él. Una falsa cita, pero no había tanta diferencia para los demás.

Por un instante viajé en el tiempo hacia un pasado que había dejado atrás y no quería recordar. Ni revivir.

Negué con la cabeza para intentar alejar el torbellino de recuerdos indeseables. No, no iba a pensar en eso ahora, no delante de todos.

Seguía con la vista clavada en Aaron y analizaba su expresión vacía.

Esto cambiaba todo… lo que fuera que había entre nosotros.

Ya no importaba que fuera mi única opción. Ya no importaba que nadie se creyera que éramos pareja si nos la pasábamos discutiendo y peleando. Ya no importaba que me hubiera confesado que nunca había querido ser mi amigo ni que yo no supiera bien dónde nos dejaba eso.

Nada de eso importaba porque, ahora, el acuerdo se había terminado. Tenía que terminar.

No haría la payasada de la farsa con el hombre al que habían ascendido a jefe de mi departamento. O sea, mi jefe.

No había forma de que me pusiera en una posición en la que ya había estado y que tan mal había terminado para mí. Solo para mí. Entonces, aunque todo fuera una farsa (como el sábado pasado) simplemente no iba a arriesgarme.

El chirrido de las sillas me devolvió a la sala. Todos, incluido Aaron, se pusieron de pie y se dispersaron.

Miré a Rosie, con sus ojos verdes enmarcados por esos rizos oscuros.

Mierda, moduló mi amiga.

Exactamente: mierda.

Y todavía no le había contado nada.

Busqué a Aaron con el rabillo del ojo y lo encontré en algún lugar detrás de Rosie. Me

invadió una determinación que no había podido encontrar hacía unos momentos. Mamá me había enseñado que no tenía que quedarme con cosas dando vueltas en la cabeza. Ignorarlas y esperar a que desaparezcan no era el camino inteligente. Porque no desaparecían. Tarde o temprano (y siempre cuando menos lo esperabas) explotaban.

Con esta nueva determinación recorriéndome el cuerpo, le hice un gesto a Rosie y dejé que las piernas me guiaran fuera de la sala de reuniones. Mis cortas extremidades tenían una misión: intentar alcanzar las grandes zancadas que daba el hombre al que estaba persiguiendo.

En menos de un minuto (tiempo suficiente para que el corazón se me acelerara por el esfuerzo y la extraña expectativa) llegó a su oficina y yo entré solo unos segundos después.

Lo miré. Se dirigió a su silla y se desplomó en ella. Con los párpados cerrados, se llevó una mano a la cara para frotarse los ojos.

Seguro pensaba que estaba solo, porque no creía que Aaron hubiese dejado que alguien lo viera así, tan cansado, tan real, sin esa fachada de acero detrás de la que se escondía.

Tal como me había ocurrido el sábado, sentí la necesidad de consolarlo. Y, aunque no quería, casi me acerco para preguntarle si estaba bien. Por suerte, el poco sentido común que me quedaba cuando estaba con él se interpuso y evitó que pasara vergüenza.

Ya que no quería mi consuelo. Ni siquiera quería ser mi amigo.

Por lo que me quedé parada al otro lado del escritorio. Solo ese mueble nos separaba. Finalmente hice notar mi presencia:

–¡Felicitaciones! –solté con una dosis extra de entusiasmo de la que me arrepentí de inmediato.

Aaron se enderezó en su silla y apoyó la mano en el apoyabrazos.

–Catalina –dijo con una voz que ya no podía escuchar sin pensar en el sábado. Me miró fijamente mientras su expresión volvía a la normalidad–. Gracias.

–Te mereces el ascenso.

Se lo merecía. Era cierto. Y, más allá de todo lo que sentía en ese momento, estaba contenta por él, de verdad.

Asintió en silencio.

Tomé la agenda con ambas manos, era el único modo de no empezar a juguetear con algo por los nervios. Traté de aclararme la mente para poder poner en palabras lo que había venido a decirle.

–Creo que deberíamos… –arrastré las palabras, sin saber cómo decirlo–. Creo que lo mejor es que… –Negué con la cabeza–. Sé que probablemente no tengas tiempo para hablar, pero creo que deberíamos hacerlo. –Frunció el ceño–. En privado. –Lo frunció todavía más–. Si tienes tiempo, claro.

No quería que cerrara la puerta porque la mera idea de estar sola con él en una habitación hacía que mi corazón sintiera cosas tontas y estúpidas imposibles de ignorar. Pero era la única forma de asegurarnos de que nadie entrara o nos escuchara.

–Por supuesto –dijo sin relajar su expresión–. Siempre tengo tiempo para ti. –Otra punzada en el pecho.

Rápidamente, se levantó, rodeó el escritorio y luego a mí, que tenía la vista fija en el lugar que había ocupado hacía unos segundos. Parada ahí, como una completa idiota, lo escuché cerrar la puerta y el sonido retumbó en toda la habitación.

–Lo siento –murmuré cuando volvió a aparecer frente a mí–. Podría haberlo hecho yo. Pero no… –suspiré–. No lo había pensado. Gracias.

Esta vez no regresó a su silla, sino que se apoyó sobre la superficie de madera del escritorio.

–No hay problema. Ya podemos hablar.

Me clavó esos ojos azules que tenía, esperando a que comenzara.

–Sí, ya podemos hablar –repetí, echando los hombros hacia atrás–. Creo que deberíamos hacerlo. –Asintió y sentí la piel pegajosa por el temor–. Me gustaría que aclaráramos las cosas después de… lo que sucedió.

–Sí, tienes razón –concordó. Los brazos lo sostenían y las manos se aferraban con fuerza al borde del escritorio–. Tenía la intención de hablar contigo después de la reunión. Pensaba en decirte que almorzáramos juntos.

Almorzar juntos.

–Pero nunca lo hemos hecho.

–Lo sé –dijo casi con amargura y suspiró muy despacio–. Pero quería invitarte de todos modos.

Lo miré fijamente, incapaz de ignorar el efecto que sus palabras tenían en mí.

–Aunque ahora no creo que pueda. Las noticias me descarrilaron un poco el día.

Eso… era tan sorprendente como la idea de que quería almorzar conmigo.

–¿No sabías que Jeff iba a anunciar tu ascenso?

–No. No creía que fuera a suceder tan pronto. Y menos hoy –confesó y se me llenó la mente de preguntas–. Pero eso no importa ahora. Supongo que querías hablar de nosotros…

–Sí que importa –me opuse, indignada e intentando ignorar el modo en que ese “nosotros” me había hecho sentir–. Me parece que es importante que Jeff te haya boicoteado de ese modo. No me imagino por qué haría una cosa así. Es… –bajé la voz cuando noté que la había alzado– poco profesional.

–Lo es; tienes razón. –Tenía los ojos azules encendidos y ahora era él quien parecía sorprendido–. Y se lo haré saber, créeme.

–Bien. Deberías.

Su expresión se ablandó y tuve que desviar la mirada. La dejé descansar encima de su hombro. No quería que supiera cuánto me importaba, porque no debería importarme. Seguíamos siendo los mismos Lina y Aaron que habíamos sido siempre (muy lejos de ser amigos) y encima estaba a punto de separarnos un escalón en la jerarquía de la empresa.

Solté una mano de la agenda, que parecía sostener con todas mis fuerzas, y me rasqué la nuca. Seguía sin querer desplazar la mirada hacia la izquierda, donde me encontraría con sus ojos. Así que opté por bajarla, siguiendo la costura de la camisa que le cubría los amplios hombros. Un silencio espeso nos envolvió.

–Escucha, sobre nuestro acuerdo… –comencé.

–El sábado yo… –dijo al mismo tiempo.

Lo miré y me hizo un gesto para que continuara. Acepté con una inclinación de cabeza.

–Diré esto y luego desapareceré de tu vista, lo prometo. –Exhalé por la nariz, sin prestarle atención a su ceño fruncido–. Ahora que te has convertido en el jefe de nuestro departamento, lo que es genial y de verdad te felicito –dejé escapar una sonrisa amable por mis comisuras–, las cosas… van a cambiar entre nosotros. –Arrastré los pies, no me gustaba cómo había sonado. No existía un *nosotros*. No después de lo que había pasado el sábado y menos aún después de esto–. Lo que intento decir es algo que probablemente ya habrás descubierto por tu cuenta, pero quería aflojar un poco la tensión que hay entre nosotros. –Aaron apretó la mandíbula y continué–: Nuestro acuerdo ha terminado. Fue una estupidez y ahora tiene menos sentido todavía. No es para tanto. Te ayudé el sábado, pero no me debes nada. Tómalo como un agradecimiento por tu ayuda con el Día de Puertas Abiertas, ¿de acuerdo? Estamos en paz.

Esperaba sentir un alivio en los hombros, pero no fue el caso. Por el contrario, era como si mis palabras me hubieran enterrado todavía más.

–¿Estamos en paz? –preguntó y separó la mano de la superficie de roble–. ¿Qué significa eso?

–Significa que no me debes nada –dije encogiéndome de hombros, totalmente consciente de que estaba repitiendo lo que había dicho–. Puedes olvidarte por completo de esta tontería.

Una extraña mezcla de confusión y frustración le invadió la mirada.

–Me parece que soy bastante clara, Aaron. No es necesario que sigamos con nuestro trato. Ni volar a España, ni ir a la boda, ni fingir ser mi novio. No haremos ninguna farsa. Nada de eso será necesario.

–¿Tu novio? –preguntó muy por lo bajo.

Ah, mierda. Era la primera vez que usaba esa palabra, ¿no?

–Mi cita, como sea.

–¿Conseguiste a otra persona? ¿Es por eso?

–No, no es eso. Para nada. –Lo fulminé con la mirada. ¿Estaba hablando en serio?

–Entonces iré contigo. –El músculo de la mandíbula se le tensó más.

–Ya no tienes que hacerlo. –Luché por disimular la irritación. *¿Por qué siempre lo hacía todo tan difícil?*

–Pero te dije que lo haría, Catalina. No importa si crees que estamos a mano o no. –Su voz sonaba tan firme y lo dijo con tanta confianza que me hacía dudar de mi decisión–. Lo que sucedió el sábado no cambia nada.

–Sí que cambia –dije, quizá con demasiada energía. Abrió la boca, pero no le di lugar para que hablara–. Y también tu ascenso lo cambia todo, Aaron. Serás mi jefe. Mi supervisor. El jefe de nuestro departamento. Ni siquiera deberías considerar la idea de acompañarme a una boda al otro lado del océano. Imagínate las cosas que diría la gente si se enterara. No permitiría que me cuestionaran… –Me detuve, estaba diciendo demasiado–. Esto es muy… –¿Ridículo? ¿Imprudente? ¿Todas las anteriores? Negué con la cabeza. Me sentía agotada y mareada–. En serio, ya no es necesario.

–Entiendo que quieras ser cautelosa ahora que todos saben las novedades. –Negó con la cabeza. Por supuesto que no se iba a rendir tan fácilmente–. No pensé que fueran a anunciarlas tan pronto. Sin embargo, los cambios no van a ser de un día para otro, así que nuestro acuerdo no tiene por qué cambiar.

Esperó a que le respondiera, pero en lugar de palabras, una avalancha de algo diferente me trepó por la garganta: los recuerdos de un tiempo en el que había sido tan idiota como para estar en una posición parecida, con la diferencia de que no era una relación falsa, sino una real. Tan real que todavía no había conseguido deshacerme del dolor que me provocó su destrucción.

–No me voy a arriesgar. –Me escuché y me di cuenta de que mi voz había revelado más de lo que me hubiera gustado–. No lo entenderías.

–Entonces ayúdame. –Había algo honesto y abierto en su pedido–. Ayúdame a entender. Al menos concédeme eso.

–No. Esas son cosas que me reservo para mis amigos –fui diciendo mientras pensaba en esas palabras que tanto se habían repetido en mi cabeza.

Le cambió la cara y esperé que se pusiera a la defensiva como siempre hacía, pero no fue así.

–Catalina –su tono era completamente distinto a lo que esperaba–, no cambiaría nada que dijera que no quise decir lo que dije el sábado, así que no lo haré.

–Bien –asentí, en un tono que no era el que quería–, porque no pasa nada si no quieres ser mi amigo. No tienes que darme explicaciones ni retractarte. Así fueron las cosas durante casi dos años y está todo bien. –Endureció la mirada, pero continué–: No tenemos cinco años y esto no es un recreo del kínder. No tenemos que andar preguntándonos si queremos ser amigos ni tenemos por qué serlo. En especial ahora, que vas a ser mi jefe. Ni siquiera tendríamos que ser amigables. Y no pasa nada. Por eso te libero de nuestro acuerdo. Me las arreglaré sola. –Por mucho que me resistiera, eso era lo que hacían las damas de honor solteras y mentirosas: iban solas a las bodas–. Esto no es incumplir con tu palabra, Aaron. Soy yo quien te está liberando.

Nos miramos durante un buen rato. El corazón me latía contra el pecho de un modo descomunal mientras intentaba convencerme de que lo que veía en su rostro no era arrepentimiento, que no sentía algo que no tenía ningún sentido que sintiera. A menos que se arrepintiera de haberse involucrado en este desastre. Eso sí sería comprensible.

Antes de que pudiera darle más vueltas, el sonido de su teléfono invadió la habitación. Lo tomó de su bolsillo sin desviar la mirada y atendió:

–Blackford. –Una pausa. Nos miramos fijamente, su expresión se endureció–. Sí, de acuerdo. Me ocuparé yo mismo. Dame dos minutos. –Apoyó el teléfono de vuelta en el escritorio y se enderezó.

Me estudió de un modo que hizo que se me ruborizaran el cuello y las orejas, como si la piel de las mejillas, la nariz y el mentón escondieran las respuestas que buscaba.

–Hay algo que no me estás diciendo –dijo finalmente. Y no se equivocaba. Había muchas cosas que no le estaba diciendo. Y nunca le diría–. Pero tengo paciencia.

Se me estrujó el corazón. No entendí a qué se refería ni por qué de pronto sentía el pecho rígido.

–Me han llamado por algo importante y tengo que irme. –Dio un paso en mi dirección con las dos manos en los bolsillos y los ojos fijos en mí–. Vuelve a trabajar, Catalina, pero esta conversación no ha terminado.

Un segundo después, Aaron desapareció por la puerta. Me dejó sola en su oficina, contemplando el espacio vacío, pensando en lo bien que se había adaptado a su nuevo rol, dudando de si la conversación realmente continuaría y luchando por creer que me tendría paciencia.

Porque, hasta donde sabía, ninguno de los dos tenía nada que esperar del otro.



Capítulo 11

Todo fue cuesta abajo a partir de ahí.

Por mucho que había querido resolver el tema con Aaron, nuestra conversación no me había aliviado ni un poco. Por supuesto que le había dejado muy en claro que lo liberaba de todas sus responsabilidades, y aun así hacía dos semanas que sus palabras me daban vueltas en la cabeza.

Hay algo que no me estás diciendo, había dicho, *pero tengo paciencia*.

Era como estar esperando a que estallara una bomba.

Y además de no saber dónde estábamos parados después de esa confusa declaración, no le había contado nada a Rosie. Todavía. Lo haría… en cuanto tuviera un plan de contingencia para la boda. Para la que solo faltaban tres días. Tres.

Le eché un vistazo al reloj analógico que tenía sobre el escritorio. Eran las ocho de la noche y no estaba ni cerca de terminar el día.

¿Cómo iba a estarlo si nada me estaba saliendo como lo había planeado? No había encontrado a nadie que cubriera a Linda y Patricia, así que seguía haciendo sus trabajos; todavía no había resuelto cómo íbamos a entretener a los invitados durante las dieciséis horas que duraba el Día de Puertas Abiertas; y acababa de enterarme que un cliente muy importante, Terra-Wind, estaba fraternizando con nuestra competencia. No porque fueran mejores que nosotros, sino porque eran de esas consultoras que ofrecían sus servicios a precios ridículamente bajos.

Había estado lidiando con esa crisis durante las últimas tres horas.

–Gracias, señorita Martín –dijo en mi computadora un hombre que vestía traje oscuro–. Analizaremos su oferta y le comunicaremos nuestra decisión.

–Gracias por su tiempo. –Esbocé una sonrisa amable–. Espero atenta su respuesta, señor Cameron. Que tenga una buena noche.

Presioné FINALIZAR y di por terminada la videollamada que había compartido con el representante de la junta directiva de Terra-Wind. Me quité los auriculares y cerré los ojos un momento. Jesús, ni siquiera sabía cómo me había ido. Solo esperaba haberlo persuadido. Mi equipo valía cada centavo extra y Terra-Wind era una empresa de energías renovables que tenía los recursos y el potencial para hacer algo con la ciudad de Nueva York. Quería estar en ese proyecto.

Abrí los ojos y vi el nombre de mi hermana en la pantalla del teléfono, que se había encendido. Tuve sentimientos encontrados. Cualquier otro día la hubiese atendido de inmediato. Pero hoy no. Ya había desviado al buzón varias de sus llamadas. Si fuera una emergencia real, toda mi familia estaría taladrándome el teléfono.

Lo siento mucho, Isa, dije como si pudiera escucharme, *no tengo tiempo para ocuparme de otro apocalipsis de boda.*

Silencié el teléfono, lo apoyé con la pantalla hacia abajo, y tomé la pila de currículums que me habían enviado de Recursos Humanos para ocupar los puestos vacantes. Iba a revisar algunos ahora y me llevaría el resto a casa.

Cuatro currículums más tarde, dejé caer el marcador que había elegido llena de optimismo. Apoyé la espalda en el respaldo.

La cabeza me daba vueltas, posiblemente porque llevaba horas trabajando con el estómago vacío. De nuevo. Porque estaba haciendo dieta, seguramente mal. Me regañé por ser tan tonta.

Pero, por mucho que me odiara por eso, no podía dejar de pensar en el momento en que tuviera enfrente a Daniel. Mi ex, el hermano del novio y padrino de boda, quien, a diferencia de mí, estaba felizmente comprometido. Ya podía sentir a todos los invitados mirándome, mirándonos, midiendo mi reacción y evaluando todo: desde cómo me veía hasta el modo en que había curvado los labios o lo pálida que me puse al verlo. Pensé posibles respuestas para cuando me preguntaran por qué llevaba tanto tiempo soltera y Daniel no.

"¿Lo superará en algún momento? ¿Podrá procesar todo lo que sucedió? Por supuesto que no. Pobrecita. Lo que pasó la debe haber afectado mucho".

¿Era una tonta por querer verme bien cuando estuviera delante de todos los que estarían escrutándome? Y no quería solo verme bien. No solo pasable. Quería verme completa. Preciosa, impecable, inalterada. Necesitaba dar la impresión de que había vuelto a encarrilar mi vida. Con todo resuelto. Feliz. Del brazo de un hombre.

Siendo objetiva, sabía lo estúpido que sonaba, sabía que no debería valorarme dependiendo de si tenía pareja, la piel radiante o estaba más delgada. Pero, Dios, eso iban a hacer todos.

Negué con la cabeza para intentar quitarme esos pensamientos, y solo conseguí empeorar el mareo. El cuerpo me reclamaba cualquier cosa que pudiera llenar el vacío en el estómago.

Agua. Eso ayudará.

Tomé el móvil y deslicé la credencial en el bolsillo de los pantalones beige. Tenía las piernas más débiles de lo que me hubiera gustado. Solo había un dispensador de agua al otro lado del

pasillo. Otras tres llamadas perdidas de mi hermana. Con la diferencia de horario, ya debía estar dormida.

Lo siento, novia Godzilla.

Seguí tipeando y se me nubló la vista por un segundo. Dejé de caminar, intentando volver a concentrarme en la pantalla.

Hablamos mañana, ¿vale?

Quise continuar, pero las letras comenzaron a bailar. Perdí la fuerza en los dedos y comenzaron a vacilar sobre el teclado. Vi doble, después borroso y no logré distinguir las palabras que creía haber escrito cuando aparecían en la burbuja de diálogo.

Respiré temblorosa mientras intentaba presionar ENVIAR.

Agua. Eso necesito.

Levanté la cabeza del teléfono y seguí caminando. Logré avanzar algunos metros por el pasillo. Sabía que el dispensador estaba justo ahí, probablemente a cinco o seis pasos de distancia. Pero comencé a ver estrellas y todo se volvió blanco por un segundo. Blanco. Después volvió la iluminación fluorescente del pasillo, que se estrechaba y se convertía en un túnel.

–Guau –murmuré. Ignoraba por completo que mis piernas habían seguido avanzando hasta que tuve que apoyar una mano en la pared para no perder el equilibrio–. Ay, *mierda* –tartamudeé.

Se me cerraron los párpados y pude sentir que toda la sangre huía de mi cabeza, lo que me dejó mareada e inestable. Quise abrir los ojos, pero solo veía blanco. Una cortina de niebla blanca y espesa lo cubría todo. Aunque quizá era la pared. No estaba segura.

Yo… Estaba jodida. Muy jodida. Eran las ocho y media. No quedaba nadie. Eso pensaba mientras todas las señales indicaban que me estaba yendo directo al suelo. Y… mierda. No podía recordar. No podía… pensar. Sentía el sudor helado en la piel y solo quería cerrar los ojos y descansar, apenas podía darme cuenta de que eso era una mala idea. Y entonces mis piernas comenzaron a rendirse.

Estaba recostada en el suelo.

Bien. Esto es bueno. Descansa y ya verás cómo te sientes mejor. Me dejé caer hacia un lado. *Está frío, pero va… a… mejorar.*

–Catalina. –Una voz atravesó la neblina. Era profunda, urgente.

Tenía los labios fríos y los sentía fuera del cuerpo, por lo que no respondí.

–Mierda. –Esa voz de nuevo. Luego algo cálido en mi frente–. Por Dios. Mierda, Catalina.

Estoy jodida. Lo… sabía. Había hecho algo mal y quería admitirlo en voz alta a quien quisiera escucharlo, pero solo conseguía balbucear algo que no se significaba… nada.

–Ey. –La voz se ablandó, ya no parecía enojada.

Y yo… estaba tan cansada.

–Abre esos grandes ojos color café.

La cálida presión en la frente bajó al rostro y me atravesó las mejillas. Se sentía bien contra la piel fría y húmeda, así que me entregué.

–Ábrelos para mí. Por favor, Catalina.

Mis párpados se agitaron un instante y mis ojos se encontraron con esos dos círculos azules que me hacían pensar en el océano. Se me escapó un suspiro y esa sensación de vacío se desvaneció por un instante.

–Ahí estás. –La voz de nuevo. Más suave todavía. Aliviada.

Parpadeé despacio mientras empezaba a recuperar la visión. Ojos azul profundo. Pelo negro como la tinta china. La sólida línea de la mandíbula.

–¿Lina?

Lina.

Había algo extraño cuando esa voz me llamaba con el nombre que usaban todos.

No, no todos.

Pestañeé un poco más, pero antes de que se me aclarara la vista y la enfocara en un punto fijo, alguien me levantó en el aire. El movimiento fue lento, gentil, apenas lo noté hasta que empezamos a avanzar. Y unos segundos después, el movimiento fue suficiente para hacer que me volviera a dar vueltas la cabeza.

–*Mi cabeza* –dije por lo bajo.

–Lo siento. –Sus palabras retumbaron a mi lado y me hicieron notar que mi mejilla descansaba sobre algo sólido y cálido. Algo que latía. Un pecho–. Quédate conmigo, ¿sí?

De acuerdo, me quedaré. Me enterré en ese cuerpo, lista para entregarme al agotamiento que se había apoderado del mío.

–Ojos abiertos, por favor.

De algún modo, obedecí. Me dejé caer sobre un hombro que me resultaba más conocido a medida que avanzábamos. Y, de a poco, se me fue aclarando la vista. La cabeza ya no me giraba tanto y parecía haber vuelto a estar atornillada a mis hombros. El sudor dejó de humedecerme la piel.

Miré a mi alrededor mientras recordaba lo que había pasado. Me había desmayado, por no comer suficiente. Como una completa idiota. Suspiré y miré hacia arriba. Me concentré en una barbilla coronada por unos labios muy apretados.

–Aaron –susurré.

Sus ojos azules se encontraron con los míos por un instante.

–Aguanta. Ya casi llegamos.

Estaba en los brazos de Aaron. El izquierdo me sostenía las piernas, con la mano bien abierta sobre un muslo, el derecho me sostenía la espalda y sus cinco dedos estaban extendidos alrededor de mi cintura. Antes de que pudiera pensar en ello o concentrarme en el reconfortante y maravilloso calor que él emanaba y me entibiaba la piel, comenzó a bajarme.

Confundida, miré a mi alrededor. Mi mirada se topó con un horrible y perturbador cuadro de un niño con ojos muy grandes. Siempre lo había odiado y sabía exactamente dónde estaba colgado: solo podíamos estar en la oficina de Jeff. Era la única persona que no lo encontraba aterrador.

Apoyé el trasero en una superficie de terciopelo y mi espalda lo siguió, descansando sobre algo que se parecía mucho a un cojín. Dejé las manos a los costados y sentí otra textura. Cuero.

Un sofá. Jeff tenía uno en su oficina. Uno de esos con cuero y capitoné, tan pretenciosos y elegantes.

Aaron volvió a acariciarme el rostro y toda mi atención se concentró en él. Estaba cerca, muy cerca. Arrodillado en el suelo, delante de mí. Su cercanía era reconfortante, pero su expresión no concordaba con la tranquilizadora sensación de sus dedos sobre mi piel.

–¿Quieres recostarte? –me preguntó, sonaba un poco alterado.

–No, estoy bien. –Intenté que mi voz tuviera la seguridad que yo no sentía. Frunció el entrecejo–. Pareces enojado. –Era una observación que debería haberme guardado para mí, pero supuse que, dadas las circunstancias, no estaba en posición de elegir lo que salía de mi boca–. ¿Por qué estás enojado?

–¿Cuándo fue la última vez que comiste, Catalina? –Frunció el ceño aún más y se movió sobre sus rodillas para enderezar la espalda. Sacó algo del bolsillo.

–¿En el almuerzo? –Hice una mueca–. Creo. Más bien un *brunch*, porque no había tenido tiempo de desayunar, así que piqué algo cerca de las once.

–Por Dios, Catalina.

Extendió su mano justo delante de mí y me dejó ver lo que sostenía. Estaba envuelto en papel de cera blanco. Me lanzó una mirada que hubiese acobardado a cualquier otra persona. Una que definitivamente iba a ayudarlo en su nuevo puesto.

Pero, aunque mi tanque de combustible estuviera vacío, seguía siendo Lina Martín:

–Estoy bien, señor Robot.

–No, no estás bien –disparó. Después, con mucho cuidado me apoyó sobre el regazo lo que ya sabía que era la deliciosa barrita de granola casera de Aaron Blackford–. Te desmayaste, Catalina. Eso es justo lo contrario a estar bien. Come esto.

–Gracias, pero ya estoy bien. –Bajé la mirada, volví a analizar la barrita. La tomé con una mano temblorosa. La desenvolví con dedos torpes–. ¿Siempre llevas una contigo? –vacilé, mi estómago seguía quejándose.

–Come, por favor.

Era muy extraño cómo hacía que “por favor” sonara como una amenaza.

–Por Dios. –Le di un mordisco y luego hablé con la boca llena (porque ¿qué más daba? Si acababa de levantarme del suelo pálida, sudorosa y recién desmayada)–. Ya te he dicho que estoy bien, soy fuerte.

–No –dijo enfurecido y me fulminó con la mirada–. Una *tonta*, eso es lo que eres.

Fruncí el ceño. Quería estar ofendida, pero tenía razón, aunque no tenía por qué saber que yo también pensaba que era una tonta.

–Cabeza dura –murmuró.

Dejé de masticar e intenté pararme y salir de esa oficina dando pasos firmes. Me detuvo con una mano extrañamente gentil sobre mi hombro.

–No me provoques. –Ese maldito ceño había vuelto a vengarse.

Me entregué al suave contacto de su palma y relajé un poco el cuerpo.

–Cómete la barrita, Catalina. No está ni cerca de ser suficiente, pero te ayudará por ahora.

–Estoy comiendo. –Sentí el fantasma de su mano en el hombro y me estremecí–. No me mandonees.

Desvié la mirada y seguí masticando, intentando no pensar en lo mucho que quería volver a sentir esas palmas sobre la piel. O que me envolvieran con esos fuertes brazos. Necesitaba su consuelo. Me recorrió un escalofrío por el agotamiento de los músculos, sentía el cuerpo fulminado.

–Quédate aquí. Ya vuelvo.

Asentí sin levantar la vista. Solo me limité a tragar el bocadillo.

Aaron volvió a los pocos segundos, dando zancadas con determinación.

–Agua –anunció, y me dejó una botella sobre el regazo. También puso mi teléfono a mi lado.

–Gracias. –La destapé, y tomé un cuarto de un solo sorbo.

Cuando terminé, volví a alzar la vista. Aaron estaba de pie delante de mí. Todavía parecía molesto y fastidiado. Aparté la vista de la suya, me sentía muy pequeña sentada allí con él.

–Y… supongo que esta pronto será tu oficina. Espero que te permitan redecorarla. –Miré el horrible cuadro a su espalda.

–Catalina. –El modo en que dijo mi nombre me alarmó.

Uff. No estaba para un sermón.

–Eso fue muy estúpido. No comer, arriesgarte a la hipoglucemia, con el edificio vacío. ¿Qué hubiese pasado si nadie te hubiese ayudado?

–Tú estabas aquí, ¿no? –respondí. Seguía sin mirarlo–. Siempre estás aquí.

Un sonido salió de su garganta. Otra advertencia, que quería decir: “No me vengas con esa mierda”.

–¿Por qué no estás comiendo? –Su pregunta se sintió como una patada en el estómago–. Antes, siempre pero siempre, tenías algo en la mano. Por Dios, hasta en los momentos más extraños e inapropiados tenías un bocadillo en la mano.

Eso me hizo alzar la vista y encontrarme de frente con sus ojos heladores. Era verdad; comía snacks todo el tiempo. Y eso era parte del problema, ¿no?

–¿Por qué dejaste de hacerlo? Llevas un mes así. ¿Por qué no comes como siempre?

–¿Me estás llamando…? –Entrecerré los ojos y junté las manos.

–No –siseó–. Ni lo intentes.

–Bien.

–Cuéntame –insistió, su mirada se endureció como una piedra–. ¿Por qué no comes?

–¿No es obvio? –Se me aceleró la respiración y cada palabra requería más esfuerzo que la anterior. Me costaba admitir la verdad–. Porque quiero perder peso, ¿sí? Para la boda.

–¿Por qué? –respondió, sorprendido.

La sangre que había abandonado mi cerebro volvió de golpe. Pésimo momento. Como siempre en mi vida.

–Porque… –Exhalé–. Porque eso es lo que hace la gente antes de un evento importante. Porque quiero verme lo mejor posible, por mucho que te cueste creerlo. Porque quiero verme tan increíble como pueda. Porque, aparentemente, estuve llenándome la boca de carbohidratos las

veinticuatro horas del días los siete días de la semana y mi cuerpo sin duda los ha ido acumulando. Porque solo… lo hice, ¿de acuerdo? ¿Qué importa?

–Catalina –pude notar el desconcierto en su voz–, eso es… ridículo. Nunca fuiste así.

–¿Así cómo? –susurré sin fuerza. ¿Tanto le costaba creer que quisiera verme hermosa?–. ¿Qué es lo que te parece tan ridículo? ¿Que me preocupe mi apariencia?

–No necesitas ponerte a hacer ninguna de esas mierdas. Eres muy inteligente como para someterte a una dieta así.

Pestañeé.

Pestañeé un poco más.

–¿Acabas de decir "mierda"? ¿En el trabajo? –Bajé la voz–. ¿En la oficina de Jeff?

Ahora que lo pensaba, últimamente había dicho varias malas palabras, ¿no?

Mirando hacia abajo, negó con la cabeza. Tenía los hombros caídos, en un signo de derrota.

–Mierda. –Exhaló–. Maldita sea, Catalina.

Guau.

–Todas estas groserías –dije mientras intentaba encontrar en su rostro qué era lo que le estaba pasando–. No creo que mis oídos vayan a recuperarse, Blackford.

Se llevó una mano a la nuca e inclinó la cabeza hacia atrás. Me hizo acordar a ese momento que no conseguía olvidar. Cuando a ese movimiento le había seguido una maravillosa risa. Cuando había sonreído con libertad. Tan alegre como era posible. Sin embargo, en este caso no hizo nada de eso. Solo estiró los labios y vi unas diminutas arrugas al costado de sus ojos.

–Eres linda –dijo, aunque no lo creas–. Pero eso no va a servirte de nada. Sigo enojado.

¿"Linda"? Linda de *linda* o linda de *cosa pequeña y graciosa de la que te ríes con ternura*. O quizás linda de…

Me detuve. Cerré los ojos por un instante para dejar de pensar.

–¿Te sientes mejor? ¿Crees que puedes pararte?

–Sí –asentí y abrí los ojos–, no tienes que llevarme en brazos de nuevo. –Aunque una punzada en el pecho me recordó lo cómoda que me había sentido–. Gracias.

–Puedo hacerlo si…

–Sé que puedes, Blackford –lo interrumpí. Si volvía a ofrecerse, quizá terminara aceptando–. Gracias por lo de antes, pero lo tengo bajo control.

Asintió y me ofreció la mano.

–Dale. Vamos. Juntemos tus cosas y te llevo a tu casa.

No le tomé la mano.

–Puedo…

–Ya basta, ¿quieres? –me detuvo. Dios, éramos un par de malditos testarudos–. Ahora bien, puedes dejarme acompañarte y llevarte a casa –hizo una pausa como buena reina del drama que era– o puedo arrastrarte fuera de este edificio y meterte en el auto yo mismo.

Le sostuve la mirada, levanté una mano, la sostuve en el aire y la dejé cerca de la suya. Medí sus palabras. Ordené mis pensamientos. Intentaba ignorar cuánto me hubiera gustado que optara

por la segunda opción. Y, lo que todavía era más perturbador, no creía que fuera por el placer de llevarle la contra.

–Bien –dije, entrelazando mis dedos con los suyos con toda la naturalidad que me permitía la diferencia de tamaño–. No te lo tomes tan a pecho, Blackford.

Suspiró. Pero luego me levantó e hizo algo con nuestras manos. Algo que de alguna manera cambió la disposición de nuestras palmas, que quedaron muy juntas.

Sentí un revoloteo en el centro del pecho. Y, mientras salíamos de la oficina, me di cuenta de que pronto dejaría de ser de Jeff, nuestro jefe. Se iba a convertir en la oficina de Aaron.

Muy pronto.

Eso debería ser motivo suficiente para soltarle la mano y salir corriendo en la dirección opuesta. Debería haber sido suficiente para que dejara de disfrutar la calidez de su mano y que no le permitiera llevarme a casa.

Debería haber sido. Pero, irónicamente, hacía mucho que no escuchaba a los *debería*. Entonces, ¿qué más daba si ignoraba algunos más?



–¿Hola? –Una voz masculina me trajo de nuevo a la vida.

Un poquito más, rogué en silencio mientras luchaba para no volver a caer rendida. *Un ratito más.*

–Soy Aaron.

¿Aaron?

Con los ojos cerrados, pegajosos y pesados, intenté comprender lo que sucedía a mi alrededor. ¿Por qué escuchaba su voz junto a mí? Quería seguir durmiendo.

Apenas conseguí reconocer la suave vibración de un motor. *¿Estoy en un auto? ¿Un autobús?* Pero no nos estábamos moviendo.

Un sueño. Sí, eso tenía sentido. ¿No?

Confundida y haciendo un esfuerzo supremo, me hundí más en la calidez de mi cama y decidí que no me importaba si soñaba con él. Tampoco iba a ser la primera vez.

–Sí, ese Aaron. –La voz masculina ya no sonaba tan distante–. Sí, me temo que sí –continuó. Cada palabra me despertaba un poco más–. Ahora está dormida.

Sentí una caricia como de pluma en la mano y mi piel volvió a la vida. Era muy real para ser un sueño.

–No, está todo bien. –La textura de barítono de la voz de Aaron reverberó en mis oídos y encontré un consuelo extraño al reconocerlo–. De acuerdo, le diré a Catalina que te llame. –Una pausa. Seguida de una carcajada–. No, no soy de esos. Me encanta la *carne*. El cordero asado en particular.

Carne. Sí. A mí también me encantaba. *Deberíamos comer carne juntos, Aaron y yo,* divagué por un instante, pensando en un cordero crujiente y jugoso y también en él.

–De acuerdo. Gracias, igualmente, Isabel. Adiós.

Espera.

Espera.

¿Isabel?

¿Isabel*? ¿Como mi hermana Isabel?*

Más confusión me invadió la mente, todavía nublada. Sentí los ojos luchando por abrirse. No estaba en mi cama. Estaba en un auto, inmaculado, obsesivamente limpio.

El auto de Aaron.

Estaba en el auto de Aaron. No estaba soñando.

E… *Isabel*. Me había llamado antes, ¿no?

Y me había escrito. Y yo la había ignorado.

De pronto todo lo sucedido en las últimas horas comenzó a decantar en mi cabeza y me abrumó el cerebro, que todavía no funcionaba por completo.

No. Abrí los párpados por completo y enderecé la espalda.

–Estoy despierta –anuncié.

Mientras la mente me rebotaba dentro de la cabeza, fijé la mirada en el dueño del auto en el que había estado durmiendo. Se pasó ambas manos por el pelo, tremendamente cansado, y se giró hacia mí.

–Bienvenida –dijo, mirándome extrañado–. Una vez más.

Se me estrujó el corazón, no tenía ni la más mínima idea de por qué.

–Hola –conseguí decir, con el cerebro hecho papilla.

–Llamó tu hermana –comentó Aaron e hizo que se me tensionara todo el cuerpo–. Cinco veces seguidas –agregó.

Abrí la boca, pero mi lengua no pudo pronunciar las palabras. Ninguna palabra.

–No te preocupes. Está todo bien. Dijo que le mandaste un mensaje muy raro –explicó y me dio el teléfono.

Lo tomé y le rocé los dedos. Leí el mensaje sintiendo su mirada sobre mí. Por Dios, era ininteligible. Y preocupante.

–Entonces –continuó Aaron– empezó con el tema de las mesas y los asientos, o eso creo. Puede que también haya dicho algo sobre servilletas.

Lo miré y lo atrapé llevándose de nuevo las manos al pelo. Tenía contraídos los músculos del brazo y mis ojos, que seguían adormilados, parecían absortos por ese movimiento.

–Lo siento. No debería haber atendido –se disculpó y volvió a atraer mi mirada hacia su cara.

–Está bien –dije, para mi sorpresa–. Si me llamó a las tres o cuatro de la madrugada de España, es porque estaba muy preocupada. Hasta podría haber llamado a los bomberos de Nueva York para que fueran a mi apartamento si no respondías.

–Me alegra escuchar eso, porque tu teléfono no paraba de sonar. –Algo raro le brilló en los ojos–. Y tú… –Negó con la cabeza, despacio–. Tú no duermes, te mueres, Catalina.

No se equivocaba.

Ni la llegada del apocalipsis (incluso si los cuatro jinetes vinieran cabalgando hacia mí gritando mi nombre) podría despertarme si estaba profundamente dormida, lo que era irónico,

porque Isabel hablando con Aaron por teléfono se parecía bastante a cómo me imaginaba el fin del mundo.

Abrí los ojos como platos cuando tomé conciencia de lo que acababa de pasar.

Aaron había hablado con mi hermana. Había mencionado algo de carne. Cordero asado. El menú de la boda. Lo que eso implicaba me hizo girar rápidamente la cabeza, exhausta.

–¿Te encuentras bien? –me preguntó mientras yo tenía un silencioso ataque de pánico.

–Sí –mentí, forzando una sonrisa–. Superduperbién.

Aaron arqueó una ceja. Puede que mi respuesta haya sido un indicio de lo lejos que estaba de superduperbién.

–Le dije que estabas bien, dormida. Pero creo que deberías llamarla mañana. –Señaló mi teléfono–. A juzgar por el monólogo de cinco minutos en español antes de que pudiera decirle que había atendido yo, diría que se va a quedar más tranquila cuando hable contigo. –Curvó los labios en lo que podía ser el comienzo de una sonrisa.

–Sí –murmuré, demasiado absorta en su boca como para pensar cómo manejar esta crisis–. De acuerdo.

La mueca se estiró en una sonrisa torcida.

Ay, hombre. ¿Por qué le quedaba tan bien? No sonreía lo suficiente.

Pero eso *no* importaba.

Lo que importaba era que había hablado con mi hermana y ella no medía sus palabras. Nunca.

–A ver, Aaron –comencé, las palabras salieron como una catarata–, cuando hablaste con mi hermana le dijiste tu nombre, ¿no?

–Sí. –Alzó una ceja–. Eso hacen las personas cuando se presentan.

–Bien. –Asentí con la cabeza, muy despacio–. ¿Y cómo te presentaste exactamente? Tipo: *Hola, soy Aaron*. –Puse una voz más grave para imitar la suya–. O tipo: *Solo soy Aaron, nadie especial. Hola.*

–No estoy seguro de entender la pregunta. –Torció la cabeza–. Pero me arriesgaré e iré por la primera opción. Aunque mi voz no suena así para nada.

–Ay, Aaron. –Exhalé por la nariz y me llevé las yemas de los dedos a las sienes–. Esto no es bueno. Estoy… –Pestañeé, sintiendo que me ponía pálida–. Ay, por Dios.

–Catalina –frunció el ceño y me evaluó con esos ojos azules, preocupado–, creo que tendría que llevarte a un hospital para que te hagan un chequeo. Debes haberte golpeado la cabeza cuando te caíste. –Se alejó un poco, puso una mano sobre el volante y la otra en la palanca de cambios.

–Espera, espera. –Lo detuve justo antes de que pusiera en marcha el auto–. No me he dado un golpe. Estoy bien. En serio.

Me lanzó una mirada.

–Estoy bien.

Parecía que no me creía.

–Te lo juro.

Dejó caer una mano sobre su regazo.

–Pero necesito que me hagas un favor –le pedí y asintió. *Guau, bien.* Eso fue fácil–. Necesito que me digas con exactitud lo que le dijiste a Isabel.

–Ya hablamos de esto. Hace un minuto. –Se llevó una mano a la nuca.

–Hazlo por mí. Dame el gusto. –Sonreí débilmente–. Necesito saber qué le dijiste.

Me miró como si le estuviera pidiendo que se quitara la ropa e hiciera una coreografía en el medio de Times Square.

Lo que me encantaría… pero, de nuevo, no importaba.

–Por favor. –Probé suerte con las palabras mágicas.

Me miró fijamente durante un buen rato. Por algún motivo, esas dos palabras resultaron ser la clave para conseguir que hiciera cosas por mí sin ofrecer resistencia.

–De acuerdo. –Suspiró y se hundió todavía más en su asiento.

–Ah, y no te ahorres ningún detalle. Si puedes, usa exactamente sus palabras.

Volvió a exhalar.

–Después de su monólogo de cinco minutos en español, dijo que estaba encantada de conocerme. Que más te valía tener una buena excusa para no haber atendido el teléfono porque ese mensaje la había asustado. Que el estúpido hippie que estaba a cargo de las flores iba a arruinarle la boda porque ahora los manteles no harían juego con su ramo.

Bufé. Ese pobre florista iba a pagar por sus pecados.

–Y que nos veríamos en unos días –continuó–. En la boda. –Esa parte me quitó todas las ganas de reírme–. Antes de eso me preguntó si era uno de esos hípsters que no comen carne. Porque, en ese caso, tendría que retirarme la invitación. Después aclaró que estaba bromeando y que más me valía ir si no quería enfrentarme a las consecuencias. En especial si me gustaba el cordero asado. Lo que sí. Me encanta el cordero, para ser honesto. Y no como muy seguido.

Dejé salir un rugido feo y alto, similar al de un animal.

–*Mierda. Qué desastre. Qué completo y maldito desastre*. –Me tapé la cara con las manos, deseando que fuera así de sencillo esconderme de esta situación.

–Puede que también haya dicho algo como eso, cuando creía que hablaba contigo. –Entonces, con curiosidad científica, preguntó–: ¿Qué significa exactamente?

–Significa mierda. Desastre. Lío. Catástrofe –respondí con la voz ensordecida por los dedos.

–Teniendo en cuenta el tono que tenía al principio de la conversación, tiene sentido.

–Aaron –dejé caer la mano en mi regazo–, ¿por qué le dijiste que ibas a ir? Faltan muy pocos días para la boda. Me voy en tres días.

–Ya hablamos de esto –dijo, sonaba tan exhausto como yo–. No le dije que iba a ir. Ella lo asumió.

Lo miré de reojo.

–¿Después de lo que sucedió? –pregunté, intentando abordar el tema desde otro ángulo–. ¿Dejaste que lo asumiera después de la conversación en la que acordamos que nuestro acuerdo había terminado? –¿Se lo había olvidado? Porque yo no.

–Te dije que lo hablaríamos en otro momento.

¿Cuándo?, quería preguntarle. ¿Camino al aeropuerto? Nos estábamos quedando sin tiempo.

–Pero no lo hemos hecho, Aaron.

Dos semanas. Había tenido dos semanas para hablar. Y, por mucho que me odiara, una parte de mí esperaba que me buscara. Ahora me daba cuenta. Bueno, al menos eso explicaba por qué no se lo había podido contar a Rosie. O a mi familia. Todavía.

–Y no tenemos por qué hacerlo. No tenemos nada de qué hablar. –Negué con la cabeza. Era tan tonta.

Apretó la mandíbula y no dijo nada más.

Me sonó el móvil un par de veces, pero lo ignoré. Estaba muy ocupada fulminando a Aaron con la mirada.

Sin energía, me di por vencida y apoyé la cabeza en el lujoso reposacabezas del asiento del copiloto. Cerré los párpados y deseé poder cerrar también el mundo.

Me llegaron algunos mensajes más y el teléfono siguió sonando, lo que me hizo bajar la vista a mi regazo. Volví a ignorarlo.

–¿Qué voy a hacer? –Pensé en voz alta–. En unas pocas horas Isabel llamará a todos para contarles que habló por teléfono con *el novio de Lina*. –Tenía el agua hasta el cuello–. Supongo que siempre puedo decirles que hemos terminado. –Lancé un suspiro alto. Después me giré para mirarlo–. No nosotros, sino… –Negué con la cabeza–. Sabes a qué me refiero.

Aaron se enderezó en su asiento, ocupando casi todo el espacio.

Antes de que pudiéramos decir algo, mi teléfono volvió a sonar. Lo levanté con la intención de silenciarlo. *Por el amor de Dios.*

Un número alarmante de mensajes apareció en mi pantalla y confirmó mis sospechas.

Isabel

Acabo de hablar con tu novio. 😏

Qué voz tan sexy y profunda. Envíame una foto,
por favor.

Mamá

Tu hermana me contó que habló con Aaron.

Si quiere un menú vegetariano, todavía podemos hablar con el restaurante y pedirles que le preparen una opción con pescado. Sí come pescado, ¿no?

Eso no es carne, ¿o sí?

A menos que los vegetarianos coman pollo.

¿Comen pollo? ¿Charo era flexotariana?

¿Flexatariana? No recuerdo. Pero comía
jamón y chorizo. Ya sabes que no se nada
de modas de alimentación.

Si come, también podemos pedirle pollo.

Pregúntale.

Ay, por Dios, Jesusito. ¿Cómo diablos estaba despierta mi madre?

Isabel

Es raro que no sepa cómo es tu novio.

¿Es feo? No pasa nada. Apuesto a que

lo compensa de otro modo.🍆

Mamá

Solo avísame qué va a comer.

No hay problema. No se lo contaré
a la abuela. Ya sabes cómo es.

Isabel

Sabes que estoy bromeando. No voy a juzgar
a tu novio por su apariencia.
Tampoco voy a pedirte una foto de su pene,
eso es asunto tuyo; aunque no me opondré
si quieres enseñarme una.

Gruñí.

Otra broma. 🖤

Aunque lo de la voz sexy es en serio.
Eso fue 🔥

–Entonces eso nos deja solo dos opciones –dijo el hombre a mi lado.

Giré la cabeza y casi golpeé la suya porque estaba mirando por encima de mi hombro. Cerca; su boca estaba demasiado cerca de mi mejilla.

Me apoyé el teléfono sobre el pecho y la piel del rostro se me calentó.

–¿Cuánto entendiste?

–Suficiente –dijo Aaron, mi futuro jefe, y se encogió de hombros.

Claro que entendió. Después de todo esto es el show de Lina Martín.

–Lo suficiente como para desaconsejarte que finjas que rompimos sin haber escuchado las opciones que tenemos.

Se había metido él solo en este brete, justo en la línea de fuego. Debería estar enojada. Furiosa. Y quería estarlo. Pero que se incluyera en esto y saber que no estaba sola para arreglar este desastre (uno que yo misma había creado y que había crecido como una bola de nieve hasta formar esta compleja telaraña de mentiras que lo incluía) me hizo sentir un poco… mejor. Un poco menos desamparada. Mucho menos sola.

–¿"Tenemos"? –dije, y pude escuchar la duda en mi voz. La resistencia para creer lo que decía se mezclaba con la esperanza de permitírmelo.

–No voy a obligarte, Catalina. –Aaron me fulminó con una mirada que conocía muy bien. Esta era la última vez que iba a decir lo que estaba por decir–: Hay algo que no me estás diciendo. Algo que te hizo cambiar tan drásticamente de idea después del anuncio de Jeff. –Levantó una mano y se acarició el pelo oscuro, como si estuviera preparándose para algo–. Te dije que hablaríamos y no lo hicimos. Eso es mi culpa. Hay una explicación, pero ahora no importa. –Dejó que eso decantara un momento. Y lo hizo. Decantó hasta el fondo de mi estómago–. Podemos hacer que funcione. Haremos que funcione, si eso es lo que quieres. –Hizo una pausa y la respiración se me atascó en la garganta–. Haré que funcione.

Miré fijamente a esos ojos llenos de determinación.

Lo quería. Quería que funcionara. Tenía razón al decir que era mi mejor opción. Porque lo era. Incluso antes de que todo esto sucediera. Pero las cosas habían dado un giro hacía algunos

días.

Lo ascenderán. Se convertirá en mi jefe. Eso cambia las cosas. Aprendí la lección con Daniel.

Y ahora, todo volvía a girar.

Todos en casa esperan que vaya con él. Ahora más que nunca. Es demasiado tarde para retractarnos.

Quizá… si nadie en el trabajo se enterara de nuestro acuerdo, no habría riesgo. Nadie tenía motivos para imaginar que pasaríamos juntos un fin de semana, mucho menos en España para una boda. Nadie se había enterado de la subasta.

Mi mente repasaba una y otra vez el mismo escenario que me llenaba de miedo: yo aterrizando en España sin nadie a mi lado, sola, prisionera del pasado, sonrisas de lástima, miradas de tristeza, susurros.

La sangre se desplomó a mis pies y la sensación me hizo acordar a algunas horas atrás, cuando me había desmayado.

–¿Cuál es la opción A? –susurré, exhausta de intentar sacar conclusiones sola–. Dijiste que teníamos dos opciones. ¿Cuál es la primera?

Aaron puso la misma expresión de cuando hacía negocios.

–La opción A es que viajes sola a tu casa. Por mucho que lo desaconseje, sigue siendo una opción. –Escucharlo de alguien que no era yo hizo que un escalofrío me recorriera los brazos–. No tengo dudas de que estarás bien, aunque eso no significa que sea el camino más fácil para… lo que sea que quieras lograr.

–No quiero lograr nada.

–Ninguno de los dos nos creemos eso. Pero está bien. De todos modos, tienes una segunda opción. Y, la diferencia es que, si decides ir con la opción B, no estarás sola. Llevarías refuerzos. –Se llevó la palma a su amplio pecho–. A mí. Sabes mejor que nadie que los proyectos difíciles requieren la cantidad adecuada de refuerzos y apoyo para tener éxito. Entonces, llévame, y eso será justo lo que haré. No tendrás que enfrentarte a nadie sola. Les darás exactamente lo que les prometiste.

Sentí como si algo me hubiera golpeado en las costillas y casi tuve que acariciarlas para aliviar la sensación.

–Si me llevas como tu cita *y novio*, algo que para tu conveniencia olvidaste mencionar, cortas el problema de raíz. Tan sencillo como eso. –Aaron Blackford presentó su oferta de modo impecable. Directo al maldito grano.

–¿Sencillo? Estás loco si crees que esto será sencillo –murmuré–. La mayor parte del tiempo apenas puedes soportarme, imagínate un ejército de Linas de todas las formas y tamaños. Tres días seguidos.

–Estoy preparado.

La pregunta era: ¿yo lo estaba? ¿Estaba preparada para dar el salto y arriesgarme a que la historia se repitiera? Entonces, dijo:

–Nunca me ha asustado tener que trabajar para conseguir algo, Catalina. Incluso si todas las

probabilidades están en mi contra.

Esas palabras casi me dejaron sin aire, como si esa declaración hubiera llevado consigo un peso extra y me hubiese golpeado.

Estoy siendo una estúpida.

No. Estaba totalmente loca, si es que lo que estaba por decir era una señal de cuánto había perdido la cordura. Pero, diablos, no era nada que no hubiéramos acordado antes.

–De acuerdo –cedí–. Ya te lo advertí… dos veces. Ahora supongo que de verdad estás metido en esto. *Estamos* metidos en esto, tú y yo.

–Yo no fui el que lo canceló, Catalina. –Tenía razón; podía concederle eso. Y aclaró–: Ya estaba metido desde antes.

–Lo que digas, Blackford. –Desvié la mirada. No quería que viera cómo me sentía–. Solo espero que no lo arruinemos.

–No lo haremos –declaró con firmeza–. ¿O te olvidas de que nunca fallo cuando persigo un objetivo?

Pestañeé. Sus últimas palabras me daban un poco de miedo. Ay, diablos, íbamos a necesitar un cierto grado de confianza, quizá hasta una pizca de locura, que el plan fuera exitoso.

Ignoré el alivio y la sensación de que me había quitado un peso de los hombros. Finalmente dejé que mi mirada se perdiera fuera del auto.

–Esta no es mi calle. –No reconocía la zona en la que habíamos estacionado–. ¿En dónde estamos?

–Estoy buscando la cena –dijo, señalando por la ventana a un *food truck* decorado con patrones coloridos, flores y máscaras de lucha–. Este lugar tiene los mejores tacos de pescado de la ciudad.

Me rugió el estómago de solo pensar en tacos de pescado. La verdad es que cualquier tipo de tacos hubiera tenido el mismo efecto, pero ¿tacos de pescado? Eran mi permitido.

–¿Tacos de pescado?

Frunció las cejas oscuras. Y tenía tanta hambre que podría haberle besado el ceño.

–Te gustan –afirmó, no preguntó. Tenía razón.

–De hecho, me encantan.

Aaron asintió, como si quisiera decirme ¿viste?

–Puede que los hayas alabado con Héctor unos cientos de veces –comentó casualmente. Parpadeé. Más que cientos, yo diría millones de veces–. ¿Cuántos quieres? Yo suelo pedir tres. –¿*“Suelo pedir”?*

–Tres está bien –confirmé un poco ausente, pensando en otra cosa: me lo imaginé viniendo aquí regularmente, pidiendo sus tres tacos, con los dedos y las comisuras de los labios (que siempre tenía tan impecables) llenos de salsa.

Detente, Lina, me regañé. *Los tacos no son sexys, son un lío pegajoso.*

–Ya vuelvo. –Se desabrochó el cinturón. Un poco tarde, moví las manos para desabrochar mi cinturón y acompañarlo–. No –ordenó mientras abría la puerta–. Quédate en el auto. Yo los traigo.

–No tienes que cuidarme ni comprarme comida, Aaron –me quejé para que dejara de actuar como mi madre–. Ya has hecho suficiente.

–Sé que no tengo que hacerlo –dijo, saliendo del auto. Se inclinó y volvió a meter la cabeza en el habitáculo–. De todos modos, pensaba venir aquí esta noche. Tú solo estabas en el auto –explicó como si supiera lo que necesitaba escuchar. No se equivocaba–. Y deberías comer algo. Solo serán unos minutos.

–De acuerdo –suspiré, dándome por vencida. Jugueteé con los dedos mientras se alejaba. Lo llamé y se detuvo–. Que sean cuatro –pedí con un hilo de voz. Comportarme como una estúpida con la comida se había terminado–. Por favor.

Aaron me miró en silencio durante unos segundos. Tantos que me cuestioné si haber sumado ese taco extra había sido una buena idea. Cuando finalmente habló, lo hizo muy bajo:

–Intenta no volver a dormirte, ¿sí? No puedo prometerte que vaya a sobrar comida cuando te despierte, si es que lo consigo.

Entrecerré los ojos.

–Más te vale no hacer eso, Blackford –murmuré un segundo después de que cerrara la puerta de un golpe y cruzara la calle hacia el puesto de comida mexicana.

Pasados no más de treinta minutos, tenía en mis manos un paquete de comida para llevar que olía absolutamente increíble y estaba cerrando la puerta de mi apartamento. Cinco tacos… Aaron me había comprado cinco y no cuatro, como le había dicho. Con acompañamiento de arroz y chiles. Y no me había dejado pagar por nada.

“Yo invito”, había dicho.

Después, había guardado su número en mi teléfono y me pidió que le enviara los detalles de mi vuelo en cuanto llegara a casa. Me hizo prometerle que comería y me iría a dormir, como si no me estuviera muriendo de ganas de hacer exactamente eso.

Entonces, sin entregarme al pánico con el que seguro me despertaría a la mañana siguiente, cumplí con la promesa que le había hecho.

A Él. Aaron Blackford, quien pronto sería mi jefe y, todavía más pronto, mi pareja falsa en la boda de mi hermana.

Porque, justo como me había dicho, podía contar con él.



Capítulo 12

Horas para abordar el vuelo hacia la boda-tortura: veinticuatro.

Nivel de ansiedad: llegando al estado de alarma.

Plan de contingencia: brownie de tres chocolates. Lo que cupiera en un camión.

Si algo aprendí de mi desmayo era que me había comportado como una completa idiota con mi salud. Y, aunque sabía que llenarme la boca de chocolate era pasarme para el otro lado, supongo que me gustaban los extremos.

Y eso era exactamente lo que me había traído hasta la avenida Madison, el único lugar en la ciudad de Nueva York que tenía el poder de aplacar a la bestia furiosa que era mi ansiedad.

–¿Quieres tu pedido para llevar, Lina? –preguntó Sally desde el otro lado del mostrador–. Por cierto, ¿cómo está Rosie? ¿No te acompañará hoy?

–Me encantaría, pero me temo que hoy estoy sola.

La noche anterior había hablado por teléfono con mi amiga durante casi dos horas. No había sido fácil contarle el plan que estaba a punto de llevar a cabo. Me respondió con chillidos (innecesarios) y me molestó con eso de las miraditas entre Aaron y yo que, claramente, era un invento de ella. Pero se sentía bien tenerla de vuelta en mi equipo. Incluso aunque fuera el Equipo Farsa. Saber que estaría en Nueva York esperándome con una sonrisa comprensiva y un pote de helado, que sin duda iba a necesitar, significaba mucho para mí.

–Y no, gracias, me tomaré el café y el brownie aquí. –Hice una pausa para reconsiderarlo–. Brownies. Que sean dos, por favor –le dije a Sally–. Puedo darme el gusto. Hoy me he pedido el día libre en el trabajo, así que me dedicaré a pasear y relajarme.

–Ay, de verdad debes extrañarme si vas a quedarte tanto tiempo –comentó mientras pesaba con esmero los granos de café y me regalaba una sonrisa por encima de su hombro–. No te culpo,

es imposible no extrañarme, ¿verdad?

–Por supuesto que te extrañé. –Me reí entre dientes–. Eres mi barista favorita en todo el mundo. –Seguí todos sus movimientos con la mirada. Se me hacía agua la boca.

–Ay, solo lo dices porque tengo lo que quieres justo ahora, pero no te detengas, por favor.

Estaba lista para admitírselo y quizá hasta pedirle matrimonio, si eso significaba tener café gratis e ilimitado por el resto de mi vida, pero entonces la vi mirar detrás de mí mientras presionaba un botón en la máquina que hacía suceder el milagro de la cafeína. Un destello de cariño le iluminó los ojos.

–Buenos días –saludó a su nuevo cliente. Me miró de un modo travieso y volvió a concentrarse en él–. ¿Lo mismo de siempre? ¿Expreso doble sin azúcar? –Hizo una pausa y sentí que el recién llegado se acercaba.

Fruncí el ceño. Algo me sonaba muy familiar en ese pedido oscuro, amargo, sin alma, justo como…

–Enseguida, Aaron.

Enderecé la espalda y mantuve la cabeza firme hacia delante mientras los ojos se me abrían cada vez más.

–Gracias, Sally.

Esa voz le pertenecía al hombre que al día siguiente se subiría conmigo a un avión. El hombre que le presentaría a mi familia como mi amado falso novio.

Me giré despacio en su dirección y me encontré con un par de ojos azul océano cubiertos por una expresión seria que conocía muy bien. Abrí la boca, pero no pude decir nada.

–Es peor de lo que pensaba –dijo mientras me escaneaba el rostro y apretaba los labios en esa típica línea.

–¿Perdón? –respondí burlona, imitando su voz y mirándolo de arriba abajo, boquiabierta.

–Tus ojos. –Me señaló la cabeza–. Se ven enormes en tu rostro. Más grandes de lo habitual. ¿Estás segura de que la cafeína es una buena idea? Ya pareces un poco alterada.

–¿Alterada? –Entrecerré mis ojos enormes y “más grandes de lo habitual”.

–Sí –asintió, despreocupado–, como si estuvieras al borde de una crisis nerviosa.

Conteniendo unas malas palabras, respiré profundo para evitar tener una crisis nerviosa (como había dicho) justo en ese instante.

–Antes que nada, estoy tranquila. –Me dedicó una mirada incrédula–. Sí. No solo tranquila, sino también serena, fíjate. Como uno de esos estanques en los que el agua ni se mueve. –Me giré hacia Sally, que estaba apoyada en el mostrador con la barbilla sobre la mano, absorta en mi conversación con Aaron–. Creo que voy a retirar eso de que te extraño, Sally –bromeé. Ella sonrió todavía más y se enderezó. Miré a Aaron de reojo–. ¿No deberías estar en el trabajo, señor Robot? Ya sabes, en lugar de andar por ahí señalando lo alterada que se ve cualquier mujer con la que te cruzas al azar.

–Tú no eres cualquier mujer –contraatacó con calma y se apoyó en el mostrador, justo al lado mío–. Y sí fui a trabajar. A la mañana. Pero me tomé el resto del día.

–¿Vacaciones? –Suspiré dramáticamente–. El infierno debe haberse congelado para que

Aaron Blackford se tome un día. –Cosa que jamás hacía.

–Medio día –corrigió.

Sally apoyó nuestros pedidos sobre el mostrador. Al mismo tiempo. Me pareció raro, dado que yo había llegado varios minutos antes que él. Entrecerré los ojos y ella me dedicó una sonrisa angelical.

–Aquí tienen, chicos. Solo lo mejor para mis clientes favoritos. Expreso doble sin azúcar y un café con leche. –Eso me recordó que antes le había preguntado a Aaron si quería "lo de siempre".

–¿Qué tan seguido vienes aquí, Aaron? –lo interrogué. Suponía que no mucho porque, considerando mi fidelidad religiosa con Around the Corner, tendría que habérmelo cruzado–. ¿Cómo conoces este lugar?

Google Maps, Tripadvisor, Time Out y otro millón de sitios web podrían estar detrás de su descubrimiento. Y sin embargo…

–Vengo bastante seguido –respondió, tomando la cartera del bolsillo.

Con los ojos todavía entrecerrados y mientras veía sus largos dedos luchar con la billetera, recordé algo. Le había hablado sobre Around the Corner. Más bien había hablado conmigo misma y él me había escuchado… Fue cuando se apareció en mi oficina para ayudarme con el Día de Puertas Abiertas. Enderecé la espalda por la epifanía.

–¿Qué es lo que te sorprende tanto, Catalina? Presto atención cuando hablas. Hasta cuando mascullas para tus adentros, lo que haces bastante seguido, por cierto. Pero, de vez en cuando, dices algo interesante.

–¿Lees mentes o algo así?

–Por suerte no. La mayor parte del tiempo me daría pánico saber lo que piensas. –Estiró el brazo y le dio su tarjeta de crédito a Sally–. Yo invito.

De acuerdo. En primer lugar, ¿pánico? Y segundo, ¿mascullo? *¿Seguido?*

Sally tomó la tarjeta de crédito y me sacó de mi estúpido asombro.

–Espera –aullé y capturé la atención de Sally y de Aaron–. No tienes que pagar mi pedido. Tengo dinero.

–Lo sé, pero quiero hacerlo.

–¿Y si *yo* no quiero? –discutí. La mirada de Sally se disparó hacia el hombre a mi lado. Yo también me giré y me encontré con una expresión calma en el rostro de Aaron.

–¿Hay algún motivo por el que no quieres que yo en particular te invite, Catalina? Algo me dice que, si fuera otra persona, no pondrías ninguna resistencia a que te invitaran un café y un brownie. –Le echó un vistazo al mostrador–. Unos brownies.

–Bueno, sí. Hay un motivo, sabelotodo. –Di un paso hacia él. Uno pequeño. Bajé la voz–: Ya te debo suficiente. Y no me refiero a los tacos de pescado de anoche, ¿de acuerdo? –Nos miramos fijamente–. No necesito seguir acumulando deudas. –Si el cambio en su cara era un indicio de algo, la última parte en verdad le había molestado.

–No me debes nada –dijo con el ceño fruncido–. Que te invite tacos, café o cualquier otra cosa no genera ninguna deuda. –Negó con la cabeza, algunos mechones de pelo, siempre tan bien

peinado, rebotaron y cautivaron toda mi atención. Relajó el ceño y me dedicó una mirada un poco distante–. ¿Alguna vez aceptarás algo de mi parte sin dar batalla?

–Esa… –Se me fue la voz, no sabía qué decir–. Esa no es una pregunta fácil de responder, Blackford.

–Ya veo.

Torció la cabeza, se giró hacia mí y recortó gran parte de la distancia que nos separaba. Fue un movimiento inesperado y se me alteró la respiración por la sorpresa. Superconsciente de lo cerca que estábamos, tartamudeé. De pronto no sabía qué decir o si era necesario que dijera algo. Estiró un brazo y me acarició la sien. Separé los labios y un cosquilleo me recorrió toda la piel.

–Siempre peleándome. –Ahora era él el que hablaba en voz baja.

Lo miré a la cara, tan hermosa y seria. Sus ojos azules escrutaban mi reacción.

–Resistiéndote.

Se me aceleró el corazón, como si acabara de correr dos o tres kilómetros.

Acercó la cabeza y dejó la boca demasiado cerca donde habían estado sus dedos unos segundos atrás. Casi tan cerca como había estado cuando bailamos.

–Es como si quisieras que te rogara. ¿Te gustaría eso? ¿Que te rogara? –Su voz sonó tan… íntima y susurrada. Pero fue lo que dijo después lo que revolucionó mis pensamientos–: ¿Es eso? ¿Me voy a tener que arrodillar?

Guau.

Un calor familiar me subió por el cuello, se me esparció por las mejillas. Me calentó la piel. Después bajó e hizo que, en cuestión de segundos, me subiera la temperatura de todo el cuerpo.

–Déjame consentirte, ¿sí? Quiero hacerlo. –Me sostuvo la mirada mientras el estómago me daba un vuelco.

–De acuerdo –dije, temblorosa y afectada. Exhalé. Se me secaron los labios y luego los apreté como si intentara controlar el caos que me invadía todo el cuerpo y la mente. Me aclaré la garganta. Dos veces–. Puedes pagarme el café. No tengo ganas de que me ruegues ni de que montes un espectáculo en el medio de la cafetería. –Me aclaré la garganta por tercera vez, mi voz todavía no había vuelto a la normalidad–. Así que paga todo lo que quieras. –Hice una pausa para intentar recuperar el control de mi cuerpo–. Y gracias.

Aaron asintió con la cabeza, en su comisura vi el inicio de una sonrisa de satisfacción.

–¿Ves? No fue tan difícil, ¿no? –señaló. Curvó los labios un poco más, regocijándose y…

Un momento.

De pronto comprendí.

–Estabas… –No podía creerlo. Nada de todo esto. Mi reacción, el hecho de que me hubiera… calentado por diversión–. Solo querías demostrar tu teoría.

–Puede que sí –dijo y por fin se retiró de mi espacio personal y se alejó. Me miró de reojo, con esa mueca presumida todavía en los labios–. ¿Estás decepcionada, Catalina?

No puedo creerlo.

Y, lo que era todavía peor, esto significaba que era plenamente consciente del efecto que tenía sobre mí. Sabía lo que su cercanía le provocaba a mis sentidos. A mi cuerpo. Y acababa de

ganar esta estúpida discusión.

Miré boquiabierta su perfil mientras se llevaba la taza a los labios, tan complacido consigo mismo.

–¿Sabes qué, Aaron? –Me encogí de hombros tratando de reprimir la sonrisa que estaba a punto de invadir mi expresión–. La verdad es que sí estoy decepcionada.

–¿Sí? –La mirada presumida se desvaneció.

–Oh, muy decepcionada. ¿Y sabes lo que hago cuando eso sucede? –Me giré hacia Sally–. Sally, voy a llevar uno de todo lo que tienes en el mostrador. Y, cambié de idea, prepáramelo para llevar, por favor. –Mis labios se movieron en lo que esperaba que no pareciera una sonrisa malévola–. Este de aquí insiste en pagar. –Señalé a Aaron con el pulgar–. Así que, por favor, que lo haga antes de que espante a todos tus clientes con no sé qué perorata de arrodillarse.

–Ay, no me gustaría que eso sucediera –respondió Sally y me guiñó un ojo–. Te gustan mucho los panecillos de limón. ¿No prefieres que te ponga dos en lugar de uno? –preguntó mientras tomaba uno del plato más grande. Asentí.

–¡Qué idea tan maravillosa! Tienes razón, me encantan. ¿Y por qué no dos panecillos de arándanos también? Se ven deliciosos.

–Si crees que esto me molesta, es porque no has entendido que ayer hablaba en serio –dijo Aaron, que seguía a mi lado, atestiguando mi numerito. Ignoré cómo me hizo sentir–. Aun así espero que compartas.

–Creí que me estabas consintiendo, no que yo te estaba consintiendo a ti.

Si no lo conociera tan bien, se me hubiera pasado la diversión que tenía en los ojos. Pero allí estaba.

Y, mientras miraba ese hermoso rostro que tanto había despreciado en el pasado (puede que injustamente, *lo admito*), lo entendí. Yo me estaba divirtiendo tanto como él, hasta puede que un poco más. Y no teníamos solo eso en común: ambos éramos muy malos disimulándolo.

Pero, por algún motivo, por primera vez en nuestra historia, a ninguno parecía importarle. Nos quedamos ahí, mirándonos fijamente. Ambos reprimiendo una risa traviesa. Escondiendo nuestra diversión como un par de idiotas cabezaduras, esperando a que el otro se riera primero.

–De acuerdo. –La voz de Sally rompió el hechizo e hizo que me girara de golpe. Tenía una sonrisa de oreja a oreja–. Pedido armado y listo.

–Muy bien, gracias –murmuré. Con un poco de esfuerzo, conseguí tomar todo y apoyármelo en el pecho–. Bueno, Blackford, gracias a ti también. Siempre es un placer hacer negocios contigo.

–No vas a compartir, ¿no?

–Nop. –Nos miramos fijamente mientras los segundos pasaban.

–No… –Su voz se apagó, parecía que había cambiado de idea. Se me aceleró el corazón–. No me gusta correr por la terminal. Así que intenta no llegar tarde mañana. No es…

–Divertido. Lo sé, Blackford. Adiós. –Giré sobre mi eje y me alejé.

Primero había ido por mis dulces y ahora esto.

Un día iba a arrojarle algo a esa cara ridículamente simétrica que tenía. Juré que lo haría,

pero no iba a ser un brownie.



Capítulo 13

Aaron nunca llegaba tarde. No estaba programado para esa clase de comportamiento negligente.

Lo sabía porque hacía más de un año y medio que intentaba llegar antes que él a cada reunión en la que coincidíamos. Eso solo podía significar una cosa: no vendría.

Había entrado en razón y comprendió lo ridículo que era nuestro plan.

Mi plan; al que él había accedido.

¿O era al revés? A estas alturas ya no lo sabía.

Tampoco me importaba si venía o no.

Porque esa era la única explicación razonable que le encontraba a estar sola en el medio de la terminal de Salidas, bajo un enorme panel que mostraba el estado y los horarios de todos los vuelos. Un sudor frío me recorría la espalda y no había nadie a mi lado. Al menos no el hosco hombre de ojos azules que ya debería estar aquí.

Miré para todos lados mientras lo procesaba.

Estoy sola.

Una ola de puro pánico me bajó por la columna. Y algo más. Algo que se parecía bastante a la traición. Lo que no tenía mucho sentido. No tenía motivos para sentir que Aaron me había traicionado. Ni abandonado. Tampoco quería que esas emociones hicieran estragos en mi cabeza. Ni en mi pecho. Porque entendía perfectamente por qué podía arrepentirse.

De cualquier forma, todo esto era una locura. No tenía nada de sentido. ¿Por qué aceptaría participar en el plan que yo había tramado?

Miré la maleta y el bolso que había apoyado a mis pies mientras intentaba olvidarme de cómo me sentía.

Estarás bien, me dije. *Olvídate de esa estúpida y arrasadora sensación que no tienes por qué estar sintiendo y ve a facturar tu equipaje.*

Lo último que quería era subirme sola a ese avión, pero lo haría. Me enfrentaría a mi familia (y a Daniel y a su prometida y al pasado que había dejado atrás) y a las consecuencias de mi mentira con la frente en alto. Y lo haría sola, por mucho que me hubiese permitido confiar durante las últimas cuarenta y ocho horas en que tendría a alguien a mi lado.

Dios. ¿Cómo había permitido que pasara esto? ¿Cómo había hecho Aaron Blackford para volverse indispensable en mi vida?

Con los brazos en la cintura, me quedé donde estaba por lo que me juré que iba a ser el último minuto. Para que me quedara claro, volví a repetirme que iba a estar bien.

¿La presión que sentía detrás de los ojos? Nervios. Volver a casa siempre me había provocado alegría y remordimiento en partes iguales. Tanto nostalgia como dolor por los recuerdos. Ese era el motivo por el que no iba muy seguido.

Pero nada de eso importaba. Era una niña grande. Antes de Aaron, el plan era ir sola, y así iba a ser.

Con una exhalación temblorosa, vacié la cabeza y el pecho de cualquier pensamiento que hubiera quedado dando vueltas, y dejé caer los brazos para tomar las maletas.

Ya está bien. Hora de irse. El infierno no espera a…

–Catalina –dijo detrás de mí una voz que creí que ya no tendría el gusto (no solo el gusto, el alivio, la alegría, el maldito *placer*) de oír.

Cerré los ojos y me tomé unos segundos para deshacerme de la ola de sobreexcitación y de las emociones inapropiadas que, sin éxito, había intentado alejar.

Aaron está aquí. Sí, ha venido.

Tragué con fuerza y apreté los labios.

No estoy sola. Está aquí.

–¿Catalina? –insistió.

Me di la vuelta muy lentamente, intentando que mi boca no formara lo que sabía que iba a ser una sonrisa temblorosa. Una que delataría todas las emociones que luchaban por salir.

Lo encontré con el ceño fruncido y juro que nunca me había alegrado tanto ver ese gesto testarudo que lo hacía juntar las cejas.

Vino, vino, vino.

Torció la cabeza.

–¿Estás…? –Antes de que pudiera terminar de formular la pregunta, con un grito, me lancé a su pecho. Después lo envolví entre mis brazos lo mejor que pude.

–Viniste. –La palabra salió ensordecida por la tela de lo que fuera que llevaba puesto.

Su pecho era cálido, amplio e invitaba a acurrucarse y por un segundo quise que no me importara lo mucho que me había hundido en él o cuánto me iba a avergonzar más tarde.

Porque, para bien o para mal, estaba abrazando a Aaron.

Y él… aunque no me devolvía el abrazo, tampoco me alejaba. Tenía los brazos a los lados, justo donde estaban antes de que me arrojara encima de él. Tampoco movía mucho el pecho. Era

como abrazar a una escultura de mármol, dura e irrompible, pero bajo mi mejilla le latía el corazón, y ese era el único indicio de que no le había ocasionado un paro cardíaco. Porque, fuera de eso, estaba completamente quieto.

Di un paso hacia atrás, muy lento, y alcé la mirada. Bueno, también parecía una estatua. Quizá lo había roto con el abrazo. Eso explicaría por qué apenas pestañeaba mientras me miraba fijamente.

Entonces, empecé a procesar todo lo que había ocurrido en el último minuto. Desesperada, busqué en mi mente algo para decir, cualquier cosa que me sirviera como excusa para esta breve y temporaria locura que había terminado conmigo abrazándolo. No encontré nada.

–Pensaste que no vendría. –Rompió el silencio. Una parte de mí no quería admitirlo, aunque fuera bastante obvio. Y continuó con un tono acusatorio–: Me has abrazado porque pensaste que no vendría. –Su mirada me analizaba como si no pudiera creer o entender lo que acababa de suceder–. Nunca me habías abrazado.

Di otro paso hacia atrás, frotándome las manos. Me abrumaba la forma en que me miraba.

–No creo que cuente como un abrazo cuando una de las partes se queda dura como un tronco, capitán No tan Obvio. –En ese momento, decidí que para mí no había sido un abrazo–. Además, llegaste tarde, y tú nunca llegas tarde, ¿qué esperabas que pensara?

Me alejé un poco más para poner la distancia correcta entre nosotros y pude verle el cuerpo entero. De pies a cabeza. Y… sí, de cabeza a pies también. Descubrí entonces que la tela suave sobre la que había apoyado la mejilla hacía un momento era una camiseta de algodón blanca y lisa. Las piernas, que no se habían movido ni un centímetro mientras lo abrazaba, estaban enfundadas en vaqueros. Y los…

¿Es un calzado deportivo lo que lleva en los pies?

Sí, sin duda era calzado deportivo.

No tenía idea de cómo esperaba que fuera vestido, pero seguro no así. No estaba preparada para que llevase algo que no fuera la camisa de mangas largas metida dentro de los pantalones de vestir, como siempre lo había visto.

Parecía relajado. *Normal*. No había rastro de la máquina de trabajar distante y de acero inoxidable con la que compartía oficina. La que te podía gritarte para que mantuvieras la distancia.

No. Aunque parezca irónico, quería volver a apoyar la mejilla contra su pecho. Y eso era absolutamente ridículo. Y también peligroso. Esta nueva versión de Aaron era tan peligrosa como la que sonreía y se reía. Porque me gustaba. Tanto que ponía en peligro la salud de nuestro plan. O la mía.

–Catalina –me llamó, obligándome a mirarlo a la cara.

–¿Sí? –Con las mejillas prendidas fuego, intenté disimular que había estado comiéndomelo con la mirada. Y disfrutándolo.

–Te pregunté si ya habías terminado.

Mierda.

–¿Terminado con qué? –Me rasqué el costado del cuello para disipar la vergüenza.

–De entrar en pánico. Por mi supuesta ausencia. ¿Ya terminaste con eso? Porque estoy aquí, justo como dije. Y no llegué tarde, tú llegaste sorpresivamente temprano. –Torció apenas la cabeza y agregó–: Ya era hora.

Entrecerré los ojos y miré la hora en mi móvil.

–De acuerdo, puede que tengas razón. –Volví a mirarlo–. Ya era hora.

–Bien. –Alzó la comisura derecha–. Entonces, ya que nos hemos puesto de acuerdo en eso –comenzó, y no me gustó ni un poco que sonara tan presumido–, ¿crees que has terminado de mirarme como si me hubiera crecido una segunda cabeza? Porque me gustaría ir yendo.

–Síp. –*Atrapada*–. He terminado. –Enderecé los hombros y tomé la manija de mis maletas–. Es solo que no sabía que tenías ropa normal.

Aaron arqueó una ceja.

Mis ojos me traicionaron y volvieron a mirarlo de pies a cabeza. Maldita sea, se veía muy muy bien, tan cómodo y suavecito. Negué con la cabeza.

–Vamos, señor Robot. Tenemos equipaje que despachar –le dije obligándome a desviar la mirada–. Ahora que llegaste y todo eso.

Tomé el bolso (que estaba lleno hasta el tope), me lo colgué en un hombro e intenté caminar con tanta gracia como pude, pero era probable que me viera como un sherpa sobrecargado.

Aaron me alcanzó con un paso largo. Lo vi levantar una ceja cuando me miró con el rabillo del ojo.

–¿Cuánto tiempo piensas quedarte en España? –Señaló mis dos maletas, que puede que fueran un poco más grandes de lo estrictamente necesario–. Tenía entendido que volveríamos el lunes.

–Eso haremos.

–¿Así empacas para tres días? –Abrió grandes los ojos e hizo el numerito de mirarme a mí y luego a mi equipaje varias veces.

–Sí, ¿por qué preguntas?

Apreté el paso mientras me esforzaba por evitar que el peso del bolso que llevaba en el hombro me hiciera aterrizar con el trasero en el suelo pulido de la terminal. En lugar de responder, me puso una mano en el hombro para que me detuviera. Sin darme lugar para quejarme, lo tomó con delicadeza y se lo colgó en el hombro. El alivio físico fue tan inmediato que no pude evitar gemir.

–Por Dios, Catalina –resopló y me miró horrorizado–. ¿Qué llevas aquí? ¿Un muerto?

–Ey, no es cualquier visita familiar de fin de semana, ¿sí? Deja de avergonzarme por mi equipaje –le dije al hombre de ceño fruncido que caminaba a mi lado–. Tengo que llevar muchas cosas: maquillaje, accesorios, secador de cabello, planchas, cremas, todos los vestidos, seis pares de zapatos…

–¿Seis pares de zapatos? –graznó Aaron y frunció el ceño aún más.

–Sí –respondí rápidamente, buscando con la mirada el mostrador de facturación–. Uno para cada uno de los tres atuendos que necesito, y sus tres pertinentes repuestos. –Hice una pausa y pensé en algo–. Por favor, dime que trajiste al menos un par de repuesto.

–No –Aaron se acomodó mi bolso en el hombro y negó con la cabeza–, no traje. Pero estaré bien. Por el contrario tú… –Volvió a negar–. Tú eres…

–¿Brillante? –completé–. ¿Astuta? ¿Talentosa en el arte de empacar? Lo sé. Y espero que tengas suficiente ropa en esa maletita diminuta que trajiste.

–Ridícula –murmuró–. Eres una ridícula.

–Veremos quién es el ridículo cuando le ocurra algún accidente a tu camisa, corbata o traje y tengas que ir a la boda con uno de mis vestidos.

Gruñó.

–Seis pares de zapatos –murmuró el hombre de ropa informal que fruncía el ceño–. Una ridícula que lleva su peso en ropa –continuó tan bajo que casi no podía entenderlo.

–Si es demasiado peso para ti, puedes devolvérmelo. No necesitaba tu ayuda. –Su cabeza se disparó en mi dirección y me hizo saber con la mirada que esa no era una opción. Acepté la ayuda con un suspiro–. Gracias, Blackford, muy amable de tu parte.

–Sí que la necesitabas –contraatacó y me hizo arrepentirme de haberle dado las gracias–. Podrías haberte lastimado. –Aaron giró a la izquierda y por fin vi los mostradores de la aerolínea con la que volaríamos. Lo seguí.

–Valoro la preocupación, grandote. Pero tengo mis propios músculos. –Pasó por alto que usara su apodo.

–Por supuesto. Tenías que ser cabezadura aparte de ridícula –murmuró entre dientes. Tuve que ocultar la sonrisa.

–El muerto se ríe del degollado.

Me miró de reojo una vez más y aceleró, con su maleta pequeña y razonable en una mano y mi bolso ridículamente abarrotado en el hombro. Desde mi posición, algunos pasos por detrás, no tenía otra opción más que dejar que mi mirada deambulara por su espalda. Una no-muy-pequeña y sin dudas no-muy-calma parte de mí estaba un poco asombrada por el modo en que sus vaqueros abrazaban esos muslos tonificados, que en una época lo habían impulsado por un campo de fútbol. Esa misma parte se agitó un poco más cuando subí la mirada y descubrí el modo en que sus bíceps, que habían llevado una pelota de cuero alargada por un campo de deportes, estaban trabados por el peso de mi bolso.

Uf. Era demasiado perturbador cuánto me distraía la parte de atrás de Aaron ahora que lo conocía más. Ahora que conocía todas esas partecitas de su vida. No solo de las que me había enterado la noche de la gala de caridad, sino también las que había descubierto cuando lo busqué en internet.

Sí, había caído presa de mi curiosidad. Pero solo una vez. Solo me había permitido hacerlo una vez. Y ese nivel de autocontrol no había sido fácil de conseguir. Sobre todo considerando cómo lo que había descubierto se me había quedado clavado en la cabeza y demandaba más atención de lo que hubiese querido admitir.

Mi memoria parecía resistirse a dejar ir las imágenes de un Aaron más joven (igual de estoico, con los hombros igual de anchos y con la mandíbula igual de tensa) vestido con un uniforme púrpura y dorado, que hacía que se me acelerara el pulso de solo pensarlo. O los

titulares que indicaban que había sido una figura importante en esos días. Y, lo que más me costaba olvidar, los artículos (había encontrado más de una docena) en los que lo alababan por su rendimiento o presagiaban el gran jugador en el que se convertiría. Pero no lo había hecho.

¿Por qué? ¿Por qué la cobertura pública de su carrera futbolística se mantenía constante durante varios años y luego se detenía por completo? Eso era lo que no había conseguido descubrir. Y solo alimentaba mi necesidad de saber más, de conocer más sobre este hombre que creía tener completamente descifrado, pero comenzaba a entender que no podría haber estado más equivocada. Como si fuera su pie para hablar, Aaron se dio la vuelta para mirarme con las cejas en alto.

–¿Algún problema? –Me tomó con la guardia un poco baja y solo pude negar con la cabeza–. Entonces, vamos. A este paso, nunca llegaremos a España.

–Ojalá tuviéramos esa suerte –murmuré. De todos modos, me apresuré para alcanzarlo.

Como siempre, tenía razón.

Sin embargo, había cuestiones más importantes que me ocupaban la mente.

Como el avión al que subiríamos en unas pocas horas.

O el hecho de que, una vez que lo hiciéramos, no habría vuelta atrás.

Porque lo estábamos haciendo. En verdad lo estábamos haciendo, y no podíamos fallar.

Cuando aterrizáramos en España, mi familia tendría que creer que estábamos felizmente enamorados (nivel corazones acelerados, pajaritos cantando y plantas floreciendo). O, al menos, que podíamos soportarnos más de diez minutos sin provocar un conflicto internacional.

Por más que no supiera cómo íbamos a conseguirlo, sí estaba segura de algo. Nosotros, Aaron y yo, lo descubriríamos.

Teníamos que hacerlo.



Capítulo 14

–Y decías que los postres no eran para tanto. Bueno, este pastel de chocolate no dice lo mismo, amigo. –Me refería al sorprendentemente maravilloso postre que nos habían servido a bordo–. ¿Crees que podré pedir otra porción? –Gemí de placer.

Diablos, era tan bueno que ni siquiera me avergonzaba hacer eso.

Ni siquiera con Aaron sentado junto a mí en el lujoso asiento de primera clase. Oh, sí, porque, claro, volábamos en primera clase. Todavía no conseguía entender cómo le había permitido pedir (o, mejor dicho, exigir) que cambiaran mi asiento en turista sin oponerme. Pero sabía que había implicado que él pasara un brazo por los hombros y usara la palabra "*novia*", lo que en retrospectiva me había enceguecido lo suficiente como para asentir como una tonta y apoyar el pasaporte en el mostrador de registro.

–¿Amigo? –Bajó el periódico con el que se tapaba la cara y me dejó ver una ceja levantada.

–Silencio. Estoy teniendo un momento de intimidad con este pastel –le dije. Suspiró y volvió a la lectura. Con la cuchara en alto, vacilé antes de llevármela a la boca–: No tenías que hacer eso, ¿sabes? Pagar por el cambio de mi asiento es demasiado. –Escuché un gruñido evasivo–. Hablo en serio, Aaron.

–Creí que querías comer en silencio.

–Te devolveré el dinero cuando regresemos. Ya estás haciendo mucho.

–No es necesario. –Suspiró casi sobre mis palabras–. Soy miembro del Sky Club de la aerolínea y tengo muchas millas –explicó mientras finalmente me comía el último bocado de ese paraíso de chocolate–. Como te dije, así podíamos usar este tiempo para ensayar.

Cuando finalmente devoré lo que se había convertido en la mejor parte del día, me limpié la boca con la servilleta, volví a apoyarla en la bandeja delante de mí y me giré hacia él:

–Lo que me recuerda que terminó el recreo. –Me ignoró. Golpeé el periódico con el dedo índice–. Tenemos que volver a trabajar. Vamos. –Otro golpe–. Momento de prepararse.

–¿Tienes que hacer eso? –se quejó Aaron desde atrás.

–Sí. –Golpeé el periódico algunas veces más. Era imposible que siguiera leyendo–. Necesito toda tu atención. Solo hemos repasado algunos familiares y nos estamos quedando sin tiempo. –Doblé una de las esquinas y me asomé–. ¿Me estás prestando atención?

–No necesitas hacer nada de eso. –Bajó las grandes páginas impresas en blanco y negro con un movimiento enérgico–. Siempre tienes toda mi atención, Catalina.

Mi dedo se quedó congelado en el aire.

–Ja. –Entrecerré los ojos–. Me da ternura que intentes comprarme con esos truquitos baratos. –Lo medí con lo que esperaba que fuera una mirada seria–. No creas que vas a librarte de esto endulzándome los oídos. Las relaciones internacionales de los Estados Unidos no importan ahora.

–De acuerdo –dijo mientras, con un gesto reticente, lo doblaba meticulosamente y lo apoyaba sobre la bandeja. Sus ojos azules cayeron de lleno sobre mí–. Soy todo tuyo. Sin distracciones.

"Todo tuyo".

Mi respiración quedó atascada en algún lugar entre los pulmones y la boca.

–¿El novio y la novia? –logré decir.

–Gonzalo e Isabel. –Puso los ojos en blanco, como si la pregunta hubiese sido demasiado fácil. Me desafiaba.

–¿Trío de primos a los que no tienes que llevarles el apunte en nada de lo que te digan? –Hice una pausa y torcí la cabeza–. En especial si empieza con *Hola, ¿quieres escuchar algo gracioso?*

–Lucas, Matías y Adrián. –No dudó. De acuerdo, bien. Esos salvajes eran peligrosos; nunca sabías qué podía salir de sus bocas. O de ellos en general.

–¿Padres de la novia, que serían tus futuros suegros si lo nuestro fuera real?

–Cristina y Javier –respondió de inmediato–. Tengo que ser educado pero dirigirme a ellos por sus nombres, si no, se ofenderán y creerán que soy un idiota pretencioso. –Hizo una pausa después de repetir exactamente lo que le había dicho y se acomodó en el asiento, que aunque era más que espacioso, parecía pequeño y ajustado–. Javier es profesor de Historia en la universidad y habla inglés fluido; Cristina es enfermera y su inglés es… no tan bueno. Sin embargo, tengo que ser cauteloso con ella. Aunque parezca que no me entiende, es posible que esté midiendo cada una de mis palabras.

Asentí, disimulando la sorpresa. Estaba acertando todas mis preguntas… por segunda vez. No es que me sorprendiera, ya había demostrado que su determinación no tenía límites, sin importar cuál fuera la tarea. Aaron no hacía las cosas a medias; era el mejor. Siempre.

Mejor así. Iba a necesitar toda esa determinación con la familia Martín y el resto de los invitados. Pero eso no significaba que estuviera completamente satisfecha. No todavía.

–¿Padres del novio?

–Juani y Manuel –respondió rápido.

Asentí y lo vi abrir la boca. Supe qué iba a decir antes de que lo dijera: también eran los padres del hermano del novio. Que era mi ex.

–De acuerdo, próxima pregunta –me apresuré antes de que pudiera hablar–. ¿Prima a la que debes evitar por todos los medios a menos que yo esté contigo para controlar la situación? –Me giré en el asiento para quedar cara a cara.

En un intento por ver cómo trabajaba bajo presión, puse la expresión más dura que pude.

Apretó la mandíbula, parecía distraído.

Mierda. ¿Estaba dudando?

No debería dudar.

Estaba a punto de protestar cuando recuperó la compostura y respondió:

–Charo. –El nombre de mi prima sonó diferente en los labios de Aaron, adornado por su fuerte acento estadounidense.

Hubiese criticado su pronunciación de no haber sido por lo que hizo a continuación y el impacto que provocó en mi cuerpo.

Levantó el brazo y, muy despacio, me acercó a la cara una de sus grandes manos. Pasé los ojos de esa mano a su rostro. Tenía la mirada fija en algo justo encima de mi barbilla. Y luego, antes de que pudiera detener lo que estaba por suceder, su pulgar me tocó la piel. Muy despacio.

Me estaba acariciando la mejilla. Muy cerca de la boca.

Todas y cada una de mis quejas murieron y se fueron al cielo en el momento en que su dedo entró en contacto con mi piel.

Volvió a hablar, absorto en el movimiento de su pulgar.

–Charo –repitió distraído.

Mientras tanto, yo… solo pude quedarme congelada en el lugar, sintiendo cómo ese simple contacto me encendía pequeñas fogatas a lo largo de todo el cuerpo.

–Dijiste que tenía que huir de la mujer de pelo rojo y ojos verdes inquisitivos e impiadosos. Y esa es Charo.

Cómo era posible que un contacto tan suave pudiera quemar tanto era algo que todavía no conseguía descifrar. Separé los labios y dejé escapar una exhalación temblorosa.

Solo entonces Aaron alzó la vista y me miró a los ojos.

La sangre se arremolinó y me llegó al cuello, las mejillas y las sienes. Se esparció por todo mi cuerpo mientras yo le sostenía la mirada y veía cómo se le oscurecían los ojos.

Cuando Aaron alejó la mirada y me quitó la mano del rostro, me sentí más tranquila. Pero esa tranquilidad duró muy poco porque, cuando volví a bajar la vista, descubrí con espanto que tenía una mancha de chocolate en el pulgar.

Chocolate que había estado en mi cara.

Ay, por Dios.

Sin embargo, lo que casi me hace caer del asiento al suelo alfombrado del avión fue algo completamente diferente. No fue saber que había estado hablando con pastel colgando de la cara por una pequeña eternidad. Nop. Tampoco saber que eso había ocurrido delante de él, quien probablemente lo usaría en mi contra en el futuro. No. Lo que casi me hace caer de bruces al

suelo fue que Aaron abriera esos labios que solían estar apretados en una línea inexpresiva y chupara el chocolate que le había quedado en el pulgar.

Chocolate que había limpiado de mi comisura.

Una horda de emociones me estalló en el estómago mientras miraba cómo tragaba con un dejo de aprecio en su rostro.

Yo… *mierda*. Solo pude mirarlo fijamente, completamente… extasiada, completamente sorprendida.

Debería estar horrorizada. Pero no. Su boca me tenía hipnotizada y noté cómo el calor que había sentido en la cara viajaba por todo mi cuerpo a lugares muy interesantes, mientras mis ojos seguían anclados a sus labios.

Por el rabillo del ojo vi cómo Aaron se limpiaba metódicamente la mano con la servilleta que estaba sobre mi bandeja.

–Tenías razón, el pastel era delicioso. –Se aclaró la garganta, como si nada hubiera pasado–. Como decía, tenemos que evitar a la prima Charo.

Cuando logré volver a hacer contacto con sus ojos me sentí en muchos sentidos caliente, molesta y extraña.

–Hiciste énfasis en lo importante que es que Charo no sospeche de nosotros. De nuestro trato.

Apenas estaba escuchando lo que decía y vi cómo volvía a levantar una mano. Una vez más, me acarició la comisura con el pulgar. Esta vez fue el doble de intenso, aunque también el doble de suave. Mis párpados se cerraron por un instante.

–Creo que ya quitaste todo el chocolate. –La voz me salió tan temblorosa que casi no la reconocí–. Gracias.

–Quería asegurarme –respondió por lo bajo mientras alzaba la mirada desde ese maldito lugar cerca de mi comisura hasta mis ojos–. ¿Siguiente pregunta?

–¿Padrino?

Me retorcí en el asiento. La intranquilidad reemplazó al cálido cosquilleo de antes. Quizá porque ese tema no me despertaba los mejores sentimientos. O quizá porque lo que acababa de ocurrir me había desestabilizado. No podía estar segura, pero contuve la respiración mientras esperaba su respuesta.

–Daniel. –Me sostuvo la mirada–. Es tu ex y el hermano del novio. –Asentí una vez. No pude hacer mucho más. Se reacomodó en el asiento, bajando un poco la cabeza para quedar a la altura de mis ojos–. No dijiste mucho sobre él. ¿Hay algo más que debería saber?

Me miró en silencio, casi expectante, sentí que de verdad tenía toda su atención. Como había dicho antes. Solo que, esta vez, no era un truco. La necesidad de abrirme con él y contarle todo se hizo manifiesta y dudé.

–No. Eso es todo. –Bajé la mirada hacia sus manos, que descansaban en su regazo–. Es mi ex y el hermano mayor de Gonzalo por unos pocos años. Isabel y Gonzalo se conocieron por nosotros. Los presentamos cuando comenzamos a salir. Y… eso es todo.

Si fuera más inteligente, le contaría la historia completa. Pero últimamente parecía estar esmerándome en tomar solo decisiones estúpidas. Así que no dije nada más.

En mi defensa, enfrentarme con el culpable de mi situación actual ya era bastante difícil. No quería pasarme todo el rato hablando de Daniel porque eso significaba revisitar recuerdos de malas decisiones y corazones rotos.

Así que no, no tenía ganas de hablar a la ligera sobre el tema, sin importar lo crucial que era para el espectáculo que estábamos a punto de montar. Incluso cuando una parte de mí se rehusara a reconocer lo pequeña que me haría sentir revelarle a Aaron esa faceta, e incluso cuando sabía que le estaba mintiendo. De nuevo. Claro que esta vez era una mentira por omisión, pero tenía el potencial para más tarde explotarme en la cara. Como cualquier mentira.

–Puedes confiar en mí –dijo con suavidad.

Quizá podía. Pero eso no significaba confesarle a Aaron algo que no había sido fácil para mí. Esa parte de mi vida que llevaba un largo tiempo guardada bajo llave… tanto que la cerradura posiblemente estaba oxidada y ya no había forma de volver a abrirla. Eso explicaría cómo había llegado a estar en algún punto del océano Atlántico, sentada junto a un hombre con el que me costaba compartir el aire sin querer arrojarle algo a la cara, pero que de algún modo resultaba ser la única persona en toda la ciudad de Nueva York dispuesta a hacerse pasar por mi falso novio.

–¿Cómo se llama mi *abuela*? –Mantuve la vista baja, lo más lejos posible de su rostro. No quería darle una sola pista de cómo me sentía. Creía que no me iba a hacer bien.

–Catalina –dijo mi nombre con algo que se pareció bastante a la lástima. Lo odié.

–Incorrecto –respondí–. No se llama Catalina, Aaron. Tienes que aprenderte el nombre de mi única abuela viva. –Estaba desviando la conversación, pero eso no cambiaba los hechos: de verdad tenía que saber el nombre de mi abuela–. ¿Entonces? –insistí–. ¿Cómo se llama mi *abuela*?

Aaron dejó caer la cabeza en el respaldo de terciopelo y cerró los ojos.

–Tu *abuela* se llama María y no habla ni una sola palabra de inglés, pero no debo dejarme engañar: no es inofensiva. Si por algún motivo me ofrece comida, debo callarme y comer. –Sus palabras salieron como si las hubiera practicado por semanas.

–Impresionante –asentí. Respiró hondo y me miró pidiendo piedad.

–Lo hemos repasado miles de veces, me está empezando a doler la cabeza. –Juntó las cejas–. Necesitas relajarte y yo necesito descansar. Hagamos eso. ¿Crees que puedes quedarte callada un par de horas?

–En primer lugar, solo lo hemos repasado tres veces. –Le mostré el número con los dedos para dejárselo bien claro–. Y ni siquiera hemos terminado con las preguntas. Por otro lado, estoy completa y absolutamente relajada. Estoy más fresca que una lechuga, Blackford. Solo quiero asegurarme de que no mezcles datos básicos y lo arruines todo. Eres mi novio… –Me detuve cuando escuché lo que acababa de salir de mi boca–. Es tu papel en esta farsa de amor a la española. Mi falso novio. Así que al menos deberías saber los nombres de mi círculo íntimo para que nadie pueda sospechar que, en realidad, no somos una pareja. Y, confía en mí, lo sabrán ante la más mínima vacilación. –Eso le hizo fruncir el ceño–. Sí, no me mires así –le dije, señalándole el entrecejo–. En España, los primos y los primos segundos también forman parte del círculo íntimo, ¿de acuerdo? Lo mismo con los tíos, tías, tíos abuelos y tías abuelas. Y a veces hasta los

vecinos. –Hice una pausa para pensar–. Ah, tendríamos que volver a repasar las descripciones físicas.

–No. –Aaron me paró en seco, su voz sonaba cada vez más frustrada–. Lo que tenemos que hacer es descansar. Y, si no quieres que te mire así, deberías dejarme descansar. ¿Quieres que esté de mal humor cuando aterricemos?

–Siempre estás de mal humor.

–¿Quieres que esté de peor humor que nunca y cause una mala impresión por el cansancio? –Frunció más el ceño.

–¿Es una amenaza? –Lancé un suspiro.

–No –dijo, desconcertado por mi acusación–. Es lo que podría pasar si no me dejas dormir.

–Pero solo es una vez más. Podemos hacerlo rápido. ¿Y si solo repasamos los primos hermanos? –rogué haciendo un puchero. Aaron suspiró, dramático–. O quizá deberíamos repasar cosas básicas, como mi color favorito, la película que me hace llorar o mi mayor miedo.

Aaron se desplomó en el asiento. Abrí la boca, pero levantó una mano para detenerme.

–Coral. *Posdata: te amo*. Y serpientes o cualquier cosa que se les parezca.

Bueno, eso era… cien por ciento correcto.

Luego cerró los ojos y se desconectó del mundo. Y de mí.

Sin palabras, lo imité y apoyé la cabeza en el respaldo mientras me decía que no debía pensar en que Aaron había acertado todo. Pero el silencio solo hizo que los pensamientos y preocupaciones me resonaran cada vez más alto en la cabeza.

Lo que había sentido antes volvió y me hizo retorcer de los nervios. Perdí el control de la pequeña moderación que me gustaba conservar cuando estaba con él.

–Solo quería asegurarme de que todo saliera a la perfección. –Mi voz sonó débil–. Lamento darte dolor de cabeza.

Aaron debió haber escuchado algo en mi confesión, aunque no estaba segura de que mis palabras hubieran sido lo suficientemente altas como para llegarle a través del zumbido que invadía la cabina.

–¿Por qué estás tan segura de que lo arruinaré? –Abrió los ojos de golpe y giró la cabeza en mi dirección.

Su pregunta me pareció sincera, y eso hizo crecer el nudo que tenía en el pecho.

¿Creía que solo me preocupaba que no recordara el nombre de mi *tía abuela*? Yo era la verdadera impostora, no él.

–No es eso. –Negué con la cabeza. No podía encontrar las palabras correctas–. Yo… Quiero que crean que soy feliz.

–¿No eres feliz, Catalina? –Su mirada buscó la mía con esa intensidad tan propia de él que empezaba a creer que pronto me haría revelarle todos mis secretos.

–Supongo que sí. –Exhalé. Soné más melancólica de lo que quería–. Creo que soy feliz. Solo que quiero que todos en casa piensen que lo soy. Incluso si este es el único modo de conseguirlo. –Moví una mano entre nosotros–. Si tú actúas. Si actuamos. Si creen que no estoy soltera porque estoy rota. –Pude verlo unir las piezas, así que continué–: Tenemos que conseguir que todos

crean que estamos profunda, completa y absolutamente enamorados. Si se enteran de nuestro acuerdo, nunca más me dejarán en paz. Tendré que vivir con esa humillación de por vida. Seguro que será un millón de veces peor que ir sola a la boda y que me tengan lástima hasta el último de mis días.

Si descubrían que había ido con alguien que estaba fingiendo ser mi novio y que ni siquiera era mi amigo, confirmaría lo que ya pensaban sobre mí: que era la rota, atascada y patética Lina que veían.

A Aaron le brillaron los ojos con algo que parecía comprensión. Como si finalmente le hubiese caído la ficha. ¿Quizá la verdad detrás de mi motivación? Esperaba que no. Pero, fuera lo que fuera, duró poco, porque nos interrumpieron.

Su atención se dirigió a una azafata que se asomó justo por encima de nuestras cabezas. Le dedicó a Aaron una sonrisa radiante y él no se la devolvió.

–¿Le puedo ofrecer algo para tomar, señor Blackford? ¿Señorita Martín?

–Dos gin tonic, por favor –le respondió a la azafata de inmediato–. ¿Te parece bien, cariño?

–Sí, claro –susurré. Mi mente volvió sobre la última palabra: "cariño". Sentí calor en las mejillas.

De acuerdo, eso… Eso había sido… Nunca había sido el *cariño* de nadie. Y, a juzgar por el revoloteo que sentía en el estómago, un poco me había gustado. Ay, por Dios. Me había gustado mucho. Aunque fuera falso.

–Gracias, ehmm… –Miré de reojo a la azafata, que seguía con la vista fija en Aaron–. Gracias, novio.

–Enseguida les traigo sus bebidas. –Asintió y apretó los labios.

–Es increíble –susurró Aaron cuando la azafata ya se había alejado– que te preocupe que yo arruine las cosas por confundir decenas de nombres españoles que escuché hoy por primera vez, pero pasas por alto que llamarme "novio" va a delatarnos bastante rápido.

–¿Decenas de nombres? –siseé–. *Una* decena. –Aaron me fulminó con la mirada–. Un par de decenas como mucho. Pero puede que tengas razón –admití para su sorpresa–. ¿Cuál quieres que sea tu apodo de pareja?

–El que te haga más feliz. Elige tú.

El efecto de "cariño" volvió con ánimos de venganza.

–No sé –dije, intentando quitármelo de la cabeza–. Supongo que alguno que tenga sentido en español. *¿Bollito? ¿Cuchi cuchi? ¿Pochoclito?*

–*¿Bollito?*

–Quiere decir algo así como "panecillo". –Sonreí–. Esas bolitas de pan esponjosas, brillantes y tan tiernas que…

–Está bien, no. –Frunció el ceño–. Creo que lo mejor será que nos llamemos por nuestros nombres. –Tomó nuestras bebidas de las manos de la azafata y me dio una–. No creo que pueda confiar en que elijas uno en español si no sé qué significa.

–Soy una persona muy confiable, deberías saberlo. –Me llevé un dedo a la barbilla y la golpeé algunas veces–. ¿Qué te parece *conejito*? Es un conejo bebé. –Con un largo suspiro,

Aaron se hundió en el asiento–. Tienes razón; no eres un conejo. –Hice una pausa–. *¿Osito?* –Lo miré de arriba abajo con alevosía, como si estuviera evaluando qué tan bien le quedaba el nombre–. Sí, ese te sienta mejor. Eres más parecido a un oso.

Algo muy parecido a un gruñido se le quedó atascado en la garganta. Levantó el vaso y de un solo sorbo bebió casi la mitad.

–Solo bebe y vete a dormir, Catalina.

–De acuerdo. –Me giré para acurrucarme en el asiento y le di un sorbo de mi bebida–. Ya que insistes, será *osito*.

Por el rabillo del ojo, vi cómo se terminaba el gin tonic. No lo juzgaba. Definitivamente íbamos a necesitar coraje líquido para sobrevivir a esto.



Capítulo 15

Los trámites de desembarque, aduana y recogida de equipaje se sintieron como esos extraños sueños en los que todo parece borroso e increíble, pero una parte de ti, en lo más profundo de tu inconsciente, sabe que no es real. Solo que esta vez sí lo era. Y el *pum, pum, pum* que me resonaba en los oídos era la mejor evidencia.

Sin embargo, algo en mi interior repetía que iba a despertarme y, por mucho que el corazón le respondiera que ya estaba despierta, cuando llegamos a la puerta de LLEGADAS se me paralizó todo el cuerpo.

Las ruedas de mi maleta chillaron cuando me detuve en seco y se atornillaron al lugar. Con el aire atascado en la garganta, vi como las puertas se abrían y cerraban para dejar salir a las personas con las que habíamos compartido vuelo.

Miré a Aaron, que hasta ese momento había estado caminando a mi lado, pero ahora se había adelantado algunos pasos, con mi bolso a punto de reventar de nuevo en su hombro.

–Aaron –grazné oyendo el *pum, pum, pum* de mis oídos cada vez más alto–. No puedo hacerlo. –Era como si me hubieran llenado los pulmones de concreto. Me llevé una mano al pecho–. *Ay, Dios.* –Exhalé–. *Ay, Dios mío.*

¿Cómo había permitido que la situación escalara tanto? ¿Qué iba a hacer si me explotaba en la cara? ¿Y si empeoraba todo? Estaba loca. No, era estúpida. Y quería darme la cabeza contra algo. Quizá eso me haría entrar en razón.

Miré a mi alrededor, desesperada, probablemente buscando una escapatoria. Una salida de emergencia. Pero no podía ver nada más allá de esas puertas que nos separaban de mis padres y seguían tragando pasajero tras pasajero.

–*No puedo hacerlo* –murmuré; no reconocí mi propia voz–. Esto es demasiado. No puedo salir y mentirle a toda mi familia. No puedo. No funcionará. Se darán cuenta. Quedaré como una tonta. Como la tonta que soy porque…

–Ey. –Me tomó la barbilla y me alzó el rostro para que lo mirara. Los ojos le brillaron bajo los tubos fluorescentes que iluminaban la terminal y cautivaron toda mi atención–. Ahí estás. –No me sentía capaz de decir otra palabra sin perder el control por completo. Solo negué con la cabeza. Dejó los dedos donde estaban–. No eres una tonta –me dijo sin alejar la vista de mí.

Cerré los párpados un momento. No quería ver qué sentimiento escondía su expresión. Apenas podía resistir.

–No puedo hacerlo –susurré mientras abría los ojos para encontrarlo.

–Catalina, termina con esta ridiculez. –Su voz se endureció.

A diferencia del suave contacto de sus dedos, esa orden fue tajante, incluso insensible, considerando que estaba hablando con una mujer al borde de un ataque de nervios. Pero algo en ella me forzó a (en realidad, me permitió) tomar la primera bocanada de aire en los últimos minutos. Y eso fue exactamente lo que hice. Inhalé y exhalé. Mientras tanto, Aaron me miró fijamente a los ojos con algo que debería haber disparado mi ansiedad hacia la estratósfera, pero, por el contrario, me devolvió a la realidad.

–Podemos con esto –dijo con confianza. “Podemos”. Ese “mos” por algún motivo sonó más alto que el resto. Y luego, cuando creyó que estaba lista para escucharlo, dio el tiro de gracia–: Ya no estás sola. Ahora somos tú y yo. Estamos juntos en esto, y podemos hacerlo. –Por algún motivo que sabía que no podría explicar, le creí. Sin cuestionarlo ni pelearlo.

Ninguno de los dos dijo nada. Mis temerosos ojos color café sostuvieron la determinación en sus ojos azules y, en silencio, la comprensión se instaló entre nosotros. *Nosotros*. Porque Aaron y yo nos habíamos convertido en un nosotros.

Sus dedos abandonaron mi barbilla y se entrelazaron con la mano que tenía apoyada en el pecho. La apretó con delicadeza. “¿Estás lista?”, me preguntó sin decir nada. Tomé una última bocanada de aire y avanzamos hacia las puertas de la terminal de ARRIBOS del pequeño aeropuerto español. Hacia mis padres. Hacia esta ridícula farsa en la que estábamos por embarcarnos. A esta… ¿cómo la había llamado? Ah, sí, a esta farsa de amor a la española que habíamos planeado.

Porque nosotros, Aaron y yo, podíamos con esto. Él lo había dicho. Y yo le creía. Solo esperaba, por el bien de ambos, que tuviera razón.



–Papá, por última vez, estamos más que bien aquí. –Busqué a mi falso novio por toda la habitación, necesitaba refuerzos. Me sonrió.

–Quizá si le decimos a la abuela que se vaya a la casa de tu hermana –continuó papá– podrían quedarse con el dormitorio de huéspedes, que es más grande. Aunque no sé si el tío José y la tía Inma pensaban quedarse ahí. Esperen, voy a llamarlos para…

–Papá –lo interrumpí apoyándole una mano en el brazo–. Está bien. Este apartamento es más que suficiente. No tienes que mudarnos a la casa. Deja tranquila a la abuela.

Una ola de nostalgia y familiaridad me estrujó el estómago. Hacía tanto tiempo que no venía. Todo se sentía natural, como respirar, y, al mismo tiempo, parecía un recuerdo que llevaba mucho tiempo enterrado. Mi padre y su gran corazón, siempre tan generoso. Preocupándose tanto. Esforzándose para que todos se sintieran como en sus casas, aunque eso convirtiera las visitas en *Los juegos del hambre* de los dormitorios. Me había enfocado tanto en el miedo que me provocaba el volver que me había olvidado de que eran mi familia. Mi casa. Y, Dios, a pesar de todo, los había extrañado con todo mi corazón.

–*Ay, cariño*, tu padre tiene razón. *No sé…* –dijo mi madre, quien se había asomado por la puerta de la estrecha habitación para evaluar el panorama. Pareció vacilar mientras buscaba las palabras–. *Este hombre es tan alto y… grande.*

Su mirada aterrizó sobre Aaron, lo escrutó de pies a cabeza varias veces meneando la cabeza con una mezcla de asombro y escepticismo. Me pareció ver el comienzo de una sonrisa en los labios de Aaron, que se curvaron unos centímetros. Le disparé una mirada inquisidora.

–Sé qué significa *grande*. –Esa pequeña curva en sus labios siguió allí hasta que miró a mi madre, que estaba analizando su expresión–. Valoro tu preocupación, Cristina. Pero estaremos muy bien durmiendo aquí. *Muchas gracias por todo, de nuevo.*

Igual que la de mi madre, mi mandíbula casi toca el suelo por segunda vez ese día. La primera vez había sido en el aeropuerto, cuando descubrí que Aaron hablaba suficiente español como para presentarse con mis padres en mi lengua materna. Casi sin acento.

Poco después, aún boquiabierta, en el rostro de mamá apareció la sonrisa que reservaba solo para algunos miembros de la familia. Entonces exhaló, entre sorprendida y resignada, como si estuviera dispuesta a aceptar lo que había dicho Aaron sin oponer resistencia a cambio de que continuara hablando en español. Y eso también era algo que reservaba para unos pocos. Mi muy afortunado y muy falso novio le regaló una sonrisa amable.

–De todas formas, Catalina no ocupa mucho espacio –comentó Aaron de repente–. Nos acurrucaremos, ¿no, *bollito*?

Giré la cabeza en su dirección.

–Sí –dije entre dientes–. Nos acurrucaremos.

Juré que me las iba a pagar por decir eso, y miré horrorizada a papá. Lo encontré sonriendo, con demasiadas cosas para procesar. Por su parte, mamá solo asentía mientras alternaba la mirada entre nosotros y medían nuestra diferencia de forma y tamaño.

Por suerte, eso no iba a ser un problema. La cómoda propiedad que mis padres les alquilaban a turistas durante la temporada alta tenía dos dormitorios. Como todo en ese apartamento, eran pequeños y funcionales. Aunque solo tenían lo estrictamente necesario, nos aseguraban no tener que *acurrucarnos*. Aaron y yo ni siquiera tendríamos que compartir dormitorio. Gracias a Dios. Pensar en eso me recordó que ya era hora de que mis padres se fueran.

–Muy bien. Muchas gracias a los dos, pero ya fue suficiente bienvenida –dije mientras los acompañaba o, mejor dicho, los empujaba hacia la puerta–. Tenemos maletas que desempacar y

una despedida de solteros para la que prepararnos.

–*Vale, vale.* –Mi madre se tomó del brazo de mi papá–. ¿Ves, Javier? Quieren estar solos. –Hizo un movimiento con las cejas–. *Ya sabes.*

Mi padre murmuró algo ininteligible pero que dejó bien en claro que no necesitaba más detalles. Ignoré por completo la insinuación de mi madre, les di un fuerte abrazo y los despedí. Mientras tanto, Aaron, muy educado, les volvió dar las gracias (en español, para alegría de mi madre) y se quedó quieto en el rincón en el que estaba.

Con mis padres fuera, me giré hacia él y lo encontré subiendo las maletas a la cama. Abrió la suya y empezó a desempacar la ropa y artículos de tocador.

–No hace falta que hagas eso –dije sin molestarme en abrir mis maletas. Aaron alzó una ceja–. Dormiremos en habitaciones separadas –expliqué.

–Ah. –Fue todo lo que respondió.

Ignoré la mirada confundida que acababa de dispararme y avancé por el pasillo para guiarlo hacia la que sería su habitación. Con su propia cama. Aaron entró al dormitorio unos pocos segundos después.

–¡Ta da! –Hice un gesto con los brazos–. Aquí está tu habitación. Tu armario. El baño está en el pasillo. Y, sí, esa es tu cama.

Señalé la cama individual y en ese instante noté lo ridículamente pequeña que era. Todo el dormitorio era mucho más pequeño de lo que recordaba. Miré a Aaron, que estaba justo a mi lado, y lo vi inspeccionar la habitación con los brazos cruzados: el mismo gesto que había hecho mi madre hacía unos minutos. Lo miré de arriba abajo. Sí. No iba a funcionar.

–De acuerdo –dije, aceptando que no había forma de que cupiera en esa cama–. Cambiaremos los dormitorios. Quédate con el otro, que es más grande. Yo dormiré en esta cama.

–No pasa nada, Catalina. Dormiré aquí.

–No, no lo harás. No entrarás en esa cama diminuta. –Señalé lo obvio–. Ni siquiera en diagonal. Nop.

–Está bien. Ve a desempacar. Me las apañaré.

–No lo harás. De ninguna manera dormirás aquí –insistí, ignorando el modo pícaro en que Aaron me miraba por encima del hombro.

–Lo haré. –*Terco, cabezadura,* pensé–. Tú eres la única cabezadura –dijo el mentalista. Entrecerré los ojos.

–Bueno, a ver, te daré el beneficio de la duda. –Señalé la cama–. Pruébamelo. Demuéstrame que entras ahí y te dejaré en paz.

Suspiró, descruzó los brazos y se llevó una mano a la cara.

–¿Puedes…? –Se detuvo y negó con la cabeza–. ¿Sabes qué? Solo por esta vez voy a darte el gusto. Solo para dejar de perder tiempo de vida discutiendo esto hasta que seamos viejos y tengamos bastones al tono. –Estaba equivocado: nunca jamás tendría un bastón a tono con el de Aaron Blackford.

En dos zancadas, mi muy alto y falso novio estaba delante de la modesta cama individual. *No entrará*. Estaba segura. Así que me incliné y esperé a que me demostrara que tenía razón.

Se sentó en el pequeñísimo mueble y el colchón rebotó exageradamente bajo su peso. Con un chillido agudo, acomodó su cuerpo y se recostó de espaldas. Cambió de posición algunas veces mientras el colchón se seguía quejando por su peso. Nada. No en-tra-ba.

Miré al hombre claramente-más-grande-que-la-cama, recostado boca arriba y con los pies colgando. Dejé salir la sonrisa que había estado conteniendo. La satisfacción y la sonrisa no eran porque tenía razón. Nop. Se debían a que el gruñón de Aaron estaba recostado en diagonal, con el ceño fruncido, sobre la diminuta cama individual. La mejor parte era que lo había hecho solo porque se lo había pedido. Porque ambos éramos igual de tercos. Y eso me hizo sonreír aún más. Me acerqué y lo miré sin relajar ni un milímetro la sonrisa.

–¿Cómodo?

–Muy.

–Apuesto a que nunca en tu vida has estado así de cómodo.

–De acuerdo. –Puso los ojos en blanco mientras se sentaba y su peso hacía chillar los resortes del colchón más sencillo y (digámoslo) más barato del mercado–. Tienes razón –continuó, desplazándose hacia el borde de la cama, que se estaba convirtiendo en arenas movedizas que se tragaban cada uno de sus movimientos–. ¿Podrías…?

Sin aviso, la estructura de la cama cedió con un gran estruendo y se llevó consigo una parte del colchón y a Aaron. Pegué un grito de sorpresa y me llevé las manos a la boca.

–¿Qué carajo? –gruñó.

–Ay, por Dios, Aaron. –La carcajada que se me escapó mientras lo miraba. Más malhumorado que nunca, estaba sentado en medio de la catástrofe de maderas y resortes. A juzgar por su ceño fruncido, distaba mucho de estar bien. Aun así pregunté–: ¿Estás bien? –Intenté tranquilizarme. En serio lo intenté. Pero no pude contener la risa, así que me reí. Y luego me reí más fuerte.

–Sí, todo bien –gruñó–. Nada que no pueda manejar.

–De acuerdo, solo por las dudas…

Estiré una mano para ayudarlo, pero nos quedamos paralizados cuando escuchamos un grito procedente de la puerta de entrada. Una voz que hizo que un escalofrío me recorriera la columna vertebral.

–*¡Hola!* –chilló una voz aguda y estridente. ¿Era…?–. *¿Hay alguien en casa?* –volvió a gritar esa voz que conocía tan bien y con quien estaba emparentada.

No. La mujer de pelo rojo, que muy pronto haría su aparición, se hizo la que preguntaba si había alguien, como si no lo tuviera muy claro ya. Charo. Mi prima Charo estaba en el apartamento. Y, a juzgar por el sonido de sus tacones contra el suelo, llegaría a la habitación en…

–*Ay, pero mira qué bien,* ya han bautizado la cama. –Escuché una risita mucho más maliciosa que adorable detrás de mí. Mi falso novio entendió rápidamente la situación en la que nos encontrábamos. Sin esperar a que respondiera, mi prima siguió parloteando–. Mira este desastre –chistó–. Después de tanto tiempo soltera, cualquiera creería que habías perdido la práctica, *Linita*. –Hice una mueca. Qué comentario tan simpático, *primita*. Se me entrecerraron los

párpados instintivamente y sentí que me subía el calor por la garganta–. Porque, en serio, ¿cuántos años han pasado desde que explotó todo con Daniel? ¿Cuatro? ¿Cinco? ¿Más?

Trágame tierra, quería desaparecer. Ni siquiera me había dado tiempo a saludarla y ya había sacado el tema. Y delante de Aaron. No quería ni mirarlo. Ni mirar en su dirección, por las dudas. ¿No podía tragarme a mí también esa cama rota?

Y así, sin más, se cumplió mi deseo. Aaron me tomó del brazo y me empujó hacia él y hacia dentro del caos de lo que había sido una cama. Me arrancó un chillido y la mitad de mi cuerpo terminó extendida sobre él. Por suerte, fue solo un segundo porque, antes de que pudiera comprender lo que estaba sucediendo, me rodeó con uno de sus grandes y fibrosos brazos, me acomodó sobre su regazo y me giró para que quedara de frente a Charo. Me quedé dura como un tronco por el cambio de posición.

Mierda. Estoy en el regazo de Aaron. Espalda contra pecho. Trasero sobre… Sí, sobre su regazo.

–Me declaro culpable de todo esto. –Su voz profunda sonó jodidamente cerca mientras, poco a poco, repasaba las partes de su cuerpo que habían entrado en contacto con el mío, mucho más blandito. Muslos, pecho, brazos, todo tan sólido y aplastado contra mi espalda. Contra mi trasero. Contra mis propios muslos y… Tenía que dejar de pensar en partes del cuerpo–. No puedo resistirme. –Las palabras de mi falso novio me llegaron a los oídos mientras sentía cómo se le contraían los músculos–. ¿No, *bollito*?

Ay, por Dios. Él… Yo… Solo…

–Es cierto, *osito*.

Charo nos fulminó con la mirada, cien por ciento satisfecha con el espectáculo. Recién había llegado al apartamento y ya tenía una historia que contaría hasta el último de sus días: la vez que Lina y su novio rompieron una cama individual. Apuesto que agregaría cosas que nunca sucedieron, como que vio a Aaron desnudo o algo así.

Me imaginé algo de la nada. Aaron. Sin ropa. Con todos esos músculos que sentía…

No. No. No.

–Ay, mírenlos. –Charo se llevó las manos debajo de la barbilla–. Son tan adorables juntos. Y, ¡Lina! Nunca me hubiese imaginado que fueras así de apasionada. –Levantó una ceja.

Aaron me apoyó una mano en la rodilla y el contacto me hizo estremecer. Dios, podía sentirlo en todas partes. Si lograba relajar la espalda, me acurrucaría contra él. Esa palma tan cálida me apretó el muslo. No podía concentrarme y mi prima parecía estar esperando que dijera algo.

–Ah, sí. –Recapitulé tan rápido como pude. Tenía que salir de ahí. De Aaron. Esa posición era demasiado abrumadora. De un modo muy muy malo–. Ehmm… sí, apasionada, ¡ya lo creo! Todo esto es muy apasionado. –Me retorcí sobre el regazo de Aaron, intentando, sin éxito, escaparme de ese agujero negro con forma de hombre que me había atrapado–. Es apasionado porque estoy superloca. Loca por él, por supuesto. –Me retorcí otro poco y me di cuenta de que estaba atrapada entre sus grandes muslos. *Sigue hablando*–. Tan loca de amor que es una locura, ¿me entiendes? Tan loca…

–Creo que ya te ha entendido –me susurró al oído mi falso novio y disparó un estúpido escalofrío por todo mi cuerpo.

Me seguí moviendo sobre su regazo, intentando ignorar lo que tenía debajo de mí (de mi trasero, para ser más específica), tan sólido y cálido. No, caliente. Estaba caliente. Músculo sobre músculo sobre músculo. Y algunos se endurecían todavía más con cada estúpido movimiento que hacía sobre ellos.

Ay, por Dios. *Ay, Dios mío.* ¿Eso era…? No. No podía ser. Aaron no podía estar… excitado. Desesperada, intenté eyectarme lejos de él una vez más y eso me ganó un pequeño gruñido de su boca.

–Detente. –Me respiró en el oído–. No estás ayudando.

Obedecí de inmediato y me obligué a relajarme.

De acuerdo, puedo con esto. Piensa que es una silla. Un trono. No Aaron. Solo un trono con forma de hombre.

–Y… ¿qué te trae por aquí, Charo? –Le dediqué a mi prima una sonrisa falsa.

–Ah. Iba a quedarme con una amiga durante el fin de semana de la boda, pero se le ha inundado el baño o algo así, y no me queda otra más que dormir aquí –explicó con un pequeño gesto con la mano–. Seguro creían que iban a tener todo el apartamento para ustedes, ¿no? –De nuevo esa risita molesta–. Juro que no los molestaré. Ni siquiera notarán que estoy aquí.

Había una sola manera de no notar a Charo metiendo las narices por todos lados, e incluía narcóticos fuertes.

–Genial. Bueno, deberíamos desempacar y dejarte que hagas lo mismo –anuncié desde mi posición en el trono de Aaron. Me aclaré la garganta–. Sí, muy bien. Hagamos eso –agregué, pero ni él ni yo nos movimos. Me aclaré la garganta más fuerte–. ¿No deberíamos ir yendo, osito?

Antes de poder preguntar, Aaron me tomó de la cintura y me levantó para sacarme de su regazo. Con las piernas temblorosas, quedé frente a mi prima.

Guau, de acuerdo, era así de fácil.

Aaron (que misteriosamente había recuperado su agilidad habitual) se retiró, dejando tras de sí el desastre de resortes y madera.

–No me presenté. *Soy Aaron.* –Estiró una de las manos que habían estado en mi cintura hacía solo un segundo, la que había apretado mi muslo–. *Un placer conocerte.*

Mi prima (que sospechaba que ya le había pedido a mi madre toda la información que tenía sobre Aaron) le estrechó la mano y lo jaló hacia ella.

–¡Ay, y habla español! El placer es mío, cariño. –Le plantó dos besos, uno en cada mejilla. –Sí, estaba bastante segura de que no mentía cuando decía que el placer era suyo. Cuando soltó a Aaron, que se veía un poco abrumado, me envolvió a mí también en un abrazo–. Ven aquí, prima. También hay besos para ti. –Y, en un susurro, para que solo yo pudiera escucharla, agregó–: *¿Dónde tenías escondido a este hombre?*

–Ah, *prima*, si tú supieras… –Lancé una carcajada.

Me alejé, conmovida por el contacto de la palma de Aaron en la curva de mi espalda. Di un

paso hacia atrás, aterricé justo contra su pecho, y me miró desde su altura con intriga en la mirada.

–Ve a nuestro dormitorio a desempacar. Yo arreglaré este desastre que le hemos dejado a tu prima.

Eso era… muy considerado. Aparentemente, que mi prima se ocupara de una cama rota no estaba en mi lista de prioridades, porque lo había olvidado por completo.

–Ay, no, no –intervino Charo antes de que pudiera disculparme–. Llamaré al tío Javi –dijo, refiriéndose a mi padre–. Ustedes vayan a acomodarse. Seguro que están agotados por el viaje. Solo tengan cuidado de no romper la otra cama –agregó con una risotada–. Puedo asumir la culpa por esta, pero si rompen la otra, contárselo a tu padre será muy incómodo. –Guiñó un ojo.

Sin más que un agradecimiento, nos retiramos al que iba a ser nuestro dormitorio. Nuestro dormitorio. El que ahora compartíamos.

Mierda.

Más nos valía desempacar y ponernos cómodos. Si eso había sido una muestra de lo que nos esperaba los días siguientes, mi falso novio y yo teníamos por delante un viaje complicado.

Con las maletas casi vacías y todos los atuendos para la boda colgados en el armario, miré de reojo la cama, como había hecho los últimos quince minutos. “Los estaré esperando”, parecía cantar mientras yo deseaba que la tierra se la tragara y la hiciera desaparecer.

–Deja de preocuparte. Puedo dormir en el suelo si eso te hace sentir más cómoda. –Aaron me miró con el entrecejo fruncido.

–No estoy preocupada –mentí. No me esperaba tener que compartir la cama con él. No estaba en los planes. Mis padres habían dicho que estaríamos solos en el apartamento. La mayor parte de los invitados eran de la zona y, los que no, solo vendrían para el gran día–. Somos adultos, y nos conocemos hace casi dos años. Podemos compartir una cama de forma civilizada. Al menos es de dos plazas. Y está entera.

–Le diré a tus padres que yo me ocuparé de la otra. Pagaré por los daños. –Había algo en su voz. Sonaba reflexivo y casi… ¿avergonzado?

–No tienes por qué hacer eso, Aaron. –Hablaba en serio–. No fue tu culpa. En realidad, esa cama ha durado más de lo que debía. Estas cosas… pasan.

Tomé algunas camisetas de la maleta y las estiré mientras evaluaba mis propias palabras. Nunca me había pasado antes, pero se suponía que sí, que eran cosas que pasaban. Quizá a Aaron ya le había pasado. Quizá había destruido decenas de camas y las había convertido en un desastre de resortes y madera. Era un hombre alto y robusto. No era de extrañarse que las camas cedieran y se desplomaran bajo su peso. Sobre todo si se movía mucho. O si presionaba contra ellas de un cierto modo. O si se dedicaba a actividades que ponían a prueba la resistencia de la estructura y los resortes y…

No, no, no.

Expulsé de mi mente la imagen de un Aaron desnudo y sudado haciendo…

No.

–De acuerdo –dijo mientras cerraba la cremallera de su maleta vacía–. Si estás segura de que

puedes compartir la cama, eso haremos. Con un poco de suerte, a esta no la romperemos.

Me emboscó una imagen mental completamente nueva. Una muy similar a la anterior, pero ahora me incluía a mí y…

Nop. Tenía que detener ese disparate.

–Hecho –dije, deshaciéndome de esos pensamientos no deseados–. Nadie dormirá en el suelo. Con Charo dando vueltas, no podemos arriesgarnos a que nos descubran. Las parejas comparten la cama.

–¿Y cómo se supone que nos van a descubrir? ¿Tu prima va por la vida entrando a dormitorios ajenos?

–Bueno, Aaron, me encantaría poder decirte que no, pero estaría mintiendo. –Los años me habían enseñado que Charo era impredecible–. Entonces –cambié de tema–, en un par de horas nos juntaremos con los miembros más jóvenes de la familia para la fase uno de las despedidas de solteros.

–¿Me haces un pequeño resumen, por favor? –solicitó. Aaron había terminado de desempacar (yo no), apoyó la espalda contra el armario, que estaba en una de las esquinas del dormitorio, y depositó toda su atención en mí.

–Estarás encantado de saber que vamos a pasar el día al aire libre, disfrutando del sol español y haciendo algo muy diferente a los masajes y beber mimosas, que fue lo que yo propuse. –Caminé hacia el angosto vestidor y tomé una pila de toallas limpias–. Mi prima más chica, Gabi, anuló mis poderes de dama de honor. –Dejé las toallas sobre la cómoda–. Y eso solo puede significar una cosa. –Hice una pausa dramática–. La Copa de la Boda.

–¿La Copa de la Boda? –Aaron dejó escapar una carcajada. Por extraño que fuera, ese ruidito me dio ganas de sonreír, pero lo ignoré y pasé a contarle cómo íbamos a pasar la tarde.

–En la Copa de la Boda –suspiré–, el Equipo Novia, formado por todas las mujeres invitadas a la despedida, compite contra el Equipo Novio, formado por los hombres –dije con sarcasmo–. ¿Original, no? Chicos contra chicas enfrentados en una serie de juegos y actividades. ¡Yupi!

–Puedo percibir tu entusiasmo, pero continúa. –Aaron asintió sin tomar postura.

–El equipo que consigue más puntos gana la Copa de la Boda. –Lo fulminé con la mirada.

–¿Es un trofeo físico o un premio simbólico? –preguntó y noté que intentaba tomárselo en serio. Sin éxito. Apenas podía contener la risa.

–Escucha. –Me llevé los brazos a la cadera para imponerme–. Te dije que no estoy a cargo de esto. Soy una dama de honor más bien testimonial. Mi prima Gabi es una obsesiva del deporte y fue ella quien lo organizó todo. Así que, agradece que al menos no estamos en el mismo equipo. –Junté mis productos de aseo en el neceser y caminé hacia el modesto baño en suite. Mientras los acomodaba en el pequeño espacio disponible, seguí contándole–: No me alegra, ¿de acuerdo? Si fuera por mí, todas las mujeres estaríamos en un spa y ustedes se irían a otro lado a hacer sus… cosas de chicos.

–¿Cosas de chicos? –La voz de Aaron me llegó desde el dormitorio.

–Sí, darse golpes en el pecho, beber cerveza como si sus vidas dependieran de ello o ir a un club de nudistas. Qué se yo… –Negué con la cabeza, sabiendo que estaba cayendo en muchos

estereotipos–. Pero no –continué mientras dejaba una pequeña botella de champú sobre la bañadera–, no podíamos tener tanta suerte. Lo gracioso es que el que más entusiasmado está con todo esto es Gonzalo. ¿Quién lo diría? Prefiere una estúpida competencia antes que disfrutar su último día de soltero lejos de la novia. De todos modos, no me sorprende. Gonzalo está loco por mi hermana desde la primera vez que la vio. ¿Por qué iba a querer pasar un solo día lejos de ella? –Lo que ellos tenían era amor verdadero: honestidad, devoción, cariño tangible. La clase de amor que trasciende las distancia, diferencias y obstáculos. Del tipo sobre el que se escriben libros. Pensar en eso me llenaba el pecho de calor y anhelo por algo que no sabía si alguna vez iba a encontrar–. Sea como sea, Gonzalo es el fan número uno de la Copa de la Boda. Y algo me dice que va a estar fascinado cuando te vea. Va a gritar y a darte un abrazo de oso y pasarás a ser su nuevo mejor amigo. Lo presiento. Gon es muy competitivo, siempre lo ha sido, así que estará en las nubes cuando se entere de que lo más cercano a un maldito dios griego recién salido del Olimpo va a formar parte de su equipo. –Resoplé.

Era verdad que Aaron se parecía un poco a esas esculturas. Tan estoico, con líneas suaves y simétricas. A Gonzalo le iba a encantar tenerlo…

Un momento. ¿Qué acabo de decir?

Cerré los ojos cuando me di cuenta de que había dicho que Aaron era un dios. Griego. Salido del Olimpo. En voz alta.

Ay, por favor, paredes del baño, sean gruesas y detengan el sonido. Por favor.

Sentí su presencia detrás de mí y, considerando el tamaño de la habitación, me quedé muy quieta. Abrí los ojos y miré su reflejo en el espejo. Se había apoyado en el marco de la puerta. Respiré hondo y observé la encimera y cada objeto, y subí la mirada hasta encontrarme con Aaron.

–¿Qué posibilidades hay de que no me hayas escuchado? –aventuré.

–Depende. –Vi cómo se le movía la garganta al tragar–. ¿Qué tan bueno es el oído de los dioses griegos?

Tenía dos opciones: hacerme cargo de la situación como la adulta que era o ignorar lo que acababa de pasar como una maldita gallina. En silencio, volví a mover todos los objetos que acababa de dejar y elegí la segunda opción, percibiendo que su mirada seguía cada uno de mis movimientos.

Un momento después sentí cómo giraba y, antes de que se alejara, lo llamé.

–Ah, otra cosa. –Vi el reflejo de su espalda en el espejo–. El equipo perdedor va a tener que hacer un baile a la noche.

No respondió, pero cuando al fin se alejó, pude imaginarme a la perfección el hambre de competencia que le brillaba en la mirada.



Capítulo 16

Me quedé de pie con las manos en la cintura, contemplando la paleta de verdes y azules que pintaba el paisaje frente a mí.

Cuando la gente piensa en España, se imagina playas repletas de gente bajo un sol impiadoso. Piensan en mesas llenas de jarras de sangría, paella y todo tipo de *tapas*. Es probable que también piensen en un hombre de pelo negro cantando una serenata a la luz de la luna mientras sus dedos se mueven por la guitarra con una destreza impresionante. Y, en cierta forma, no están tan equivocados. Es posible encontrar eso en España. Pero solo es una pequeña parte de lo que representa mi país natal, y, tristemente, no alcanza ni el diez por ciento de todo lo que tiene para ofrecer.

La pequeña ciudad en la que había nacido quedaba en la costa norte de la península, atrapada entre el mar Cantábrico, siempre furioso y color marfil, y un grupo de montañas color esmeralda.

Por el contrario de lo que se cree, el sol no brilla los trescientos sesenta y cinco días del año. Sobre todo en las regiones del norte. Nop. El norte de España es conocido por brindarles a sus habitantes la posibilidad de pasar por las cuatro estaciones en unas pocas horas cualquier día del año. Lo que hace que la vegetación crezca salvaje y exuberante, y envuelva campos y colinas para crear una imagen en la que muy pocos piensan cuando imaginan España.

Así que, sí, el verano no es tan genial en el norte. Pero hoy el cielo estaba sorprendentemente despejado y una brisa amable llegaba desde el mar. Me hizo recordar a una época en la que aprovechábamos todo lo que podíamos días como este, como si nuestras vidas dependieran de ello. Desde el amanecer hasta la oscuridad total. Isabel y yo. Las hermanas Martín.

Miré de reojo al grupo de personas que se habían juntado para la Copa de la Boda, y una parte de mí se preguntó qué estaría sucediendo dentro de la cabeza de Aaron.

¿Cuál habrá sido su primera impresión del lugar en el que crecí? ¿Y de mi familia?

Las presentaciones habían salido más que bien. Si por algo eran famosos los españoles era por ser personas abiertas y hospitalarias. Nadie parecía sospechar de mi falso novio, más allá de la incomodidad de tener entre ellos a un *guiri* (como llamábamos a los turistas), que los obligaba a usar su inglés oxidado.

Solo había venido la generación más joven de las familias del novio y de la novia, con sus respectivas parejas, y algunos de nuestros amigos más cercanos. Excepto Lucas, el primo salvaje y de espíritu libre, que nadie sabía a dónde se había ido esta vez. Y el padrino, también conocido como Daniel, mi ex, mi primera y única relación estable, o el hombre que mi familia creía que jamás podría superar. Él tampoco había llegado.

–*Aquí está mi hermana favorita*. –La voz llegó un segundo después de que alguien me embistiera desde atrás.

–Soy tu única hermana, idiota. Por supuesto que soy la favorita. –La tomé de los antebrazos, que me envolvían el cuello.

–No importa. Sigues siendo mi favorita.

Le saqué la lengua y la miré por encima del hombro. Más allá de la forma de corazón de nuestros rostros, no nos parecíamos en nada. Isabel siempre había sido más alta y estilizada, con algunos destellos verdes sobre los ojos color café que compartíamos (algo que siempre le había envidiado), y el cabello era más ondulado y oscuro, como el de mamá. Pero las diferencias no terminaban ahí. Mientras que mi hermana se adaptaba enseguida a cualquier situación, a mí siempre me había costado encontrar mi lugar. Por algún motivo, nunca llegaba a sentirme cómoda del todo. Eso me había empujado a seguir buscando un lugar al que pudiera llamar hogar. Porque España ya no lo era. Pero tampoco lo era Nueva York, por más que allí viviera Rosie y tuviera una carrera que me llenaba de orgullo. Siempre me había sentido… un poco sola. Incompleta.

–¿Hola? Tierra llamando a Lina –dijo, tomándome del brazo–. ¿Qué te pasa? ¿Por qué te escondes?

Estaba haciendo eso, ¿no? Aunque solo habían sido unos minutos. Mi hermana mayor me conocía demasiado bien. Tomé nota de que tenía que aumentar las precauciones con Aaron cuando estuviera cerca. Si había alguien que podría ver a través de la farsa era Isabel.

–No me estoy escondiendo. –Me encogí de hombros–. Solo quería un momento de paz lejos de la novia Godzilla. He escuchado que casi le arranca la cabeza al novio porque eligió unos zapatos que no le gustaron. –Me alejé y giré para mirarla a la cara.

–Escuchaste bien. –Mi hermana y futura novia se llevó una mano al pecho, fingiendo consternación–. Tenía que hacer una sola cosa, Lina. Una. Y llegó a casa todo contento con un par de zapatos que me hicieron cuestionar su buen gusto. –Negó con la cabeza–. Estuve a punto de retirarle la invitación a mi boda.

–Querrás decir “nuestra boda”. –Reí.

–Sí, ¿no es lo que dije? –Levantó una comisura con desconfianza–. Como sea, creo que tenemos una hora hasta el almuerzo. ¿Estás lista? –Intercambiamos una mirada.

–¿Para morir? Siempre.

–Vamos, reina del drama. –Isabel me tomó del brazo y me llevó hacia el grupo–. Hora de volver. Gabi me mandó a buscarte. Por si no lo sabías, hay un cronograma que debemos respetar. –Hice pucheros–. Ay, basta con eso. Será divertido.

–Nunca lo ha sido ni lo será –dije, arrastrando los pies, pero siguiéndola de todos modos; no me dejaba otra opción–. Gabi se convirtió en una emperatriz del ejercicio y, aunque es adorable, también es aterradora; todos le tienen miedo.

–No es para tanto –resopló Isa–. Además, todavía podemos ganar. Esos malditos idiotas solo nos ganan por tres puntos.

–¿Acabas de llamar a tu prometido "maldito idiota"?

–Bueeeno, el Equipo Novio solo nos gana por tres puntos. ¿Mejor?

–Mejor, pero –le disparé una mirada seria sobre mi hombro– igualmente van a aplastarnos como cucarachas.

Negué con la cabeza y pensé en la ventaja, en cuanto a agilidad y estado físico, que nos sacaba el Equipo Novio. Los puntos que habíamos conseguido nos los había dado Gabi por lástima y para que no perdiéramos la motivación. Pero no fue mi caso. La motivación me había abandonado hacía un largo rato. Estaba lista para terminar el día e ir a llenarme la boca de comida. El *jet lag* empezaba a pasarme factura y había activado el interruptor del hambre mucho antes de que arrancara esta tontería.

–Puedes asumir tu parte de la culpa. –El dedo índice de mi hermana reforzó la acusación–. Has traído al doble de Clark Kent a la fiesta.

–Se parece un poco, ¿no?

Isabel asintió.

–Y, de paso… –Hizo una pausa y, antes de que pudiera esquivarla o prepararme, me jaló la coleta. Un poco fuerte.

–¡Ey! –Me sujeté el cabello para alejarlo de posibles nuevos ataques–. ¿Y eso por qué fue, novia Godzilla?

–No seas un bebé; te lo merecías. ¡¿Cómo te atreviste a mantenerlo en secreto?! –Isabel señaló a Aaron y tuve que tomarle la mano.

–Isabel –le advertí. Me ignoró y continuó, meneando el dedo índice en dirección a mi falso novio–. Cállate. Va a escucharte.

Estábamos a pocos metros del grupo. Levantó una ceja y luego torció un poco la cabeza.

Maldita sea.

–Está saliendo contigo. ¿Cuál es el problema con que le hables de él a tu hermana? Le has visto el pene. Podemos hablar sobre eso. –Puso los ojos en blanco–. De hecho, creo que sería raro que no lo hiciéramos. Estoy segura de que él habla con sus amigos sobre tus chichis.

La maldije por dentro. Me estudió para medir mi reacción. Miré nerviosa hacia donde estaba Aaron. Nuestras miradas se cruzaron. Esos ojos azules, que siempre encontraban el camino hacia mí, me sostuvieron la mirada un largo rato. *Jesús, ¿nos escuchó?* Negué con la cabeza, muy lentamente, y volví a mirar a mi hermana.

–Debo confesarte –dijo, encogiéndose de hombros– que, como solo lo habías mencionado un par de veces, estaba segura de que no era algo serio. Pero ya no estoy tan segura.

–¿A qué te refieres? –Se me aceleró el corazón.

Temía lo que fuera a decir. Casi no habíamos tenido tiempo de actuar de forma cariñosa y enamorados o como fuera que debiera comportarse una pareja. Esto de la Copa de la Boda nos había consumido toda la energía.

–Bueno, por empezar, está aquí –señaló Isabel–. Que lo traigas a casa, a conocer a mamá, a papá y básicamente a todo el pueblo quiere decir que no es un hombre cualquiera. Debe tener algo especial. No traerías a alguien con quien estuvieras saliendo de vez en cuando. Ni aunque sea así de guapo. Ya no confías tan fácil en la gente.

Me tropecé con mis propios pensamientos y me detuve. Su reflexión había sido como una bofetada que me había dejado sin palabras.

Impostora. La acusación tomó forma en mi cabeza. ¿Cómo no iba a hacerlo si era una enorme mentirosa?

Isabel tomó mi silencio como una invitación a seguir hablando.

–Y luego está la forma en que te mira desde que llegamos. –Eh, ¿qué?–. Llevamos aquí un par de horas y no ha dejado de mirar y seguir cada uno de tus movimientos, como si estuvieras defecando arcoíris y dejando tras de ti un reguero de purpurina. Sería desagradable si no supiera exactamente lo que es estar enamorada. –Golpeteó mi mano–. Y créeme, hermanita, verte corriendo toda roja y sudorosa no es la imagen más linda.

Volví a girar la cabeza en dirección a Aaron. Estaba bebiendo agua de una botella; no parecía ni la mitad de cansado que el resto, aunque él y Gonzalo se habían cargado el Equipo Novio al hombro. Perdida en el modo en que flexionaba los brazos y la garganta se le movía al tragar, me preguntaba si mi hermana se lo había imaginado todo o si Aaron era un actor tan maravilloso. Quizá lo había subestimado.

–De todos modos –agregó cuando llegamos al grupo–, vas a tener que ponerme al día y contarme todos los detalles íntimos. No creas que porque no te haya taladrado para que los sueltes, no quiero saberlos –advirtió Isabel con una mirada que me dio a entender que insistiría hasta ganarme por cansancio–. Hasta entonces, sigue haciendo lo que estés haciendo. –Me guiñó un ojo–. Porque, *hermanita*, lo tienes loco.

–Sí, claro. –Resoplé sin querer. Isabel alzó una ceja. *Ay, mierda*–. Claro que lo tengo loco, Isa. Es mi novio –aseguré tan determinada como pude, pero no sonó para nada convincente.

Entonces, aceleré el paso y dejé atrás a mi hermana antes de decir algo que la ayudara a develar la farsa. Por suerte, cuando llegamos al grupo, Gabi estaba agitando una hoja con el cronograma impreso, intentando convocarnos a todos en un círculo perfecto. Puse los ojos en blanco.

Mi prima (la mente maestra detrás de la Copa de la Boda) comenzó a dar órdenes en español mientras todos intentábamos ignorar que Gonzalo había alzado a mi hermana por detrás y la había envuelto en un abrazo que incluía una buena lista de toqueteos y apretones inapropiados.

–Puaj –murmuré entre dientes–. Es mi hermana.

Pero, al mismo tiempo, se me estrujó el corazón. Me di cuenta de que una pequeña parte de mí observaba esa demostración pública de afecto con algo muy parecido al anhelo. Y esa sensación opresiva me molestaba y me despertaba unas preguntas muy específicas para las que no tenía respuestas. Todas en torno a lo mismo: ¿encontraría lo que tenían Isabel y Gonzalo? ¿Me lo permitiría? ¿Alguna vez estaría tan perdidamente enamorada de alguien como para olvidarme del resto del mundo?

Busqué a Aaron con la mirada, no porque quisiera que imitara a Gonzalo, sino porque quizá el resto esperaba que lo hiciera. Cuando no lo encontré en el círculo de personas que rodeaban a Gabi, me preocupé un poco. Ella seguía dándole instrucciones al grupo. Le iban a arrancar la cabeza si no aparecía de inmediato.

Una caricia suave en el brazo me sacó de mi ensimismamiento. Me giré y encontré un par de ojos azules que me transmitieron algo extraño.

–Aquí estás –susurré mientras Gabi continuaba hablando de fondo–. Estaba preocupada por tu integridad física. ¿A dónde te habías ido?

–Estuve aquí todo el tiempo.

Esa sensación extraña seguía ahí, pero la ignoré. No tenía tiempo para investigar lo que creía haber visto en los ojos de Aaron. Así que, me concentré en lo bien que le quedaban esos pantalones cortos de nylon y camiseta manga corta con cuello polo.

–¿Te estás divirtiendo? –Con amabilidad, me acercó una botella, ofreciéndome agua.

–Ah, gracias. –La tomé con las dos manos y, de algún modo, le acaricié los dedos con las palmas. Un par de chispas me subieron por los brazos, haciéndome apartar las manos con rapidez y llevarme la botella al pecho–. Es… muy amable de tu parte. Muy de novio. –Alcé la vista para mirarlo y vi que fruncía el ceño. No le di oportunidad para quejarse–. Y, para ser totalmente honesta, no me estoy divirtiendo tanto –admití con un pequeño puchero. Hablaba en serio cuando le dije a mi hermana que quería que todo terminara de una vez–. Gracias a Dios esto ya se acaba, sino iba a tener que fingir una fractura de pierna o de muñeca. –Bajé la voz–. O pegarle a Gabi con algo.

–Espero que no lleguemos a ese punto. –Levantó la comisura derecha–. Entonces, ¿qué nos queda?

–Bueno, Gabi se ha guardado lo mejor para el final. –Suspiré–. Ahora empieza la verdadera competencia. –Hice un gesto con las manos como si estuviera a punto de revelar una enorme sorpresa–. La estrella de la Copa de la Boda: el partido de fútbol. *Soccer* para ti. –Aaron asintió, perdido en sus pensamientos.

–Creo que nunca lo he jugado.

–¿Nunca nunca? –pregunté animada. Asintió con la cabeza. Era mi oportunidad de ganar–. ¿Ni siquiera una vez?

–Ni siquiera una vez –respondió. Volvió a abrir la boca, pero la selló porque Gabi nos hizo callar a la distancia.

Jesús, esa mujer necesitaba relajarse.

Nos enderezamos y miramos hacia delante.

–¿Crees que eso será un problema? Tu prima parece… un poco estricta –susurró Aaron sin mover la boca.

–Eh, no me preocuparía por ella. –Agité una mano con los ojos fijos en el centro del círculo–. Pero, si fuera tú, estaría preocupado por tomarle la mano a tiempo. –Por el rabillo del ojo, vi que me miraba.

–¿Y si no lo consigo?

–Entonces el Equipo Novio perderá. Como unos desgraciados. –Sonreí de costado.

No creía que eso fuera a pasar, pero Aaron acababa de confesar que había algo en lo que no era increíble. Y eso era nuevo. Lo miré un segundo. Tenía la cabeza torcida y los brazos cruzados.

–Si resulta que eres malísimo y arruinas el partido, todos te culparán. Pero no pasa nada; no puedes ser bueno en todo –dije. Él no se movió y se quedó en silencio–. Y no te asusta bailar con el resto de los chicos, ¿no? –Con otra mirada rápida, vi la palabra "desafío" escrita en su frente. Me reí–. Ups, me parece que sí. No creía que fueras una gallina, pero te queda bien. Quizá debería llamarte *pollito* en lugar de *osito*.

Giró la cabeza muy despacio. Mi mirada lo siguió y me olvidé por completo de Gabi.

–¿Acabas de llamarme gallina? –replicó, con los ojos azules en llamas–. ¿En dos idiomas distintos?

–Ajá, eso es exactamente lo que acabo de hacer. Haces bien en tener miedo. Tenemos un buen equipo. –No era cierto–. Y, para que lo sepas, soy una gran defensora central. –Eso tampoco era cierto–. Puede que no sepas lo que significa. Tranquilo. Solo tienes que saber que solían llamarme Lina la Despiadada. –Volví a mentir.

De todos los deportes que involucraban pelotas, probablemente el fútbol era en el que era menos mala. Aunque, si alguna vez me habían llamado despiadada, no era porque me destacara como jugadora, sino porque me tropezaba sin piedad.

–¿Así que defensora central? –Él no tenía por qué saber la verdad, así que asentí. Inclinó la cabeza y bajó la voz–: ¿Intentas impresionarme usando jerga deportiva, Catalina? –Pronunció diferente mi nombre. No podía explicar por qué, pero no fue igual a todas las veces que había dicho esas cuatro sílabas, e hizo que un escalofrío me recorriera los brazos–. Es sexy, pero no quiero que sientas que necesitas impresionarme. Ya estoy impresionado.

Abrí la boca. Pensé que mi respiración se había detenido para siempre. "Sexy". ¿De verdad había dicho eso en voz alta? Busqué en su rostro algún rastro de sarcasmo o evidencia de que había sido un chiste. Y antes de que pudiera encontrarlo, un alboroto se desató a nuestras espaldas.

Me di la vuelta y encontré al recién llegado que era responsable de eso. Cuando detecté el pelo rubio oscuro que conocía (o había conocido) tan bien, me cayó un yunque en la boca del estómago. Mi ex estaba aquí. Daniel. O, al menos, una versión más vieja del hombre que recordaba.

Cuando salíamos, podría haber pasado por un hombre de mi edad. Pero eso había cambiado. Ahora aparentaba la edad que tenía. De todos modos, había envejecido bien. En el tiempo que

habíamos pasado sin vernos, la vida lo había tratado con amabilidad. El Daniel que venía en mi dirección era un cuarentón atractivo; un hombre que se movía con la seguridad que solo puede tener alguien que se enfrenta a diario a una clase llena de estudiantes universitarios.

Aunque siempre había tenido esa confianza, ¿no? ¿No era exactamente eso lo que me había hecho enamorarme de mi profesor? En la primera clase. Entró al aula, se aclaró la garganta y vi ese hoyuelo. No necesité más. Estaba entregada.

Una patética e imbécil enamorada de su profesor de Física. Pero después, los planetas se alinearon y empezó a prestarme atención. Hizo más que eso. Y yo pensé que teníamos algo real. Algo duradero, como lo que tenían Gonzalo e Isabel. Pero todo me explotó en la cara. No a los dos. No. Solo a mí. Para ese entonces, Daniel ya estaba bien lejos.

–¿Ese es Daniel? –susurró Aaron, devolviéndome a la realidad.

Me giré y no encontré las palabras, solo asentí. Mi atención volvió a dispararse hacia mi ex, quien abrazaba y palmeaba la espalda de su hermano. Aaron se acercó. No me moví. Estaba atornillada al suelo.

Aaron acortó más la distancia entre nosotros y se paró a mi lado. Me impresionó el calor que irradiaba su cuerpo y cómo su cercanía disipaba un poco la incomodidad. Me reconfortó. De verdad. Y no entendía cómo ni por qué, tampoco tenía tiempo para procesarlo. No con Daniel y todos a mi alrededor. Así que solo disfruté de su cercanía.

Me quedé de pie, viendo cómo el padrino empezaba la ronda de saludos con besos y abrazos. A medida que avanzaba en el grupo, podía jurar que había algo suspendido en el aire. Como si todas las personas a mi alrededor estuvieran conteniendo la respiración hasta el momento en que llegara a mí.

Odié el modo en que el aire se espesaba con cada par de ojos que se giraba para mirarme y tuve que recordar que esa clase de reacciones eran de esperar. Todos sabían lo que había pasado entre Daniel y yo. Lo feas que se habían puesto las cosas y lo difícil que había sido para mí. Sabía que la mayoría en ese momento me tenía lástima y era consciente de que siempre lo harían. Daniel dio el último paso y provocó un revoloteo que me llenó el estómago de nudos.

–Lina.

Hacía años que no lo escuchaba decir mi nombre. Los recuerdos me inundaron: los buenos momentos que habíamos compartido (algunos realmente increíbles); toda la alegría que trae el primer amor que, como una tonta, crees que durará para siempre; pero también la tristeza cuando todo eso se convirtió en un mar de dolor. Porque, claro, Daniel me había roto el corazón, pero el daño real lo habían provocado los demás. Todos los que se enteraron de nuestra relación y la envenenaron con rumores estúpidos y malintencionados… No. No era momento de pensar en eso.

Daniel me apoyó una mano en el brazo y me dio un beso en la mejilla. De no haber sido por la cálida palma de Aaron, que de algún modo había terminado en mi cintura, me hubiese tropezado hacia atrás. Así de indefensa me había dejado un beso inofensivo.

Recorrí el grupo con la mirada solo para confirmar que todos tenían la vista fija en nosotros. A Daniel parecía no importarle y me sonreía como si fuéramos viejos amigos que volvían a

encontrarse después de años sin verse. Exactamente lo opuesto a lo que sentía yo.

–*Dios, Lina. Cuánto tiempo. Mírate. Estás…* –Me miró de arriba abajo.

–Daniel –lo interrumpí–. Él es Aaron –balbuceé y me alejé de él para refugiarme cerca de mi falso novio y escudo personal.

Daniel frunció el ceño para expresar su confusión. Seguro se debía a que había cambiado al inglés y no tanto a que le estuviera presentando a alguien con quien se suponía que estaba saliendo.

–Hola. Soy su novio –se presentó Aaron con amabilidad y le estiró una mano–. *Su novio* –aclaró en español para que no quedaran dudas. Lo que era innecesario y un poco engreído. En una realidad paralela, me hubiese arrancado una carcajada. Pero mis labios seguían apretados en una línea tensa–. Es un placer conocerte, Daniel.

Mi ex, y el cuñado de mi hermana, lo miró fijamente por un momento y luego sonrió, amable pero cauteloso.

–Sí, claro. Un placer conocerte, Aaron. –Daniel le estrechó la mano–. Soy un viejo amigo de Lina.

Se me hizo un nudo en el estómago cuando escuché la definición de Daniel de lo que habíamos sido. Cuando finalmente se estrecharon las manos, Daniel volvió a centrar su atención en mí y Aaron me volvió a poner la mano en la espalda.

–¿Cómo has estado, Lina? Te ves tan… diferente. –Daniel sonrió aún más–. Diferente, pero bien. De hecho, te ves maravillosa.

Sus ojos siguieron escrutándome como si no pudieran creer que fuera yo. No estaba segura de cómo eso me hacía sentir, así que tuve que esforzarme para sonreír.

–Gracias, Daniel. Todo bien, ocupada con el trabajo y… la vida.

–Cierto. –Mi ex asintió con la cabeza–. Estás viviendo en Nueva York. Siempre supe que tenías potencial para hacer grandes cosas y llegar muy lejos con tu carrera. –Había sido mi profesor un año entero antes de que empezáramos a salir más formalmente y, durante ese tiempo, había sido muy buena alumna. Ejemplar. Pero después, las cosas habían cambiado–. Y así fue.

–Gracias –murmuré mientras mi cabeza archivaba todo tipo de quejas–. No es para tanto.

Aaron se aclaró suavemente la garganta.

–Sí que lo es –dijo despacio. Tan despacio que creí que lo había dicho solo para mí. Y continuó–: Lina lidera un equipo bastante grande en una de las consultoras de ingeniería más exitosas de Nueva York. Eso, sin duda, es para tanto.

–Guau. –Daniel sonrió con rigidez–. Eso es maravilloso, Lina. De verdad. –Relajó un poco los labios–. Felicitaciones. –Murmuré un *gracias*, todavía conmovida por las palabras de Aaron. Hubo un largo e incómodo momento de silencio antes de que Daniel nos mirara fijamente–. ¿Así que este es el novio estadounidense?

Incliné la cabeza hacia atrás, sorprendida por las palabras que había escogido mi ex. Sentí los hombros tensos y abrí la boca con la intención de preguntarle qué había sido eso, pero sentí que Aaron me subía la mano por la espalda y la detuvo en el espacio entre el hombro y el cuello. Su pulgar acarició esa zona, con mucha suavidad. Ese contacto (ese pulgar rozándome el costado del

cuello) hizo que casi me olvidara de a quién tenía enfrente y de lo que había dicho. Volvió a mover el dedo de derecha a izquierda y un escalofrío me recorrió la columna. Cerré los ojos un momento para volver a la conversación y decidí ignorar el último comentario de Daniel.

–Felicitaciones por el compromiso. –Curvé los labios hacia arriba–. Me alegro mucho por ti, Daniel.

Sus ojos, fijos en la palma de Aaron, se encontraron con los míos. Asintió y me mostró ese hoyuelo que tan bien conocía.

–Gracias, Lina. Estoy muy contento de que haya dicho que sí. No es fácil aguantarme. Me pierdo mucho en mis pensamientos cuando estoy trabajando –dijo, metiéndose una mano en el bolsillo–. Bueno, no tengo que explicártelo a ti. Ya lo sabes. –Sí, lo sabía. Todos aquí lo sabían. No necesitaba recordármelo. No después de degradar lo que habíamos tenido con la etiqueta de "viejos amigos".

Mi falso novio abrió la palma y me acarició el hombro. Después bajó por el brazo y terminó en mi mano. La forma en que me tocaba me abrumaba, pero también me centraba, todo al mismo tiempo. Cada vez que mi cabeza amenazaba con deambular, Aaron me devolvía a la conversación antes de que mis pies se despegaran del suelo. Me di cuenta de que esas suaves caricias tenían ese poder. Y, a juzgar por mi tono de voz cuando volví a hablar (débil, entrecortado), tenían un precio.

–Bueno, les deseo lo mejor. –Y, por mucho que me costara admitirlo, lo decía de verdad–. ¿Nos acompañará hoy?

Aaron entrelazó sus dedos con los míos y despertó dentro de mí la necesidad de girarme para mirarlo. Reprimí el impulso y mantuve la mirada en Daniel.

–Por desgracia, Marta no vendrá. Un imprevisto en el trabajo. También es profesora y la han llamado para reemplazar a un colega en una conferencia. –Daniel se encogió de hombros. Tomé nota para comentárselo a mi hermana, porque me daba la impresión de que la novia debía saber si alguien cancelaba–. Pero está todo bien. –Disparó de nuevo la mirada hacia la mano de Aaron con una expresión distraída–. No pasa nada por ir solo a una boda. Además, no quisiera robar la atención. –Mi ex me clavó los ojos. ¿Era… una acusación lo que veía en sus ojos?

–Yo… –Arrastré las palabras dudando de mí misma. Sentí el calor en mis mejillas y solo pude quedarme boquiabierta.

–Entonces, no perdamos más tiempo. –Aaron logró aplacar su voz, tanto que parecía aburrido. Pero yo sabía que tenía algo entre manos–. Estoy muy entusiasmado por lo que viene –dijo para mi sorpresa y me apretó la mano–. Lina me estaba contando que Gabi dejó lo mejor para el final. ¿No, cariño? –Se inclinó y me apoyó los labios en el hombro. Muy suave. Con una delicadeza imposible. Pero logró sacarme de mi trance.

–Es verdad. –Exhalé intentando ocultar la conmoción. Dios, todavía podía sentir la huella de sus labios en mi hombro y se extendía por toda la piel.

–Ah, ¿y qué es? –preguntó Daniel. O eso creo, porque mi mente estaba en otro lado.

Aaron me había besado. En el hombro. La temperatura de todo mi cuerpo había subido un par (o decenas) de grados. *Tranquila. Eso hacen las parejas. Se besan. En muchas partes del*

cuerpo. Como en los hombros.

–El partido de fútbol. Creo que comenzará en unos minutos. –Escuché la explicación de Aaron a lo lejos–. Lina me prometió que iba a mostrarme todos sus talentos. No voy a mentirte, estoy tan intrigado como aterrado.

En un esfuerzo por meterme en el papel, apoyé la cabeza en el pecho de Aaron. Y casi me caigo al suelo cuando sentí que me daba otro beso en el cabello.

–Sí –dije, con la respiración atascada en la garganta–. Lina la Despiadada está por hacer su gran aparición.

Aaron soltó una risa y sentí en la sien la vibración de su pecho. La mano que no sostenía la mía viajó a mi cadera y llenó cada nervio de mi cuerpo de impulsos eléctricos.

Respira, Lina. Es lo que tiene que hacer.

Me esforcé por quedarme quieta cuando en verdad quería hacer todo lo contrario: olvidarme de Daniel y preguntarle a Aaron qué demonios estaba haciendo. ¿Por qué me había besado en el hombro? ¿Y en el pelo? ¿Podía, por favor, volver a hacerlo para corroborar si mi reacción había sido cosa de una vez o eso era lo que le iba a hacer mi cuerpo cada vez que me tocara?

Daniel abrió y cerró la boca, probablemente estaba incómodo por la demostración de afecto. *Falso afecto,* me tuve que recordar. Mi exnovio y exprofesor levantó la vista hacia Aaron. Algo le atravesó la expresión, demasiado rápido como para entender su significado. Luego asintió y me dedicó una sonrisita.

No entendía lo que acababa de suceder entre esos dos hombres, pero finalmente me permití mirar a Aaron. Y… nada. Su mirada inexpresiva seguía en el lugar de siempre. A la distancia, alguien llamó a Daniel. Caí en la cuenta a tiempo para ver a mi ex alejarse hasta donde estaba Gonzalo. Se paró junto a su hermano.

Todavía sentía la extraña tensión en el aire y apenas podía respirar. Uf, eso había sido muy incómodo. Necesitaba un sacudón para liberarme de la desagradable sensación que se me había quedado pegada en la piel. Pero con eso también me desharía del cosquilleo que me provocaban los brazos, el pecho y el cuerpo de Aaron, y… no estaba segura de querer eso.

Sí que quieres, idiota. Esto no es real.

Tenía que recordarlo antes de cometer alguna estupidez.



Si me guiaba por el caos a mi alrededor, diría que teníamos una pequeña crisis entre manos.

–No me lo puedo creer –gritó mi prima con los brazos en alto como si el mundo estuviera por acabarse en el centro del casi-perfecto-círculo de personas–. *No podemos jugar así. Se cancela todo. Esto es un desastre. No, no, no, no.* –Tomó algunas camisetas de la caja que tenía abierta a sus pies y las tiró al suelo. *Guau–. Esos malnacidos.*

–Cálmate, prima –interrumpió Isabel–. *Qué importa. Son solo unas camisetas.* –Nuestra prima respiró con dificultad y, por lo bajo, le dijo algo muy desagradable a mi hermana, que le respondió con un grito.

–¿Qué pasa? ¿Deberíamos correr? –me preguntó Aaron en voz baja, inclinado sobre mí.

Sofoqué la risa. No quería hacer enojar más a Gabi: o se largaba a llorar o se convertía en Hulk y, en cualquier caso, tendríamos que lidiar con las consecuencias.

–Hubo una confusión con las camisetas para el partido de fútbol. –Suspiré–. Parece que le mandaron las del Equipo Novio en la talla más pequeña en lugar de la más grande.

–¿No podemos jugar con lo que tenemos puesto? –preguntó el muy ingenuo.

Gabi giró la cabeza hacia nosotros a toda velocidad.

–*¿Qué ha dicho?* –chilló.

–*Nada*. –Levanté las manos y me giré hacia Aaron–. Baja la voz. ¿No viste cómo se puso cuando Matías le preguntó por qué no se le había ocurrido mirarlo antes? ¿O cuando Adrián dijo que hubiera sido inteligente controlar las tallas cuando recibió el paquete? –Aaron apretó los labios–. Exacto. Menos mal que mi hermana la interceptó antes de que los alcanzara. Aunque son muchachos rudos, igualmente los hubiera matado. –Negué con la cabeza–. Tú también eres rudo, pero te necesito entero, ¿sí? –Me detuve cuando me di cuenta de lo que acababa de decir–. Todos esperan que bailemos en la boda.

–No me iré a ningún lado –dijo Aaron a mi lado–. Puedo con tu prima. También podría ponernos a los dos a salvo. Solo tienes que pedirlo.

Desvié la mirada hacia Gabi. Isabel, con la cara muy roja, intentaba arrancarle la caja de las manos, pero mi prima se aferraba a ella con bastante… violencia, por decirlo de alguna manera. Mi hermana aulló y dio unos pasos hacia atrás con ambas manos en la cabeza.

–No, no, no, no. –Caminó hacia el centro del círculo, sacudiendo las manos en alto–. Jugaremos el partido de fútbol. No se discute más –anunció, y luego se dirigió a Gabi–. Yo soy la novia, así que estás obligada a hacer lo que diga. –Resoplé al escucharla y eso hizo que me ganara una mirada muy amenazante. Me quedé dura. Jesús, esta boda iba a terminar con todos nosotros–. *Gabi, no es el fin del mundo* –le dijo–. Y tú… –Ahora me hablaba a mí–. La próxima vez que me case, tomaremos margaritas. –Contuve la risa, pero, sí, estaba totalmente de acuerdo–. Muy bien. Es verano, el sol brilla y tengo una gran idea. –Hizo una pausa dramática mientras recorría el círculo con la mirada–. El Equipo Novio jugará… ¡sin camiseta! –Levantó los brazos. Nadie habló–. Vamos, caballeros. –Endureció el tono–. Siempre somos las mujeres las que nos desnudamos y mostramos la piel. Esta vez, serán ustedes quienes muestren esos cuerpos de boda. –Más silencio. Isabel miró al novio que, como el resto, seguía procesando su sugerencia. Abrió bien grandes los ojos y giró un dedo en el aire para pedirle a Gonzalo que reaccionara–. ¡Haz algo!

–¡Ah! –exclamó sobresaltado mi futuro cuñado mientras se arrancaba la camiseta y dejaba al aire su pecho lleno de pelo oscuro–. ¡Buena idea, *cariño*! –rugió–. Vamos, caballeros. Fuera esas camisetas.

Mi hermana se lo agradeció con un aullido y aplausos de entusiasmo.

Como era el padrino, Daniel fue el primero en imitarlo. De mala gana, por cómo negó con la cabeza. No me sorprendió ver que, aunque no era musculoso (y nunca lo había sido), estaba en muy buena forma. Sin embargo…, no sentí nada. Ninguna emoción en ningún lugar del cuerpo.

El entusiasmo del grupo creció cuando los otros miembros del Equipo Novio siguieron la

iniciativa de Gonzalo y Daniel. Nadie se quejó, probablemente porque les daba miedo la reacción de mi hermana, quien, a estas alturas, hacía un escándalo por cada hombre que se quitaba la camiseta. La atmósfera se aligeró e incluso Gabi dejó de sentirse tan frustrada por haber perdido el control. Hasta que Daniel abrió la boca y ensombreció la diversión.

–¿Qué hay de ti, niñito americano? –dijo señalando al hombre que tenía al lado, que seguía totalmente vestido–. ¿Pasas de esto?

"Niñito americano".

Abrí los ojos bien grandes. Acababa de llamar a mi novio… *falso novio*, me corregí. ¿Mi ex había llamado "niñito" a mi *falso* novio? Sí, Daniel tenía ocho o nueve años más que Aaron. Pero ¿llamarlo "niñito"?

Mi cabeza se disparó hacia Aaron justo a tiempo para ver su reacción. Relajó la mandíbula y en sus labios vi el comienzo de… una sonrisa.

No dudó. Con calma (tanta que daba miedo), mi falso novio midió a Daniel con una mirada que a cualquier persona la hubiera hecho correr por su vida. Esa mirada que le había ganado la reputación que tenía en el trabajo. La que había perfeccionado como señal de alarma. Y anticipaba problemas. La cosa se ponía seria. Contuve la respiración y vi cómo tomaba el dobladillo de su camiseta.

Ay, por Dios, va a hacerlo. Mi falso novio y futuro jefe se está desvistiendo delante de mis ojos.

Levantó la tela y, en un solo movimiento (digno de uno de esos anuncios de perfumes en los que toda la imagen se desvanece, excepto el irresistible modelo que aparece en primer plano), Aaron se quitó la camiseta.

Pestañeé.

Madre de Dios.

Aaron estaba… estaba…

Mierda.

Era… guapísimo. No, *más* que eso: era una obra de arte.

Y su increíble torso, de otro planeta, digno de una publicidad, era tan perfecto que daban ganas de llorar.

Estaba siendo muy pero muy superficial, y no me importaba.

Mientras me comía con la mirada a Aaron y a su desnudez, sentí que me había quedado sin aire en los pulmones. Pensé que siempre había estado impresionada (casi fascinada, para ser completamente honesta) por su altura y su tamaño, pero sus sólidos músculos de todas las formas y tamaños me impresionaron y fascinaron aún más.

Jesucristo. ¿Esos abdominales estaban tallados en piedra?

Mis estúpidos y hambrientos ojos viajaron desde los anchos hombros al pecho cincelado, y siguieron bajando, contemplando unos bloques de abdominales que mi mente jamás hubiera podido imaginar tan perfectos. ¿Y el modo en que los músculos se entrelazaban en sus brazos desnudos? Tampoco hubiera sido capaz de imaginármelo. Para ser franca, casi quería pincharlo para cerciorarme de que era real.

Esas aburridas camisas no le hacían justicia. Tampoco el conjunto informal que había usado en el avión. Ni siquiera el esmoquin que llevó a la gala de caridad estaba a la altura de su cuerpo.

Era… demasiado… impresionante.

Sí, lo estaba mirando descaradamente y, la verdad, no me importaba. No esta vez. Era un momento histórico. Tenía frente a mí a un Aaron perfecto y sin camisa por primera y probablemente única vez. Y quería guardar ese recuerdo en la memoria. Aunque me atormentara el resto de mi vida. Lo soportaría.

Aplausos y gritos rompieron en el vacío en el que estaba inmersa. Pestañeando, noté que Aaron me miraba fijamente. Nuestras miradas se cruzaron. Había una intención oculta y hambre en sus ojos azules. Algo que no conseguía controlar. Era eso o estaba viendo mis propias emociones reflejadas en él.

Con las mejillas sonrojadas, no estaba para nada preparada para lo que hizo el hombre medio desnudo que tenía delante. Entrecerró los ojos por el sol español, curvó una esquina de la boca, me regaló una sonrisa torcida y luego me guiñó un ojo. Un solo guiño, rápido y juguetón. Eso fue todo lo que hizo falta para que mi interior se derritiera por completo. Cerebro, pecho, estómago y todo lo demás en estado líquido a mis pies. Nop. No estaba preparada para eso. Tenía la guardia completamente baja.

Aaron se llevó una mano a la cadera con algo parecido a la satisfacción y volvió a mirar hacia delante, hacia el sitio en el que se estaba reuniendo el Equipo Novio para comenzar el partido, como si no acabara de convertir todo mi cuerpo en una papilla. Ese hombre perfecto, de ojos azules y medio desnudo me desestabilizaba.

Estaba tan absorta que no me di cuenta de la mirada inquieta que Daniel alternó entre Aaron y yo antes de posarla en el hombre con el que creía que estaba saliendo. Aunque no durante mucho tiempo. Enseguida se giró, palmeó la espalda de Gonzalo y caminó hacia el improvisado campo de juego.

Antes de reunirse con el resto de los chicos, Aaron se acercó a mí y solo se detuvo cuando nuestros calzados se tocaron. Se inclinó y dejó la boca demasiado cerca de mi oído, como si estuviera por confesar un secreto que solo yo podía saber. Se me cerró la garganta.

–¿Qué opinas? –preguntó y sentí las cosquillas de sus palabras en el oído.

–Estás… bien –balbuceé como una completa idiota. Escuché una carcajada.

–Gracias, supongo, pero no me refería a eso. –*Ah*–. Igualmente aceptaré el cumplido, por ahora.

–¿Qué…? ¿A qué te refieres entonces?

–Creo que hasta ahora lo estamos haciendo muy bien. ¿Tú qué opinas? –Ah, a eso se refería. La farsa, claro. Sí, eso tenía más sentido. Asentí con la cabeza.

–Somos un buen equipo, Catalina. –Y ahí estaba de nuevo mi nombre. Dicho de un modo… nuevo.

Me aclaré la garganta intentando ignorar el hecho de que tenía la cara a solo unos centímetros de sus pectorales perfectos y desnudos.

–Es verdad –murmuré.

–No tenía idea de que podía pasar algo así –dijo en voz baja y ladeó la cabeza–. Me tomó con la guardia baja, pero no pasa nada. Empiezo a entenderlo.

La confusión se arremolinó dentro de mí. No había nada que entender. Le concedía que había omitido contarle una parte (una decisión que no fue muy inteligente), pero ya no podía cambiarlo. No afectaba nuestro objetivo.

–Solo sigue haciendo lo que estás haciendo –le dije, tragando el nudo que se me había formado en la garganta–. Concéntrate en fingir que estás loco por mí, ¿de acuerdo?

Respondió "hmmm": un sonido corto, pero suficiente para hacerme retroceder y mirarlo a la cara. Sus ojos conservaban esa determinación que tan bien conocía.

–Confía en mí, solo pienso en eso. –Antes de que pudiera agregar algo, Aaron empezó a trotar hacia atrás–. Y, recuerda, –dijo a la distancia– no hay reglas en el amor y en la guerra, *bollito*.

Todos me miraron. Mi hermana tenía una sonrisa tan grande que me dio miedo que fuera a dolerle la boca en el día de su boda. De mala gana, le sonreí al público, intentando de hacerles creer que estaba tranquila y relajada mientras juntaba coraje.

–Ah, es tan tonto –les dije–. ¡No me lo tienes que recordar, *cosita mía*! –le grité a Aaron.

Pero ya se había alejado corriendo hacia el resto de su equipo. Me dejó allí, de pie, mirando cómo los músculos esculpidos de su espalda bailaban con cada uno de sus pasos y preguntándome qué diablos había querido decir.

Entrecerré los ojos.

"No hay reglas en el amor y en la guerra".

Supongo que tenía cierto sentido. Lo que no entendía era cómo aplicaba cuando el amor era falso y a los adversarios no les quedaba más opción que unir sus fuerzas.



Capítulo 17

Contra todos los pronósticos, estábamos cerca del final del partido e íbamos empatados.

Uno pensaría que jugar contra un grupo de hombres sin camiseta podría ser una distracción, pero buena parte de ellos eran familiares; ya había visto todo lo que había para ver de otro (Daniel); y uno estaba a punto de casarse con mi hermana. Eso reducía considerablemente mis intereses.

A uno solo, para ser exacta. Uno que hacía un gran trabajo ignorándome en el mundo real; lo opuesto a los papeles que interpretábamos ahora en los que, como novia, tenía derecho a mirarlo con descaro. Y Aaron, como novio, aparentemente tenía derecho a verse como recién salido de una sesión de fotos para la portada de *Sports Illustrated*. Porque así se veía, sudado y sin camiseta, corriendo detrás de una pelota por el verde césped.

Y en él habían estado todo ese tiempo mis muy superficiales y muy estúpidos ojos. Siguiéndolo como dos tontos insectos irremediablemente atraídos por la luz. Y, como una mosca, no tenían instinto de supervivencia. Al final del día, iba a tener esas imágenes grabadas a fuego en las retinas y no tendría manera de deshacerme de ellas.

Diablos, ya me sentía como un insecto carbonizado. El sudor rodaba por mi espalda y tenía la piel encendida por el efecto del sol. Además, el hambre se había convertido en inanición y, por mucho que intentara concentrarme en el partido, mi atención siempre se desviaba a las largas piernas de Aaron. A cómo corrían de un lugar a otro. A cómo se le contraían y relajaban los músculos del torso cuando se movía. A las pequeñas gotas de sudor que le bajaban por el pecho, atravesando esos gloriosos pectorales. A cómo me hervía la mente y se arremolinaba cada vez que nuestras miradas se cruzaban.

Así que, sí, me sentía sucia, fastidiosa y caliente. Sin ningún orden en especial. Y, sin embargo, el Equipo Novia seguía metiendo tantos goles como los chicos. De verdad era increíble, pero ¿qué podía saber yo? Había estado demasiado ocupada comiéndome con la mirada a mi perfecto y brillante falso novio.

–*¡Vamos!* –La voz de Gonzalo retumbó en todo el campo y llegó hasta donde yo estaba–. ¡No pueden ganarnos! –Acompañó cada palabra con un aplauso agresivo–. ¡Cinco minutos! ¡Tenemos cinco minutos, chicos! ¡Tenemos que ganar esta mierda!

Mientras los hombres se reagrupaban al otro lado del campo, vi que Daniel se acercaba a Aaron y a Gonzalo haciendo gestos con las manos y señalando nuestro arco.

–*Madre mía* –dijo Isabel desde su puesto en el arco–. Creo que cambiarán la estrategia. Esto no pinta bien, *hermanita*. –Miré los movimientos y cambios de posición de los hombres y confirmé las sospechas de mi hermana.

–Estamos jodidas, Isa –aseguré sin darme la vuelta–. Van a poner a Aaron de delantero.

–*Mierda*. ¿Clark Kent nos va a atacar? –Mi hermana se me acercó y miró a nuestros oponentes con los ojos entrecerrados–. Rápido, quítate la camiseta tú también. Eso lo distraerá.

–¿Qué? No. –Me reí.

–Pero, Lina…

–No me quitaré la camiseta. ¿Qué diablos dices?

–Pero tus chichis van a distraer a tu novio.

–No lo harán, confía en mí. –Me di cuenta de que no era algo que diría una novia y aclaré–: Ya ha visto todo lo que hay para ver. Olvídalo.

–Entonces baila o menea. Lo que sea que le guste.

–No. –Me crucé de brazos.

–De acuerdo, entonces vamos a perder.

–No sin dar pelea –dije con confianza. Puse las manos al costado de la boca y comencé a animar al resto del equipo–. *¡Vamos, chicas! ¡Todavía podemos ganar!* –Mis palabras de aliento eran ingenuas; no había manera de que pudiéramos ganar este partido. No con Aaron de delantero. Y menos si me desnudaba frente a él, como había sugerido Isabel. Volví a girarme hacia mi hermana–. Recuerda este momento cuando las perdedoras, que sin duda seremos nosotras, estemos bailando delante de todos esta noche. La próxima vez, si quieres poner en peligro mi reputación, elige una trivia. No un estúpido partido de fútbol. Ahora, intentemos terminar con toda la dignidad que podamos.

Enfrenté al otro equipo y los chicos entraron en acción. Centré la mirada en la pelota, que pasaba de un jugador a otro, dejando al Equipo Novia detrás. Pronto llegó a los pies de Aaron, quien se movía con una agilidad y destreza increíbles para alguien de su tamaño. Por ser la primera vez que jugaba al fútbol, se había puesto al día bastante rápido.

Su figura amenazante se acercó hacia mí, achicando rápidamente la distancia que nos separaba. Demasiado rápido como para que mi cerebro llegara a enviarles a las extremidades la orden de entrar en acción.

Mierda.

En un intento por detenerlo con cualquier recurso que no involucrara desnudarme, salí disparada en su dirección con el propósito de interceptar la pelota. O a él. Cualquiera me servía. Por desgracia, mi intento no cumplió ni cerca mis expectativas. Justo cuando estaba por alcanzarlo, metí el pie en un pequeño pozo en el césped, tropecé y salí volando hacia delante.

Eso era exactamente terminar con dignidad.

Me preparé para un aterrizaje forzoso y cerré los ojos por instinto. Me tragó la oscuridad mientras contaba los segundos para el impacto contra el césped.

Tres, dos, uno…

Nada. El impacto nunca llegó. En un momento estaba volando con los ojos cerrados, a punto de caer de bruces contra el suelo, y al siguiente estaba suspendida en el tiempo. No, suspendida en el aire. Abrí los ojos sin entender lo que había sucedido justo cuando un quejido salió de mis labios.

Me golpeé el torso contra algo sólido. Y una piel suave y brillante me dio la bienvenida. Una espalda perfecta. Mi mirada bajó hacia la parte de atrás de un muslo con pantalones cortos y unas pantorrillas musculosas.

Comprendí de a poco que estaba colgada de alguien. Más precisamente, de los hombros de alguien: de Aaron, para ser cien por ciento precisa.

¿Qué caraj…?

A juzgar por los aplausos y los gritos, todos estaban muy entusiasmados con la pirueta. Sin prestar atención al pequeño escándalo que sucedía de fondo, Aaron me acomodó en sus anchos hombros y me tomó, firme pero delicadamente, de la cintura. Una queja surgió y murió en mi garganta mientras salía corriendo disparado.

–Aaron –chillé desesperada.

Corría conmigo colgada como un maldito saco de patatas. Cada zancada hacía mover los simétricos y cincelados músculos de su espalda y cintura. No podía concentrarme.

Mierda, Lina, no. Concéntrate.

–Aaron –repetí y él volvió a ignorarme–. ¿Qué-diablos-haces? –Mi pregunta salió entrecortada por el trote, con cada pisada de sus largas piernas que patearon la pelota en dirección a mi hermana–. ¡Aaron Blackford!

Lanzó una carcajada y palmeó la parte de atrás de mis muslos.

–No podía permitir que mi novia mordiera el polvo, ¿o sí? –dijo con calma el bastardo, ni un poco agitado.

–Aaron –aullé–. Te juro por Dios…

Rebotó un poco más y cortó mis palabras. Reafirmó la mano que estaba en mi cintura y disparó una alerta por mis piernas. Con la otra palma y los dedos bien abiertos, seguía sosteniéndome la parte de atrás del muslo. Dios, todo lo que estaba debajo de mí se sentía duro y caliente.

Mierda.

No podía creerlo, pero estaba enojada y… y… y…

Mierda.

Esta demostración de fuerza me excitaba un poco.

No había ni terminado de procesar ese último pensamiento cuando la mano que me sujetaba la cintura se movió y me tomó con todo el brazo. Podía sentir su bíceps en mi costado. Tenía la sangre agitada y no era por estar de cabeza.

–Prepárate, novia. Ganaré el partido y te buscaré algo de comida antes de que me comas la cabeza.

–No hay forma de evitar eso. *Novio*.

Para ver qué tan cerca estaba de dar la patada final, me doblé hacia arriba todo lo que pude. La audiencia filmaba todo el maldito espectáculo con sus teléfonos.

Ay, Dios, por favor no permitas que esto termine en TikTok.

Un último rebote y el caos se desató cuando Aaron se detuvo.

–Ba-ja-me. –Separé las sílabas pegándole en la espalda con mis débiles puños. A juzgar por su falta de reacción, dudé de que lo sintiera.

–Ey. –Se giró y pude ver a mi hermana, que seguía en la portería. Puede que le hubieran metido un gol, pero sonreía. Aaron continuó–: Sabía que eras mandona, aunque no me imaginé esta violencia.

–Todavía no has visto nada –dije con los dientes bien apretados mientras él seguía parado ahí, muy tranquilo, sin inmutarse por el peso de la mujer que llevaba sobre el hombro. Su pecho se sacudió debajo de mi cadera y mis muslos. ¿Se estaba riendo? *Qué coraje.*

La situación requería medidas extremas, por lo que, con toda la agilidad que pude conseguir, me estiré hasta que mis manos llegaron a su espalda baja y le pellizqué el trasero. Síp, yo, Lina Martín, acababa de pellizcarle el trasero a Aaron Blackford. Y me arrepentí de inmediato.

Primero, porque era la nalga de Aaron la que acababa de pellizcar. ¿Y cómo iba a volver a mirar a los ojos a mi futuro jefe cuando me lo cruzara en el trabajo (todos los días hábiles de todas las semanas) después de haber hecho algo así?

Y, segundo, porque era tan suave y firme que quería hacerlo de nuevo, solo para asegurarme de que esa firmeza fuera real. Quería volver a revisar que un trasero pudiera tener tantos músculos. Y eso sumado a la razón uno me hizo cuestionarme mi cordura.

Mientras todo me daba vueltas en la cabeza, me di cuenta de que Aaron había notado mi pellizco nada amistoso. Lo sabía porque estaba paralizado. El cuerpo de mi falso novio (que seguía bajo mis caderas, estómago y piernas) se había quedado muy muy quieto desde el momento en que mis dedos hicieron contacto con su trasero. Estuve tentada de volver a pellizcarlo para verificar si había dejado de respirar o si solo estaba tan sorprendido como yo.

Con una delicadeza impresionante, su mano regresó a mi cintura, me levantó de su hombro y me dejó de frente contra su pecho, todavía en alto, para que mis pies no tocaran el suelo. Teníamos las cabezas al mismo nivel y la mirada fija en la del otro. Su rostro había vuelto a ser esa máscara inexpresiva e imposible de descifrar a la que parecían haberle quitado todas las emociones.

Me di cuenta de que prefería al Aaron juguetón antes del que escondía lo que sentía. Pero eso pasó a segundo plano cuando recordé el inexistente espacio que había entre nosotros del pecho

hacia abajo.

Estaba un poco mareada por lo que apoyé los brazos en sus hombros, sin romper el contacto visual. Creo que ni siquiera pestañeamos.

Aaron volvió a acomodarme en sus brazos y, con el cambio de posición, pude sentir el balanceo de su pecho contra el mío y el sudor de su piel bajo las manos y los brazos. Pero, sobre todo, estaba embelesada por esos ojos azules que brillaban como diamantes al sol. La respiración se me atascó en la garganta y allí se quedó. Igual que yo.

Ni en un millón de años me hubiera imaginado encontrarme en esta posición. Encima de un Aaron semidesnudo, sin querer huir tan rápido y lejos como pudiera. Para mi sorpresa, quería hacer justo lo contrario; quería tomarme el tiempo para inspeccionar cada centímetro de su piel desnuda y sudorosa. Quería quedarme justo donde estaba, quizá permitirle que me llevara a todos lados por el resto del día. Y admitirlo me asustó. No, me aterró.

O así debería haber sido porque, en ese momento, no podía pensar en nada más que en el salvaje latido de mi corazón golpeando de un modo descomunal contra la piel.

–Me pellizcaste el trasero, Catalina –dijo finalmente, con un dejo de agitación en la voz.

Era verdad. Y lo sentía. A medias. Lo que no era excusa para la desvergonzada y alegre sonrisa que me apareció en el rostro. Apenas me reconocía, pero entendí la necesidad de sonreír de ese modo para obligarlo a que me devolviera la sonrisa. Quizá hasta una risa.

–Invoco la Quinta Enmienda –logré decir con esa ridícula sonrisa de tonta, todavía en sus brazos–. Además, si es verdad que alguien te pellizcó el trasero, seguro te lo merecías.

–¿Ah, sí? –Sonrió de costado. Lo estaba consiguiendo.

–Síp. Cien por ciento merecido.

–¿Aunque haya salvado a esa hipotética persona de una caída bochornosa? –Se le arrugaron los ojos con la sonrisa que buscaba, aunque sus labios continuaron casi rectos. Todavía.

–¿Bochornosa? Apenas iba a rozar el suelo. Y con mucha delicadeza, para tu información.

–Eres una mujer ridícula e imposible, ¿sabes?

Lo sabía, y estaba lista para admitirlo, pero Aaron se adelantó y me regaló esa sonrisa que había estado buscando. Sus labios se separaron y su boca se transformó en una sonrisa hermosa que le cambió la expresión por completo. La que había visto solo una vez y me había enloquecido el corazón. Probablemente mis ojos también se arrugaron.

Tenía razón; era ridícula. Todo esto había sido muy ridículo.

–Eh, chicos. –La voz de Daniel llegó desde cerca arruinando el momento y disipando la nubecita de felicidad en la que me encontraba–. La comida está servida, los estamos esperando. Vamos.

Cuando escuché como se alejaba, supe que ya no estaba sonriendo. ¿Ese momento que habíamos compartido había sido solo para que lo viera Daniel y todos los demás? Probablemente. No, casi seguro. Eso hacían las parejas: toqueteos juguetones, amplias sonrisas, miradas seductoras. Y me sentí… un poco tonta. Hacía que su sonrisa valiera un poco menos. Y volvía la mía mucho más tonta.

Supongo que era algo bueno que la deslumbrante sonrisa de Aaron también hubiera

desaparecido. Aunque, ni siquiera con la llegada de Daniel, apartó sus ojos de los míos. Ni cuando sus brazos aflojaron la presión en mi cintura para que me deslizara por su cuerpo hacia el suelo. O eso fue lo que creí, porque la verdad es que, mientras bajaba, tuve que cerrar los párpados para no ver las sólidas superficies, bultos y curvas por las que me desplazaba. Mis pies aterrizaron en el suelo sin mucha confianza. Mareada por la sensación abrumadora que bailaba en mi cuerpo, agradecí que sus manos siguieran en mi cintura.

Me soltó recién cuando estuvo seguro de que no me iba a tambalear. Pero antes me acomodó un pequeño mechón de pelo que se había desprendido de la coleta. En ese momento, mi corazón procedió a derrumbarse. Más todavía cuando, despacio, me acercó la cabeza al oído.

–Nada mal para un dios griego, ¿no? –Su voz no estaba ni cerca de ser tan juguetona como unos minutos atrás, justo antes de que Daniel reventara nuestra burbuja. Pero me guiñó el ojo.

Eso me arrancó una pequeña sonrisa y tuve que sacudir la cabeza para ocultarla.

¿Quién es este hombre que va por ahí guiñándome el ojo y sonriéndome? Mi futuro jefe… ese es.

¿No era esa razón suficiente para pensar en tener una charla seria con el revoloteo que sentía en el pecho? Que todo esto fuera una farsa ya era razón suficiente. Además, pronto sería el jefe del departamento (de mi departamento), no debía olvidarlo.

–Vamos –dijo. Yo seguía quieta en el lugar–. Te dije que iba a alimentarte, y siempre cumplo mi palabra.

Sí, era verdad. Y tampoco tenía que olvidarlo. Aaron me había prometido que se iba a hacer pasar por mi novio y que lo iba a hacer muy bien. Y, hasta ahora, había hecho un papel tan bueno que empezaba a convencerme de que era un hombre diferente al que había conocido en Nueva York.



Capítulo 18

Estaba haciendo un gran esfuerzo para no esconderme debajo de la mesa. Pero si Isabel seguía un rato más con el *cuestionario de Aaron y Lina*, no me iba a dejar otra opción más que hacerlo. Era eso o arrojarle a la novia una de esas bandejas metálicas que contenían los *pinchos* que estábamos comiendo. Iba a ser un desperdicio de comida, y era la homenajeada de esta despedida de soltera, pero no veía otra salida. Era una mujer fuerte; iba a recuperarse para la boda.

Estábamos en uno de los bares (*sidrerías*) típicos de mi pueblo, rodeados por el murmullo característico y el aroma ácido de la sidra derramada. Podías encontrar un sitio como este en cada esquina de cada ciudad o pueblo de esta región del norte de España. Personas reunidas en grupos de distintos tamaños y edades. Algunos de pie alrededor de mesas altas, como nosotros (novia, novio, padrino, Aaron y yo), otros sentados para cenar, y algunos apoyados en la barra, charlando animadamente con los camareros.

Me obligué a respirar despacio y profundo para relajarme e intenté ordenar mis pensamientos para responder la pregunta de Isabel.

–Vamos, cuéntame más detalles de cómo se conocieron. –Los ojos le brillaron con curiosidad y rebotaron hacia mí desde mi estoico falso novio, parado lo suficientemente cerca como para capturar gran parte de mi atención–. Te estás haciendo rogar, Lina.

–Esa es la historia, te lo juro. –Suspiré y desvié la mirada hacia mis manos, que estaban apoyadas en la suave superficie de la mesa mientras jugueteaban con el vaso vacío–. Aaron comenzó a trabajar en InTech y así nos conocimos. ¿Qué más quieres que te cuente?

–Quiero los detalles que no me estás dando.

Podía jurar que mi hermana estaba a punto de lloriquear de esa forma molesta y persistente que hacía que las personas le dieran lo que fuera que quisiera. Había estado en esa posición… muchas veces.

–Ey, si al principio solo fue sexo sin compromiso y luego empezaron a salir, no pasa nada. –Torció la cabeza–. No hay nada de que avergonzarse. Además, eso explicaría el rumor que anda circulando de la cama rota.

Me quedé boquiabierta y abrí grandes los ojos.

–Charo trabaja más rápido de lo que pensaba –murmuré.

Aaron se movió a mi lado, reduciendo la pequeña distancia entre nuestros brazos. Pero no me giré para mirarlo.

–No soy mamá, Lina –continuó mi hermana–. Puedes contarme. –Batió las pestañas y escuché a Gonzalo aclararse la garganta–. O compartirlo con el grupo… de acuerdo, como sea. –Miró a su prometido y puso los ojos en blanco–. Vamos. Te estamos escuchando. ¿Tuvieron sexo primero? Y si fue así, ¿cuántas veces lo hicieron antes de empezar a salir?

–No creo que sea necesario que lo comparta con el grupo –dijo Daniel con un suspiro. Había estado extrañamente callado para alguien que debía estar divirtiéndose.

Mi mirada se disparó en su dirección. Estaba totalmente inexpresivo.

–Gracias, Dani –respondió Isabel entre dientes–. Pero dejaré que mi hermana decida si quiere compartir sus aventuras sexuales con la mesa.

Ay, por Dios, ¿acababa de decir "aventuras sexuales"?

Con el cambio en el tono de mi hermana, Gonzalo le pasó un brazo por los hombros y la acercó hacia él. Se relajó de inmediato soltando lo que, yo bien sabía, eran años de rechazo contenido hacia el hermano de su prometido.

Suspirando en silencio, sentí una punzada de angustia en el pecho que no tenía precedentes. No había motivos para que me sintiera responsable de la situación, pero, al mismo tiempo, era difícil no cargar algo de ese peso sobre mis hombros.

En un mundo ideal, el padrino no sería mi ex. En ese mismo mundo, no hubiera entrado en pánico cuando me enteré de que estaba comprometido mientras yo seguía soltera y estancada, y no hubiese sentido la necesidad de mentirle a mi familia y enredarme en la red de farsas que había tejido. Quizá, en ese mundo ideal, el hombre a mi lado estaría ahí porque me amaba y no porque teníamos un trato.

Pero esos escenarios eran hipotéticos y, por lo tanto, irreales. Inalcanzables. Y todos pintaban un cuadro muy lejos de la verdad. En el mundo real, había una consecuencia para cada decisión que había tomado. Para cada camino que había elegido. No existía un mundo perfecto en el que la vida sucediera de forma ideal y sin contratiempos. La vida era complicada y generalmente difícil. No esperaba a que estuvieras preparado para los obstáculos del camino. Debes aferrarte al volante y mantenerte en la carretera. Y eso era lo que había hecho. Eso me había llevado adonde estaba. Para bien o para mal.

Era una desgracia que el hombre con el que Gonzalo compartía información genética no solo fuera mi ex, sino también la otra parte involucrada en la relación que se había convertido en el

motivo por el que había abandonado mi hogar. Mi profesor de la universidad. El hombre que le había presentado a mi hermana el amor de su vida.

Porque la vida no es ideal. Tiene curvas y baches. A un minuto te hace girar y al siguiente te has estrellado.

Al contrario de lo que creía la mayoría, cuando me postulé para la beca con la que había viajado a Nueva York, un año después de que todo me explotara en la cara, no había sido para escapar de Daniel, sino para escapar de la situación a la que nuestra relación me había arrastrado. Claro que, en el proceso, también me había roto el corazón. Y eso era lo que todos habían visto: la Lina que se fue corriendo con el corazón roto. Pero el daño fue mucho más allá que una simple ruptura. Pasé por el peor año de mi vida. Casi abandono la universidad y pongo en riesgo toda mi educación. Mi futuro. Todo porque personas a las había considerado mis amigos divulgaron mentiras horribles. Y eso no solo me había marcado a mí, también había afectado a mi familia.

Por empezar, esa tristeza a la que todos me habían asociado se quedó por mucho tiempo. Y las pocas veces que había vuelto a casa, soltera, se había consolidado como algo que venía conmigo.

Hasta creía que mis padres, en cierto modo, temían que nunca me fuera a recuperar. Lo que era una estupidez. Ya había superado a Daniel. Mi soltería no tenía nada que ver con eso. Simplemente… me costaba confiar en alguien como para entregarme por completo. Decidí mantenerme alejada de todo lo que tuviera el potencial de lastimarme, por lo que solo había dos finales posibles: o huía yo o huían de mí. Pero, al menos, salía entera.

Isabel, por su parte, había pasado de adorar a Daniel por haberle presentado a Gonzalo a querer arrancarle los testículos. Y aunque siempre estuvo de mi lado y me defendió con uñas y dientes, nuestra ruptura nunca hizo tambalear la relación con su prometido. Lo que demostraba cuánto se amaban. Además, a lo largo de los años, había llegado a aceptar que, aunque Daniel había tenido parte de la culpa, solo había roto la regla tácita de no salir con una exalumna. La sociedad se había ocupado del resto.

Eso fue lo que no me dio (ni a Isabel ni a Daniel) el derecho de forzar a Gonzalo a elegir un bando. Algo que Isabel había logrado entender. Con el tiempo. A su modo.

–No hubo aventuras sexuales, Isa. –Negué despacio con la cabeza intentando alejar esos pensamientos y recuerdos.

–¿Ni una? Vamos. Trabajan juntos. Y los he visto durante el partido de fútbol. Seguro que…

–Nos conocimos de una manera muy aburrida y tranquila –la interrumpí–. Deja de pensar cualquier cosa.

Isabel volvió a abrir la boca y no me quedó otra opción más que darle un codazo a mi falso novio. Quizá su confirmación la conformaba.

–Correcto –dijo, y pude escuchar la diversión en su voz–. No hubo aventuras sexuales.

Vi como mi hermana cerraba la boca.

–Por desgracia –agregó.

Entonces fue mi boca la que se cerró, o se cayó al suelo, no podía estar segura.

No lo mires. No muestres tu sorpresa. Es todo parte de la farsa.

Concentrada en mi hermana, ignoré el último comentario de Aaron y sonreí… con tanta naturalidad como pude.

Isabel tomó la botella de sidra y sirvió un *culín* en mi vaso, es decir, llenó solo el fondo, exactamente como indicaba la tradición que tenía que servirse la sidra. Hizo lo mismo con el vaso de Aaron.

–Hay algo que no me están diciendo. –Entrecerró los ojos mientras nos arrimaba los vasos. Después me analizó la mirada–. Puedo verlo en tus ojos. Bebe.

No estaba bromeando. Yo no era una muy buena mentirosa, y mi hermana tenía la habilidad de ver a través de mí. Me empezaron a sudar las manos. Isabel tramaba algo. Y tenía que empezar a hablar para distraerla.

Vacié el vaso de un solo trago… justo como indicaba la tradición.

–Bien, de acuerdo. –Lo dejé en la mesa–. El día en que Aaron y yo nos conocimos… –comencé e inconscientemente lo miré y lo encontré observándome con un nuevo interés. Volví la mirada a Isabel–. Era un 22 de noviembre frío y oscuro… –Me detuve de nuevo y negué con la cabeza. Recién había empezado y ya estaba haciendo un pésimo trabajo. Este era el motivo por que nunca debía mentir–. Pues eso, que era noviembre.

Aaron me acarició la espalda muy suavemente. Al principio, el contacto me incomodó, pero luego, como por arte de magia, me dio la confianza que necesitaba, del mismo modo que lo había hecho hacía un rato. No sabía cómo, pero cuando movió sus dedos sobre mi blusa, justo en los omóplatos, me sentí un poco menos mentirosa.

–Supongo que eso no es importante –continué, y tuve que aclararme la voz porque había temblado un poco–. Conocí a Aaron el día en que mi jefe lo presentó como el nuevo líder de equipo.

Su caricia se aflojó y se volvió más ligera, hasta que desapareció por completo.

Intenté concentrarme en la historia, bien lejos de la piel de gallina que había dejado a su paso, y continué:

–Atravesó la puerta lleno de seguridad y determinación. Se veía enorme, con esas piernas largas y hombros anchos y juro que toda la sala de reuniones se quedó en silencio. De inmediato me di cuenta de que era el tipo de hombre que todos… respetan, por decirlo de algún modo, sin que tengan que decir más que una o dos palabras. Solo por cómo se movía, por como miraba a su alrededor evaluando la situación, como si estuviera identificando potenciales amenazas y descifrando el modo para eliminarlas antes de que se manifestaran. E incluso así, todos parecían encantados por el chico nuevo.

Recuerdo perfectamente cómo todos se habían quedado boquiabiertos por la guapa y seria adquisición antes de asentir en silencio con asombro y admiración. Al principio, yo también. Nunca lo admitiría, pero había llegado a creer que podría permitirle a esa voz tan profunda que me susurrara todas las noches y que eso me haría feliz por el resto de mi vida.

–Así que, sí, todos y cada uno de mis compañeros estaban encantados. Pero yo no. Yo no caí tan fácilmente. Durante los discursos de Jeff y de Aaron, no podía dejar de pensar en lo nervioso que debía estar. No podía dejar de mirarle los hombros, apenas alzados, y la expresión cada vez

más… insegura, como si estuviera haciendo un esfuerzo para no salir corriendo por la puerta. Entonces llegué a la conclusión de que no era tan distante como parecía ahí parado. No podía serlo. Solo eran los nervios. Uno no podía dar esa impresión a propósito. Era su primer día, y los primeros días suelen ser muy intimidantes. Me pareció que solo necesitaba un pequeño empujón en la dirección correcta. Una bienvenida amistosa que lo hiciera sentirse cómodo. –Y luego hice algo muy tonto e impulsivo. Como solía hacer–. Y no podía estar más equivocada. –Solté una risa amarga–. Puede que estuviera nervioso… nunca iba a saberlo, pero lo que me quedó claro es que no necesitaba ningún empujón. No estaba buscando hacer amigos. Y definitivamente era consciente de la impresión que causaba. –En ese momento, volví al presente y me encontré con tres pares de ojos muy confundidos. Se me secó la garganta–. Por supuesto que eso cambió con el tiempo –agregué rápido en un tono nada convincente–. Porque estamos superenamorados. ¡Yupi! –grité levantando los brazos, esforzándome por recuperar el control. Sin embargo, mi esfuerzo no estuvo ni cerca de conseguir el impacto que buscaba.

Isabel torció un poco la cabeza y, antes de que pudiera fruncir el ceño por completo, Aaron acudió a mi rescate:

–Catalina tiene razón, ese día estaba un poco nervioso –confesó y giré la cabeza en su dirección.

Aaron miró a mi hermana. Buena idea, porque habíamos activado el protocolo de control de daños y eso requería toda su atención y encanto. Además, no quería que viera mi expresión cuando lo miraba. Ese viaje por los laberintos de la memoria me había dejado un poco indefensa como para ocultar cómo me había sentido ese día.

–No tenía planes ni expectativas de hacer amigos. Ni en esa primera reunión ni nunca –continuó.

Bueno, esa declaración no me sorprendía después de dos años de tener que soportar las consecuencias de esa decisión.

–Y creo que era bastante evidente. Lo último que quería era que alguien se confundiera y creyera que podía distraerme de hacer el mejor trabajo posible. Y, en mi cabeza, eso incluía hacer chistes o intercambiar anécdotas personales. Pero ese día Lina se apareció en mi oficina poco después de las cinco de la tarde. –Bajó la mirada hacia sus manos y los párpados le cubrieron los ojos azules un instante.

Por algún motivo que no podía explicar, el recuerdo hizo que se me acelerara el corazón. *Vergüenza*. Tenía que ser la reacción física al recordar ese momento tan vergonzoso a través de las palabras de Aaron.

–Tenía las mejillas sonrojadas y algunos copos de nieve en el pelo y en el abrigo. Llevaba una bolsa con un ridículo estampado de sombreros de fiesta diminutos. Cuando la vi, estaba seguro de que se había equivocado de oficina, que era imposible que estuviera allí, con un regalo para mí. Quizá estaba buscando al tipo que antes ocupaba ese escritorio.

Vi cómo se le movía la garganta mientras sus palabras cautivaban a la audiencia.

–Y estaba por decírselo, pero no me dio oportunidad porque empezó a balbucear una tontería sobre el frío que hacía en Nueva York durante el invierno, lo fastidiosa que se ponía la gente

cuando nevaba y lo caótica que se volvía la ciudad. “Como si fuera mi culpa que los neoyorquinos odien la nieve”, dijo. “Es como si el frío les congelara el cerebro y los volviera estúpidos”. –Aaron sonrió tímidamente. Solo un momento.

Estaba absorta en su perfil y no despegaba la atención de sus palabras y del modo en que me hacían rememorar ese día.

A estas alturas, el corazón me golpeaba el pecho desbocado, como un bestia salvaje que lucha por escapar de su jaula, me rogaba que hiciera todas las preguntas que se me estaban empezando a formar en la cabeza y amenazaba con hacerlo él mismo si yo no me animaba.

–Dejó la bolsa en mi escritorio y me pidió que la abriera. Evidentemente, a mí también se me había congelado el cerebro por el frío porque, en lugar de hacerlo, me la quedé mirando. Petrificado e… intrigado. No tenía ni la menor idea de qué hacer.

Era lo que había hecho, y su reacción me había hecho entrar en pánico y ponerme en modo control de crisis. El segundo error de aquel día.

–Como no lo tomé, metió la mano en la bolsa y sacó lo que había dentro. –Aaron lanzó una carcajada que no era de risa, más bien un sonido seco y casi triste.

Yo tampoco me estaba riendo. Estaba muy ocupada procesando el hecho de que lo recordara todo. Cada cosa. En detalle. El pecho se me llenó de preguntas.

–Era una taza. Y tenía un chiste impreso. Decía: “Los ingenieros no lloran. Construyen un puente y lo superan”.

Alguien se rio. Puede que Isabel o Gonzalo, no estaba segura. Con ese latido alocado, el corazón se me había subido a la garganta y a las sienes, por lo que me costaba mucho concentrarme en algo que no fuera ese sonido o la voz de Aaron.

–¿Y saben lo que hice? –continuó, y su tono se llenó de amargura–. En lugar de reírme, como hubiera querido; en lugar de alzar la vista y decir algo gracioso que, con algo de suerte, me hubiera hecho ganar una de esas maravillosas sonrisas que ya la había visto repartir con tanta libertad en el rato del día que había compartido con ella; en lugar de eso, solo dejé la taza en el escritorio, le agradecí y le pregunté si necesitaba algo más.

Sabía que no tenía que sentir vergüenza, pero la sentía. Tanta como entonces, o más. Había sido una estupidez tan grande y me había hecho sentir tan tonta y diminuta al alejarme así. Cerré los ojos y lo escuché continuar:

–Prácticamente la eché de mi oficina después de que hubiera salido para comprarme un regalo. –Bajó la voz y endureció el tono–. Un maldito regalo de bienvenida.

Abrí los ojos justo a tiempo para verlo girar la cabeza en mi dirección. Nuestras miradas se encontraron.

–Como el gran imbécil que ya había dejado claro que era, la alejé. Y, hasta el día de hoy, me sigo arrepintiendo cada vez que lo recuerdo, cada vez que la miro. –Ni siquiera pestañeó mientras hablaba mirándome fijamente a los ojos. Y creo que yo tampoco. Creo que ni siquiera estaba respirando–. Todo el tiempo que me perdí por haber sido tan tonto. Todo el tiempo que podría haber pasado con ella.

Si no hubiera estado apoyada contra la mesa de la *sidrería*, me hubiera caído al suelo. Mis

piernas no eran capaces de sostener mi peso ni un segundo más. Tenía el cuerpo adormecido. Aaron me miró; no, miró dentro de mí. Y, a cambio, me permitió hacer lo mismo. No sabía cómo, pero juro que en ese momento sentí que acababa de mostrarme una parte de su interior. Intentaba decirme algo que yo no podía procesar. ¿O no? ¿O me estaba rogando que recordara que todo esto era una farsa? ¿O me estaba rogando que recordara que, aunque lo fuera, sus palabras eran sinceras?

Eso no tenía sentido, ¿o sí?

No. Nada tenía sentido. Ni que me lo preguntara ni lo que creía haber oído en sus palabras o visto en sus ojos.

Definitivamente no en el modo en que mi corazón se había liberado para convertirse en una bola de demolición que destruía todo a su paso y solo dejaba un rastro de escombros.

–¿Y qué pasó? –preguntó una voz familiar.

–Luego –respondió Aaron levantando un mano y acariciándome la mejilla con el dorso de los dedos– me comporté como un tonto (o un idiota, según a quién le preguntes) un rato más.

Cerré los ojos, evitando su mirada. Podía sentir cómo la sangre me recorría el cuerpo, y la huella del fantasma de su caricia justo debajo de mi pómulo.

–Con el tiempo, conseguí que al menos me diera la hora. La convencí de que me necesitaba. Y le mostré (le probé) que era así.

Seguía con los ojos cerrados. No me sentía segura para volver a abrirlos. No quería verle la cara, ni los labios, ni la línea firme de su mandíbula. No quería ver si había secretos en las profundidades de sus ojos de océano.

Me aterraba no encontrar nada. Me aterraba encontrar algo. Todo, cualquier cosa. Yo… simplemente estaba aterrada. Confundida.

Después alguien comenzó a aplaudir y escuché la inconfundible voz de mi hermana:

–Tú… –dijo cuando abrí los ojos de un parpadeo. La voz de Isabel sonaba temblorosa por la emoción y el enojo. Todo al mismo tiempo.

Pero no me importaba. De nuevo estaba mirando a Aaron a los ojos. Él no había alejado la mirada de mí.

¿Qué está pasando? ¿Qué estamos haciendo?

–Eso fue muy hermoso, Aaron –continuó mi hermana–. Y tú, Catalina Martín Fernández –cuando usaba nuestros dos apellidos se avecinaban problemas–, no eres más mi hermana. No puedo creer que me ocultaras todo eso. Me has hecho hablar de aventuras sexuales y lujuria cuando la verdad era mucho mejor que toda esa mierda superficial. –La “verdad”. Esa palabrita me estrujó el estómago–. Menos mal que tu novio tiene mejor criterio. Eres muy afortunada de que esté aquí.

–¿Ves? Es muy bueno que esté aquí –dijo Aaron sin despegarme los ojos.

–Ay, Aaron. –Escuché una exhalación temblorosa de mi hermana, supe que estaba por llorar. O por patearme el trasero. Podía ser cualquiera de las dos–. No tienes ni idea de lo feliz que me hace escuchar eso. Es el mejor regalo de bodas que podrían haberme dado. Ver a mi hermana feliz, después de… –Se le quebró la voz–. Después de todo este tiempo, es… –Hipo–. Ay,

diablos. ¿Por qué estoy llorando si quiero patearte el trasero, Lina? Debe… seguro… debe ser… –Más hipo.

Ay, por Dios.

Alejé la mirada de Aaron y, de mala gana, miré a mi hermana.

Estaba chillando sin disimulo. Y también parecía molesta.

–Debe ser por la presión de la boda –creo que murmuró.

Daniel, de quien me había olvidado por completo, dijo algo por lo bajo y tomó la botella de sidra. Estaba vacía, por lo que volvió a dejarla sobre la mesa y se dirigió hacia la barra.

–*Ven aquí, tonta*–. Gonzalo estrechó a mi hermana entre sus brazos y le apoyó la barbilla en la cabeza. Luego, dijo algo entre dientes: *Más alcohol*.

Síp. Solo eso podía salvar la noche si la novia estaba llorando. En especial si lo hacía por una historia que no era cierta.

Porque no podía ser cierta.

Todo era una mentira. Una farsa.

Aaron había disfrazado la verdad. Justo como le había pedido. La había adornado y modificado para que encajara en la ficción que estábamos actuando. Nada más que eso. Seguíamos siendo los mismos Aaron y Lina que habían partido de Nueva York.

Y, además, pronto sería mi jefe.

¿Escuchaste eso, estúpido y delirante corazón? No más jugarretas extrañas.

En lo que a Aaron concernía, todo era una farsa.



Siguiente parada: la discoteca (aunque era una exageración llamar así al bar modesto y mal mantenido que comenzaba a pasar música pasada la medianoche). Para cuando llegamos, estaba noventa y nueve segura de que había cruzado la frontera de “alegre” para entrar de lleno en las tierras de la borrachera.

El uno por ciento restante estaba dividido. Con toda esa sidra corriendo por mis venas, era difícil discernir si lo que sentía se debía por completo al alcohol o si el hombre que me miraba como un águila tenía parte de la culpa.

Aaron había dejado de beber en algún punto entre el espectáculo de la catarata Isabel y la llegada a la sidrería del resto de los invitados de la despedida de solteros. No estaba segura de si eso era algo bueno. Estaba completamente sobrio, por lo que mañana iba a recordar todos los detalles de la noche. Y eso no era bueno. Porque cada vez que me tocaba, mi cuerpo revivía y luego caía derretido al suelo. Y porque cada vez que arrimaba la cabeza para preguntarme si estaba bien o si me estaba divirtiendo, mi corazón decidía que no había espacio suficiente en el pecho y se mudaba a la boca del estómago.

Y el resto, bueno, estaba muy ocupada moviendo las caderas y los pies al ritmo de la música que me llenaba los oídos mientras me desplazaba por ese lugar oscuro y abarrotado de gente.

Avanzaba entre el mar de cuerpos con el resto de los invitados detrás (o no, porque lo más probable era que los hubiéramos perdido) cuando, de pronto, algo que no esperaba me hizo dar

unos pasos hacia atrás. Aaron, que caminaba muy cerca de mí, me interceptó. Me pasó el brazo por la cintura y me puso una mano en la cadera.

Con un movimiento rápido, me sostuvo contra él.

Como ya me había pasado ciento veinte veces esa noche, todas las terminales nerviosas me vibraron por la electricidad cuando mi espalda entró en contacto con su pecho. Subió la temperatura de cada centímetro de piel que había quedado contra él, incluso a través de la fina tela de mi blusa y de su camisa.

Sus largos y fuertes dedos me apretaron la cadera.

Giré la cabeza para mirarlo a la cara; no me importó tener la boca abierta ni los ojos confundidos y nublados. Al menos era como los sentía. Pero, de nuevo, no podía evitarlo. Por algún motivo (el alcohol en sangre o la cercanía de Aaron) simplemente no podía ocultarlo.

Entonces, por primera vez, me permití disfrutar. Dejé que toda mi atención se centrara en él, en todos los puntos en los que nuestros cuerpos se tocaban y en el modo en que me miraba. Me *concentré* en Aaron y en cómo me sostenía contra él mientras interrumpíamos la circulación del bar.

Mirándonos fijamente por encima de mi hombro, dejé que mi espalda se relajara contra su pecho. Y algo festejó en esos ojos azules. Creí que iba a sonreír, pero su boca se apretó en esa línea seria.

–Me has salvado –dije por encima de la música ensordecedora–. Mi superhéroe. Siempre acude a mi rescate, señor Kent.

Una parte de mí sabía que era el alcohol el que hablaba. Aaron no respondió. Sus labios seguían sellados mientras miraba cómo se le movía la garganta. Alguien nos llamó desde atrás. O quizá desde el otro lado del bar repleto de gente. No lo sabía ni me importaba. Iba a decirle a Aaron que lo ignorara, pero de algún modo, me jaló hacia su lado y me tomó la mano al mismo tiempo.

Me gustaba eso. Demasiado. Así que no me quejé.

Me guio por el lugar como si hubiera sido él el que había pasado incontables noches de su juventud allí. El bar era tan lúgubre y asfixiante como lo recordaba. La música seguía demasiado alta y el suelo estaba pegajoso por las bebidas derramadas.

Me encantaba ese sitio.

Y también me encantaba que Aaron estuviera conmigo esa noche. Me encantaba que me protegiera de quienes, por accidente (o por borrachera), me empujaban y arrastraban. Me gustaban muchas cosas de ese momento. Y necesitaba decírselo.

Me detuve, me di la vuelta y me puse de puntillas con la esperanza de alcanzar su oreja y no su axila, porque eso sería muy vergonzoso.

–¿No te encanta este lugar? A mí sí. No tiene nada que ver con esas discotecas pretenciosas de Nueva York, ¿no?

Aaron se inclinó y me acercó los labios a la oreja.

–Es muy… auténtico. –Hizo una pausa, sin alejar la boca. Un escalofrío me recorrió la espalda–. Al principio estaba un poco alerta, debo confesar.

Sentí cómo se me curvaban las comisuras. Sí, definitivamente no era el estilo de Aaron.

–Pero ahora… –continuó, y sus labios me acariciaron esa zona sensible debajo de la oreja, haciéndome revivir y derretirme al mismo tiempo–. Ahora creo que podría quedarme hasta que salga el sol. Quizá hasta un poco más.

Abrí la boca, pero, cuando estaba por hablar, alguien me empujó y las palabras murieron en mi lengua. Quedé más cerca de Aaron, pero esta vez frente a frente, y enseguida sentí contra mí toda la solidez y tensión de los músculos que esa mañana había visto brillar al rayo del sol.

Algo se me agitó bajo la piel. Mi cuerpo me rogaba que redujera los últimos centímetros de espacio que quedaban entre nosotros. Era una locura cuánto quería hacerlo. Sentía la necesidad en la sangre. Como si mi corazón estuviera bombeando delirio en estado puro hacia todo el cuerpo. Haciéndome perder la razón. Tanto que mis brazos se alzaron por su propia voluntad y mis manos se entrelazaron detrás del cuello de Aaron. Lo vi abrir grandes los ojos por un instante y luego algo se encendió y estalló en su mirada. Ese resplandor azul disipó el asombro para darle lugar a algo que se parecía mucho al hambre.

A nuestro alrededor, todos bailaban al ritmo que mi mente confundida recordaba de algún lugar. Era latino, divertido y decadente; la receta exacta para pasar una noche de verano a la española. Sin saber cómo, mis caderas comenzaron a moverse y las manos de Aaron se corrieron hacia la cintura. Y estábamos bailando. El recuerdo de la última vez que lo habíamos hecho me encegueció un instante. Qué ironía que volviéramos a encontrarnos en la misma situación tan pronto y que hubiéramos cambiado tanto en el medio.

No tenía sentido.

Pero no me importaba. No esa noche.

Mis dedos juguetearon con los mechones de cabello de la nuca de Aaron mientras nuestras caderas se balanceaban al ritmo de la música latina. Tan suave… su cabello era tan pero tan suave. Justo como lo imaginaba. Sin saber por qué, jalé un poco los mechones. Como respuesta, los dedos de Aaron me apretaron la cadera con más fuerza y provocaron que me hirviera la sangre, se arremolinara y se acumulara en lugares muy interesantes.

No pude contenerme y volví a pararme de puntillas sin excusa para mirar su rostro de cerca. No estaba frunciendo el ceño ni sonriendo, pero había algo en sus rasgos que lo hacía ver diferente. Suelto. Sí, eso era. No había rastros de toda esa moderación que estaba tan acostumbrada a ver en él. Y, para mí, eso lo hacía estar más guapo que nunca.

Quizá debería decírselo.

Abrí la boca con las palabras en la punta de la lengua y vi cómo su mirada se hundía en ella. El modo en que me miraba hizo que una bandada de mariposas me revoloteara en el estómago.

–Aaron –dije, pero estaba demasiado distraída por el modo en que me miró. Creo que había dejado de bailar. ¿Qué estaba por decir?

–¿Confías en mí, Catalina? –preguntó.

Sí. La respuesta atravesó mi mente, pero no pude darle voz. Algo interceptó las dos letras de esa palabra. Algo que mi inconsciente decía que debía recordar.

Separó los dedos y me acarició la tela de la blusa con los pulgares. Uno llegó hasta el

dobladillo y se escurrió debajo. El contacto lanzó una ola de alerta por todo mi cuerpo.

–No, todavía no –me dijo al oído. Sus labios bajaron a mi mejilla e hicieron que se me acelerara la respiración–. Pero confiarás en mí; me aseguraré de eso.

Yo… creo que no lo entendía. Ni en ese momento ni en un futuro cercano. Pero ¿qué importaba cuando su boca estaba tan cerca de la mía? Sus labios bailaban cerca de mi mandíbula, casi sin tocarla, y eso me estaba volviendo loca. Si me movía, si solo torcía un poco la cabeza y…

Un chillido y una mano sobre mi hombro apartaron la idea que comenzaba a formarse en mi cabeza. Cuando quise darme cuenta, me estaban arrastrando lejos de Aaron. Otro gritito me dio una idea de quién estaba detrás de mí jalándome el brazo.

–¡*Lina, nuestra canción!* –gritó mi hermana encima de la música y se detuvo en un angosto pasillo en el que había algo de espacio.

¿Nuestra canción?

Oí el sonido que reverberaba en los parlantes mientras mi cerebro intentaba, despacio, procesar la situación. Era imposible no reconocer el ritmo. ¿Cómo no iba a reconocerlo si el infame video de mi hermana y yo bailando esa misma canción se había reproducido una y otra vez en cada reunión familiar y en las navidades de los últimos veinte años? La música y la coreografía quedarían grabadas en mi mente por siempre. Sonaba *Yo quiero bailar*, de Sonia y Selena, y eso solo podía significar una cosa.

–¡Hora de pagar! –animó Gonzalo.

Todos formaron un círculo tan grande como pudieron alrededor de Isabel, de mí, y del resto del Equipo Novia, que se había puesto detrás de nosotras, listas para cumplir el castigo por haber perdido la Copa de la Boda.

Mi cuerpo cobró vida al escuchar ese ritmo tan conocido.

–Pagarás por esto, Godzilla –grité por encima de la música mientras nos mirábamos ubicándonos para empezar la infame coreografía.

–¡¿Yo?! –respondió a los gritos mientras sincronizábamos el movimiento de nuestros traseros–. Luego me lo agradeces.

Hicimos un remolino con los brazos y luego meneamos hacia abajo.

–¿A qué te refieres? –pregunté mientras chocábamos las caderas, tal como dictaba ese estúpido baile.

Sabía que teníamos detrás una improvisada formación de bailarinas de apoyo, lo que antes había sido el Equipo Novia. Copiaban nuestros movimientos lo mejor que podían. En su defensa, no creo que los movimientos de mi hermana (ni los míos) fueran tan fáciles de imitar bajo los efectos del alcohol.

–Me refiero a que… –dijo Isabel cuando volvimos a acercarnos y chocamos los cinco por encima de nuestras cabezas. Después comenzamos a bajar al ritmo de la canción de un modo que pretendía ser seductor pero que seguro resultaba tremendamente torpe–. Si me guío por los ojos encendidos de tu novio, vas a divertirte mucho esta noche.

Sus palabras no habían terminado de entrar en mis oídos cuando casi me caigo de bruces.

Giré la cabeza hacia nuestra audiencia y me encontré con un par de ojos en particular. Encendidos, justo como había dicho Isabel. Y, mientras mi cuerpo seguía los movimientos gracias a la memoria corporal, no pude despegar la vista de ese par de ojos azules llenos de determinación.

Hice la rutina casi ausente, incapaz de apartar la mirada, magnetizada por esos puntos azules que parecían encenderse con la luz. Yo podía culpar a los altos niveles de alcohol en sangre, pero no entendía bien cuál era su excusa.

Me devoraba con cada tonto y ridículo movimiento como si no estuviera contemplando una coreografía hecha por un par de adolescentes varios años atrás. Me miró como si fuera más que una adulta haciendo un baile sin sentido. Como si no pudiera resistirse. Como si estuviera a punto de abrirse paso entre la multitud para acortar la distancia entre nosotros y no perderse ni el más mínimo de mis movimientos.

Nunca me habían mirado así. Nunca.

Cuando la canción terminó y empezó a sonar otro éxito de aquella década, lo que sea que estaba ocurriendo entre Aaron y yo se agitó en mi estómago. Con urgencia. Estaba muy confundida y nerviosa, quería arrancarme la piel.

Se me vino a la mente el recuerdo de cómo se me había estremecido el cuerpo por culpa de sus caricias. Eso había pasado hacía unos pocos minutos.

Se me aceleró el corazón mientras intentaba recuperar la cordura y controlar la respiración. Las gotas de sudor me rodaban por la espalda y los brazos, una sensación abrumadora me invadió todo el cuerpo.

Necesitaba aire, aire fresco. Eso siempre ayudaba.

–Salgo un minuto –le dije a Isabel, dándole un abrazo rápido.

Mi hermana asintió con la cabeza, distraída por la canción que sonaba, que parecía ser su nueva canción favorita. Giré hacia la puerta y no me atreví a voltearme para mirar a Aaron. No podía. Solo… no podía.

Necesitaba ordenar mis pensamientos.

Cuando conseguí abrirme paso en el mar de cuerpos, salí. La noche era cálida y húmeda y me recibió la brisa del océano contra la piel.

El alivio fue inmediato, pero no duró mucho. Sentía como si cada pierna me pesara cuarenta y cinco kilos, aunque prefería eso antes que lo que estaba sintiendo adentro. También me arrepentía de cada trago de alcohol que había bebido. Quizá, con la mente más clara, podría entender qué diablos era lo que me estaba pasando. En particular, por qué mi corazón parecía haberse vuelto en mi contra.

Me desplomé en el borde de la acera para descansar las piernas. Era una calle peatonal y solo podían ingresar los autos de los residentes. Pero, considerando la hora (tres de la mañana), las posibilidades de que me atropellaran eran bastante bajas. Así que me tomé mi tiempo para aplacar lo que sea que me estuviera provocando este cosquilleo incómodo en la piel.

Con los ojos cerrados y los codos en las rodillas, me concentré en el sonido amortiguado de la música que llegaba desde el bar.

La puerta se abrió detrás de mí y se cerró enseguida.

Sabía que estaba ahí antes de que dijera algo. No necesitaba ninguna señal. Aparentemente, estaba en sintonía con este hombre callado cuya presencia siempre me hablaba mucho más alto que sus palabras. Sin darme la vuelta, escuché cómo se me acercaba con pasos decididos. Yo seguía sentada sobre el tibio pavimento de la acera. Aaron se dejó caer justo a mi lado. Sus largas piernas estiradas ocupaban el doble de espacio que las mías.

Una botella de agua aterrizó en mi regazo.

–Creo que te hará bien beberla –sugirió.

La abrumadora sensación que me había obligado a salir todavía no se había disipado y me nublaba los pensamientos. Me dio un empujoncito en la pierna con la rodilla para insistir.

Miré la botella que tenía en el regazo. De repente me sentía tan exhausta que no tenía fuerza en los brazos para abrirla. Todo mi cuerpo se sentía igual. Y Aaron estaba sentado tan cerca, tan enorme y cálido, que me daban ganas de apoyarle la cabeza en el brazo y cerrar los ojos un minuto. Una siesta cortita.

–No te duermas, cariño, por favor. –Levantó la botella de donde la había apoyado, la abrió y me la puso en la mano–. Bebe –dijo despacio.

Otro golpecito de su pierna.

Y qué pierna tan bonita. Debía tener más músculos solo en los cuádriceps que yo en todo el cuerpo. Me llevé la botella a los labios, di un gran sorbo de agua y seguí mi escrutinio.

Es un muslo muy guapo, pensé mientras volví a dejar la botella en mi regazo.

Una risita hizo que me girara hacia el hombre que la había soltado. Sus labios se doblaron en una sonrisa torcida que me distrajo.

–Gracias –dijo, estirando la sonrisa–. Nunca me habían elogiado esa parte del cuerpo en particular.

Fruncí el ceño.

¿Lo había dicho en voz alta? Ay, diablos.

Lo miré, aún en silencio, y bebí un poco más de agua. Mi cerebro claramente se había deshidratado si andaba por ahí diciendo todo lo que se me venía a la cabeza.

–¿Te sientes mejor? –preguntó Aaron a mi lado.

–Todavía no. –Me salió una sonrisa temblorosa–. Pero gracias.

Y entonces apareció su ceño fruncido y le arrugó la frente.

–Te llevo al apartamento. Vamos. –Las piernas que tanto había admirado se flexionaron, listas para levantarse.

–No, espera. –Apoyé una mano en ese guapísimo (y, ah, tan sólido) muslo para detenerlo–. Todavía no, por favor. ¿Podemos quedarnos un rato más?

Parecía que sus ojos azules analizaban algo, probablemente mi estado. Pero su gran cuerpo se quedó quieto a mi lado.

–Gracias. –Mi mirada volvió a caer en sus piernas estiradas–. Necesito decirte algo. Una confesión. –Aunque no me giré hacia él, pude sentir la tensión–. Te busqué en internet. Solo una vez. Pero lo hice.

A pesar de que Aaron pareció medir mis palabras, no hizo ningún comentario. Solo me quitó la botella de la mano, la abrió y me hizo un gesto para que bebiera un poco más.

Le hice caso y terminé el agua. Luego tomó la botella vacía y creí haberlo escuchado murmurar algo, aunque no estaba segura.

–Encontré muchas cosas, ¿sabes? Por eso solo me permití hacerlo una vez –admití con una sonrisa tímida–. Tenía miedo de encontrar algo que cambiara la forma en la que te veía.

–¿Y lo encontraste?

–Sí y no. –¿Lo que había encontrado cambió el modo en que veía a Aaron? No sabía la respuesta–. Creo que deslicé la página de imágenes tuyas hasta que no hubo más resultados para mostrar.

–Eso es mucho deslizar.

–Supongo que sí. –Me encogí de hombros–. ¿Quieres que te cuente lo que encontré?

No respondió, así que lo hice:

–Había una foto tuya en el medio del campo; de espaldas a la cámara y tenías un casco dorado colgando de la mano. No se veía nada más que tu espalda, pero juro que podía adivinar la expresión de tu rostro. Podía ver tus cejas arrugadas en la frente y tu mandíbula tensa, el gesto típico que haces cuando estás molesto y no quieres que se note.

Aaron se había quedado en silencio. Lo miré de reojo. Me estaba mirando y había algo parecido a la sorpresa en su expresión.

Pero hoy no tenía filtro, y parecía no importarme hablar de más.

–También había artículos –continué–. Bastantes. Y todos te elogiaban. Decían que eras la promesa de la NFL. Pero luego pararon en seco. Como si te hubiera tragado la tierra.

Aaron tenía la mirada ausente, como si ya no estuviera conmigo, sentados en la acera del pueblo español que me había visto crecer.

Seguí, no porque quisiera más detalles, sino porque quería justificarme:

–No creo que haya muchas promesas del fútbol que cuelguen el casco por la no tan glamorosa vida que llevamos los ingenieros en una empresa mediana. –No sabía cómo funcionaba el fútbol universitario, pero por lo poco que había leído en mi jornada de investigación, no estaba tan equivocada–. Desde que me lo contaste me estoy preguntado qué te hizo cambiar así tu decisión. ¿Una lesión? ¿Agotamiento? ¿Cómo se pasa de un extremo al otro?

Le acaricié el antebrazo con los dedos. Creí que iba a sobresaltarse, pero no ocurrió. Al contrario, entrelazó nuestro dedos y los apoyó sobre su muslo.

–Está bien si no quieres hablar de eso. –Le apreté la mano, de verdad estaba bien, pero eso no hacía que me decepcionara menos–. Si no quieres contármelo.

Aaron no dijo nada durante un largo rato. Usé ese tiempo para hacer las paces con el hecho de que nunca iba a abrirse conmigo. Y no lo culpaba. Yo tampoco había sido del todo honesta respecto a mi pasado. Pero, por mucho que intentara convencerme de lo contrario, la opresión en el pecho me impedía ignorar el modo en que realmente me sentía. Quería saberlo. Necesitaba desenterrar y descubrir todo sobre su pasado porque, en el fondo, sabía que esa era la clave para

comprender al hombre que era ahora. Y que no me lo permitiera solo me recordaba que no era diferente al resto.

–Catalina –dijo al fin y luego suspiró cansado–, quiero contártelo. Me encantaría contarte todo sobre mí.

Mi corazón decidió continuar con todos esas manipulaciones a las que me había sometido toda la noche. *Me contará todo sobre* él.

–Pero apenas puedes mantenerte en pie. No estás en condiciones de tener una conversación.

–Sí –contraataqué rápido–. No estoy tan borracha. Prometo que te escucharé. –Aunque me sentía un poco mejor, las posibilidades de que me cayera de cara contra el suelo si me movía demasiado rápido eran altas. Pero eso no iba a detenerme–. Puedo demostrártelo. Mira. –Mis piernas, un poco temblorosas, me impulsaron hacia arriba. Aunque no importaba. Le iba a demostrar que estaba bien.

No iba a permitir que una ligera intoxicación en las piernas o los brazos me hiciera perder la oportunidad de…

Un par de grandes manos me interceptó y me sostuvo de la cintura.

–Tranquila. Reduzcamos los movimientos a lo mínimo indispensable –dijo Aaron mientras me devolvía sin esfuerzo a mi antigua posición, justo a su lado. Quizá un poco más cerca. Pero no iba a quejarme por eso–. ¿Tantas ganas tienes de saber?

–Sí, quiero saberlo todo –confesé. De nuevo tomó el control la Lina sin filtro.

–No había planeado que esto sucediera así –se rio sin humor.

Mi cerebro confundido no pudo entenderlo, y antes de que pudiera preguntarle, continuó:

–Siempre jugué al fútbol. Eso fue lo único que hice durante casi dos décadas. Mi padre era una figura bastante relevante en el mundo de los entrenadores y representantes de Washington. –Negó con la cabeza y sus mechones despeinados se movieron bajo la luz de la calle–. Sabía identificar el potencial, lo había hecho millones de veces. Era famoso por eso. Entonces, cuando vio que yo era uno de esos diamantes en bruto de los que tanto hablaba, era como si todos esos años de carrera lo hubiesen preparado para mí. Para tener un hijo que pudiera moldear desde el principio para convertirlo en el jugador perfecto.

–¿Te entrenó desde niño? –murmuré.

–Más que eso. –Aaron flexionó las piernas y apoyó los codos sobre las rodillas–. Me convirtió en su proyecto personal. Tenía viviendo en su casa a un niño con el potencial para convertirse en todo lo que él había soñado. Y él tenía las herramientas y la experiencia para hacerlo posible. No había lugar para el fracaso. Trabajó muy duro para convertirme en esa máquina de fútbol perfecta que él mismo había ensamblado desde el momento en que mis piernas tenían la fuerza suficiente para correr detrás de un balón y mis manos para sostenerlo. –Aaron hizo una pausa. Miraba hacia la sombría calle que teníamos enfrente y pude ver cómo se endurecía su expresión–. Ambos trabajamos para que se hiciera realidad. Y durante mucho tiempo yo también lo deseé.

Me acerqué hacia él hasta que mi brazo y hombro quedaron completamente presionados contra los suyos.

–¿Y qué cambió? –pregunté permitiendo que mi cuerpo se apoyara un poco más contra él–. ¿Cuándo dejaste de disfrutar del deporte?

Me miró de reojo y algo se relajó en su expresión.

–Esa foto que mencionaste antes… –empezó y luego alejó la mirada hacia la calle vacía frente a nosotros–. Ese fue el último partido que jugué. –Hizo una pausa y me di cuenta de que necesitaba un momento por el tono que había adquirido su voz–. Eso fue justo un año después de la muerte de mi madre.

Se me estrujó el corazón y sentí la necesidad de abrazarlo con todo el cuerpo para protegerlo del dolor que se reflejaba en su voz. Sin embargo, me limité a tomar su cálida mano y a entrelazar mis dedos con los suyos. Aaron se las llevó al regazo.

–En ese momento, parado ahí, viendo al público y a mis compañeros celebrar una victoria que no me importaba, decidí que iba a renunciar. Y eso fue lo que hice.

–Debe haber sido muy difícil –le dije mientras acariciaba con el pulgar la suave piel del reverso de su mano–. Todo. Perder a tu madre y renunciar a algo para lo que habías trabajado toda la vida.

–Sí, lo fue. –Bajó la cabeza y me di cuenta de que estaba mirando nuestras manos entrelazadas–. Mi padre no podía entenderlo. Ni siquiera lo intentó. –Soltó una risa amarga–. Mi carrera futbolística se había convertido en el escape perfecto del diagnóstico de mi mamá. Pero en lugar de afianzar nuestro vínculo padre e hijo, nos convirtió cada vez más en jugador y entrenador. Nada más que eso.

Más pérdida. Se me rompió el corazón por él. Le apreté la mano y luego, muy lentamente, apoyé la cabeza en su hombro.

–Dijo que estaba tirando mi vida y mi futuro a la basura –continuó–. Que iba a fracasar. Que, si estaba dispuesto a desperdiciar así una oportunidad que podía cambiarme la vida, no quería tener nada que ver conmigo. Entonces, terminé mis estudios y me fui de Seattle.

Aaron seguía sosteniendo mi mano en su regazo; sus dedos sujetaban los míos con firmeza mientras hablaba. Seguí con el costado de la cabeza sobre él mientras mi otra mano viajaba hacia su antebrazo. Era el único modo en que podía expresarle cuánto sentía lo que había tenido que atravesar, sin envolverlo en un abrazo apretado, ya que no me veía capaz de volver a soltarlo. Al menos no por lo que quedaba de la noche.

–Debe haber sido muy difícil crecer regido por la idea de otro sobre lo que debías o no debías ser.

Ausente, jugueteó con mis dedos. La suave caricia de su piel contra la mía provocó un cosquilleo que me subió por el brazo.

–Eso lo vi con el tiempo. En su momento no me di cuenta; así eran las cosas y ya. Me daban unos objetivos y yo lo único que hacía era cumplirlos –explicó mientras su pulgar viajaba por mi cintura–. No era infeliz… por lo menos no hasta que me di cuenta de que tampoco era completamente feliz.

–¿Y ahora? ¿Eres completamente feliz ahora, Aaron?

Detuvo las suaves caricias de sus dedos sobre los míos y respondió sin vacilar:

–¿Completamente? Todavía no. Pero estoy esforzándome todo lo que puedo para serlo.



Capítulo 19

Para cualquiera que hubiera atestiguado mis torpes intentos por llegar al dormitorio, era bastante obvio que iba a caerme de boca al suelo. No había dudas. Era un milagro que pudiera moverme considerando que había llegado hasta allí arrastrándome casi sin despegar los pies del suelo.

Irónicamente, y al revés de lo que indicaba mi cuerpo, creo que nunca me había sentido tan despierta como cuando crucé el umbral de esa puerta.

Mi cabeza iba a toda velocidad procesando lo que Aaron me había revelado sobre su pasado. Le di vueltas hasta al más mínimo detalle para estar segura de que los tenía correctamente archivados y no se escaparían de mi memoria.

No importaba que las piernas me temblaran con cada paso ni que el agotamiento me invadiera el cuerpo. La confesión de Aaron (porque se sentía como si hubiera develado algo que tenía guardado bajo llave) me había desatado un alboroto en la cabeza.

Y en el pecho. Sin duda también en el pecho. El órgano que residía allí todavía estaba estrujado y luchaba por entender que no tenía que sentirme así. Ni fingirlo. Una parte de mi quería estar tan borracha como para que no me importara, pero, entre toda el agua que Aaron me había obligado a tragar y el hecho de que no había vuelto a beber desde que entramos otra vez al infame bar, no podía darme el lujo de poner esa excusa. Eran más de las cinco de la mañana y el efecto del alcohol se había convertido en un zumbido grave que indicaba que mañana no iba a pasarla bien.

No me di cuenta de que estaba parada en el centro del dormitorio mirando fijamente al espacio vacío, hasta que Aaron cerró la puerta detrás de sí. Cuando me di la vuelta, mi mirada bajó de inmediato hacia el vaso de agua que sostenía en su mano.

Lo vi caminar hacia la mesita de noche, donde había acomodado algunas de mis cosas, y apoyarlo ahí.

–¿Eso es para mí? –Sabía la respuesta, pero el gesto que hizo provocó que algo se derritiera en mi interior. Como con todas las otras cosas que había hecho para cuidarme. Solo que… cada vez era más difícil de ignorar–. Si sigues cuidándome tanto, me será muy difícil volver a la vida real.

Quizá no debería haber dicho eso, no de ese modo, pero después de todo lo que había pasado esa noche, la cautela que solía tener cerca de Aaron parecía estarse resquebrajando.

Él asintió con la cabeza y su expresión se volvió un poco más seria. Pero no comentó nada acerca de lo que acababa de decir. En cambio, se desabrochó un botón de la camisa, pero se arrepintió y decidió quitarse el reloj.

Sentí cómo me temblaban las piernas (por razones inconfesables) cuando caminé hacia el borde de la cama y me senté sobre el edredón sencillo y de seda. Me resistí a desparramarme por completo. Exhalé agotada y liberé algo de la tensión de mis hombros. Antes de que pudiera relajarme por completo, un recuerdo me endureció la columna.

La cama.

Íbamos a compartir la cama.

Había olvidado ese detalle y recordarlo hizo que sintiera cosas extrañas en el estómago (no tan incómodas como excitantes) que hicieron que me subiera la temperatura de la piel.

Bien, si ya me sentía así, que ni siquiera nos habíamos metido en la cama, no podía siquiera imaginarme lo que ocurriría cuando estuviera debajo del mismo edredón que Aaron. Su enorme cuerpo y el mío, bastante más pequeño, apretujados en el modesto espacio que ofrecía la cama.

Y yo… mierda.

Para intentar distraerme, ocupé las manos en la tarea de quitarme las sandalias de los pies doloridos. Cuando terminé, me masajeé las sienes y me dije que tenía que calmarme porque todo iba a estar bien. Éramos adultos. Que estaban por compartir una cama. ¿Cuál era el problema?

–¿Qué tan mal estás? –preguntó Aaron, de pie al otro lado de la cama.

Lancé una carcajada que se pareció más al sonido que haría una persona que se estaba ahogando.

–Bueno… –Me aclaré la garganta–. Siento que me pasó por encima una manada de antílopes muy pesados y muy enojados que estaban llegando tarde a algún lado.

–¿Estás haciendo una referencia a la muerte de Mufasa? –Aaron apareció en mi campo visual y se detuvo frente a mí.

–¿Te gusta *El rey león*? –Mis dedos se quedaron congelados a la altura de las sienes.

–Por supuesto.

–¿Y alguna otra película de Disney? –Estaba tentando a la suerte.

–Todas. –Su expresión siguió seria.

Mierda.

–¿Hasta *Frozen*? ¿*Enredados*? ¿*La princesa y el sapo*? –pregunté, y él asintió.

–Me encantan las películas animadas. Me despejan la mente. –Metió la mano en el bolsillo

de sus pantalones–. Disney, Pixar… Soy fan.

Esto era demasiado. Primero se abría sobre su infancia y ahora esto. Quería preguntarle cómo y por qué, pero había un asunto más urgente:

–¿Cuál es tu favorita?

Por favor, no digas la que puede provocarme un paro cardíaco. Por favor, no digas esa.

–Up.

Mierda. Lo dijo. Mi corazón luchó por no detenerse y esa pequeña zona que se había comenzado a ablandar durante la noche se volvió más grande.

–Ah –balbuceé en una exhalación. Fue todo lo que pude decir.

Cerré los ojos y me volví a masajear las sienes. Aunque debería haberme masajeado el pecho.

–¿Tan mal estás? –Cuando me giré para mirarlo, parecía que estaba calculando algo. Posiblemente qué tan sobria estaba.

–No te preocupes. –Sacudí la mano–. Estoy bien. Ya no estoy borracha. Te prometo que no te vomitaré encima.

No fue una gran respuesta, y la elección de palabras hizo que me estremeciera de vergüenza.

Sin más comentarios, Aaron desapareció dentro del pequeño baño en suite y me dejó sola para lidiar con mis pensamientos e incomodidad. Que giraban principalmente en torno a él (viendo películas animadas en la privacidad de su casa, en especial *Up*, e identificándose con Carl) y a la maldita cama.

Me levanté despacio. Seguí con la mirada el patrón geométrico del edredón hasta los cojines. *Pronto nuestras cabezas iban a estar ahí, a pocos centímetros de distancia*. Una extraña mezcla de expectativa y algo… nuevo reemplazó todo lo que sentía.

Necesitaba conservar la calma. ¿Éramos… amigos? No, no creía que lo fuéramos. Pero tampoco éramos solo compañeros de trabajo. Incluso si me olvidaba del hecho de que pronto sería mi jefe, no creía que siguiéramos siendo solo dos personas que trabajaban juntas, discutían a diario y les costaba soportarse por más de diez minutos. Nuestro trato (esta farsa de amor a la que estábamos jugando) nos había empujado fuera de esa área delimitada en la que nos habíamos mantenido hacia un territorio nuevo y desconocido. Y ahora éramos más de lo que habíamos sido. Éramos…

Éramos compañeros de cama. Eso era lo único que sabía con seguridad.

Eso y el hecho de que tenía que dejar de darle vueltas. Tenía que estar… tranquila. Sí. Si íbamos a compartir una cama, necesitaba dejar de comportarme como si fuera la gran cosa. Aunque lo fuera. Porque era una maldita gran cosa. Aaron me lo había demostrado con sus caricias suaves pero tranquilas y esas pequeñas partes de él que eran tan provocadoras.

¿Qué me había dicho Rosie?

“Confíale tus objetivos al universo. Visualízalo”.

Eso era exactamente lo que tenía que hacer.

Entonces me visualicé imperturbable. Sin preocupaciones. Tranquila. Como un témpano de hielo en medio de una tormenta de nieve. Sólida. Inamovible, fría y calma.

Sí.

Con eso en mente, me dirigí al clóset. Tomé el pijama (que consistía en un pantalón corto y una camiseta vieja con la frase "Aguante la ciencia" en letras grandes y amarillas). Una parte de mí se arrepintió de no haber puesto más esmero ahora que la situación del dormitorio había cambiado. Una parte mucho más pequeña pensaba que a Aaron le iba a resultar gracioso. Que quizá me dedicaría una de esas sonrisas torcidas que…

No. Esos no eran pensamientos propios de un témpano de hielo.

Aaron salió del baño en silencio, con la camisa todavía puesta, pero con dos botones más desabrochados (lo que, me repetí, no me afectaba) y se dirigió directamente hacia su lado del closet. Todavía en silencio, me metí en el baño para poder cambiarme y lavarme.

Cuando terminé, ya enfundada en mi pijama, llené los pulmones con una inhalación profunda que esperaba que me diera la energía que estaba necesitando, y regresé al dormitorio.

No sabía qué me podía encontrar, pero sin duda no estaba preparada para ver a Aaron solo con unos pantalones de dormir, bien bajos en su cadera (tan bajos que podía verle el elástico de la ropa interior), de un gris oscuro que combinaba perfecto con su piel.

Subí con la mirada y ahí estaba. Ese pecho glorioso que había visto brillar bajo el sol, con gotas de sudor que…

Jesús, no, no, no.

Tenía que dejar de mirarlo, de comérmelo con los ojos como si nunca hubiera visto un pecho desnudo. No era saludable. No era bueno para mi salud mental.

Me alejé de él con más energía de la necesaria y doblé como pude la ropa que me había quitado. Por el rabillo del ojo, lo vi ponerse una camiseta de mangas cortas. Bien. Eso era bueno.

Cúbrete esos abdominales y pectorales cincelados, hombre estúpidamente perfecto al que le encanta Up.

Abrí una gaveta del angosto vestidor y me quedé mirándola. Me di cuenta de que no necesitaba nada de ahí y volví a cerrarla. Abrí una de las puertas y me pasó lo mismo. Maldije entre dientes por mi estúpido espectáculo y sentí que Aaron se movía a mis espaldas.

Arrugué la ropa que sostenía y la convertí en un bollo.

Una suave caricia en el brazo descarriló la charla motivacional e incendió mis intentos de convencerme de que estaba *tranquila* y que *no me afectaba*.

–¿Qué te pasa? –Movió los dedos hacia arriba y hacia abajo en mi brazo–. Estás nerviosa.

–No me pasa nada. Estoy bien –mentí, y escuché que me tembló la voz–. Estoy… tranquila.

No estaba para nada tranquila.

Aaron deslizó los dedos por mi piel una vez más mientras que yo seguía dándole la espalda. Sentía que estaba esperando algo mientras se alargaba el silencio.

–Dormiré en el suelo –suspiró.

Su voz sonó afligida, por lo que finalmente lo enfrenté. Se estaba alejando, así que tuve que estirarme para tomarlo por la muñeca. Podía sentir su pulso contra mi piel.

–No –susurré–. Ya te he dicho que no es necesario. Dormiremos en la cama. Los dos. –Tragué el nudo que se me había formado en la garganta–. No es eso lo que me preocupa. –Eso no

era del todo mentira. Sabía que Aaron no tendría problema de dormir con medio cuerpo colgando de la cama si sentía que yo estaba apenas incómoda. Diablos, estaría dispuesto a dormir en el suelo si se lo permitía–. Es solo que… –Negué con la cabeza, sin saber cómo terminar la oración. No me atrevía.

No me asusta compartir la cama, quería decirle. *Me doy miedo yo y todo lo que me pasa por la cabeza y el estúpido órgano del centro del pecho… eso es lo que me aterra: este jueguito que amenaza con destruir todo lo que creía conocer.*

No había pasado ni un día completo desde que aterrizamos en España, y sentía que mi relación con Aaron se había transformado más en veinte horas que en los últimos dos años y medios.

¿Cómo podía suceder una cosa así?

–Cuéntame lo que piensas; puedes confiar en mí. –Alzó su mano libre y me acunó la cara con ella–. Déjame demostrarte que puedes confiar en mí.

Ay, Dios, quería hacerlo. Más que nada en el mundo.

Pero era como saltar de un precipicio. Audaz. Demasiado temerario. Me paralizaba.

Nos miramos fijamente y pensé que, si me lo permitía, podría ahogarme en esos ojos azules. Lo que solo alimentó mi miedo. Lejos había quedado el témpano de hielo en el que pensaba hacía solo unos minutos. Ese simple gesto (su tibia mano en mi mejilla) hizo que me derritiera. Me redujo a agua. Tenía ese poder sobre mí.

–No sé cómo. –Incliné la cabeza contra su palma. Solo por un instante. Eso era todo lo que me permitía.

Después, dejé de sentir sus manos sobre mí y tomó la ropa que todavía sostenía bajo el brazo. La dejó en algún otro lugar. El suelo, el armario, la cama; no lo sabía y no me importaba. No cuando una emoción muy particular se había instalado en su mirada: la determinación.

Sabía en lo profundo de mi corazón que iba a demostrarme que podía confiar en él. Que podía saltar, y todo iba a estar bien. Que no me dejaría que me ahogara, como sentía que pasaría. Algo cambió en el aire que nos rodeaba. Algo espeso y sofocante se instaló en la atmósfera del pequeño dormitorio.

–Cierra los ojos –pidió. En realidad no fue un pedido. Aunque no importaba, porque mis párpados se cerraron de inmediato.

Por primera vez en la vida, hice exactamente lo que dijo Aaron, sin rechistar. Ningún hueso de mi cuerpo se resistía a seguir sus indicaciones. Quería saber a dónde iba todo esto. Quería quitarme de encima el peso de tener que responder sus preguntas.

Con los ojos cerrados, lo sentí caminar hacia mí. Su cercanía era como una manta tibia en la que quería acurrucarme.

Los segundos pasaban lentamente mientras yo esperaba y todos mis sentidos se agudizaban. Podía escuchar mi respiración pesada; el pecho me subía y bajaba; sentía cómo la sangre viajaba por todo mi cuerpo y llegaba a las sienes con una intensidad cada vez mayor. Podía sentir el calor que irradiaba el cuerpo de Aaron, como olas que parecían estar en perfecta sincronía con el latido de mi corazón.

El silencio llenó el espacio entre nosotros mientras seguía esperando. Desde la oscuridad que me había tragado, esperaba sus palabras, sus caricias y sus próximos movimientos como nunca había esperado nada en mi vida. Iba a perder el control si no continuaba esa primera frase. Odiaba y saboreaba al mismo tiempo cada segundo que me separaba de lo que estaba por venir.

–Una vez te dije que tenía paciencia. –dijo. Sentí su respiración en mi sien y eso me disparó una ola de sentimientos por la nuca–. Que no me asustaba tener que esforzarme por lo que quería.

Más cerca. Estaba mucho más cerca de lo que pensaba. Su cercanía me erizaba la piel, aunque ninguna zona de nuestros cuerpos estuviese en contacto. Pero yo podía cambiar eso. Solo tenía que levantar una mano y podría acariciar con un dedo esos labios que tenía tan cerca de la oreja. O bien podría empujarlo y terminar con esta tortura. Pero entonces continuó:

–Puede que no haya sido del todo honesto.

No hice ninguna de las dos cosas. Mi mano no lo acarició ni lo alejó. En su lugar, dejé que la expectativa me inundara la sangre. Dejé la decisión en sus manos. Y, como si pudiera leerme como un libro abierto, hizo exactamente lo que necesitaba.

Sus labios, *por fin*, me rozaron la piel de detrás de las orejas, desencadenando una ola de escalofríos que me recorrió todo el cuerpo sin olvidarse de un solo centímetro de piel.

–Se me está haciendo muy difícil esperar. –Otra vez sus labios en el mismo lugar–. Estás muy cerca de volverme loco. –Lanzó una risita sofocada.

El aire que soltó me acarició la piel y me produjo un cosquilleo. Se acercó un poco más y se me aceleró el corazón.

–Pero soy un hombre de palabra.

Dejé de respirar cuando sus labios volvieron a tocarme el cuello, y esta vez se quedaron unos segundos más.

Sus dedos subieron hasta acunarme la cara en su palma. Como antes.

–¿Quieres que me aleje? –Me acarició la mandíbula con el pulgar, muy despacio.

Con la boca abierta, solo conseguí negar débilmente con la cabeza.

Soltó un gemido de aprobación que me provocó cosas locas y peligrosas en el estómago.

–Entonces sí quieres que te toque.

Sí. Ay, por Dios, más que nada en el mundo. Pero…

–Bien.

Sus dedos soltaron mi cuello de a poco y se deslizaron hasta el escote de mi camiseta de dormir, llevándose consigo todos mis pensamientos racionales. Pero en algún lugar de mi cabeza había una advertencia. Algo que tenía que recordar.

–Aaron –susurré.

El contacto de su piel contra la mía era tan suave, tan delicado, que no podía creer que tuviera el poder de hacerme perder la cabeza de este modo. De encender algo en mi interior. Lo había demostrado en la gala de beneficencia.

–Aaron –repetí.

Sus dedos se detuvieron y se despegaron de mi piel a la altura de las clavículas. Los extrañé

de inmediato.

–¿Qué estamos haciendo? –pregunté, sonaba desesperada incluso para mí. Dejé salir el aire de mis pulmones muy lentamente, extrañando el modo en que me había sentido un segundo atrás. Pero esto era importante. Tenía que decir algo para sentirme más segura. Para que todo tuviera sentido. O iba a hundirme por mi propio peso. Lo sabía–. ¿Estamos…? ¿Seguimos fingiendo? –Tragué. Me odiaba por lo que estaba diciendo, pero no pude evitarlo–. ¿Es solo para practicar?

Una voz en mi cabeza me gritó que me callara, que no arruinara el momento y que me permitiera tomar todo lo que Aaron estuviera dispuesto a darme. Pero lo cierto era que estaba aterrada. Estaba temblando desde lo profundo de mis huesos. Había miedo encarnado debajo de todas las formas en que mi cuerpo seguía reaccionando a cada contacto y a cada palabra, deseando más y más.

Sentí el suspiro de Aaron sobre la piel y quise estirarme y sujetarlo antes de que se alejara. Probablemente lo había arruinado todo.

Pero no se alejó.

–¿Eso te haría sentir mejor? Seguiré fingiendo un rato más si eso es lo que necesitas.

–Sí. –La palabra salió demasiado rápido de mis labios.

Sabía que, más temprano que tarde, iba a arrepentirme de haberlo dicho. Este era un juego peligroso. Pero en ese momento lo único que me importaba era la burbuja de seguridad que había creado a nuestro alrededor. El salvavidas que le había rogado que me tirara y al que me estaba aferrando con uñas y dientes. Si analizaba demasiado sus palabras, iba a abrir los ojos, mi cerebro volvería a funcionar y nuestras bocas solo se concentrarían en hablar.

Sus labios volvieron a caer sobre mi piel para continuar lo que habían puesto en pausa. Deslizó la boca por mi mandíbula, mi corazón volvió a la vida y me hizo notar que ni siquiera había registrado que había dejado de latir sin sus caricias.

–No creo ser capaz de negarte nada de lo que me pidas, Catalina.

Con los labios apenas separados, me dio un beso en el costado del cuello que casi me arrancó un gemido.

Mis párpados deben haberse agitado, porque Aaron volvió a hablar:

–No. Todavía no los abras.

Y no lo hice. No podía. Aaron tenía el control absoluto de mi cuerpo.

–Muy bien. Déjalos cerrados. –Me dio otro beso como premio–. Jugaremos un poquito más.

El estómago me dio un vuelco.

–Para practicar, claro –dijo, y la mano que me sostenía la cabeza comenzó a bajar más, más y más por la ropa hasta que se detuvo en mi cintura, dejando un rastro de fuego detrás. La cabeza me daba vueltas–. Puedo mostrarte exactamente cómo sería.

Sentí que arrugó la tela de mi camiseta en un puño, como si se estuviera conteniendo de hacer más. Después la soltó y devolvió la mano a mi cintura.

–Si *de verdad* fueras mía, haría esto todo el tiempo.

Me sujetó la cadera con sus largos dedos y me empujó hacia él. Caliente… Estaba tan

caliente y duro que me quemaba la piel pese a las capas de tela que nos separaban.

–Si fueras mía, me lo pedirías.

Luego, despacio, achicó la distancia que nos separaba. Apoyó nuestros cuerpos con tanta suavidad y a un ritmo tan perfecto que le agradecí y lo maldije al mismo tiempo.

–Lo recibirías con los brazos abiertos. Lo desearías.

¿Y si ya me pasaba todo eso? Antes de que pudiera ahondar en el tema, Aaron movió su enorme cuerpo y mi espalda quedó completamente apoyada en una superficie dura. Mi mano la recorrió ausente. El armario. Me había arrinconado contra lo que parecía ser la puerta del armario. Y yo no sabía cómo había terminado allí. No del todo. Pero la presión que ejercía contra mí era deliciosa y me protegía del resto del mundo. Me mantenía los pies sobre la tierra y me hacía flotar al mismo tiempo. Así que no me importaba. Mi cuerpo imploraba que me tocara más. Se estremecía por más.

–Si fuera tuyo, no podría vivir sin tocarte. –Sus palabras hicieron que algo se me estrujara en el pecho–. No podría estar más que un par de minutos sin hacer esto –agregó mientras me apretaba la cintura y deslizaba un pulgar debajo de mi camiseta, dejándome sin aliento–. O algo así. –Se acercó aún más y presionó su cadera contra mí.

Se me escapó un gemido. El pulgar rebelde que se había escurrido debajo de la tela de mi camiseta se corrió unos centímetros hacia el costado. Dejé salir una exhalación temblorosa. No era capaz de hacer mucho más que eso. Apenas podía respirar y sobrevivir hasta la próxima caricia. Sentía cada nervio de mi cuerpo como si estuviera a punto de prenderse fuego. La sangre hervía y quemaba cada vena y cada órgano a su paso. Todo quemaba.

Creí que había vuelto a gemir, porque Aaron me premió con los labios apenas separados, esta vez en la sien. Luego, sus labios bajaron por el costado de mi rostro dejando un rastro de aire cálido y tentador.

Su boca se detuvo en mis párpados, que seguían cerrados, y dejó los labios allí un segundo. No era un beso, sino más bien una caricia de pluma. Y, Dios, era tan suave, tan dulce, tan jodidamente tierna, que me dieron ganas de llorar.

Siguió bajando, se detuvo en mi nariz y repitió la caricia. Después lo hizo en la mejilla izquierda. La mejilla derecha. La barbilla. Iba dejando besos suaves en cada sitio que recorría y yo iba perdiendo la cordura.

Era pura necesidad lo que me recorría el cuerpo con cada centímetro de piel que tocaban sus labios. Y, cuando llegó a la comisura, sentí que iba a explotar como una bomba si no me tocaba allí también. Si no apoyaba sus labios sobre los míos y me besaba.

Sentí suspirar a ese cuerpo grande y masculino que estaba presionado contra mí. Terminando con la moderación, alcé una mano y la apoyé en su brazo, que estaba apoyado contra el armario justo al lado de mi cabeza. Como pude, intenté tomar el control de sus bíceps trabados envolviéndolos con los dedos. Sentí la piel tersa y caliente. Todo firme y sólido bajo mi mano. Y me pregunté si se estaba conteniendo, si estaba luchando por no tomarme en sus brazos y levantarme en el aire. Quizá apretarme más fuerte contra su cuerpo. O hacer más que solo dejar besos de pluma y caricias.

No estaba segura de si lo que necesitaba era que me alentara, así que por las dudas le apreté el brazo con más fuerza. Le enterré las uñas en la piel.

Un sonido ronco y profundo salió de su boca y aterrizó entre mis piernas, justo donde se había acumulado la necesidad creciente. Me enganché con más firmeza de su brazo y, sin pensarlo, mi cuerpo se arqueó hacia él; no creía poder resistir mucho más. Estaba muy cerca de rogar, y lo haría si era necesario. Aaron respondió acercándose más. Me apretó un poco más fuerte. Podía sentirlo vibrar contra mi vientre.

–Lina. –Dijo mi nombre como un suave rezo. O una advertencia. No estaba segura–. Voy a besarte.

Sus palabras cayeron sobre mis labios, cerca, muy cerca. No tenía más opción que aumentar la presión de los dedos en su brazo para no derretirme ahí mismo, para no desintegrarme y desaparecer antes de poder tocarlo. Y quería tocarlo con todas mis fuerzas. Su cuello. sus labios, su mandíbula, la pequeña arruga entre sus cejas… todo. Quería enterrar los dedos en su pelo oscuro y bajarlos hasta su pecho, y seguir bajando hasta sus gruesos muslos.

Quería que Aaron cumpliera su promesa. Quería que me besara.

Otra breve caricia de sus labios, pero esta vez contra los míos. Suaves, gruesos, dulces, como miel corriendo por mi boca. Quería… No, *necesitaba*… más.

–Por favor, Aar…

En algún lugar del apartamento, una puerta se cerró de un golpe y arrancó el ruego de mis labios. La boca de Aaron se alejó de la mía antes de que pudiera probarlo como me hubiese gustado.

Abrí los ojos. Lo primero que vi fue la imagen de un hombre a punto de perder el control. Tenía la mirada confundida y nublada por la misma necesidad que corría por mis venas.

Su frente cayó sobre la mía y vi como el pecho luchaba por empujar el aire adentro y afuera de sus pulmones. Igual que el mío. Seguimos en silencio un largo rato, rodeados solo por el sonido de nuestras respiraciones desatadas y salvajes.

–Me has llamado Lina. –De todo lo que acababa de pasar, eso fue lo que eligió mi cerebro confundido–. Nunca me llamas así. Lo habías hecho solo una vez antes.

Aaron negó con la cabeza, que todavía descansaba contra mi frente. Muy poco. Y luego escuché una risa entre dientes que me hizo sonreír. Hasta que resucitó la parte de mi cerebro que está a cargo del razonamiento lógico y me borró la sonrisa del rostro.

Mierda. Casi nos besamos.

Aaron me había advertido que iba a besarme y casi lo hizo. El hombre que me arrinconaba contra un armario, con sus brazos y todo su cuerpo, acababa de torturarme con su boca, con las yemas de sus dedos y estuvo a punto de besarme. Después de llamarme “Lina”. Pero…

–Ay, Dios –susurré–. ¿Qué rayos fue ese sonido?

Aaron levantó un poco la cabeza, solo lo suficiente como para que pudiera ver el modo en que sus ojos me recorrían el rostro, deteniéndose en todos los lugares que acababa de acariciarme con los labios, como si no pudiera decidirse por uno. Finalmente se detuvo en mis labios y algo parecido al dolor atravesó su expresión.

–Espero que tu prima.

Charo.

Por supuesto. Eso… tenía sentido.

Aaron se fue tranquilizando, hasta que su expresión volvió a la realidad.

–Voy a ver –anunció antes de despegarse de mí.

Mi cuerpo sintió la pérdida casi de inmediato, quedó frío y desequilibrado sin él. Intentando recuperar la fuerza de las piernas, me limité a seguir el camino de Aaron hacia la puerta. Estaba adormecida y abrumada. Se giró para mirarme antes de abrirla.

–Catalina. –Ahí estaba de nuevo. No Lina, sino *Catalina*–. Me alegra no haberte besado.

Mi corazón se detuvo.

–¿Por qué? –pregunté con lo que no fue más que un susurro tembloroso.

–Porque cuando por fin me ocupe de esos labios, no tendrá nada que ver con una farsa. No voy a estar contándote lo que haría si fueses mía: te lo mostraré. No será una actuación lo bien que podría hacerte sentir si fuera tuyo, ya sabrás que lo soy.

Hizo otra pausa y juro que pude ver en su postura cómo se reprimía, como si se estuviera conteniendo de abalanzarse hacia mí y volver a la posición en la que estábamos, contra el armario.

–Cuando por fin te bese, no te quedará ninguna duda de que es real.



Capítulo 20

En el momento en que abrí los ojos ante la gloriosa oscuridad que solo puede brindar un país en que las cortinas metálicas se colocan religiosamente, supe que no estaba en mi cama.

Para empezar, estaba acostumbraba a despertarme con los rayos de sol inundando mi monoambiente. Además, la superficie sobre la que estaba acostada se sentía diferente. Más blanda y movediza que la de mi cama. Lo mismo con la almohada en la que descansaba mi cabeza: demasiado chata y baja.

Pero lo que en verdad me indicaba a los gritos que esta no era mi casa (que no estaba en mi apartamento de Bed-Stuy, en Brooklyn) era el peso muerto que tenía sobre la cintura. Era pesado y tibio, como un miembro desproporcionadamente grande, que sin duda no podía ser mío.

El tamborileo que sentía en cada rincón de la cabeza no era de mucha ayuda para entender quién era el responsable de esta prisión en la que me encontraba. O por qué no estaba en la comodidad de mi cama, rodando sobre un colchón que valía los números rojos de mi caja de ahorro.

Parpadeé para acostumbrar mis ojos a la oscuridad mientras me apartaba algunos mechones de pelo de la cara. Intenté descubrir qué había detrás del peso sobre mi cintura.

Un brazo. Como sospechaba. Tenía algo de vello oscuro y estaba lleno de músculos. Así que mío no era. Recorrí con los ojos esa larga extremidad hasta llegar al hombro muy masculino al que estaba adherido. Un hombro que llevaba a un cuello musculoso que terminaba en una cabeza que…

Mierda.

El dueño del cuerpo que había estado analizando en la oscuridad se movió. Me paralicé. Ese brazo tan pesado y robusto que estaba pegado a mi cintura se deslizó ligeramente y metió las manos debajo de mi camiseta. Los cinco dedos contra mi piel.

Se me quedó atascada la respiración en algún lugar entre la garganta y la boca.

Diablos, Catalina, no te muevas, me ordené. Pero era difícil con el calor que irradiaban esos dedos y el cosquilleo que me provocaban en todo el cuerpo. Unos pocos centímetros me separaban de Aaron.

Aaron. Anoche.

Una a una, cayeron las imágenes en mi mente y fue como si muchas bombas me explotaran en la cabeza al mismo tiempo.

No, no, no, no.

Esos dedos volvieron a acariciarme la piel y el hombre que dormía a mi lado hizo un sonido ronco y profundo.

Un sueño. Todas esas imágenes debían haber sido un sueño, no podía ser que hubiéramos estado a punto de besarnos. Era una locura total. Era…

A toda velocidad, lo sucedido la noche anterior se aclaró. Todo volvió a mi memoria, reproduciéndose detrás de mis párpados y haciéndome revivir hasta el último detalle. Todas y cada una de las imágenes, fragmentos y recuerdos volvieron a pasar por mi mente a una velocidad dolorosamente lenta.

La sidra. La historia inventada de Aaron sobre cómo habíamos empezado a salir. El modo en que sus ojos quedaron fijos sobre mí toda la noche. Nosotros bailando en el centro de un salón de baldosas pegoteadas, perdidos en el mar de cuerpos. Mi colapso. Aaron sentado junto a mí en la acera, cuidándome, contándome su pasado, abriéndose y compartiendo una parte de su historia conmigo. Aaron arrinconándome contra el armario. Mi cuerpo volviendo a la vida (incendiándose) con todas esas suaves caricias de sus labios y sus dedos. *Lina. Aaron me había llamado Lina*. Justo antes de pasar sus labios sobre los míos.

Estuvimos a punto de besarnos.

No. Casi le rogué a que me besara. Y hubiera hecho mucho más que eso.

“Cuando por fin te bese, no te quedará ninguna duda de que es real”, dijo antes de ir a asegurarse que fuera Charo la que había pinchado nuestra burbuja de locura. Y yo me recosté en la cama y perdí el conocimiento de inmediato.

Diablos, diablos. Mierda, joder.

Necesitaba levantarme de la cama. Necesitaba tiempo para pensar, para procesarlo. Lejos de Aaron. Antes de hacer algo estúpido. O imprudente. Como casi besarlo.

Un gemido grave me trepó por la garganta y no tuve más opción que amortiguar el sonido con la mano. El movimiento brusco hizo que el colchón rebotara debajo de mí.

Mierda.

Aaron se estiró a mi lado.

Por favor no te despiertes. Por favor, universo. Dios. Quien sea. Necesito un par de minutos para recuperar la compostura antes de enfrentarlo.

Volvió a acomodarse y su respiración siguió profunda y constante. Devolví mi mano al costado del cuerpo (jodidamente lento) y agradecí al universo por escucharme y le prometí que lo compensaría. Juré que la próxima vez que viniera a España iría a misa con la abuela.

Estaba siendo una completa gallina, pero quería tener unos minutos para mí. Para aplacar todo lo que me daba vueltas en la mente. Para estar en paz con todo y poder seguir como si nada hubiera pasado. Y también para conseguir un analgésico que me ayudara con el latido de la cabeza. Un café también podría ayudar.

Y el primer paso era salir de esta maldita cama de una buena vez (y escapar del brazo al que me había aferrado hacía unas horas como si mi vida dependiera de eso), tan rápido y en silencio como pudiera antes de que Aaron abriera los ojos y me encontrara entrando en pánico.

Levanté su pesado brazo con tanta delicadeza como pude y me giré hacia un lado, hasta el borde de la cama y volví a apoyar ese cúmulo de músculos sobre el edredón. Aaron se movió, se puso boca arriba, levantó el brazo con el que me había estado abrazando y se llevó la mano debajo de la cabeza. Esa posición le trababa los bíceps y hacía que se vieran más grandes y deliciosos y…

Por Dios, Catalina.

Aparté la mirada del hombre tumbado en la cama y atravesé la habitación de puntillas. Salí y cerré la puerta detrás de mí. Apoyé la cabeza sobre la superficie de madera y entorné los ojos.

–*Vaya, vaya. Mira quién ha amanecido*. –Una voz aguda me dio la bienvenida desde la cocina–. *Buenos días, prima.*

Se me heló la sangre. No me daban ni un respiro. Me esforcé por sonreír.

–*Hola, Charo. Buenos días* –la saludé. Enderecé la espalda e intenté no parecer alguien que acababa de escaparse de una habitación.

Fui a la cocina con un paso ligero y casual. Pasé por al lado de mi prima, que seguía atornillada cerca de los cerámicos blancos, estudiando cada uno de mis movimientos. Me puse a abrir los cajones y alacenas en busca de granos de café para proveer de cafeína a mi cerebro antes de que Charo comenzara el interrogatorio. O Aaron se despertara y tuviera que enfrentarlo.

–*He dejado una cafetera preparada*. –intervino Charo. Me había preparado café. Eso solo podía significar una cosa: tramaba algo–. *Está ahí, mujer. En la encimera*.

Seguí dándole la espalda mientras murmuraba un agradecimiento y me dispuse a servir esa gloriosa sustancia oscura en la taza.

Para el disgusto de mi cabeza resacosa (pero para sorpresa de nadie), continuó con el monólogo antes de que pudiera darle un sorbo:

–*Hay suficiente para ti y para tu novio* –comentó–. *Imagino que no tardará en despertarse, ¿no? Oye, si quieres ir a llamarlo para que no se enfríe el café…*

Si insistía tanto con que fuera a buscar a Aaron antes de que se enfriara el café era porque se tenía algo entre manos. Por mí, el café podía congelarse, pero no había chances de que volviera a entrar a ese dormitorio.

–*Menuda sensación ha causado en la familia. Tu madre no podía parar de…* –Y luego procedió a contarme cuándo, cómo y cuánto se había hablado de mi (falso) novio, Aaron, en las

cortas veinticuatro horas que llevaba del país, que era muchísimo para el corto tiempo.

Este era el ejemplo perfecto del peligro que implicaba compartir hospedaje con Charo. No tenía ningún tipo de filtro ni respeto por la privacidad. Me impresionaba bastante que no se hubiera colado en nuestro dormitorio para levantarlo de la cama a la fuerza y poder seguir con su análisis.

–Y justo como le dije a tu madre, llegará un día en el que Lina tendrá que superar lo de Daniel. Si no, se va a quedar para vestir santos y... –El parloteo de Charo inundaba la habitación y yo solo podía asentir ausente.

Jesús, mi prima acababa de usar la expresión española que más odiaba. La que me habían dicho tanto, fuerte y claro: "Se va a quedar para vestir santos", lo que significaba que iba a quedarme soltera y dedicarme a Dios por el resto de mi vida.

Completamente indefensa, de pie sola con mi prima, ya no estaba tan segura de si era una bendición o un castigo que Aaron siguiera durmiendo. El día anterior, cuando se enfrentó a Charo, a mi hermana, a Daniel y a todos los demás conmigo, para mi sorpresa, había sido mucho más fácil que lo que sería sin su compañía.

Ahora me daba cuenta de que, por más que lo hubiera traído a España con ese objetivo, jamás me imaginé que fuese a funcionar tan bien. Ni que fuéramos a convertirnos en un equipo, que me daría fuerza (aunque la usara para mentirle a mi familia) o que me haría sentir que ya no estaba sola.

Y la parte más aterradora de todo era que los límites de nuestro acuerdo comenzaban a difuminarse. En poco más de un día.

La prueba más clara era lo que había sucedido anoche. Casi nos besamos. Eso era más que un trato, más que practicar o actuar.

Locura. Era una locura, pero también era verdad. Era lo suficientemente honesta conmigo misma como para admitirlo.

Pero eso no significaba que fuera lo suficientemente valiente como para reconocerlo en voz alta. Seguía siendo la cobarde que, antes de tener esa conversación, se había escabullido fuera de la habitación como si se estuviera prendiendo fuego. Y lo volvería a hacer.

Aaron pronto iba a convertirse en mi jefe, y eso cambiaría todo. Tenerlo en España, en mi país natal, yendo a la boda de mi hermana como mi falsa cita, ya era bastante peligroso. Me recorría un escalofrío de solo pensar que alguien del trabajo pudiera enterarse. No tenía nada que ver con ninguna rara política de la empresa ni con una manía mía. Ya había estado involucrada con alguien que tenía una jerarquía superior a la mía, una relación en la que yo no era la autoridad. ¿Y a dónde me había llevado eso? A ser la única que tenía que lidiar con las lenguas malignas y venenosas que no pensaron dos veces antes de estigmatizarme a mí y a todo lo que había conseguido con mucho esfuerzo. ¿Para qué? ¿Para reírse un rato? ¿Para señalarme? ¿Para mirarme desde arriba y sentirse mejores?

La historia podía repetirse y, esta vez, iba a ser mi culpa. Iba a ser yo la que tropezara dos veces con la misma piedra. Esta vez, también pondría en riesgo mi carrera; no solo el respeto por mi trabajo, sino también mi reputación como mujer o mi vida social. Y todo iba a ser mi culpa.

Le di otro sorbo al café intentando disipar esos pensamientos. Lo que sea que creyera que estaba sucediendo… no iba a ser. Nada. Porque no podía. No sería. Y, de cualquier modo, todo era una mentira.

Como un demonio invocado por Charo (que no paraba de hablar de él) o por mí (que no paraba de pensar en él), Aaron se materializó en la cocina. Sus ojos se encontraron con los míos de inmediato, como si fueran lo único que había entre estas cuatro paredes.

Dejé la taza congelada en el aire. Me quedé boquiabierta. Mi mirada quería devorar cada parte de él. ¿Cómo no iba a hacerlo? La camiseta sencilla que cubría su ancho pecho no hacía un gran trabajo para ocultar un cuerpo que, ahora lo sabía, había trabajado cuidadosamente por años. Por décadas. Los pantalones de pijama seguían colgando bien bajos de sus caderas, como anoche. Muy tentadores. Me hacían pensar en cómo las había presionado contra mí con una delicadeza dolorosa.

Sin embargo, fue la expresión de su rostro lo que reinició (no, mejor dicho, reavivó) el revoloteo en la boca de mi estómago. Tenía los rasgos arrugados por el sueño, relajados, y el pelo despeinado de una manera adorable. Pero sus ojos… no había un rastro de cansancio allí; contaban una historia completamente diferente. Una que sentía que era bastante similar a la que me daba vueltas en la cabeza. Y eso solo incitó a las mariposas a levantar vuelo y dispersarse por todo mi cuerpo.

Alejé la vista antes de que mirarlo tan fijamente y soñar despierta me provocara daño cerebral, y obligué a mis pulmones a que se llenaran del oxígeno que mi cuerpo necesitaba en ese momento.

–*¡Ay!* –El chillido de Charo me hizo estremecer–. *¡Mira quién está ahí!* Buenos días, Aaron. Justo estábamos hablando de ti.

Lo miré de reojo y vi cómo abría grandes los ojos por un instante.

–Buenos días –dijo en voz alta, parecía sorprendido. Era adorable. Pero me llamaba la atención que no hubiera visto el pelo rojo de Charo como un faro en la distancia–. Espero que estuvieran diciendo cosas buenas. –Esbozó una sonrisita torcida y juguetona.

–Claro, claro. –Charo agitó una mano en el aire–. Estábamos esperando a que te despertaras. Apuesto a que Lina te estaba extrañando.

Enderecé la espalda y Aaron giró despacio la cabeza en mi dirección.

Maldita seas, Charo. Curvé los labios en una sonrisa apretada que tapé con la taza.

–Hay café recién hecho –continuó mi prima–. ¿Lo tomas solo o quieres algo de leche? ¿Azúcar? ¿Blanca o rubia? O quizá no quieres café. Lina no ha dicho nada, así que supongo que sí te gusta. Pero si no quieres, no pasa nada, por supuesto. No te obligaré a tomarlo.

Aaron pestañeó, parecía un poco perdido.

–Te conviene servirte una taza –murmuré.

–Creo… –Mi falso novio se aclaró la garganta y caminó en dirección a la cafetera–. Voy a servirme una taza. Gracias, Charo.

Ella respondió con una sonrisa satisfecha.

Aaron se sirvió café y, antes de que pudiera terminar de llenar la taza, Charo volvió a hablar:

–¿Se divirtieron anoche, *parejita*? –cantó esa última palabra. Puse los ojos en blanco–. Me hubiese encantado ir, pero ya no me da el cuerpo. No soy tan joven como ustedes, chicos. Espero que la cama de su dormitorio siga en pie después de haber visto cómo quedó la otra. Aunque supongo que, si hubiera ocurrido, lo habría escuchado. Las paredes son *muuuuy* finas. –Guiñó un ojo. De reojo vi que Aaron le respondía con el mismo gesto. No podía culparlo. Yo también guiñé un ojo–. Como sea –continuó mi prima–, llegaron muy tarde anoche, escuché cuando cerraron la puerta de entrada.

–Sí. Te pido disculpas, Charo. –Mi mirada siguió a Aaron, que caminó decididamente hacia mí y se sentó en uno de los tres taburetes de la barra de desayuno. Justo a mi lado.

–*Ay, no*, no te preocupes. –Escuché que decía mi prima, pero yo no podía despegar la mirada de los movimientos de mi falso novio–. No me molestó. De hecho, me alegró saber que habían vuelto sanos y salvos.

Aaron acercó su taburete hacia mí y su perfume me golpeó con la fuerza de un camión y me llevó de vuelta a la noche anterior, cuando me había sumergido en él por completo. Batí las pestañas y tuve que alejar la mirada.

–Eh, de acuerdo. Bien. Eso es bueno –dije, ausente, mientras sentía que el rubor me subía a las mejillas.

–De todos modos, me desperté un par de veces más a lo largo de la noche. Tengo el sueño muy ligero. –La voz de Charo se desvaneció en el fondo mientras procesaba el hecho de tener el cuerpo de Aaron al alcance de la mano–. Así que, si llegan a escuchar ruidos extraños por la noche, soy yo caminando por el apartamento. –Lanzó una carcajada–. Con un poco de suerte, no te cruzaré desnudo ni nada por el estilo.

Desnudo. Aaron *desnudo*. De solo imaginarlo, mi mente hizo un cortocircuito que me eyectó del taburete como si se hubiera prendido fuego.

Espacio. Aire. Necesitaba… algo. Cualquier cosa.

Las dimensiones de la cocina no me permitían irme muy lejos, por lo que abrí algunas alacenas y me aseguré de darle la espalda a Aaron hasta que la sangre que se había agolpado en mis mejillas regresara a su lugar de origen.

Me abaniqué con una de las puertas. *Bien, bien. Mejor.*

Necesitaba una excusa para la forma poco elegante en la que me había levantado del taburete, así que tomé un paquete de galletas con chispas de chocolate.

–Entonces, cuéntame todo, Aaron. –Escuché que decía Charo a mis espaldas mientras abría el paquete–. ¿Qué opinas de nuestro pueblito? Estoy segura de que no se parece en nada a Nueva York. No tenemos rascacielos ni nada de eso, pero hay muchos lugares para visitar. Naturaleza, playas hermosas. La costa es maravillosa. Hay varias cosas para hacer. –Hizo una pausa y tomé una galleta del paquete–. Por cierto, ¿cuántos días se quedarán, chicos? Escuché que solo hasta la boda. ¡Es una lástima! Deberían pedirse vacaciones y… –El timbre la interrumpió–. Ay, yo voy –anunció enseguida y salió de la cocina.

Entrecerré los ojos mientras me preguntaba si esperábamos a alguien. Un brazo (que, a esta altura, estaba comenzando a conocer muy bien) me sorprendió al deslizarse por mi cintura y

empujarme hacia atrás.

Mi trasero aterrizó en algo duro y cálido, aunque inmediatamente se amoldó a la superficie.

El regazo de Aaron.

–No me has dado los buenos días. –Su respiración acarició el puente de mi oreja.

Mi espalda se tensó al recordar mi lastimosa escabullida.

–Casi me haces tirar la galleta, señor Robot. –Era tan extraño llamarlo así, como tantas veces antes lo había hecho. Como si todo eso perteneciera a una vida pasada. A dos personas diferentes.

–Sería incapaz. –Se rio y me hizo cosquillas en el cuello–. No me atrevería a hacer una cosa así. –Sus brazos me tomaron con más fuerza y tuve que contenerme para no abrazarlo.

–¿Qué haces? –susurré. Charo podía volver en cualquier momento.

–Me sentía solo –admitió en voz baja e hizo que mi mente se disparara a lo que no me estaba diciendo. *Estúpida. Tenía que dejar de ser tan estúpida*–. Y si me voy a seguir sometiendo a este interrogatorio, lo menos que puedes hacer es acompañarme. Además, me debes una charla.

–Estaba justo aquí. –Mi voz sonó estrangulada–. Y Charo no está ahora.

Asintió con un sonido que me atravesó la parte baja del vientre.

–Pero volverá. Sabes que me gusta estar bien preparado.

Sí que lo sabía. Lo conocía bastante bien, ahora que lo pensaba. Y entonces, con ese pensamiento flotando en la mente, la cabeza de Charo apareció en mi campo de visión. Abrió grandes los ojos y sonrió.

Jesús.

–Aww, ¡mírense nomás! *Ay, Dios mío*. Son adorables.

Sentí en la espalda el pecho de Aaron temblar por la risa.

–¿Ves? –me susurró al oído.

No, francamente, no veía una mierda. Era difícil concentrarme en algo estando sobre su regazo. Abrí la boca, pero las palabras murieron cuando otra persona apareció en la cocina.

Charo se giró en dirección a esa segunda persona, que tenía el cabello del mismo tono de rojo.

–*¿No ves, mamá?* Te lo dije.

–*¿Tía Carmen?* –balbuceé–. ¿Qué haces aquí?

–*Vengo a saludarte, tonta.* –La madre de Charo, que era una versión más vieja y regordeta de mi prima, me señaló con un dedo.

¿Había venido solo a saludar? Lo dudaba. Al día siguiente me vería en la boda.

Mis ojos se dispararon hacia Charo, que tenía la palabra “culpable” escrita en la frente. Se hizo la que buscaba algo en la alacena.

Aaron se movió debajo de mí con las piernas flexionadas y la mano firme en mi cintura, como si…

Guau.

Se puso de pie.

–No nos han presentado –le dijo a mi tía. Se acercó hacia ella logrando de algún extraño

modo mantenerme junto a él–. No te dejaré escapar tan fácilmente –me susurró al oído. –¿Qué…?–. *Soy Aaron. Encantado* –le dijo en voz alta a mi tía mientras me seguía sujetando contra él.

Así que iba a llevarme en brazos hasta que habláramos. De lo que pasó anoche. De que casi nos besamos. Giré la cabeza hacia atrás y entrecerré los ojos.

–No, no, no –gritó la tía Carmen, deteniendo el avance de Aaron–. Siéntate, *cariño*. Nada de formalidades. Somos familia.

Aaron obedeció y devolvió sus manos al taburete. Charo, que había estado deambulando por la cocina durante el intercambio con mi tía, apoyó una bandeja en la barra de desayuno. Tenía fruta, cereales, nueces, una tabla con distintos tipos de quesos, embutidos y algunas rebanadas de pan.

Abrí grandes los ojos mientras me preguntaba cuándo y cómo había llegado todo eso al apartamento.

–Hice algunas compras ayer –explicó mi prima. Levanté una ceja y la miré fijamente. Eso requería planificación–. ¿Ya has probado el jamón, Aaron? –preguntó ignorando mi mirada.

–Sí. Es delicioso, pero…

–¿Y el chorizo? Este es muy bueno –dijo la tía Carmen, inclinada sobre la mesa.

–Toma –le ofreció mi prima sin esperar su respuesta mientras le acercaba un pequeño plato con los dos manjares españoles–. Pruébalo. Siempre compro lo mejor.

Mi falso novio le agradeció mientras miraba fijamente el plato y se preguntaba si alguna vez escuchaban a la gente cuando les hablaban. Me dio pena y le palmeé el antebrazo, que seguía enroscado en mi cintura.

–*¿Y qué intenciones tiene este chico con nuestra Linita?* –le preguntó la tía Carmen a mi prima mientras tomaba una rebanada de pan. Mi mandíbula se desplomó. Charo pareció meditarlo por un momento.

–*No lo sé, mamá*. –Estudió al hombre que estaba detrás (o, mejor dicho, debajo) de mí–. Aaron, ¿cuáles son tus intenciones con Lina? No estás jugando, ¿no? ¿Qué opinas del matrimonio? Porque Lina está por cumplir treinta y…

–Charo –la interrumpí–. *Ya basta* –siseé–. Y solo tengo veintiocho. Jesús.

–El matrimonio es una de mis instituciones favoritas –dijo, riéndose debajo de mí. Se me cortó la respiración y me quedé boquiabierta–. Quiero tener muchos hijos. Y un perro, también.

Tragué con esfuerzo e intenté disimular la pura sorpresa. Tenía que controlar mi mente, que no paraba de crear imágenes edulcoradas que se desprendían de las palabras de Aaron.

Nada de esto es verdad. Solo está diciendo lo que mi familia quiere oír.

Y entonces le puso la cereza al pastel:

–Nos encantan los perros, ¿verdad, *bollito*?

–Sí –respondí, débil, mientras intentaba recoger mi mandíbula del suelo. Negué con la cabeza y conseguí recuperar la compostura–. Por eso tendremos muchos perros. En lugar de niños. –Su risa me hizo cosquillas en la oreja–. Pero tenemos tiempo para ponernos de acuerdo –mascullé con una sonrisa falsa.

–¡Ay, qué bien! Perros, bebés, amor verdadero. Justo antes de que seas demasiado vieja. –Charo aplaudió y la fulminé con la mirada–. *Mujer, no te pongas así* –dijo–. ¿Has probado el *jamón*, Aaron? Si te casas y te mudas a España, tendrás todo el jamón que puedas comer.

¿Mudarse a España? Por Dios, ¿qué era lo que quería? ¿Volverme loca?

–Verás –continuó mi prima–, Lina tuvo que huir a Estados Unidos hace algunos años por todo lo que sucedió y…

–Charo –la interrumpí, con la respiración acelerada–. *Déjalo ya, por favor* –rogué. El timbre volvió a sonar y maldije en voz no tan baja.

–¡Ah! ¡Llegaron! –anunció Charo.

¿Qué? ¿Quiénes?

Enganchó su brazo con el de su madre y se retiraron juntas de la cocina.

Aaron me apretó con delicadeza y solté todo el aire de mis pulmones. Había llegado al límite con todo eso. Y todavía tenía que olvidarme de sus declaraciones sobre el matrimonio, los hijos y los perros, que eran completamente irrelevantes.

Lo hice cuando llevó su mano a mi muñeca. El contacto (la caricia) tan ligera, tan breve, pero tan poderosa hizo que una horda de escalofríos me recorriera todo el cuerpo, y ya no pude pensar en nada más.

–Relájate –me dijo al oído. Sus dedos comenzaron a moverse en círculos sobre la piel de mi muñeca. El contacto era lento, tranquilizador–. Eso es –susurró mientras sus yemas seguían explorándome la piel.

Fui relajando los hombros y dejé la espalda completamente recostada en su pecho.

Aaron apoyó la barbilla sobre mi cabeza y dijo:

–Podemos con esto.

Quería creerle, quería creer que íbamos a poder seguir con la farsa durante esta reunión familiar improvisada y mantenerla hasta mañana. Pero cuando por fin me relajé y dejé que mi cuerpo se acomodara en el suyo, lo sentí como algo más que eso. Porque me gustaba estar en esta cocina, sentada sobre su regazo, mientras me acariciaba la piel sensible de las muñecas y soportaba las intromisiones de mi familia.

Aaron y yo empezábamos a sentirnos como un nosotros.

Y, en el momento en que mi madre apareció en escena, seguida por mi abuela, mi tía y Charo, esa idea tomó forma en el centro de mi pecho, como un ladrillo o un bloque de cemento: pesado, sólido y difícil de ignorar. Recién cuando Aaron se despegó de mí (solo para presentarse con la abuela), el ladrillo encontró su lugar y se acomodó como una pieza de tetris en un hueco que esperaba paciente a ser llenado. Para cuando volvió a ponerme la mano en la cintura y a sentarme en su regazo, justo antes de que bajara la mirada y me regalara una sonrisa solo para mí, ya sabía con certeza que nunca iba a poder quitarme ese maldito ladrillo de ahí.

Había llegado para quedarse.



Capítulo 21

Para mi sorpresa, todo iba muy bien. Hasta ahora, no había habido ningún momento incómodo o vergonzoso que me hiciera arrepentir de todas las decisiones que había tomado en la vida, ni nadie había preguntado nada tan inapropiado como para querer que la tierra me tragara. Con un poco de suerte, iba a salir ilesa de esta cena. O eso pensé.

Esperaba que esa alegría que sentía debajo de la piel no fuera producto de la comida que había devorado. Porque eso podía hacer un festín a la española: nublarte el juicio.

Estábamos todos sentados en una mesa redonda ubicada en la terraza de un restaurante que daba al mar. El sol se estaba poniendo en el horizonte, a punto de alcanzar la fina línea en la que se unen el cielo y el océano, y el único sonido que se oía, además de un suave murmullo, era el de las olas rompiendo contra las rocas de la costa. En resumen, todo era perfecto.

Una caricia en mi brazo hizo que se me erizara la piel.

–¿Tienes frío? –me preguntó al oído una voz profunda que me cortó la respiración.

Negué con la cabeza y lo enfrenté. Nos separaban unos pocos centímetros. Nuestros labios casi se rozaban.

–No, estoy bien. –No estaba bien. Lo supe cuando Aaron se acercó, así que estaba lejos de estar bien–. Solo estoy llena. Creo que me he pasado.

–¿No te queda lugar para el postre?

–No seas ridículo, *osito*. –La audacia me hizo alzar una ceja–. Siempre tengo lugar para el postre. Siempre.

Aaron curvó los labios y la sonrisa le arrugó los ojos haciendo que toda su cara se transformara.

Guau. Las mariposas que me revoloteaban en el estómago me indicaron que no estaba preparada para eso.

–Lina, Aaron, ¿más vino? –preguntó mi padre desde el otro lado de la mesa.

Mis padres habían insistido en pedir otra botella pese a que la boda era al día siguiente… y allí sí que habría ríos de alcohol: sidra, vino, *cava* y todo lo que uno se pudiera imaginar. Pero nadie se había quejado. Ni Isabel y Gonzalo, cuyas caras mostraban las secuelas de la noche anterior, porque en la tierra del vino, uno no va a cenar y decide no pedir una segunda botella.

–No, gracias. Creo que voy a reservarme para mañana –respondí, alejando la copa del alcance de mi padre, que ya tenía la botella en el aire. Aaron no fue tan rápido como yo y, antes de que pudiera hilar una respuesta, ya tenía la copa llena–. Si te duermes, pierdes –susurré inclinada en su dirección.

Volvió esa sonrisa brillante a su rostro y me dejó fuera de juego en solo un segundo. Luego, estiró el brazo que tenía apoyado sobre el respaldo de mi silla y, juguetón, me pellizcó la cintura. Salté en mi asiento y casi vuelco algunas copas con el movimiento. Con la otra mano, Aaron tomó el vino y se la acercó a los labios.

–No seas exagerada –dijo dentro de la copa y me disparó una mirada que me sobresaltó. Luego, bajó la cabeza y la voz–: La próxima vez haré algo más que solo pellizcarte. –Finalmente dio un sorbo.

Le miré los labios por unos segundos muy intensos, segura de que algo acababa de suceder cerca de mis partes íntimas. Con las mejillas sonrojadas, giré la cabeza para comprobar que nadie más había oído. Mi abuela seguía ocupada limpiando el plato. Gonzalo e Isabel parecían a punto de desmayarse por el agotamiento y era probable que entraran en un coma provocado por tanta comida antes de que llegáramos al postre. Mis padres parloteaban animadamente con un mesero que ni sabía que estaba de pie junto a nuestra mesa. Y Daniel (que había venido solo porque sus padres llegaban la mañana siguiente) miraba su teléfono como si contuviera las respuestas a todas las preguntas del universo.

Ese día, algunas semanas atrás, cuando había mentido acerca de estar saliendo con alguien después de que me contaran que estaba comprometido y más feliz que nunca, lo había hecho por el pánico que me producía encontrarme en una escena idéntica a la que se desplegaba ahora frente a mí. Pero, en esa escena, la silla que tenía al lado estaba vacía. O, conociendo mi suerte, ocupada por alguien como mi abuela o la prometida de Daniel. O quizá ese acompañante profesional que había considerado contratar. En cualquier caso, hubiera sido alguien que no haría que mi corazón se acelerara con solo una mirada o que me diera un vuelco el estómago con una de esas sonrisas que quería solo para mí.

Cuando miré a Daniel, caí en la cuenta de algunas cosas. Primero y principal, mi reacción instintiva de mentir y haberme empujado (y a Aaron) a este ridículo plan, quizá había sido un poco excesiva. También estaba el hecho de que, aunque exageré, tener a Aaron conmigo había vuelto todo mucho más fácil de lo que podría haber imaginado. Y, por último (me costaba un poco admitirlo), había una parte considerable de mí que intentaba ignorar, sin éxito, que no me arrepentía de nada.

Era tremendamente tonto de mi parte. Porque el hombre que me hacía ruborizar (y al que no me arrepentía de tener al lado) pronto iba a convertirse en mi jefe.

–Dinos, Aaron –comenzó mi madre y me trajo de vuelta a la realidad–. Isabel me contó cómo se conocieron y empezaron a salir. –Le brillaron los ojos, pero apuesto a que tenía más que ver con el vino–. Esa historia que les contaste anoche en la sidrería. Es muy romántica, como una de esas películas que miramos en Netflix.

Por supuesto que mi madre iba a llevar la conversación en esa dirección.

–Solo es Netflix, mamá –murmuré, jugando con las manos sobre la mesa–. Y, sí. Un típico romance de oficina, como en las películas, ¿no?

–Solo que el nuestro es real –dijo Aaron.

"Real". Sus palabras volvieron a mi cabeza. "La convencí de que me necesitaba. Y luego le mostré (comprobé) que era así". El corazón me dio un vuelco.

–¿Trabajan mucho juntos? –Mi madre miró a Aaron con una sonrisa inquisidora que delataba cuánto se moría por saberlo todo.

–Si bien lideramos equipos diferentes y no trabajamos en los mismos proyectos, nos vemos seguido. –Me miró de reojo–. Me aseguro de que sea así. Intento cruzármela en sus descansos, la busco con la mirada en los pasillos, paso por su oficina sin motivos. Cualquier cosa que la ponga en mi camino aunque solo sea por unos segundos.

Bajé la cabeza y miré fijamente mi plato vacío. ¿Era verdad? Es verdad que, aunque solo fuera para fastidiarme, Aaron siempre aparecía de la nada. Pero ¿era intencional? Comenzaba a costarme algo tan sencillo como diferenciar la verdad de la mentira. Todo lo que él decía estaba basado en la realidad (trabajábamos juntos, nos conocíamos hacía casi dos años), y luego estaba el engaño (que salíamos, que estábamos enamorados). Pero todo lo demás, todo lo que estaba en el medio de esos dos extremos, todos los adornos que le colgábamos a la verdad y al engaño, quedaban en una zona gris que no sabía cómo definir.

–*Qué maravilloso* –exclamó mi madre.

Después, le tradujo a la abuela lo que Aaron acababa de decir y la anciana a la que le debía mi cabello ligeramente ondulado sonrió. Para ser honesta, la abuela estaba embelesada con Aaron desde el momento en que la saludó con dos besos y le dijo que debía estar muy orgullosa de su nieta. Lo que también me había dejado embobada a mí.

–Ya sabes –agregó mi papá–, no todos pueden con nuestra Lina. Tiene el corazón más grande de la familia, pero también puede ser un poco… –arrastró las palabras y alzó una ceja–. *Ay*, ¿cómo se dice?

–¿Una completa idiota? –sugirió Isabel, quien acababa (convenientemente) de regresar de la muerte.

–*¡Oye!* –exclamé.

–No. Eso no –respondió papá rascándose el costado de la cabeza.

–¿Bajita? –aportó Gonzalo–. ¿Torpe?

Giré la cabeza en su dirección.

–¿Ridículamente cabeza dura? –sumó Aaron. Ni me molesté en mirarlo, pero le clavé el codo

en las costillas. Me tomó el brazo con cuidado y entrelazamos los dedos sobre la mesa. Me quedé mirando nuestras manos unidas y todo lo demás se desvaneció de repente. Luego bajó la cabeza y me dijo en voz baja–: No quería quedarme afuera.

Lo miré y encontré otra de esas sonrisas que me hacían temblar las rodillas. Algo revoloteó en la parte baja de mi vientre.

–Gracias a todos –murmuré.

–No es ninguna de esas. Déjenme pensar. –Mi papá seguía hurgando en su mente en busca de la palabra que no podía recordar.

–¿Y si nos dices la palabra en español y la traducimos, Javier? –sugirió Daniel, quien al fin se incorporó a la conversación después de aclararse la garganta.

–*Claro, usa internet, Javier* –le propuso mamá negando con la cabeza.

–Papá –dije con un suspiro–, solo…

–Un petardo –lanzó–. Nuestra Lina es un poco petardo. –De acuerdo. No era tan malo–. Puede ser un poco intensa. Bastante seguido. –Ah. Me desinflé en el asiento sin despegar la mano de Aaron–. Habla como si tuviera mucho para decir y nada de tiempo. O se ríe como si no le importara despertar a la mitad del mundo que está durmiendo. También puede ser un desafío. Y Dios sabe que no se consiguen más tercas. Pero es puro fuego. Pasión. Así es nuestra Lina. Nuestro pequeño *terremoto*. –Los ojos de mi papá brillaron bajo la luz de las pocas lámparas que se habían encendido al atardecer. Algo me estrujó el pecho–. Y durante un tiempo no fue así. Toda esa luz había desaparecido, y ver a nuestra hija transformarse de ese modo no fue fácil. Nos rompió el corazón. Después se fue, y, aunque sabíamos que era lo que quería y lo que necesitaba hacer, nuestros corazones se rompieron un poco más. –Sus palabras me llenaron los ojos de lágrimas y la presión detrás de ellos se incrementaba con cada recuerdo que desenterraba–. Pero todo eso quedó en el pasado. Está aquí ahora y está bien. Está feliz. –Mi madre tomó la mano de mi padre.

Sin poder contenerme, me levanté con las piernas temblorosas y caminé alrededor de la mesa. Cuando llegué a su silla, lo envolví en un abrazo y le di un beso en la mejilla.

–*Te quiero, papá*. –Luego hice lo mismo con mi madre–. *A ti también, tonta*. –Contuve las lágrimas como si mi vida dependiera de ello. No iba a llorar. Me negaba a llorar–. Ahora, deténganse, ¿sí? Ambos. Guarden algo para mañana.

Cuando volví a mi lugar, mi mano buscó a Aaron, como si no pudiera concebir no estar en la de él. Asombrada por mi propio gesto, el corazón me dio un vuelco al encontrar su mano a mitad de camino, entrelazó sus dedos con los míos y se la llevó hacia la boca para besar el reverso de mi palma. Fue todo tan rápido que, para cuando nuestras manos volvieron sobre la mesa, no hubiera sabido lo que había pasado de no haber sido por la inconfundible huella que me dejaron sus labios en la piel.

–Me alegra mucho tenerte en casa, *cariño* –dijo mi madre y miró a Aaron–. Verte así. –Sonrió aún más y la tristeza se disipó. Una ola de culpa seguida por algo denso y bochornoso me recorrió las tripas. Algo parecido al arrepentimiento y la esperanza–. Por un momento, pensé que no iba a traerte, Aaron. Hasta dudé de que fueras real. –Lanzó una carcajada y puedo jurar que

mis pulmones dejaron de funcionar por un instante. Su mirada se encontró con la mía y vi una ligera sonrisa–. No me mires así. Nunca nos contaste que estabas viendo a alguien y nunca trajiste personas de Nueva York en las pocas veces que volviste. Fue todo muy… repentino.

–Honestamente, *hermanita* –acotó Isabel, que de pronto parecía muy interesada en la conversación–, creímos que terminarías como una de esas ancianas que dedican su vida a los gatos. Pero, en lugar de gatos, hubiera sido a los peces. O… a los geckos, porque eres alérgica a los pelos de gatos. –Sonrió–. Siempre hablábamos de eso en las reuniones familiares.

–Gracias por la fe –murmuré y le saqué la lengua. No podía creer que dijeran todo eso delante de una persona con la que creían que estaba saliendo. O, peor todavía, con alguien con quien sabían que había salido sentado del otro lado–. Soy muy afortunada de tenerlos.

Aaron me apretó la mano con un poco más de fuerza y me encontré devolviéndole el gesto.

–No, no hablamos de esas cosas –negó firmemente mi madre fulminando a su otra hija con la mirada–. Deja de molestar a tu hermana, Isabel. Recuerda que mañana te casas.

–¿Y eso qué tiene que ver con…? –Isabel frunció el ceño.

Mamá cortó el aire con la mano y mi hermana se detuvo en seco.

Sonreí mientras la veía cruzarse de brazos.

–Jamás pensamos que ibas a terminar sola, Lina. Pero nos aterraba que te convirtieras en una persona solitaria. –Alzó la vista hacia Aaron y su mirada se suavizó–. Saber que no lo eres, saber que tienes a alguien con quien contar y con quien volver a casa, y hasta quizá alguien con quien formar tu propio hogar algún día, me deja dormir un poco más tranquila.

–Puedo prometerte eso –dijo sin vacilar el hombre a mi lado. Su voz me llegó como una suave caricia e hizo que el corazón me golpeara contra el pecho, pidiendo salir con tanta fuerza como yo pedía no seguir escuchando–. Siempre me tendrá. –Su pulgar me acarició la mano–. Todavía no lo sabe, pero no le será fácil librarse de mí.

No pude no mirarlo. Después de eso, no pude no mirarlo y buscar algo en sus facciones. A estas alturas, no debería sorprenderme tanto. Aaron tenía ese poder sobre mí. Así que eso fue exactamente lo que hice. Me permití girar para toparme de frente con sus ojos.

¿Él también siente ese impulso? ¿También tiene la necesidad de buscar en mi rostro las respuestas que no logra encontrar en otro lado?

Para intentar controlar mi corazón, me sumergí con miedo en ese océano azul. También con anhelo. Y encontré en ellos algo absolutamente aterrador. Algo que no debía (no podía) estar ahí, considerando que todo esto era una farsa y, por lo tanto, lo que acababa de decir no era verdad. Me esforcé por negar lo que tenía delante: su mirada me decía que sus emociones eran reales. Honestidad pura. Convicción. Fe. Confianza. Una promesa. Todo eso me decían los ojos de Aaron y me exigían que me enterara, como si me lo estuviera prometiendo a mí y no a mi madre, como si no fuera parte de la farsa.

Pero no podía aceptarlo. Por mucho que me temblara el cuerpo, reprimí la necesidad de abrazarle el cuello y rogarle respuestas o que me dijera exactamente en qué zona gris nos encontrábamos. No conseguía disipar las dudas que me giraban en la cabeza y que daban sentido a la angustia de mi corazón.

Porque puede que no quisiera escuchar las respuestas a algunas preguntas: ¿habíamos pasado de compañeros de trabajo a socios de farsa y luego a amigos? ¿A amigos que casi se besan y se acarician con los labios? ¿Era real esa promesa, como sus ojos me invitaban a creer? ¿O todo era un adorno? Y, si lo era, ¿por qué diría algo así? ¿No tenía piedad por mi pobre corazón? ¿No veía que me costaba discernir entre una cosa y la otra? Pero, si no era una simple decoración de la verdad (un acto, un recurso de la farsa), ¿entonces qué diablos estaba haciendo? ¿Qué estábamos haciendo?

No podía seguir bajo el efecto de la mirada de Aaron ni procesar las preguntas y dudas que me invadían la cabeza. Enderecé las piernas con un movimiento rápido y alejé mi mano de la suya. Mi silla chilló cuando la arrastré.

–Necesito ir al baño. –Me escapé para alejar la mirada de Aaron.

Caminé tan rápido como pude y sin mirar hacia atrás. No me giré. Ni una vez. Ni siquiera cuando escuché hablar a mi hermana:

–Entonces, ahora que se ha ido, ¿podemos hablar sobre mí? Yo soy la novia, y se supone que debería ser el centro de atención. Me siento abandonada.

Me hubiese reído si mi cabeza no hubiera sido un desastre. Probablemente hubiera vuelto y le hubiera jalado el cabello por ser una mocosa presumida y egoísta, pero estaba muy ocupada huyendo. De nuevo me estaba comportando como una gallina; si seguía así, iba a convertirme en una experta escapista para cuando acabara el fin de semana.

Me lavé las manos y me eché un poco de agua en el rostro mientras pensaba en todo y nada al mismo tiempo, abrumada por mi propia estupidez.

Probablemente, ese era el motivo por el que, cuando salí del baño, no me di cuenta de que alguien se dirigía hacia mí hasta que me choqué de lleno con un torso masculino.

–*Mierda* –murmuré entre dientes y retrocedí algunos pasos–. *Lo siento mucho* –agregué antes de darme cuenta de quién tenía delante–. Ah, Daniel.

Me corrí un mechón de pelo de la cara mientras me estremecía por dentro.

Mi ex no mostró síntomas de estar tan incómodo como yo.

–¿Estás bien? –me preguntó en español.

–Sí, estoy bien –respondí, también en español, porque Aaron no estaba cerca–. No fue nada. Solo un golpecito. –Me aclaré la garganta y sacudí una pelusa imaginaria de la falda–. De nuevo, lo siento. Fue mi culpa. Iba un poco distraída.

–No pasa nada, Lina. –Apareció el hoyuelo de su mejilla.

Me quedé mirándolo, un poco perdida en mis pensamientos. Pensar que, varios años atrás, fue ese hoyuelo el que dio origen a todo, y ahora podía verlo sin sentir nada.

–Creo que no tendría que haber venido esta noche –confesó de la nada y me devolvió al presente.

Asentí despacio, intentando hacer las paces con la extraña sensación de empatía que sentí de pronto hacia él. No estaba equivocado. Había sido un fantasma durante toda la cena. Nadie lo había incluido en la conversación ni se había dirigido a él (algo que podía entender dada nuestra

historia), y él tampoco se había esforzado por integrarse. Si me ponía en su lugar, yo no hubiese asistido.

–No, está bien que hayas venido si sentiste que tenías que estar aquí. –Junté las manos para que no temblaran–. Lo has hecho por Gonzalo, y eso es muy valiente de tu parte.

–Creo que nadie en la mesa está de acuerdo contigo. Excepto Gonzalo, quizá, pero jamás usaría la palabra *valiente*. –Se rio con amargura y metió las manos en los bolsillos del pantalón.

De nuevo, no estaba equivocado. Mis padres siguieron siendo amables con él, aunque distantes, pero solo por Gonzalo. Y por Isabel. Sabían que Daniel era muy importante para él y que, sin su hermano, no tendrían en sus vidas a Gonzalo, a quien querían con todo el corazón. Pero no tenía dudas de que nunca perdonarían a Daniel por haberme roto el corazón y por tener parte de la culpa de lo que me había pasado.

–Escucha –dijo antes de exhalar–. Sé que probablemente sea muy tarde para esto, pero quería decirte que lo siento. Creo que nunca te lo dije. –No, nunca se había disculpado–. No quería que todo terminara de ese modo. No pensé que fuera una posibilidad.

Por supuesto que no, ¿y no era eso parte del problema? Me arrastró con él y, cuando las cosas se pusieron feas, abandonó el barco. Me dejó para que me hundiera sola. Y eso fue justo lo que hice: me arrojaron hacia el fondo y tuve que pelear para subir. Sola.

Hacía mucho que esperaba sus disculpas (quizá era demasiado tarde), pero al fin llegaban. Y eso tenía algo de valor.

–Lo pasado pisado –le dije, y en verdad lo creía así. Aunque una parte de mí siempre recordaría que había sido el principal responsable de algo que me marcó para siempre–. Por cierto, no te preocupes por lo que ha dicho mi padre. Es un poco sensible. –Agité una mano y me detuve cuando recordé que no le debía nada a Daniel. No tenía por qué hacerlo sentir mejor. Me aclaré la garganta–. Ya sabes que las bodas sacan lo mejor y lo peor de cada uno.

Era la prueba viviente de eso, con mi falso novio sentado en la mesa, junto a mi familia, al fin enfrentándome a mi ex, recientemente comprometido.

Aunque el problema de volver a casa para la boda de Isabel (soltera y sola) nunca fue ver a Daniel. Era la idea de enfrentarme con el resto mientras lo veía. Era la expectativa, la idea de tener cerca a todas las personas que me habían visto crecer, enamorarme, sufrir por amor, perder una parte de mí por un tiempo y huir a otro país. Era enfrentar al hombre que sin duda había rehecho su vida, cosa que yo no conseguía hacer. Ese fue el origen de todo, lo que me había hecho apretar el botón de pánico.

¿Qué tan estúpido era? ¿Qué tan tonto había sido permitir que algo como eso me llevara a mentir, a crear y vender esta ridícula y perfecta imagen de mí misma que creí que me haría ver feliz y plena ante sus ojos?

Ahora me daba cuenta, de pie frente al origen de todo este desastre, que había sido jodidamente estúpido.

–Espero que en verdad creas eso, Lina. Es mejor dejarlo en el pasado. –Daniel miró al suelo por un momento y asintió–. ¿Ahora estás contenta? ¿Con tu vida? ¿Con él? –Torció la cabeza–. Porque no lo pareces.

Tenía la garganta seca y los ojos muy abiertos mientras intentaba procesar sus palabras.

–Por supuesto que sí. –La voz salió asfixiada. La pura conmoción se me arremolinó en el cuerpo, mezclada con un miedo estúpido de que me descubrieran mintiendo–. Estoy feliz, Daniel –repetí, y esas emociones se convirtieron en algo más. Algo que sabía bastante amargo.

–¿Estás segura? –preguntó con calma en un tono paternalista que me hizo girar la cabeza–. Parece un buen tipo ese Aaron. Aunque se ve un poco… parco. Cerrado –continuó Daniel y entorné los párpados una fracción de segundo. De pronto me puse muy a la defensiva–. Pero supongo que te hace bien. No se ha despegado de tu lado desde que llegaron. –Se rio entre dientes–. No es mi estilo esta onda del perro guardián, aunque puedo entender por qué te resulta atractivo. –Me quedé boquiabierta, no podía creer lo que Daniel acababa de decir–. Pero ¿eres feliz, Lina? Te conozco, y no te ves como la Lina relajada que sueles ser. Te vi al borde de un ataque de nervios durante toda la cena y, para ser honesto, me preocupa.

¿"Me preocupa"? Pestañeé. Volví a pestañear. Y otra vez y otra vez.

¿Había estado al borde de un ataque de nervios? No me costaba creerlo. Me había sentido así más de una vez. Pero… no importaba si lo que él pensaba era verdad o no. Era el hecho de que creyera que tenía la autoridad para poner en duda algo que yo misma le estaba diciendo.

–Puede que sea por volver a casa –continuó, ajeno a mi indignación creciente–. Debe ser mucha presión. O quizá es porque Isabel va a casarse y tú no. –La respiración se me atascó en la garganta–. O quizá sea él. No sé, pero…

–Basta –siseé. Algo se encendió en mi interior. Una hoguera. Podía escuchar los crujidos y chisporroteos quemando lo que quedaba de mi paciencia–. No te atrevas a hacer eso, Daniel.

–¿Hacer qué? –Juntó las cejas en un gesto de confusión.

–¿Hacer *qué*? –repetí con la voz un octavo más aguda. Cerré los ojos e intenté recobrar la compostura–. No te hagas el que te preocupa o el que me conoces. No tienes derecho a juzgarme ni a dudar de mi felicidad. –Se me aceleró la respiración, pero la furia no retrocedió–. Así que deja de escupir lo que sea que crees que sabes o ves. Perdiste ese privilegio hace mucho tiempo.

Negó con la cabeza con bastante ímpetu.

–Siempre me ha importado que estuvieras bien, Lina. Y siempre me importará. Por eso me preocupo. Por eso estoy intentando hablar contigo.

–¿Siempre te ha importado que estuviera bien? ¿Siempre te importará?

–Por supuesto. –Exhaló–. Eres como una hermana menor para mí. Estamos a punto de convertirnos en familia.

–¿Ahora soy una hermana menor para ti? –Su declaración se sintió como un trago muy amargo–. Tienes que estar bromeando, Daniel.

–No seas así, Lina. –Su expresión cambió a una que pretendía imponer respeto. Demostrar autoridad. Conocía muy bien ese rostro, siempre me sentaba frente a él en el salón de clases.

–¿Así cómo?

–No te comportes como una niña –chistó y la ira me invadió–. Ya somos adultos. Deberías hablar y comportarte como una.

"Ya". Dijo "ya". ¿A diferencia de cuándo? ¿De cuando salíamos?

–¿Era una niña cuando estábamos juntos, Daniel? ¿Cuando salías conmigo? ¿Cuando me hacías sentir especial? ¿Cuando me decías que me amabas? –Su mandíbula se tensó en una línea recta–. ¿Eso era cuando me dejaste en cuanto viste que las cosas se estaban complicando? Supongo que eso lo explica todo. Sobre todo por qué tus disculpas llegan recién ahora, cuando me consideras merecedora, porque por fin soy una adulta. –Di un paso hacia atrás y escuché los latidos de mi corazón retumbándome en los oídos. Él seguía muy quieto–. ¿Sabes qué? Me cansé. –Negué con la cabeza y me reí con amargura–. No te debo nada. Y tú tampoco me debes nada a mí. Nunca te importé, Daniel. Al menos no lo suficiente, si no, no hubieras permitido que me comieran viva. –Tragué con fuerza para alejar esos recuerdos que luchaban por salir–. Ojalá no hubieses dicho nada de esto. De verdad. Porque estos últimos minutos destruyeron el poco respeto que te guardaba.

Seguía parado frente a mí, casi sin moverse, y me alejé un poco más.

–Lina. –Fue todo lo que pudo decir.

–No te preocupes. No espero nada de ti. Como te he dicho: pasado pisado –dije y cerró la boca y dejó caer los hombros con un gesto que esperaba que fuera resignación–. Pero puedo asegurarte algo: *sí* estoy feliz.

Y lo estaba. También estaba confundida, para ser honesta. Sí, mi corazón estaba mareado y desorientado. Y aterrado. Pero había una fuerza que destruía el caparazón de miedo que recubría a ese pobre y abatido órgano, una fuerza que se filtraba entre las grietas y amenazaba con borrar mis dudas si se lo permitía. Prometía seguridad y comodidad. Pero esa no era una conversación que le debiera a Daniel. Se la debía a otra persona. A alguien con quien tenía que regresar.

Estaba a punto de volver sobre mis pasos para hacer exactamente eso cuando quien siempre conseguía sacarme una sonrisa dobló la esquina.

–¿Qué andas haciendo, *cariño*? –preguntó mi abuela y luego miró a Daniel–. Ah, ya veo. –Le disparó una mirada de reojo y lo ignoró por completo. Cuando volvió a mirarme, sus labios estaban curvados en una sonrisa traviesa–. Tu novio está sentado en esa mesa con cara de cachorrito abandonado. –Entrelazó su brazo con el mío y me sentí más tranquila–. Ha pedido postre para ti, ¿sabes? Y sigue mirando hacia donde te fuiste, como si no pudiera resistirse a venir a buscarte.

–¿Sí? –El estómago me dio un vuelco y me invadió un revoloteo.

–Claro que sí, *tonta*. –La abuela me dio unas palmaditas en el hombro, chistó y me arrastró de vuelta a la mesa–. Ni siquiera se ha molestado en pedir dos cucharas, ya sabe que no tiene sentido intentar que compartas. –Se rio con disimulo e intenté ignorar el revoloteo que se había mudado a mi pecho.

–Él… es casi perfecto –murmuré para mi sorpresa.

–Sí –dijo sin pensarlo–. Por eso no tendrías que dejarlo solo tanto tiempo. Es demasiado guapo como para estar solo. –Era verdad–. ¿Crees que podré bailar con él mañana?

–Creo que sí. –No tenía dudas de que iba a hacerlo sin problema–. Solo si se lo pides con cariño, abuela.

Se rio y supe que iba a tener que luchar con la abuela por la atención de mi falso novio.

Luego, la mujer que me había traficado chocolate después de la hora de dormir más de un millón de veces nos llevó hacia donde el resto de la familia charlaba alegremente.

–En mi época, no existía esa clase de hombres –murmuró antes de llegar a la mesa–. El abuelo era guapo, pero no tanto. Aunque no fue su apariencia lo que me conquistó. –Me guiñó un ojo–. Sabes a qué me refiero.

–¡Abuela! –susurré.

–No te hagas la tímida conmigo. Estoy grande. No me engañas. Ahora, ve. –Me palmeó el brazo.

De inmediato me encontraron un par de ojos azules. Observaron a mi abuela y luego a mis espaldas. Miré a mi alrededor y noté que Daniel estaba algunos pasos detrás de nosotras.

Después de separarme de la abuela, volví a mirar a mi falso novio y me dirigí hacia él. Podía ver la inquietud en su bello rostro. Tenía la mandíbula tensa y la frente arrugada. Cuando me volvió a mirar, tenías los ojos llenos de dudas y de ese instinto protector que había sentido unos minutos atrás, cuando Daniel había mencionado su nombre. Estaba más claro que el agua.

Aaron estaba preocupado. Hacía un esfuerzo para no interceptarme a mitad de camino y preguntarme qué había sucedido. Le importaba. Yo le importaba. E iba a protegerme, abrazarme, o simplemente quedarse a mi lado apenas abriera la boca para pedírselo. Lo sabía. Demonios, iba a hacerlo aunque no se lo pidiera. *Preocupación genuina, honesta*. Todo lo contrario a lo que declaraba Daniel.

Me senté en la silla con delicadeza y me tomé un minuto para esbozar una sonrisa tranquila. Una expresión neutral. Pero parece que mis labios se curvaron de un modo incorrecto y el gesto delató la agitación que persistía en mi interior tras el intercambio con Daniel porque, cuando me giré y enfrenté a Aaron, los ojos le brillaron con más intensidad.

Curvé los labios un poco más y un músculo de su mandíbula se movió con nerviosismo. Mi hermana comenzó a parlotear sobre algo… No pude descifrar exactamente qué. Tenía la cabeza en otro sitio.

Me había apoyado las manos en el regazo cuando la palma de Aaron se posó sobre ellas. Por segunda vez en la noche, entrelazamos los dedos. Todos y cada uno. Pero, esta vez, se quedaron donde estaban (sobre mi muslo), como si intentara decirme que de ese modo (bajo la mesa, ocultas del resto) era solo para nosotros, no formaba parte de la farsa.

Me apretó la mano con intención y sus dedos se sintieron firmes alrededor de los míos. Podía sentir el calor de su palma contra la piel. “Para nosotros”, parecía insistirme, prometerme.

Y, como la tonta más grande del universo, encontré en esos cinco dedos el sitio más reconfortante de todos. En el calor de su palma. Entonces me la acerqué al vientre y le respondí con otro apretón.



Entre mis costillas habitaba algo bastante parecido a una bomba de tiempo.

–Puedo escuchar cómo giran los engranajes de tu cabeza –dijo Aaron mientras atravesaba el dormitorio con esos pantalones de pijama que, una vez más, me provocaban algo extraño en el

vientre. Lo mismo con la camiseta. Llevaba la misma que la noche anterior.

Al menos usaba camiseta. No creía estar en condiciones de soportar a un Aaron con el torso desnudo.

–Estoy bien –mentí, porque mi mente seguía reproduciendo la conversación con Daniel. No había dejado de repetirla desde que salimos del restaurante–. Solo estoy repasando lo que tengo que hacer antes del gran día. –Eso era lo que *debería* estar haciendo.

También en pijama, me dispuse a acomodar en el suelo los dos pares de zapatos (los que iba a usar y los de repuesto) contra la pared. A la misma distancia. Me alejé para admirar mi trabajo. *Nop*. No estaba convencida. Me arrodillé para volver a acomodarlos.

Cuando una idea se me metía en la cabeza, había dos caminos posibles: comía de manera compulsiva u ordenaba. Y, considerando que acabábamos de cenar y viendo la pila de ropa impoluta y perfectamente doblada, parecía que esta vez había optado por la opción dos.

Por el rabillo del ojo, vi que Aaron se recostó en la cama con una delicadeza y elegancia que no eran propias de alguien de su tamaño.

–Te sale humo de las orejas. –Apoyó la cabeza en el cabecero y la madera crujió por su peso.

Volví a corregir unos centímetros la posición de los zapatos.

–No lo creo –dije cortante y moví los dos pares medio metro hacia la izquierda–. Tendría que estar pensando demasiado en algo para que eso ocurriera. Y no es así.

–Oh, es exactamente así –contraatacó desde su lugar en la cama–. Cuéntame.

No me molesté en responderle. Lo escuché suspirar, y seguí enfocada en mi tarea.

Quizá si los pongo mirando hacia la pared…

–Catalina –me llamó Aaron. El modo en que dijo mi nombre me hizo girar hacia él–. Ven aquí. –Palmeó la cama. Lo miré con el ceño fruncido–. Siéntate conmigo un rato, después puedes seguir torturando a esos zapatos hasta que estén perfectos –me dijo con un suspiro–. Solo unos minutos. –Volvió a apoyar la mano sobre el edredón. Como no respondí ni me moví, agregó por lo bajo, casi como si negarme pudiera romperle el corazón–: Por favor.

Ese “por favor”, ese maldito “por favor” y el modo en que lo dijo hizo que mis piernas avanzaran.

Antes de que pudiera entender lo que estaba haciendo, mi trasero estaba en la cama a la altura de su cadera. Sabía sobre qué quería hablar. Sobre ese cóctel de emociones, recuerdos y preguntas que se me había ido formando en la cabeza. Cóctel que había traído al apartamento y que, sabía bien, iba a vomitar en cuanto abriera la boca. Pero eso significaría abrirme por completo. Contarle una parte de mi pasado que no me provocaba nada de alegría recordar. Darle una llave que podía ayudarlo a entenderme (y conocerme) mejor. ¿Quería hacerlo? ¿Podía hacerlo sin querer enterrar la cabeza en su pecho para buscar consuelo?

–No quiero aburrirte con el melodrama de mi vida, Aaron. –Suspiré. Y era verdad. Lo que no le estaba diciendo era que, debajo de eso, solo había miedo–. No tienes que preocuparte…

Con un movimiento suave, me acomodó entre sus piernas abiertas. Lancé otro suspiro, pero esta vez no tenía nada que ver con el cansancio ni con lo que se cocinaba en mi cabeza.

–Cualquier cosa que te preocupe, me importa y quiero escuchar sobre eso –dijo detrás de

mí–. Nada que tenga que ver contigo me resulta aburrido o poco importante… jamás. ¿Lo entiendes?

–Sí –creo que murmuré en voz baja mientras asentía con la cabeza, pero no podía asegurarlo porque el latido de mi corazón me retumbaba demasiado fuerte en los oídos.

–Si quieres hablar de lo que sea que haya pasado –continuó–, podemos hacerlo. –Me apoyó las manos en los hombros con delicadeza y me desarmó. Luego, me peinó el pelo hacia un lado y sus dedos viajaron hacia mi nuca–. Y si no quieres, podemos hablar de otra cosa. Pero quiero que te relajes. Solo unos minutos.

Hizo una pausa. Después empezó a masajearme siguiendo la línea de mi columna. Tuve que contenerme para no lanzar un gemido como un animal herido. Con la diferencia de que el mío no sería de dolor.

–¿Te parece?

–Sí –respondí, a punto de derretirme por su contacto.

Hubo un momento de silencio. Aaron llevó los dedos hacia mi nuca y la masajeó suavemente. Otro sonido me trepó por la garganta y casi se me escapa. Por suerte, logré contenerlo.

–Lo que ha dicho tu padre durante la cena me hizo pensar en algo que decía mi madre cuando era pequeño. –Las yemas de sus dedos seguían trabajando sobre mi piel y me liberaban la tensión de los hombros. Me convertía en mantequilla derretida mientras escuchaba el sonido profundo de su voz, que me brindaba otro trocito de sí mismo–. Entonces no lo entendía ni me importaba, hasta que llegó su diagnóstico y la posibilidad de que no estuviera más con nosotros. Ella solía decirme que, cuando nací, supo que había encontrado su luz en la oscuridad; que iluminaba la noche y le mostraba el camino de vuelta a casa. De niño pensaba que era cursi o dramático. –Lanzó una risa grave y sin humor. Se me volvió a romper el corazón por él y me rogaba que lo consolara. Pero me quedé quieta.

–Debes extrañarla mucho.

–Sí, todos los días. Cuando murió y mis noches se volvieron más oscuras, entendí a qué se refería. –Esperaba nunca tener que enfrentar una pérdida tan grande–. Pero lo que ha dicho tu padre… del fuego interior, de la luz y de la vida, y de cómo se opacó un tiempo… –Hizo una pausa y lo escuché tragar–. Es que… –Se fue apagando, como si sus próximas palabras le dieran miedo. Y Aaron nunca tenía miedo de decir lo que pensaba. Aaron nunca tenía miedo en términos generales–. Eres todo eso, Catalina. Eres luz. Y pasión. Eres capaz de cambiarme el humor y transformar mi día en cuestión de segundos. Solo con tu risa. Aunque no sea para mí. Tú… puedes iluminar habitaciones enteras, Catalina. Tienes ese poder. Y se lo debes a todo lo que te hace ser quien eres. A todos y cada uno de esos detalles, incluidos los que me fastidian. No lo olvides nunca.

El corazón me dejó de latir un segundo. Y otro segundo. Y luego otro más. Hasta que ya no había sangre entrando ni saliendo y estaba segura de que mi corazón se había detenido por completo. Durante un momento largo, quedé suspendida en el tiempo, pensando que nunca iba a

volver a la normalidad porque mi corazón ya no funcionaba, pero, si esas iban a ser las últimas palabras que escuchara, me iría de este mundo feliz.

Cuando volví a sentir el latido en mi pecho, no sentí alivio, porque golpeaba con una ferocidad que nunca había sentido.

Hay personas que dicen que lo más hermoso que alguien ha hecho por ellos es escribirles un poema, componerles una canción o confesarles su amor incondicional con alguna declaración épica. Pero, en ese momento, envuelta en las largas piernas de Aaron, con sus dedos masajeándome suavemente la nuca solo porque me había visto tensa, entendí que no quería ni necesitaba nada de eso. No pasaba nada si nadie me declaraba su amor de forma épica. Porque sus palabras eran, sin ninguna duda, lo más hermoso que alguien iba a decir sobre mí. *A* mí. Y para mí.

Mi cuerpo quería gritarle a mi cabeza que le permitiera girarse. Pero sabía que, si lo hacía, lo que vería en mi rostro iba a cambiarlo todo. Cada maldita cosa entre nosotros.

Yo… mierda. Este hombre no paraba de demostrarme que era perfecto. Seguía descubriendo esas partes de sí que me confundían y me hacían querer más.

Pero me seguía sintiendo al borde de un acantilado, mirando hacia abajo a un océano embravecido del mismo azul profundo que sus ojos. ¿Me atrevería a saltar?

–Me enamoré de Daniel en el segundo año de universidad –dije sin girarme. No me animaba a saltar al vacío. No por completo–. Tenía diecinueve. Él era mi profesor de física. Se destacaba porque era más joven que el resto de los docentes. Los alumnos lo querían (en especial las alumnas). Al principio fue un flechazo tonto. Deseaba que llegaran sus clases. Quizá prestaba un poco más de atención a mi apariencia, me sentaba en la primera fila. Pero no era la única. Casi todas las chicas (y algunos chicos) estaban encandiladas por el hoyuelo de su mejilla y la confianza con la que se movía por el salón. Aunque su clase era una de las más difíciles que nos había tocado. –Aaron seguía ocupándose de los músculos de mi nuca y hombros. Se quedó callado y (a excepción de sus dedos) también lo sentí muy quieto. Entonces continué–: Imagínate mi sorpresa cuando empecé a notar que me miraba un poco más de la cuenta, un poco más que al resto. O que su hoyuelo resaltaba de un modo especial cuando me miraba. –Cerré los ojos y Aaron me recorrió la columna con la mano–. Durante ese año, todo escaló hasta el punto de compartir algunos roces inocentes durante las clases o en las tutorías. Era tan… emocionante. Estimulante. Me hacía sentir especial, como si no fuera una más entre todas las alumnas que morían por él. –Escuché como mi voz, sumida en el recuerdo, perdía fuerza, por lo que intenté recuperar la compostura–. Como sea, no empezamos a salir hasta que terminaron los dos semestres que duraba su curso. Teníamos una relación oficial, pública. No dentro del campus, pero salíamos como cualquier pareja. Fue entonces cuando Isabel conoció a Gonzalo, y de inmediato se enamoraron perdidamente.

Sonreí al recordar el momento en que Gonzalo e Isabel habían cruzado las miradas, era como si hubieran estado esperándose toda la vida. Como si, sin saberlo, no hubieran hecho más que prepararse para el otro.

Aaron se movió para acomodarme mejor entre sus piernas. O quizá era yo, que me

acurrucaba cada vez más contra él. No lo sabía, pero no pensaba quejarme ni alejarme.

–Y yo también estaba enamorada. Después de un año de soñar con algo imposible, de desearlo, estaba ciega de alegría por tenerlo. Porque fuera mío. –Sus dedos se detuvieron como si dudaran del próximo movimiento. Luego continuaron masajeándome los hombros–. Duró algunos meses, y entonces escuché los primeros rumores, los primeros murmullos feos y venenosos que opacaron toda mi felicidad. Y les siguieron muchos más. Los rumores se convirtieron en chismes a los gritos que se esparcieron por todos los pasillos del campus. También hubo posteos de Facebook e hilos de Twitter. No me condenaban, pero hablaban de mí. Al menos así fue al principio. –Me llevé las rodillas al pecho y las abracé–. "*La zorra que anda durmiendo con sus profesores"*, decían. "*Por supuesto que se gradúa con honores. Por eso aprobó Física al primer intento cuando más de la mitad tiene que recursar. Se acostó con él y lo hará con todos los que haga falta para graduarse"*. –Escuché la respiración entrecortada de Aaron sobre la nuca. Sentí la tensión en sus dedos, que vacilaron por un momento–. Fue muy hiriente. –Mi voz sonaba diferente: vacía y amargada, como la de una Lina que no quería recordar y, sobre todo, que nunca quería volver a ser–. Esas cosas que decían sobre mí pronto se convirtieron en dedos que me apuntaban y fotos obscenas editadas con mi cara. Eran… muy desagradables. –Sus masajes se convirtieron en simples caricias que me tranquilizaban, me daban fuerzas para seguir y me decían "estoy aquí, puedes contar conmigo"–. Todo se transformó en un cuento de terror en el que yo era la ramera ladina que seducía a sus profesores para que le subieran las calificaciones. Todo el trabajo duro y las largas noches que había pasado estudiando fueron ignoradas porque… no lo sé. Al día de hoy no entiendo el motivo. ¿Celos? ¿Diversión? Pero estoy segura de que no hubiera tenido que atravesar eso si hubiese sido un alumno varón y Daniel una profesora. A ella la hubiesen acusado de degenerada y al alumno le hubieran chocado los cinco. Pero el acoso fue tal que hasta me planteé dejar la carrera. No quería ir a clases. No quería salir de casa. Seguía viviendo con mis padres porque me quedaba cerca de la universidad, y ni siquiera hablaba con ellos. Borré mis perfiles de todas las redes sociales. Me aislé de todos, hasta de mi hermana y de los pocos amigos que todavía conservaba. –Me concentré en los círculos que Aaron me dibujaba en la piel. Me calmaban, eran mi cable a tierra, me conectaban con él y con el presente–. Fue demasiado. Me sentía… avergonzada. Inútil. Sentía que todo lo que había hecho no valía nada. Entonces, cuando mis calificaciones y mi rendimiento bajaron, mi promedio se fue por el desagüe. Y no me importaba.

El silencio se estiró demasiado y me di cuenta de que Aaron no había vuelto a hablar. Sabía que no me juzgaba, pero quería saber en qué pensaba. Si había cambiado el modo en que me veía.

–¿Y él que hizo? –preguntó al fin. Su voz sonaba ronca, áspera–. ¿Qué hizo Daniel frente a todo lo que te estaban haciendo?

–Bueno, las cosas tampoco se veían bien para él. No había una regla que le prohibiera salir con una exalumna, pero la situación le pareció demasiado.

–¿Para él? –repitió, con un nuevo tono de voz.

–Sí, así que terminó conmigo; me dijo que era demasiado complicado y que las relaciones no

deberían ser difíciles ni enmarañadas. –Aaron detuvo sus caricias y los dedos quedaron flotando sobre mi piel–. Pensaba que no debía haber problemas y que, si los había, ya no tenía sentido que estuviéramos juntos. Y yo… Creo que tenía razón. Supongo que era así. –Aaron no dijo nada. Ni una sola palabra salió de su boca, pero pude sentir que no estaba bien. Lo supe por el modo en que su respiración se agitó y se volvió más profunda. Y por el modo en que sus manos seguían congeladas sobre mis hombros–. A menudo me pregunto cómo conseguí graduarme, pero lo logré. Llegado un punto luego de la ruptura, me despabilé. Me presenté a los exámenes y aprobé. Luego llené un formulario para un máster en el extranjero y me fui a Estados Unidos. –Las palmas de Aaron volvieron a moverse, muy suaves, recorriéndome los hombros. No como antes, pero al menos volvía a tocarme. Y lo necesitaba más de lo que quería admitir–. ¿Sabes qué? No me estaba escapando de él. Todos creen que fue así, pero no. A pesar de que Daniel me había lastimado, no escapaba de él, sino de todo lo demás. Todos me miraban diferente, como si hubiera cambiado. Como si estuviera rota y por eso Daniel me hubiera descartado. Me acosaron, se rieron de mí. Todos murmuraban: "Ay, pobrecita. ¿Cómo va a recuperarse de esto?". Me trataban como mercancía de segunda. Todavía me tratan así. Cada vez que vuelvo a casa sola, me miran con lástima. Cada vez que les digo que sigo soltera, asienten y sonríen con tristeza. –Me desinflé, negando con la cabeza–. Lo odio, Aaron. –Pude escuchar mis palabras ahogadas en la emoción, porque de verdad lo odiaba–. Por eso he vuelto tan poco. –Pero también odiaba el miedo que me producía que una parte de eso pudiera ser cierta. Si no, ¿por qué no había podido abrir mi corazón de nuevo?–. Todo lo sucedido me hirió, me dejó una marca, pero no me rompió. –Tragué el nudo que tenía en la garganta, quería creer lo que decía–. No me rompió.

Oí a mis espaldas un sonido profundo, ronco y angustioso. Antes de que entendiera lo que sucedía, me envolvió en sus brazos desde los hombros. Estaba sumergida en su pecho. Tibia, sólida y segura y… mucho menos sola. Mucho más completa de lo que estaba hacía unos segundos.

Aaron, desde atrás, enterró la cabeza en el hueco de mi cuello. Sentí la necesidad de consolarlo y así lo hice.

–No estoy rota, Aaron –le afirmé en susurros, aunque quizá solo quería convencerme a mí–. No lo estoy.

–No lo estás –dijo sobre mi piel. Me tomó con más fuerza y me atrajo hacia él–. Y sé que, incluso si algo te hubiese roto (porque así es la vida y nadie es invencible), volverías a juntar las piezas y seguirías brillando con la luz más intensa que he visto jamás.

Mis manos fueron hacia el par de brazos que me abrazaban por los hombros, lo que me acercó más a su pecho como si tuviera miedo de desvanecerme si dejaba de sostenerme. Me aferré a él con desesperación. Como si mi próxima respiración dependiera de ello.

Seguimos así por un largo rato. Y lenta, muy lentamente, nuestros cuerpos se relajaron entrelazados. Se fundieron. Me concentré en su respiración, en la solemnidad del momento, en sus latidos contra mi espalda, en su fuerza. En todas las cosas que seguía regalándome con tanta libertad, como si no significaran nada. Como si fueran cosas de las que tenía que desprenderse y yo tuviera derecho a tomarlas.

Ninguno dijo nada mientras los segundos pasaban y nuestro abrazo se fue aflojando, cediendo al cansancio.

Mis párpados se cerraron, vencidos, pero, justo antes de que la oscuridad me tragara, creo que escuché a Aaron susurrar:

–En mis brazos te siento completa. Y yo me siento como si hubiera llegado a casa.



Capítulo 22

Qué idiota había sido. Una enorme y completa idiota.

Esa mañana, más temprano, cuando sonó la alarma solo un poco después del amanecer y me deslicé de los tibios brazos de Aaron intentando no hacer ruido (pero esta vez no por el pánico), me arrepentí de haber accedido a encontrarme con mi hermana varias horas antes de la boda. Entonces, cuando tuve todo preparado y estaba lista para salir, justo antes de escabullirme por la puerta para no despertarlo (aunque para entonces había aprendido que él también dormía como un muerto), me incliné en silencio y le di un beso suave en la mejilla. Porque no me quería ir, y él se había convertido en mi debilidad.

Por las dudas, le dejé una nota para avisarle que nos encontraríamos en unas horas porque iba a prepararme con Isabel. Charo iba a llevarlo hasta el salón. *Sé fuerte y no te rindas*, escribí. Y luego firmé *Con amor, Lina*. La elección de palabras hizo que se me detuviera el corazón, pero me juré que no significaba nada y la dejé ahí.

No había pasado ni una hora cuando comencé a extrañarlo (me refiero a que empecé a soltar suspiros melancólicos y a preguntarme qué estaría haciendo), así que le escribí un mensaje.

¿Has leído mi nota?

Respondió apenas unos minutos después.

Aaron

Sí, me estoy escondiendo en el baño. Charo estaba intentando tomarme una foto a escondidas.

Los Martín son criaturas despiadadas.

Eso me arrancó una risa tan fuerte que la maquillista me atravesó la frente con una línea de sombra para ojos. Intentó hacerse la que no pasaba nada, aunque me di cuenta de que estaba molesta.

Pero nada de eso era el motivo por el que me sentía una enorme idiota.

Por alguna razón, en algún punto entre que me calcé los tacones de falso terciopelo y el bonito vestido color borgoña, mi mente había comenzado a hacerse preguntas: *¿podré encontrar a Aaron entre la multitud? ¿Estará bien? ¿Vendrá al salón y se sentará en su lugar?* Y la estrella del espectáculo: *¿y si no lo encuentro?*

Entonces, cuando ocupé mi lugar a la derecha de la novia, en un espléndido día de verano, rodeada de arreglos de peonías en distintos tonos de rosa bebé y blanco perla, frente a personas que me habían visto crecer y convertirme en la mujer que era, sentí un mareo.

Sin esfuerzo, mi mirada se disparó hacia un par de ojos azul océano. Qué enorme y completa idiota había sido por creer que mis ojos no encontrarían los de Aaron Blackford en cuestión de segundos. ¿Cómo había podido pensar otra cosa?

Estaba deslumbrante, de pie bajo el sol, en un traje azul marino. Cuando me regaló una de esas sonrisas anchas y furtivas, que comenzaba a pensar que eran solo para mí, juro que, si no pestañeaba, podría haberme quedado ciega. Esa sonrisa (la de Aaron, su bello rostro, él en general) me hacía perder la fuerza de las rodillas y me oprimía el pecho.

Exactamente por eso, cuando la ceremonia terminó y Gonzalo le comió la boca a Isabel ahí mismo, para que todos pudieran atestiguar el espectáculo, me di la vuelta sobre mis piernas temblorosas. Los invitados comenzaron a tirar arroz y confeti mientras los novios atravesaban el pasillo y, para el momento en que Isabel y Gonzalo entraron al Volkswagen escarabajo amarillo en el que iban a hacer una sesión de fotos antes de la recepción, todos ya estaban camino hacia el restaurante. Dejaron detrás de sí un silencio solo interrumpido por el latido de mi corazón, que no podía quitarme de la garganta.

Aaron me esperaba en la salida, de pie, con las manos en los bolsillos de sus pantalones azules y el saco un poco abierto. Justo donde terminaban las sillas blancas. Con unos pedacitos de confeti en el pelo.

No dejó de mirarme mientras caminaba por el pasillo. Las piernas me hacían sentir como si estuviera caminando sobre arena: torpe y pesada.

Solo cuando estuve bastante cerca, él se acercó rápido y con urgencia, como si se hubiese estado conteniendo de correr hacia mí y ya no pudiera aguantar más. Vi cómo se le tensaba la garganta mientras movía los ojos de arriba abajo, comiéndome con la mirada.

–Creo que estoy soñando.

Qué tonto sonaba eso cuando era él quien parecía salido de un sueño. No podía creer que estuviera allí, y me llenaba el pecho de cosas que no entendía. Negué con la cabeza, intentando recobrar la compostura para responder.

–Te ves increíble, Aaron.

Me miró un segundo y lo que encontró en mis ojos lo hizo sonreír. De nuevo, esa sonrisa. Solo para mí. Qué afortunada. Me ofreció su brazo y tuve que luchar para no arrojarme hacia él en ese mismo momento.

–¿Me concedes el honor? –preguntó suavemente y lancé una risotada profunda que me salió del vientre. Tardé en procesarlo.

–Te estás pasando.

–¿A qué te refieres? –Dejó caer la palma sobre la que yo tenía apoyada en la curva de su brazo.

–Eso es algo que solo dicen los héroes románticos. Y me refiero a los de las novelas de Jane Austen. Ni siquiera un héroe romántico común y corriente endulzaría así los oídos de una mujer –expliqué mientras avanzábamos en dirección al restaurante, donde todos probablemente ya tenían una copa de vino (o dos) en mano.

–En mi novela, llevar del brazo a la mujer más hermosa constituye un honor.

Deseé que la base de maquillaje, que ya había tenido que retocar, cubriera el modo en que mis mejillas se sonrojaron.

–Vas a estar en problemas si la novia escucha lo que acabas de decir. –Lo hice reír, pero no se retractó–. Te echará de la boda y no habrá nada que pueda hacer para ayudarte. Eres demasiado alto y grande como para pasar desapercibido. –*Y demasiado guapo también*, pero eso me lo guardé.

Aaron volvió a reírse y el sonido me recorrió la columna, dejando tras de sí un rastro de escalofríos. Me costaba mucho ignorar lo bien que se sentía sostener su brazo o que a su lado parecía ser el lugar exacto en el que tenía que estar.

Recién cuando estuvimos cerca del espacio abierto en el que estaban los invitados, habló de nuevo:

–Valdría la pena. –Giré la cabeza y vi su perfil mientras seguía mirando hacia delante–. Por verte en ese vestido y entrar contigo del brazo, soportaría cualquier cosa. –Me quedé boquiabierta y, si no fuera porque Aaron me estaba sosteniendo, me hubiese caído al suelo, hubiese rodado por el camino que faltaba y solo me hubiese detenido si me daba de lleno contra una silla o una mesa–. Incluso la furia de tu hermana.

Luego un flash nos enceguecio y nos sacó del trance. Mientras pestañeaba para intentar borrar las manchas blancas, pude ver una cámara.

–¡Maravilloso! –chilló una voz aguda que conocía muy bien–. Qué pareja tan bonita. –Cerré la boca y la volví a abrir. Sin recuperar la vista por completo, seguí pestañeando hasta que comencé a hacer foco en una melena roja. *Charo*–. Ay, sus bebés van a ser los más adorables.

Maldije entre dientes y sonreí incómoda, mientras que Aaron se veía sorprendentemente impasible. La imagen mental más idiota me tomó desprevenida: Aaron sosteniendo un bebé regordete y de ojos azules entre sus largos brazos. Me alejé de la trayectoria de mi prima y señalé el vino para intentar recuperar la compostura.

–Y así comienza –murmuré por lo bajo. Este era el día al que había temido por meses.

Solo en ese preciso momento, con los brazos de Aaron bajo mis dedos y viéndolo cómo me sonreía, me di cuenta de que lo que más me aterraba ahora era algo que jamás me hubiera esperado.



De haber sabido que mi hermana había contratado una cámara de besos para la fiesta, hubiese dicho que estaba enferma y me hubiese encerrado en el baño. Irónicamente, no sería del todo mentira: la cena se me seguía subiendo a la garganta cuando, cada media hora, sonaba la alarma que anunciaba el comienzo de los treinta segundos más dolorosos de mi vida. Durante ese tiempo, que se estiraba en una eternidad dolorosa, la cámara recorría a los invitados, que estaban sentados en las mesas redondas distribuidas en el jardín del restaurante, hasta que mostraba, en una pantalla enorme instalada para esos fines, la imagen de una pareja enmarcada en un corazón.

Cada vez que la cámara pasaba cerca de mi falsa cita, se me paraba el corazón, y luego reanudaba su galope desenfrenado.

Aparentemente, la posibilidad de que proyecten en una pantalla mi primer beso con Aaron, y que toda mi familia lo viera, iba a darme un paro cardíaco.

Como si lo hubiera invocado con el pensamiento, estalló la canción que anunciaba una nueva ronda de: "¿Esta será la noche en que Lina se muera de nervios y expectativa? ¿O va a perder el control y cometerá un asesinato delante de la cámara?".

–¡Esta ha sido una idea genial, Isabel! –gritó mi madre con entusiasmo desde el otro lado de la mesa.

–Lo sé. –Mi hermana parecía enorgullecerse aún más, si es que eso era posible. Puso una sonrisa de oreja a oreja–. Después los juntarán todos, lo editarán y me mandarán el vídeo final –explicó sobre la implacable melodía de la fatalidad. Con un ojo en la pantalla del proyector, vi la cámara flotando sobre una mesa cercana–. Tuve que pagar un poco más, pero creo que ha valido la pena.

La cámara se deslizó sobre nuestra mesa, mostrando la cara de Aaron y la mía en la pantalla.

Me puse blanca. Me tembló la mano, haciendo que se me cayera el tenedor. Me apresuré a cogerlo, demasiado rápido, y casi tiro un vaso. Maldiciendo por lo bajo, recogí el tenedor de debajo de la mesa, volviendo a la superficie justo a tiempo para ver cómo la cámara se movía.

Cerca. Eso había estado muy cerca.

Mientras cogía la copa de vino, consideré escabullirme y poner fin a todo. Pero eso sería huir. Ser una cobarde. Otra vez. Algo que había hecho mucho últimamente.

Si la cámara te enfoca, besarás a Aaron, me dije mientras terminaba la copa de vino. *Un beso en los labios. No necesita ser un beso de película. Solo un beso.*

Mi monólogo interno no ayudaba. Solo hacía que me creciera la tensión en el pecho y el revoloteo en el estómago.

Miré de reojo al hombre que probablemente tendría que besar en unos pocos segundos y me sorprendió ver tensionado un músculo de su mandíbula. Lo analicé más de cerca y me di cuenta de que Aaron se veía… de nuevo como el Aaron de Nueva York. Ya no era la relajada y juguetona versión con la que había compartido los últimos días. Tenía la mirada fija en la pantalla y, aunque su rostro no delataba nada (al menos no para quienes no habían perfeccionado como yo el arte de leer a Aaron), había algo que me indicaba que no estaba tan bien como parecía.

Una vez más, la cámara nos acechó. Vi nuestros rostros en la pantalla por un segundo, pero

luego continuó.

Me volvió a latir el corazón.

Antes de que pudiera sentir el alivio, volvió, como si estuviera haciendo una coreografía pensada especialmente para mí, jugando con mi corazón hasta hacerlo entrar en paro. Sentí las gotas de sudor correr por mi nuca. Aaron seguía quieto a mi lado, con los ojos clavados en la pantalla. Tanto que me preocupé.

El público gritó con entusiasmo cuando la cámara se acercó a nuestra mesa, bajando cada vez más la velocidad.

Era difícil concentrarme en algo que no fuera Aaron. Es más, apenas noté que nuestros compañeros de mesa estaban aplaudiendo y silbando desaforados al ritmo de la maldita cámara de besos. Dejé los ojos fijos en los labios de Aaron, que estaban apretados bien fuerte. La ansiedad y la expectativa (sí, poderosa y suave expectativa) me empezaron a crecer en la boca del estómago. Lo miré, sentado estoico a mi lado. En medio del caos a nuestro alrededor, pude notar el movimiento de su rodilla. Se sacudía de arriba abajo. Lo hizo solo por un par de segundos, pero llegué a verlo.

Volví a mirar su perfil. *¿Aaron está… nervioso? ¿Por tener que besarme? No puede ser*.

No luego de haberme llevado hasta el punto de rogar por sus labios.

No se dio cuenta de que estaba mirándolo y su rodilla volvió a moverse acompañada por el músculo de su mandíbula.

Ay, por Dios. Sí está nervioso.

Aaron estaba nervioso. Estaba inquieto y tembloroso, y era por mí. Porque había muchas posibilidades de que tuviera que besarme. *A mí.*

Algo levantó vuelo entre mis costillas. No podía creer que un hombre tan seguro de sí mismo, tan entero (alguien que había hecho que mi cuerpo volviera a la vida y cantara de alegría con solo unas suaves caricias), estuviera inquieto por tener que besarme. El revoloteo de mi pecho continuó, haciéndome querer tocar…

Una fuerte ovación estalló a nuestro alrededor y me distrajo de Aaron.

–¡Que se besen! ¡Que se besen! –coreaba el público. Miré a todos lados, desesperada, y el corazón se me mudó a la boca. Todos nos miraban.

Lo haré, voy a besarlo.

Miré fijamente a la pantalla y algo se tambaleó en mi interior como respuesta a lo que veía. Papá tomaba el rostro de mamá y le daba un beso en los labios.

No era alivio. Era desilusión lo que me atravesaba el cuerpo. Una desilusión desconcertante e inexplicable por no ver mi rostro enmarcado en ese ridículo corazón, porque fueran mis padres los elegidos por la cámara de besos y no nosotros.

Sentí a Aaron moverse a mi lado. Me giré en su dirección y mi mirada se disparó sin remedio hacia sus labios. A su boca. La chispa de desilusión creció, eclipsó todo y se convirtió en algo denso y espeso que podía saborear y hacía que se me acelerara el corazón.

Deseo, admití. Lo que sentía era necesidad. Lo deseaba, necesitaba que me tomara en sus brazos y me besara como había prometido. “Porque cuando por fin me ocupe de esos labios, no

tendrá nada que ver con una farsa".

Eso había dicho. ¿No era lo que sentía en mi interior (que amenazaba con desbordarme y poner mi vida de cabeza) algo diferente a una farsa? ¿A actuar?

Lo era. Odiaba las consecuencias, pero no podía negarlo.

Había superado por mucho los límites de esta farsa. Y la bola de emociones que me produjo reconocerlo se desplomó en mi pecho, desmoronó el resto de mi cuerpo y se llevó consigo todo lo que encontró a su paso. Era real… lo que sentía tenía que ser real. "Cuando por fin te bese, no te quedará ninguna duda de que es real".

Quería que fuera real. Real, real, real.

Aaron debió haber notado algún cambio en mí (no podía ser de otro modo, parecía ser la persona que mejor sabía leerme; como si tuviera la única copia del *Manual de Lina* que había en el mundo). Afiló la mirada mientras yo contemplaba con admiración el modo en que sus labios se habían separado.

Fue en ese preciso momento cuando sentí que algo por fin se había acomodado en su lugar y había desatado todo lo que tenía sujeto con correas bien cortas.

No sabía cómo ni por qué. No tenía ni la menor idea. ¿Acaso eso no era parte del misterio de la vida? ¿Parte de lo que la hacía tremendamente excitante? ¿Inesperadamente hermosa? No podíamos controlar ni manipular las emociones para nuestra conveniencia. Y lo que sentía por Aaron se había convertido en una bestia salvaje e impiadosa que me quería como presa.

Justo por eso, cuando me tomó la mano en silencio, se la sostuve, me paré y lo seguí. Todo lo que me había detenido estos días había quedado eclipsado por el caos a nuestro alrededor. Tuvimos que avanzar esquivando gente que bailaba animadamente; eludiendo a familiares agitados y acalorados que nos respiraban en la cara; ignorando la música que invadía el espacio al aire libre que de pronto se había convertido en una pista de baile improvisada. ¿Por qué iba a importarme? Nada importaba más allá de seguir a este hombre a donde fuera que me estuviese llevando.

Como un vaso, me había ido llenando gota a gota. Acumulando de a poco todo lo que me había dado (las caricias más suaves y provocadoras; esas preciosas sonrisas que eran solo mías; su fuerza; su fe en mí) junto con lo que sentía, hasta llegar al borde. Estaba a punto de estallar. De desbordar sin remedio y revelar todo lo que me había esforzado por ocultar.

Todavía estábamos afuera, probablemente en uno de los costados del parque del restaurante. La música me llegaba a los oídos apagada por la distancia y la única luz provenía de una lámpara solitaria colgada en el extremo del edificio, por lo que estábamos casi a oscuras.

Aaron se detuvo y al fin se giró para enfrentarme. De nuevo tenía la mandíbula tensa y el resto de sus rasgos bien neutrales, para no delatar nada de lo que sentía.

Pero yo sabía. *Sabía*.

Uno de mis pies se deslizó en la grava y entendí que, si mis tacones no podían quedarse en su lugar por más de unos pocos segundos, no debíamos estar en un sitio donde circularan los invitados. O quizá era el temblor de mi cuerpo lo que me hacía perder el equilibrio.

Aaron se adelantó y me miró desde su altura. Me arrinconó y me obligó a apoyar la espalda

en la pared.

–Hola –grazné como si hubiéramos pasado un largo tiempo sin vernos. Y, Dios, ¿por qué lo sentía así? Como si al fin hubiera llegado. Como si al fin estuviera en *casa*.

La garganta de Aaron se movió y respiró profundo antes de hablar.

–Hola. –Me apoyó su palma en la mandíbula, acunándome el rostro–. Pregúntame en qué estoy pensando.

Se me aceleró el corazón ante la idea de formular esa pregunta mientras esperaba la respuesta con un miedo desconocido. Pero era mejor eso a que me lo preguntara él a mí.

–¿En qué estás pensando, Aaron?

–En que quieres que te bese. –Asintió con un sonido ronco y profundo que salió directo de su garganta disparado hacia mi pecho. Se me arremolinó la sangre y se espesó con esas palabras. *Sí. Sí*–. Y también pienso que, si no lo hago pronto, voy a volverme jodidamente loco. –Dejó caer la palma que me acunaba el rostro y un dedo me recorrió el brazo. No hablé. No creía poder. Su mirada bajó por mi garganta dejando un sendero de escalofríos a su paso–. Pero lo dije en serio: cuando finalmente pruebe tus labios, estarás muy segura de lo que significa. –Se acercó un poco más. Sus zapatos rozaron los míos. Nuestros cuerpos casi se tocaban. Dejé las manos sobre sus brazos, no confiaba en mí, viendo cómo temblaba, cómo tiritaba–. ¿Ahora lo sabes, Catalina? –Me rozó la sien con la nariz–. ¿Ahora sabes qué significa? –Me acarició el pómulo con los labios y me hizo arquear la espalda, tenía los hombros bien apoyados contra el muro. Abrí la boca, pero la respuesta se me quedó atascada en algún lugar de la garganta. Él lanzó una exhalación temblorosa, tenía el cuerpo tenso–. Respóndeme, *por favor*. –Apoyó la frente contra la mía y vi a sus pestañas ocultar ese océano en el que me ahogaría gustosa si me lo permitiera. Con los ojos cerrados, se acercó un poco más, sus labios casi estaban sobre los míos–. Termina mi agonía, Catalina –masculló, sosteniéndome la nuca con dedos temblorosos.

Mi corazón (mi pobre corazón) se volvió loco al oír la desesperación en su voz, al oír la necesidad en estado puro.

–*Real* –al fin solté contra su boca–. Esto es real –repetí. Necesitaba escuchar las palabras, sentir la verdad en mi piel–. Bésame, Aaron –dije sin respirar–. Demuéstrame que es así.

Su garganta dejó salir un gemido (un delicioso y grave gemido). Y, antes de que pudiera procesar lo profundo que había calado dentro de mí, hasta la médula, sus labios estaban sobre los míos.

Me besó (Aaron me estaba besando) como si estuviera a punto de morirse de hambre. Como una bestia que quería devorarme. Su sólido cuerpo contra el mío aceptaba con desesperación todo lo que quisiera darle.

Abrimos los labios para atrapar la boca del otro mientras sus enormes palmas deambulaban por mis costados. Bajaron, bajaron y bajaron hasta detenerse justo debajo de mi cintura. Mis manos volaron hacia su pecho y me deleité con su solidez, con su tibieza, con toda esa perfección que era solo *para mí*.

Mi corazón golpeaba contra las paredes del pecho y un sonido me subió hasta la garganta cuando sentí bajo mis dedos que su corazón hacía lo mismo.

Ese sonido solo alentó a Aaron a presionar sus caderas contra mí y a regalarme un sonido salvaje. Me tomó por la cintura y me acercó más a él. Sentí el calor de su erección contra mi vientre, y me arrancó otro gemido.

Aaron, Aaron, Aaron, parecía alentar mi mente mientras los cinco sentidos me abrumaban.

Sus manos recorrieron la tela de mi vestido, me envolvieron e hicieron que mi espalda se inclinara hacia atrás mientras su lengua bailaba contra la mía. Volvió a apretar su cadera contra mí e hizo que mi cuerpo se saliera de control y más calor se me acumulara entre las piernas.

Aaron despegó los labios y pude sentir que su respiración estaba tan descontrolada como la mía. Sin perder ni un minuto, su boca aterrizó en el hueco entre mi cuello y mi mandíbula. Levanté la vista hacia el cielo oscuro y le entregué mi garganta. Solté otro gemido que la brisa del mar se llevó consigo.

–Ese sonido. –Aaron habló contra mi piel–. Ese sonido me va a volver jodidamente loco.

Una locura. Eso era esto. Eso era lo que corría por mis venas.

Bajó por mi cuello con un camino de besos, giró hacia mi oreja y sus labios me pellizcaron de un modo que me arremolinó la sangre. Sentía la electricidad en todo el cuerpo. Acaricié su ancho pecho hasta llegar al hueco del cuello. Le enredé los dedos en el cabello y lo jalé con suavidad mientras él me daba delicados mordiscos debajo de mi oreja. Cuando me rozó la piel con sus dientes, jalé un poco más fuerte.

–Sujétate de mí, nena. –Con un movimiento rápido Aaron me levantó del suelo. Lo envolví con las piernas y me abracé con más fuerza a su cuello.

En lo profundo de mi mente, me preocupé por el vestido, porque no fuera lo suficiente suelto o fino como para permitirme sentirlo. *A Aaron. Completo*.

Todas las dudas se disiparon cuando volvió a empujarme hacia él. Quedé todavía más apoyada contra el muro y pude sentir su erección contra mi entrepierna. Caliente… muy caliente y duro.

–No es suficiente. Más –imploré. Quería más, más y más. Estaba dispuesta a destrozar el vestido si era necesario.

Mientras presionaba su cadera contra la mía en movimientos firmes que me hacían ver las estrellas, nuestros labios volvieron a encontrarse y aplacaron el sonido de otro gemido.

–Me estás matando, Catalina –dijo contra mi boca.

Me aferré más fuerte de su cuello para acercarlo todavía más. *Más*.

–Lo sé –masculló y, con otro movimiento de caderas, se acomodó justo en el lugar, dejándome al límite de la cordura. Aaron se apretó contra mí, todo el calor de su erección se frotaba con furia contra las capas de tela que nos separaban.

–Más –volví a rogar. No me avergonzaba. Lo haría otra vez. Y otra, y otra, y otra.

–Qué exigente. –Una risa ronca me acarició los labios–. Si meto la mano debajo de tu vestido, –dijo Aaron contra mi boca, meciéndose contra mí y latiendo entre mis piernas–, ¿te encontraré muy mojada, nena?

Ni siquiera iba a explicárselo, porque no me creería. Creo que nunca había estado tan excitada, tan caliente, tan aturdida y desesperada por más.

Aaron rozó sus labios contra los míos en una caricia que apenas consiguió aplacarme.

–No lo voy a hacer. –Su voz sonó ronca y cubierta de la misma necesidad que yo sentía en todo el cuerpo–. Ahora no.

–¿Por qué? –gemí.

–Porque no podría controlarme –me gruñó al oído. Volvió a presionar las caderas contra mí, apretándome con más fuerza contra la rugosa superficie a mi espalda–. Y la primera vez que lo hagamos no será sexo rápido contra una pared.

Me quejé por la pérdida de la imagen que mi mente había reproducido, pero había dejado bien claro que no iba a conseguir lo que quería. Hubiese dado cualquier cosa porque se hundiera en mí. Quizá eso llenaría el vacío que tenía en el centro del pecho.

Apoyó su frente contra la mía y todos los movimientos se detuvieron de golpe.

–Me moriría feliz si pudiera hacerte llegar aquí y ahora –susurró Aaron y me recorrió un escalofrío–. Pero cualquiera podría vernos, y ese es un privilegio que me reservaré solo para mí.

Con un suspiro, le pasé los dedos por el cabello, el cuello, y los dejé debajo de su mandíbula. De a poco, fui recuperando la compostura.

–Tienes razón. –Curvé los labios en un puchero.

Sus ojos, que brillaban como nunca, se arrugaron con una sonrisa.

–Mira eso. –Y me besó con firmeza pero demasiado rápido como para que satisficiera mis necesidades–. Se me van a empezar a ocurrir ideas muy locas si vas a acceder a todo tan fácilmente.

Eso hizo que mi puchero cediera un poco hasta que dejé asomar una pequeña sonrisa. Justo cuando pensaba volver al puchero al recordar lo caliente y abrumada que seguía estando, acercó la cabeza y besó el fantasma de la angustia hasta borrarla por completo.

–Vamos, seguro que tu familia te está buscando. –Me bajó al suelo, muy despacio. Luego me arregló unos mechones de pelo que se habían desprendido de mi peinado y me acarició la mejilla con el reverso de la palma antes de alejarse–. Perfecto –dijo, mirándome de arriba abajo. Su voz viajó hasta el centro de mi pecho.

Me ofreció la mano y la tomé antes de que pasara un segundo suspendida en el aire. Aparentemente, era una mujer necesitada. Y, cuando se trataba de Aaron, tomaría de él todo lo que estuviera dispuesto a darme. Y quizá le pediría más.



Capítulo 23

Encendida. Así me sentía.

Eso era lo que Aaron me había hecho. Me había prendido. Había revelado algo que, podía verlo ahora, hacía mucho tiempo que me vibraba bajo la piel.

Todo el alboroto de mi interior no se debía a unos pocos momentos ni a una conexión física abrumadora. Lo que provocó esa conmoción siempre había estado allí, enterrado. Lo había ocultado debajo de muchos *peros*, miedos y dudas. También debajo de mi propia terquedad. Ahora que había explotado y salido a la superficie, mezclado con la necesidad y el deseo y algo que era tan estimulante como aterrador, sabía que había llegado a un punto de no retorno. Ya no iba a poder mantenerlo a raya ni hacerlo a un lado ni ignorarlo. Y tampoco quería.

No después de haber probado lo que podía ser *mío*. Y no me refería solo a los labios de Aaron. Por primera vez desde que aterrizamos en España, cada caricia, mirada, sonrisa o palabra era real. Después de ese beso, cada vez que Aaron me rozaba el brazo con el reverso de su palma era porque *quería*. Cada vez que me daba un beso en el hombro, era porque no podía contenerse. Y cada vez que se acercaba hacia mí y me susurraba algo al oído, no era porque mi familia estuviera mirando y tuviera que actuar el papel; era porque quería que supiera lo hermosa que me veía y lo afortunado que se sentía de tenerme entre sus brazos.

Bailamos durante horas sin ningún pensamiento dando vueltas en nuestras cabezas y pude besar esa sonrisa que era solo mía. Varias veces. No podía contenerme.

Había decidido que, esa noche, iba a quedarme en nuestra burbuja y que me ocuparía de lo que nos esperaba en Nueva York cuando volviéramos. Esa noche era nuestra.

Aaron cerró detrás de él la puerta del dormitorio y no pude evitar mirarlo fijamente desde mi lugar, al borde de la cama. Acabábamos de llegar al apartamento y había decidido darles un

descanso a mis piernas temblorosas y a los pies doloridos mientras él iba a buscar agua a la cocina.

Tenía un brazo escondido en la espalda que me hizo torcer la cabeza de curiosidad. Sonrió y, cuando por fin develó el misterio, casi suelto un grito. Creí que mi pobre corazón no iba a resistirlo.

Una dona, glaseada y rellena de chocolate. Las habían servido como bocadillo al final de la fiesta. Y creo que había comido más de las que me tocaban.

–Aaron Blackford –dije, sintiendo cómo se me estrujaba el corazón–. ¿Te has robado donas de la boda?

–Sabía que ibas a tener hambre. –Me regaló una sonrisa pícara. Una sonrisa apretada e impresionantemente bonita. Se me volvió a estrujar el pecho.

–Tengo hambre –admití y mi voz no sonó bien–. Gracias.

Cruzó la habitación a zancadas y la puso en una servilleta sobre la mesita de noche. Intenté decirle a mi corazón que se calmara antes de que nos matara a los dos.

Aaron se giró, como si supiera que necesitaba un minuto más para recuperarme. Pero en lugar de hacer eso, me quedé mirando boquiabierta su espalda. Lo vi quitarse el saco y apoyarlo con delicadeza sobre la única silla del dormitorio. Se me agolparon pensamientos peligrosos, que descendieron hasta la parte baja de mi vientre. Cuando finalmente se giró, mientras desarmaba el nudo de su corbata, esos pensamientos imprudentes y peligrosos debieron reflejarse en todo mi rostro.

Nuestras miradas se conectaron y un rubor incontenible me subió por el cuello hasta las mejillas. Era irónico que hubiera devorado sus labios algunas horas atrás y ahora una sola mirada me hiciera perder el control.

Cansada y ruborizada, alejé la vista y me incliné hacia mi pie derecho. Con torpeza, intenté desabrocharme los hermosos pero dolorosos tacones. Exhalé por la frustración y tironeé de la pequeña cinta que me rodeaba el tobillo por tanto tiempo que me dio vergüenza.

Sentí que Aaron se acercaba hacia donde estaba. Se sentó en la cama e intentó, sin éxito, desabrochar el zapato. Si encontró la situación graciosa o ridícula, no lo dijo. Por el contrario, se arrodilló en el suelo, frente a mí, y me puso la palma sobre la mano para detener mis intentos.

–Déjame a mí –dijo–. Por favor.

Eso hice. Comenzaba a entender que iba a dejarlo hacer cualquier cosa que me pidiera.

Sus fuertes dedos desabrocharon la fina tira y, despacio, me quitaron el zapato. Me desarmó con una ternura de la que nunca (ni en toda una vida) me cansaría. Me sostuvo el pie y se lo apoyó sobre el muslo. Ese simple gesto, mi suela contra su pierna, tenía el poder de desintegrarme.

Y así fue. Rompió toda mi coraza mientras deslizaba sus dedos por mi tobillo, los masajeaba y liberaba a su paso todas las tensiones, robándome la respiración.

Esas manos. Lo que podrían hacerme si ese simple contacto me llenaba las piernas de una electricidad que iba directo a ese traicionero punto en mi vientre bajo.

El enemigo que podía ser a veces mi mente decidió que era un buen momento para

recordarme que había pasado mucho tiempo desde la última vez que había tenido sexo con alguien. Y Aaron… Bueno, solo hacía falta mirarlo para saber que tenía más experiencia que yo. Cualquiera tenía más experiencia que yo. Casi no había tenido citas luego de Daniel y…

–Relájate. –Una voz profunda me devolvió a la realidad. Los dedos de Aaron seguían masajeando con delicadeza mi tobillo derecho, ablandando la tensión de los músculos–. No espero nada de ti esta noche, Catalina. –Levantó la vista y nuestras miradas se encontraron. Sus ojos azules me decían que hablaba en serio–. Más temprano, cuando te besé, me dejé llevar un poco. Avancé demasiado, y te pido perdón. –Abrí la boca, pero no conseguí decir nada–. Tienes que decirme algo, nena. Estás muy callada y eso me está haciendo enloquecer.

"Nena". Ese "nena" tuvo un efecto en mí. Me gustaba. Demasiado.

–No tienes que disculparte por nada. –Me esforcé por tragarme todas mis estúpidas inseguridades–. Así que, por favor, no lo hagas. –Lo miré a los ojos–. Estuviste perfecto. La verdad es que… eres perfecto. –Esa parte salió de mis labios en un susurro.

Aaron entrecerró sus ojos azules, ensombrecidos por una fuerte convicción. Siguió así por un momento que se estiró y estiró hasta que se aclaró la garganta y siguió con su trabajo.

Repitió el proceso con mi otro pie y dejó el tacón que faltaba en el suelo, junto al otro. Me masajeó el talón izquierdo y luego subió a mi tobillo. Solo habló cuando terminó con los músculos y tendones de la zona.

–Listo. Falta el vestido y estarás lista para ir a la cama.

Y con eso bastó. Sus palabras tranquilizadoras, el modo en que me sostuvo el pie y cómo me miró desde el suelo. Todos esos detalles que tenían por único objetivo hacerme sentir bien. Todo eso quebró algo en mi interior. Juro que hasta escuché la fractura romper el silencio del dormitorio.

–No –dije.

Aaron enderezó la espalda y se incorporó hasta quedar a la altura de mi rostro.

–Entonces dime... –Apretó la mandíbula–. Dime qué quieres.

En lugar de verbalizarlo, le puse la mano en la nuca e hice fuerza para atraerlo hacia mí. Y él se dejó. Me permitió mostrarle dónde lo necesitaba. Nuestras caras estaban a pocos centímetros. El recuerdo del sabor de sus labios era demasiado poderoso como para seguir resistiéndome.

Todavía arrodillado, se acercó. Acomodó su torso entre mis piernas y las manos junto a mis caderas.

–¿Qué más? –Pude escuchar la necesidad en su voz. Casi pude saborearla. Incapaz de contenerme, jalé con suavidad un mechón de cabello negro de su nuca. *A ti*, quise decirle con ese abrazo, pero no era capaz de articular una sola palabra–. Necesito escucharte decirlo –murmuró agitado contra mis labios. Sin tocarlos y sin achicar la distancia. Mi otra mano viajó a su brazo e inmediatamente noté la tensión de esos músculos apretados debajo de la tela de su camisa. Reprimidos. Como si se estuviera conteniendo de acercarse más–. Dime qué quieres –repitió con la voz casi quebrada.

–A ti –gemí, temblando–. Quiero todo lo que quieras darme. –Necesitaba que se acercara, que redujera el espacio que nos separaba hasta hacerlo desaparecer. Que se me pusiera encima

hasta fundir los límites de nuestros cuerpos–. Te quiero a ti.

Nunca me había imaginado que unas pocas palabras agitadas podían ser la llave a algo tan poderoso. Un quejido se escapó de su cuerpo y sus ojos se volvieron salvajes. Un hambre que nunca había visto (ni siquiera antes, cuando nos besamos) se instaló en su rostro y luego le dejó su lugar a una expresión contenida.

–Te daré el mundo –dijo contra mi boca–. La luna. Las malditas estrellas. Lo que me pidas es tuyo. *Soy tuyo*.

Y luego exploté. Su boca estaba contra la mía y ya no había suavidad, sino pura intensidad. Me separó los labios para sumergir su lengua dentro de mi boca mientras sus manos me recorrían la espalda.

Me acercó hacia él hasta que mi trasero quedó en el borde de la cama. Le envolví la cintura con las piernas, demasiado alto como para poder hacer el contacto que tanto anhelaba… el que sabía que me iba a hacer ver esas estrellas que me prometía.

Mi mente se salió de control. Sentir su cuerpo fuerte contra mis muslos fue abrumador, embriagador, provocador. Quería quedarme ahí por siempre… con Aaron de rodillas y mi cuerpo envolviéndolo. Con sus labios contra los míos. Sus manos en mi cabello.

No. Quería más que eso, pero primero necesitaba eliminar la ropa del escenario.

Aaron me atrajo contra su pecho e hizo que mi cuerpo se agitara a la espera de esa fricción que tanto anhelaba. Sin despegar mi boca de la suya ni alejarme de su cuerpo, se paró sobre sus fuertes piernas y me alzó con él. Mis piernas seguían en su cintura y él se acomodó justo donde quería desesperadamente que estuviera, enviando un remolino de placer a cada célula de mi cuerpo con la enloquecedora sensación de tener su erección entre mis muslos. El calor de sus manos en mi trasero se filtró por la tela del vestido mientras la calidez de toda su extensión palpitaba contra mi centro. Caliente, tan caliente que me quemaba la piel.

En dos zancadas, Aaron me tenía contra la pared. Se meció contra mi centro, solo una vez, y me arrancó un gemido.

–Dime si quieres que me detenga –pidió entre dientes contra mis labios. Su cuerpo se sentía firme y duro como una roca bajo mis manos–. Dime qué quieres que haga. –Empujó su cadera contra mí para poder sostenerme contra la pared y me hizo ver un cielo estrellado de delirio; llevó sus manos a mis costados y se detuvo cuando llegó al inicio de mis pechos. Sus largos dedos rozaron la fina tela que los cubría–. ¿Te gusta esto, nena? –dijo con un tono áspero.

Asentí con la cabeza y curvé la espalda para empujarlos contra sus manos. Manos que no dudaron ni un segundo en aceptar mi oferta. Aaron los tocó sin prisa mientras rozaba con sus pulgares la tela que me cubría los pezones. La urgencia por arrancarme el vestido volvió para vengarse. Y tuve que luchar contra mis manos para no exponer la piel y dejarlo tocarme. No al estúpido vestido. A mí, a mí. Solo a mí.

Como si pudiera leer mi mente, las manos de Aaron volaron hacia mis hombros. Tomó los tirantes del vestido y jugueteó con cuidado con la fina tela antes de hacer una pregunta:

–¿Puedo bajarlos?

Su cuidado, su esmero sin fin porque me sintiera cómoda, me hacía sentir que algo se me

desgarraba en el pecho: algo que temía que, una vez que quedara completamente destruido, jamás volvería a ser lo que era antes.

–Sí –le dije, y pude escuchar la urgencia en mi voz.

Aaron me tomó con la guardia baja cuando, en lugar de bajar los tirantes, llevó la mano a mi cintura para alejarme de su cuerpo. Me devolvió al suelo mientras, por la diferencia de altura, las yemas de mis dedos descendían por su cuello hasta su pecho.

Miré hacia arriba con el ceño fruncido. Casi no noté su risa sofocada y la sonrisa radiante cuando esas dos grandes palmas que descansaban en mis caderas me giraron enérgicamente. Me apoyé en la pared con las manos bien abiertas.

Su respiración me acarició la nuca y lanzó una horda de escalofríos por todo mi cuerpo. Llevó los dedos a la cremallera de mi vestido, justo a la altura de la cintura. La bajó y, si no recordaba mal el largo de esa cremallera, debió haber visto mi ropa interior. Tuve que tragar cuando escuché el sonido afligido que emitió Aaron.

Sus dedos subieron por mi columna y una bandada de mariposas alzó vuelo. Cuando llegó a los tirantes, los bajó y el vestido se deslizó por mi cuerpo, directo hacia el suelo, dejándome solo en bragas. Y, Dios, nunca había estado tan contenta por elegir un vestido con sujetador incorporado.

Lo miré por encima del hombro y encontré algo de preocupación en la expresión de su guapo rostro. Inconscientemente, intenté girarme, pero Aaron me tomó entre sus brazos. Posó una mano sobre mi estómago y la otra en mi cadera. Me empujó hacia él, y el calor de todo su cuerpo quedó contra mi espalda desnuda, obnubilando todos mis sentidos. Dejó caer su barbilla en mi hombro.

–Dame un minuto –dijo en mi oreja. Pasamos algunos segundos sin movernos ni un centímetro, procesándolo todo, hasta que sentí sus labios en el cuello–. Intento ir despacio, Lina. Te juro que lo intento –continuó mientras sus manos me acariciaban el estómago. Me rozó con el pulgar la piel de los pechos–. Pero me estás volviendo completamente loco.

Me acarició el pezón con la yema del dedo y eso me arrancó un gemido profundo que me hizo ganar otro de su parte. La mano de la cadera bajó por mi muslo, cerca del borde de mis bragas, a pocos centímetros del lugar en el que se acumulaba este calor que me recorría el cuerpo.

–Muero por conocer cada centímetro de tu cuerpo. –Me pellizcó el pezón y lo jaló muy suavemente. Gemí abatida. Devastada–. Por grabarte en mi memoria –dijo temblando con la misma desesperación que me atravesaba el vientre–. ¿Quieres eso?

–Sí. –Mi voz sonó tan quebrada como la cordura que me había hecho perder–. Necesito que me toques.

Aaron gimió y le vibró el pecho por el sonido. Llevé las manos hacia atrás, las apoyé sobre sus hombros y arqueé el cuerpo para que lo tomara entero. Me acercó con un brazo, toda mi espalda quedó apoyada contra él. Meció las caderas mientras su mano recorría mi muslo de arriba abajo.

–Ábrelas –exigió contra mi cuello mientras intentaba separar mis piernas con la rodilla desde

atrás para poder acceder con más facilidad–. Quiero sentir qué tan mojada estás.

Escurrió sus dedos por el borde de mis bragas. Cuando me rozó el cabello y la piel de la zona, sentí que mis piernas perdían fuerza por el placer y el poder del contacto. Aaron me tomó de la cadera con fuerza, presionando mi espalda contra su gran erección. La sentí latir contra mi piel a pesar de la tela de los pantalones. Siguiendo su camino, sus dedos al fin llegaron al húmedo pliegue, presionaron un segundo y luego se deslizaron lentos hacia abajo.

Abrí los labios con un gemido que me trepó por el cuerpo. Nunca en mi vida había estado tan húmeda ni tan excitada.

–Carajo –maldijo Aaron en una exhalación–. ¿Todo esto solo para mí? –No estaba segura de haber conseguido expresar un gemido afirmativo. Pero, lo que sea que haya respondido, le alcanzó, porque sus dedos comenzaron a subir y bajar por mi pliegue cegándome de placer, convirtiéndome la sangre en lava ardiente–. Si meto los dedos, perderé el control por completo –dijo con una voz profunda. Una advertencia, una promesa–. ¿Estás lista para eso? –Su pulgar comenzó a dibujar círculos en mi clítoris y casi me caigo de rodillas.

–Aaron... –Arqueé la espalda.

–Eso no es una respuesta, nena. –Bajó todavía más la voz y sus dedos aceleraron el ritmo hasta marearme–. ¿Quieres que me aleje y que te abrace hasta quedarte dormida? –Me acarició el pecho con la otra mano y jugueteó con el pezón–. ¿O prefieres que te haga mía?

Tan dominante y a la vez tan jodidamente considerado. Queriéndome, embelesándome. Era todo lo que necesitaba. Lo que mi cuerpo deseaba y lo que le faltaba a mi corazón.

Pronto iba a saber que esa sería la última vez en la noche que le decía a Aaron lo que exigía escuchar. La verdad que había guardado en lo profundo de mí, bajo siete llaves.

–Estoy lista, Aaron. –Llevé mis manos hacia las suyas, que seguían en mis bragas–. Tómame. Toda. –Lo sujeté con más fuerza y presioné nuestras manos contra mi centro–. Hazme tuya.

No perdió el tiempo. Con un movimiento rápido, deslizó uno de sus dedos dentro de mí y un gemido emergió de las profundidades de mi pecho por la ansiada invasión. Dios. Hacía tanto tiempo que lo único que entraba allí eran mis propios dedos.

–Estás empapada, nena. Y todo para mí. –Aaron seguía metiéndose y sumó un segundo dedo que me hizo ver las estrellas–. Eres toda mía.

–Aaron, esto… es demasiado. –Comenzó a emerger de mí algo que me hizo abrirme de par en par. Me curvé todo lo que pude. Jadeaba. Jadeaba mientras perdía el control de mi propio cuerpo.

–No es demasiado. Así se siente cuando es *real* –murmuró contra mi cuello mientras su otra mano me acariciaba los pechos.

Estaba muy cerca de desmoronarme. Un millón de sensaciones diferentes me recorrieron el cuerpo y se disiparon hacia todos los sitios en los que Aaron me estaba tocando. Marcando mi piel. La forma en que empujaba sus dedos dentro de mí. Cómo jugaba con mis pezones. La presión de sus caderas contra mi espalda, en sincronía con su mano. Todo era demasiado. Demasiado.

–Eso es. Puedo sentir cómo me aprietas los dedos. –Sus palabras me llevaron al límite. Cada segundo de esta bendita tortura me cegaba de placer–. Móntate en ellos, nena. Mójalos.

Y eso hice. Ay, por Dios, eso hice. Llegué al límite. La cabeza me empezó a girar; toda la fuerza abandonó mis extremidades. Y mientras gemía y gritaba palabras sin sentido mezcladas con el nombre de Aaron, él seguía moviendo los dedos en mi interior. Arrastrándome, llevándome consigo hasta comenzar a reducir la velocidad y detenerse por completo en mi centro todavía palpitante.

Después de lo que pudieron ser unos pocos segundos o varios minutos, Aaron quitó sus dedos de mi interior. Torcí la cabeza a un lado y levanté la vista para mirarlo a la cara. Esa cara tan atractiva y esos ojos azul océano. Me miraba desde su altura con una sonrisa nueva. Una que nunca había visto. Una mezclada con hambre, necesidad y algo más. Algo más poderoso que todo eso.

Lo miré fijamente, seguro que tenía una expresión agotada y feliz, y vi como levantaba los dedos que habían estado en mi interior y se los metía en la boca con los ojos cerrados y el rostro contraído en un gesto que nunca olvidaría. Una expresión que se me quedaría grabada en la mente por el resto de mi maldita vida y me acecharía en los sueños húmedos que iba a empezar a tener.

–Podría acabar de solo probarte. De tenerte en mis brazos así –gimió. Abrió los ojos y se encontró con los míos.

Tan primitivo, tan básico, tan sensual.

No fui capaz de articular una respuesta, ni siquiera de moverme. Debe haberlo notado, porque acomodó uno de sus brazos en la parte trasera de mis piernas y otro en mi espalda. Me alzó, me llevó hacia la cama y me dejó sobre las sábanas de seda.

Aaron se quedó de pie al costado de la cama, se desabrochó un botón de la camisa y su pecho se asomó entre la tela. Me moría por tocarlo. Eso me devolvió a la realidad. No iba a dejarlo escapar. Quería para mí el privilegio de desvestirlo. Gateé en la cama y, sin despegar la vista del siguiente botón, me acerqué a él. Me arrodillé cuando estuve cerca.

–Quiero hacerlo yo. –Mis manos reemplazaron a la suya y cada botón que desprendía me llenaba de placer. Uno a uno, fui bajando por su torso. Sentí su pecho moverse arriba y abajo, agitado con cada respiración. Cuando terminé, le quité la camisa y la arrojé al suelo.

Si pensaba que su pecho era perfecto desde la primera vez que lo vi, ahora (con todo lo demás, con todas las poderosas emociones que vibraban bajo mi piel) era sencillamente celestial. Acaricié cada monte y cada valle, cada centímetro de piel que parecía esculpido en piedra. Firme, suave, glorioso. Todo para mí.

Le rocé el pecho con las uñas hasta llegar a su estómago. Aaron se estremeció con el contacto. Pero no me alcanzó, y bajé un poco más, siguiendo el camino de vello oscuro. Cautivada, mi mirada devoraba todos mis movimientos. Dios, no me alcanzaría la vida para acostumbrarme a este paisaje. A él bajo mis manos.

Llegué al botón de sus pantalones y alcé la vista. Justo a tiempo para ver la tensión de su mandíbula y el brillo en sus ojos azules. Seguí bajando y sentí su erección muy caliente a través

de la tela del traje. Gimió y presionó con más fuerza sus caderas contra mis manos. Me temblaron las rodillas y me mareé mientras mis manos lo acariciaban.

Aaron bajó la cabeza y me besó la sien. Puso una mano sobre la mía. Juntos desabrochamos el botón. Luego la cremallera, y…

Vacilé. Congelada. Aunque sentía que iba a explotar si no bajaba esa cremallera, vacilé. Me temblaron los dedos de solo pensarlo.

Lo estamos haciendo. Y, carajo…., se siente como más que sexo. Mucho más que sexo.

–¿Qué pasa, nena? –me susurró en la sien.

Alcé la vista para mirarlo a la cara. ¿Cómo iba a decirle que toda mi determinación había muerto? ¿Que mis manos temblaban por la necesidad pero me daba cuenta de que en verdad no tenía idea de lo que estaba haciendo? ¿Qué estábamos haciendo?

Aaron exhaló, tenía la mandíbula trabada en un gesto de determinación. Algo en sus ojos hizo un clic. Tomó mis dos manos y se las llevó al pecho.

–A mí también me late el corazón a mil kilómetros por hora. ¿Puedes sentirlo? –Asentí con la cabeza y parte del miedo que tenía se disipó. Luego apoyó mis manos sobre su erección–. ¿Y esto, Lina? ¿Sientes lo duro que estoy? –Separó sus preguntas presionando las caderas contra mis manos.

–Sí. –Exhalé por la nariz por el contacto palpitante.

–Es todo por ti. Y tú haces que el corazón se me quiera escapar del pecho con una simple caricia o una breve mirada. Pero no tienes nada que temer. Estamos juntos en esto, ¿recuerdas?

Sus palabras despertaron algo en mi interior e hicieron que la necesidad superara mis inseguridades. Mis dudas. Mis miedos.

–Sí, estamos juntos. –Bajé la cabeza para besarlo en el corazón. Luego moví las manos sobre la tela de sus pantalones, para palpar su erección. Muy lento.

–Sácalo –gruñó y volví a sentir sus labios en la sien. Me dio un beso alentador.

Obedecí. Estaba a su merced. Haría cualquier cosa que me pidiera. Así que le desabroché los pantalones y miré fijamente al bulto contenido en la ropa interior. Seguí su orden y bajé toda su ropa solo lo necesario para liberar su erección. La envolví con los dedos y la froté solo una vez. El cuerpo de Aaron lanzó un sonido estrangulado.

–Diablos, eso se siente muy bien.

Volví a hacerlo y disfruté de la sensación de su pene entre mis dedos, suave y duro, palpitando bajo mi mano. Me pregunté cómo se sentiría acariciarlo con la lengua. Siguiendo el impulso, bajé y escuché el suspiro de Aaron por mi repentino cambio de posición. Acomodé los labios y me lo metí en la boca, hasta tocarlo con la lengua.

Dios. Toda la sangre de mi cuerpo se agolpó en mi centro, la necesidad conmovía y atravesaba todos mis sentidos. Aaron me tomó del pelo y presionó con delicadeza.

–Nena. –Volvió a tomarme del pelo. Esta vez alejó la cadera y me hizo detener–. Quiero esto, de verdad, pero no quiero acabar en tu boca hoy.

Llevó las manos a mis hombros y me ayudó a levantarme. Con un movimiento rápido, me puso de espaldas. Con otro, se deshizo de los pantalones y de la ropa interior.

Aaron está desnudo.

Cada detalle de su cuerpo era sólido y delicioso. Grande. Poderoso. Perfecto. *Y todo para mí.*

Se me detuvo la respiración de solo pensarlo.

Esos ojos azules hambrientos, en los que con gusto me perdería, me miraban de arriba abajo recostada en la cama mientras intentaba aprenderme de memoria las líneas que dibujaban sus brazos y su pecho marcados, mientras me esforzaba por grabar a fuego esa erección abultada que me hacía relamerme y esos muslos poderosos que me volvían loca. Quería tatuarme todo en la mente para conservarlo para siempre.

Aaron fue hacia su neceser, que estaba sobre la cómoda frente a la cama, y tomó un pequeño paquete. Volvió a la cama y arrojó el condón encima de las sábanas, a mi lado. Seguí sus movimientos, cautivada, incapaz de moverme.

Me miró desde su altura con una intensidad ardiente, se llevó la mano a la entrepierna y se acarició la erección. Una caricia firme.

–No sé cómo voy a hacer para tomármelo con calma –dijo, con voz rasposa, tocándose con fuerza.

–Entonces no lo hagas –rogué, devorando la imagen que tenía delante y haciendo lo posible para no abalanzarme sobre él–. No te lo tomes con calma. Te quiero entero. Sobre mí. Dentro de mí. Por todas partes.

Antes de que terminara de decirlo, Aaron ya me estaba besando con fuerza. Comiéndome. Su cadera entre mis piernas abiertas, que tenía enroscadas en la espalda. Su erección palpitante contra mí.

–Esto se tiene que ir. Ahora –me dijo Aaron rozándome la oreja mientras tocaba la delicada tela de mis bragas.

Lo próximo que recuerdo es que pasamos al suelo y él se había vuelto a poner entre mis muslos, solo que esta vez no había nada entre nosotros. Estaba justo donde lo necesitaba. Donde pertenecía. Se arrodilló y me dejó contemplar todo su enorme y sólido cuerpo. Se me agitó la respiración. Tenía la sangre arremolinada.

Tomó el condón, rasgó el envoltorio y se lo puso, con los ojos fijos en los míos.

–Eres lo más precioso que he visto en la vida. Toda para mí. –Su mirada se ablandó y me llegó al corazón, me arrancó algo y dejó un hueco tras de sí. Un hueco que no sabía si sería capaz de volver a llenar.

Aaron se inclinó y me rozó la cadera con los labios, hasta la zona en que se unía con los muslos. Me dio un beso allí. Luego otro. Y otro. Gruñó y bajó un poco más, como si no pudiera contenerse. Hasta que enterró la lengua en mi centro. El contacto fue breve, pero me hizo ver las estrellas y se me escapó un gemido. El placer estalló desde ese punto y me recorrió como una electricidad que llegó hasta cada uno de mis nervios.

Su reacción fue inmediata: todo su cuerpo cobró vida y estalló. Sus labios me recorrieron, dejando a su paso un sendero de besos encendidos. Con suavidad, me besó la mandíbula, el cuello y los hombros. Y, cuando finalmente desplomó su peso sobre mí, solo pude tomarle la

cara entre las manos para acercarlo a mi boca y besarlo. Despacio pero con intensidad. Ambos terminamos jadeando.

–Aaron –susurré entre respiraciones profundas–. ¿Esto es real? –No podía creerlo; se sentía como un sueño, como si fuera a despertarme en cualquier momento.

Me miró a los ojos, seguro que para espiar en lo más profundo de mi ser. Un lugar al que ni yo tenía acceso. Pero, a cambio, me dio acceso al suyo. Todo lo que sentíamos, todo eso que había sido enterrado y negado, salió a la superficie. Desnudos. Uno frente al otro, quedamos despojados de todas las mentiras. Expuestos.

–No podría ser más real. Nada será tan real como esto. –Me depositó un beso suave en la comisura de los labios.

Sus palabras, la pura sinceridad en los ojos azules, el calor de su cuerpo, el modo en que me envolvía… todo eso hizo que me estallara el corazón. Hizo que cada célula de mi cuerpo se sacudiera con violencia y explotara en un millón de fragmentos.

Aaron debe haber sentido lo mismo, porque nuestros cuerpos salieron de la confusión y pasaron al frenesí. Sus dedos y su lengua me recorrieron el contorno del cuerpo. Labios, cuello, clavícula, pechos. Todo quemaba bajo su boca. Movía las caderas contra mi centro y empujaba su erección entre mis piernas, la punta bajaba un poco más con cada movimiento de su cuerpo, hasta que llegó a mi entrada.

Cuando levantó los labios de mi piel encendida, su mirada volvió a mis ojos para pedirme permiso sin palabras.

–Sí, sí. –Acompañé la respuesta con un pequeño empujón de mi cadera–. Por favor –gemí y volví a empujar. Sentí cómo se deslizaba solo un poco en mi interior. Pero no lo suficiente.

Me besó la clavícula y finalmente se hundió en mí. Un golpe lento y profundo que me llenó por completo e hizo que mi cabeza, mi cuerpo y mi alma viajaran a otra galaxia.

–Dios –gemí, completa y feliz.

Aaron gruñó contra mi sien.

–Ah, mierda, nena. –Meció las caderas para salir y volver a entrar con más fuerza, lo que me arrancó un grito de placer. Me acarició el cuello con la boca–. Ese sonido, Catalina. –Volvió a entrar–. Me va a destruir. –Otra vez.

Llevé las manos a su pelo y lo jalé para incitarlo a que enloqueciera por completo. Y así fue. Volvió a gruñir y entró con más fuerza, empujando todo mi cuerpo hacia delante. Gemí, segura de que iba a ahogarme en una de las olas de placer que me inundaban el cuerpo.

–Sujétate del respaldo –pidió Aaron mientras me tomaba las muñecas para llevarlas hasta ahí.

Obedecí y tomé con fuerza los barrotes, deseando que resistieran la embestida.

–Lo necesito –gemí–. Necesito más.

Aaron se impulsó dentro de mí mientras también él se sujetaba del respaldo. Su ritmo derrumbó lo que nos quedaba de control.

–Me necesitas a mí –gruñó, entrando cada vez más rápido. Arqueé la espalda como respuesta. Se hundió con más fuerza. Y luego otra vez. Más duro–. Yo soy todo lo que necesitas.

–*Dios, ¿no sabía (no era dolorosamente obvio) que lo necesitaba?*–. Dilo. –Otro movimiento rápido.

–Sí –gemí, mi cuerpo perdía toda la fuerza por las olas de placer–. A ti, Aaron. Te necesito *a ti*.

Esas palabras rompieron el último y delicado hilo de cordura que le quedaba. Y sus movimientos perdieron el ritmo. Se volvieron más fuertes, más rápidos y más profundos. Todo al mismo tiempo. Aaron se movía en mi interior completamente entregado. Nuestros cuerpos chocaban mientras seguía sujetándome del respaldo y miraba su cuerpo moverse sobre mí, deslizándose hacia dentro y hacia fuera, con los músculos de los abdominales contraídos. Todo el poder de sus hombros tensionados. Todo llevándome al límite.

–Quiero sentir cómo me mojas, nena –dijo Aaron antes de comerme la boca. Me llevó una mano al pecho y la cerró sobre mi pezón–. Acaba para mí –exigió con voz ronca–. Acábame.

Sus palabras, su ritmo feroz, su cuerpo penetrando el mío… Tuve que cerrar los párpados. Tenía el cuerpo incendiado. Cada nuevo bombeo me cegaba.

–Aaron –supliqué, desesperada.

–Mírame. Quiero que me mires. –Me alzó y me acomodó contra su pecho. Me movió mientras me penetraba desde abajo. Le abracé el cuello y sentí que estaba llegando a la cumbre del placer. Le jalé el cabello. Fuerte. Aaron llevó mis dos brazos hacia atrás y me tomó con firmeza las muñecas. Arqueé la espalda–. Mírate, a mi merced. –Aumentó el ritmo de mis caderas para frotarme cada vez más rápido contra su pene–. Justo como he querido tenerte todo este tiempo.

Después de una embestida fuerte y profunda, se le tensó la mandíbula mientras ponía su otra mano entre nosotros, justo en el lugar en que nos conectábamos. Acariciaba, frotaba y, antes de que pudiera hacer algo, me hizo volar. Justo al mismo tiempo en que lo sentí latir y descargar todo su placer dentro de mí.

Dijo mi nombre en un gruñido animal. Me invadió una alegría simple y pura mientras seguía moviendo las caderas cada vez a menor velocidad hasta que el clímax se desvaneció. Me abrazó y enterró su rostro en mi cuello. Los contornos de nuestros cuerpos se disiparon hasta que el movimiento de sus caderas se detuvo por completo.

Nos quedamos allí, suspendidos en el tiempo. Con nuestros corazones latiendo contra la piel del otro y su pulso tranquilo debajo de mí.

Al cabo de un rato, Aaron se levantó y nos recostamos de lado sin dejar de abrazarnos. Me acurrucó contra su pecho y supe que nunca más iba a querer otro abrazo. Nada se podía comparar.

Me besó el cuello, luego la sien y dejó sus labios allí por un largo rato.

–¿Fue demasiado?

Giré la cara hacia su pecho y apoyé los labios sobre su corazón.

–No, jamás. –Era verdad–. Yo… –Arrastré las palabras y mi voz se convirtió en un susurro–. Me gustó cómo perdiste el control. Me gustó mucho.

–Cuidado. –Sentí su mano en mi cabello, peinando los mechones rebeldes–. Si sigues siendo

así de perfecta comenzaré a creer que fuiste hecha para mí.

Torcí los labios en una sonrisa idiota, y tuve que presionar mi boca contra su pecho para no decir lo que pensaba. *Quédate conmigo. Es lo menos que puedes hacer si fui hecha para ti*.

Después de algunos minutos, Aaron se movió. Ajusté los brazos alrededor de su cuello.

–Necesito ocuparme del condón, nena.

Intentó alejarse, pero me resistí a dejarlo escapar. Lanzó una carcajada alegre y luminosa que me devolvió el aire y me distrajo lo suficiente como para que pudiera deslizarse fuera de mi abrazo.

Lloriqueé, defraudada y con frío. Creo que soy una mujer avara en lo que respecta a demostraciones de afecto. O quizá en lo que a Aaron respecta.

–Vuelvo en un segundo, lo prometo.

Así lo hizo, tal como me había prometido. Por suerte para él. Y el paisaje que me regaló mientras atravesaba la habitación con una desnudez perfecta colaboró a que lo perdonara. Cuando volvió a la cama, me envolvió y me acurruqué contra su costado, nos tapó con el edredón y soltó un gemido profundo y apasionado.

Síp, pensé. *Lo mismo por aquí*.

–¿Ves? –dijo contra mi cabello–. Ni siquiera un minuto.

Suspiré en su pecho.

–Soy demandante, ¿de acuerdo? –admití sin vergüenza–. Y no me refiero solo a que exijo arrumacos. Soy demandante nivel garrapata. –Demostré lo que acababa de decir apoyando mi pierna sobre la suya y el brazo sobre su pecho, enroscando nuestros cuerpos de una forma que no parecía nada tierno.

De algún modo, aunque tuviera la cara enterrada en su cuello, supe que estaba sonriendo. Pero luego su pecho se movió y me confirmó que no era solo eso lo que hacía.

–¿Te estás riendo de mi desgracia?

–No me atrevería. Solo estoy disfrutando de tu demanda, garrapata. –Me acarició la espalda y se detuvo en mi cintura. La pellizcó–. Pero, si no te comportas, no vamos a poder dormir. Y, aunque sea muy decepcionante, solo tenía ese condón.

–¿Esperabas que esto pasara? –Aflojé un poco la presión mientras me lo imaginaba empacando un condón. Una ola de expectativa me floreció bajo la piel.

–No –respondió despacio mientras sus dedos subían por mi espalda–. Pero no voy a mentirte, una parte de mí lo deseaba, y quizá por eso lo traje. Hacía tanto que lo tenía que me pareció que no podía hacer daño.

–Me alegra que lo trajeras –le dije con sinceridad, y me apoyó la mano en la nuca. Sus dedos juguetearon con mi pelo–. Es una pena que no hayas traído más.

–¿Ah, sí? –El sonido que salió de su boca me devolvió la vida.

En lugar de responder lo que esperaba que fuera una pregunta retórica (porque, ¿cómo no iba a llorar por perderme la oportunidad de más de ese sexo maravilloso?), otra pregunta se me vino a la cabeza:

–¿Puedo preguntarte algo? –dije, inclinándome hacia atrás para poder mirarlo a la cara.

–Puedes preguntarme lo que quieras. –Aaron también torció la cabeza para encontrarse con mis ojos.

–¿Por qué hablas tan bien español? –quise saber. Curvó los labios tímidamente–. En serio –insistí con ojos inquisidores–. Juraba que no sabías ni una palabra de español. Nunca me contaste que lo hablabas tan bien. –Le brillaron los ojos por el cumplido. Me gustaba causar ese efecto. Tanto como me gustaba hacerlo sonreír–. Ahora pienso que debes haber entendido todos los apodos que te puse.

–En realidad, no.

–¿A qué te refieres?

–Dijiste que todo tenía que salir perfecto.

Lo miré para entender el significado detrás de eso.

–Entonces tú… ¿qué? ¿Hiciste un curso acelerado antes de venir? –Era un chiste, pero Aaron se encogió de hombros. Caí en la cuenta de a poco–. Ay, por Dios. Sí lo hiciste –mascullé.

Por mí. Hizo eso por mí.

–No es que no supiera nada. Me acordaba de algo de la escuela. –Volvió a acariciarme el cabello y a juguetear ausente con un mechón que enroscó en su dedo índice–. Y ahora hay aplicaciones para todo. Aprendí lo suficiente como para causar una buena impresión. Pero todavía me falta mucho.

Seguro que algo se me reflejó en la cara (esperaba que no fuera la adoración que sentía por él en ese momento), porque los ojos de Aaron me analizaron extrañados. Luego me acercó más a su pecho, me acurrucó con seguridad contra él y me besó el hombro. Me derretí como mantequilla bajo el sol con la caricia de sus labios.

–Sigo sin entender todo el vocabulario interesante –agregó y volvió a besarme el hombro–. De las mejores palabras.

–Ah... –Curvé los labios, me interesaba el curso que estaba tomando esta conversación–. ¿Quieres que te enseñe las palabras sucias? –Alcé la vista y moví las cejas. Aaron me regaló una sonrisa torcida que hubiese hecho caer mis bragas de haberlas tenido puestas–. Bueno, tienes suerte porque soy una gran maestra.

–Y yo un estudiante muy aplicado. –Me guiñó un ojo y ese maldito gesto me dio taquicardia–. Aunque puede que me distraiga un poco de vez en cuando.

–Ya veo. –Apoyé el dedo índice en su pecho mientras veía su mirada bajar y luego volver a mi rostro–. Quizá necesitas la motivación necesaria para mantener la atención en el tema. –Con un dedo le recorrí los pectorales, el cuello y seguí la línea de la mandíbula hasta llegar a los labios, que abrió con una respiración agitada–. Esto… –Me acerqué y lo besé suavemente–. En español es una palabra de seis letras. *Labios. Tus labios*. –Me respondió comiéndome la boca. Como si el único modo de aprender la palabra fuera probándola–. Y esto –dije antes de abrir los labios y profundizar el beso, nuestras lenguas bailaban juntas– es otra palabra de seis letras. *Lengua*.

–Me parece que me gusta esa. –Bajó la cabeza y encontró su nueva palabra favorita al llegar a mis pechos–. ¿Y esto? ¿Cómo se dice esto? –preguntó acariciándome los pezones con su boca.

Lancé una risita que se convirtió en un gemido.

–Esa es una palabra de cinco letras. *Pezón*.

Aaron asintió mientras sus labios subían por mi pecho, dejando suaves besos a su paso.

–Entonces, ya me has enseñado palabras de seis y cinco letras. –Me dio otro beso–. Ahora deberíamos pasar a palabras de cuatro letras. ¿Me enseñarías una? –Su deseo cayó sobre mi piel.

Una palabra de cuatro letras. No debería ser tan complicado. Debe haber miles de palabras de cuatro letras en mi lengua natal. Pero mi mente era traidora. Solía hacerme estas cosas. Y la única palabra en la que podía pensar era una muy particular. Una que, pese a no ser muy larga, tenía el poder de cambiar las cosas. De cambiar la vida de las personas. De mover montañas y desatar guerras.

Era una palabra tan grande que me había prometido a mí misma no volver a dársela a nadie si no estaba segura de que lo sentía con cada molécula de mi cuerpo. Si no estaba segura de estar cómoda.

Mi silencio le dio a Aaron la oportunidad perfecta para seguir explorando mi piel. Su boca hacía que mi corazón diera tumbos.

–No lo sé –murmuré distraída. También asustada y excitada.

Más besos contra mi piel me hicieron tener que luchar por recuperar la respiración.

–Está bien –dijo, con sinceridad–. Podemos romper las reglas. Eso es lo bueno de ser quien las crea.

Me tomó la boca con pasión y me hizo olvidarme de todo durante un instante. Apenas nos despegamos para tomar aire y volvió a sumergir la cabeza para darme un beso húmedo sobre el corazón.

–*Corazón* –dijo despacio, tan despacio que la palabra me llegó a la sangre y se mezcló con ella–. Corazón. Este es tu corazón. Siete letras.

Me miró a los ojos por un largo momento y juro que pude ver en ellos todo lo que no me estaba diciendo (“Lo haré mío”) y todo lo que yo no me animaba a decir (“Tómalo”). Cuando Aaron habló al fin, sonó como una promesa:

–Me ganaré la palabra de cuatro letras.

No me quedaba ninguna duda de que lo haría. Pero ¿a qué costo?



Capítulo 24

La experiencia de despertarme junto a Aaron la mañana siguiente no se pareció en nada a las otras dos veces en que abrí los ojos y lo encontré al otro lado de la cama.

Para empezar, estábamos desnudos. Algo a lo que sentí que podría acostumbrarme rápido. Sin esfuerzo. Por otro lado, había un detalle ínfimo que separaba esta mañana de las anteriores. Una cuestión práctica. Y era la sonrisa radiante que tenía en el rostro. Era estúpidamente grande, y me dio miedo haber dormido con ella. Ridículo, lo sé. ¿Quién tenía tiempo de avergonzarse cuando tenía al lado a Aaron Blackford, tan grande y desnudo y listo para ser devorado? Yo no. Sobre todo cuando algo no tan pequeño me rozaba el muslo.

Aaron gruñó, se acomodó y apoyó esa parte palpitante de su cuerpo contra mí.

Ah, hola, nuevo miembro favorito.

–Buen día –dijo con la voz ronca y gruesa de recién levantado que me invitaba a los gritos a acurrucarme contra él.

–Mmm… –fue todo lo que pude responder.

Era muy grosero de mi parte, pero estaba ocupada con algo más importante: memorizar cada centímetro de su pecho con la mano. O los músculos que le cubrían el abdomen. Y ese fino sendero de vello oscuro. Sí, tenía que conocerlo mejor.

–Tus padres nos buscarán pronto –comentó jadeando.

–Síp. –Lo recordaba–. Pero una hora tiene sesenta minutos y, si conseguimos empacar en cinco y ducharnos en… ¿tres? Eso nos deja cincuenta y dos minutos completos para nosotros. –Y pensaba usar ese tiempo para conocer el cuerpo de Aaron–. Se pueden hacer muchas cosas en esos minutos. El secreto está en saber administrarlo. –Mis dedos siguieron bajando y bajando y bajando hasta que tomé su erección. Aaron presionó las caderas contra mí.

–Nena. –La palabra sonó estrangulada, pero moví la mano arriba y abajo–. ¿Quieres matarme?

Seguía preguntándomelo como si tuviese una respuesta.

–¿No? –Suspiré sin poder concentrarme–. ¿Sí? –Sus caderas se impulsaron contra mi mano de nuevo–. ¿Cuál era la pregunta?

Aaron gruñó y me puso la mano en la espalda, tiró de mí y me montó en sus caderas. Por instinto, me moví sobre él para intentar encontrar alivio. Lo mismo hizo él con mi mano.

En ese momento empecé a considerar la posibilidad de olvidarme de la maleta, de mis padres, del vuelo de vuelta, del trabajo, la vida y de todo lo que no fuera esta cama. De todo lo que no fuera Aaron. Simplemente no me importaba.

Cuando quise darme cuenta, estábamos en el aire. Bueno, *yo* estaba en el aire, entre sus brazos. Se dirigió al baño en suite en unas pocas zancadas y abrió la ducha sin bajarme.

–Odio ser portador de malas noticias, pero cincuenta y dos minutos no son suficientes para todo lo que quiero hacerte. Ni por asomo. Así que vamos a tener que hacer varias cosas al mismo tiempo –explicó mientras me acomodaba bajo el chorro de agua caliente. Sus ojos recorrieron mi cuerpo de arriba abajo y el hambre oscureció el azul.

–Administración del tiempo *y* tareas en simultáneo –comenté mientras lo miraba entrar a la ducha conmigo–. Tiene un currículum muy impresionante, señor Blackford. –Sus manos descansaron en mi cadera. Y los dedos me sujetaron con necesidad. Con desesperación.

–Y nunca me amedrenta un desafío. Por favor, agrega eso a la lista. –Presionó su cuerpo contra el mío hasta que quedé apoyada contra el frío de los cerámicos–. Tendré que hacerte llegar con la lengua mientras nos duchamos. –Mi nueva palabra favorita hizo su aparición, vocalizada por su labio inferior. –*Jodidamente sexy, carajo*–. Y quizá otra vez mientras empacamos. Todo eso en cincuenta y dos minutos. Pero estoy seguro de que lo conseguiré.

Oh, por Dios. Así fue.



Contra todos los pronósticos, estuvimos listos a tiempo. Resultó que las habilidades de Aaron de verdad eran impresionantes. Mis padres nos llevaron hasta el aeropuerto con tiempo de sobra como para desayunar en la terminal antes de embarcar.

Cuando estuvimos en el avión, Aaron me pasó el brazo por los hombros y me acurruqué en su costado. Descansé en el hueco de su cuello y un delicioso perfume me envolvió e hizo que muchos suspiros de felicidad se escaparan de mis labios. El sentimiento que me provocaba esta nueva normalidad que había nacido entre nosotros me dio la calma suficiente para caer rendida incluso antes del despegue.

Pero cuando tocamos suelo estadounidense, una alarma conocida se disparó en mi cabeza. *La conversación*. Si fuera inteligente, hubiera aprovechado todo ese tiempo que pasamos juntos para conversar. Teníamos que establecer límites, teníamos que definir lo que fuera que hubiera entre nosotros. Teníamos que… tomar una decisión. Normalmente no sentía esa presión, pero Aaron no era cualquiera. No era un hombre con quien tenía una relación casual o alguien con quien me

había acostado una noche. Era Aaron. *Mi Aaron*. Mi compañero de trabajo. Y, pronto, mi jefe. Y eso exigía abordar *esto* de un modo diferente. Lo que él quisiera que fuera. En lo que quisiéramos convertirlo. Pero para eso necesitábamos hablar.

Me apoyó la mano en la cintura y con el pulgar dibujó un círculo sobre mi camiseta. Alcé la vista y lo encontré mirándome. Mierda. Esos ojos se estaban convirtiendo demasiado rápido en mi cosa favorita en todo el mundo. Todavía más que los brownies de triple chocolate.

Acabábamos de cruzar la puerta de ARRIBOS, por lo que nos encontrábamos en el centro de la terminal, en nuestro suelo neoyorquino, a solo unos metros de lo que nos esperaba afuera del aeropuerto. Fuera lo que fuera.

–Lina –dijo despacio.

A juzgar por el modo en que pronunció mi nombre y el peso que le había dado, supe que iba a decirme algo importante. Pero esa sencilla palabra (mi nombre, no Catalina, sino Lina) dicha por sus labios, provocaba cosas en mí. En mi pecho, en mi cabeza.

–Me encanta escuchar eso. Mi nombre –confesé por lo bajo, como si fuera un pensamiento–. Deberías llamarle Lina más seguido.

Aaron me miró a los ojos sin hablar por un largo rato. Ignoró mi comentario fugaz. Justo cuando creía que no iba a decir nada (que se iba a ir del aeropuerto en silencio y que cada uno seguiría por su cuenta), habló.

–Ven a casa conmigo. A mi apartamento.

Parpadeé, tenía la guardia baja. El silencio era ensordecedor y pensé cuánto me gustaría pasar más tiempo juntos. Perderme en él un ratito más antes de tener que volver a la vida real. Antes de que tuviéramos que hablar y tener la conversación que terminaría de consolidar (o no) todo lo que había cambiado entre nosotros. Una conversación que me daba más miedo con cada minuto que pasaba.

Quería dar el paso. Con locura. Pero mi experiencia me indicaba lo contrario y me advertía respecto de cometer dos veces el mismo error.

Supe en lo profundo de mis huesos que recuperarme (de perder a Aaron o de arruinar años de trabajo duro por acusaciones injustas y mal intencionadas) no iba a ser fácil. Iba a ser la cosa más difícil que tendría que hacer en toda mi vida. Ya lo sabía.

Mientras todo eso me daba vueltas en la cabeza, en el rostro de Aaron vi algo que se parecía mucho al miedo.

–Ven conmigo, Lina –pidió. Cerré los ojos por un momento. –Te daré de comer y me aseguraré de que te quedes despierta para que no tengas *jet lag* por una semana. Mañana temprano te llevaré a tu apartamento para que busques lo que necesites y luego iremos al trabajo –hizo una pausa– juntos.

Parecía un sueño. Como él.

Tenía que estar soñando si creía que podría convencerme de ir con él a algún lado. Quería hacerlo, de verdad. Lo seguiría a cualquier lado si me lo pidiera. Pero… Pero… siempre había un pero, ¿no?

–Aaron –exhalé–. Seré honesta contigo. –Se lo debía, tanto a él como a mí, a nosotros–.

Estoy… asustada. Aterrada. Van a ascenderte. Serás el líder de mi departamento. Y eso cambiará las cosas. –Llevé la mirada a su pecho. Había muchas cosas en sus ojos. Me distraían y me robaban la cordura–. Ya no estamos en España. Esta es la vida real. Y esto –dije agitando una mano entre nosotros– complicará las cosas. –O quizá era al revés, y su ascenso complicaría lo que fuera que esto pudiera llegar a ser.

–Lo resolveremos. –Me tomó una mano y se la llevó al pecho. Tan cálido y firme, lleno de cosas que quería pero me aterraba tomar–. Luego, cuando estemos duchados, tranquilos y cómodos. –Puso la otra mano en mi barbilla y me levantó la cabeza para que pudiera mirarlo a los ojos–. Y mañana hablaremos con Recursos Humanos. Le preguntaremos a Sharon, si eso te da paz mental. –*¿Por qué? ¿Por qué, universo? ¿Por qué tenía que ser tan considerado? Tan jodidamente perfecto?*–. Pero, para que podamos hacerlo, tienes que darnos una oportunidad. –Está vez fue su respiración la que se quebró–. ¿Confías en mí?

Mi mano seguía sobre su pecho, justo sobre el corazón y arrugué la tela de la camiseta en un puño. No podía hacer nada más que aferrarme a él.

–Llévame a casa, Aaron Blackford.



Miré fijamente la pantalla del teléfono, deliberando por enésima vez si debía responder al mensaje con la verdad o no.

Se va a volver loca. Me va a patear el trasero con tanta fuerza que aterrizaré de nuevo en España.

Levanté la vista, contemplé mi reflejo en el espejo (el espejo del baño de Aaron) y no me gustó lo que vi. No tenía nada que ver con las ojeras ni con el moño que tenía en el pelo, que había pasado de despeinado a caótico en algún punto del océano Atlántico. Lo que me molestaba no era algo que pudiera señalar con el dedo ni resolver con una ducha, algunas horas de sueño y un cepillo.

Me giré y me recosté en el borde de la impresionante y seductora bañadera. Era tan grande que tenía lugar como para que entraran dos Aaron, igual que todo lo demás en su apartamento. Espacioso y de un lujo sobrio y elegante que combinaba perfectamente con él.

Volví a mirar el teléfono para releer el mensaje.

Rosie

¿Volviste? ¿Qué tan mal estuvo? Cuéntamelo todo
con un café. ¿O dos? ¿Quizá tres?
¿Cuánto hay para contar?

Justo cuando había juntado el coraje para responder, tres puntos aparecieron en la pantalla.

Puedo ir a tu apartamento y llevar cafeína.
¿En una hora? ¿Treinta minutos? ¿Ahora?

Podía imaginar a mi amiga batiendo sus pestañas frente a mí. Rosie nunca había suplicado tanto para que le contara algo.

No estoy en mi apartamento.

¿Sigues en el aeropuerto?

Puedo pasar más tarde.
Solo dime un horario.

Respiré profundo y comencé a tipear la respuesta.

Creo que no volveré a casa esta noche.

Volvieron a aparecer los tres puntos. Escribía y escribía y escribía durante una cantidad ridícula de tiempo. Miré el teléfono con el ceño fruncido, necesitaba fuerza.

LO SABÍA.

Lancé un sonido estrangulado. ¿Eso era lo que tanto tipeaba?

¿Y? Lárgalo. Escríbelo, así puedo decirte
que me lo veía venir.

Me reí por lo bajo. ¿Tan ciega había sido?

…

DILO. DILO EN VOZ ALTA. Di-lo.

Relájate, Edward Cullen.

Catalina, si no empiezas a hablar, me enojaré.
Y nunca me enojo. Todavía no conoces
a la Rosie enojada.

Estoy en el apartamento de Aaron.

Por supuesto que sí. Quiero saber el resto.

¿El resto?

Una versión resumida… por ahora.

Medio que nos besamos.
Y como que dormimos juntos.

¿MEDIO? ¿COMO QUE? ¿Eso qué significa?

😳Nos besamos. Y lo hicimos.

¿Y?

Y... "Y mucho más", estaba por escribir. Pero mis dedos quedaron paralizados sobre la pantalla. Hasta que comenzaron a tipear a un ritmo vertiginoso.

…y estoy hecha un desastre. Estoy aterrada y confundida.
Y también estúpidamente feliz. Y es tan bueno conmigo.
Tan bueno que parece un sueño del que me voy a despertar
con un sudor frío pegado al cuerpo. Y sabes que odio eso.
¿Te acuerdas de la vez que estaba teniendo un sueño húmedo
con Joe Manganiello y se disparó la alarma de incendio
del edificio justo cuando le desabrochaba el cinturón?
¿Recuerdas que estuve de mal humor un mes entero?
Esto es un millón de veces mejor que ese sueño.
Está a años luz de distancia.

Era así, y no me refería solo al modo en que mi cuerpo parecía revivir con su contacto. Diablos, eso era solo un detalle.

No quiero despertarme, Rosie.

Ay, linda.

Casi pude sentir el abrazo que seguía a sus palabras.

Como sea, mañana te cuento todo.

No era una conversación para tener por mensaje de texto.

Más te vale, o te patearé el trasero.

Alguien llamó a la puerta.

–¿Cariño? –dijo una voz profunda del otro lado. La palabra hizo que el corazón me diera un vuelco–. Comenzaré a creer que te estás escondiendo de mí. –Dios, era la peor. Aaron continuó–: Sal, así vamos a buscar algo para comer. Tú eliges.

–¿Incluso tacos de pescado? –Me rugió el estómago, víctima del *jet lag*.

–En especial tacos de pescado.

Mierda.

Eso me llegó directo al corazón.

–¡Está bien, dame un minuto! –exclamé mientras tipeaba otro mensaje para Rosie.

Me tengo que ir. Vamos a buscar comida.

De acuerdo. Pero mañana
tú y yo vamos a hablar.

Sí, señorita.

Y, ¿Lina? No siempre hay que
despertarse de los sueños.

Con ese pensamiento (no, con esa *esperanza*, porque eso fue exactamente lo que sentí al leer el mensaje de mi amiga: tonta esperanza) abandoné mi exquisito escondite y fui a buscar a Aaron. Lo encontré de pie en la sala de estar, mirando por las ventanas industriales que daban al río.

Su apartamento estaba en Dumbo, una zona de Brooklyn que no conocía muy bien y que cada vez me gustaba más. El apartamento era increíble. Amplio y sólido; elegante pero simple. Caminé hacia él para mirar también por las enormes ventanas.

–Esta vista del East River es asombrosa.

–Soy muy afortunado por poder permitírmelo –dijo, y sonó sincero. Más de lo habitual.

Me giré hacia él y me apoyé en la ventana para mirarlo a la cara. Quería decirle que esta vista (la de él) era igual de hermosa. Pero una no iba por ahí diciendo esas cosas. Así que me limité a devorarlo con la mirada.

Aaron miraba el horizonte. Los rayos del sol atravesaban el vidrio de las ventanas y le acariciaban la piel. Los ojos azules le brillaban bajo la luz. Pero estaba pensando en algo. Lo sabía.

–¿Todo bien? –Me estiré para apoyarle una mano en el brazo. Entonces me miró.

–Ven aquí. –Con un movimiento rápido, me abrazó contra su pecho con fuerza y nos balanceamos un poco–. Mejor. Ahora todo está mucho mejor.

No podía contradecirlo. Todo lo que incluyera estar en sus brazos era mucho mejor que lo que no. Le permití arrancarme un suspiro de felicidad y me deleité con el sonido que hizo cuando yo también lo apreté. Pero luego me liberó y su mirada volvió a perderse en la ventana, aunque, esta vez, sonreía un poco.

Paso a paso.

Por algún motivo, mis ojos aterrizaron en un mueble de estilo industrial que se complementaba perfectamente con el estilo de la ventana y del resto del espacio. Encima solo

había una foto enmarcada y lo que parecía un libro de texto.

Sentí curiosidad por saber quién estaba en esa foto, por lo que fui hasta allí y la miré. Una mujer. Una mujer hermosa, de ojos azules y pelo oscuro, con una sonrisa que reconocí enseguida. Se me estremeció el corazón.

–¿Cómo se llamaba tu madre? –pregunté. Me pasó un brazo por los hombros y me besó el pelo. Me entregué a él.

–Dorothea. –Sentí la voz retumbarle en el pecho, justo contra mi espalda–. Se quejaba todo el tiempo de su nombre. Todos la llamaban Thea.

–Cuéntame más sobre ella, sobre tu familia.

Exhaló y el viento me llegó al cabello.

–Era el nombre de su abuela. "Un nombre de vieja pretenciosa", decía mamá. Su familia era muy adinerada, pero no gozaban de buena salud. Decían que era una maldición. –Hizo una pausa, parecía estar perdido en sus recuerdos–. Cuando era niño, mi madre era la única que estaba viva, por lo que nunca conocí a mis abuelos. Y, cuando falleció, me convertí en el último de los Abbots. Así que heredé todo. Por eso puedo pagar este apartamento.

–Eso tiene sentido –murmuré. Me consideraba afortunada por trabajar en una empresa como InTech, que me aseguraba un buen salario todos los meses. Pero este apartamento correspondía a un estilo de vida completamente diferente, en el que los baños tenían el mismo tamaño que todo mi monoambiente–. Entonces en verdad no necesitas trabajar ocho horas todos los días.

–No, pero me encanta lo que hago. Aunque algunos me llamen robot adicto al trabajo.

–Ups, me lo merezco. –Me hizo reír.

Estaba segura de que nadie en la oficina sabía esto. Aaron siempre había sido tan… reservado. Pero el hecho de que no necesitara trabajar y, sin embargo, trabajara más que la mayoría era admirable. Me hacía amarlo…

Guau. Negué con la cabeza.

–¿Sabías que siempre te he admirado? Por mucho que te molestara y te acusara de pragmático y cabezadura, lo cierto es que siempre, pero siempre, te he admirado.

–Yo… –vaciló, parecía perdido–. Gracias, nena. –Sonreí mientras volvía a apoyar el marco sobre la cómoda.

–Tu mamá era guapísima. Ahora entiendo a quién has salido.

–¿Crees que soy guapísimo? –Se rio entre dientes.

–Por supuesto. Eras más que eso. No te hagas el sorprendido. Sabes que lo eres.

–Sí, pero jamás creí que te gustaba tanto. Al menos no durante los primeros meses.

Bufé. Si solo supiera. Luego pensé mejor en lo que había dicho.

–¿Qué fue lo que me delató? ¿Qué cambió después de tanto tiempo para que te dieras cuenta de que no estaba hecha de acero, señor Implacable?

Me miró con más intensidad y exhaló.

–¿Recuerdas cuando, unos meses después de que yo entrara a InTech, dimos esa charla para chicos de secundaria? Cuando empezaron a llegar, nos dimos cuenta de que no había suficientes sillas. Te vi escabullirte y, de inmediato, supe a dónde estabas yendo.

–Sillas plegables. –Me acordaba de ese día. El idiota de Gerald había contado mal la cantidad de asistentes.

–Sí, saliste disparada a buscar las que teníamos en el depósito.

Ese día, Aaron había aparecido de la nada, como siempre, para fastidiarme por querer cargar las sillas yo sola, me dijo que ese no era mi trabajo.

–¿Y qué me delató? ¿Fue cuando casi te tiro una silla en la cabeza por ser un idiota metido?

–Fue el escalofrío que te recorrió cuando me acerqué por detrás para ayudarte con una que estaba atascada en el estante. Justo antes de que volvieras a jalar y aterrizaras con el trasero en el suelo.

Ah. Ah, sí. Recordaba ese momento con precisión. Sentí su cuerpo detrás del mío. Me rodeó con los brazos, sin tocarme, y me quedé mirando (y temblando, sonrojada y exaltada) el modo en que se le contraían debajo de la camisa de vestir cuando intentaba destrabar la maldita silla. Había sido como una bofetada en el centro de la cara que me había dejado caliente y estremecida.

–Eso fue lo que te delató. Supe que el rubor que se te esparcía por el cuello y las mejillas no tenía nada que ver con que me llamaras robot terco y desalmado.

–¿Yo…? –Me quedé sin voz. Empezaba a sentir la inquietud en el estómago–. ¿Te molestaban las cosas que te decía cuando nos provocábamos? –Se me aceleró el corazón por temor a su respuesta.

–No –dijo sin más–. A esas alturas, estaba dispuesto a tomar lo que quisieras darme, Catalina. –Algo se me tambaleó en el pecho–. ¿Recuerdas la historia que le conté a tu hermana sobre cómo nos conocimos? Era verdad.

Cerré los ojos y le agradecí al cielo por estar apoyada sobre Aaron y que estuviera abrazándome contra su pecho, porque, de no ser así, me hubiese desmoronado contra el suelo.

Intenté tragar el nudo que tenía en la garganta.

–Cuando me di cuenta de lo idiota que había sido al alejarte, ya me odiabas.

–Te escuché hablar con Jeff. Por accidente. –El nudo no cedía y se me endureció la garganta–. Dijiste que trabajarías con cualquiera menos conmigo. Me sentí apartada, como si me consideraras una peor profesional solo porque no te caía bien, por haber cruzado una línea que ni siquiera sabía que existía. Yo… ¿Cómo iba a hacer para mirarte y no pensar en lo que había escuchado? Fuiste directo a mi lista negra.

–Y me lo merecía. –Aaron se giró hacia mí con delicadeza, presionando nuestros cuerpos con mucha suavidad. Bajó la vista para mirarme–. De verdad pensaba lo que dije. Cuando me trajiste el regalo de bienvenida a mi oficina, algo se rompió en mi interior. Tú… me distraías. No podía concentrarme si estabas cerca, Lina. Nunca me había pasado una cosa así. Entonces entré en pánico. No quería que eso pasara. Cuando Jeff sugirió que trabajáramos juntos, lo convencí de que era una mala idea. Y también a mí. Pero luego te conocí.

Me miró con intensidad, algo pesaba detrás de sus ojos y me empujaba (nos empujaba) más y más cerca de una emoción que se expandía en mi pecho a cada segundo que pasaba mirándolo a los ojos.

–Te vi trabajar, reír, y ser esta mujer brillante y amable que eres. Y la grieta que se había abierto el primer día se expandió. Y siguió creciendo. Hasta que me di cuenta de que había sido un idiota. Para cuando supe que ya no quería alejarte, que no podía hacerlo, era demasiado tarde. Así que tomé todo lo que me dabas, aunque fuera odio, pelea y desprecio, cualquier cosa que me permitiera pasar unos minutos contigo estaba bien. Valía la pena cualquier cosa que te hiciera pensar en mí, aunque solo fuera por un rato.

–Aaron… –vacilé. Una tormenta furiosa rugió alto y me sacudió el pecho, la cabeza y la memoria–. Todo este tiempo…

–Lo sé. –Movió la mandíbula y sus rasgos se endurecieron.

–Me dejaste discutir. Todo este tiempo, te quedaste ahí sentado viéndome. –Me tembló la voz por la emoción. Por el duelo por un tiempo que había perdido y podría haber aprovechado. Pero también por la mentira que escondían mis palabras.

¿Era verdad que lo odiaba tanto? A estas alturas, no parecía posible. ¿No había hecho lo mismo y me había convencido de algo solo porque me había lastimado?

–¿Por qué? –pregunté en un susurro, a él pero también a mí.

–Porque eso era lo que estabas dispuesta a darme. Y prefería que me odiaras a pasarte inadvertido.

Temblé; se me estremeció el cuerpo por el peso de sus palabras, por la verdad que estaban llegando a mis labios.

Amor. Tenía que ser amor el bullicio que estaba haciendo estragos en mi pecho. Me di cuenta con la velocidad de un rayo.

–No te odio –suspiré–. Por más que quise, creo que nunca te odié. Solo estaba… herida. Quizá porque quería caerte bien y tú me habías hecho creer que no era así.

Algo atravesó el rostro de Aaron. La distancia que separaba nuestras bocas se llenó de electricidad y de una emoción que nunca había sentido.

–Quiero tu corazón, Catalina. –Me acarició los hombros con las dos manos, subió por el cuello y me acunó el rostro–. Lo quiero para mí, como tú tienes el mío.

Es tuyo, hombre hermoso y ciego, quería decirle. *Tómalo. Ya no lo quiero*, quería gritarle a él y a quien quisiera escuchar.

Pero no lo hice. No creía que la felicidad pura pudiera paralizarme. No parecía una posibilidad. Sin embargo, ahí estaba, de pie frente a él, que ponía su corazón en mis manos, y todo lo que podía hacer era quedarme mirándolo con miles de palabras no dichas en la punta de la lengua.

Entonces se lo demostré. Tomé su rostro entre mis manos, como él sostenía el mío y lo acerqué a mis labios. Le dije con un beso que era suya. Me entregué a esos labios, incapaz de pronunciar palabra.

Aaron me levantó del suelo y me sostuvo en sus brazos con una ternura y una adoración que me dejó sin aliento, igual que hacía con mi corazón. Le enrosqué las piernas alrededor de la cintura mientras sus labios abrían los míos para que esa lengua me gobernara.

Cruzó el amplio espacio de su apartamento a grandes zancadas; me llevaba en brazos y

ninguno de los dos estaba dispuesto a separarse para respirar. Me apoyó en la encimera de la cocina. Debajo del dobladillo de mis pantalones cortos, el frío granito acariciaba la parte de atrás de mis muslos.

Su boca bajó por mi cuello, mordisqueándome la piel. Cuando llegó al tirante de la camiseta, jaló de él hasta que mi sujetador quedó expuesto. Gruñó y sentí el sonido reverberar contra mi piel.

Las manos en mi cadera me empujaron hacia él con rudeza hasta que quedé al borde de la encimera. Dios, estaba desatado. Mi hombre jaló de la camiseta con voracidad y la dejó enroscada a la altura de mi ombligo. Me abrió los pantalones con tanta rapidez que casi rompe la cremallera. No le importaba, no parecía darse cuenta de nada.

Yo tengo ese efecto en él. Lo desato.

La misma urgencia me rugía bajo la piel, bajo las yemas de mis dedos, que jalaban de su camiseta. Con un movimiento rápido, la arrojé al suelo. Todo el calor de su pecho desnudo quedó contra mí; sus caderas encastradas entre mis piernas, y esos fuertes brazos me presionaban contra él y nos fundían en un abrazo.

Gemí, y lo que quedaba de mi cordura se fue con ese sonido.

Quería arrancarle el resto de la ropa. Jalé de sus vaqueros. Desesperada. Encorvé la espalda para encontrar la fricción que anhelaba (por la que me moría).

Aaron presionó su erección contra mí y el placer me recorrió todo el cuerpo a pesar de la barrera de pantalones y ropa interior.

Lo sentí caliente y duro como una roca contra mi centro, y eso solo me hizo batir los párpados y doblar los dedos de los pies. Todo mi mundo explotó. Volvió a moverse, frotándose más, sentí que iba a acabar si volvía a hacer eso.

–De nuevo –le dije, le rogué.

Palmeó mi trasero y me apretó contra él. Luego presionó con más fuerza y me arrancó un coro de gemidos que me dejaron más cerca del precipicio.

–Dios, ni siquiera te he tocado, nena –me susurró en la boca. Después atrapó mi labio inferior entre sus dientes mientras seguía moviéndose contra mí–. Todavía no estoy dentro de ti. –Sus manos tomaron el control de mi cuerpo, que ya no servía para nada. Me meció contra él sin piedad y mi cabeza se desplomó con una súplica en los labios–. Acaba –gruñó en mi pelo, nuestras caderas todavía se movían. Estábamos teniendo sexo sin quitarnos los pantalones–. Acaba para que pueda follarte mejor.

Eso (*eso*) fue lo que me derribó. No, me arrasó. Mi mente dejó mi cuerpo mientras experimentaba una sensación pura y desmesurada. No pude decir ni el nombre de Aaron, aunque hubiese querido gritarlo hasta quedarme sin voz. Estaba agotada, rendida, vacía. Liviana.

Me pasó los brazos por la espalda y, en un segundo, estaba de pie sobre mis piernas temblorosas. Mi espalda quedó contra su pecho. De inmediato sentí un calor y una necesidad incontenible. La sensación de saber que tenía ese poder en él me devolvía a la vida.

En un segundo, me bajó los pantalones y la ropa interior, y me ayudó a empujarlos hacia un costado. Sentí la tibieza de su pecho contra la espalda y luego sus dedos se cerraron en mis

muñecas.

–Las manos en la encimera –ordenó llevándome las palmas hacia la superficie y abriéndome las piernas con su rodilla mientras me llenaba la columna de besos húmedos. Me tomó de la cadera con las dos manos y una bajó por mi espalda desnuda–. Debería llevarte a la cama. –Me masajeó el trasero y luego su palma bajó por mi muslo–. Debería recostarte allí y follarte lento y profundo.

Gemí y me sumergí con más fuerza en sus caderas. Gruñó y se inclinó hacia atrás. Lo escuché desabrocharse los pantalones y sentí su erección contra el trasero. Se movió de arriba abajo y me di cuenta de que la había asomado sin siquiera bajarse los pantalones. Loca. Me volvió jodidamente loca.

–¿Sabes la cantidad de veces que me he masturbado pensando en ti de espaldas? ¿En tus hombros? –Se frotó contra mi trasero y me hizo gemir de necesidad–. ¿O las veces que me dejaste de rodillas después de hacerte la mala? –Otro gemido, pero esta vez de pura agonía. Lo mismo que sentía yo al imaginarme lo que acababa de decirme–. Ah –susurró y bajó la voz–: parece que te gusta tanto como a mí. –Abrió y cerró uno de los cajones y luego escuché el desgarro de un envoltorio–. Esta vez estoy preparado. Tengo una caja llena que lleva meses ahí.

–Aaron –supliqué. Lo quería ahora o iba a desintegrarme en una nube de polvo–. Te necesito. –Miré por encima de mi hombro con los ojos encendidos y vi una expresión feroz en su rostro–. Ahora. –Esta vez fui yo la que gruñó. Me acarició la mandíbula con el reverso de la mano antes de apoyarla en mi espalda. Me empujó contra la encimera.

–Sujétate del borde –dijo entre dientes–. Te haré mía rápido y duro, nena.

Con una profunda embestida, estaba dentro de mí. Gemí, me sentía increíble, en las nubes y, antes de que pudiera pedir más, antes de exigir todo lo que me había prometido, salió y volvió a entrar. Ambos gemimos.

Una de sus manos me rodeó y aterrizó sobre la encimera, la otra me tomó el pelo. Me iba a desmoronar. Si no acababa pronto, iba a desaparecer debajo de su pecho, debajo del abrumador placer que me bajaba por el vientre.

–Más –conseguí decir.

Aumentó el ritmo de las embestidas y cada uno me empujaba más contra la superficie de granito. Sus gemidos caían sobre mi cuello y me apretó la cadera con más fuerza.

–Puedo darte más. –Alejó la mano y luego la dejó caer con un golpe firme en mi nalga desnuda. Un gemido sin igual brotó de mi boca–. Te daría todo. –Otra nalgada suave. Me sentí caer y caer y caer.

–Sí –gemí.

Como había prometido, me lo dio todo. Se hundió dentro de mí de un modo descontrolado y el sonido de sus caderas contra mi trasero llevó el ritmo de nuestros jadeos.

–Acaba conmigo. –Su frente cayó en mi espalda en un abrazo delicioso. Se enterró en mí. Sus dedos me frotaban el clítoris acompañando las embestidas–. Quiero sentirte acabar al mismo tiempo que yo.

Otra embestida frenética y desesperada. Eso fue todo lo necesario para que ambos

explotáramos de placer. Gemimos con la misma intensidad y suspiramos el nombre del otro.

Me tomó la cintura, parecía estar sosteniéndose a él más que a mí. Luego me alzó un poco para salirse. Me giré en sus brazos, le apoyé la barbilla en el pecho y él me dio un beso en la frente. Otro en los labios. Y otro en la nariz.

–Te siento mía.

–Lo soy. –Alcé la vista y lo miré a los ojos.

Solo dos palabras, dos palabras que usaba tan a menudo que no deberían ser tan poderosas. Pero lo eran. Esas dos palabras comunes pronunciadas en ese preciso momento eran importantes. Lo sabía porque el rostro de Aaron se iluminó al oírlas y me regaló la sonrisa más hermosa que había visto en la vida. Se llevó con él las pocas defensas que me quedaban. Y, mientras contemplaba el azul de sus ojos, mis muros se derrumbaron como si no me hubiera llevado muchísimo tiempo levantarlos.

–Lo soy –repetí, limpiando los escombros de la demolición.

Aaron volvió a besarme para sellar esas dos palabras con los labios.

–Voy a demostrarte que lo eres.



Esta vez, en lugar de pedir los tacos para llevar, los devoramos ahí mismo. El hambre seguido al sexo podía provocarte esas cosas.

–En serio –dije mientras me metía un dedo en la boca para saborear la salsa que se escurría–, solo digo que, si los vampiros van a volver, lo menos que pueden hacer es brillar. –Aaron tenía la mirada fija en mi boca. Dejé una mano flotando en el aire y sentí cómo se me ruborizaban las mejillas–. ¿Me estás escuchando, Blackford?

–Sí. Vampiros. Brillos. –Alzó la vista y luego volvió a bajarla.

–Por cierto, todavía no puedo creer que prefieras ser un vampiro antes que un hombre lobo. –Me limpié el resto de la salsa pegajosa con una servilleta.

¿Otra cosa más que no podía creer? Habíamos tenido esa conversación y a Aaron no se le había movido ni una pestaña. No solo eso, parecía saber bastante sobre criaturas sobrenaturales. Y yo tenía preguntas.

Aaron me quitó el papel y lo arrojó al cesto de basura que estaba al lado del puesto de comida.

–Son inmortales –dijo como si fuera un argumento inapelable.

–Pero tú eres tan… hombre lobo.

Acusando recibo, los ojos azules brillaron con cierta lujuria.

–¿Ah, sí?

–Sí, para empezar, eres grande y sexy y caliente y…

–Oh, ya me encanta. –Me envolvió con un brazo para acercarme a su lado–. Por favor, continúa.

–No seas mal pensado. –Le tomé la mano y la levanté en el aire, delante de nosotros–. ¿Ves? Son como patas. Y cuando digo caliente, me refiero a la temperatura corporal, como… –vacilé

de solo pensar en objetos fálicos y calientes. Dios, ¿tantas neuronas había matado todo ese sexo?–. Siempre tienes la piel caliente cuando la toco, sí. Eres como… como una manta tibia y pesada. –Me giré y lo vi fruncir el ceño–. Lo digo como un cumplido. Lo que quiero decir es que *me encantaría que me taparas y poder acurrucarme en ti*..

–Está bien –el ceño desapareció–, puedo soportarlo. –Bajó la cabeza y me dio un beso en la nariz–. ¿Qué más?

–Eres fiel. –Asintió con un sonido–. Reservado. Introvertido. Y, aunque la gente cree que eres frío y distante, la verdad es que solo abordas las cosas de un modo estoico. Lo analizas todo desde la distancia para poder anticipar lo que se avecina. Y eso, honestamente, es admirable, pero también fastidioso. –Lo miré de reojo por encima de mi hombro y vi un gesto extraño en su rostro–. ¿Qué?

–Nada. –Negó con la cabeza para deshacerse de lo que fuera que le causaba esa expresión confundida. Lo vi recomponerse–. Te estás olvidando de algo.

–¿De qué? –Levanté una ceja.

–Muerdo –dijo antes de rozarme el hombro con los dientes y morder el área sensible en la que se juntan el hombro y el cuello.

Con risitas de loca, entregué mi cuerpo a su abrazo. Pero, mientras lo hacía, alguien llamó mi atención. Si bien no estaba segura, creía que era alguien del trabajo. Uno de los chicos del equipo de Gerald, si el atisbo de pelo rubio oscuro era suficiente para reconocerlo. El miedo se me instaló en lo profundo del estómago y mató mis risitas. Aaron no se dio cuenta y, si lo hizo, no dijo nada.

–Vamos a casa. Tengo una reputación de manta que conservar.



Fiel a su palabra, Aaron había enroscado su cuerpo con el mío en ese sofá enorme y soñado que tenía en el medio del apartamento. Seguro que fue la mezcla de cansancio y *jet lag* junto con la tibieza que irradiaba su cuerpo lo que hizo que, aunque intenté resistirme, terminara dormida a los dos minutos.

Bajé la vista y pude observar que una mano grande y fuerte me bajaba por el abdomen. Estábamos de costado y el televisor ya no estaba encendido. Aaron probablemente lo había apagado cuando me quedé dormida.

Sus dedos largos se abrieron contra mí hasta llegar a la parte baja de mis pechos. La sensación que me recorría el cuerpo hizo que me moviera y me enterrara más en él.

–Ya oscureció –gruñó contra mi cuello. Miré hacia las enormes ventanas que daban al agua como si necesitara confirmar que se había hecho de noche.

–Nos quedamos dormidos –dije y volví a mirar sus dedos en mi abdomen. Los dedos de los pies ya se me doblaban por la expectativa–. Pensé que íbamos a luchar juntos contra el *jet lag*, señor.

–Lo intenté, por un rato. –Se rio y sentí el sonido contra mi espalda. Mis labios se curvaron hacia arriba mientras me imaginaba su hermoso rostro sonriendo–. Pero estabas tan suave

enroscada contra mí. –Su mano subió, volvió a bajar y luego me empujó contra él–. No pude contenerme. Me haces perder la perspectiva.

Me giré entre sus brazos para poder quedar cara a cara. La mano quedó en mi cintura y el cambio de posición dejó mi boca muy cerca de su cuello. Lo miré a los ojos.

–¿Perdón? ¿Ahora la culpa es mía?

–Sería incapaz de culparte. –Me apretó con más fuerza hasta que nuestros cuerpos casi se fusionaron.

Cerré los ojos y lancé un suspiro que había contenido.

–¿Vamos a la cama, Aaron Blackford?

Ni siquiera respondió. Me despegó del sofá, enrosqué las piernas en su espalda y lancé una risita de entusiasmo repentino. Con zancadas largas y rápidas, atravesamos el apartamento, pasamos la isla de mármol de la cocina, luego el ancho y despejado pasillo, directo al dormitorio principal. Su dormitorio. Un sofoco me invadió el cuerpo: estaba por dormir con Aaron… en su cama, envuelta en sus sábanas suaves y elegantes, con la cabeza en esa almohada esponjosa en la que había descansado tantas veces.

Cuando estaba lista para desplomarme en esa cama enorme, cambió el rumbo y nos dirigimos al baño en suite. Vi nuestro reflejo en el espejo, pero no pude anticipar cuánto me iba a gustar la escena: yo, con las manos alrededor de su cuello; yo, en sus brazos; yo, con las mejillas sonrojadas y una expresión confundida porque fuera él quien me sujetaba; yo, feliz.

Aaron intentó dejarme sobre el suelo de cerámicos blancos y negros.

–No, no. –Negué con la cabeza, acercándome más a su cuello y envolviendo mis piernas en su cintura–. Me gusta aquí arriba.

–¿Ah, sí? –En su voz había humor, pero también algo denso y radiante. Lo sostuve con más fuerza–. ¿Tanto te gusta?

–Síp –admití contra su cuello–. Podrías llevarme así a todos lados de ahora en más. Ya no me va a alcanzar con caminar por mi cuenta.

Sus palmas se acomodaron y me llevaron a su lado. Me besó la sien.

–Creo que podría acostumbrarme. –Tomó mi neceser, lo abrió y extrajo mi cepillo de dientes. Me lo alcanzó con una sonrisa mientras buscaba el suyo–. Dientes primero, cama después.

Asentí e hicimos exactamente eso. Nos cepillamos los dientes mirándonos en el espejo mientras colgaba de su cintura como una garrapata muy necesitada. No me importaba. Era capaz de hacer eso mismo todas las noches. Cuando terminamos, me llevó a la cama.

–Aaron –susurré después de que me tapara con una manta liviana. Estábamos frente a frente, y yo tenía las manos debajo de la mejilla. Solo se tocaban nuestros pies–. Me alegra mucho que fueras conmigo a España. –Escuché su respiración temblorosa mientras procesaba mis palabras–. No porque nuestro plan haya salido bien. En verdad me alegra que estuvieras conmigo. Estoy… más que feliz. Creo que no te lo había dicho… y quería que lo supieras. –Me apoyó una palma en la mejilla y con el pulgar me acarició la barbilla y los labios–. ¿A ti también te alegra, Aaron?

–Creo que ni siquiera soy capaz de poner en palabras cuánto. –Se llevó mi mano a la boca y la acarició con los labios–. Y no solo porque logré traerte adonde estás ahora.

–¿Te refieres a tu cama? –Me acerqué un poco y nuestros muslos se rozaron. Él me abrazó con más fuerza y eso nos acercó todavía más.

–Sí, pero también aquí, conmigo. Justo donde siempre te quise. –Asintió con un sonido que me provocó un revoloteo de mariposas en el pecho.

–Sabes que te adoran, ¿no? –Acomodé la cabeza en el hueco que había entre su barbilla y su pecho–. No puedo creer que vaya a decir esto, pero de hecho es bastante difícil no hacerlo.

Le besé la piel y me pregunté cómo no lo había visto antes. Cómo no había visto todo lo… leal y considerado que era debajo de tanto ceño fruncido. Aunque quizá sí lo había visto. Quizá por eso me había dolido tanto su desplante. Que no quisiera tener nada que ver conmigo. Que no me dejara conocerlo. Negué con la cabeza. Todo eso no importaba. Ya no importaba.

–Nunca había escuchado a mi mamá hablar así de bien de alguien. Isabel me dijo que no se callaba ni un segundo. *"Aaron habla tan bien en español. Aaron es tan alto y guapo. Nunca vi unos ojos tan azules como los de Aaron. ¿Viste cómo le sonríe Aaron a nuestra Lina? Viajó desde Estados Unidos solo para conocernos"*. Y no era la única. En un momento, me dio miedo que la abuela intentara conquistarte, te lo juro. Estaba tan… embelesada; hasta me puso incómoda. –El recuerdo me hizo reír–. ¿Iba a tener que pelearme con mi abuela por ti? –Esperaba que se riera, pero me sorprendió con un suspiro profundo. Aunque levanté la vista, la oscuridad no me permitió sacar conclusiones–. Ey, ¿qué sucede?

–Nada, cariño. –En su voz había una emoción que no entendí. Jalé la tela de su camiseta para alentarlo a hablar–. Es solo que… yo nunca tuve eso. Jamás. Tu familia es tan…

–¿Complicada? ¿Ruidosa? ¿Invasiva?

–Sí, pero en el mejor de los sentidos. –Hizo una pausa y me puso una mano en la nuca. Me acarició el pelo con sus largos dedos–. Lo más cerca que estuve de eso fue cuando éramos tres, y ya me olvidé de cómo era. –Me dolió el pecho cuando lo escuché. Me acerqué todavía más, deseando restarle algo de dolor. Deseando darle calor–. Tu familia te quiere y no se puede forzar un vínculo así. Es una clase de amor que no se encuentra en otro lado. Puede ser abrumador, pero así son las cosas sinceras. Y ser parte de eso, aunque solo haya sido por unos pocos días, significó mucho para mí. Más de lo que te imaginas. –Me besó el cabello con una intensidad nueva–. No estaba fingiendo, Catalina. Ni por un minuto. Todo fue real. Por eso significó tanto.

–Aaron –murmuré sin saber bien qué decir ni cómo explicar eso que crecía en mi interior.

–Así que soy yo el que se alegra. El que está jodidamente aliviado porque me llevaras a mí y no a alguien más. Yo soy el que está agradecido.

Tragué intentando alejar la alegría que amenazaba con inundarme e impedirme respirar.

–No tienes que agradecerme por algo así, Aaron. Nunca.

Me apoyó la barbilla en la cabeza y sentí su respiración contra el pelo.

–Sí, cariño, sí.



Capítulo 25

—Y, por Dios, te ves como si volvieras de una maratón sexual.

–Rosie –siseé y la palmeé en el brazo. Se puso roja y se llevó las dos manos a la boca.

Habíamos ido a comer al espacio compartido del edificio, así que había varias mesas ocupadas. Habíamos tenido suerte de conseguir una cerca de los ventanales.

–Mierda, lo siento –susurró mi amiga mientras miraba a su alrededor.

–Está bien. –Me reí. Estaba tan nerviosa que me dio ternura–. No tienes que disculparte.

–Es que estás tan deslumbrante y agitada –dijo en voz baja.

–No susurres, Rosie.

–De acuerdo –volvió a susurrar. Puse los ojos en blanco y se aclaró la garganta–. No lo van a mantener en secreto, ¿no?

–Yo… supongo que todavía lo estamos pensando. –Negué con la cabeza–. Pero hay una diferencia entre no mantenerlo en secreto y gritarle en la cara a todo el mundo que tuve sexo.

–Tienes razón, lo siento. –Volvió a sonrojarse–. Es tu pelo. En serio. Se ve… –Agitó la mano en el aire de un modo exagerado.

–Hay mucho viento hoy, ¿no? –Me pasé una mano por los mechones color avellana para intentar domarlos. Bajé la voz–. Tampoco es que estamos haciéndolo todo el tiempo como si fuéramos animales.

Aunque un poco sí. Eso era exactamente lo que habíamos hecho esa mañana. En el preciso momento en que sonó la alarma. Ambos con la misma necesidad del otro desde el momento en que abrimos los ojos y encontramos nuestros cuerpos abrazados. De solo pensar en sus manos y…

–Ay, por Dios –murmuró Rosie, demasiado alto. La fulminé la mirada y vi cómo se le abrían los ojos–. Estás pensando en él justo ahora, ¿no? –Ni me molesté en negarlo; me conocía lo suficiente como para saber cuándo mentía–. ¿En la oficina? –preguntó con asombro–. Recién es mediodía.

–No –respondí copiando su asombro, aunque algo se había encendido en la parte baja de mi vientre al pensar en tener sexo en la oficina. *Demonios, ¿me volví adicta al sexo?*–. En su casa. –Me encogí de hombros mientras desenvolvía el *bagel* que habíamos comprado de camino al trabajo.

Me parecía raro pensar en Aaron y yo como un *nosotros* que compraba el almuerzo e iba al trabajo. No, el revoloteo de mi estómago no decía *raro*, decía *diferente*. Diferente como esta leve confusión y las mariposas en el estómago.

Rosie me analizó el rostro por un largo rato, hasta que me hizo fruncir el ceño. Luego sonrió:

–Guau. Estás muy afectada.

Puede que sí, pensé mientras mordía mi *bagel*.

–Entonces, ¿qué me perdí, Rosalyn?

–No, no. –Abrió un contenedor metálico lleno de ensalada de arroz con vegetales–. No hay tiempo para hablar de mi aburrida vida ni de trabajo. Todo sigue igual. Empieza a hablar ahora mismo, amiga. –Enterró el tenedor en su comida con más fuerza de la necesaria–. Quiero los detalles. Y no te ahorres las cursilerías de telenovela. –Abrí la boca para quejarme–. De nuevo, no. No te atrevas a decirme que no hay momentos dignos de una película, porque no seré más tu amiga. –Apoyé el *bagel* en la mesa y lancé un suspiro dramático–. Suéltalo, Catalina Martín.

–Mierda, ¿desde cuándo eres tan mandona? –pregunté antes de que me señalara con el tenedor y me fulminara con la mirada–. Muy bien, muy bien. –Alcé las manos en el aire, respiré profundo y comencé a narrar todo lo que había sucedido entre Aaron y yo. Sin mencionar el nombre de nuestro futuro jefe, por las dudas.

Una vez que le di a mi amiga lo que quería (y, a juzgar por su sonrisa, lo que acababa de escuchar la había dejado más que satisfecha), volví a tomar el *bagel* y continué con mi almuerzo.

–Carajo, Lina –dijo con una sonrisa de oreja a oreja que me hizo estremecer.

–Rosalyn. –Parpadeé–. ¿Acabas de maldecir sonriendo como el gato de Cheshire?

–Carajo, eso hice, hice exactamente esa mierda. –Boquiabierta, la vi mirar a su alrededor y juntar las cosas que teníamos en la mesa con una expresión extraña en el rostro.

–¿Qué diablos haces? –Tragué intentando bajar el *bagel*.

–Estoy buscando algo para arrojarte a la cabeza –respondió despreocupada y sin dejar de sonreír. ¿Así es Rosie enfadada? Era desconcertante–. Quizá así consigo hacerte entrar en razón, cabeza dura. Aunque, por lo que me cuentas, no eres solo terca, sino también bastante ciega. Así que, en serio, estoy perdida. Quiero darte una bofetada para ver qué pasa.

Cerré la boca.

–¿Darme una bofetada? ¿Así te comportas ahora, supuesta amiga?

–Lina. –Buscó mis ojos y me miró de un modo que me tranquilizó.

–Ya sé, ¿sí? –Exhalé y mis hombros cayeron, abatidos–. Me merezco algo de esa bofetada. –

Sabía que había sido tonta y terca. Que había estado ciega. Sabía que tenía razón. Pero comenzaba a entender lo que sentía por Aaron y lo enorme e intimidante que era–. Rosie, creo… no. Sé que…

–Ay, no –interrumpió. Al mismo tiempo, una cabeza apareció en mi campo de visión.

–Hola, Rosie, Lina. ¿Cómo andan, señoritas?

Peor ahora que llegaste, quise responder.

–Hola, Gerald –dije en su lugar. Ninguna se molestó en responderle. Mucho no le importó, porque siguió atornillado al piso.

–¿Cómo estuvieron las vacas, Lina?

"Las vacas". Ni siquiera habían sido unas vacaciones (por Dios, solo me había pedido tres días), pero no tenía sentido corregirlo.

Me di la vuelta en la silla para enfrentarlo con una sonrisa que esperaba que no reflejara mi malicia, y me preparé para unos minutos de charla.

–Maravillosas, gracias.

Asintió con la cabeza y sonrió con falsedad. Fruncí el ceño.

–Tienes una gran jornada mañana con el Día de Puertas Abiertas, ¿no? –Se apoyó con una mano en la mesa y vi los botones tirantes de su camisa. ¿Por qué insistía *en llevar ropa dos tallas más chicas? Alguien debería decírselo.* No se merecía ese gesto bienintencionado, pero el mundo tampoco merecía ese paisaje–. ¿Ya sabes qué ropa vas a usar? A las chicas les llevan tiempo esas cosas.

–Sí –respondí, apretando los dientes por el esfuerzo que me implicaba no dar vuelta la mesa y tirarlo al suelo–. Ahora, si no te importa, estamos almorz…

–¿Fue difícil organizar todo? –preguntó Gerald, ignorando mi desplante.

Creí escuchar a Rosie murmurar por lo bajo algo parecido a "idiota". *Mierda, mi amiga hoy tiene un día de furia*.

–Un poco. Pero ya está todo listo –dije con expresión neutral.

–Apuesto a que te las arreglaste para conseguir *ayuda*. –Esa última palabra y el modo en que la dijo, alzando apenas las cejas, sonó como si quisiera decir algo más. Sentí que la sangre se me subía a la cara y una sensación helada me invadió.

–Sí.

No pensaba ocultar que Aaron me había ayudado; no tenía sentido. Pero, claro, eso había sido antes de España. Ahora había algo entre nosotros. Algo nuevo y maravilloso, y muy frágil.

–Sí, apuesto a que sí –comentó Gerald de forma casual–. Solo necesitas poner ojitos y pedirlo amablemente, ¿no? –Un frío (frío helado, glacial) comenzó a esparcirse por mi cuerpo. Me estremecí–. Las cosas son fáciles para las chicas que saben cómo pedirlo.

–¿Perdón? –Enderecé la espalda.

–Ay, solo estoy parloteando, bonita. –Gerald se rio y agitó una mano.

–Lina. –Mi voz era gélida. ¿Cómo no iba a serlo? El frío había penetrado y se había abierto camino hasta mis huesos. *No permitas que te afecte*, me dije, me rogué–. No *bonita*. Mi nombre es Lina. –Lo vi poner los ojos en blanco. Y me molestó. Me enojé como nunca–. Siempre he sido

educada contigo, Gerald. –Había furia en mi tono, tanta que casi no delataba el miedo paralizante que había detrás y amenazaba con salir–. Así que voy a invitarte a que te retires. –No quería escuchar lo que tuviera para decir. Si lo hacía, todo podía temblar y sacudirse con tanta violencia que podría romperse–. No tengo tiempo para ti ni para tu mierda sexista.

–Ay, *bonita*. –Su risotada rebotó por la pared y varias cabezas giraron en nuestra dirección.

–Gerald, por favor, vete. –Rosie intercedió desde su lugar, pero él la ignoró. No, un hombre con esa cara, la cara de alguien a punto de atacar, no iba a escuchar a nadie.

–Bueno, bueno, bueno. –Gerald esbozó una sonrisa burlona–. Miren eso. –Alzó la voz–. Confraterniza un poco con el jefe y ya cree que puede ir por ahí echando a la gente e insultándola.

Todo mi mundo se detuvo. Sencillamente dejó de girar. Toda esa furia helada se derritió y cayó al suelo. El temor rugió como una bestia enjaulada queriendo salir de una prisión eterna.

En mis oídos había un chiflido agudo. Se me nubló la vista. Los recuerdos de un pasado que creía pisado volvieron para atormentarme y me golpearon con la fuerza de un camión.

"Puta. Zorra. Te abriste camino en la universidad follando. Chupaste pollas a cambio de buenas calificaciones".

Eso era lo que había hecho, ¿no? Tropezar dos veces con la misma piedra. Aunque, esta vez, no solo me había raspado las rodillas. Esta vez había puesto en peligro todo lo que tenía. Y no creía poder retroceder, hacerlo a un lado y superarlo. Esta vez no.

Mi carrera. Todos estos años de trabajo duro en un campo que no era nada fácil para las mujeres. Todo lo que había conseguido. Todo prendido fuego por un villano que había convertido algo precioso (un tesoro que acababa de encontrar) en un lodo para usarlo en mi contra.

Una mano me tomó el brazo. Con delicadeza. Y suavidad. Me resultaba familiar, pero se sentía como si no hubiera tenido suficiente tiempo para grabármelo en la memoria, para tatuármelo en la piel, y así no poder olvidarlo.

–¿Qué sucede, Lina? –preguntó una voz profunda que esquivó el caos de mi cabeza y fue directo a mi corazón. Miré alrededor y me encontré con varios pares de ojos mirándonos fijamente. Contemplando todo como si fuera un accidente de tren. *Qué morbosos. Qué triste*–. ¿Catalina? –me llamó Aaron con una urgencia creciente. Cuando por fin lo miré, una sonrisa quiso dibujarse en mi rostro, pero murió antes de llegar.

–Nada. –Exhalé negando con la cabeza. Deseaba que se fuera. No lo quería cerca de eso. No quería que el veneno de Gerald lo tocara, que lo salpicara–. No pasa nada.

Algo en su rostro me pedía a los gritos que lo tocara, que le acariciara la mandíbula y lo consolara con besos. Pero no hice nada de eso. Solo lo miré cuando se dirigió a mi amiga.

–Rosie –dijo Aaron y sonó tan… mal. Tan diferente a Aaron–. Dime qué está sucediendo.

Miré a mi amiga, suplicándole en silencio que no dijera nada. Se enfurecería, y lo conocía bastante bien como para saber que era capaz de hacer cualquier cosa. *Haría cualquier cosa*. Pero Rosie negó con la cabeza:

–Gerald sabe.

Aaron no necesitó más que eso para adivinar lo que acababa de ocurrir. Su rostro se volvió de piedra.

–Tampoco están haciendo mucho para ocultarlo. –Gerald volvió a reírse como si para él todo fuera una broma–. Paul los vio ayer. Pero, ey, lo entiendo. No es para tanto, chicos. –Todos nos estaban mirando, absortos por el drama. Y, Dios, estaba tan… hastiada. Quería rebobinar mi vida y volver a cualquier momento anterior–. ¿Un consejo? No comas donde cagas, Blackford. Los rumores corren. En especial si te acuestas con tus empleados. Pero, bien por ti. Y, ey, tampoco la culpo a ella. Entiendo la fantasía de estar con el jefe.

Silencio. Nos envolvió un silencio espeso y cargado.

Luego, la voz de Aaron lo cortó. Afilada como una navaja:

–¿Quieres seguir teniendo trabajo?

Ay, no. Sus palabras eran para Gerald, pero dieron la vuelta y se me clavaron justo en el pecho.

–Aaron, no. –Di un paso adelante y le apoyé una mano en el brazo.

–Tienes razón. Estuve mal, Blackford. –Gerald se dio unos toquecitos en la cabeza con un dedo–. Aunque vas a ser el jefe, todavía te falta para poder despedirme.

Aaron negó con la cabeza y avanzó en dirección a Gerald. Lo enfrentó:

–Te hice una pregunta. –Otro paso lento pero pesado hasta quedar cara a cara–. ¿Quieres seguir teniendo trabajo, Gerald? Porque puedo acabar contigo. Ni tus compañeros de golf ni tus Minions de Recursos Humanos van a poder hacer nada para ayudarte.

Gerald se quedó en silencio y la burla se le borró de la cara.

La frustración por ser tan impotente, por estar tan indefensa, por cómo todo se había salido de control, me trajo una presión muy familiar detrás de los ojos.

Lo odio. Lo odio con toda mi maldita alma. ¿Por qué a la gente le gusta tanto rebajar a los demás? ¿Por qué nos pasa esto? ¿Por qué tan pronto?

Aaron bufó y el modo en que se le tensó el cuerpo me indicó que estaba a punto de perder el control.

–Aaron, detente. –Me tembló la voz, pero no podía llorar. No haría eso. No con la mitad de la empresa mirándome. Aaron no cedía. Seguía firme como una estatua esperando la respuesta de Gerald, como si tuviera todo el tiempo del mundo–. Aaron, por favor. –Quise endurecer la voz, pero estaba petrificado. Inamovible–. Estás empeorando todo.

¿Era verdad? No estaba segura. Fue lo que pude decir. Y eso fue lo único que llegó hasta él y lo hizo estremecerse como una ráfaga de viento helado.

Vi cómo se giraba, despacio, y el hombre que había llegado a necesitar me enfrentó con dolor en los ojos. Me rompió el corazón haberle hecho eso, pero no tenía alternativa.

Debería haberlo pensado mejor. Me culpé por ponernos a los dos en esa situación cuando sabía por experiencia lo que podía ocurrir. Lo que estaba ocurriendo.

Incapaz de soportar un segundo más esa situación (a mí, al dolor en los ojos de Aaron, *todo*) me di la vuelta y me fui. Dejé el salón y me alejé por un pasillo, dando grandes zancadas. Seguí

doblando y subiendo escaleras sin saber muy bien a dónde iba. Estaba en piloto automático y era una persona cobarde.

–Catalina, deja de correr. –Había pura desesperación en la voz de Aaron y eso me hizo sentirme mal. Me odié por haber sumado otro recuerdo doloroso a su vida–. Háblame. –Seguí caminando. No quería girarme, pero tampoco sabía en qué parte del edificio estaba. Era un pasillo vacío–. Catalina, por el amor de Dios, ¿puedes dejar de correr? –Mis piernas se detuvieron de golpe y cerré los ojos. Escuché (más bien sentí, porque así eran las cosas entre nosotros: podía sentir y anhelar el calor de su cuerpo) cómo Aaron se acercaba y, cuando volví a abrirlos, vi a un hombre tan furioso como triste–. No hagas esto, ¿de acuerdo? –Su voz no se quebró ni vaciló–. Ni siquiera lo pienses. No dejaré que te rindas.

Dios, me conocía tan bien. Mejor de lo que me conocía yo misma, porque sus palabras solo consolidaban lo que venía burbujeando en mi interior durante el último minuto. Pero estaba furiosa, muy enojada con el mundo y conmigo.

–Es fácil para ti decirlo –espeté. Injustamente. Pero el veneno de Gerald se estaba esparciendo en mi interior y oscurecía todo a su paso–. Yo soy la que queda como una puta, ¿no? Tú solo lo ignoras y sigues con tu vida.

Parpadeó, tenía el rostro deformado por el dolor y la rabia.

–¿Fácil para mí? ¿Lo ignoré? –siseó–. ¿Crees que fue fácil no romperle la cara ahí mismo como para que no pueda volver a hablar con esa boca durante varios meses? ¿No destruirlo por ser un maldito cerdo?

Creía que Aaron podría haberlo hecho. Sabía que era capaz. Y eso… disipaba mi enojo y dejaba en su lugar solo angustia. ¿Cómo podía sentir por él algo que no fuera adoración?

–No te dejaré hacer nada de eso –susurré–. Gerald no vale los problemas que te traería.

–Pero tú sí. Tú vales cualquier problema. Me metería en un incendio por ti. ¿No lo ves? –Exhaló con dificultad por la nariz, me puso una mano en la mejilla y me incliné para apoyarme en ella por puro instinto–. No me importa qué mierda te haya metido Daniel en la cabeza. Vale la pena pelear por ti y quien diga lo contrario se equivoca. El amor vale la pena. Y yo no soy él, Lina. Ni esto es el pasado. –Negué con la cabeza, pero su palma se aferró a mi mejilla con más fuerza–. Cuando te tropieces con alguna de las piedras del camino, caeré contigo. Pelearemos esta batalla juntos.

–No es tan sencillo, Aaron. –Deseaba que lo fuera. Deseaba que el mundo no fuera tan jodidamente difícil–. Esas solo son palabras bonitas e idealistas, pero, al final del día, no puedes protegerme de todo, tomarme la mano y despedir a quien me falte el respeto.

–Puede que no. Pero eso no significa que no vaya a intentarlo. Cuando alguien te trate mal y yo pueda hacer algo, voy a interceder. No voy a quedarme a un costado para verte enfrentar sola los golpes. –Su pecho se agitó casi con violencia–. Así como sé que tú pelearías con uñas y dientes contra cualquiera que intente lastimarme. Nos protegemos y nos sanamos. Así es como debe ser.

–No estamos hablando solo de mi vida personal. Está mi carrera en juego. Y la tuya también, Aaron.

–Sí, y jamás haría nada que las ponga en riesgo.

–¿Y los demás? Ellos sí lo harían. Solo mira lo que acaba de pasar con Gerald. –Contuve la urgencia de arrojarme en su pecho y llorar–. ¿Qué va a pasar de ahora en más? Cada vez que consiga algo, voy a tener miedo de que alguien me acuse de prostituirme.

Apretó la mandíbula y la furia volvió a invadir sus rasgos.

–No tiene por qué ser así. No todos son como Gerald, Lina.

Cerré los ojos, pero no pude tragar el nudo de la garganta.

Entonces Aaron continuó:

–No es que esté subestimando tus miedos, cariño. Te juro que no. Pero no podemos darnos por vencidos ante la primera adversidad. No podemos darles a los demás más poder sobre nuestras vidas que a nosotros mismos. No sin darnos la oportunidad que nos merecemos. –¿Y qué si ni siquiera podemos *darnos una oportunidad?* quería gritar–. Necesito que confíes en nosotros, en mí. ¿Puedes hacerlo?

–Confío en ti, Aaron. –Moví la cabeza y me alejé de su alcance–. Pero esto es… demasiado complicado. No creo que pueda hacerlo. No creo poder volver a pasar por esto. –Mi corazón no iba a poder recuperarse si esto no funcionaba, si Aaron abandonaba el barco como Daniel.

Vi más dolor en sus ojos azules.

–Si de verdad piensas eso, entonces no confías en mí.

El silencio se instaló entre nosotros.

Aaron dejó caer los hombros.

–Te amo, Lina.

Una grieta partió mi pobre y abatido corazón por lo mal que sonaron esas tres palabras. Aunque debería ser al revés, estaban vacías de felicidad y llenas de angustia.

–¿Cómo es posible que sienta que me estás rompiendo el corazón cuando ni siquiera te tengo?

Mi alma se desintegró. Se rompió en un millón de pedazos.

–No puedo obligarte a que confíes en mí como necesito. Con todo tu maldito corazón. –Me buscó la cara. Toda la luz de sus ojos azules se había apagado y solo reflejaban dolor–. No puedo obligarte a que corras a mis brazos, y no en la dirección contraria. No… no puedo obligarte a que me ames lo suficiente como para darnos una oportunidad.

Se me hizo un agujero en el pecho y casi me caigo al suelo de rodillas. Estaba desequilibrada.

Nos miramos fijamente a los ojos un largo rato. Ambos teníamos el corazón del otro en la mano por los motivos incorrectos. Parecía irreal. Como una pesadilla cruel de la que me despertaría en cualquier momento.

Pero no sucedió.

En un momento creí escuchar que su teléfono sonaba, pero lo ignoró. Volvió a sonar. Y otra vez. Luego, creo que lo tomó del bolsillo para espiar la pantalla, aunque no estaba segura.

Mi cabeza seguía cantando *confía*, *confía*, *confía* y me impedía pensar en otra cosa. Estaba presa de mi propia mente. Atrapada en un vacío en el que no podía distinguir el tiempo ni el espacio. Aunque sí recordaba una cosa.

La espalda de Aaron alejándose de mí caminando por el pasillo vacío sin mirar hacia atrás. Ni una vez.



Capítulo 26

Rosie vino a casa conmigo esa noche. Nos enroscamos en mi cama, bajo una manta, y volvimos a mirar *Moulin Rouge* en mi computadora. Qué trágico… Encontrar el amor y verlo deslizarse entre tus dedos, frente a tus ojos. Siempre me pregunté qué hubiera hecho Ewan McGregor de haber sabido en el momento en que conoció al amor de su vida que su historia no duraría más de ciento treinta minutos. ¿Igualmente se hubiese arriesgado? ¿Aprovecharía cada momento, aunque fueran pocos? ¿Seguiría recostándose a su lado sabiendo que, cuando ella se fuera, nadie podría llenar ese espacio?

Rosie ni lo dudó.

–Sí –susurró–. Cuando encuentras esa clase de amor, el tiempo deja de importar. Él la amaría pase lo que pase, sin importar cuánto tiempo tuvieran.

Luego lloramos hasta deshidratarnos. Rosie porque no podía evitarlo cuando sonaba *Come What May* y yo… bueno, me venía bien la excusa.

Así que lloré, dejé las lágrimas correr mientras sujetaba con fuerza el móvil. Esperaba un llamado, un mensaje, una señal que sabía bien que no me merecía. Pero eso hacían las gallinas como yo: se acobardaban, se ocultaban debajo de una manta y lloraban con *El Tango de Roxanne*. Uff. No me aguantaba.

Pero, pasara lo que pasara, iba a tener que soportarme el resto de mi vida y hallar consuelo en el corto tiempo que había compartido con Aaron. Tiempo pasado. Porque cuando me pidió que corriera a sus brazos y no en la dirección opuesta, no lo hice. Cuando me pidió que confiara en él (en nosotros), no fui capaz de hacerlo, aunque creía que sí. Y eso lo había alejado. Yo lo alejé. Era la única responsable.

Mierda. Quería que estuviera conmigo, volviendo a pegar los pedazos del desastre en que se había convertido todo. Quería que me dijera que todavía podíamos arreglarlo. Que podía pegarse y quedaría como nuevo.

Pero eso era egoísta e ingenuo de mi parte. Estúpido. A veces, por mucho que queramos algo, simplemente no es para nosotros. No podemos quedárnoslo. Porque eso complica todo lo demás. Y esa cosa (el amor, porque eso es justo lo que era) que había entre nosotros, complicaba todo. Complicaba nuestras vidas y el futuro de nuestras carreras. Éramos un estorbo para el otro, un obstáculo, lo mismo que había dicho Daniel.

Hubiéramos terminado odiándonos. Porque ese efecto tenía el veneno de las bocas maliciosas. Infectan todo. Y yo lo sabía muy bien.

Así que sí, luego del episodio de llanto con *Moulin Rouge*, el día siguiente obviamente apestó. Fue uno de los más tristes que recuerdo, y había vivido mucha tristeza. Me arrastré toda la jornada y, de algún modo, conseguí atravesar el Día de Puertas Abiertas dedicado a un grupo de trajes sin rostro. Los nombre y las caras me rebotaban y pasaba de un tema a otro como si tuvieran que arrancarme las palabras. Si hubiera estado Jeff para atestiguar mi patético intento por ser simpática, hospitalaria y accesible, me hubiera despedido ahí mismo.

Y no me hubiera importado.

Así de irónica podía ser a veces la vida.

Cuando entré al edificio el día dos sin Aaron (esa era la nueva unidad que usaba para medir el tiempo), esperaba escuchar los susurros de mis compañeros o que me señalaran con el dedo por las acusaciones públicas de Gerald. Para las cinco de la tarde (después de haber pasado todo el día al mismo tiempo deseando y temiendo cruzármelo), nada había sucedido. Ninguno de mis colegas se había inmutado. No hubo rumores desagradables ni acusaciones desubicadas. Nada. Tampoco rastros de Aaron.

En el día tres sin él, un extraño tipo de inquietud se instaló en mí. Lo extrañaba. Extrañaba la posibilidad de lo que crecía entre nosotros y que cada vez importaba más. El incidente con Gerald no hizo que la gente me tratara diferente. Sin embargo, eso no me hizo sentir mejor. No me aliviaba. ¿Por qué iba a importarme si tenía un hueco en el pecho?

Extrañaba el rostro de Aaron, el azul océano de sus ojos, su ceño fruncido, la forma en que ponía los labios cuando estaba sumido en sus pensamientos, la ancha línea de sus hombros, que siempre se mantuviera tan bien parado e imponente en cualquier lugar, y su sonrisa… Esa sonrisa que era solo para mí. Tanto que me atrincheré en la oficina, dejé la puerta abierta y esperé a que pasara por el pasillo en algún momento del día. O escuchar su voz a la distancia. Eso hubiera sido suficiente para aplacar la necesidad que quemaba por dentro. Pero nada de eso ocurrió.

En el día cuatro, finalmente me rendí y llamé a la puerta de su oficina. Nadie respondió. Cuando le pregunté a Rosie si lo había visto, me abrazó y me dijo que no. Tampoco Héctor lo había visto ni las otras personas a las que les había preguntado con alguna excusa tonta.

Por eso mientras esperaba a que Sharon me invitara a pasar a su oficina, caminé nerviosa de una punta a la otra del pasillo. Lo mismo que había hecho en casa la noche anterior. Y esa

mañana en mi oficina. Porque había desaparecido. Y odiaba no saber por qué, no verlo, no tenerlo cerca, no… tener una excusa para llamar y preguntárselo. Porque lo había alejado y probablemente era la última persona con la que él quería hablar.

–Lina, querida –gritó Sharon y asomó la cabeza por la puerta trayéndome de nuevo al presente–. Por favor, pasa y toma asiento.

La seguí y me desplomé en una silla. La mujer rubia se sentó y se apoyó sobre el escritorio, con una sonrisa misteriosa.

–Perdóname por hacerte esperar. Ya sabes que algunas personas creen que Recursos Humanos tiene la respuesta para todo. –Se rio con amargura–. Incluso para cosas como que la alcaldía de Nueva York haya decidido repavimentar la calle de su casa.

Cualquier otro día me hubiera reído también. Tal vez hubiera hecho un chiste sobre que solo los más aptos pueden sobrevivir en la ciudad que no duerme y cierra calles para que tú tampoco lo hagas. Pero no encontré la energía para hacerlo.

–Estoy segura de que eso compensa algunas conversaciones incómodas.

Sharon me analizó el rostro y algo parecido a la comprensión se dibujó en su expresión. Aunque no tenía ni idea de qué era lo que había encontrado ni qué comprendía.

–De acuerdo, vamos directo al grano. –Bien. Me gustaba eso. Sharon siempre me había caído bien–. Te llamé porque me han llegado serias acusaciones que te involucran de manera directa.

El estómago me dio un vuelco y sentí cómo me ponía blanca.

–Eh… de acuerdo. –Me aclaré la garganta–. ¿Qué quieres saber?

Sharon tomó aire antes de hablar, como si se estuviera preparando para algo.

–Lina –dijo usando un tono que había escuchado en mi propia madre (reconfortante pero severo)–, ambas sabernos que Gerald conoce a la gente correcta y, francamente, jamás entenderé cómo una persona tan horrible consigue hacer tantos “amigos”. –Dibujó las comillas en el aire–. Pero que hasta ahora haya salido impune no significa que eso no pueda cambiar. Sin embargo, para que ocurra, tenemos que hacer algo. O al menos tenemos que intentarlo.

Asentí mientras intentaba procesar lo que me estaba diciendo. Admitía que estaba de mi lado. No solo eso, sino que no iba a seguir siendo una espectadora.

–Si quieres –continuó Sharon–, podemos redactar juntas una queja formal. Puedo ayudarte. Tienes que firmarla, entregárnosla y luego intentaré iniciar una investigación exhaustiva. Sé que muchas veces las quejas se ignoran, pero que varias personas te respalden marca toda la diferencia.

¿Qué personas?

–¿Qué…? –balbuceé, sacudiendo la cabeza–. ¿Qué personas? No entiendo.

Golpeó las uñas contra la mesa y torció la cabeza.

–Después del altercado del otro día, varias personas se acercaron para contarme lo que había sucedido. Muchos estaban dispuestos a presentar la queja por su cuenta, pero, como les informé, tienes que ser tú.

–Yo… Solo… –Bajé la mirada hacia mis manos, que tenía apoyadas en el regazo. Sentí como el corazón se me expandía por la gratitud. Y algo más. Comprensión–. ¿Están de mi lado?

¿Me defendieron a mí y no a Gerald?

–Sí, Lina. –Sharon sonrió–. Eso hicieron. Sé que la gente como Gerald suele salirse con la suya; así funcionan las cosas a veces; así es el mundo. Pero eso no significa que no intentemos cambiarlo, ¿no? No tenemos que quedarnos de brazos cruzados. –Sus palabras me recordaron a las que me había dicho otra persona, suplicándome que le creyera. Pero yo había decidido ignorarlo–. Piensa en lo que te dije, ¿de acuerdo? Tómate tu tiempo para decidir lo que quieres hacer.

–Sí, lo haré.

Tenía muchas cosas para pensar. Mucho para procesar. Para cualquier otra persona, esto era solo un procedimiento burocrático que debería haber hecho hacía mucho tiempo, pero para mí, saber que mis compañeros (los que habían atestiguado todo) estaban de mi lado, significaba mucho.

Aunque eso no cambiaba lo que había hecho: había tirado a la basura lo que podría haber tenido con Aaron. Le había negado la única cosa que me pidió: que confiara en él, que tuviera fe en nosotros. ¿Y para qué? Podría habérmelo dado todo y renuncié sin dar pelea.

–Y, por favor –dijo Sharon–, si puedes, dile a Aaron que venga a verme cuando regrese. No logro contactarme con él.

¿“Cuando regrese”?

–Ah, ehmm… Yo no… Yo… –tartamudeé mientras las palabras se me agolpaban en la cabeza.

–No te preocupes, Lina. Ya me ha informado acerca de su relación. Vino aquí el lunes a primera hora a preguntar si había alguna clase de política corporativa que pudiera complicar las cosas.

Mis latidos, que se habían deprimido como yo en estos días sin él, se aceleraron de golpe. Había venido a Recursos Humanos para asegurarse de que no nos meteríamos en problemas. Para darme seguridad. Porque sabía que eso era exactamente lo que necesitaba. Porque quería que me sintiera cómoda.

Se me llenaron los ojos de lágrimas inesperadas.

–Ey, todo está bien, Lina. No hay políticas corporativas. No tienes de que preocuparte. No hay piedras en el camino.

No. La única que podía tomar los obstáculos y convertirlos en impedimentos insuperables era yo.

–De acuerdo –murmuré, deseando que mis ojos resistieran un poco más–. Eso es bueno. –No había nada bueno. Porque lo había arruinado todo.

–De acuerdo, bien. –Sharon se sacudió el cabello rubio y sus ojos maternales se llenaron de tibieza–. Pero, por favor, dile que me devuelva las llamadas, ¿sí? Aunque sé que son momentos difíciles, está relacionado con su ascenso.

“Momentos difíciles”. Esas dos palabras me retumbaron en la mente y me hicieron pensar en lo que había dicho Sharon: “Dile a Aaron que venga a verme cuando regrese”.

–¿Aaron… se fue? ¿Pasó algo?

–¿No lo sabes? –Sharon abrió bien grandes los ojos con confusión y sorpresa.

–No. –Negué con la cabeza, estaba pálida.

–Lina, no soy quien…

–Por favor –rogué, estaba desesperada por saber qué ocurría. La necesidad me invadía la piel–. Por favor, Sharon. Discutimos y yo… lo arruiné. No importa. Pero si pasa algo, si le pasó algo, necesito saberlo. *Por favor*.

Me miró durante un largo rato.

–Querida –dijo finalmente, y solo con eso encendió todas las alarmas en mi cabeza–. Tuvo que volver a casa. Su padre… tiene cáncer. Lleva algunas semanas en estado crítico.



Capítulo 27

Había un programa de televisión que amaba cuando era adolescente. Era una serie estadounidense que pasaban en uno de los canales de España (obviamente, doblada). La amaba con todo el corazón. Adolescentes soñadoras y con grandes egos (o grandes corazones, dependiendo de a quién le preguntes), giros de trama inesperados y un nivel de drama que no debería estar permitido para personas de dieciséis años que crecen en un pequeño pueblo de Carolina del Norte. Tampoco para quienes crecen en España. Y quizá por eso me llamaba tanto la atención.

Recordaba un episodio en particular. Empezaba con un narrador que preguntaba algo como: "¿Alguna vez te has preguntado en cuánto tiempo puede cambiar tu vida? ¿Un año? ¿Un día? ¿Unos pocos minutos?".

La respuesta que le dio la serie a esas preguntas fue que, cuando eres joven, una sola hora puede hacer la diferencia. Puede cambiarlo *todo*.

Y yo… no podía estar más en desacuerdo.

No era necesario ser joven para que tu vida cambiara en el transcurso de una hora, un puñado de minutos o solo unos segundos. La vida cambiaba constantemente, vertiginosamente rápido o terriblemente lento, cuando uno menos lo esperaba o luego de mucho tiempo persiguiendo ese cambio. La vida podía ponerse patas arriba, darse vuelta, rebobinar y adelantar. Y también podía transformarse en algo nuevo. Y eso pasaba a cualquier edad, pero, lo que era más importante, ignoraba por completo el tiempo.

Los momentos trascendentales podían pasar en pocos segundos o en décadas. Era parte de la magia de la vida. De vivir.

En mis veintiocho años, había experimentado pocos pero variados. Algunos habían durado segundos, o un parpadeo o el tiempo que me tomara comprenderlos. Y otros habían durado minutos, horas y hasta semanas. De cualquier modo, podía contarlos con los dedos de las manos. Me los sabía de memoria. La primera vez que metí un pie en el mar. La primera ecuación matemática que resolví. Mi primer beso. Enamorarme y desenamorarme de Daniel. Los meses posteriores. Subirme al avión, rumbo a Nueva York, para iniciar una nueva vida. Ver a mi hermana caminar hasta el altar con la sonrisa más grande y feliz que le había visto jamás.

Y luego estaba Aaron.

No creía poder elegir solo un momento con él. Porque era él, él había hecho que ese tiempo de vida importara. Lo había vuelto trascendental.

Quedarme dormida en sus brazos. Verlo curvar los labios en esa sonrisa que ahora sabía que era solo para mí. Despertarme con su voz, con el calor de su piel contra la mía. Ver su cara alterada. Él alejándose. Su ausencia.

Todo eso me había dejado una marca en el corazón. En mí. Todo eso me había cambiado. Me había convertido en alguien que se permitía abrirse, que se permitía amar, necesitar y entregarse. No a cualquiera, a él.

Pero, por mucho que esos momentos que me hicieron enamorarme perdidamente de él hubieran dejado una huella que jamás podría borrar, lo que jamás iba a abandonarme era el segundo en que *supe* que tenía que subirme a un avión con destino a Seattle y encontrarlo. Ese fue el momento… trascendental. La plena consciencia de que lo había dejado escapar demasiado pronto, demasiado fácil, demasiado tontamente. El momento en que había caído en la cuenta de que no importaba nada más que él. Que nada debería haberme impedido correr a sus brazos y estar para él cuando más me necesitaba.

¿Era demasiado tarde? ¿Seguía corriendo el reloj de mi momento trascendental para poder cambiarlo o había perdido la oportunidad?

Esa pregunta me dio vueltas en la cabeza durante las seis horas que duró el vuelo de Nueva York a Seattle, llevándome de la esperanza ciega al temor que anticipaba una pérdida. Cuando el avión aterrizó, todavía no estaba segura de si debía sentirme esperanzada por estar más cerca de él o si debía ocupar ese tiempo para prepararme para que Aaron me dijera que era demasiado tarde y me pidiera que me fuera.

Pensé un poco más en eso mientras esperaba al taxi que me llevó al primer hospital de la lista de centros con oncólogos en Seattle. Le pregunté a la recepcionista por Richard Blackford (un nombre que había encontrado en internet usando como pistas lo que Aaron me había contado sobre su pasado).

La pregunta siguió dando vueltas en mi mente mientras me subía a otro taxi y repetía el proceso con el hospital número dos. Y el número tres.

Mis rodillas casi se dan por vencidas por la mezcla de alivio y miedo al escuchar, por fin, a la enfermera que estaba detrás del mostrador del hospital número tres preguntarme si era *familiar* o *amiga*. La pregunta, que se me había quedado trabada en la cabeza, seguía exigiendo una respuesta.

Y allí siguió mientras avanzaba por la sala de espera hacia lo que se iba a convertir en el viaje en ascensor más largo de mi vida.

¿Tiré todo a la basura por miedo y estupidez? ¿Es demasiado tarde?

Cuando las puertas de metal pulido se abrieron, salí a los tumbos como quien vuelve de un viaje en auto interminable. Los miembros adormecidos, la piel pegajosa por el sudor seco y la sensación de no saber dónde estaba. Escaneé con ansiedad el espacio entre el pasillo, ya a mis espaldas, y la sala de espera donde me dijeron que podía estar… mi Aaron, el hombre al que tenía que llegar, al que tenía que regresar. Y ahí, justo ahí, sentado en una silla muy pequeña para su tamaño, estaba mi respuesta.

Con los brazos en las rodillas y la cabeza colgando entre los hombros, estaba mi momento trascendental.

Me di cuenta, mientras miraba a la nada (con el corazón más liviano y vacío que nunca por verlo allí, solo, sin mí) de que, siempre que estuviera con él, mi momento trascendental no iba a poder medirse. Nunca sería tan sencillo como poner unos marcadores en la línea de tiempo de mi vida que me permitieran identificar ese instante que lo había cambiado todo. Era él. Aaron. Él era mi momento. Y, mientras lo tuviera, mi vida siempre estaría cambiando, siempre sería trascendental. Sería desafiada, cuidada, amada. Con él a mi lado, *viviría*.

–Aaron. –Me oí decir. *Déjame ser tu roca. La mano que sostiene la tuya. Tu hogar.*

Mi voz era apenas un susurro, demasiado baja como para llegar hasta donde él estaba. Pero, de algún modo, llegó. Porque giró la cabeza. Todavía sentado en esa silla plástica, enderezó la espalda y miró en mi dirección. Pude ver su gesto de incredulidad, como si creyera que se había imaginado mi voz.

Pero no. Estaba ahí. Y, si me lo permitía, iba a cuidarlo. Le acariciaría la espalda mientras esperaba en esa aburrida e impersonal sala de espera. Le peinaría el pelo con mis dedos para tranquilizarlo y me aseguraría de que comiera y durmiera. Lo consolaría con abrazos y sería el hombro en el que podría apoyar la frente para llorar al padre que pronto perdería. El que se había perdido tanto de su vida, el que, yo lo sabía bien, Aaron sentía muy lejos.

Midió el espacio que nos separaba con una determinación de la que solo él era capaz. No sé bien por qué, pero esperé. Me quedé muy quieta mientras él miraba a nuestro alrededor. Después de lo que pareció una eternidad y, al mismo tiempo, muy poco tiempo como para estar lista, sus ojos azules descansaron en los míos. El corazón me dio un vuelco y sentí la opresión en el pecho. Lo vi enderezar las piernas e incorporarse. Luego separó los labios.

–Lina.

No fue que me llamara “Lina” en lugar de “Catalina”. Fue la angustia en su voz, la necesidad, su pelo alborotado, las ojeras, las arrugas de la ropa que indicaban que hacía varios días que no se cambiaba, todo eso fue lo que me hizo avanzar. Corrí por el pasillo que nos separaba como nunca había corrido. Hacia él, directo a sus brazos. Justo como me había pedido. Cuando estuve cerca, me entregué y lo envolví en mi cuerpo.

No era apropiado. No era el momento ni el lugar, y ya tenía suficientes cosas en la cabeza. Teníamos que hablar de todo lo que había pasado, pero esto era lo correcto. Lo sentí en los

huesos en el momento en que me abrazó, me levantó del suelo, me apretó contra su pecho, y me sostuvo entre sus brazos. Enterré la cara en su cuello y murmuré:

–Estoy aquí. Estoy aquí. He venido corriendo hacia ti. Confío en ti. Te amo. –Esperaba que no fuera demasiado tarde.

Él siguió repitiendo mi nombre.

–Lina, cariño. Lina, ¿de verdad estás aquí? –susurró, derrotado, como si no pudiera creer que estaba en sus brazos. Que por fin había vuelto a él como tendría que haber hecho días atrás.

No. Como tendría que haber hecho hacía una eternidad.

Aaron retrocedió y volvió a sentarse conmigo entre sus brazos, mientras yo también lo abrazaba. Me enrosqué en su regazo y me puso una mano en la nuca.

–Lo siento tanto, Aaron. –Respiré contra la piel entre su hombro y el cuello–. Por todo. Por tu padre y por no haber estado a tu lado antes. ¿Cómo se encuentra? ¿Lo viste?

–Está… –Lo sentí tragar contra mi sien y negar con la cabeza–. Lo vi, pero está ausente. Yo solo… –vaciló, sonaba agotado. Abatido–. ¿De verdad estás aquí? –repitió sujetándome con más fuerza–. ¿O la cabeza me está jugando una mala pasada? No duermo hace… No sé cuántos días hace. ¿Dos? ¿Tres?

–Estoy aquí, estoy aquí. –Alcé la cabeza y me moví para poder sostener su rostro y contemplar ese paisaje que tanto me había esmerado por detestar y que ahora amaba con toda el alma–. Y te voy a cuidar. –Cerró los ojos y escuché que se le escapaba un sonido estrangulado de la garganta–. Te amo, Aaron. No quiero que estés solo… nunca más. Y quiero ser yo quien esté contigo. Aquí. Sosteniéndote la mano. –Todavía tenía los ojos cerrados y la mandíbula apretada–. Permítemelo. Permíteme demostrarte que confío en ti y que puedo volver a ganarme tu confianza. Que soy yo quien tiene que estar a tu lado ahora y todo el tiempo que me permitas.

–¿Quieres eso?

–Sí –solté–. Sí, sí. Por supuesto que quiero eso –repetí–. Lo necesito –susurré, no confiaba en mi voz–. Déjame acompañarte. Cuidarte.

Abrió los ojos y nuestras miradas se conectaron. Luego de un rato, una risa de dolor se escapó de sus labios.

–Me vuelves tan loco, Lina. No sé si lo entiendes. –Llevó una mano a mi muñeca, que todavía le sostenía el rostro con desesperación. Estaba lista para pelear por él. Estaba lista para suplicar si era necesario–. Viniste hasta aquí. Tú… –vaciló y vi en él un gesto de incredulidad–. ¿Cómo me encontraste?

–Tenía que llegar a ti. –Mis dedos bajaron por su cuello y acomodé la palma en la calidez de su piel–. Recordé todo lo que me contaste. Sobre Seattle, sobre que tu padre era conocido aquí. Así que busqué tu apellido en internet, luego el equipo de fútbol universitario y por último a los entrenadores. Hice una lista de los hospitales en los que podría estar internado. Supe que estarías aquí porque sé que serías incapaz de dejarlo solo si estaba tan grave como me dijo Sharon. Y así fue. Aquí estás. Solo tuve que intentarlo un par de veces. Pero hubiera recorrido toda la ciudad para encontrarte. No iba a descansar hasta hacerlo. –Finalmente les permití a mis pulmones respirar hondo. Los ojos de Aaron brillaban tanto que me dolió el pecho de una forma tibia y

maravillosa–. Te llamé, pero fue directo al buzón, y luego… no quise molestarte. Y… –Bajé la voz a un susurro–. Y no quería darte la oportunidad de que me dijeras que no viniera. Me aterraba que no quisieras verme. Así que no volví a llamar. Solo vine hacia ti.

Lo recorrió un escalofrío.

–Me vuelas la maldita cabeza, rompes todas las reglas, destruyes mi universo. –Exhaló y esos ojos azules se clavaron en los míos como nunca antes–. Cuando menos lo espero, estás lista para dinamitarlo todo hasta llegar a mi corazón. Como si no lo tuvieras ya. –Apretó la mano que tenía mi cintura y me acercó más hacia él. Pude sentir cómo un suspiro se le escapaba de la boca y llegaba directo a la mía–. Como si no me hubieras desmantelado ya. Como si no estuviera a tu merced.

–¿Yo he hecho todo eso? –Esperanza, sentí una esperanza tibia y suave en los hombros.

–Sí, Lina. –La frente de Aaron cayó sobre la mía y no tuve más opción que cerrar los ojos, procesarlo e intentar controlar este remolino de emociones que amenazaba con darme vuelta–. Eso fue exactamente lo que hiciste con cada sonrisa. –Sentí sus labios acariciar los míos con suavidad y un escalofrío me recorrió la espalda–. Cada vez que fuiste tan testaruda como preciosa, todo al mismo tiempo. –Me dio un beso en la esquina del ojo–. Cada vez que le mostraste al mundo lo fuerte que eres, aunque tú todavía no lo creas. –Un beso en la punta de la nariz–. Con tu mente, que me maravilla y me perturba en modos que no consigo comprender. –Sus labios aterrizaron en mi mejilla y me acariciaron la piel–. Cada vez que te ríes, quiero cargarte en mis brazos y correr a algún lado en el que solo yo pueda escuchar ese sonido. –Un beso en mi mandíbula subió hasta mi oreja–. Y con cada inesperada estrategia que tienes para volverme totalmente tuyo.

–*Tuyo* –repetí y mi corazón se expandió dando un tumbo contra mis costillas; quería escapar y mudarse al pecho de Aaron–. Yo también soy tuya, Aaron. Completamente tuya. Yo… me enamoré de ti. No sé cómo sucedió, pero así fue. Te amo. –No reconocí mi propia voz por el fuerte latido de mis oídos–. Fui una estúpida al dejarte ir. Muy muy estúpida. Pero me confundí. Tenía tanto miedo, Aaron. No quería perder todo lo que había ganado con tanto esfuerzo ni que la gente volviera a mirarme como hace algunos años. Tampoco quería perderte a ti cuando te dieras cuenta de todos los problemas que te traería.

–Nunca haría eso.

–Ahora lo sé, pero me convencí de que dejarte ir era lo mejor que podía hacer para protegerme de todo eso. –Negué con la cabeza y alejé de mi pecho esos horribles sentimientos. Iba a contarle que habían decidido abrir una inspección con respeto a Gerald. Pero no era el momento–. Perdóname por no acompañarte como tendría que haberlo hecho. –Me miró como si no quisiera mis disculpas, pero no lo dejé hablar–. En serio –dije con voz temblorosa–. Saber que tu padre estaba enfermo y que habías tenido que venir para acá, solo, a enfrentar todo esto sin nadie para consolarte. Que llevaba semanas en estado crítico y, sin embargo, me acompañaste a España. Que… –Arrastré las palabras con la voz quebrada–. Que estabas dispuesto a darme tanto sin pedir nada a cambio. Me destruyó. Pero aquí estoy –susurré mirándolo a los ojos–. Estoy aquí y no me iré a ningún lado; no porque crea que ahora podemos estar juntos, sino porque no

concibo estar en otro lugar que no sea a tu lado. –Tragué con dificultad, intentando contener las emociones que amenazaban con explotar–. Lo sabes, ¿no? –Me incliné para rozar nuestros labios. Suave, casi nada, mientras esperaba su respuesta.

–Ahora lo sé. –Un gruñido grave salió de su garganta. Me tomó la muñeca con más fuerza. El brazo con el que me rodeaba la cintura me acercó más a su pecho–. Lo sé, Lina. Y no pienso dejar que lo olvides. –La mano de la muñeca subió por el brazo hasta acunarme la cara. Descansé en su palma sintiendo que podría vivir solo con las caricias y los besos de Aaron–. Hubiese vuelto por ti, ¿sabes? Te dije que no dejaría que te rindieras. Además, me debías la palabra de cuatro letras.

Lo había dicho. Y darme cuenta hizo que el estómago me diera un vuelco. Qué tonta había sido. Aaron no se había dado por vencido; esa había sido yo. Temporalmente. Mientras que él seguía comprometido con esto. Con nosotros. Todo este tiempo. Incluso cuando era él quien necesitaba a alguien a su lado. Y eso… eso hizo que me explotara el corazón en un millón de pedazos y se rearmara en algo diferente. Algo que ya no me pertenecía. Era de los dos.

–Es tuyo. El amor y todas las demás palabras de cuatro letras que pueda darte. –No pude seguir conteniéndome y lo besé en la boca. Me tomé el tiempo para dejar en claro que esos labios eran míos.

Me regaló un sonido profundo directo de su garganta.

–No podrás librarte de mí, Catalina.

Sus brazos me hicieron avanzar en su regazo, contra su pecho. Apoyé el costado de la cara contra el latido de su corazón, su barbilla sobre mi cabeza, y paz (una paz abrumadora que no había sentido nunca) instalada entre mis hombros. Supe que, mientras estuviéramos juntos, podríamos enfrentar cualquier cosa. Éramos un equipo. Iluminaríamos el camino del otro, nos sostendríamos la mano y nos ayudaríamos a seguir adelante cuando tropezáramos. Juntos. Podríamos hacer cualquier cosa juntos. Como esto. Lo ayudaría a atravesar esto.

–¿Aaron? –Alcé la vista para mirarlo–. Estoy aquí para ti. Te cuidaré –dije. Suspiró, lento y profundo, como si llevara todo el peso del mundo en los hombros–. Pero, para que sepas, de haber sabido que tu padre estaba enfermo, no te hubiera permitido ir a España conmigo. ¿Por qué no me lo contaste cuando me hablaste de él? No es que me debas una explicación, pero quiero saberlo. Quiero entender mejor.

–Porque… todo cambió. –Tragó y su mirada se perdió–. Hace un año que está peleando contra el cáncer. Es irónico, ¿no? Primero mamá, y ahora… –Arrastró las palabras y necesitó un segundo para recomponerse–. Hasta hace algunos días, planeaba seguir lejos y dejar las cosas como estaban. Incluso cuando vine hace algunas semanas.

–¿Viniste?

–Sí, después de que me dijeron que me iban a ascender. Por eso no pude hablar contigo sobre nuestro acuerdo.

No había notado que se había ausentado unos días, aunque el trabajo había sido una locura, así que había estado bastante distraída. Pero ahora todo tenía sentido.

–Te lo habría contado con el tiempo –continuó–. Habría buscado la manera.

–Eso ya no importa, cariño –le dije, y fui sincera.

Respiró profundo.

–Vine a Seattle, pero no me animé a hablarle, a admitir lo que tenía que admitir, a mostrarle que me importaba, aunque me hubiera alejado de él por tantos años, aunque ya lo hubiese perdido.

–¿Qué fue lo que cambió? –Con los dedos, le dibujé unos círculos en el pecho, justo sobre el corazón.

–Todo. –Exhaló temblando y con dolor–. Yo… creía que eras mía y, tal como habías venido, te fuiste. Y, por muy convencido que estuviera de que no iba a permitir que te rindieras, lo vi en tus ojos. Te habías rendido. Creías en tu decisión. –Una sombra atravesó su rostro y, por instinto, le besé la comisura para alejar esa oscuridad temporal–. La posibilidad de perderte comenzó a tomar forma en mi mente. Y yo solo… –Negó con la cabeza–. Dios, no es lo mismo, lo sé. Pero por fin lo entiendo. Entiendo lo duro que habrá sido para él perder a mamá. Lo perdido que se debe haber sentido por no tener forma de recuperarla. Cuántas decisiones habrá tomado sin pensar. Eso no justifica que me haya echado, pero yo también tengo parte de la culpa. Estaba tan perdido en mis pensamientos que se lo permití. Y luego no hice nada para remediarlo.

–Ninguno de los dos tiene la culpa, Aaron. No estamos programados para perder a quienes queremos; no hay formas correctas o incorrectas de sobrellevar los duelos. –Mi mano subió por su pecho y se instaló en su clavícula–. Lo hacemos lo mejor que podemos, pero, incluso así, en la mayoría de los casos no es suficiente. Culparte no va a cambiar el pasado; solo va a restarte una energía que deberías estar usando en el presente. Y mira dónde estás ahora; estás aquí. No es tarde.

Me dio un beso en el cabello.

–Ese día, cuando pasó todo lo de Gerald, recibí una llamada del hospital. Me dijeron que había empeorado. Aparentemente, preguntó por mí. Varias veces. Y pidió que me contactaran. –Se le fue apagando y dejé que mis dedos jugaran con los mechones de cabello de su nuca para que supiera que estaba aquí. Escuchando. Apoyándolo–. Es como si todo se hubiera alineado y, de pronto, no solo lo entendía como nunca, sino que también tenía la necesidad de verlo. No para disculparme ni para arreglar las cosas, pero al menos para despedirme. Y sabía que quizá esa era mi última oportunidad.

–¿Lo hiciste? ¿Te despediste?

–En cuanto llegué, fui a su habitación con esa intención. Despedirme, salir y esperar. Pero… terminé hablándole. Le dije todo lo que no había conseguido decir en los años que pasamos separados. No estaba consciente. No estoy seguro de que me estuviera escuchando, aun así continué. No podía parar. Hablé y hablé, Lina. Le dije todo. Ni siquiera sé cuánto tiempo estuve ahí adentro. Y no sé si valió la pena, porque puede que no le haya llegado ni una sola de mis palabras, pero de todos modos lo hice.

–Estuviste bien, *amor*. –Le acaricié el cuello con los labios–. Estuviste muy bien.

Aaron se entregó un poco más a mí, a mis caricias.

–Hace un par de horas me dijeron que ha mejorado un poco. Que puede que haya ganado

algo de tiempo. No saben si serán días, semanas o meses. Pero están esperanzados. –Desinfló el pecho y los brazos que me rodeaban perdieron algo de la urgencia que tenían unos minutos atrás–. Yo también estoy esperanzado.

–¿Señor Blackford? –Una voz, que llegó desde la otra punta de la sala de espera, rompió la burbuja en la que estábamos.

Ambos nos giramos para mirar. Una enfermera estaba de pie a unos metros con una sonrisa entrenada para ser amable y tranquilizadora.

–Sí –dijo Aaron y enderezó la espalda.

–Por fin se ha despertado. Puede pasar a verlo. –La enfermera metió las manos en los bolsillos del uniforme–. Solo unos minutos, ¿de acuerdo? Necesita descansar.

Desenredé mi cuerpo del suyo, apoyé los pies en el suelo y me incorporé frente a Aaron, dejándole espacio para que pudiera caminar hacia la enfermera. Él hizo lo mismo con la cabeza todavía girada hacia la entrada de la sala de espera.

–Muy bien, sí –dijo ausente. Pero, antes de dar un paso, me miró–. ¿Vendrías conmigo, por favor?

El corazón me dejó de latir por un segundo. La respuesta sonaba fuerte y claro en mi cabeza. *Iré contigo adonde me pidas*.

–Sí, por supuesto.

No esperé a que se estirara y me tomara la mano. Lo hice yo. Intentando que mi contacto fuera tan firme y reconfortante como podía mientras seguíamos a la enfermera hacia la habitación en la que nos esperaba el padre de Aaron. Avanzamos y yo no sabía bien qué esperar. Quizá debería haber aprovechado el camino para prepararme y darme cuenta de que había perdido esa oportunidad me hizo perder parte de la valentía. Era el único familiar vivo de Aaron, y estaba por conocerlo. Y yo… me paralicé un poco por la relevancia del momento. Deseaba que hubiera sido en otras circunstancias, que tuviéramos más tiempo o que supiera qué decir y cómo manejar la situación para que todo saliera lo mejor posible.

Pero no había tiempo. Así eran las cosas. Esto era lo que tenían Aaron y su papá. Y, aunque estuviera un poco asustada o intranquila, me honraba que quisiera compartirlo conmigo.

–Hay alguien que quiere verte, Richard –anunció la enfermera dentro de la habitación y luego nos miró sonriendo un poco más–. Volveré en unos minutos, ¿de acuerdo?

Aaron dio un paso al frente mientras yo seguía detrás de él para permitirle vivir este momento.

–Hijo –dijo con voz rasposa el hombre en la cama.

Lo miré y encontré en él al fantasma de unos rasgos que conocía muy bien: la mandíbula marcada, el modo en que juntaba las cejas, tan expresivas. Todo estaba ahí, pero difuso y gastado.

–Sigues aquí. –Pude escuchar la sorpresa en la voz del padre de Aaron.

–Papá –respondió él, apretándole la mano–. Claro que sigo aquí. Y quiero presentarte a alguien.

Los ojos azules que nos miraban desde la cama lo analizaron con curiosidad.

–Hola, señor Blackford. –Le sonreí y sentí cómo Aaron me soltaba la mano para rodearme los hombros–. Soy Catalina, encantada de conocerlo.

El padre de Aaron no me devolvió la sonrisa, pero sus ojos contaban una historia diferente. Lo mismo que había visto tantas veces en su hijo. Todos los sentimientos bajo siete llaves.

–Llámame Richard, por favor. –Me analizó y puso una expresión parecida al asombro–. ¿Es ella, hijo?

La pregunta me tomó por sorpresa, por lo que volví a mirar a Aaron. Lo encontré mirando a su padre con una expresión idéntica. Luego, se relajó.

–No estaba seguro de que me estuvieras escuchando –dijo casi ausente. Después sus brazos me apretaron contra él, como si abrazarme no fuera más que un reflejo inconsciente–. Sí, es ella –respondió en voz alta y mi respiración se aceleró–. La mujer de la que te hablé.

Aaron me miró. Los ojos le brillaban debajo de la luz fluorescente de la habitación.

–Tu Thea –dijo Richard, emocionado. *Thea*. Ese era el nombre de su esposa. De la madre de Aaron. Lo miré y encontré la sonrisa que había ocultado. Era pequeña y débil, pero suficiente para liberar la mía como respuesta–. Aférrate a ella, hijo. Todo el tiempo que puedas.

–Lo haré. –Las palabras de Aaron me acariciaron la sien.

Sus ojos azules me sonrieron con una devoción que nunca había sentido ni hubiera imaginado que alguien pudiera profesarme. Podía sentir su calor en el centro del pecho, expandiéndose más con cada segundo que pasaba bajo su mirada, a su lado. Aaron me miró y vi un universo de posibilidades brillar en sus ojos. Una promesa.

–Ella es la mujer con la que planeo pasar el resto de mi vida. Me aferraré a ella todo lo que me permita.



Epílogo
Un año después

—Catalina. –Llegó a mis oídos la voz profunda que me había acunado y encendido cada célula del cuerpo incontables veces en los últimos doce meses.

El bolígrafo que sostenía con la boca cayó y rebotó algunas veces en la superficie de roble pulido de la mesa de conferencias.

–Catalina, necesito una respuesta.

Enderecé la espalda en la silla y mi mirada se encontró con unos ojos azules mientras aclaraba mi garganta. *Mierda. Me perdí por completo*.

–Sí, sí. Ehmm… Una respuesta. Enseguida, señor Blackford –lancé–. Solo estaba haciendo un repaso mental.

Lo vi alzar la comisura y sus ojos brillaron con un fuego más que familiar. Me dejó de latir el corazón. Porque, aparentemente, nunca iba a dejar de reaccionar así a la sonrisa de ese hombre. Sin importar qué tan pequeña fuera.

–Rosie, si puedes, por favor, ayuda a Catalina con el repaso mental –dijo levantando una ceja–. Todos tenemos otros compromisos y me gustaría terminar con esta reunión en los próximos cinco minutos.

–Por supuesto –asintió desde la derecha mi mejor amiga y nueva líder de equipo de nuestro departamento–. Seguro que Lina estaba siendo muy minuciosa con sus anotaciones.

–Sí, eso exactamente –confirmé y la miré. Tenía las mejillas sonrojadas. Seguíamos siendo pésimas mentirosas.

Le dediqué una sonrisa temblorosa y balbuceé un agradecimiento. Escuché la exhalación profunda de Aaron. *Sexy e impaciente gruñón de ojos azules*. Tenía mucha suerte de que estuviera tan enamorada de él.

–Aaron sugirió que, quizá ahora que Linda y Patricia volvieron de sus licencias por maternidad, alguien de tu equipo podría pasarse al de Héctor –explicó Rosie mientras golpeteaba los dedos contra la agenda–. Solo temporalmente, hasta que podamos encontrar alguien para que ocupe el lugar que dejé cuando pasé a dirigir el equipo de Gerald, por su… salida.

Después de una extensa y exhaustiva investigación de Recursos Humanos en la que Sharon había conseguido desenterrar varias acusaciones de conductas inapropiadas, despidieron a Gerald. Aaron, el líder de nuestro departamento y dueño de mi corazón, no había dudado y, en el momento en que Gerald salió de InTech, había postulado a Rosie para su puesto. Antes de poder procesarlo, estábamos celebrando su ascenso.

–¿Crees que funcionará, Catalina? –preguntó mi futuro esposo.

Aunque todavía no me lo había propuesto, sospechaba que iba a hacerlo pronto, pero podía ser que fuera yo quien le entregara el anillo antes. Así de impaciente era.

–Cien por ciento –respondí tomando apuntes en mi anotador. Esta vez de verdad–. Me aseguraré de hacer algunos movimientos para ver quién puede pasar al equipo de Héctor.

–Gracias, Lina –dijo él–. La verdad es que nadie podrá reemplazar a Rosie. –Alzó los hombros y sonrió con tristeza–. Aunque hacía rato que sabía que iba a perderla. –Volvió a encogerse de hombros y se le iluminó la sonrisa cuando miró a mi amiga–. Estoy muy orgulloso de ti, Rosie.

–Gracias. –Rosie, emocionada, se aclaró la garganta–. Pero ya basta. Largarme a llorar en mi primera reunión de departamento sería muy poco profesional de mi parte.

Alguien cerró un cuaderno con brusquedad.

–Muy bien, lo considero resuelto –concluyó el señor gruñón. Lo miré justo cuando espió el reloj a mi espalda–. Reunión terminada. Que tengan…

–Pero, Aaron –lo llamó Kabir con la voz temblorosa por el miedo–, ¿qué hay de…?

–Lo siento, pero estoy oficialmente de vacaciones –interrumpió Aaron, cortando el aire con una mano. Síp. Los dos estábamos de vacaciones. Solo medio día, pero me había costado bastante convencerlo, así que lo consideraba un triunfo–. Tendrá que esperar al lunes. Que tengan un buen fin de semana. –Corrió la silla y se incorporó, regalándome un primer plano de su torso. Suspiré por dentro. De felicidad. Era todo mío. Todo eso era solo para mí, para que yo lo tomara. Y, todavía mejor, el fuerte y resistente corazón que latía dentro de ese pecho con lealtad, generosidad e integridad también era mío–. ¿Catalina? –Me sacó de mi trance temporario, me enderecé también y me puse a juntar mis cosas.

–Voy, voy. –Fui hacia la puerta, donde me estaba esperando.

–Estás muy dispersa hoy –dijo en voz baja.

Quise discutir, pero el modo en que miró, con ese dejo de preocupación que me derretía el corazón, mató las palabras antes de que pudieran salir.

–Es que tú te robas toda mi atención.

Miró a su alrededor y pude ver cómo se estaba resistiendo a abalanzarse sobre mí. Pero estábamos en el trabajo y nos esmerábamos por ser profesionales. No porque tuviéramos que hacerlo. Todos sabían que teníamos una relación y lo respetaban. Pero esa había sido nuestra decisión. Así que cambié de tema.

–También estoy un poco nerviosa.

–Lo sé –admitió mientras bajábamos por el pasillo cargando las computadoras portátiles que habíamos llevado a la reunión–. Nuestras maletas ya están en el auto para que lleguemos al aeropuerto a tiempo. –Entramos al elevador vacío, Aaron se acercó a mí y nuestros brazos se rozaron–. Me fijé hace un rato y el vuelo está en horario –dijo mientras las puertas metálicas se cerraban.

–Gracias –lancé, acercándome inconscientemente hacia él–. Pero sigo un poco ansiosa. Es su primera vez en Estados Unidos, y vienen todos. Son demasiados Martín para un solo avión. Es difícil que todo salga bien. ¿Y si la *abuela* no soporta el vuelo? ¿Y si papá se olvida de la medicación para la hipertensión? Ya sabes que tuve que hacer una videollamada con él para explicarle cómo ponerse un recordatorio en el teléfono, pero es probable que lo haya apagado y se haya olvidado de eso también. Y me asusta lo que pudo haber empacado mamá. ¿Recuerdas que te conté acerca de la vez que quería que me trajera una *pata de jamón* en la maleta? ¿Y si trae algún objeto prohibido y en la aduana creen que quiere contrabandear algo en…?

El elevador se detuvo en seco y sentí los labios de Aaron contra los míos. El beso inesperado me dejó sin palabras. Indefensa. Liviana. Me derretí en él, mis piernas parecían mantequilla. No podía evitarlo. Aaron siempre iba a tener ese efecto en mí.

–Nena –dijo contra mi boca–, deja de darle vueltas. –Volvió a tomar mis labios en los suyos y me envolvió en sus brazos. Su cuerpo me empujó contra la fría superficie a mi espalda.

–¿Detuvo el elevador, señor Blackford? –Mi voz sonó agitada, pero no me importó.

Aaron era plenamente consciente del poder que tenía sobre mí, y yo quería que así fuera. Ninguno de los dos quería dejar cosas sin decir. Ya eran suficientes las que había en nuestro pasado.

–Sí. –Me besó la mandíbula–. Y tenemos tres minutos para borrarte todas esas preocupaciones de la cabeza antes de que alguien llame a recepción. –Bajó por mi cuello y sus cálidas palmas volaron a mi cintura.

Abrí los labios.

–Ah, muy bien –murmuré mientras mordisqueaba la piel sensible. La sangre se me arremolinó y ciertas partes de mi cuerpo reclamaron atención–. Me gusta cómo suena eso.

–Me aseguré de que tu padre tuviera su medicamento cuando hablé con él por teléfono antes de salir de casa. –Sus manos subieron hasta el comienzo de mis senos–. Cristina solo trae algo de embutido envasado al vacío –continuó mientras sus piernas tocaban las mías–. No fue fácil, y puede que le haya prometido cosas que no debería, pero me lo juró. –Me reí por lo bajo, y toda la diversión se acabó cuando presionó los labios contra los míos–. La abuela va a estar bien; es dura como una roca. ¿O ya te olvidaste de cómo tuvimos que sacarla a rastras de la pista de baile en

Navidad? –Apretó el lóbulo de mi oreja con los dientes–. Y el embarazo de Isabel no la pone en riesgo; Gonzalo llamó a la aerolínea para preguntarlo. Dos veces.

Gemí, embelesada por sentir a Aaron sobre mí (su calor, la fuerza de su cuerpo, su respiración contra mi piel), pero también en lo profundo que calaban en mí sus palabras y sus acciones. Era increíble todo el amor y la dedicación que había en ellos, en él.

–Es una locura cuánto te adora mi familia –comenté aferrándome a sus brazos con una necesidad incontenible–. Eres como un Encantador de Martines. ¿Cómo lo logras?

–Creí que el éxito que había tenido convenciéndolos de que iba en serio contigo era pura suerte, pero puede que tenga una habilidad especial cuando de Martines se trata –susurró como si fuera un secreto–. Aunque, con una en particular, me gusta creer que tengo más que eso.

Mis manos recorrieron sus fuertes brazos, pasaron por sus hombros y se acomodaron en su nuca.

–Sí –murmuré–. Yo también te adoro. Te valoro. Te amo. Te quiero. Te necesito. –Lo atraje hacia mí.

–¿Quién se está robando toda la atención ahora? –gimió. Respondí apretándome contra su sólido cuerpo, rápido pero con intensidad. Otro gemido se le escapó de los labios–. Mírate provocándome así. Qué mujer tan adorable y atractiva que tengo entre los brazos.

–¿Cuánto tiempo tenemos? –Arqueé la espalda para presionar nuestros pechos.

Exhaló con dificultad.

–Demasiado poco para lo que tengo en mente. –Me apoyó una palma en el trasero como si no pudiera contenerse. Me apretó con devoción para demostrarlo. Bajó la voz–. Más tarde te enseño. Te lo juro. Cuando estemos solos en nuestra habitación.

Aaron me besó con firmeza, prometiéndome en silencio todas las cosas que me haría más tarde. Pasadas algunas horas, cuando hubiéramos llegado a la casa que habíamos alquilado en Montauk por el fin de semana y nuestra familia ya estuviera instalada.

–De acuerdo –dije. Me tomó la cara entre las manos y le di un último beso en los labios–. ¿Has hablado con tu padre?

Aaron se alejó con desgano y presionó el botón amarillo en el panel del elevador, que reanudó el descenso.

–Sí, a la mañana –admitió con cautela, como cada vez que hablaba de Richard. Sabía que Aaron no había conseguido desprenderse por completo de la culpa que arrastraba, pero padre e hijo habían avanzado bastante en su relación. Y ambos sabían que a Richard no le quedaba mucho tiempo. El último año había sido un regalo–. Él y Martha deberían llegar a la casa en las próximas horas. –Martha, su cuidadora, era otro regalo del cielo. Era maravillosa con Richard y siempre nos mantenía informados. Confiábamos en ella por completo y contar con su apoyo y su compañía no solo nos tranquilizaba a Aaron y a mí, sino también a Richard–. Volveré a llamarlos mientras esperamos a tu familia en el aeropuerto. –La puerta del elevador se abrió frente a nosotros y salimos al mismo tiempo.

–Todo va a estar bien, *amor* –le dije, tomándole la mano en el medio del lobby, algo que rompía por completo mis reglas–. Tu padre va a llegar bien a Montauk y adorará a todos. Así

como todos lo adorarán a él.

Rompiendo también sus reglas, se llevó mi mano a la boca y besó el reverso de mi palma.

–Lo sé, cariño –susurró solo para mí–. Todo irá bien, sin importar qué pase. ¿Sabes por qué? –Salimos del edificio hacia uno de esos días de calor sofocante de Nueva York.

–¿Por qué?

–Porque somos tú y yo. –Me sonrió desde su altura y me miró a los ojos con convicción. La misma con la que sostenía mi corazón en sus manos. Mi amor. Todo mi mundo. Completamente y con confianza–. Y no importa lo que pase, siempre nos tendremos el uno al otro. –Esa sonrisa de Aaron que era solo para mí y nunca dejaba de acelerarme el corazón, se ensanchó–. Estamos juntos en esto, para toda la vida.



El primer San Valentín
De Aaron y Lina

Catalina:

Sé que estás fingiendo leer esta carta por primera vez. Te tengo delante, con las mejillas rojas y tu mejor cara de póquer. Puedes seguir así un poco más, si eso te hace feliz. Esperaré. Incluso con ese ceño fruncido, sigues siendo la mujer más preciosa que he visto en la vida.

Ah, ahí está, esa sonrisa que me vuelve loco.

Está bien, nena. Sé que leíste la primera carta hace semanas. Sabía que la buscarías en los cajones después de verme escribiéndola. Te aclaraste la garganta y sacudiste las llaves para darme tiempo para esconderla, pero sabía que lo harías. Conozco a la mujer que amo. Por eso decidí escribirte una completamente diferente. Para tomarte desprevenida.

Crees que esta noche nos quedaremos en casa. Que estoy encendiendo velas, abriendo una botella del vino español que trajimos a Nueva York y preparando la cena. Por eso te has puesto esos pantalones holgados que siempre dices que son muy cómodos y que, en secreto, me vuelven loco.

No vamos a quedarnos en casa.

Una vez, compraste una cita conmigo. Luchaste con uñas y dientes para conseguirla. Esa noche, me di cuenta de que estaba perdido. Indefenso. Así que me prometí a mí mismo que haría todo lo posible para que se hiciera realidad. Para llevarte a tantas citas como quisieras. Para darte cualquier cosa que necesitaras.

Y soy un hombre de palabra.

Por eso no voy a hacerte la cena esta noche. Eso lo puedo hacer cualquier noche. Hoy te voy a dar lo que te prometí hace seis meses.

Hoy, vamos a celebrar San Valentín en el refugio.

Así que no te quites esos vaqueros.

Y ahora, déjame ver esa sonrisa otra vez, cariño. Déjame besarla. Apreciarla. Atesorarla tanto como te atesoro a ti. Déjame luchar todos los días por una nueva.

Feliz San Valentín, Catalina. El primero de toda una vida.

Tuyo,

Aaron



Agradecimientos

La única razón por la que tienes en las manos *Farsa de amor a la española* es porque alguien muy especial me hizo esta pregunta: “Elena, ¿por qué no lo publicas? ¡Tienes que publicarlo!”. Para ser sincera, pensé que estaba completamente loca (a veces todavía lo creo), pero supongo que contar con la confianza y el aliento de alguien puede ser suficiente para arriesgarse a dar el paso y perseguir nuestros sueños. Ella, este libro no hubiera sido posible sin ti. Si pudiera, escribiría páginas y páginas sobre los motivos por los que te convertiste en esta pieza enorme y crucial en mi vida. Pero pondrías tanto los ojos en blanco que tendría que tomarme un avión para ir a visitarte a la sala de emergencias. Entonces solo diré: “Gracias”. Desde lo profundo de mi corazón, gracias. Por cada palabra de aliento, por cada consejo, por guiarme, por esas largas horas de videollamadas, por tu interés, por cada vez que me pediste que me callara y, sobre todo, por tu valiosa amistad.

Cris y Ana… Chicas, lo he hecho. Gracias por estar ahí para mí desde que éramos unas mocosas insoportables que se creían superalternativas. Me han animado (y psicoanalizado, seamos sinceras) hasta que me lancé a seguir mis sueños. Y por eso siempre formarán parte de ellos. Su amistad lo es todo, ya lo saben.

Sara, no te voy a mentir, todo esto es en realidad culpa tuya. Puedes negarlo (hasta la muerte, como sabes hacer bien) pero fue tu boda la que plantó la semilla de la idea para este libro en mi cabeza. Perdona Borja, la boda de ustedes. Tú eres mi Isabel, y sabes bien lo que significas para mí.

Mamá, papá, ya sé que les hacía mucha *ilu* que fuera ingeniera, pero esto no está tan mal, ¿no? Es broma. No podría tener padres mejores que ustedes. Gracias por todo.

Míster B., estos agradecimientos han sido modificados para dejar constancia de que, aunque no me regalaras flores el día del lanzamiento del libro (aun viviendo justo delante de una floristería), me regalaste una preciosa plantita que no marchita y que crece junto a mi carrera como escritora. Me encantó. Se aproxima un nuevo lanzamiento, y ¿sabes lo que también crece? Un perrito. ¿Porfi? Anda, please.

Erin, mi lectora beta; Cristina, que fue tan vital cuando autopubliqué; Jessica y Andrea, mis agentes; GRACIAS.

A cada booktoker, bookstagrammer, booktuber y cada miembro de la familia de Twitter que me alentó y me regaló su apoyo y su confianza. Ustedes hicieron que mi vida cambiara y se merecen todas las flores y pasteles. Ay, por Dios, chicos, esto no hubiera sido posible sin ustedes. Gracias.

Tú, lector. Gracias por darme una oportunidad. Sé que soy una novata, y este es solo mi primer e imperfecto intento, pero espero con todo mi corazón que te guste. Espero que no te alejes. Porque, como diría Joey, sin ti, todo esto es un argumento “mu”.





Un sello de V&R Editoras

- **Título original:** The Spanish Love Deception
- **Dirección editorial:** Marcela Aguilar
- **Coordinación de arte:** Valeria Brudny
- **Coordinación gráfica:** Leticia Lepera
- **Diseño de interior:** Cecilia Aranda sobre maqueta de Olifant

© 2021, Elena Armas
© 2022, V&R Editoras S. A.
www.vreditoras.com
Publicado por Simon&Schuster. Derechos de traducción gestionados por Sandra Dijkstra Literary Agency y Sandra Bruna Agencia Literaria, SL
Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión, sin previa autorización escrita de las editoras.

-ARGENTINA-
Florida 833, piso 2, of. 203
(C1005AAQ) Buenos Aires
Tel.: (54-11) 5352-9444
e-mail: editorial@vreditoras.com

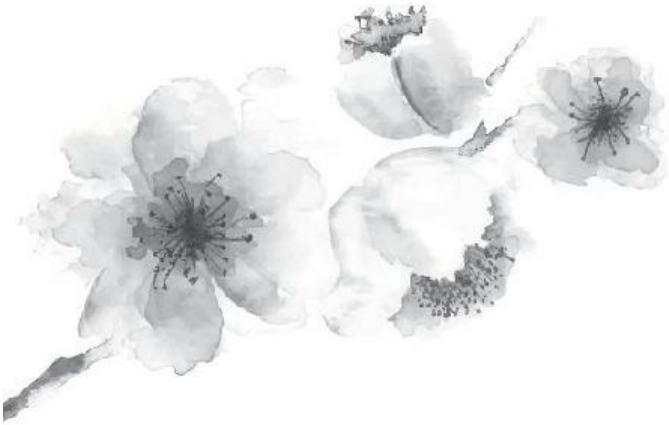
-MÉXICO-
Dakota 274, colonia Nápoles - C. P. 03810
Alcaldía Benito Juárez, Ciudad de México
Tel.: 55 5220-6620 • 800-543-4995
e-mail: editoras@vreditoras.com.mx

ISBN: 978-987-747-875-4
Impreso en Argentina por MasterGraf • *Printed in Argentina*
Julio de 2022

Armas, Elena
Farsa de amor a la española / Elena Armas. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : V&R, 2022.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
Traducción de: Leila Gamba.
ISBN 978-987-747-875-4

1. Narrativa Española. 2. Novelas Románticas. I. Gamba, Leila, trad. II. Título.
CDD 863



Elegí esta historia pensando en ti
y en todo lo que las mujeres románticas
guardamos en lo más profundo
de nuestro corazón y solo en contadas
ocasiones nos atrevemos a compartir.

Y hablando de compartir, me gustaría
saber qué te pareció el libro...

Escríbeme a
vera@vreditoras.com
con el título de esta novela
en el asunto.

VeRa

yo también
creo en el amor

vera.romantica



Tabla de contenidos

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Epílogo
El primer San Valentín De Aaron y Lina
Agradecimientos